VIAJE A LA GRAN COLOMBIA EN LOS AÑOS 1822-1823

POR EL CORONEL WILLIAM DUANE

(Traducción y Notas por Angel Raúl Villasana)

TOMO I

INSTITUTO NACIONAL DE HIPODROMOS

Ediciones dirigidas por el Dr. Luis Pastori
COLECCION VENEZOLANISTA

Serie "Testimonios"

I. El colombiano de Francisco de Miranda y dos documentos americanistas. Caracas, 1966.

II. La Forja de un Ejército. (Boletines y Partes de guerra en la Primera y Segunda Repúblicas. 1810-1814). Caracas, 1967.

Serie "Viajeros"

I. Narraciones de los expedicionarios británicos de la Independencia. James Hackett, Charles Brown. Caracas, 1966.

II-III. Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823, por el coronel William Duane. Caracas, 1968. Dos volúmenes.

INSTITUTO NACIONAL DE [illegible]

D I R E C T O R I O

PRESIDENTE:

Dr. Francisco A. Urbina Bonetti

MIEMBROS REPRESENTATIVOS:

Dr. Ramón Rojas Guardia
Sr. Eloy Pérez Alfonzo
Dr. Cecilio Alcántara
Sr. Leopoldo Márquez C

SUPLENTES:

Dr. Mario Mauriello
Sr. Juan Francisco Rodríguez
Sr. Abelardo Raidi
Sr. Nicolás de Las Casas

INSTITUTO NACIONAL DE HIPODROMOS

COLECCION VENEZOLANISTA
SERIE "VIAJEROS" II

VIAJE A LA GRAN COLOMBIA EN LOS AÑOS 1822 - 1823

(De Caracas y La Guaira a Cartagena, por la Cordillera hasta Bogotá, y de aquí en adelante por el río Magdalena)

TOMO I

POR EL CORONEL
WILLIAM DUANE

CARACAS
1968

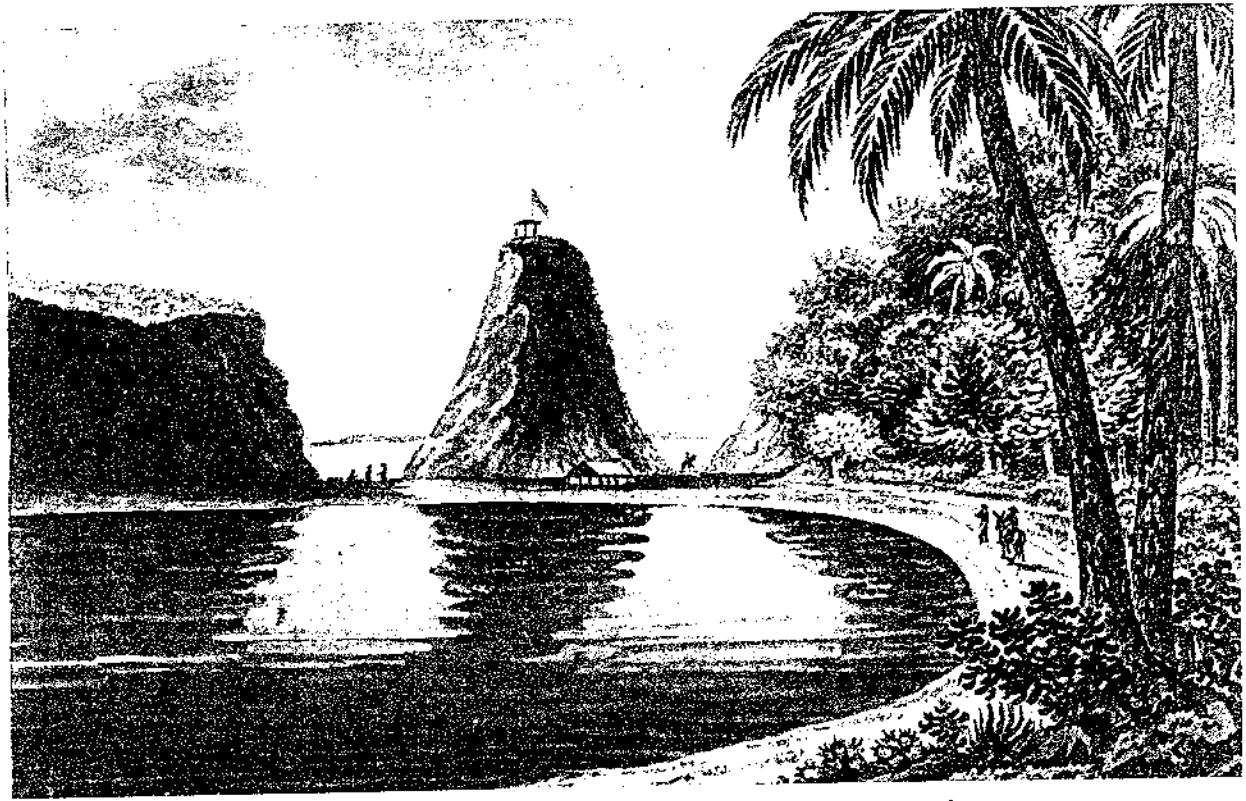
TITULO DEL ORIGINAL EN INGLES

A visit to Colombia in the years 1822 - 1823

by La Guayra and Caracas, over the Cordillera

to Bogotá, and thence by Magdalena to Cartagena

(Traducción Castellana de Angel Raúl Villasana)



PASO DE LA CABRERA (Dibujado por T. Birch, sobre un apunte de William Duane. Grabado por F. Kearny en la edición en inglés).

PRESENTACION

LA PERSONALIDAD DE WILLIAM DUANE

En la última sesión del Primer Congreso General de Colombia, celebrada el día 14 de octubre de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta, se tomaron seis acuerdos de gratitud nacional en favor de seis nombres de personalidades de otros países, como signo de las primeras manifestaciones de reconocimiento de la República grancolombiana creada por Bolívar en Angostura. Eran grandes personajes favorecidos por el augusto Congreso. Este, en "agradecida memoria de varios ilustres extranjeros, que, o bien con sus célebres escritos, o con sus distinguidos talentos y elocuencia en el Senado han promovido, abogado y sostenido nuestra gloriosa causa, procedió a decretar por unanimidad de votos las siguientes gracias", acuerdos que se mencionan en el "orden en que fueron sancionados", como dice el Acta de la Sesión Extraordinaria del domingo 14 de octubre de 1821:

Al muy célebre Abate de Pradt, "por sus perseverantes esfuerzos en favor de la Independencia y libertad de estos países, asegurándole que los ciudadanos de Colombia jamás olvidarán al ilustre europeo, que en todas épocas hizo frente con su energía y profundos conocimientos ,a las tramas del poder tiránico que ha pretendido excluirlos del catálogo de los pueblos civilizados de la tierra";

Al Coronel Guillermo Duane, "por sus constantes esfuerzos en favor de la libertad de este pueblo, antes esclavo, bajo la

dominación española, ahora independiente por sus armas y libre por sus leyes";

A Enrique Clay, "por sus generosos esfuerzos en favor de la libertad de este pueblo tiranizado por largo tiempo, y al presente una Nación libre, soberana e independiente";

Al General Sir Robert Wilson, "por los insignes esfuerzos con que ha promovido y abogado en el Parlamento británico la causa de nuestra feliz independencia";

A Jaime Marryat, por "sus generosos oficios en obsequio de la independencia y libertad de estos pueblos";

Y a Lord Vassall Holland, quien empleó en el Senado Británico "su profundo saber y elocuencia en sostenimiento de la causa vigorosa de la humanidad y manifestado evidentemente la perfecta armonía de los intereses de este país [Colombia] con los del Reino Unido de la Gran Bretaña".

Estas extraordinarias declaraciones de alta gratitud van dedicadas a cuatro grandes parlamentarios de la época: Lord Henry Richard Vassall Fox Holland (1773-1840), Jaimes Marryat, el General Robert Wilson (1777-1849), británicos; y Henry Clay (1777-1852), norteamericano. Todos bien conocidos por su decidido apoyo en toda su actuación política en favor de la causa de Hispanoamérica. Y a dos escritores: el Abate Dominique de Pradt (1759-1837), ex-Arzobispo de Malinas, gran defensor en sus libros del derecho a la libertad del Continente hispánico, a quien veneró Bolívar como benefactor de la humanidad; y a William Duane, "célebre editor" de un periódico en Filadelfia, como lo denomina el **Correo del Orinoco** en uno de sus primeros números (el 15, de 21 de noviembre de 1818). Sin duda, es Duane el más ignorado hoy día en esta constelación de nombres eminentes que figuran en las seis constancias de agradecimiento acordadas por el Primer Congreso de la Gran Colombia, en 1821.

¿Quién era William Duane? ¿Qué hizo para merecer tan alta distinción?.

El texto íntegro de la resolución del Congreso relativa a Duane dice a la letra:

> El Congreso General de Colombia, teniendo presente que el Coronel Guillermo Duane, Editor de la Aurora de Filadelfia, ha sostenido con el carácter de un patriota incorruptible e infatigable los sacrosantos derechos del pueblo colombiano, en las épocas más angustiadas de nuestra gloriosa revolución, haciendo frente con sus escritos luminosos, así en la parte política como en la militar, a los ataques de los interesados en perpetuar el sistema colonial de España en estas regiones,
>
> **resuelve:**
>
> que el Poder Ejecutivo, a nombre de la República, presente al Coronel Guillermo Duane, el testimonio de gratitud nacional por sus constantes esfuerzos en favor de la libertad de este pueblo, antes esclavo bajo la dominación española, ahora independiente por sus armas y libre por sus leyes.
>
> Dado en el Congreso General de la Villa del Rosario de Cúcuta, 14 de octubre de 1821.
>
> El Presidente del Congreso
> **José I. Márquez.**
>
> El Diputado Secretario
> **Miguel Santamaría**
>
> El Diputado Secretario
> **Francisco Soto.**

William Duane había nacido, de linaje irlandés, el 17 de mayo de 1760, cerca de Lake Champlain en el Estado de Nueva York. Su padre falleció en 1765; su madre, una Sarsfield, emparentada con Patrick Sarsfield, el famoso patriota irlandés del siglo XVII. Huérfano de padre, fue llevado por su madre, muy católica, a Irlanda, con quien vivió William Duane hasta su primer matrimonio, con Catalina Corcoran, protestante, a causa de lo cual fue desheredado. Aprendió entonces el arte de imprimir. Se trasladó luego a Calcuta, en la India, donde fundó el **Indian World**, periódico que le dio prestigio y fortuna, pero a consecuencia de sus campañas en denuncia de los métodos empleados por la East India Company y por las acusaciones contra algunos oficiales del Ejército inglés, fue arrestado sin formulársele cargos y deportado sin juicio con la consiguiente pérdida de todos sus bienes. De regreso a Londres, desempeñó el puesto de reportero parlamentario para el **General Advertiser**, y más tarde para **The Times**. Todas las reclamaciones a través del Congreso o de los Tribunales de Justicia para que le fueran devueltas sus propiedades resultaron en vano, inútiles. Decepcionado, abandonó finalmente Inglaterra para los Estados Unidos. Se estableció en Filadelfia, asociado con Benjamín Franklin Bache, nieto de Benjamín Franklin, en la publicación del diario **Aurora**, propiedad de Bache. Este periódico venía editándose desde 1794, primeramente con el nombre de **General Advertiser**, con la palabra **Aurora**, puesta sobre el título en su parte central, con lo que destacaba la denominación de **Aurora**, nombre que adoptó como único, a partir del número 1224, de 5 de noviembre de 1794. Benjamín Franklin Bache falleció de fiebre amarilla el 10 de setiembre de 1798, por lo que estuvo suspendido el diario entre el 11 de setiembre y el 30 de octubre de dicho año, cuando reemprendió su publicación la viuda, Margaret H. Bache, el 1º de noviembre, y luego los herederos, el 14 del mismo mes, siempre con la cooperación de William Duane, cuya esposa falleció en 1798. Dos años después se casó Duane con la viuda de Bache, Margaret, por lo que se convirtió en el editor propietario del periódico, a partir del 8 de marzo de 1800. La **Aurora**, en manos de Duane, fue el órgano más adicto de los jeffersonianos, y Duane por su temple para la controversia y por el carácter audaz, sincero y firme

de sus convicciones ,así como por su recio estilo de escritor, se transformó en uno de los periodistas más poderosos de su tiempo. John Quincy Adams y Timothy Pickering, indignados por sus ataques, llegaron a considerar la necesidad de deportar a Duane, quien fue arrestado en la primavera de 1799, acusado de haber promovido un motín sedicioso al ofrecer firmas y peticiones para derogar la Ley de Extranjeros, pero pronto fue puesto en libertad por los tribunales de justicia. Como consecuencia de su campaña periodística en portesta contra la brutalidad de los soldados voluntarios, ociosos a indisciplinados, que habían sido movilizados para la guerra con Francia, proyectada por el ala hamiltoniana de loa federalistas, fue asaltado bárbaramente por hombres armados. Sus bienes se salvaron de la destrucción, gracias a haber llegado a tiempo un grupo de demócratas. Fue acusado de nuevo Duane en el otoño de 1799, pero el juicio se pospuso hasta el año siguiente. Después de un nuevo aplazamiento, al producirse la victoriosa elección de Jefferson s la Presidencia de Estados Unidos, se le retiraron todos los cargos. Fracasaron siempre todos los intentos para intimidar a Duane, quien mantuvo la misma energía en todos sus combates. Acaso la más resonante de sus campañas haya sido la revelación del plan secreto de los federalistas para evitar la llegada de Jefferson al poder, con el proyecto de la ley electoral Ross, de la que se enteró Duane mientras se discutía a puerta cerrada en el Senado, al obtener copias bajo mano. Publicó su texto con acres comentarios que levantaron una fuerte protesta popular y el plan quedó condenado al fracaso. Se opuso asimismo al proyecto de guerra contra Francia, que desacreditó completamente, y así en otras memorables iniciativas de la **Aurora** que lo confirmaron como gran periodista.

Con el triunfo de Jefferson, al ser trasladada la sede del Gobierno a Washington, Duane se instaló en la capital, estimulado por el Presidente y por Abraham Albert Gallatin, Secretario del Tesoro en la administración de Jefferson. Abrigaba la esperanza Duane de ser contratado como impresor y suministrador de la papelería para la vida oficial, pero sus ilusiones se desvanecieron pronto, cosa que no perdonó nunca. A partir

de 1807 había asociado a su hijo William John a la administración de la **Aurora**, que aparecía publicado por la firma "William J. Duane and Co." (más tarde: "Duane and Co."), pero a partir de 1810, vuelve a ser William Duane el único editor, en cuyo desempeño se mantuvo fiel seguidor y devoto amigo de Jefferson, que era su ídolo. Este lo distinguió en varias oportunidades: en 1808 lo nombró Teniente Coronel de Fusileros; en 1811 le buscó ayudas económicas para salvarle de graves dificultades financieras. Duane fue nombrado Ayudante General en la guerra de 1812. En 1813 traspasó el periódico a manos de James Wilson, quien lo editó hasta 1815, cuando partió para Steubenville (Ohio) para publicar el **Western Herald.** Duane regresó a Filadelfia, en 1815, readquirió la propiedad de su diario y prosiguió la actividad de editor de la **Aurora** hasta 1822, cuando se retiró para viajar a Sud América. El fruto de este viaje es el libro que hoy se edita, traducido por primera vez al castellano: **A visit to Colombia in the Years 1822-1823,** impreso en Filadelfia, en 1826.

A su regreso a los Estados Unidos, fue nombrado protonotario en la Corte Suprema de Pensilvania, cargo que mantuvo hasta su muerte, acaecida el 24 de noviembre de 1835. Intentó en sus últimos años continuar, sin éxito, la **Aurora,** para combatir el Banco Nacional. Duane escribió varios libros, de valor muy desigual, sobre ciencia militar: **Military Dictionary** (1810), **An Epitome of Arts and Science** (1811), **Handbook for Riflemen** (1813), **Handbook for Infantry** (1813).

Jefferson, su amigo, a pesar de que Duane fue protagonista de algunas extravagancias en sus años postreros, lo describe exactamente en una carta a William Wirt:

> Tengo a Duane por un hombre muy honesto y sinceramente republicano; pero sus pasiones son más fuertes que su prudencia y sus antipatías individuales y generales lo convierten en un personaje intolerante.

Tal fue la personalidad recia, liberal, ruda y agresiva, tesonera, algo contradictoria y un tanto descomedida dentro de

la franca nobleza de sus convencimientos, que se llamó William Duane, quien mereció por sus campañas por la liberación de Hispanoamérica el cálido homenaje que le tributó la naciente República de Colombia, en 1821.

A VISIT

TO

COLOMBIA,

IN THE YEARS 1822 & 1823.

BY LAGUAYRA AND CARACAS, OVER THE CORDILLERA
TO BOGOTA, AND THENCE
BY THE MAGDALENA TO CARTAGENA.

BY COL. WM. DUANE, OF PHILADA.

PHILADELPHIA:

PRINTED BY THOMAS H. PALMER, FOR THE AUTHOR.

1826.

Facsimil de la portada de la edición en inglés del libro de William Duane

LA VISITA A LA GRAN COLOMBIA

El 2 de octubre de 1822 emprendía viaje hacia La Guaira a bordo de la corbeta **Hércules** (después denominada **Bolívar**), el Coronel William Duane, a los 62 años de edad, acompañado de su hija Isabel y de su hijastro Richard Bache, segundo hijo del primer matrimonio de su esposa. Regresó a Nueva York el día 4 de julio de 1823, habiendo satisfecho la ilusión de conocer la tierra, cuya independencia había defendido con empeño ejemplar y magnífico. Además pudo ver regiones, ciudades y lugares que le habían sido explicados por los amigos de tantos años en Filadelfia. Es índice estupendo de esta revivificación de antiguas impresiones orales, el recuerdo que hace de su trato con Manuel Torres, el Ministro de Colombia en Estados Unidos, con quien le unió íntima amistad (véanse los capítulos XXX y XL de esta obra).

Predomina en todo el relato el acento de simpatía y afecto hacia el gran Estado concebido por Bolívar. Para que no faltase el detalle mordaz, tan propio del carácter de Duane, las primeras palabras con que empieza su libro son para decir que llevó a cabo el viaje "en representación de varios ciudadanos de los Estados Unidos, quienes tenían acreencias contra aquel Gobierno [de la República de Colombia], y cuya liquidación no habían podido conseguir por mediación de otros agentes. Se consideraba que yo tendría mayores probabilidades para cumplir esta misión, lo cual requería que las gestiones preliminares se efectuaran en Caracas. En consecuencia, me dirigí prime-

ramente a esta última ciudad y proseguí luego por la Cordillera hasta Bogotá, donde logré que se pagara una suma considerable a los acreedores". Para completar esta referencia (que podía haberse ahorrado) respecto al motivo del viaje en sí mismo, todavía le añade otra nota cargada de acrimonia: "Tratando de aventajarse mutuamente, los interesados dieron lugar a numerosas dificultades, a pesar de lo cual recibieron las cantidades convenidas conmigo, aunque se las ingeniaron para birlarme las comisiones que me correspondían". Es una manifestación que retrata la idiosincrasia del autor del relato. Por su modo de ser abierto y sincero, pasó seguramente momentos desagradables en su vida. Todavía remacha el clavo, con esta frase final: "No valdría la pena consignar este hecho, si no fuese porque con absoluto silencio de mi parte podría interpretarse como aquiescencia a tamaña mala fe, vileza e ingratitud".

Después de haber escrito este desahogo, sin lo cual quizá le hubiese parecido que no estaba en la recta línea de su conducta, explica el íntimo anhelo con que llevó a término su viaje:

> Desde hacía unos treinta años mantenía buena amistad con varios hombres llenos de virtud y de talento, quienes venían madurando sus planes para fomentar la revolución en la América del Sur, actualmente cumplida. Mis relaciones con ellos, cuya causa despertaba toda mi simpatía, me hicieron prestar formal atención a la historia, geografía y eventual destino de aquellos países.

En estas últimas frases está ya de cuerpo entero el fogoso defensor de la libertad hispanoamericana, el redactor de **Aurora**, el periódico "pionero del reconocimiento de la independencia de Hispanoamérica", como dice el eminente historiador norteamericano Charles C. Griffin. El de la persona que "trabajó constantemente para popularizar la causa de los americanos del Sur", mediante un órgano de prensa que se distinguió por sus apasionados editoriales en favor de la causa de los patriotas del Continente hispánico. Toda la obra es consecuente con lo que

ha hecho Duane en su vida pública, tal como lo expone con la consabida punta de ironía en el Prefacio a su obra:

> Una prensa libre me permitió dar publicidad a mis pronósticos y conceptos, labor de divulgación en que nunca desmayé, pese a los sarcasmos que me dirigían ciertas personas que hoy aparecen tan celosos amigos de la América del Sur, como antes se mostraban escépticos, hostiles... y algo peor.

Recuerda Duane, con emoción, el homenaje que le tributó el Gobierno de Colombia, con el voto de gracias que hemos transcrito.

Con este ánimo emprendió el viaje. Luego en su hogar de Filadelfia habrá puesto en orden sus notas para ofrecer en 1826, a través de las prensas de Thomas H. Palmer, tan habituadas a publicar textos de asuntos hispanoamericanos, el libro

> **A visit to Colombia, in the Years 1822 & 1823 by La Guayra and Caracas, over the Cordillera to Bogotá, and thence by the Magdalena to Cartagena. Philadelphia, 1826.**

Hermoso volumen de 632 páginas, ordenado en cuarenta capítulos y tres apéndices, con dos bellas láminas: El Paso de La Cabrera y el Salto del Tequendama. Culminaba con este escrito una larga tarea de varios lustros empleada en la defensa de las nuevas Repúblicas americanas.

El libro es un largo reportaje periodístico, que va siguiendo los hitos de su viaje. Dice Duane que "no ha incluido ni siquiera la mitad de lo que hubiera podido exponer", y anuncia de que acaso las circunstancias favorezcan el propósito de "la futura publicación de otros trabajos sobre el mismo tema". No llegó a darse tal placer. Sin embargo, es su hijatro Richard Bache, que lo acompañó en su viaje, quien publica el año siguiente un tomo menos voluminoso, con el título de **Notes on Colombia taken in the years 1823-23 with an itinerary of the route from**

Caracas to Bogotá and an appendix. Philadelphia, published by H. C. Carey & I. Lea, 1827, viii, 303 p.

William Duane escribe su obra como un periodista consumado. Sus observaciones son siempre interesantes y agudas, aunque pequen de alguna inexactitud, lógica en un viajero que transita en pocos meses una distancia tan considerable y conoce tantas nuevas ciudades y paisajes y gentes, nuevas aunque sean familiares en sus escritos de Filadelfia. Utiliza una notable bibliografía de autores que le han precedido: Humboldt, Depons, Dauxion-Lavaysse, Bonnycastle, Palacio Fajardo, Mollien (publicado en 1824, lo que demuestra que la redacción del libro de Duane fue posterior a su regreso a Filadelfia), algunos libros de Botánica, etc. Pero la fuente principal de la obra son sus notas personales, las descripciones de lo que vio, así como el reflejo de las personas tratadas y las instituciones estudiadas sobre el terreno. La obra es notable en descripción de paisajes y ciudades (casas, calles, plazas), caminos, accidentes geográficos, población, costumbres, folklore, comidas, enfermedades, hábitos, cultura, música, agricultura, festividades, instituciones religiosas, políticas, culturales y militares, referencias a la historia, a los grandes hechos heroicos (en particular los sucesos de la Emancipación), observaciones botánicas y de carácter económico, con anotaciones de las posibilidades de explotación y de las perspectivas comerciales de los productos del país. Así, en esta forma desordenada con que deliberadamente queda la enumeración de los asuntos principales del **Viaje**, se nos presentan los temas en el texto en forma muy viva y atrayente. Lo que más seduce en esta obra es el trato directo que tuvo Duane con las personas que encuentra en su visita: Soublette, Peñalver, Tovar Ponte, General Toro, General Urdaneta, Coronel Uslar, General Clemente, y las menciones a Páez, Bolívar, Revenga, Gual, Montilla, etc., que le habrán evocado los días de Filadelfia, cuando el grupo de emigrados hispanoamericanos constituía un núcleo importantísimo en los medios sociales, políticos y diplomáticos de la gran ciudad norteamericana, en la cual el periódico de Duane, **Aurora**, brillaba como el más decidido vocero de las aspiraciones de los hermanos del Sur. Sin duda, la calurosísima recepción recibida en Vene-

zuela que registra con gran satisfacción, le habrá sido ofrecida como reconocimiento a las atenciones que le debían los hombres de Estado, que habían gozado de la generosidad de Duane en los días tristes del destierro y en tiempos de dificultades. De esta parte del libro emana un hálito de profunda humanidad que lo hace obra estimabilísima para un lector moderno. ¡Cuánto habrá lamentado el no haber encontrado a Juan Germás Roscio, fallecido el 9 de marzo de 1821, el año anterior a la llegada de Duane!

Recordando su experiencia como viajero por la remota India, utiliza muy a menudo sus recuerdos de Calcuta como término de comparación. Posiblemente si hubiese conocido Andalucía no hubiese tenido necesidad de ir tan lejos para hallar vivencias de tono oriental en la arquitectura de Tierra Firme o en algunas costumbres que deja anotadas. Usa, a menudo, citas de clásicos (Milton, Shakespeare, Cervantes, etc.), que atestiguan la sólida cultura de Duane.

Los capítulos en que distribuye su largo itinerario son los siguientes:

Cap.	I.	Partida de Nueva York, viaje por mar; llegada a La Guaira;
"	II.	Estancia en La Guaira y el litoral;
"	III.	Viaje de La Guaira a Caracas;
"	IV a VII.	La estancia en Caracas y visita a los contornos;
"	VIII.	Preparativos del viaje por tierra hacia Bogotá;
"	IX.	De Caracas a San Mateo;
"	X.	De San Mateo a Maracay. Hacia el Lago de Valencia;
"	XI.	Lago de Valencia. Valencia. Batalla de Carabobo;
"	XII.	En Valencia;

Cap.	XIII.	Los alrededores de la ciudad. Parte para el Campo de Carabobo. Las Palmas;
"	XIV.	Por El Tinaco a San Carlos;
"	XV.	A Barquisimeto y El Tocuyo;
"	XVI.	A Humocaro Bajo. A Obispos;
"	XVII.	A Caracas y Santa Ana. Trujillo;
"	XVIII.	En Trujillo. Hacia el Valle de Mendoza;
"	XIX.	A Timotes y Mucuchíes;
"	XX.	A Mérida;
"	XXI.	A Bailadores. Laguna de Urao;
"	XXII.	A La Grita y El Cobre;
"	XXIII.	A Cúcuta; [1]
"	XXIV.	A Pamplona;
"	XXV.	Volcán de Agua; [2]
"	XXVI.	Capitanejo y Soatá. Sátiva;
"	XXVII.	Boyacá. Critica a Mollien. En Serinza;
"	XXVIII.	Hacia Palpa;
"	XXIX.	En Palpa. Nemocón.
"	XXX.	Tunja. Don Manuel Torres. Hato Viejo. Chocontá.
"	XXXI a XXXII.	Bogotá;
"	XXXIII.	Alrededores de Bogotá. El Tequendama;
"	XXXIV.	Límites de Colombia. Organización política;

1. Aquí termina el tomo I en la presente edición.

2. En la edición original inglesa repetía la numeración de Capítulo XXIV. Se ha restablecido la ordenación correlativa para esta edición.

Cap. XXXV. El Congreso de 1823. Las relaciones internacionales;

" XXXVI. La política interior;

" XXXVII. La Hacienda Pública. Secretaría de Guerra y Marina;

" XXXVIII. Salida de Bogotá. Viaje por el Magdalena;

" XXXIX. Hasta Mompox;

" XL. Prosigue viaje. D. Manuel Torres. Hasta Cartagena. Regreso a Nueva York.

Apéndices. I. Ley de creación de la República de Colombia (17 de diciembre de 1819);

II. Ley de la Unión de los pueblos de Colombia (12 de julio de 1821;

III. Itinerario (1 y 2, del Canónigo José Cortés Madariaga; 3 y 4 del Coronel Joaquín Acosta; y 5. Por un oficial).

* * *

Tal es el contenido del **Viaje** de William Duane. De esta misma visita, como queda dicho, hay otro relato, también interesante, cuya edición está prevista en esta misma serie: la del hijastro de William Duane, Richard Bache (1784-1848) nacido del primer matrimonio de la esposa de Duane, con Benjamín Franklin Bache: **Notes on Colombia taken in the years 1822-23.** Figura como autor "An officer of the U.S. Army", aunque perfectamente adjudicable a Richard Bache, por lo que dice en la obra, pues explica que acompañaba a Duane en su viaje. Es un libro de viii, 303 páginas, con mapas y planos, escrito en forma de observaciones ordenadas cronológicamente, según

iba desarrollándose el itinerario de la expedición. El texto es paralelo al escrito por William Duane, aunque menos extenso y menos elaborado en su redacción, en cambio es más rico en datos estadísticos y en informaciones objetivas del Estado grancolombiano. En algunas partes completa el libro de Duane, y va acompañado de interesantes ilustraciones.

EL CIRCULO DE FILADELFIA

El **Viaje a la Gran Colombia** de William Duane es un valioso exponente del interés de la ciudad de Filadelfia por los asuntos hispanoamericanos en los años de la lucha por la Emancipación. Fue un centro de importancia decisiva tanto en la formación de la opinión pública norteamericana, como en las decisiones políticas de Estados Unidos respecto al Sur del Continente. No tan sólo como sede del primer Gobierno independiente en la gran Nación del Norte, antes de ser trasladado a Washington, sino porque, como ciudad sabia, defensora de los principios liberales y humanitarios, rectora del pensamiento norteamericano, tuvo siempre una fuerza considerable en el pensamiento político que determina la conducta de un Estado.

Bastaría citar los nombre de venezolanos eminentes que viven y actúan en Filadelfia entre los años de 1810 y 1818. Sin intención de agotar la nómina de cuantos están en la capital de Pensilvania en esta etapa primera y definitiva de la Emancipación, vale la pena de llamar la atención sobre la importancia de tan espléndido grupo: Manuel García de Sena, Telésforo de Orea, Juan Vicente Bolívar, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga, Pedro Gual, Juan Germán Roscio, Mariano Montilla, Lino de Clemente, Juan Paz del Castillo. Interesados directamente con la política venezolana figuran también en Filadelfia Luis Aury y Gregorio MacGregor, y otros, que, como el eminente Manuel Torres, provenían de la Nueva Granada, con la cual fundió luego su política internacional la República de Venezuela.

La ciudad de Filadelfia fue un centro de primerísima trascendencia para la empresa de la Independencia suramericana. Muy particularmente para Venezuela, desde 1810, y más tarde, a partir de 1819, para el Estado grancolombiano. La política de Estados Unidos fue objeto de constante atención por parte de los conductores de las Repúblicas del Sur. El poderoso ejemplo norteamericano y la comunión de doctrina fueron elementos decisivos, tanto como el compartir el Continente de aquende el Atlántico, para tender a estrechar los lazos determinantes de un común destino. Así, entre las primeras misiones diplomáticas que se despachan al exterior por la Junta Suprema de Caracas, figura la de Orea y Juan Vicente Bolívar al Norte, tan cargada de esperanzas en la razón de su derecho, como la que va a la poderosa metrópoli británica. En la decisión norteamericana por la libertad, en la ordenación de sus leyes básicas, y en la vía de progreso emprendida ya al finalizar el siglo XVIII, veían los noveles estadistas criollos un dilatado horizonte de confianza cifrada en la comprensión y apoyo de una República que caminaba hacia el poderío y la grandeza. Los gobernantes del Continente Sur, llenos de teoría, voluntad y coraje, habían entregado su destino a la causa más justa: la de la libertad. Esperaban, lógicamente, que los hombres del Norte que derrotaron a la fabulosa Inglaterra para conquistar su Independencia, les ayudasen a poner en marcha los mismos derechos humanos en las nuevas sociedades del Sur.

A las gestiones oficiales ante los poderes públicos, en Washington, unían los patriotas hispanoamericanos la campaña heroica de inclinar la opinión pública a su favor. Y ello era factible desde Filadelfia, donde residían filósofos, escritores, tratadistas cobijados en los grandes núcleos de ilustración: la Sociedad Filosófica Americana, El Ateneo, la Academia de Ciencias Naturales, el Colegio de Filadelfia, y tantos más. Además, Filedelfia se habían constituido en el foco editor más importante en la América del Norte. Ahí acuden tanto como agentes diplomáticos, cuanto como emigrados y conspiradores...

La política oficial de Estados Unidos no se definió claramente desde un buen principio. Aunque es evidente que contem-

plan con atención y simpatía los movimientos emancipadores hispanoamericanos desde sus comienzos, no se inclinan francamente a la cooperación, por reservas basadas más que en discrepancias de ideario, en razones de conveniencias políticas a causa del juego de los intereses y compromisos internacionales. Esta contención irá desvaneciéndose con el tiempo hasta la radical declaración de identidad de destinos y de unidad de acción en todo el Continente americano.

Por ello, cuando los patriotas criollos ven que una pluma como la de William Duane los apoya con resolución y firmeza, en los momentos vacilantes en el Norte, y poco afortunados en el Sur, tal comportamiento produjo la natural reacción de gratitud de las almas de los esforzados defensores de la causa de los derechos de los pueblos en las Repúblicas hispánicas.

* * *

Si los nombres de los venezolanos que transitan por Filadelfia entre 1810 y 1818 son convincentes para persuadir acerca de la gran importancia reconocida a ese hogar de liberación por parte de los estadistas del Sur, no lo es menos la contemplación y examen de cuanto se publica en las prensas de los talleres editoriales, que tanto deben a la acción del inmigrante irlandés Mathew Carey, pionero y propulsor de una fabulosa obra de cultura y educación política.

Unicamente, como signo y exponente de tan calificada y sustancial cooperación, se aduce la relación de unos pocos títulos de obras editadas en las imprentas de Filadelfia, cuyas páginas fueron leídas ávidamente en los países americanos de habla hispánica. Se reducen las menciones —para no extender desmesuradamente esta enumeración—a los libros inmediatamente vinculados a la política de Tierra Firme y a sus más destacados protagonistas.

En 1811, Manuel García de Sena editaba en los talleres de T. y J. Palmer, la traducción de los extractos de las obras de Thomas Paine (1737-1809), con el título de **La Independencia de Costa Firme justificada treinta años ha**, libro que recorrió como un breviario todas las tierras de América hasta el extremo Sur del Continente. En 1812, el propio García de Sena publicaba en la misma imprenta, con hermosa dedicatoria dirigida a sus compatriotas, la versión castellana de la **Historia concisa de los Estados Unidos, desde el descubrimiento hasta el año de 1807**, escrita por John McCulloch.

En 1813, editaba en Filadelfia, M. Carey una nueva edición del libro de Henry Bolingbroke (1785-1855). **A voyage to the Demerary, containing a statistical account of the settlemente there, and of thouse of the Essequibo, the Berbice, and other contiguous rivers of Guiana**, que había sido publicado en Londres en 1807-8. En 1816, el prócer neogranadino, Manuel Torres (1767-1822), imprimía un valioso informe intitulado **An exposition of the commerce of Spanish America with some observations upon its importance to the U. S.**... en el cual trazaba un plan de largo alcance como resultado del análisis de la relación económica del Continente hispánico con los países del mundo occidental. El mismo año de 1816, divulgaba en Filadelfia, don Pedro Gual, un programa de acción política quijotesca encaminada a la conquista de la Florida. En 1817, Juan Germán Roscio (1763-1821) daba a través de las prensas de T. H. Palmer, su obra más considerable: **El triunfo de la libertad sobre el despotismo, o la confesión de un pecador arrepentido de sus errores políticos, y dedicado a desagraviar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la Tiranía**, libro profundo y denso, que también fue lectura de los hispanoamericanos a quienes les apasionaba el principio fundamental de que ser republicano no era pecado. Cuatro años más tarde, en 1821, en la propia Filadelfia, en la imprenta de M. Carey e hijos, el libro de Roscio hacía su segunda salida; y luego una tercera en 1847, después de haberse publicado dos veces en México, en 1824 y 1828, con otra posterior de 1857. El mismo Roscio, edita en Filadelfia, en 1817, un trabajo polémico de gran agudeza, con el título de **Homilia del Cardenal Chiaramonti, Obispo de Imola,**

actualmente Sumo Pontífice Pío VII... en texto bilingüe, castellano e inglés, a fin de que lograse una más amplia difusión en ambas Américas.

En 1818, se publica en la imprenta de M. Carey & Son, una interesante obra intitulada **Spanish America and the United States; or, Views of the actual commerce of the United States with the Spanish Colonies**... con amplias referencias y datos relativos a la Costa Firme. En 1821, Vicente Rocafuerte (1783-1847), el brillante ecuatoriano, publicó sus consejos a la liberación bolivariana del antiguo Reino de Quito, en el libro **Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente, que quiera ser libre.** En 1822, impresa en los talleres de H. C. Carey e I. Lea, la obra traducida por Eduardo Barry **El espíritu del despotismo,** dedicado a Simón Bolívar, como Presidente de la República de Colombia. En el mismo año de 1822, aparecen varias obras: la **Constitución de la República de Colombia,** de 1821, reproducida por el impresor J. F. Hurtel, sobre la edición de la Villa del Rosario de Cúcuta; el informe de Baptis Irvine, que había estado en Angostura, con el título de **Commerce of Southern America, its importance to us, with some remarks on a Canal at Darien;** y el libro de Manuel de Vidaurre (1773-1841), intitulado **Plan del Perú, defectos del gobierno español antiguo, necesarias reformas,** dedicado desde Filadelfia a Simón Bolívar. Manuel de Vidaurre publicó, también en 1823, en Filadelfia, sus **Cartas americanas, políticas y morales,** que contienen muchas reflexiones sobre la guerra civil de las Américas, en dos volúmenes. En 1824, se reedita con el título de **Las ilustres americanas,** en el taller de J. F. Hurtel, el trabajo de Manuel Cortés Campomanes inserto primeramente en las páginas de la **Biblioteca Americana,** que redactaba Andrés Bello en Londres, edición que constituye un símbolo de la unidad intelectual en el proceso de libertad americana.

En 1825, Carey & Lea edita una obra monumental: **A complete historical, chronological ,and geographical American Atlas, being a Guide to the History of North and South America, and the west Indies**... Para cerrar la enumeración, se anota el libro

del Coronel Francis Hall († 1833), **Colombia: its present state in respect of climate, soil, production, population, government,** impreso por A. Small, en 1825.

* * *

La obra de William Duane, editada en 1826, prosigue la tradición del más decidido interés por el mundo bolivariano que atestiguan las publicaciones aducidas.

Es justo recordar el nombre de William Duane, tanto como el dar a conocer su obra rarísima, en reconocimiento actual "por sus constantes esfuerzos en favor de la libertad" de los pueblos que integraron la unión grancolombiana.

Pedro Grases

PREFACIO

Esta visita a la República de Colombia fue realizada en representación de varios ciudadanos de los Estados Unidos, quienes tenían algunas acreencias contra aquel gobierno, y cuya liquidación no habían podido conseguir por mediación de otros agentes. Se consideraba que yo tendría mayores probalidades para cumplir esa misión, la cual requería que las gestiones preliminares se efectuaran en Caracas. En consecuencia, me dirigí primeramente a esta última ciudad y proseguí luego por la cordillera hasta Bogotá, donde logré que se pagara una suma considerable a los acreedores. Tratando de aventajarse mutuamente, los interesados dieron lugar a numerosas dificultades, a pesar de lo cual recibieron las cantidades convenidas conmigo, aunque se las ingeniaron para birlarme las comisiones que me correspondían. No valdría la pena consignar este hecho, si no fuese porque un absoluto silencio de mi parte podría interpretarse como aquiescencia a tamaña mala fe, vileza e ingratitud.

Desde hacía unos treinta años mantenía buena amistad con varios hombres llenos de virtud y de talento, quienes venían madurando sus planes para fomentar la revolución en la América del Sur, actualmente cumplida. Mis relaciones con ellos, cuya causa despertaba toda mi simpatía, me hicieron prestar formal atención a la historia, geografía y eventual destino de aquellos países. Me daba también perfecta cuenta de la importancia comercial y política que tan fértiles regiones representaban para los Estados Unidos; naciones que poseían todos los recursos que la naturaleza ha derramado en las demás partes del globo, y en grado mucho más

considerable que ninguna otra comarca. Acababa de surgir del caos una nueva creación que invitaba a nuestra república, la cual sólo tenía pocos años de establecida, a comunicar sus instituciones, intercambiar sus productos de mayor utilidad y promover toda una familia de repúblicas, cuyas instituciones habrán de contribuir a la postre a la regeneración de la humanidad.

Una prensa libre me permitió dar publicidad a mis pronósticos y conceptos, labor de divulgación en que nunca desmayé, pese a los sarcasmos que me dirigían ciertas personas que hoy aparecen tan celosos amigos de la América del Sur, como antes se mostraron escépticas, hostiles... y algo peor. Empero, el generoso amor por la independencia que existe en una nación libre como la nuestra resultó superior a la insidiosa y abierta enemistad que algunos revelaban hacia las nuevas repúblicas, haciendo que mis ensayos y opiniones obtuvieran una acogida más comprensiva. El propio gobierno de la República de Colombia estimó que mis esfuerzos merecían un voto de gracias; y la bondadosa hospitalidad que se me brindó durante un largo viaje de mil trescientas millas, me vengó ampliamente de las ironías de quienes ahora se han convertido en admiradores de una revolución que antes vilipendiaron y desaprobaron.

No pretendo haber realizado en este libro ningún trabajo enjudioso, pues sólo he aspirado a ofrecer una descripción en tono coloquial, como la que podría hacer ante pequeño círculo de íntimos amigos. Aunque mi propósito era que esta narración no excediera de un volumen de quinientas páginas, en realidad se ha extendido a ciento veinte más de las previstas. Sin embargo, no he incluído ni siquiera la mitad de lo que hubiera podido exponer, de acuerdo con las oportunidades y materiales que estuvieron a mi alcance, acerca de la situación interior del país, su comercio interno y externo, su constitución, leyes y política, sus hombres de Estado y sus partidos, o sobre finanzas, economía pública, colonización y artes. Hubiera querido suministrar informaciones sobre la Anfictionía de Panamá, de cuyos orígenes estaba enterado mucho antes que cualquier otra persona de las que hoy viven en los Estados Unidos. Proyectaba igualmente destinar un capítulo a la gran obra del estrecho de Panamá, *para cuya construcción había presentado proposiciones al gobierno de Colombia, con respaldo de*

varios capitalistas. Si llegara a ponerse en práctica dicha obra, lo que yo considero muy factible, ello haría que la comunicación entre los dos océanos fuese más libre y segura que la que se realiza por los estrechos de Sunda y Gibraltar.

Cuando ya este pliego iba para las prensas, recibí noticias de haber ocurrido en Valencia un brote de guerra civil, en la cual está implicada la reputación de uno de los héroes revolucionarios. Aunque tal acontecimiento sería de lamentarse, sus consecuencias no tienen por qué afectar seriamente las instituciones republicanas.

En caso de ser ciertos estos rumores, la causa de dichos sucesos quizás podría buscarse en el espíritu federativo, es decir, en la lucha de los partidos, así como en los ciegos apasionamientos de la envidia y frustraciones personales, inherentes a toda revolución, y que posiblemente se requieran para completar el ciclo revolucionario y establecer el imperio de las leyes en regiones donde, durante siglos, sólo habían prevalecido las pasiones.

Circunstancias que ya no dependen de mi voluntad determinarán la futura publicación de otros trabajos sobre el mismo tema.

CAPITULO I

Embarco. Recibimiento a bordo. Una hermana de Bolivar ocupa el mismo camarote. Variado, y muy jovial y afable, el grupo de comensales. Paso por Sandy Hook, el 3 de octubre. Alcanzados por el Vencedor, *nuestro buque escolta. Rumbo al sureste. Características y potencia de ambas naves. La "latitud de los caballos". Conjeturas acerca de las mismas. Preparativos de combate. Actitud de la señora Bolivar. Avistada la isla del Sombrero en la tarde del 14. Cruzamos cerca de la Orchila. Se vislumbra el Cabo Codera. Surge la costa al aproximarse a Caraballeda. Anécdota histórica sobre sus animosos habitantes. Fundación de La Guaira. Columbramos el Monte Avila y la Silla. Aspecto frontero de las montañas. Palmeras en Maiquetía. El pueblo. Las casamatas de La Guaira batidas costanstemente por la marea. Prisión y tumba de los patriotas. Anclaje el día 18, después de largar catorce brazas de cable. Salvas desde nuestra nave y su contestación. La corbeta norteamericana* Cyane *y su capitán Spence. Varonil conducta de este último. Desembarco el 18. Factible construcción de un puerto seguro, al abrigo de todas las tormentas. Encuentro inesperado con viejos conocidos. Amabilidad del cónsul norteamericano y del comodoro Daniels. Presentados al comandante de La Guaira. Su residencia. Edificios y modo de vida al estilo oriental. Cortesía de un amigo. Exento nuestro equipaje de la inspección aduanera. Sistema empleado para llevar a tierra bultos y maletas. Pago a los cargadores.*

El gobierno de Colombia, por mediación de su agente el comodoro Daniels, había adquirido la hermosa corbeta *Hércules*, cons-

truída por la casa Eckford de Nueva York, durante el otoño de 1822. Al enterarse de que me proponía viajar a Colombia (1), el comodoro me ofreció con su habitual generosidad un pasaje en la nave, el cual fue extendido con igual benevolencia a mi hija Isabel y a mi hijastro el teniente R. Bache, del cuerpo de artillería de los Estados Unidos. Pudimos llegar a tiempo a Nueva York para embarcarnos al mediodía del 2 de octubre de 1822, y esa misma noche anclábamos en Sandy Hook.

La experiencia y bondad del comodoro le habían hecho adoptar las disposiciones necesarias para que nos fuesen gratos tanto el alojamiento a bordo como la propia travesía. El camarote principal había sido asignado a la señora Antonia Bolívar y a su hija Josefina, y los dos siguientes a Isabel y a mí. El joven Pablo, hijo de doña Antonia, y el teniente Bache ocupaban las otras dos cabinas contiguas. El camarote principal servía también de comedor, y el grupo de comensales estaba formado, además del comodoro y de los ya nombrados, por el capitán Austin, quien viajaba en representación de los propietarios; el agente del barco; y, por turnos, aquellos oficiales y pasajeros que tuvieran cabida. Todos ellos tenían personalidades muy diversas, y durante el recorrido (lo que no acontece con frecuencia en navíos donde el pasaje es numeroso) no surgió una sola pendencia o disputa; el buen humor reinante y la natural disposición a prestar toda suerte de amables atenciones hicieron que nuestra travesía se asemejara más bien a una excursión de placer a lo largo de un río que a un viaje por mar en un buque de guerra.

El capitán Austin, quien debía hacer entrega del barco en La Guaira, unía ciertos conocimientos literarios a su condición de marino, y puso cuanto estuvo de su parte para contribuir a la comodidad y satisfacción de todos. Los oficiales que comían ocasionalmente con nosotros daban gran animación a nuestro grupo, y todos gozábamos de plena libertad, que aprovechábamos para ser tan atentos y corteses como estuviera a nuestro alcance. La calidad de nuestra comida, hasta el momento en que desembarcamos, podía parango-

(1) El autor se refiere a la Gran Colombia, aunque en realidad la denominación genérica que entonces se usaba era Colombia. Tanto en el título como en algunos pasajes se ha puesto Gran Colombia para evitar confusiones al lector no advertido de dicha circunstancia. (N. del T.)

narse en todos respectos con la que hubiera podido esperarse en el mejor hotel de Nueva York; y en cuanto a los vinos, fueron también abundantes y excelentes.

Nuestro primer amanecer a bordo —el día 3 de octubre— nos encontró navegando a velas de gavia frente a Sandy Hook, que pronto perdimos de vista. Hacia las 11 de la mañana avistamos una embarcación, que resultó ser el *Vencedor*, goleta colombiana de guerra, al mando del capitán Shannon, quien por varios días había estado cruzando aquellas aguas en busca nuestra. Después de transmitirnos mutuamente las señales de costumbre, dirigimos rumbo al S. E. hasta nueva orden.

Como la corbeta sólo había de ser entregada en La Guaira, ostentaba aún en su mástil las barras y las estrellas. En el *Vencedor* flameaba la bandera de Colombia. La *Hércules*, que después de su traspaso tomó el nombre de *Bolívar*, llevaba veinte cañones de a 32, conforme al equipo usual de las corbetas norteamericanas y, además, dos de bronce de a 24 en el castillo de proa. Su tripulación estaba integrada por 220 marinos de primera, procedentes en su mayoría de la que acababa de ser licenciada en la fragata estadounidense *Macedonian*.

El *Vencedor* montaba catorce cañones, y su dotación ordinaria constaba de 150 hombre, además de un número análogo de voluntarios destinados a otras naves de la armada colombiana. A bordo de ambos buques había varios oficiales navales supernumerarios, con mucha experiencia y destinados al mismo servicio. Entre ellos se encontraba el teniente Christie, quien antes formaba parte de la flota norteamericana; Mr. Murray, egresado de la marina británica; y los capitanes Clarke, Swaine, etc., oficiales de gran veteranía en la carrera militar y náutica. Con ellos viajaba también un grupo de reclutas, candidatos a diversos cargos en el servicio naval.

El tiempo era sereno y los vientos propicios; las borrascas se mantuvieron lejos de nuestro rumbo, y sólo encontramos mar picado y atmósfera brumosa en aquellos pamjes que los marinos suelen llamar "latitud de los caballos" *(horse latitudes)*.

Al parecer, esta agitación del mar y la abundancia de brumas son producidas por el choque de corrientes contrarias. Las aguas de la gran corriente del Orinoco, que es el principal alimentador del Gulf Stream, no afluyen todas hacia el poniente; y entre el Cabo Catoche y el Cabo San Antonio un gran caudal de las mismas es impulsado hacia el N. E. a través de los estrechos de las Islas de Barlovento y las Antillas. En mi opinión, la cálida temperatura perceptible en estas corrientes, que proceden de las regiones subecuatoriales, al confluir en esas latitudes con las que vienen del N. O., las cuales traen las frías aguas del norte, producen estas breves e inquietas extensiones marinas, conjuntamente con el vapor atmosférico que a lo largo de dos días interceptó los alegres rayos del sol. Los marinos consideran que la denominación de "horse latitudes" fue dada a estos parajes por los traficantes en caballos que los transportaban a las Indias Occidentales, y que al encontrarse en ellas con marejadas de inusitada violencia, se veían obligados, por razones de seguridad, a lanzar al mar las bestias por la borda. No sé si será esta la misma posición marítima a que dan los españoles el nombre de *El Mare de los Mulas* [sic].

Este alboroto de las olas, que no alarmaba en absoluto a quienes ya estaban acostumbrados a los viajes por mar, aparecía como tiempo tormentoso, sin embargo, para los que hacían por primera vez la travesía. Nuestra marcha no sufrió interrupciones de importancia, y al tercer día ya disfrutábamos nuevamente de la luz del sol, la mesa del comedor había recuperado su posición horizontal, y la airosa nave flotaba de nuevo majestuosamente sobre una quilla derecha, a un velocidad de ocho a diez nudos. En realidad el movimiento de nuestra embarcación podía compararse más acertadamente con el de esos vaporcitos que surcan las aguas de un espacioso río, que con el de un barco de guerra que atravesaba el vasto y a menudo borrascoso Atlántico.

Nuestro buque-escolta nunca se separaba de nosotros, dejándose ver al costado a la salida y a la puesta del sol, y algunas veces intercambiando visitas. Ello contribuía a tranquilizar el ánimo de algunos pasajeros, quienes temían fuésemos alcanzados por navíos de guerra española; aprhensiones totalmente infundadas, pues entonces no había en aquellos mares ningún buque de suficiente potencia para atacarnos; y en caso de aparecer alguno, e indepen-

dientemente de la valiosa ayuda que significaba nuestra escolta, el barco en que viajábamos contaba con todo el equipo necesario, habiendo sido debidamente acondicionado para tales contingencias poco después de ser botado al agua. Aunque era razonable suponer que nuestra bandera nos pondría a salvo de cualquier conflicto, disponíamos para hacer frente a toda eventualidad de andanas fuertemente artilladas, de una marinería avezada e intrépida, y de casi una docena de valerosos oficiales a bordo, cada uno con gran capacidad de mando, que ya habían intervenido en reñidas acciones navales, asestando duros golpes al adversario.

Los marineros, a quienes incomoda especialmente verse reducidos a llevar una vida holgazana en sus hamacas, en la arboladura o en el castillo de proa, y consideraban que el ejercicio los ayudaba a mantenerse en buen estado de salud, aprovecharon el buen tiempo para poner al barco en aparejos de combate. Sin más tardanza se cumplieron las medidas disciplinarias de rutina en la marina norteamericana, en cuanto a la distribución de obligaciones y asignación de puestos, y cada cañón quedó a cargo de un capitán, artillero y dotación auxiliar. Se organizaron cuadrillas de abordadores, y fueron repartidos yelmos, sables, picos, hachas y granadas de mano. Se señalaron funciones específicas a aquellos marineros de destino que no formaban parte de la tripulación, se les proveyó de fusiles y se les designó puestos en la popa, en el castillo de proa y en las cofas; y los estimulantes redobles del tambor llamaron a todos a las baterías. En cosa de segundos se desplegó una intensa actividad, e izándose las velas mayores, fueron encendidas las mechas, se trajeron barreños de agua y los cañones quedaron guarnecidos. El silencio que siguió fue tan dramático e imponente como aquella momentánea agitación. La voz de *fuego!* tuvo un eco en el rugir de la artillería, y a continuación se produjo el mismo silencio impresionante. Luego de haber flambeado y vuelto a cargar los cañones, el simulacro concluyó en una celebración general, durante la cual se repartió grog en abundancia a toda la tripulación.

Para quienes no estaban habituados a tales preparativos para la acción militar, este simulacro no dejó de causar bastante impresión. Mientras se adoptaban las disposiciones mencionadas, la señora Bolívar pidió al comodoro que le informara el puesto que le correspondería desempeñar si llegaba a sobrevenir un choque armado. El

comodoro, con gran aplomo, le aseguró que su colaboración no había sido echada en olvido; que ninguna de las tareas a bordo, en caso de lucha, era más importante que la custodia de la santabárbara, la cual sólo se encomendaba a las personas de mayor mérito y confianza; que este cargo le sería adjudicado; y que Josefina e Isabel serían sus ayudantes. Por un momento se mostró muy satisfecha, pero al agregar el comodoro que la santabárbara estaba fuera de tiro, y que por tanto no se correría peligro alguno, el semblante de la buena señora, que hasta entonces revelaba gran serenidad, enrojeció de cólera, y con los ojos centelleantes, exclamó: "*No! no, señor Commodore! no quiero! — mi nombre es Bolívar, y mi lugar es en frente del peligro*" (*).

Fue la emoción de un momento; sus facciones se animaron, como por efecto de un choque eléctrico; y solo logró apaciguarse cuando el comodoro le aseguró que tendría un puesto al lado suyo, en el propio alcázar, si ocurría cualquier emergencia. Este incidente me llamó especialmente la atención, porque cuando el mar se encrespaba durante la noche en estas *horse latitudes*, o el barco comenzaba a cabecear bajo el impulso de algún brisote, dicha dama se entregaba incesantemente a la oración; e incluso si el movimiento de la nave mostraba la más leve alteración, el santo rosario era repetido por ella una y otra vez, acompañado por su amable hija.

En la noche del 14 de octubre surgió claramente a proa, por la banda de estribor, la isla del Sombrero; de ahí en adelante nuestra derrota se orientó en dirección occidental. En la mañana del día 15 asomó en lontananza la isla de Saba, que aparentaba el tamaño y la forma de una taza de té invertida; alrededor de la una se destacó visiblemente a unas diez millas al S.S.E., y pudimos observar que, cuando pasábamos frente a ella, desplegados los juanetes altos y a una velocidad de diez nudos, su apariencia iba cambiando constantemente. A eso de las cinco columbramos las islas de San Cristóbal y Nevis, y luego —en el borroso horizonte, hacia el S.O.— a Santa Eustacia con su pico de doble cima. El archipiélago que encontramos en esa dirección se asemejaba a una serie de promontorios de un solo continente que se extendiera de S.E. a N.O.

(*) En español, en el original.

Esta ruta es tan conocida, que en realidad nada nuevo puede decirse acerca de ella; sin embargo, los datos que hemos consignado permiten apreciar el buen criterio con que fue determinado el rumbo, la facilidad de nuestra travesía y el breve tiempo en que pudimos realizarla. Nuestro barco seguía la *línea septentrional* del famoso arrecife, en cuya extremidad se encuentra la Isla de Aves; y costeando luego su parte occidental continuamos casi en dirección sur.

El día 16 escuchamos las olas que se rompían contra la escarpada y solitaria roca de la Orchila, situada a babor, a una distancia aproximada de tres millas; la estruendosa resaca parecía bramar con sempiterno enojo a sus pies. A las cuatro y media, a babor de nuestra proa, vislumbramos por primera vez la *tierra firme*. La atmósfera aparecía impregnada de un vapor letárgico, a manera de tapiz colgado horizontalmente a unos cien pies sobre nuestros masteleros; en el intervalo se distinguía, en forma un tanto borrosa, aunque perceptible a la luz vespertina, el Cabo Codera, que daba la impresión de ir emergiendo de las ondas a medida que nos acercábamos a tierra; poco a poco fue presentando su redonda cumbre y su escabrosa vertiente septentrional frente al mar; mientras que en su parte sur se inclinaba gradualmente hasta la orilla de la playa, cuya vista quedaba oculta por nubes de vapor que dejaban traslucir fulgores de matices muy diversos. El lago de Tacarigua se encuentra a unas cuantas leguas al este del Cabo Codera; tiene forma oval y su extensión es de veinte por veinticinco millas. Anteriormente estaba abierto al mar, como el de Maracaibo o el de La Hacha [sic], pero actualmente sólo es accesible en botes, y recibe las aguas de muchos valles, especialmente los del Tuy y Caracas. Presumo que era la evaporación de estas aguas lo que enturbiaba el panorama y hacía producir la impresión de que estábamos ante un golfo interior o la desembocadura de un anchuroso río.

Un poco hacia el oeste se ve la oscura falda de la sierra, la cual parece alzarse como una barrera frente al mar, que como un ariete descarga contra ella perpetuamente sus golpes, y que sólo se retira para retornar luego con vigor nunca extinguido. Entre Cabo Codera y La Guaira, separados entre sí por una distancia aproximada de ochenta millas, la costa va formando una amplia curva, cuya regularidad es más aparente que real; y las montañas del Cabo

no ofrecen un aspecto tan abrupto y escabroso como las que se advierten al acercarse a La Guaira y contemplarlas de frente. La Costa es áspera y cubierta de rocas al occidente del Cabo; más allá emergen ciertos claros —entre la costa y las numerosas depresiones que presenta la cordillera— en los cuales pueden observarse desde el mar muchas escenas sumamente pintorescas; una gran cantidad de pequeñas y verdes plantaciones; árboles demasiado diminutos para poder colegir sus características o sus especies; otra vez rocosos acantilados; y no menos de diecisiete ríos de pequeño caudal que bajan de la sierra, por cuyas aguas se puede ir en bote durante un trayecto de dos o tres millas tierra adentro a través de estos estrechos valles, que más bien parecen grietas abiertas en la montaña, y a lo largo de los cuales florecen hermosos cañamelares y cacaotales. Cerca de Caraballeda, que fue el paraje que se escogió primeramente para establecer un puerto en este litoral, los cultivos son ya más extensos, y la costa aparece formada por colinas aisladas cubiertas de vegetación hasta la cima. Depons ha narrado sucintamente las causas que obligaron a sus moradores a abandonar el pueblo, y su relato resulta hoy más interesante con motivo de los sucesos acontecidos desde entonces, que cuando él lo dio a la publicidad, pues sirve para corroborar las opiniones de personas ilustradas sobre el hecho de que, a pesar del férreo despotismo del gobierno español, y de la tiranía incluso más irritante que ejercieron sus enviados, siempre existió en la América del Sur un espíritu latente de rebeldía que sólo necesitaba una chispa para encender una conflagración general. En efecto, Caraballeda fué fundada por Losada en 1568, y dotada de un cabildo o corporación municipal, cuyos miembros — como enel resto de América — eran elegidos por el pueblo. En 1586 el gobernador Rojas usurpó los derechos electorales de la colectividad y nombró alcaldes por su cuenta, ordenando el arresto de los cuatro regidores. Los vecinos celebraron entonces una asamblea y acordaron por unanimidad abandonar el lugar, compromiso que cumplieron retirándose a Caracas, Valencia y otras ciudades. Al llegar a España las noticias de lo ocurrido, se dio orden de poner en libertad a los regidores y se invitó a los habitantes a que volvieran. Nunca lo hicieron, pero algunos de ellos escogieron para su residencia el sitio de La Guaira, que se convirtió en el puerto de entrada hacia Caracas, y en su puesto de aduana, posición que ha conservado desde entonces. Los lugares más importantes al oeste de La Guaira

son Catia, Arrecifes, La Cruz, Choroní, bahía de Ocumare, Turiamo, Borburata y Puerto Cabello. (2)

El velo que aparecía suspendido sobre nosotros comenzó a descorrerse y dejó ver la cumbre de las primeras estribaciones de la sierra, detrás de la cual flotaban grandes vellones de nubes blancas como la nieve, que ocultaban otras estribaciones incluso más elevadas que se sucedían en la distancia, y las cuales se destacaron luego con mayor nitidez, aunque arrebujadas todavía entre nieblas lejanas. La fila de la sierra de Avila, que es la montaña que separa a Caracas de la costa, aparecía ahora claramente definida, pero la Silla, como una esquiva damisela de la comarca, aún mantenía retirada su cabeza, apenas cubierta por un ligero tul, cuyo extremo flotaba en el aire hacia el suroeste. Después resplandeció una luz más brillante en las alturas, y las sombras de la montaña se extendieron sobre las bruñidas aguas, presentando un espléndido panorama realzado a su vez por la altísima Silla, que ya se había despojado de su turbante de nubes y presentaba su doble cima a los ojos admirados del viajero.

Al pie de la montaña se distinguía una blanca línea evanescente, formada por la resaca, cuyo estruendo no era aún perceptible a nuestros oídos. No se observaba ningún terreno llano, apropiado para la planta del hombre, entre aquella abrupta pendiente y la incesante marea. Al irnos acercando, la mirada quedaba seducida por los rasgos más acentuados de la franja blanca y uniforme que festonaba la orilla del mar, detrás de la cual parecía alzarse otra cadena montañosa, de mayor extensión y alturas que la playa, aunque menos perceptible: es, en realidad, la larga muralla que caracteriza al puerto y la ciudad de La Guaira, la cual patece adherida a la ladera de la serranía. Proyectado hacia la derecha, un pequeño promontorio se interna en el mar, cubierto de palmeras que ocultan a medias las casas situadas en su parte trasera, en posición más prominente. Es Maiquetía, hermoso burgo situado a

(2) Se hace constar que, al igual que los demás viajeros anglosajones del siglo XIX —observación también aplicable a muchos técnicos y visitantes de nuestros días— el coronel Duane emplea la más caprichosa ortografía al transcribir nombres hispanos y criollos; el Vincador (Vencedor), Maquiteia, Caravellada, Ticaragua (Tacarigua), Coroní, Barbaruta, Caragoata (Caracta), etc. (N. del T.)

media milla, más o menos, de La Guaira. Antes de que nuestros ojos se den por satisfechos con la contemplación de esta fresca estampa tropical, el paisaje va adquiriendo mayor precisión y tamaño; pero la faz de la montaña que corre entre Maiquetía y La Guaira muestra un aspecto temeroso y desolado, de color pardusco y gris; rocas saledizas y una superficie quebrada, rojiza y amarillenta, que se ve estéril y desprovista de vegetación, como si el mar la hubiera estado cubriendo durante siglos, arrebatándole frutos y verdores. Sin embargo, en diversos puntos de la sierra aparecen diseminadas tres o cuatro especies de cactus, irreconocibles en la distancia; y algunos agaves o áloes americanos se han adueñado de sitios particularmente ventajosos, reteniendo con sus brazos gigantescos el lugar que ocupan en su suelo nativo.

Ahora se percibe en toda su longitud la línea de la costa que se prolonga desde Cabo Codera; alrededor de tres millas al oeste de Maiquetía se encuentra Cabo Blanco, pero su altura ya no parece tan notable como al principio; algunas veces se le ha comparado con una especie de cuerno que formara el extremo occidental de la bahía y cuyo compañero sería el Cabo Codera, al este; sin embargo, la semejanza es bastante remota.

La Silla se destaca ya con mayor nitidez, y la forma que presenta su cumbre, de la cual deriva el nombre a causa de su lejana similitud con una silla de montar, aparece delineada con toda claridad; como la parte oriental es la más elevada, se dice que se asemeja al fuste delantero, y que el occidental, al quedar un poco más bajo, constituye el arzón trasero. La playa no puede considerarse ya apacible o silenciosa, pues es incesante el estrépito de la resaca al batir contra la orilla; entre esta y la montaña se observa un espacio de terreno tan reducido y tan lleno de agitación y movimiento como un hormiguero cuando ha sido puesto en conmoción. Hombres y mulas son los actores de este bullicioso escenario; y una espaciosa calzada, en cuya construcción hubo de utilizarse con muy buen criterio un ingente despliegue de mano de obra, lleva desde la poterna o puerta de Caracas hasta Maiquetía, y forma también parte de la carretera que conduce hacia la capital. Contemplada a distancia, no parece más ancha que una cinta, aunque lo cierto es que su amplitud fluctúa, en muchos lugares, entre 60 y 100 pies, y está construída a unos diez pies sobre el nivel del mar.

A medida que el sol avanzaba hacia el suroeste, las sombres de la sierra se sesgaban hacia el levante, a lo largo de la costa, contribuyendo al mayor brillo y claridad del horizonte. Alrededor de las dos de la tarde del día 18 echamos el ancla después de largar unas 14 brazas de cable, en un sitio equidistante de La Guaira y Maiquetía, a una milla de la playa. Las tres fortificaciones que se alzan al fondo del pueblo, la muralla frontera y la aldea de El Palmar a la derecha, se distinguían ahora perfectamente y ofrecían rasgos de relativo interés. El calor de aquel sol ardiente, la resplandeciente atmósfera y los grupos de palmeras, me hacían pensar en un paisaje oriental; y su belleza — salvo el abrupto declive de la sierra — aumentaba al acercarnos. La depresión, o parte excavada de la montaña, al fondo del pueblo y hacia el este, evidenciaba ahora mayor extensión que cuando la contemplábamos desde lejos; y la fortaleza principal, construída en un ángulo de la montaña, parecía una obra de regulares dimensiones. No intenté visitar ninguna de ellas, pues en mi concepto el ascenso hubiera resultado dificultoso para las propias cábras. Desde la playa los fuertes se ven menos perpendiculares; pero es evidente que, desde el punto de vista mábitar, los sitios de anclaje quedarían fuera del alcance de sus tiros, lo cual les quitaría toda efectividad, a menos que se tratara de disparar contra un enemigo que ya hubiera ocupado el pueblo, situado en la parte trasera.

La fortificación erigida a la orilla del mar, frente a la población, parece haber sido en sus orígenes una simple estacada tendida para ocultar la calle principal, que corre en dirección paralela; actualmente es una muralla de mampostería, sólidamente construída, que carece de bastiones, pero tiene una curva externa a manera del segmento de un círculo, cuyo diámetro puede ser de setenta yardas, con un radio de seis u ocho pies, no suficiente, sin embargo, para dominar efectivamente ambos flancos. Está acasamatada, con arcos de mampostería y a prueba de granadas; sus bases son batidas constantemente por la resaca que lanza su espuma por encima de la muralla, desprovista de troneras. Como es de presumirse, las casamatas situadas en la parte inferior rezuman permanente humedad. Fue en estas horribles bóvedas donde se encarceló a los bravos patriotas de la revolución, bajo el dominio español; y ya habían servido también de prisión, y a menudo de tumba, a otros vir-

tuosos varones antes del movimiento emancipador. Aunque justas, las represalias han sido deplorables; si estas se hubieran ejercido contra aquellos gobernantes tiránicos, que dieron el ejemplo, la humanidad no habría tenido justificación alguna para lamentarlo; pero en realidad el castigo no recayó sobre los jefes hispanos, quienes convencidos de que las sanciones no llegarían a afectarlos, y habiendo tomado siempre sus precauciones para asegurarse la huída, no mostraron ningún interés ni conmiseración por sus propios compatriotas, los cuales tuvieron que pagar las consecuencias de tantos desafueros.

Sólo estaban montados unos cuantos cañones, pues los restantes habían sido transferidos en número considerable a otros servicios. La fortaleza en sí produce mejor impresión al examinarla de cerca, aunque el único mérito que manifiesta su construcción consiste en la obra de mampostería y en las casamatas. El aspecto que ofrecía La Guaira desde la rada me hizo asociarlo con el de Funchal, en Madeira, por cuya apariencia externa me había dejado engañar hacía muchos años; pero así como Funchal evidenció en tierra condiciones peores de las que prometía a cierta distancia, resulté nuevamente burlado esta vez por la falsa asociación, al comprobar que el interior de La Guaira era mucho más interesante de lo que parecía desde afuera.

Sería divagar, sin embargo, si me pusiera a describir la tierra firme sin haber desembarcado todavía. Al echar el ancla, nuestras dos embarcaciones hicieron las salvas de costumbre, las cuales fueron respondidas desde la ciudadela. La gran cantidad de barcos surtos en la rada izaron sus banderas; y entre los primeros reconocimos, con especial satisfacción, a la corbeta estadounidense *Cyane*, de la cual era capitán Robert Spence, quien — durante los días que estuvimos en Caracas — puso muy en alto el honor de su bandera, de su país y el suyo propio al dar elocuente y efectivo rechazo, con toda prontitud e intrepidez, a injuriosas amenazas consignadas en una proclama expedida por el general español Morales, bravatas que no se atrevió después a llevar a la práctica.

La hora en que llegamos, y el ajetreo consiguiente al arribo a puerto de un barco que venía de ultramar, hicieron que las señoras

consideraran prudente no bajar a tierra esa misma noche; pero en las primeras horas de la mañana del 19 la embarcación de la aduana estaba ya a nuestro costado, y la señora Bolívar y su familia fueron trasladadas a la orilla, junto con otros pasajeros de los camarotes, a quienes ella invitó para que la acompañaran.

El desembarco en La Guaira tiene fama de ser singularmente peligroso. Sin embargo, quienes hayan estado en Santa Elena o en Madrás, considerarán insignificantes, a lo sumo, las dificultades que presenta el puerto de La Guaira, y lo cierto es que llegamos a tierra sin sufrir la menor molestia. Los pasajeros desembarcan colectivamente al pie de una escalinata, construída al costado de un largo malecón, que avanza hacia el mar sobre pilotes en un trayecto de 160 o 170 pies; los barqueros son muy diestros, y van dando al bote la posición apropiada de manera que la marea lo lleve directamente hasta la escalera citada, donde el pasajero aprovecha el instante antes de que la ola retroceda para saltar y poner pie en tierra. No han dejado de producirse algunos accidentes, pero deben atribuirse más bien a una eventual inexperiencia de los marineros, o a falta de aplomo en el viajero, que a cualquier otra causa. Nuestro desembarco se efectuó en forma análoga a la que ya había visto practicar en Sandy Cove, en Santa Elena, por los botes de algunos balleneros norteamericanos, quienes formaban parte de un grupo que en 1795 realizaba una gira de placer en torno a esa isla, donde hube de permanecer durante tres meses. Al aproximarse a la playa, el bote era impulsado por los remos con la popa hacia adelante, de modo que la próxima ola lo llevara velozmente hasta la orilla. La maniobra era ejecutada con gran habilidad; en el momento en que el bote tocaba en tierra, los marineros lanzaban sus remos a la resaca y sostenían el bote para evitar que aquélla lo arrastrara. Antes del retorno de la oleada, cada remero tomaba en brazos a una dama, como lo haría una nodriza con su crío, y la depositaba ilesa a la orilla del agua; la nueva ola regresaba con los remos, y el bote se alejaba junto con ella.

No está seguramente muy distante la época en que los ciudadanos y propietarios de Caracas, conjuntamente con los ricos hacendados de sus inmediaciones, aprecien debidamente los beneficios que les reportaría la instalación de un puerto conveniente y seguro

en La Guaira. La naturaleza, que hizo tantas cosas en forma rudimentaria para que el hombre se encargue de perfeccionarlas, ha suministrado ya un muelle bastante espacioso en el pequeño promontorio de Maiquetía; los materiales para otro existen en el propio sitio; y con menores gastos de los que supondría su ejecución cerca de una ciudad importante en cualquier parte del globo, podría construirse un puerto con capacidad para albergar hasta mil embarcaciones de la línea equinoccial, al abrigo de las peores tormentas del mar Caribe.

Después de desembarcar, nos contentó mucho encontrar, por cierto que en forma bastante inesperada, a varios amigos y conocidos que nos aguardaban para saludarnos y que habían venido expresamente desde Caracas, situada a quince millas de distancia. Entre ellos se hallaba el respetable cónsul de los Estados Unidos, R. K. Lowry, quien ya había determinado que Isabel, durante su residencia en el litoral, se albergara en casa de su compatriota Mrs. Lowry, en Maiquetía; y las disposiciones para el alojamiento de todos nosotros no dejaron nada que desear.

El comodoro Daniels, quien al parecer no se sentía aún satisfecho con las atenciones de que nos hiciera objeto a bordo, dio la bienvenida al pasaje en la puerta de la muralla que daba hacia el mar; y luego fuimos en su compañía a la residencia del comandante, a quien nos presentó, y del cual recibimos una acogida llena de militar cortesía. El coronel (—) parecía tener unos veintiocho años de edad, era alto y esbelto, y tanto su uniforme como su porte le daban un aspecto muy marcial; es uno de los muchos jóvenes cuyo nacimiento se produjo en fecha oportuna para que pudieran distinguirse, bajo la mirada de Bolívar, en las batallas y triunfos de la independencia. Esta clase de hombres, creados por la revolución, han sido colocados — de acuerdo con una sagaz política — en puestos de confianza y preeminencia, donde se adquieren hábitos de vigilancia, orden y puntualidad militar, lo que permitirá capacitarlos para ocupar los puestos de los defensores de la libertad, cuando aquellos hayan sido dejados vacantes, conforme a la ley de la naturaleza, por sus antecesores de mayor edad en la revolución.

La residencia del comandante es espaciosa, ocupa el ángulo

noroeste de la línea de defensa, y está protegida en su parte inferior por un parapeto de buena mampostería, provisto de troneras, que cubre la poterna y la calzada al poniente, así como el desembarcadero al norte, o sea la orilla del mar. Un pasadizo de catorce o quince pies forma una especie de vía cubierta y separa la muralla de la casa, la cual es de piedra y de dos pisos. La parte interior aparece oculta por el parapeto, en ella se encuentran las dependencias para el servicio doméstico, los almacenes, etc. La residencia propiamente dicha está en el piso alto, al cual se asciende por el doble tramo de una holgada escalera situada en la parte occidental. Esa escalera conduce a un gran salón, que abarca la fachada al poniente, y da hacia el sector septentrional de la playa; a los apartamentos, que son de altura muy considerable, se entra directamente desde el salón, y ocupan el ala oriental y occidental, con una galería o corredor frente al mar. El estilo usado en la construcción, el tipo de embaldosado, las altas puertas de dos hojas, la amplia escalera y la elevada posición ocupada por los apartamentos, con las vigas al descubierto, me trajeron a la imaginación, a causa de su estrecha semejanza, otros edificios similares que ya había podido observar muchos años antes en diferentes regiones del Asia.

Después de presentar nuestros respetos, y de compartir el buen vino catalán del comandante y las excelentes confituras de su bondadosa señora, nos despedimos, y al llegar a nuestro alojamiento nos encontramos con nuevas muestras de la hospitalidad que habríamos de recibir, sin que las hubiéramos previsto. Un amigo nuestro había enviado desde Caracas una mula torda bien amansada, graciosamente enjaezada con un hermoso galápago y la cual era ofrecida a mi hija para que la usara durante su residencia en Caracas; en esta mula hizo sus primeros ejercicios ecuestres, al irse galopando en compañía de un alegre grupo de jóvenes hasta Maiquetía, donde fue recibida por su amiga Mrs. Lowry. Yo había sentido cierta inquietud por Isabel, al pensar en el largo viaje de mil trescientas millas que debía realizar a lomo de mula solamente; pero su estreno como amazona me dejó satisfecho, y los sucesos posteriores confirmaron mis conclusiones, pues la verdad es que el viaje le produjo menos fatiga que a mí.

Mientras hacíamos la visita al comandante, nuestro equipaje

— por mediación del digno cónsul — había sido trasladado a la aduana, en donde, como testimonio de deferencia, se le eximió de la inspección de rutina, y fue depositado en los almacenes del cónsul. La manera utilizada para desembarcar el equipaje me hizo recordar la misma clase de operación en las escalinatas de piedra de Pondicherry y de Calcuta, por donde bajan los fieles a hacer sus abluciones rituales. Al llegar al desembarcadero el bote con los equipajes, una multitud de hombres y muchachos, cuya tez y atavío no podían ser más abigarrados, se precipitó en tropel; cada uno se apoderó del objeto que le quedaba más a mano para llevarlo hasta la orilla, y cuando el bote quedó vacío de su carga, los depositaron en la aduana, de la cual — después de la inspección — lo trasladaron a donde indicaba su dueño. El sistema de pago se realizó de acuerdo con análogo estilo oriental. El cónsul, quien se encargó de hacerlo por nosotros, inducido a ello por su experiencia, y por nuestra impericia, se proveyó de una cantidad suficiente de plata macuquina, o moneda del país; y comenzando a llamar a los cargadores que habían traído las unidades más pesadas, les fue entregando sucesivamente en dinero efectivo, de acuerdo con el servicio prestado, un real un medio o un cuartillo; el real es nuestro "dime" u octavo de dólar; el medio es la mitad de un real; y el cuartillo la cuarta parte del real. En páginas ulteriores me extenderé en mayores detalles sobre la moneda del país.

CAPITULO II

Grata demora en La Guaira. En Venezuela las mulas prestan los servicios que están a cargo de caballos, carretas, coches y diligencias en otros países. Se entra en la ciudad por una estrecha callejuela que conduce a la calle principal. Descripción. Estilo asiático de los almacenes y otros edificios. Escombros del terremoto de 1812. Obras de defensa. El alojamiento en los hoteles. Los precios. Albergue más confortable que en las posadas del interior. Ausencia de mosquitos y moscas. Mobiliario con mezcla de lo antiguo y lo moderno. No hay coches de ruedas. Falta de caminos. Proyecto de una carretera y de una vía ferroviaria a través del valle de Tipe. El ferrocarril no es una ruta adecuada en los países de gran extensión. Utilizadas por primera vez las carretas en Petare. Las casas de piedra no fueron afectadas por el terremoto. Abundancia de fuentes públicas. Agua de buena calidad. Exageración de Humboldt; el calor no es excesivo en octubre. Los termómetros no siempre merecen desmedida confianza. Madrás, Calcuta y Batavia son mucho más calurosas que La Guaira. Exageradas también las noticias sobre enfermedades endémicas; en las inmediaciones no existen pantanos ni manglares. Ocurrencia incidental en Borburata. Poblaciones rivales que denigran una de la otra. Efectos de la política española. La prosperidad de todo un país se basa en la de sus diversas regiones. Advertencias a los viajeros en las regiones tropicales. Opiniones discrepantes acerca de la alta cifra de mortalidad que produjo el terremoto. Aspecto de los oficiales del ejército. Anécdota sobre dos centinelas. Soldados semejantes a los espahíes de la India. La Guaira puede llegar a ser un puerto espacioso y seguro. Caracas y los hacendados deberían estar interesados en que se construya dicho puerto.

Aunque nuestro viaje no era una gira de recreo, la novedad de un país distinto y de modos de vida también diferentes, pero principalmente el benévolo trato que recibimos de nuestros viejos amigos, así como de los nuevos, tornaron agradable la demora durante uno o dos días, que era el período requerido para que regresaran las mulas desde Caracas, retorno que se efectuaba habitualmente en días determinados. (Este inapreciable animal cumple aquí todos los servicios que, en otros países, desempeñan las carretas, carros, coches, sillas de posta e incluso carretillas, y también se le utiliza, en vez de caballos, para actividades de comercio o de simple deporte). Por su parte, nuestros compañeros de travesía no deseaban separarse de nosotros sin que nos despidiéramos con una alegre cena y algunas copas. Tuve así, en consecuencia, la oportunidad de observar de cerca el interior de La Guaira, cuyo exterior ya me había sido dado contemplar.

Hay tres puertas de ingreso a la ciudad: la situada al este de la muralla se abre pocas veces, salvo para el uso oficial, y no se utiliza como vía de tránsito. La entrada principal para los viajeros que vienen en barco, así como para equipajes y mercancías, es la que da directamente al mar. Enfrente de esta puerta, a la orilla de la playa, hay una amplia y espaciosa plataforma de mampostería; y el malecón, construído sobre pilotes, se interna aguas adentro, en una longitud superior a los 160 pies. De la puerta de entrada sube una breve costanilla hacia la calle principal; la aduana está a la derecha de la entrada, y a la izquierda un cuerpo de guardia. En lo alto, a la derecha, se abre un pasaje que conduce a la residencia del comandante; y en el extremo superior de esta cuesta comienza la calle mayor, que se extiende hacia el naciente en un trayecto aproximado de media milla. Al terminar el estrecho callejón ya mencionado, la calle cobra una amplitud de 30 pies, pero al ir ascendiendo por ella, se reduce a unos 15 o 16 pies, excelentemente pavimentada. Las casas de esta calle real, situadas a la derecha y enfrente de la entrada, están ocupadas en casi su totalidad por almacenes comerciales, y se asemejan con bastante exactitud a los *godowns* de las ciudades asiáticas; largos, espaciosos y de un solo piso, la luz sólo entra en ellos a través de las puertas batientes de la fachada; sin embargo también hay muchas casas de dos pisos a este lado, cuyo estilo de construcción impresiona favorablemente.

Esta parte de la calle aparece ligeramente inclinada hacia el naciente; el trazado no es recto y tampoco ofrece uniformidad en su anchura, que en algunos sitios no pasa de veinte pies, y que aumenta a medida que se avanza hacia el este. En el lado izquierdo de la calle, visto desde el sitio de entrada, se alzan también almacenes y residencias, pero entre ellos se ven numerosas ruinas, que aún permanecen allí desde el terremoto de 1812; en algunos parajes los escombros han sido arrojados a los espacios vacíos entre los muros que aún subsisten, pero las calles están limpias de ellos.

En la parte exterior, lindando con el mar, aparece la línea de defensa formada por una amplia plataforma bien construída, separada de las casas por un parapeto. Este carece de troneras y se extiende por más de un cuarto de milla; el espacio de la calle se va ensanchando gradualmente, dejando un claro de suficiente amplitud para los ejercicios militares, entre las casamatas y el fondo de las residencias. No se requiere agregar más detalles a la descripción que ya hicimos anteriormente de esta obra. La guarnición era escasa, apenas suficiente para dotar de centinelas las entradas principales, los parapetos y servicios de vigilancia; todavía quedan algunos cañones instalados en la plataforma, en estado muy poco presentable, al menos para quienes están acostumbrados a la disciplina y orden de guarniciones bien organizadas.

Lo ya dicho acerca de los almacenes rige igualmente para el estilo general de construcción: calles estrechas, portales y patios pavimentados, con corredores en contorno; amplias escaleras, de doble tramo y rellano, de tosca construcción; salones altos y oblongos, aposentos angostos y retirados, muebles pesados y burdos, paredes desnudas y pisos enladrillados: estas semejanzas con el estilo oriental son comunes, y pude observarlas en todos los sitios que visité. No deja de ser un hecho bastante curioso, al tratar de determinar la influencia de las costumbres y el espíritu de imitación, que estos aspectos hayan subsistido casi incólumes durante tantos siglos en relación con sus prototipos asiáticos en España, los cuales conservan todavía las mismas características.

En un capítulo ulterior tendré ocasión de extenderme más prolijamente acerca de este estilo de construcción. Quiero referirme

ahora a la circunstancia de que el viajero que aquí desembarca puede considerarse muy afortunado, aunque quizás algunos opinen de distinto modo al alojarse en uno de los hoteles que existen en La Guaira, pues en realidad no los encontrará iguales en las otras regiones que visite. De estos hoteles hay dos, uno de ellos administrado por un francés, en el cual pude disfrutar de una mesa bien provista. No era ciertamente un novicio en ninguno de los aspectos de su profesión, y su *talento nativo* se había *refinado* considerablemente después de una permanencia en las Islas Británicas de las Indias Occidentales. El grupo de comensales alcanzaba casi a treinta, y la mesa aparecía cubierta de manjares abundantes y apetitosos, bien aderezados y presentados, y más que suficientes para un doble número de personas; tal como se acostumbra en las Indias Occidentales Británicas, el vino circulaba liberalmente antes de los postres, los cuales eran de muy buena calidad; y en cuanto al café, preparado al estilo francés, resultaba irreprochable.

La cuenta del hotel no es tan elevada como en las Indias Occidentales, pero como los precios no están sometidos a tarifa alguna, la pupila y el criterio económico del dueño ajustan la suma cobrada a la aparente inexperiencia del viajero, o su real o presunta opulencia; pero, sobre todo, regirá aquel principio de los economistas de que la demanda es la que regula los precios; de modo que cuando al puerto sólo llegan pocos barcos, y los viajeros son escasos, el precio se reduce de acuerdo con la demanda; pero en caso contrario, los precios subirán de nivel.

En lo que se refiere a la comida, un extranjero puede pasarlo muy aceptablemente; sin embargo, si no se siente con ánimo para prescindir de jergón y de sábanas nuevas, después de salir de La Guaira, procedería muy cuerdamente en no viajar a otros parajes, pues en ninguna posada del interior encontrará alojamiento análogo, y eso durante un largo trayecto de casi 2.000 millas, como el que yo recorrí. Las comodidades de esta clase sólo se encuentran en las residencias privadas. El clima, no obstante, justifica que no se dé demasiada importancia a tales dificultades; el aire es benigno, se respira con toda libertad, y estas circunstancias favorecen un reposo reparador. He oído hablar acerca de la existencia de zancudos en La Guaira; pero puedo afirmar que ni en esta ciudad, ni en

toda la ruta de 1.200 millas hasta Bogotá, llegué a ver ninguno, ni tampoco sufrí las molestias de la mosca corriente, que tanto nos incomoda durante los días estivales en los climas del norte. Donde sí encontré zancudos en abundancia fue en el Magdalena; y las moscas, por primera vez, aparecieron en Cartagena.

Tampoco el mobiliario es de tan excelente calidad en el interior del país como en La Guaira, donde la proximidad al mar ha permitido la entrada de muebles que no podrían encontrarse en regiones apartadas, porque ni cabrían en los caminos, ni las mulas estarían en capacidad de transportar artículos de mucho bulto, o de peso excesivo. En consecuencia, tanto si se trata de una cómoda o de un aparador, de un amplio sofá o de un piano, sólo pueden ser trasladados sobre la cabeza y las espaldas de mozos de cordel. Tal es el motivo de que algunos muebles de esta clase no hayan pasado de La Guaira, pues los gastos serían mayores que el desembolso realizado para adquirirlos. Por lo tanto, y en lo que se refiere a aquellos muebles u objetos que no sean transportables sino a lomo de mula, el comercio sólo deberá enviarlos en cajones o fardos que no excedan de 250 libras de peso, cuyo flete hasta Caracas puede costar alrededor de dos pesos, según las circunstancias. Ahora bien, estos muebles de gusto moderno no pueden lucirse como es debido, pues es corriente encontrar en revuelta confusión un elegante sofá al lado de una mesa construída con una tosca tabla, sometida cuando más al rudimentario refinamiento de la sierra o la garlopa; un tocador de caoba, provisto de espejo móvil, aparece con un escabel cuyo asiento es más alto que la mesa del mueble; la silla de mejor calidad que puede encontrarse es la llamada Windsor, que entre nosotros ha dejado de considerarse aceptable desde hace unos 20 años, y las cuales eran muy escasas en todas las regiones de la América del Sur hasta que la revolución de 1810 abrió los mercados al comercio.

La falta de coches de rueda produce a primera vista una sensación de deficiencia, sin poder determinar en qué consiste; pero es evidente que los caminos deben ir antes que los coches, y en varias oportunidades pude observar que buenas piezas de artillería estaban atascadas en cunetas de la ruta, a donde habían sido transportadas a costa de infinitos esfuerzos, sin que luego hubiera ha-

bido posibilidad de trasladarlas sobre ruedas a otros sitios. Hace ya muchos años se proyectó abrir un camino para el tráfico rodado, y que sólo tendría una inclinación muy ligera, entre Caracas y La Guaira, a través de la Quebrada de Tipe, situada a corta distancia al oeste de Maiquetía; no se construyó sino una parte, y aún permanece inconcluso. Recientemente se ha propuesto instalar un ferrocarril, sistema de transporte que se adapta únicamente a trayectos muy breves, en medio de una densa población, donde abunden los adelantos técnicos. En consecuencia, no resultaría apropiado en absoluto para estas regiones, donde sí serían sumamente útiles ciertos tipos de carros y carretas de forma adecuada, en los cuales se introduzcan algunas mejoras; ya se han convertido en unidades de transporte muy necesarias, y lo serán mucho más con el tiempo a la medida que vayan aumentando, como es inevitable, la producción y el comercio. Mr. Alderson, quien reside en Petare, a unas siete millas al este de Caracas, ha inaugurado el uso de varias excelentes carretas construídas por encargo en Filadelfia, y las ha utilizado en sus propias plantaciones y negocios, pero seguramente habrá de transcurrir algún tiempo antes de que tenga imitadores; tal es la fuerza de los hábitos inveterados, que logran subsistir hasta que la necesidad o las presiones de la competencia obligan a superarlos.

Cerca del extremo oriental de La Guaira, la calle real presenta un extenso claro, frente al cual se alza una iglesia de grandes dimensiones, cuya arquitectura no ofrece ninguna característica notable. Cabe anotar que, a pesar de tener mayor altura que los demás edificios, no sufrió ningún daño cuando el terremoto de 1812.

De las fuentes públicas, tal como ocurre en todas las ciudades y pueblos principales, mana con abundancia un agua muy diáfana, que contribuye a la limpieza y a la salubridad; y cuya disponibilidad procuraron asegurarse previsoramente, desde el propio momento de su fundación, muchas ciudades importantes como Caracas, San Carlos, Trujillo, Mérida y Bogotá, donde las calles aparecen constantemente aseadas y refrescadas por ágiles arroyos que fluyen a través de canales abiertos en el pavimento.

La contribución dada por Humboldt para difundir el conocimiento de las regiones meridionales del nuevo mundo, ha sido de tal

importancia — en grado muy superior a la de los demás viajeros — que quizás se considere poco generoso, e incluso aventurado, disentir de algunas de las observaciones consignadas por él. Sin embargo, persuadidos de que el propio Humboldt no podrá sentir desagrado por el hecho de que sus ideas sean sometidas a examen o que se discutan sus teorías con ánimo independiente y buena voluntad, no vacilaré en expresar mis puntos de vista, aun cuando no siempre coinciden con los suyos. Al comparar sus opiniones sobre la temperatura de La Guaira con las observaciones hechas personalmente por mí, tanto en dicho puerto como en los demás sitios a que también se ha referido Humboldt, llego a la conclusión de que posiblemente su desembarco en La Guaira ocurrió en circunstancias desfavorables para emitir un juicio satisfactoriamente correcto. Su permanencia en La Guaira no pasó de tres o cuatro horas, puesto que arribó en la tarde del 21 de noviembre (Person, Nar., vol. III, p. 381) y llegó a Caracas el mismo día. Es evidente que algunas personas le informaron que hacía pocas semanas se había extinguido un brote de fiebre amarilla; y le aconsejaron que no debía permanecer en el puerto, aunque la advertencia la formulaban quienes no sentían aprensiones para quedarse en La Guaira. En consecuencia, su informe, o sus teorías acerca del tórrido clima del paraje, no son el resultado de sus propias observaciones o sensaciones, sino que se basaban en las observaciones termométricas de otros. Quizás suene a filosófica herejía manifestar que se abriga poca confianza en los datos que suministran los termómetros; sin embargo, y aun cuando se reconozca que éstos últimos permiten lograr aproximaciones a inferencias de tipo general, la disimilitud y discrepancia que existe entre instrumentos construídos y graduados en otros países, e incluso entre los de un mismo fabricante, es suficiente para justificar esta incredulidad. Al efecto, puedo decir que, a fin de ayudar a un amigo que deseaba adquirir los intrumentos más perfectos, examiné hasta veinte termómetros de igual marca; por consiguiente, estimo razonable las conclusiones en que me baso, como resultado de la experiencia personal y del hecho de haber residido en algunos de los climas más cálidos del globo. Nosotros desembarcamos en La Guaira el 19 de octubre, y si cabe suponer que haya una sensible diferencia entre la temperatura de un mes y la del siguiente, lo lógico es pensar que en octubre debe ser más elevada que en noviembre. Pues bien, durante los tres días que permanecí en La Guaira

preferí siempre caminar a pie a toda hora, antes que a caballo, y el recorrido desde dicho puerto hasta Maiquetía por la ruta pavimentada que se extiende frente a la árida sierra, no me produjo mayores molestias que las experimentadas al andar igual distancia en Filadelfia en los meses de junio o julio. Acaso hubiera sido conveniente utilizar un parasol, pero ninguna incomodidad me causó no disponer de uno. En cambio, en Madrás, o en Calcuta, o desde el muelle de Batavia, una caminata que exija igual recorrido puede ser fatal. Mientras pascaba a la orilla de la playa, no podía evitar que acudiera a mi memoria el recuerdo de Batavia, pero La Guaira es un paraíso comparado con esta última o con Madrás. Ningún hombre blanco se atreve a caminar a mediodía por cualquiera de dichas ciudades asiáticas sin ir protegido por un *chattah*, o paraguas, llevado por un sirviente que se dedica específicamente a tal menester.

Además de esta experiencia, lo cierto es que en La Guaira no existen aquellas circunstancias a las cuales se adjudica habitualmente el origen de enfermedades en las zonas del litoral. No hay pantanos, aguas estancadas ni manglares que produzcan, por efectos de la vegetación y descomposición, ese aire corrompido o mefítico, que en otras regiones es causa de epidemias; al este y al oeste de La Guaira se extiende una playa larga y despejada, que la constante acción de la marea limpia y refresca perpetuamente. La causa a que se atribuye generalmente la insalubridad queda de manifiesto en el caso de algunos cambios que se registraron en Borburata, lugar de cierta importancia en las cercanías de Puerto Cabello, cuya población había sido frecuentemente diezmada por las enfermedades. En este paraje la playa contigua está cubierta de vegetaciones marinas, a lo largo de un trayecto considerable de donde provenía este aire nocivo; pues bien, bastó que se depositara sobre ella la tierra proveniente de unas excavaciones, y la cual fue arrojada allí sólo a título de desecho, para que la zona se tornara salubre; en cambio, en la playa adyacente, donde prolifera análoga vegetación, persistió la influencia dañina de la atmósfera, que en ella es habitual, factores que prevalecen igualmente en Porto Bello y en otros lugares de la costa.

Las rivalidades del comercio y la simple avaricia, que no son defectos exclusivos de aquellos países, deben de haber tenido fuertes

incentivos bajo un monopolio como el ejercicio por España en las naciones sometidas a su intolerable política económica. La única parte en que podría tener alguna justificación este espíritu de egoísmo era en esas regiones donde el comercio estaba restringido y sus actividades se reducían a una serie de rapiñas, corrupciones e intrigas. En el criterio de un pueblo situado en tales circunstancias, no podía tener cabida la idea de que el espíritu de monopolio es suicida, o de que la extensión y aumento del comercio no puede fijarse o medirse mediante el simple cálculo; y que la prosperidad de las diversas regiones de un país debe — a través del efecto de demostración, el consumo, la ayuda recíproca y el intercambio — extender progresivamente el bienestar a todo el ámbito nacional. Bajo el régimen español, los colonos mantenían una hostilidad entre provincias y pueblos — división fomentada por la política gubernamental—; y en un pueblo se denigraba de los ciudadanos de otro, llevando esta difamación a la propia naturaleza. En consecuencia, cada pueblo consideraba sinceramente execrables a todos los demás. A La Guaira, por ejemplo, por encontrarse dentro de la jurisdicción de Caracas, se le atribuía en Valencia un clima peor que a Puerto Cabello; mientras que este último, situado dentro de la esfera de influencia de Valencia, era motejado en Caracas de mucho más insalubre que La Guaira. Este espíritu parroquial no se ha extinguido todavía; en uno y otro puerto se han corrido noticias sobre brotes de fiebre amarilla en la población rival, con la exclusiva finalidad de arrebatarle consignaciones mercantiles, cuando la verdad es que dicho flagelo no existe en ninguno de los dos.

Los viajeros que no hayan visitado las regiones tropicales se sentirán alarmados, sin embargo, por las informaciones que reciban de amigos tan preocupados por su salud como aquellos de quienes Humboldt tomó sus noticias. En lo que sí debe ponerse atención es en que las funciones intestinales se cumplan con regularidad, en abstenerse de bebidas que aumenten en calor del cuerpo, y en no tomar más alimentos que los necesarios; en los climas cálidos, la secreción de bilis es mayor que la ordinaria, originando dolores de cabeza, que desaparecen por lo general con el uso de laxantes suaves, y que un emético hará eliminar del todo; además, la costumbre de bañarse frecuentemente, especialmente con agua templada, es deliciosa y mantiene la salud en buen estado.

Las observaciones que hice personalmente en La Guaira, y luego en Caracas y otras ciudades, me han llevado a conclusiones que difieren de las de Humboldt y otros, acerca de la gran mortandad que produjo el terremoto de 1812. No presentaré objeciones en cuanto a las cifras, ni ello es importante para las opiniones que expongo en forma muy esquemática en el presente capítulo y que se detallarán más extensamente al hablar de Caracas. Mi primera impresión fue que los mayores daños del sismo fueron ocasionados por el material con que están construídas casi todas las casas, y que los estragos habrían sido menos considerables y estas hubieran sido de piedra. En efecto, las así fabricadas no sufrieron desperfectos en La Guaira. El anterior cónsul de los Estados Unidos, el respetable R. K. Lowry, vivía para aquella época en dicho puerto. La casa en que residía, construída de piedra, fue ensanchada, utilizándose en la construcción de la parte adicional el material llamado *pita* [*tapia*] que consiste simplemente en [muros del tierra ordinaria, endurecida mediante pisones. Pues bien, esta parte añadida y frágil fue la que se derrumbó y se convirtió en polvo a consecuencia de la sacudida sísmica; en cambio tanto la residencia de piedra como su inquilino resultaron indemnes. Acerca de este tema se consignarán ulteriores referencias.

El aspecto de los dos o tres oficiales a quienes vi en La Guaira no defraudó mis esperanzas, pues era evidente que procedían y pensaban como verdaderos militares; en cuanto a los soldados rasos, mi opinión no fue al principio tan satisfactoria. Sin embargo, después de observaciones y reflexiones hechas con más detenimiento pude comprobar que había sido errónea la apresurada opinión que me formé en el primer momento en mi condición de recién llegado; y que un incidente pasajero me había impulsado a separarme del sistema que empleo habitualmente para formarme un criterio, o sea eliminando los factores adversos, después de haber sopesado los favorables. Al cruzar por la poterna en mi paseo a Maiquetía, fuí abordado con la misma cantinela por los dos centinelas allí apostados: "¿Tiene Su Excelencia la bondad de darme *un real?*" En la súplica no se traslucía en absoluto la insolencia de la mendicidad, sino más bien cierto airecillo de confiada persuasión, la cual revelaba que no se sentían avergonzados de pedir, y que consideraban más bien que sería una vergüenza para el "señor" negarse a conce-

der un donativo tan pequeño como *una real*. No pude sino sonreir ante la novedad del episodio, y las diversas ideas que cruzaron mi mente me trajeron el recuerdo de una brigada de *Rohillans* y *Patans*, también hombres de tez muy diversa, pero a quienes el servicio de sastrería y *la fábrica que suministra* los aprestos militares les permiten mostrar la irreprochable limpieza y elegancia que se requieren para llevar con distinción armas y uniformes, cuyo perfecto orden queda asegurado por la diaria inspección a que están sometidos. Seguí estableciendo rápidamente la comparación con aquellos veteranos de la Gran Colombia que se encontraban en mi presencia, fornidos, carirredondos, de anchos hombros, musculosa contextura, rostro oval y pies descalzos; con sus pantalones y guerreras de dril, cuya calidad sólo podía inferirse a través de las manchas dejadas por los vivaques, o de la suciedad producida por su único lecho sobre la desnuda tierra: el cuero de res sobre el cual están acostumbrados a tenderse para dormir, cuando disponen de alguno, lo que consideran un lujo; con sus cuellos, puños y pecheras de color amarillo, azul o rojo, donde faltaban muchos botones que se habían despedido sin licencia; sus gorras de cuero, su pelo negro y lacio, cortado casi al rape, con el cuello de la camisa abierto, que probablemente había sido lavada en tiempos muy remotos; con toda la indumentaria cubierta de polvo, y con fusiles y correas que en otra época debieron tener algún color definido. Todo ello presentaba tan visible contraste con los espahíes de Bengala, en mi imaginación, que sólo por simple liberalidad de criterio trasladé el parangón a una brigada de espahíes de Madrás, aunque limitándome a los reclutas para tratar de reconciliar la disparidad; pues bien, al pensar en ello, acababa de darme cuenta en ese momento de que, en las campañas de Maisur, aquellos soldados cuya estatura no excedía de cinco pies y seis pulgadas habían soportado las marchas a través de montañosos desfiladeros con menos fatiga, y demostrando mayor agilidad, que los hindúes de largas piernas cuyas cabezas se elevaban a tanta altura que no se dignaban siquiera bajar la vista hacia tan resistentes conmilitones. De pronto, un suave toquecito en el brazo y un "Señor!" musitado en voz baja puso en fuga mis divagaciones sobre los espahíes, y volviendo a la realidad, comencé a reprocharles que era indigno de un soldado pedir limosna, y les hablé de su dignidad y de lo que se debían así mismos. Sin embargo, como uno de ellos se percató de que mi mano se dirigía instintiva-

mente hacia el bolsillo, preguntó en tono blando y conciliatorio, pero en el cual se advertía una especie de represión: "¿Cómo es posible que un señor tan respetable vacile en dar *una real* a soldados que han luchado en las batallas de Colombia, y que tienen ya seis meses sin recibir paga alguna, porque el tesoro público ha quedado vacío para poder expulsar del país a los *Godos*?".

Se trataba de una lógica natural, y un profesor de retórica quizás no hubiera podido exponer sus ideas con mayor claridad. No pudo afirmar si fue mi visible embarazo, o mis esfuerzos para expresarme en castellano bastante imperfecto, lo que dio origen a una sonrisa de su parte, pero cuando saqué la mano del bolsillo, ambos extendieron el brazo y volvieron gravemente a su puesto, después de lo cual nos separamos con mejor opinión — de ello estoy seguro — uno del otro; en efecto, mientras continuaba en mi paseo, sometí a examen mis primeras impresiones, y dándome cuenta de que no había partido de una base correcta para juzgar por las simples apariencias, volví a evocar a mis espahíes para otra comparación, y remontándome a los orígenes de su historia, llegué a la conclusión de que ellos no eran precisamente los defensores, sino los esclavizadores mercenarios de su patria; además, que fue la simple diferencia en la paga — de siete a ocho rupias — la causa que los hizo pasar de la bandera francesa a la británica; que nunca carecen de abundantes comodidades, ropa, comida, alojamiento y paga; que cuando tienen que marchar más allá de ciertos límites se hace necesario aumentar proporcionalmente su estipendio; que en todas sus expediciones cuentan con enormes almacenes de suministro y grandes facilidades de transporte; y que el solo hecho de suspender la paga durante un trimestre bastaría para echar por tierra el predominio británico. Fue esto el nuevo concepto que me merecieron los *Rohillas y Patans* de seis pies, así como los resistentes Tilinghers y soldados del Carnatic.

En cambio, al contemplar una vez más aquellos rostros ovalados, alegres, satisfechos y mofletudos, así como la hermosa simetría de sus cuerpos que no lograban ocultar del todo sus gastados y desvaídos uniformes, recordé a su vez que, apenas doce años atrás, habían sido llamados desde sus plantaciones de cacao o de maíz para ocupar fortalezas y llanuras, donde la detonación de un fusil debía

resonar en sus oídos tan terrífica como un trueno; los volvía a ver cómo, a pesar de carecer de formación marcial, y sin jefes de suficiente experiencia para entrenarlos, constituyeron batallones, realizando marchas de tal magnitud que hacían reducir a simples operaciones militares las de Aníbal y Alejandro; haciendo frente a los veteranos españoles, quienes acababan de luchar contra los primeros soldados de su tiempo, o sea los de las legiones de Francia; y los contemplaba sometidos a toda suerte de privaciones y necesidades, sin zapatos, ropa o paga, atravesando las solitarias llanuras y las lóbregas y temorosas cumbres del nevado páramo de Pisba; trabándose triunfalmente en pelea con aquellos avezados soldados de España, en sucesivas batallas campales, y no mediante el cañoneo de una artillería distante, ni recurriendo a los prolijos detalles de una sutil estrategia, sino cuerpo a cuerpo, a brazo partido con el enemigo, como los combatientes de Maratón o de Zama; ejércitos cuyo número no excedió en ningún momento de cuatro o cinco mil hombres; y que, al mismo tiempo, defendían posiciones y alcanzaban victorias, a pesar de encontrarse, en relación con su base de operaciones, a mayor distancia de la que existe entre París y Moscú. Fueron estos hombres, y otros iguales a ellos, creados por la libertad y la revolución, a quienes se amenazó con el exterminio — amenazas que se llevaban a la práctica, cada vez que era posible, contra los infortunados cautivos — y que después de una lucha que se prolongó durante doce años, han vencido, destruido o expulsado a 43.000 veteranos españoles, que habían tratado de intimidarlos con la destrucción total. En consecuencia, me olvidé de los espahíes, esclavizadores de su propio país, y me reconcilié con los soldados de la libertad, cuyo valor y cuya sangre dieron independencia al mundo descubierto por Colón. Por cierto que después me fue grato conocer en el cuerpo de granaderos de Colombia destacado en Valencia a soldados que podían parangonarse, desde cualquier punto de vista personal, con los más gallardos espahíes de la India.

Así, pues, al ajustar mi criterio a los dictados de la justicia, corrigiendo un juicio erróneo y festinado, tuve que pensar si no habría pecado en forma semejante al exponer mis opiniones acerca de La Guaira; es posible que mis censuras hayan provenido de reflexiones pasajeras, al comprobar que el puerto de entrada de tan hermosa ciudad y de una región tan fértil como la de Caracas, carecía

de una ensenada segura; trabajo que, con sólo un desembolso prácticamente insignificante, por disponerse en abundancia de obra de mano y materiales, podía realizarse con más rapidez y facilidad que en cualquier otro sitio de la tierra, situado a tan poca distancia de una importante capital. Sin embargo, no se compadecía con la política de España gastar cuantiosos recursos en mejoras meramente comerciales. Cartagena, Puerto Cabello, Porto Bello y San Juan de Ulúa no pasaban de ser simplemente las puertas de una cárcel, a través de las cuales debía mantenerse un monopolio mediante la fuerza y el terror. En consecuencia, no podía esperarse que en la república — aún no totalmente libre de las incursiones españolas, pues Morales estaba entonces merodeando en las fronteras, amenazando a Trujillo y a Mérida, y cometiendo toda suerte de pillajes en las regiones vecinas de Timotes, como pudimos comprobarlo cuando en etapas posteriores de nuestro viaje pasamos a unas dos millas de las avanzadas españolas cerca de La Grita — hubiera llegado el momento, después de doce años de una guerra tan asoladora, para proyectar o llevar a la realidad semejante obra. No obstante, si los propietarios de las haciendas de las regiones circunvecinas pensaran en los benéficos efectos de dicho puerto, al ofrecer abrigo a las naves contra las terribles tormentas del mar Caribe, encontrarían que la realización de ese proyecto habría de favorecer especialmente sus intereses, puesto que triplicaría el valor de sus fincas y la demanda de sus productos, haciendo elevar al propio tiempo, cuando menos en diez veces, sus actividades comerciales.

CAPITULO III

La calzada que conduce a Maiquetía. Puesto de guardia y cuartel a la mitad del camino. La parte oriental de Maiquetía forma una caleta, apropiada para servir de malecón occidental de un puerto artificial. Plano de la población. Delicioso paraje. Aventura nocturna en Maiquetía. Función musical con la lira del país. Novedoso estilo de baile. Cortesía de los habitantes. Todas las clases sociales revelan buen oído y donaire en la danza. Refresco *de frutas obsequiado por estas hospitalarias* paisanas. *Se niegan a aceptar retribución alguna. Deleitados con la música. Cabo Blanco: efectos del terremoto de 1812. Mera fantasía la existencia de una bahía formada por Cabo Codera y Cabo Blanco. Llegada de las mulas desde Caracas. Nuestro previsor cónsul nos proporciona los servicios de un* arriero. *Advertencias a los viajeros acerca de mulas, arrieros y alcaldes. Paciencia a la fuerza. Para largos recorridos, es preferible comprar una mula de silla de buena calidad, ahorrando así dinero y tiempo. Preparativos para la partida. Nos despedimos del comandante. Costumbres ingenuas. Fijada la hora para el encuentro en Maiquetía. Partida. Camino en zig zag por el Avila. Humboldt lo compara con el que lleva hasta Honda, aunque ambos son diferentes. Ascenso hasta Torrequemada, el Salto y Venta Grande, donde nos encontramos con la señora Bolívar y demás amigos. Una amable broma soluciona nuestro difícil acceso al parador. Plantaciones de café en la sierra. Descripción de los cafetos y de su cultivo. Reflexiones acerca del pequeño fuerte en La Cuchilla. El descenso por las Vueltas. La Silla se quita el velo. Vista de Caracas y primeras impresiones. Manantial en el camino. Entrada por la barrera de La Pastora. Ruina*

y desolación en torno nuestro. La calle Carabobo. Interesante reunión en casa de doña Antonia. Isabel se aloja en ella. Aceptamos la invitación del Dr. Forsyth. Presentados al Cnel. Todd.

Estimo que debe tener más de media milla la calzada que conduce desde la parte oeste de La Guaira hasta la aldehuela de Maiquetía; consiste en una espaciosa plataforma, trazada sobre un muro compacto y bien construído, cuyo lado norte mira hacia el mar, y que por el sur va orillando la escarpada falda de la serranía; su anchura es aproximadamente de unos cuarenta pies. No está demás advertir al lector que las cifras que consigno no son el resultado de medición alguna, la cual me fue imposible realizar con la debida exactitud, por haberse dañado varios instrumentos que llevaba al efecto. Por consiguiente, y a menos que indique específicamente lo contrario, todas las medidas a que haga referencia en lo adelante deberán tomarse como apreciaciones puramente personales, basadas en la costumbre de calcular la altura y el espacio a simple vista. La calzada ofrece pocas curvas, pero se va ensanchando gradualmente a medida que se acerca a Maiquetía. La ruta hacia Caracas pasa por el oeste de la zona meridional de Maiquetía, y en ella desemboca la calle principal, que se extiende en dirección norte y sur, con una anchura de unos sesenta pies, hasta el extremo del promontorio en que fue fundada la población, y cuya longitud en su trayecto septentrional y meridional puede estimarse en una media milla, de la cual menos de una tercera parte está ocupada por el pueblo propiamente dicho. El sector sur, que es el más elevado, tiene una altura superior a los setenta pies sobre el nivel del mar, y queda a unos 55 pies por encima de la calle real de La Guaira.

A una media milla de La Guaira, por un barranco de la sierra, desciende un arroyuelo que atraviesa la calzada bajo un arco único de buena construcción; como el terreno presenta en este lugar la mayor elevación entre ambos pueblos, se estableció allí en otro tiempo un pequeño puesto de guardia. Todavía quedan en pie, aunque mutilados, el parapeto de la fortaleza y la plataforma, construidos ambos con sólida mampostería, y también se conserva el excelente cuartel en que se alojaba la tropa.

La línea de la playa presenta una curva en las inmediaciones de Maiquetía, y la ensenada forma el segmento de un círculo; si se procediera audazmente a instalar un muelle en dirección noroeste desde la extremidad oriental de Maiquetía, este promontorio serviría como un excelente flanco para el puerto. El trazado de Maiquetía está constituido por un plano inclinado de sur a norte, cuyo extremo rocoso es azotado por la resaca. La parte superior del pueblo o sea la meridional, queda a unos setenta y seis pies sobre el nivel del mar, en tanto que la calle mayor de La Guaira se eleva sólo a unos 15 pies. El paraje es delicioso y el trazado de una de sus calles, espaciosa y holgada, se atribuye a Mr. Lowry, el cónsul norteamericano, quien residía allí para aquella época. En dicha calle hay varias casas bien construidas, aireadas y amplias, al estilo del país. El paisaje de Maiquetía es muy grato y promete mucha prosperidad para el futuro. El viajero se sorprende de que la ubicación de esta aldea, tan apropiada para la fundación de una ciudad, no hubiera sido tomada en cuenta por aquellos intrépidos vecinos que abandonaron a Caraballeda para derrocar a un tiránico gobernante.

Hay varias calles de menor importancia que caen a la principal; pero la parte más populosa se concentra a orillas del camino que conduce hacia Caracas, o sea el sector más elevado de la población. La calzada constituye un delicioso paseo durante la mañana y al atardecer, y por el hecho de ocupar el pueblo una zona más despejada y más distante de la falda de la montaña que La Guaira, así como también por su benigno clima, se ha convertido en un sitio muy apropiado para reposar durante la noche, después de los afanes del día.

En una de las deliciosas veladas que pasamos en la casa del cónsul norteamericano, nos sentamos al aire libre frente a la morada; y después que varios visitantes se fueron marchando a fin de poder entrar a la ciudad antes de que cerraran las puertas, y que algunos de los que nos acompañaban se retiraron a descansar, el teniente Bache y yo nos quedamos un rato más, disfrutando de la serenidad y belleza de la noche. De pronto atrajo nuestra atención una música muy alegre, que resultaba más animada por la sucesiva variedad de sus acordes; nos dirigimos al lugar de donde parecía

provenir la música, sin más finalidad que la de oírla más distintamente, y pudimos darnos cuenta de que venía de una casita situada en la calle mayor, a la sombra de algunas palmeras. Al pasar por el frente, fuimos invitados con gran cortesía para que entráramos, y nos ofrecieron asiento. En la casa había varias mujeres y algunos niños de ambos sexos; tan pronto como nos sentamos, una de las mujeres volvió a pulsar la lira, y prosiguió su interesante ejecución. El instrumento musical que utilizaban tenía la forma de un arpa irlandesa, pero menor en una tercera parte; y estaba fabricado con una madera liviana, parecida al junípero, si bien de fibras más tramadas. Después de algunos minutos, los más jóvenes se entregaron al baile, y nos causó especial agrado, conjuntamente con la agilidad y gallardía de los danzantes, el novedoso estilo de sus pasos; era una especie de danza pantomímica, sin ágiles saltos, figuras ni piruetas con los pies, sino a base de movimientos en que se avanzaba y retrocedía de modo cadencioso. Luego bailaron otras danzas las chiquillas y los muchachos, con un compás admirable. La joven que había tocado al principio, le cedió su lira a otra, quien se desempeñó con similar ejecución. Se entonaron coplas, así como las habituales canciones patrióticas, en las que no dejaban de figurar las alusiones a Bolívar.

La joven que se había retirado brevemente de la reunión, regresó junto con otras compañeras, trayendo frutas frescas y gustosas *por refresco*, como ella nos dijo: dulces bananas, deliciosas naranjas y otras frutas que eran aún desconocidas para nosotros, pero de las cuales participamos todos, cuando fueron repartidas entre los circunstantes con una cortesía llena de naturalidad.

El baile se reanudó y la anterior ejecutante volvió a pulsar la lira. Nuevos aires y danzas nos hicieron pasar tan amablemente las horas, que nos parecía aún *temprano* para resistir al deseo de quedarnos y seguir disfrutando de la función hasta el fin. Nos pusimos de pie y ofrecimos retribución por el entretenimiento que se nos había brindado; esta oferta fue rechazada con modestia manifestándonos que el placer que habíamos demostrado en escuchar su humilde música representaba ya para ellos una generosa remuneración.

Sea cual fuere la superioridad de los estudios profesionales frente a la formación de estos músicos por naturaleza, confieso que

mi placer fue tan completo y agradable como el que haya podido producirme en cualquier época la orquesta mejor combinada. Quizás la buena predisposición en que nos encontrábamos, la hora, el paraje e incluso lo inesperado del acontecimiento, contribuyeron a hacer más vivo el efecto y a intensificar nuestro deleite. Pero lo cierto es que, durante todo el transcurso de mi viaje, también me fue dable comprobar en muchas oportunidades la general aptitud para la música y el baile existente en todas las clases sociales y regiones del país. Causa ciertamente sorpresa lo generalizado que está el buen oído musical y la carencia total de desmaño por parte de los danzantes. Al solicitar noticias acerca del arpa, tuve conocimiento de que se trataba de un instrumento de fabricación nativa, y que no costaba más de cinco pesos; si en aquel momento hubiese estado de regreso, habría adquirido de buena gana uno de dichos instrumentos, aunque sólo fuera como recuerdo del solaz que nos proporcionó aquella velada.

Estaba entre mis propósitos efectuar una visita a Cabo Blanco, situado a tres millas al oeste de Maiquetía, pero otros compromisos me lo impidieron. Sin embargo, he podido obtener de muy buena fuente los detalles que narraré a continuación. Antes del terremoto de 1812 existía en Cabo Blanco un elevado farallón, en cuya cumbre se había erigido un pabellón espaeioso, que servía al mismo tiempo de faro para los navegantes, de observatorio y de garita. El terremoto lo destruyó totalmente, sin dejar la menor traza. Al parecer, la roca se abrió, devorando a un tiempo el pabellón y la cima del promontorio, cuya altura es hoy inferior en unos setenta pies a la que entonces tenía. Una larga serie de rocas, que sobresalían visiblemente sobre las aguas, prolongándose en un extenso trayecto, y que —según se estimaba— se internaban unas 1.600 yardas hasta el fondo del mar, fueron también afectades por el sismo; las rocas que antes se elevaban por sobre las olas, quedan ahora bajo ellas, aunque su existencia es delatada por un arrecife cubierto de agitada espuma.

Fuese cual fuera la impresión que pudo ejercer la altura primitiva sobre la fantasía de los observadores, haciéndoles creer que el Cabo Blanco y el Cabo Codera formaban los cuernos de una anchurosa bahía, puede afirmarse que ello no pasa de ser una simple

hipótesis, como en el caso de la bahía de Bengala —formada por los cabos Comorín y Malaca— o como la de Vizcaya. En realidad, ninguna de ellas proporciona abrigo seguro contra las tormentas ni favorece el anclaje de las embarcaciones dentro de los supuestos límites que constituyen sus extremos.

Como el regreso de las mulas desde Caracas estaba fijado para el 21 de octubre, nuestro amigo el cónsul nos había evitado la molestia que representaba la búsqueda de un *arriero*, haciéndose cargo de tal gestión, mientras nosotros nos alistábamos para partir en la fecha prevista. Puesto que el transporte de todos los objetos portátiles se hace a lomo de mulas, el extranjero que no cuente con los servicios de un amigo (como el que tuvimos la fortuna de encontrar), procederá cuerdamente poniéndose en contacto con los comerciantes residentes en La Guaira, proverbialmente corteses y atentos, y cuya experiencia resulta muy útil para protegerse contra las bellaquerías de los arrieros locales, similares a los que suelen encontrarse en cualquier parte del mundo donde dicho gremio sea muy numeroso; al efecto, una lectura del *Gil Blas* nos ofrecerá ejemplos y precauciones muy instructivos para tratar con ellos en las diversas regiones del país. En todas las ciudades, pueblos y aldeas, los usos establecidos —que tienen fuerza de ley— imponen que sean las autoridades civiles o militares las que ordenen el suministro de mulas, práctica ésta de uso muy extendido, a menos que el viajero —después de sacar prudentemente sus cuentas— considere más ventajoso adquirir las bestias a alto precio, tal como lo hicimos nosotros, en vez de correr el riesgo de someterse a las demoras que son características de la conducta de dichos arrieros, cuando están seguros de la impunidad. En La Guaira, el comerciante que requiere utilizar frecuentemente los servicios de los arrieros para el transporte de sus mercancías, mantiene una influencia de la que aquéllos no querrán abusar, como ocurriría probablemente si el viajero quisiera realizar las gestiones por su cuenta, sin conocer suficientemente el idioma o las costumbres del país. Cuando en un pueblo o ciudad se hace la respectiva solicitud ante el alcalde, éste dicta sus órdenes al efecto, pero el viajero tiene la facultad de discutir el precio que se le cobre por el uso de la mula durante un trayecto determinado. Si el arriero cobra más de lo justo, basta una reclamación ante el alcalde para hacerlo entrar en razón. Sucede algunas veces que,

al requerirse las bestias para viajes muy largos, el propio alcalde sea el dueño encubierto de las mismas; y aun cuando así no ocurra, es posible que en su simple condición de ser humano, sujeto al mal humor, a índole perversa o por haberse formado una falsa idea de la importancia de su cargo, se sienta inclinado a abusar de la paciencia del prójimo, o incluso a reírse de las reclamaciones de la persona a quien desconsideradamente perjudique, simplemente porque se considera facultado para hacerlo. En todo país existen costumbres o abusos de los cuales quejarse, por parte de cocheros o boteros insolentes, descuidados o descorteses, pero a veces el remedio resulta peor que la enfermedad; en la Gran Colombia se adolece de este mal entre arrieros y alcaldes, pero debo admitir que dicha falla la conozco más de vidas que como resultado de mi propia experiencia, pues en las escasas ocasiones en que fui víctima de tales circunstancias, siempre aplicaba —entre otros dichos prudentes— el proverbio español de *paciencia por force* (sic); y así como el buen apetito exige cierto compás de espera antes de sentarse a la mesa, aprendí a no irritarme cuando me encontraba con uno de esos seres malignos, a quienes probablemente hubiera divertido mi cólera. Recomiendo igual procedimiento a los demás viajeros. Les aconsejo asimismo que es preferible la compra de buenas mulas a tener que alquilarlas, cuando el viaje exceda de quinientas millas, porque —como quizás sea necesario pagar el pienso de bestias que deberán irse relevando al cabo de trayectos muy cortos— el monto del alquiler equivaldrá prontamente al precio de la mula; mientras que si uno procura mantener bien alimentado al animal que haya adquirido, viajará con mayores ventajas y podrá obtener un precio más elevado por la mula cuando haya que desprenderse de ella.

El día 21 fuimos a presentar nuestros respetos al comandante, a la señora Bolívar y a otros amigos del pueblo. En nuestra visita al comandante, tuvimos el placer de ser presentados a su esposa y a la madre de esta última, venerable matrona a quien encontramos dedicada a labores de aguja. Debo decir, entre paréntesis, que las costumbres de cada pueblo son el cartabón por el cual se rige su moral; tales prácticas no pueden ser juzgadas poniéndolas en parangón con las de otros países, y casi nunca revelan mayor o menor moralidad. En efecto, a los pies de la esposa del coman-

dante vimos a un hermoso crío de unos dos años de edad. Como despertamos su curiosidad, la madre colocó la mano del niño en la mía, y pronto lo tuve a caballo sobre mis rodillas. Estaba completamente desnudo. Algunas personas mojigatas criticarán esta conducta, y evidentemente me parecen más apropiadas nuestras costumbres; pero no debe olvidarse la máxima de Swift: "los individuos demasiado escrupulosos no suelen tener ideas muy limpias", por lo cual me excuso de cualquier otro comentario. En realidad, no se trataba de ninguna falta de escrúpulos por parte de la madre, pues ella estaba educada en esa forma, y quienes consideren intolerables tales hábitos, deben abstenerse de viajar por las diversas regiones del Asia o de la América del Sur, donde nadie considera indecente la desnudez de un niño.

Nos citamos con nuestros amigos para encontrarnos a las cuatro de la mañana en Maiquetía, donde pasamos la noche; y a la hora convenida, después de tomar una taza de chocolate, que nuestra buena amiga de Filadelfia, Mrs. Lewry, había tenido buen cuidado en hacernos preparar oportunamente, nos despedimos y salimos en alegre cabalgata hacia la Sierra del Avila. En el país existe la costumbre de que los amigos se congreguen a la hora de la partida y den escolta a quienes estimen o respeten.

La descripción que hace Humboldt del camino que va desde La Guaira hasta Caracas por la Sierra del Avila, deja poco margen para que se aventuren en nuevos detalles quienes transiten después de él por la misma ruta, y si hubiera la probabilidad de que sus obras estuvieran al alcance de quienes puedan leer el presente libro, realmente no valdría la pena hacer más que una simple referencia; pero como es posible que personas distintas contemplen las mismas cosas desde puntos de vista también diferentes, o lleguen a observar aspectos que hayan sido desestimados por otros, utilizaré sus diagramas en lo que respecta a la altitud de las montañas, pero en la descripción me atendré exclusivamente a lo que tuve ante mis ojos.

A fin de ilustrar en forma comparativa las escabrosidades que ofrece este paso de la serranía, Humboldt afirma que es infinitamente mejor que el existente entre Bogotá y Honda, lo que podría inducir al lector a suponer que hay efectivamente *alguna* semejan-

za, o que pueda llamarse *camino* el que lleva hasta Honda. Los únicos rasgos análogos consisten en lo escarpado de la vía, pues la que conduce a Caracas tiene apenas unas quince millas, a través de una región que sólo se eleva a unos 6.000 pies, mientras que la distancia entre Honda y Bogotá puede estimarse en 84 millas, y arranca de una altura de 8.000 pies. La ruta hacia Caracas está excelentemente pavimentada, en tanto que no más de siete millas disfrutarán de igual ventaja en la planicie de Bogotá, y el resto no puede llamarse realmente camino, pues no es obra de ingeniería ni del trabajo humano; no pasa de ser un sendero abierto por los cascos de las pacientes mulas, cuando no se trata de barrancos o declives cavados en las rocosas laderas de la Sierra de Trigo o de Sargente, y en donde el hombre tampoco se ha esforzado en realizar mejora alguna, salvo en lo que respecta a un abra o paso a través de la estrecha cresta de la cordillera. Durante el trayecto hasta Caracas no se corre ningún peligro, ni presentan excesivas incomodidades las subidas o bajadas, pues el camino, además de estar bien pavimentado, aparece trazado en transversales y zigzags, que si bien hacen aumentar la extensión del recorrido, permiten efectuar el ascenso en forma gradual y fácil. Cosa muy distinta es la ruta que conduce a Honda, la cual va descendiendo a lo largo de 7.130 pies, y en donde, al encontrarse con cuestas que sea necesario remontar o bajar, es más prudente trepar a pie o arrastrarse que intentar hacerlo a caballo o saltando de roca en roca.

Existe además cierto placer en ir ascendiendo por la Sierra del Avila, ya que los paisajes que la circundan son de gran belleza, y pueden ser observados constantemente por el viajero, sin necesidad de estar pendiente del andar de la mula. En algunos sectores del camino, a través de los cuales pasamos, el pavimento estaba roto y requería repararse; he sabido luego que la anchura ha sido aumentada desde entonces, que algunas de las transversales han sido mejor graduadas, y que todo el trayecto se ha refaccionado cuidadosamente. Para el simple viajero constituye un recorrido delicioso; pero en lo que respecta a los intereses del comercio, es indudable que la apertura de una vía a través de Tipe sería mucho más favorable para la ciudad, así como para las haciendas circunvecinas.

Antes de comenzar la subida, el camino hacia Caracas toma

rumbo ligeramente al suroeste, y después de una milla más o menos, cruza un oscuro desfiladero y surge una vía amplia y bien trillada que parece mantener la misma dirección occidental; se trata, en realidad, del camino que ahora acaba de completarse a través del valle de Tipe, y el cual prefieren algunos jinetes intrépidos a la ruta de la montaña. En este sitio nos desviamos hacia la izquierda e iniciamos el ascenso, en tramos de quince a veinte yardas de longitud, torciendo el camino primero hacia el sureste, luego serpenteando al suroeste, y así alternativamente, durante la subida. En la primera parte del ascenso por la sierra se pasa sobre una cresta rocosa, llamada Torrequemada, no sé por cual motivo; por encima de esta hilera de rocas, el camino aparece como una zanja superficial, cavada en un suelo de arcilla blancuzca, en el cual se advierten las muestras de los picos o instrumentos utilizados para el corte de las laderas; fue en esta parte, mucho más escarpada que aquella por la que acabamos de ascender, donde el pavimento aparecía roto; en el suelo arcilloso se destacaban las huellas de los cascos de las mulas, y era resbaladizo en las partes húmedas; las transversales, además de ser empinadas, son aquí más cortas. Este paraje se llama Curucutí, que es el nombre de una plantación situada en su parte occidental; después de remontar esta cuesta, único sector realmente dificultoso, la subida se hace menos fuerte, y el camino aparece más amplio y perfectamente pavimentado. La próxima etapa se denomina El Salto, formado por un abra de singular apariencia, de unos treinta pies de ancho en la cumbre, y que va disminuyendo a manera de cuña, hasta bajar unos sesenta pies. Sobre este barranco se había tendido durante la guerra un puente levadizo, donde se estableció un fuerte piquete de guardia; la maquinaria para levantar la plataforma ha desaparecido, y ya no existe el puesto militar, quedando sólo en pie la plataforma. Un fuerte, construido de buena mampostería, con sólidos contrafuertes, queda en lo alto del declive, en la parte sur del puente, y allí se hace alto frecuentemente a causa de la majestad y belleza de la perspectiva. Es enorme el barranco dominado por la batería, y aunque escabroso y selvático, aparece cubierto de verdor hasta aquella parte del fondo que puede contemplarse a simple vista; el lado opuesto es menos quebrado y boscoso, por lo cual los campesinos han deforestado numerosos claros, en los que se observan plantíos de café y cacao, de tamaño reducido pero perceptible, así como el huerto y los pla-

tanales sembrados en torno a las cabañas. Si se mira hacia el norte, el mar se extiende ante los ojos y, al parecer, también bajo los pies del viajero; los buques no aparentan ser mayores que sus propias boyas, jugueteando sobre el inquieto y brillante oleaje. Maiquetía se divisa claramente en toda su extensión, y las palmeras se ven del tamaño de una madreselva. En la parte occidental la montaña no es tan escarpada, cubierta de espesura hasta su base, menos en aquellos sitios donde la agricultura ha sustituido los árboles con plantaciones de cafetos, y con su hermoso compañero, el banano, el cual se planta siempre en la parte donde los cafetos están más expuestos a los rayos del sol, a fin de mitigar los efectos de una luz demasiado ardiente, con sus hermosas hojas de seis y ocho pies de largo, por tres o cuatro de ancho, de un verde claro que refresca la vista. Los cafetales sembrados en esta ladera de la serranía son objeto de curiosidad para el viajero, sobre todo para los que no hayan visitado anteriormente los trópicos; y anuncian la presencia de arroyos de límpidas aguas, sin los cuales no podrían desarrollarse las plantas. En esta parte se ve un manantial que, brotando desde una altura, es conducido por rústicos canales a lo largo de la vertiente de la montaña, por sobre la línea superior del arbolado, y después de llegar al extremo, vuelve de nuevo hasta otra altura de la sierra, situada más abajo, y así continúa hasta que llega a la parte inferior. Los cafetos que ya habían florecido y fructificado totalmente, eran de forma cónica y tendrían unos seis pies de diámetro; a dos pies del suelo, las ramas se extienden horizontalmente como los radios de un eje central, que se eleva a ocho o nueve pies de altura; las copas aparecen hendidas por una breve cuña, pues la experiencia ha demostrado que el fruto es de mejor calidad y más abundante cuando se atrofia así el crecimiento del árbol. Las ramas aparecían cargadas, como los brazos de una beldad oriental, de joyas de todos los matices, desde el verde pálido hasta el de la esmeralda y el amarillo topacio, de los cuales pasaba al color rosado con todos sus brillos y matices hasta llegar al carmesí y a un rojo rubí más profundo "que es la etapa final", un acentuado color de chocolate, signo de madurez, y de que ya los delicados dedos femeninos pueden proceder a la recolección. Los frutos, que brotan directamente de la corteza en la prolongación de la rama, a manera de abalorios, tienen el tamaño y forma de un arándano; en aquellas plantaciones que se rigen por prácticas agrícolas adecuadas, el

trabajo de recolectar los frutos maduros es ejecutado por mujeres jóvenes que, con sus delicados dedos, aprenden a desprender solamente los que están maduros, a colocarlos en pequeños cestos y a transportarlo, en momento determinado, al sitio donde se completa el proceso de preparación.

Después de satisfacer nuestra curiosidad y de haber disfrutado de un pequeño, aunque no indispensable descanso, continuamos viaje a través de setos naturales y de algunos árboles selváticos, diseminados y de gran altura. A eso de las ocho llegamos a Venta Grande, la posada principal, situada a más de 3.800 pies sobre el nivel del mar. Ahí nos encontramos inesperadamente con nuestra amiga doña Antonia y su séquito, así como con varios amigos suyos que habían venido desde Caracas para cumplimentarla con motivo de su llegada. La *Venta Grande* no lo era suficientemente para albergarnos a todos; pero el aire estaba tan deliciosamente estimulante, que se hacía mucho más agradable permanecer afuera que dentro del apiñado recinto del mesón. La buena señora se había propuesto darnos una sorpresa, y un nuevo ejemplo de la cortesía y hospitalidad de su país. En efecto, cuando me dirigí a la *posadera* en solicitud de desayuno para nuestro grupo, ya aquélla estaba debidamente aleccionada, y me participó que no le quedaban comestibles para la venta. Conjeturé al principio que no me había entendido bien a causa de mi defectuoso español, pero doña Antonia, previendo mi protesta, continuó la broma, asegurándome enfáticamente que allí no podría conseguirse nada con dinero. Sin embargo —añadió— hay bastante chocolate, café, frutas, dulces, tortas y vino, y me señaló a un grupo de señoras que se desayunaban con muy buen apetito. Fui presentado a varios de sus amigos, y renovó su invitación anterior para que Isabel fuese huésped de Josefina durante su permanencia en Caracas.

Pronto seguimos camino hacia la cumbre, o sea la parte más alta de la montaña, que todavía quedaba a unos 1.000 pies por encima de nosotros; nuestro recorrido se había hecho más lento, pues los viajeros eran ya numerosos, formados en grupos para ir charlando durante la ruta. Como iban damas con nosotros, la conversación se tornó muy alegre y animada, lo que raras veces ocurre cuando ellas están ausentes. Después de cruzar frente a varias ca-

bañas, y a la Venta del Guayabo en la Cumbre, donde vimos a *varios arrieros* que tomaban el desayuno o daban pienso a sus animales, llegamos a la cima antes de que la Silla se hubiera despojado aún de su etéreo velo de nubes, que la oculta durante las primeras horas de la mañana, y que el sol meridional hace disipar *antes* del *mediodía*. Pasamos frente a un fortín denominado La Cuchilla, construido en posición más elevada que el camino. Dicho puesto de vigilancia fue establecido para custodiar los pasos y senderos que los valerosos *paisanos* aprendieron a recorrer cuando *existía un puesto militar* en el Salto. Las vicisitudes de la vida humana acudieron a nuestra imaginación al contemplar este fuerte de La Cuchilla: mientras duró la guerra y resultaba necesaria su protección, no dejaba de ser visitado por los viajeros; ahora apenas si recibe una ojeada *fortuita* e indiferente: algo semejante al soldado de la revolución, cuyas batallas y cuya sangre contribuyeron a ganar la independencia, sacrificando los halagos de su vocación personal, y a quien ahora miran con indiferencia o desdén quienes *antes* lo saludaban respetuosamente cuando existía una situación de peligro.

Nuestro camino, que durante largo trecho había venido en zigzag, comenzó ahora a serpentear suavemente, *sombreado* por los altos árboles del bosque; y al fin se hizo perceptible la bajada, cuando salimos de la parte frondosa. Hacia el sur se divisaban las cumbres de estribaciones sucesivas; y la Silla, que ahora aparecía en toda su desnuda majestad, acababa justamente de quitarse el velo, el cual flotaba hacia el suroeste en alas de la brisa, iluminado por los rayos del sol. Nos encontrábamos ahora en el sitio llamado Las Vueltas, al otro lado de la montaña, y el descenso se efectuaba en dirección este por una cuesta que era una prolongación de la vertiente de la serranía, con un enorme abismo a nuestra derecha. Desde ahí contemplamos por primera vez la ciudad de Caracas y toda la parte occidental del valle. Como contemplar el paisaje y avanzar al mismo tiempo, a la orilla de semejante precipicio, aparecía peligroso, resolvimos hacer alto; en consecuencia, me detuve para admirar uno de los espectáculos más hermosos e interesantes que puedan encontrarse probablemente en toda la tierra, por temor de que, si seguíamos de largo, pudiera perderse aquel panorama y desvanecerse para siempre mis primeras impresiones.

Inconscientemente recurrimos a comparaciones para dar mayor fuerza y representación a nuestras ideas; pues bien, lo primero que se me vino a la mente fue aquel paisaje de Babilonia a vuelo de pájaro que había visto hacía muchos años como ilustración de una Historia Universal. Caracas, con sus principales calles que descienden desde el norte, o sea de la propia falda de la montaña, hasta el sur, donde se encuentra la región más baja de todo el valle, presentaba a lo lejos una línea luminosa y trémula, como si se deslizara una corriente de azogue a través de un tubo transparente, brillando y jugueteando con los rayos del sol a medida que avanzaba de poniente a oriente: era el río Guaire, que tiene sus fuentes en el valle situado entre la montaña de Higuerote y Los Tequos. Las calles que bajan aparecen trazadas en ángulo recto, extendiéndose hacia el este y el oeste, formando *manzanas* o grupos de casas y edificios, con una extensión aproximada de 260 a 300 pies por cada lado; la anchura de las calles no era mayor de veinticinco pies, y en algunos casos de veinte. A causa de la claridad reinante se apreciaba distintamente la sombra de las calles; y aquellos edificios que eran más altos que las casas de tipo corriente, podían apreciarse en su juego de luces y sombras. Hacia el poniente, el sur y el oriente, fulguraban siembras y verdores, destacándose los campos amarillos de la caña de azúcar, los tintes más suaves y cambiantes de la ondulante cebada, el verde oscuro de los maizales, y los huertos de naranjos, que aún no se distinguían del todo, sino en grupos y macizos. A la margen derecha del Guaire, en la parte baja de la ciudad, las colinas iban ascendiendo gradualmente, cubiertas de vegetación hasta la cima; en cierto paraje, situado un tanto a la turaleza atrae la mirada del viajero. Se trata de una serie de altozanos, cuya forma los hace aparecer más bien como obra del hombre que cuya forma los hace aparecer más bien como obra del hombre que de la naturaleza. Dan la impresión de un conjunto de cuarteles o almacenes espaciosos, con techos angulares, y en ascenso la línea del caballete; los extremos de estos montículos, así como sus vertientes, cubiertos de vegetación, daban hacia la ciudad. Esta se encontraba en lo hondo del valle, a una distancia aproximada de 2.000 pies, y cuando terminé de contemplar aquel panorama, ya mis compañeros me habían precedido largo trecho. Apuré el paso por esta cuesta, ya menos pendiente, y como mis lecturas me habían informado de la existencia de *El fuente* (sic) *de Sanchorquiz* a unos

4.600 pies sobre el nivel del mar, detuve la marcha para verificar la frescura de las aguas, las cuales me parecieron límpidas, y situadas en paraje muy apropiado, sobre todo cuando el día era caluroso, para aplacar la sed del viajero.

Alcancé a mis amigos cuando estaban entrando por la puerta o barrera de La Pastora, donde está establecido un puesto de aduana. La desolación que reina en torno a este paraje, por efecto del terremoto, es aquí más visible que en cualquier otro sitio. Se encuentra situado en el ángulo noroeste y en la parte más elevada de la pendiente sobre la cual está construida la ciudad; aunque la mayor inclinación parece ser hacia el sureste, también se advierte un declive, aunque en menor proporción, hacia el este y el sur. Me pareció que la anchura del valle, tanto al norte como al sur, podía ser de unas tres millas y media, o quizás mayor; al mirar hacia el oeste, el terreno parece irse elevando en dicha dirección, deprimiéndose en cambio, mientras nuestros ojos seguían el curso del Guaire por el valle de Chacao, y a través de las ricas plantaciones perceptibles a simple vista, hasta la aldea de Petare, ubicada a unas siete millas al levante.

Después de pasar la barrera de La Pastora cruzamos hacia el este y comenzamos a recorrer la calle Carabobo, que sigue una línea norte-sur. Alrededor del mediodía, de acuerdo con los deseos de doña Antonia, nos reunimos en su casa, donde fuimos agasajados con abundantes refrescos, y tuvimos oportunidad de presenciar el cordial recibimiento de sus amigos y las maneras típicas del país. Constituía realmente un espectáculo encantador ver a esta gentil dama rodeada de un numeroso grupo de conocidos de ambos sexos, viejos y jóvenes, dándole la bienvenida por su retorno a la ciudad nativa. La vivacidad de las señoritas, la solemnidad de las señoras, el empaque peculiar de las matronas, el espíritu inquisitivo de la gente moza y la afable suavidad de un clérigo de sosegado porte, trajeado con una negra sotana de seda y tocado de amplia teja; la curiosidad de las damas ante la presencia de la joven norteamericana, y la animación que prevalecía en el conjunto de personas que plenaban el amplio salón, formaban un conjunto tan grato que no hay manera de expresión suficientemente apropiada para describirlo con toda exactitud.

Se convino finalmente en que Isabel quedaría alojada en casa de su joven amiga; y a invitación del doctor Forsyth, comerciante norteamericano que llevaba largos años de residencia en Caracas, el teniente Bache y yo nos albergamos en su morada, a donde ya él había hecho enviar previamente nuestros equipajes. Allí nos fue grato conocer al Coronel Todd, el embajador norteamericano *ad interim*, junto con su secretario, Mr. R. Adams —de Richmond, Virginia— quienes tenían ya algún tiempo en la ciudad y estaban haciendo sus preparativos para seguir hacia Bogotá.

CAPITULO IV (3)

Música militar, excelente en todo el país. El Intendente Soublette. Desconocido el cargo de Intendente hasta que fue creado por Gálvez en 1777 a imitación de Francia; sus funciones actuales más amplias que bajo la monarquía. No hubo Intendentes en Nueva Granada ni en Chile, y causa de ello. Conveniencia del cargo durante la guerra. Anécdotas del general Soublette; sus ascensos por méritos; figuró en el estado mayor de Bolívar y se distinguió en Cojedes, donde derrotó al general español La Torre. Dificultades del cargo de Intendente durante la revolución. Los éxitos obtenidos y su capacidad para actuar rápidamente. Fue nombrado Ministro de Guerra en 1824. Familias patriotas distinguidas: Clemente, Tovar, Toro, etc. Primera impresión de la ciudad: calles, un plano inclinado del noroeste al sudoeste; Plaza Mayor; valle de Chacao y llanura de Petare. Ríos y quebradas. Acueducto destruido por el terremoto de 1812. Excelentes fuentes públicas. Costumbre de sacar el agua. Puentes. La iglesia de la Candelaria convertida en un montón de escombros. Puente de la Candelaria. Limpieza urbana. Pavimento de calles, portales y patios. Buen sistema de pavimentación. En Caracas no

---

(3) Para este capítulo se ha tenido presente la traducción publicada por Pedro de Répide en el Nº 85 del Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Se hace constar, sin embargo, que ha sido necesario retraducir el texto e introducir numerosas correcciones y ajustes a fin de subsanar los notorios desaciertos o desmaños de que está plagada dicha versión, no atribuibles quizás en su totalidad a impericia del laureado cronista matritense, sino probablemente a cierta precipitación en el trabajo, a explicables errores de apreciación y, sobre todo, al desembozado enojo —puesto de relieve tanto en el preámbulo como en las notas— que le producía tener que traducir a aquel gárrulo luterano que despotricaba a diestro y siniestro contra hombres y cosas de España. (N. del T.)

hay aceras. Todo el empedrado es de guijarros redondos, al igual que el de los caminos. Ingenioso modo para facilitar el paso de un barranco sin necesidad de puente. Estilo oriental en todos los edificios públicos y casas particulares. Interior de las viviendas —tipo y materiales de construcción—. Mortandad en 1812, debida principalmente al material llamado "pita". (4) Proceso de la edificación.

Donde quiera que existan cuerpos militares dotados de su disciplina correspondiente, puede tenerse la seguridad de que se hacen sentir por la vía auditiva. Mientras tomaba el desayuno en la mañana siguiente al primer día de mi llegada, atrajo mi atención el distante y luego cercano són "del tambor que el ánimo despierta y del pífano que taladra los oídos" (5), cuyo clamoroso concierto se iba haciendo a cada momento más claro y animado.

Yo me consideraba ya libre desde hacía mucho tiempo de esa especie de simpatía, pues hasta entonces podía oir el toque de llamada o de generala, tal vez con no mayor emoción que si se tratara de un sólo de arpa hebrea. Pero en esta ocasión sentí unos fuertes latidos de ansiedad, los cuales me llevaron al punto hacia la calle, de donde provenían aquellos sones, y nuevamente me sentí atraído por

> "el estruendo
> sonoro del tambor, que en la parada,
> pasa y repasa sin cesar". (6)

Imagínese una banda de veinticuatro músicos, la mitad de los cuales tocaban pífanos y la otra mitad tambores, con su tambor mayor a la manera alemana o francesa que, provisto de un bastón de mando, los dirigía en filas de seis al frente, ocupando todo el ancho de la calle y marcando el paso cuesta abajo, a ritmo más

---

(4) El autor confunde "tapia" con "pita", error ya observado por el anterior traductor.

(5) Verso del Otelo de Shakespeare, acto III, escena III. (N. del T.)

(6) "I hate the drum's discordant sound, /Parading round, and round, and round". (John Scott, "I Hate the Drum's Discordant Sound").
Como se ve, tampoco el autor cita con toda fidelidad, pues en el texto original el ruido del tambor no es sonoro" sino "discordant" (desapacible, discordante). (N. del T.)

que acelerado. El sonido de aquellos tambores era el mejor que había oído en mi vida, y los pífanos me parecieron también excelentes. En cuanto al estilo del tema, la novedad y la vivacidad, eran ciertamente indescriptibles.

Alguien mejor dotado que yo para la música hubiera podido quizás trasladar aquello al pentagrama y repetirlo luego, pero me conformé con ponerlo improvisadamente en sílabas inglesas, las cuales, sea cual fuere la impresión que causen al lector, siguen hablándome el lenguaje tamboril de este modo, con un preludio, medio toque de marcha y redoble: R-r-r-ump'm y -bump'm - bump'm y blump'm y stump'm, y thump'm y blumb'm - R-r-r- y thump y stump'm plump's y blump'm y blum-da capo. (*) La excitación del momento trajo a mi mente la canción de Federico I de Prusia: "Dios mío! ¡Cuánta sangre y cuánto estruendo!" El movimiento era tan rápido y los sonidos tan acordes, que creo que no puede existir nada más adecuado para despertar sensación. El ritmo, hablando técnicamente, era valiente y claro. Nuestra música militar en los Estados Unidos es, en términos generales, abominablemente monótona, y el paso se marca al compás del salmo 104, como se estilaba cuando los soldados llevaban largas casacas de faldellines, mangas acuchilladas y sombrero Kevehuller con un apéndice parecido al rabo de los monos del Magdalena; además de bandolera, largo mosquete y las horquillas en que apoyar el arma.

El ritmo usado entre nosotros, mañana y tarde, parece más a propósito para hacer dormir a nuestros hombres que para agilizar sus movimientos. Durante la última guerra hubo algunos oficiales y regimientos que tenían sus nociones de lo que debe ser una música militar, pero con la paz se le ha venido prestando atención cada vez menor a este aspecto, el cual se encuentra ahora con medio siglo de atraso respecto al resto del mundo. Tal vez ocurra lo mismo en Colombia, cuando los talentos marciales ya no sean necesarios y los establecimientos castrenses queden como un refugio para aquellos hombres que no puedan ganarse la vida de otro modo.

(*) Como anota incisivamente Pedro de Répide, "esto ya es el colmo de la onomatopeya" (N. del T.)

Me instaron a ver la parada desde el sitio donde se desplazaban los diferentes cuerpos, y hallé que los instrumentos de viento eran de tan buena calidad como los tambores. Puede afirmarse, en realidad, que la excelencia de la música militar es común a todo el país.

En aquella oportunidad conocí a varios oficiales criollos y extranjeros, quienes se mostraron muy comunicativos. Fuí presentado por ellos al Intendente General Soublette, como es de protocolo, y aproveché la ocasión para pedirle audiencia a fin de tratar de negocios, a lo cual accedió. Tuve frecuentes ocasiones de verle después en público y en privado, y me formé una alta opinión de su capacidad y sus talentos.

El cargo de Intendente, bajo la República, es muy distinto de lo que fue durante el régimen español. Era desconocido en toda América hasta cerca de 1777, cuando a instancias de Gálvez, ministro de singular nombradía en la historia hispanoamericana, fue creado a imitación de las intendencias francesas y con funciones análogas. La misión del Intendente se concretaba al campo puramente fiscal o financiero; y servía también de freno a la rapacidad que había prevalecido a consecuencia de la concentración de poderes en los virreyes y capitanes generales, cuya actuación desde la creación de las Intendencias quedó reducida a la administración política y militar. Ahora bien, como la jurisdicción del Intendente era coextensiva en los asuntos fiscales con la autoridad político-militar de los capitanes generales, aquél ejercía sus funciones mediante delegados en las provincias subordinadas. Sin el concurso del Intendente no se podía hacer gasto alguno y estaba facultado para proveer todos los cargos que de él dependieran.

Al dar cuenta de las nuevas instituciones, esta analogía sería comprendida de una manera imperfecta, si no se hiciera referencia a las antiguas; pues bien, es evidente que con la nueva organización de las Intendencias, las cuales han sido extendidas a cada uno de los doce grandes departamentos territoriales, la unión de la autoridad civil y militar con la fiscal, tal como aconteció antes del reinado de Carlos III, da margen para que se siga cometiendo el mismo género de abusos, y si lo que se deseaba realmente con la

creación de las Intendencias era aplicar un correctivo, debe suponerse que el mal recrudecerá como resultado de la fusión de dichas funciones. Conviene observar, sin embargo, que en la parte de la República de Colombia que constituía el virreinato de Nueva Granada, no llegó nunca a establecerse dicha Intendencia. El venerable virrey Caballero y Góngora, que era a la vez arzobispo y se carteaba con Carlos III, de cuya confianza personal disfrutaba, le manifestó que declinaría el virreinato si se le imponía una Intendencia a su gobierno. Aclaró a tal efecto que el único resultado de la nueva institución sería el de aumentar la opresión del pueblo, ya harto abrumado bajo la muchedumbre de funcionarios que existían a la sazón. Gracias a tales argumentos, Nueva Granada y Chile se libraron del agobio que significaban dichas Intendencias.

Un cargo en el cual se concentraban todos los poderes gubernamentales con el deseo de conservar unidad y sencillez, bajo los fluctuantes progresos revolucionarios, y para cuyo desempeño se adoptaban disposiciones de la legislación española en cuanto no colidiesen con el nuevo régimen de libertades, constituía tarea tan delicada como difícil, y el nombramiento del general Soublette debe ser considerado como claro testimonio de la opinión que tenían de sus cualidades quienes le designaron para el cargo.

El general Soublette es natural de Caracas, de ascendencia francesa, nacido en lugar y época propicios para desarrollar sus dotes y llegar a altas posiciones. En sus comienzos la revolución estaba llena de azares e incertidumbres, dificultades y peligros. Pero él, con la generosidad y el ingenuo entusiasmo propios de la juventud, no paró mientes en tales circunstancias, obedeció al impulso de su edad y se alistó en las filas del ejército, cuando tenía apenas dieciseis años, como soldado de la libertad y de su país. Parece que en sus primeros años fue destinado a la vida mercantil, y las costumbres de orden y de cálculo adquirido en los pocos años en que que ejerció dichas actividades le resultaron ciertamente provechosas. No tardó en distinguirse en el servicio militar, se le dio el mando de una compañía y su actividad e inteligencia en varias arduas campañas hicieron que Bolívar se fijase en él y le otorgara su confianza. Durante cierto tiempo estuvo a la cabeza del Estado Mayor, y en el sangriento conflicto de Cojedes alcanzó el grado de general de

brigada. Con este carácter, mandaba un cuerpo de observación, y aunque el encuentro fue tan repentino que no le dejó tiempo para adoptar las necesarias disposiciones, obtuvo una completa victoria sobre el general español La Torre, quien había sucedido en el mando de Venezuela a Morillo, después que éste hubo negociado su fuga.

El general Soublette tiene una estatura aproximada de cinco pies y once pulgadas, es erguido, esbelto y de porte desembarazado. Su fisonomía es simpática, tiene mirada viva y penetrante, y maneras naturales y corteses. Cumple sus funciones públicas con escrupulosa puntualidad, y también observa regularidad en sus deberes religiosos, lo cual ha hecho callar a muchos devotos, enemigos de la revolución, y le ha conservado sus amistades eclesiásticas. Está casado con una dama tan elegante en sus modales como él y que le ha dado varios hijos.

En su puesto de Intendente hallábase ante una difícil e importante misión de confianza que cumplir, ya que todas las funciones de gobierno residían en él en una época en que el país carecía aún de constitución, y en que su propio criterio tenía que suplir el sistema definitivo. Además de la capacidad necesaria para la conducción de los asuntos públicos, exigía en todo tiempo a sus subalternos moderación y firmeza. Estuvo en guardia contra las insidias de los pretendidos patriotas y contra los celos del amor propio local en los amigos de la revolución, quienes no habían logrado superar todavía los prejuicios de educación, los cuales les llevaban a asociar las ideas de cargo y de prosapia. Se mostró siempre constantemente preparado, alerta y eficaz en todos los departamentos de Hacienda, Guerra y Comercio, en forma tan satisfactoria que puede decirse que raramente se ven reunidas en ningún país semejantes condiciones en un solo hombre.

Tuve oportunidad de conocer muchas historias particulares, y algunas de ellas secretas, las cuales revelan que su capacidad no es menos destacada en los asuntos privados que en los públicos. Como en toda revolución, y naturalmente en todo verdadero gobierno popular, las parcialidades y las pasiones producen conflictos y hacen restringir el radio de acción, embarazando la actuación del funcio-

nario, pero su constancia, y la confianza que en él tenía puesta Bolívar, le permitieron obtener mayores éxitos en el gobierno de Venezuela que todos sus predecesores, y quienquiera que llegue a sucederle deberá darse por muy afortunado si logra conseguir otro tanto.

En 1824 fue destinado al mando en el oeste, y recientemente ha sido llamado a Bogotá para hacerse cargo del Ministerio de la Guerra, sobre el cual ha preparado un informe que revela singular competencia.

La familia del General Lino Clemente, a quien me fue grato conocer en Filadelfia, me hizo encontrar en su actual prosperidad el mismo ambiente amistoso que le era característico en sus tiempos de exilio y adversidad, y fui recibido por ella con la misma modesta y espontánea bondad. Tenían ausente al general sus deberes públicos, pero su buena y bella esposa llenaba, durante su ausencia, sus obligaciones de cabeza de familia. La he visto con su linda hija, sin que nadie la superase en belleza y gracia, en el ámbito del salón de baile, y al día siguiente, inspeccionando y dirigiendo las operaciones en una plantación de café, con el mismo interés y la misma animación, todo con gran actividad, sin mostrar ningún aturdimiento por la carga de los negocios.

También experimenté la satisfacción de visitar al venerable patriota Martín Tovar, cuyos hermanos, honorable esposa e interesantes hijas sufrieron mucho por su devoción a la causa revolucionaria. La historia de sus padecimientos y de su fortaleza, felizmente triunfantes, podrían dar materia para un curioso volumen. Prefiero no hacer alusión aquí a lo que me ha sido dado conocer por diversos amigos, ante el temor de incurrir involuntariamente en alguna inadvertencia que pudiera herir por un momento a gente tan estimable. Me propongo, sin embargo, hacer un ligero esbozo de su importancia pública en uno de los capítulos siguientes.

Emplearía demasiado espacio en relatar al detalle otras visitas de este género que no proporcionan noticias adicionales sobre las maneras y fisonomía del país, acerca de las cuales, en todo el resto de mi narración, siempre habrá de encontrarse referencia. Algunos días de residencia me pusieron en condiciones de adquirir un cono-

cimiento general de la ciudad y de sus alrededores. A nuestra entrada por la sierra del Avila, la atención fue atraída por aspectos tan variados que no era posible dar cuenta detallada de los mismos. Las calles no tenían más de veinticinco pies de ancho, y las fachadas de muchas casas aparecían señaladas por líneas horizontales con los tres colores azul, rojo y amarillo, que componen la bandera colombiana y la escarapela militar. Y así como la primera calle por donde entré se llamaba de Carabobo a causa de la importante victoria obtenida en ese lugar, pude observar que, en general, las demás habían experimentado otros cambios revolucionarios semejantes, como la de Cojedes, que derivaba su nombre de otra batalla, la Calle de la República, de la Libertad, la Colombiana, de Bolívar, etc. Los frentes de muchas casas lucían inscripciones de la misma índole y colores, como ¡Viva Bolívar! ¡Viva Colombia!, y otras por el estilo.

Algunos relatos que yo había leído, sin recordar exactamente dónde, me hacían esperar abruptas subidas y bajadas en la ciudad. Pero, exceptuando el declive general de todo el valle, la mayor pendiente del ángulo noroeste al del sudeste y una inclinación lateral al este y al sur, no llegué a toparme con ninguna cuesta. Imagínese un tablero de ajedrez levantado por uno de sus ángulos y se tendrá idea del trazado de Caracas. Ahora bien, como la altura de la puerta de La Pastora está calculada en cuatrocientos pies sobre El Guaire que corre al sur, y como la Plaza Mayor que se encuentra aproximadamente en el centro —en plano inclinado al sudeste de la puerta de La Pastora— está a doscientos pies sobre dicho río, y el trayecto entre una y otra es de tres millas, puede calcularse la dimensión del sesgo.

El terreno al oeste no es tan alto, pero a lo lejos se va elevando gradualmente, sin llegar al tamaño de una montaña o colina. Desde el ángulo más bajo es perceptible el espacio llano o casi llano del valle de Chacao, si bien no se distingue más allá del pueblo de Petare, el cual se advierte por una construcción blanca y elevada, que vista a distancia ofrece el aspecto de un obelisco o monumento, aproximadamente a unas siete millas. Diversas estimaciones sitúan la longitud del valle entre catorce y veinte millas, variación que puede obedecer a la diferencia existente entre los puntos inicial y final.

La ciudad está cruzada de norte a sur por tres corrientes de agua, a cada una de las cuales se da el nombre de río. Tienen sus fuentes en la sierra, y aunque sus caudales no poseen igual volumen en las diversas estaciones, no llegan nunca a estar completamente secos. El Caroata es el más occidental, su lecho ostenta todas las huellas de violentas y ocasionales crecidas en el hondo y selvático surco de su cauce, y sus márgenes son arcillosas y escarpadas. Separa el barrio de San Juan del resto de la ciudad, y después de serpentear casi al final de su curso hacia el oriente y el sur, desemboca en el Guaire. Sobre la quebrada hay un puente espacioso y bien construído, de antiguo estilo, pero que representa una buena obra de ingeniería, con contrafuertes y macizos muros, suficientes para contener un torrente de magnitud diez veces mayor. Las calles llegan hasta cerca de esta quebrada, pero no es posible verla sin bajar hasta ella, y entonces, a excepción de la elevada Silla, lo único que se divisa son sus orillas de torrentera y su lecho de redondos guijarros. Este puente se ha hecho memorable, al igual que el barranco y la eminencia occidental llamada Monte Calvario, por los episodios de la revolución, al referirse a los cuales se habla con merecida admiración del gallardo y temerario general Bermúdez. El puente es tan ancho como cualquiera de las calles, y las viviendas llegan hasta él por uno y otro lado.

El río Catuche viene de la sierra en su parte situada más hacia el este y era el manantial que surtía todas las fuentes públicas y las casas particulares antes del terremoto. Muchas de las casas reciben todavía una débil vena de agua cuyas cañerías no han quedado destruídas del todo. Estas cañerías de conducción eran de barro cocido, bien hechas, muy suficientes para el uso doméstico y habrían durado largo tiempo si no hubieran sido dañadas por el movimiento sísmico. Las fuentes del servicio público están construídas de piedra bien labrada y no he oído que ninguna hubiese resultado entonces con deterioros. La corriente es constante y el agua diáfana.

Esas fuentes figuran entre las pocas cosas buenas que en Colombia se deben a los españoles, y en las principales poblaciones y ciudades desde La Guaira a Bogotá cumplen, a un mismo tiempo, fines de utilidad y ornato. Generalmente tienen análogo estilo y han sido construidas con materiales también semejantes, aunque difie-

ren en magnitud y acabado, pero la descripción de una sola bastaría para dar idea de todas ellas. Un pedestal de piedra tallada, a menudo un monolito de seis a ocho pies de diámetro, por lo común en forma octagonal, se alza unos tres pies y medio sobre una plataforma a la que se sube por dos o tres escalones; en la parte superior de esta base o pedestal ha sido cavada una pileta de cuyo centro emerge un fuste o columna coronado por un jarrón u otro adorno semejante. Bajo este capitel hay labrado un collar o moldura que hace las veces del astrágalo en la columna arquitectónica, pero más saledizo. Este collar está perforado y de su circunferencia salen caños que después de atravesar la columna central, vierten el agua en abundancia a unos seis o siete pies por encima de la plataforma hasta caer en el pilón. El agua se desborda, y corre hacia el centro de las calles, contribuyendo a mantenerlas constantemente limpias.

Es entretenido ver el gentío que, a ciertas horas, se aglomera en las fuentes. Casi siempre son mujeres, aunque también hay hombres que se ganan la vida como aguadores. Las mujeres llevan un cántaro que puede contener de tres a cuatro galones. Si es grande la muchedumbre que rodea el pilón del cual llenan los cántaros con una totuma, vasija hecha de corteza de calabaza, algunos prefieren, para no tener que esperar o ser despojados de su turno, traer una caña de bambú cuyo calibre es igual al del caño del collar de la fuente. Un extremo de ese tubo es adherido al orificio de uno de los caños, y por el otro cae el agua en el cántaro o jarro. El portador se lleva su tubo para posterior ocasión, pues se trata de un utensilio doméstico destinado a tal fin. Algunas de estas fuentes tienen un muro adosado a la plataforma, bellamente trabajado, con imitación de paneles y adornos, un jarrón, frisos y cornisas cubiertas, que responde a propósitos ornamentales y evita que se produzcan aglomeraciones excesivas.

Cinco puentes cuya construcción es de distinto mérito, pero todos de la mayor utilidad, cruzan el Catuche. Es posible que haya más, pero esos fueron los que ví. Tanto dichos puentes como los demás de la ciudad, han sido afectados por la guerra, mas no puede estar ya muy lejos el día en que la restauración de las obras de utilidad y ornato público ocupe la atención de las autoridades.

El Anauco provee de agua a la zona oriental de la ciudad. En

la parte del curso de este arroyo que pasa por lo que fue en un tiempo el elevado templo de la Candelaria, los fieles, que como los griegos y los romanos suelen personificar ríos y árboles, han consagrado el Anauco, rebautizándolo con el nombre de Candelaria, pero la alta Iglesia solo es ahora un montón de polvo, un vivo sepulcro, que al ser abatida por el terremoto de 1812 sepultó en los escombros de sus altivos y pesados muros a los infelices que esperaban encontrar en ella un refugio. La revolución ha ejercido también influencia sobre la flexibilidad del hermoso lenguaje castellano, introduciendo cierta disposición al laconismo y llamando las cosas por su verdadero nombre, de modo que el río es actualmente designado con su denominación pagana de Anauco. Los devotos, sin embargo, han tenido éxito en santificar el puente contiguo, el cual, a pesar de no ser una construcción pagana, es llamado puente de Candelaria. Si el buen gusto, el beneficio público y la capacidad técnica fuesen causales de canonización, su arquitecto debería tener una hornacina entre los santos, pues además de su liviana y bella estructura, une la llanura de Chacao, que se entiende hacia el este, con la ciudad situada en la parte occidental. Antes de la erección de este puente, el lecho del Anauco era, en tal paraje, un precipicio profundo y silvestre, como la parte superior del Caronta. La tradición afirma que se tornaba intransitable en algunas estaciones del año, y tratándose de un país católico, debemos dar fe a sus tradiciones. En la actualidad no solo es un puente seguro, sino también de grata apariencia, que puede ser atravesado durante todas las estaciones en este clima delicioso.

Se dice que en un pueblo adyacente, a distancia de una milla, hay una fuente a cuyas aguas se atribuyen peculiares cualidades medicinales, pero no llegué a visitarla.

Además de los beneficios que producen en lo doméstico esos ríos y las fuentes a las cuales surten, sus aguas proporcionan riego a las plantaciones circundantes, conducidas por terraplenes y bancales dispuestos con gran industria y habilidad. Esas corrientes producen también una ejemplar limpieza, capaz de llamar la atención incluso de un hijo de Filadelfia. Un vecino de Bath, en Inglaterra, puede encontrar en Caracas una rival de su lugar de nacimiento, no ya en la belleza de sus pétreos palacios, ni en la anchura de sus ca-

lles, pero sí en la pulcritud y aseo de su adoquinado. Bath, especialmente, supera en la calidad de su pavimentación a todas las ciudades inglesas, pero los empedradores de Colombia les ganan en destreza; me propongo detallar aquí mis opiniones a este respecto, pues me vi impresionado con tal motivo desde que pisé tierra en La Guaira. En consecuencia, volveré a tratar el tema ya esbozado y diré de una vez todo lo que tenga que exponer, pues veo que se multiplican los asuntos y ya me estoy temiendo que, en lugar de darles cabida en un volumen, tenga que publicar dos.

Quedaron ya consignadas mis observaciones sobre el pavimento de zaguanes, patios, calles y cuestas escarpadas y angostas de La Guaira. El del camino real, tanto el que sube por la Sierra del Avila como el que baja por el otro lado de la montaña hasta las calles de Caracas, es excelente. En los sitios casi llanos, o de muy breve declive, no se usan las precauciones que se siguen constantemente en subidas o bajadas de pendiente más pronunciada, pero el sistema generalmente seguido es no empedrar en espacios seguidos todo el ancho de la calle, tal como se hace en nuestro país, sino en compartimientos cuya figura no es la de círculos o cuadrados regulares, sino de triángulo irregular. En efecto, si el suelo estuviese al desnudo al ir subiendo por las escabrosas laderas del Avila, el camino se convertiría inevitablemente en un barranco bajo la acción de las lluvias, como acontece en el de la ruta de Honda. Al comenzar el ascenso, y con el pavimento de la ruta trabajado en la forma usual, se hace fácilmente perceptible en la superficie el canal destinado al descenso del agua, y una de las orillas aparece guarnecida por una corta hilera de piedras, en ángulo recto con la línea de bajada. En un sector determinado de la parte alta de este canal ha sido colocada a ambas orillas otra fila de angostas piedras, y sus espacios se llenan cuidadosamente con guijarros redondos más o menos parecidos según se estime necesario. Así, a medida que el camino va en ascenso, los triángulos del pavimento han sido dispuestos teniendo en cuenta la disposición del agua que baja, y como esta es contenida parcialmente por cada uno de esos travesaños, previene la excesiva acumulación del líquido en su descenso y lo esparce por diversos canales, interrumpiendo la corriente y quebrantando su fuerza. Todavía más arriba se ha procurado que el agua, frenada de ese modo, no se precipite. Otras hileras de piedras más pesadas

y anchas la detienen y encauzan hacia el borde del barranco, de modo que aunque la lluvia aumente su caudal, no se deja que pase todo su volumen por el camino, sino que, como en los nuestros del Norte, se hace desviar el agua cada veinte o treinta yardas a través de pequeñas represas hacia las zanjas. Esto presenta otra ventaja. Me tocó presenciar la reparación de un sector del pavimento en La Guaira, limitado a uno de dichos triángulos. Las piedras del borde no permitían que el daño se extendiera. En una de nuestras calles, el tránsito hubiera estado interrumpido durante toda una semana para efectuar una refacción como la de La Guaira, con la circunstancia de que la calle en reparación no tendría más de veinte pies de anchura, de que era la única vía principal y de que no se interrumpió por ella el paso en ningún momento.

No pude sino lamentar que una ciudad como Caracas no tuviese aceras de piedra o de ladrillo para los transeúntes. Claro está que no existen vehículos de carga o de paseo que pongan en peligro al peatón, y el agua no fluye sino por el centro de la calle. El piso es tan bueno como puede serlo un pavimento de guijarros redondos. Sin embargo, es una ciudad donde son tan numerosas las mujeres, tan delicadas y con pies de pequeñez proverbial, no parece propio de la galantería española que las calles sean de tanta aspereza como si hubiera el propósito de impedirles que luzcan en ellas las chinelas de raso o de tafetán de su lindo pie, o mostrar sus elegantes tobillos a través de medias de seda, tradicionalmente muy lindas. Me pareció que quizás para acordarse con el estilo de los edificios, también las calles ofrecían cierta reminiscencia oriental. En las ciudades mahometanas de Asia, son igualmente estrechas y de difícil acceso, pero su pavimento, al menos en la zona de los harenes o en los soportales, nunca es tan limpio como en las de Caracas. Este sistema de empedrar las calles en triángulo ha sido usado fuera de la ciudad y en forma que merece la imitación del pueblo más orgulloso de su progreso, aunque sea recientemente adquirido.

Efectué varias visitas al valle de Chacao, y haré referencias a algunas de ellas porque permiten apreciar las maneras y el estado de la sociedad. En esas excursiones tuvimos que pasar a veces un barranco enorme y pedregoso, cuyos costados son de arcilla resbaladiza. No disfrutaba de las ventajas de puente alguno, el cual era

suplido por un artificio que, aunque menos arquitectónico y costoso, servía de todas maneras para la comunicación. Las partes laterales y escabrosas de la quebrada habían sido horadadas a fin de graduar una vía de descenso hasta determinado punto; veinte o treinta pies debajo de la línea de cruce, un firme y macizo muro de piedra, construido con buena mampostería, pasaba a través del barranco, el cual medía más de cien pies de ancho. Encima de esta tapia el espacio había sido llenado con la tierra extraída de las excavaciones y la removida de la parte superior, a fin de que el agua pudiera esparcirse en mayor extensión, pues anteriormente estaba cavando continuamente por debajo una zanja en forma de cuña. Este espacio, rellenado en dicha forma y suavemente inclinado hacia el muro de paso, estaba cuidadosamente empedrado con guijarros redondos, según el estilo antes descrito. Por consiguiente, cuando llegan las crecidas, el agua pierde su ímpetu al quedar privada de una parte de su caudal, el cual se dispersa sobre el empedrado que constantemente ataja y desvía la corriente, haciendo que ese lugar sea transitable en todo tiempo; y los escalones de cada lado, pavimentados también de piedra hasta más allá de la parte alta del barranco, no estaban sujetos a deterioro alguno. Era un camino real y muy frecuentado desde los lugares vecinos. El agua que se desborda sobre el muro de la estación lluviosa forma una espumosa cascada. Pienso que alguna vez podrá perderse este atractivo, para llevar el agua a quienes requieran fuerza hidráulica sólo en cierto período del año.

El característico orientalismo de los edificios, así como el del pavimento, que ya me había sorprendido en La Guaira, llamó más mi atención en Caracas: solar amplio, espesas paredes, altas puertas de dos hojas, zaguán empedrado y a veces otra puerta con postigo dentro del portal; el patio o plazoleta descubierta en el interior, el corredor a cada lado del patio, el embaldosado con ladrillos desnudos, la escalera de dos tramos —amplia, tosca, sin adornos y con peldaños de difícil acceso—, que conduce al piso superior, los elevados techos con sus vigas al aire, los amplios aposentos, ventanas sin cristales pero portegidos por romanillas, nada de hogar ni de chimenea, paredes mondas y lirondas no adornadas por retratos ni otras pinturas, como si la Ley de Mahoma hubiese privado junto con el estilo de construcción, y la exacta obediencia a la Ley de Moisés hubiera sido seguida al pie de la letra contra las bellas ar-

tes. Me olvido, sin embargo, de una excepción bastante generalizada en todo el país; no hay casa sin una imagen de la Virgen, de cuerpo entero o de medio cuerpo. A veces he llegado a sospechar en forma un tanto heterodoxa la influencia femenina en este particular, y como las mujeres son realmente bellas y su dominio sobre el otro sexo es proverbial, han logrado que prevalezca este culto general de la Virgen por orgullo de sexo. Un brahmán me decía en Bengala que había iglesias erigidas a Santa María o a San Antonio, pero que ninguna estaba dedicada al Dios de la Creación. Aquí no puede tratarse de la divinidad, sino de una imagen favorita de las hermosas. Me han dicho que San José es venerado en ciertos hogares, pero no he tenido la suerte de verle; tal vez esté guardado en algún cuarto trastero o en un rincón.

Los españoles han dejado, en varias de las casas, testimonios de su típico gusto. La de doña Antonia Bolívar, que fue la primera visitada por mí, presentaba una muestra de ello. La vivienda, según parece, había sido residencia oficial del último de los Capitanes Generales, y éste había ordenado que la habitación principal fuese decorada en forma que diera la impresión de una galería con balaustrada, frente a un seto vivo de flores, todo ello pintado al fresco. La ejecución está bien trabajada, pero las flores son monstruosas, muy al estilo de una "palampora" de la India, con laureles y adormideras, rosas y lirios, tulipanes y alteas, codesos y maravillas del Perú, que aparecen surgiendo todos del mismo tallo como si fuese el áureo candelabro de los siete brazos. La buena señora, abochornada, expresó su repugnancia ante aquella profanación de los muros solariegos, y afirmó que no debía pensarse que ella hubiera permitido tales incongruencias que afeaban su morada.

Me sorprendió que se abandonara el estilo asiático en la construcción de las residencias, al omitir las azoteas, porque un país donde existe tal abundancia de cal, maderas y ladrillos, y donde no hay heladas que dañen la argamasa, es sin duda el más a propósito para la edificación de terrazas y ningún otro tipo de construcción resultaría tan adecuado y delicioso en este clima. El del alto y bajo Indostán es mucho más caluroso que en toda Colombia, con excepción de algunos lugares de la costa. Allí los caminos no quedan nunca interrumpidos, ni las casas se dañan a consecuencia de las

heladas. En esa región las lluvias son mucho más copiosas que en ningún otro sitio de Colombia que yo haya conocido, pese a lo cual las casas asiáticas son impermeables, y para solazarse en las veladas o para reunirse con amigos incluso hasta altas horas de la noche, las azoteas proporcionan una exquisita delicia. Durante mi viaje solo ví una casa con terraza en Valencia, y aunque no estaba construida en el puro estilo de las de Bengala, su ventaja era indiscutible. Las techumbres de Caracas y de otros sitios son de tejas, en forma de C o de S, innecesariamente pesadas y mal hechas; y los referidos techos, de forma angular, requieren gruesas vigas para su soporte. Ahora bien, la ausencia de artes útiles en Colombia no puede extrañar a nadie que esté familiarizado con la política de España. Los primeros conquistadores trajeron consigo el estilo morisco de arquitectura, y aquí continuaron imitándolos hasta nuestros días, mientras otras naciones han mejorado todas las artes y comodidades de la vida social; la política española prohibía el comercio, y las artes estaban vedadas por temor a que el conocimiento de los adelantos de que se disponía en los países extranjeros pudiera poner en peligro la dominación hispana.

Sin embargo, el material con el cual se hallan construidas las viviendas nos reserva todavía nuevas sorpresas; en este país sigue prevaleciendo el prejuicio, a pesar de tener ante sus ojos los ejemplos del terremoto de 1812, de que una tierra que llaman pegadiza [arcilla] debe preferirse a la madera o a la piedra. Esta tesis la basan precisamente en los terremotos ocurridos, por creer que las casas construidas de piedra podrían enterrarles bajo sus ruinas en caso de repetirse los sismos. Aunque parezca sorprendente, resulta que los efectos tenidos de las casas de piedra, fueron producidos justamente por las construidas con "pita" [tapias], nombre que dan a semejante material. Las casas de "pita" no sólo frustraron toda esperanza, sino que se convirtieron en tumbas de sus habitantes. La tierra desmoronada forma hoy montones sobre aquellas que esperaban encontrar su seguridad en dicho tipo de construcción, mientras que las casas de piedra, sin ninguna excepción que yo sepa, permanecieron incólumes y así continúan.

El campanario de la Catedral tiene una base de piedra que equivale a un tercio de su altura. Las dos terceras partes eran de

"pita" y se derrumbaron mientras la de piedra se sostiene intacta. Acudí a ver una casa de tres pisos en una calle al este de mi residencia, la cual pertenecía a algún enemigo prófugo de la revolución. Estaba edificada de piedra antes del temblor, es la única casa de esa altura en la ciudad y todavía se mantiene en perfecto estado.

No obstante, esos hechos no han originado ningún cambio. Tuve curiosidad en presenciar el sistema de la construcción con "pita". Una vez demarcado el solar, el proceso de edificación se inicia instalando un gran cajón, usualmente de cinco pies de largo y dos o tres de ancho y la misma profundidad, pero sin tapa ni fondo. Luego de colocársele en un ángulo de la estructura proyectada, la tierra que llaman adherente es traída en sacos de cuero de res a lomo de mula y gradualmente vertida en el cajón. Uno o dos hombres, con instrumentos como pisones de empedrador, se colocan dentro y rociándola con un poco de agua y otro poco de cal floja, continúan este trabajo hasta que el cajón se llena, procediendo lo mismo con otro y con otro, hasta que se completa la primera fila en todo el contorno, dejando los espacios en que deben ser colocadas las puertas y ventanas. Entonces comienzan a poner otra fila de "pita" apisonada lo mismo que la anterior, y así hasta que la pared alcanza una altura determinada. Los arcos, soleras y vigas no se colocan sino pasado el tiempo que se supone necesario para que la composición del muro esté seca y firme.

Las divisiones interiores son del mismo material. Los pisos se componen de ladrillos de unas quince pulgadas de ancho y cerca de pulgada y media o dos de espesor. Son bastos, aunque bien cocidos, pero aparecen siempre desgastados en la superficie y en los bordes. No se toman el trabajo de cuadraros y ensamblarlos, y los espacios intermedios quedan demasiado separados, de modo que solo pueden limpiarse a costa de un trabajo excesivo. He oído decir que se considera pernicioso para la salud fregar o regar las baldosas, de modo que incluso en las casas de importancia, los intersticios entre los ladrillos se convierten en receptáculos de polvo y en criaderos de pulgas, las cuales pululan en manadas cuando los pisos son de esa clase, dando pruebas constantes de su actividad, y es fama que están siempre dispuestas a enderezar sus ataques contra las medias de seda.

CAPITULO V

La plaza mayor. Descripción. Mercado abundante. Raíces comestibles. Frutas. Cambures y plátanos. Forraje para el ganado. Precauciones que deben tomarse en cuanto a pasto, víveres y provisiones de boca para el camino. La plaza es el sitio utilizado para el desfile de las milicias y para todos los festejos públicos. Breve descripción de una coleada de toros. En otro tiempo se ejecutó en esta plaza a los patriotas y hoy a convictos criminales. El bandido Cisneros. Otras plazas. La Universidad. Su biblioteca. Ciencia inactual. El salón de la clase de Matemáticas. Diagramas recién trazados en el pizarrón. Retrato de Sir Isaac Newton sobre la cátedra del profesor. Grotesca vestimenta de los estudiantes. Circulación de obras impresas. Estado de la profesión médica. El clero tiende a monopolizar la educación en el mundo entero. Su opulencia y poderío. Conventos. La catedral de Caracas. El arzobispo y la jerarquía eclesiástica. Patronato de la Iglesia. Los obispos, designados por el rey desde 1508, ahora son nombrados por la República.

La plaza mayor es la más notable entre todas las demás de la ciudad. Como ya fue observado en capítulo anterior, está situada a doscientos pies más abajo de la línea horizontal de la barrera de La Pastora, y se eleva a su vez a igual altura sobre el lecho del Guaire. La calle Carabobo pasa al este de la plaza, de la que está separada por una verja de hierro. Al lado opuesto, con su fachada occidental hacia la calle, se alza la catedral. Por la parte norte de la plaza cruza otra calle, también frente a la reja, y cuyo nivel

queda por encima de la plaza, la cual ha sido trazada en plano horizontal, y de donde parte una escalinata; al término de ésta, en su parte superior, erígense pabellones en días festivos, se recitan odas y se entona música coral. En el lado occidental hay una serie de construcciones de dos pisos, ocupados por la cárcel pública, cuya fachada hacia la plaza no presenta aspecto repulsivo; una calle, paralela con la de Carabobo, pasa frente a la prisión. Los edificios del sector sur corresponden a tiendas donde se venden paños y sombreros de señoras; y en su lado oriental una calle, que se prolonga hacia el este y el oeste, se cruza con la de Carabobo. Frente a ella se encuentra la universidad, a la cual haremos referencia más adelante.

La plaza, cuya extensión equivale más o menos a la de una manzana, debe tener alrededor de trescientos pies, o algo más, por cada lado; pavimentada en su totalidad, es el asiento del mercado público, donde se venden todas clases de comestibles, y cuya abundancia y variedad, menos en carnes, resultaría difícil superar en cualquier otro país. Verduras y frutas, raíces comestibles similares a las que existen en nuestros mercados, y otras que nos son desconocidas, tales como la arracacha, la yuca y el apio; de una especie de yuca se hace el casabe, pan muy común en las Indias Occidentales y en la Gran Colombia; las demás yucas se cocinan como nosotros hacemos con el nabo, pero aquí se trata de una raíz gruesa, con forma de zanahoria, pero más sustanciosa al quedar aderezada. El apio es la raíz de la planta del mismo nombre, de tamaño semejante al de la remolacha común, pero al cocinarse presenta el color amarillo pálido del interior de la zanahoria y se parece a la chirivía, de la cual, así como de zahanorias, remolachas y diversas clases de batatas, existe gran abundancia. En ninguna parte de este territorio pude ver que la papa común fuese de igual calidad o tamaño que en Europa o en la India, o en nuestros propios mercados; el sistema aplicado a su cultivo es deficiente, a tal punto que presencié el caso de una persona muy ilustrada, y de buen criterio en todos los demás aspectos, que ordenaba a su peón seleccionar las más pequeñas para semilla! No fue posible persuadirle de que aquellas raíces atrofiadas e imperfectas producirían una patata peor que la semilla de una grande, ya completamente desarrollada. Las legumbres son también abundantes y de clases no comunes en los Estados Unidos: frijoles

de varios tipos, arvejas, *caravanches* [garbanzos?], etc., ajonjolí y una veintena de especies de maíz.

Naranjas grandes, jugosas y de rico sabor; la piña de zumo y gusto exquisitos; el cambur de diferentes clases; y el banano gigante o plátano, que representa para las masas de Sur América lo que la patata para el campesino irlandés. Es un fruto que se da en todas partes, muy nutritivo; sin embargo, y aunque esté maduro, resulta insípido en estado natural, por lo cual se le come hervido o tostado; es de sabor agradable, bastante similar al de la batata asada; cuando se le cuece en la sopa es pastoso, como las papas de buena calidad, y se le corta en pequeños trozos. La planta en la cual crece, aunque tiene la altura y apariencia de un árbol, carece de consistencia leñosa en el tallo; se trata de una planta anua fibrosa, con hojas de seis a ocho pies de longitud. El plátano no crece aisladadamente, sino en hileras de número desigual; se desarrolla sobre una sólida fibra, de la cual brotan cincuenta o más; con un largo individual de nueve o diez pulgadas, algunos plátanos pesan dos libras. El melocotón y el membrillo, de calidad excelente, llegan al mercado desde sitios distantes, y lo mismo ocurre con las manzanas, aunque estas no son iguales a las de Estados Unidos; también abundan las uvas, el níspero y muchas otras frutas, cuyos nombres no anoté y he olvidado.

Las ristras de cebollas y de ajos, traídas a lomo de mula, contrastan aquí con la fragancia de hermosas flores, de la canela silvestre, de la pimienta y de otras plantas aromáticas; ajíes rojos y verdes de distintas clases; las raíces en grandes montones, y los productos de menor peso en cestas de bejuco; arroz de excelente calidad, harina de maíz, de trigo y de cebada. De la caña de azúcar madura, y del malojo, o maíz tierno, se traen haces al mercado para forraje. Los tallos del maíz sin maduzar son el producto de mazorcas de granos imperfectos que se separan en la cosecha; sin necesidad de arado o de rastrillo, se lanzan a veces a aquellos parajes que se consideran inadecuados para otros cultivos; luego se arranca el malojo mientras la planta está en proceso de crecimiento y es rumiado como forraje por mulas y caballos. En todo el país el pienso de dichos animales consiste en una u otra de las plantas ya mencionadas. Las bestias prefieren la caña de azúcar tierna a cualquier otro

tipo de pasto, pero no es fácil conseguirla en todas partes; el malojo, o tallos de maíz sin sazonar, le sigue en orden de preferencia, pero no siempre puede obtenerse indistintamente en cualquier sitio cuando se viaja por el interior. Después viene la cebada, no en granos, sino todavía verde en su espiga, y se la siembra con el propósito de cortarla aún sin madurar. Estos productos se llevan a los mercados de las principales ciudades; pero el viajero que provenga de otras tierras, a menos que cuente con los servicios de un fámulo con experiencia, tendrá sus dificultades para adquirir pasto a distancia de los pueblos; y es indispensable, dadas tales circunstancias, tomar con antelación las debidas precauciones, y llevar suficiente provisión de maíz, pues no podría seguir viaje sin éste. Igual medida debe adoptarse en muchos parajes en lo que se refiere a los víveres del propio viajero, así como a aquellos utensilios de cocina que pueda requerir.

En cuanto a hortalizas, los mercados caraqueños las ofrecen en tanta abundancia como se desee, y son *iguales* en calidad a las que se venden en Filadelfia, y a menor precio, tales como perejil, lechugas, espinacas, etc. El mercado funciona en días determinados a tempranas horas de la mañana, pero los artículos de primera necesidad pueden conseguirse diariamente. Las operaciones del mercado terminan antes del mediodía, y luego se procede por lo general a barrer la plaza, a menos que algún acontecimiento público lo impida.

En esta plaza efectúan sus desfiles las tropas de línea, y se congregan las milicias. En ella se celebran festividades públicas y funciones musicales de índole festiva, con elegantes bandas de música y composiciones poéticas escritas para tales ocasiones; seguidas por toros coleados y fuegos artificiales. Sin proponérmelo ni esperarlo especialmente, me encontré presente, después de un paseo por diferentes partes de la ciudad, en lo que aquí se denominan toros coleados, pero que yo llamaría tormento taurino; no lo lamenté, sin embargo, pues no ocurrió ningún accidente, y de otra manera no hubiera podido estar en capacidad de apreciar la intrepidez y destreza de quienes se aventuran a hacerle frente, montados a caballo, y demostrando gran confianza en sí mismos, a un animal enfurecido. En estos torneos el campesino entra en competencia con el caballero de la ciudad, para mostrar su habilidad de jinetes, que les permite de-

rribar prácticamente a la fiera enardecida. Los labradores de los suburbios y aldeas circunvecinas llegan montados en caballos de unos 13 palmos de altura, briosos, musculosos, resistentes y de buena contextura, perfectamente domesticados; los jinetes vestidos con blusas o con camisa que cuelga sobre los pantalones, y cuyos faldones están festoneados por rústicos bordados; calzados con zapatos o alpargatas, y muchas veces descalzos, luciendo en los talones un enorme par de espuelas a menudo, una sola. Otros traen capas, fabricadas principalmente de algodón, con anchas rayas azules; o una manta del mismo tamaño, es decir, de unas dos yardas de largo, con una abertura en el centro, por la cual pasa la cabeza; los extremos cuelgan por delante y por detrás, y son lo suficiente anchos para cubrir ambos brazos hasta el codo, dando al mismo tiempo libertad de movimientos. Otros jinetes, de posición más acomodada, vienen *en cuerpo* y airosamente ataviados; todos con sombreros de paja, de cocuiza o de palma. Los que están a pie se divierten con el animal, poniéndose enfrente de éste, con la capa en la mano, y la cual — cuando el toro arremete contra ellos — le tiran hábilmente a la cabeza y saltan a un lado. Muchos se lanzan contra el animal a un tiempo en esta forma, mientras otros lo toman por el rabo, lo que provoca inmediatamente su acometida; los jinetes aprovechan la ocasión, cuando el toro escapa de los que están a pie, para perseguirle y, a lomo de caballo, lo exasperan en la misma forma; es sorprendente el dominio que ejercen sobre su corcel, evadiendo las embestidas, arrojando su capa como de costumbre y, en lenguaje de la equitación, mediante una media vuelta o pirueta, mientras el caballo mantiene inmóvil las patas traseras, acercarse a las ancas del toro. El pobre animal, arrastrando la capa hasta que se da cuenta de la intención de asirla por el rabo, acomete con mayor desesperación y, lo que es extraordinario, manteniéndose neutral ante la muchedumbre a través de la cual pasa, preocupado únicamente por el temor que le causan sus perseguidores. Hubo un momento en que pude observar seis toros en la plaza, alrededor de cien personas a pie y más de cincuenta a caballo. Sin embargo, la principal hazaña en donde se ejerce la competencia entre los que intervienen en la prueba, consiste en derribar el toro, no mediante dardos o picas, pues no se emplea ningún tipo de armas, sino utilizando únicamente el puño del intrépido jinete. En aquella ocasión se cumplió dos o tres veces esta proeza, en plena persecución, cuando el toro está lleno de furor y arre-

mente enardecido. Mientras el toro corre a gran velocidad, los jinetes compiten a todo galope para apoderarse del rabo; cuando alguien lo logra, se lo retuerce hasta formar lo que los marinos llaman un medio nudo, y apretando con tanta violencia que le produce un dolor intenso, da un tirón y echa al toro por tierra. Es de imaginarse la valentía y la fuerza muscular que debe poseer el jinete, para tumbar un animal tan potente y pesado; pues donde quiera que he visto los toros negros de Colombia — y creo que llegan a millones — son por lo general de mucho mejor estampa que los contemplados por mí en Inglaterra o en los Estados Unidos.

Esta plaza, apropiada para tantos usos, cumple también otras funciones de mayor seriedad. Fue en ella donde sucumbieron tantos virtuosos varones, condenados a muerte, víctimas de la suspicaz tiranía de España, y a menudo de las crueles pasiones de los gobernantes locales; hombres cuyas virtudes inspiraban terror, y que, a causa de la veneración de que eran objeto por parte de sus vecinos, parientes y connacionales, aparecían naturalmente como culpables ante los recelos de un régimen despótico. Me sería fácil señalar los nombres de algunas de esas víctimas, y relatar sus vicisitudes, con base en las informaciones recogidas, así como de muchos otros de no menor celebridad e importancia que también cayeron sacrificados, y cuyo recuerdo tiene un altar en los corazones de sus familiares y compatriotas; pero ellos pertenecen a la historia, y no me considero autorizado para referir lo que llegó confidencialmente a mi conocimiento durante el curso de conversaciones privadas. Ya la pluma de los historiadores está lista para narrar los sacrificios de los hijos de Colombia y la devoción de sus mártires a la causa de la libertad.

En este mismo recinto se ejecuta a los malhechores. Mientras me hallaba en Caracas, tanto las inmediaciones, como los valles del Tuy y otros contiguos, eran infestados por partidas de salteadores, al mando de un bandolero de apellido Cisneros; este tenía correspondencia con el geenral español Morales, quien remuneraba sus servicios, y cometió las más audaces depredaciones, asesinatos y robos. La policía de la ciudad había apelado a toda suerte de estratagemas y despliegue de fuerzas para apoderarse de él, aunque sin éxito alguno durante largo tiempo; tuvo incluso el atrevimiento de entrar disfrazado en la ciudad, y de avisar su presencia a la poli-

cía, si bien después de haber tomado sus precauciones para poner pies en volvorosa. En una de esas aventuras, en que iba acompañado de otros dos bandidos, se les pudo seguir la pista hasta el lugar donde se encontraban, pero la policía sólo llegó cuando ya Cisneros y uno de sus compinches habían huído; el tercero, sin embargo, fue apresado y, convicto de sus crímenes, ejecutado en la plaza. No pretendo afirmar si ello se debió a efectos de la guerra o a cualquiera otra causa, pero lo cierto fue que, a pesar de rumorarse en la ciudad que el convicto era el propio Cisneros, a su ejecución no concurrieron más de cincuenta personas, además de la guardia.

En la ciudad hay otros sitios al descubierto, también denominados "plazas", pero ninguno de ellos en forma de típico recinto cuadrado, ni pavimentado como la Plaza Mayor. En la de Candelaria, ya mencionada, lo más notable que podía observarse eran las ruinas de su iglesia, separadas de la calle por una extraña verja gótica; aún se ven algunos grotescos pilares, y el templo mismo no es sino un enorme montón de tierra. Esta plaza nunca llegó a ser pavimentada.

Tampoco lo estuvo la de San Pablo, cuya iglesia no guarda ninguna relación simétrica con la plaza, situada en el ángulo sureste, y por la cual se pasa al viajar a Valencia. El exterior de la iglesia no despierta ninguna curiosidad; debe anotarse, sin embargo, que en el centro de este espacio irregular se alza una fuente muy hermosa. Cuando pasamos por ella el día de nuestro viaje, la vimos rodeada por un considerable grupo de mujeres, todas rollizas y de buenas carnes, muy aseadas, y con sayas blancas y brillantes como la nieve.

La plaza de San Jacinto, dentro de los terrenos del monasterio de los monjes dominicos, no es espaciosa, pero sí de agradable aspecto, y sirve de vía de tránsito.

En cuanto a la plaza de la Trinidad, carece de simetría y no pasa de ser un simple paraje al descampado.

La de San Lázaro constituye un bonito cercado frente al templo o capilla del mismo nombre, pero se encuentra más bien en los suburbios que dentro del casco urbano.

En la plaza de La Pastora sólo existen vestigios de lo que debió ser en otro tiempo; hoy se caracteriza por montones de escombros, que no permiten distinguirla del amplio cuartel, situado anteriormente en sus inmediaciones, y el cual quedó también sepultado en las ruinas del terremoto de 1812. Estas ruinas llaman la atención al entrar en la ciudad desde la Sierra del Avila, y a menos de haber tenido noticias previas al respecto, no despertarían emoción alguna; como no se advierten cultivos ni boscajes, dan la impresión de ser una árida estribación montañosa, como si acabara de salir de las manos de la naturaleza en su estado más primitivo, y exigiera la intervención del hombre para ir mejorando aquella *materia prima*.

La plaza de San Juan es más bien un triángulo de lados irregulares que una plaza propiamente dicha. Hay en frente un cuartel de gran amplitud, donde se imparte instrucción a los nuevos reclutas y a la milicia montada.

El Colegio de estudios superiores, cuya fundación sólo data de 1778 — año memorable por su influencia sobre la revolución que ahora ha sido llevada a su término — tiene la apariencia de un edificio de los siglos once o doce. Fue convertido en universidad en 1792. Para entrar al edificio, hay que bajar un escalón debido posiblemente a que la inclinación dada a la calle ocurrió en fecha muy posterior a la construcción del inmueble, ubicado hacia la parte meridional de la vía que pasa por el sur de la Plaza Mayor. Los salones inferiores son muy oscuros, y se ven más apiñados de lo que suele ocurrir, por lo general, en los edificios públicos caraqueños. La típica escalera de dos tramos lleva a los apartamentos del piso alto, los cuales son más espaciosos y aireados. Para entonces los estudiantes sumaban alrededor de un centenar, y se caracterizaban por un traje grotesco y ciertamente superfluo. Consistía en una especie de sotana de color púrpura o jacinto pálido, con birrete festoneado del mismo color, de forma similar a los que usan los sacerdotes de la iglesia griega, y algo así como una estola de color carmesí contribuía a la mayor extravagancia del atuendo. Los jóvenes se marcharon, mientras éramos guiados a la biblioteca por un miembro del clero secular, amable e inteligente, quien era uno de los profesores. Me puse a examinar el lomo de muchos pesados vo-

lúmenes en folio y en cuarto, donde los padres de la Iglesia y los canonistas — Johannes Scotus Erigena y Tomás de Aquino — defienden aún una posición hace ya tiempo olvidada, como lo revelaba el hecho de que los libros mostraban excesivo orden y limpieza, con trazas de que su reposo no era perturbado jamás; sin embargo, muchos hombres de gran prestancia y virtud han pasado por los bancos de esta universidad: J. G. Roscio, los Toro, los Tovar, los Montilla, los Bolívar, los Gual, los Palacios, los Salazar y muchos otros, que han sido fundadores, mártires o vencedores en la causa de la libertad, aquí recibieron su educación, a pesar de que en muy poco podía favorecerlos la enrevesada erudición que agobiaba aquellos anaqueles. Nada moderno pude observar en la biblioteca, a excepción de un mapa del mundo, colgado a tan gran altura, que desafiaba todo examen, aun cuando se usaran anteojos; una de las damas que nos acompañaban pudo darse cuenta de que estaba puesto al revés, haciendo la observación — que produjo gran hilaridad en nuestro afable guía — de que también el mapa había sido objeto de una revolución. Se trataba probablemente de una travesura de algún estudiante.

Experimenté mayor placer cuando fuimos conducidos al salón donde se dictaba la clase de Matemáticas. En el pizarrón estaban aún sin borrar los diagramas recientemente trazados. Sobre la cátedra del profesor vi el retrato de un personaje que aparecía trajeado, no a la usanza de España sino a la de Inglaterra de hace más de un siglo, y fui informado de que representaba a Sir Isaac Newton, circunstancia bastante significativa de la disminución de los prejuicios bajo el influjo de la libertad, por implicar un singular contraste con la filosofía de Scotus, el lógico irlandés. Me vino a la imaginación el recuerdo de que, en su propia nación, Newton fue considerada como ateo por los ortodoxos, por no haber consentido en reconocer los treinta y nueve artículos; en este país, en cambio, donde el espíritu de la Inquisición no llevaba aun siete años de haber desaparecido, ya las corrientes de la época habían hecho colocar su retrato en un lugar que probablemente habría estado ocupado en otro tiempo por el de Atanasio o el de Scotus. Ello revela el progreso de los sentimientos generosos y de las ideas liberales; y lo consideré mucho más interesante por el hecho de que el bondadoso clérigo, que me informó de tal circunstancia, parecía compar-

tir el placer experimentado por mí. No encontré la *Lógica* de Condillac ni el *Ensayo sobre el Entendimiento* de Locke, que según las noticias que me diera el general Lavaysse, habían entrado a formar parte de la biblioteca. Sin embargo, ya eran visibles algunos cambios introducidos en el curso de los estudios, aunque todavía no son los apropiados al nivel cultural de nuestra época; pero se requiere paciencia para ello, y no hay duda de que las cosas irán mejorando en un país donde la mente y la prensa gozan de libertad, y tanto las autoridades eclesiásticas como las militares se encuentran subordinadas a las leyes sociales. Donde *sí encontré a Condillac, así* como una gran cantidad de otros libros, fue en distintas bibliotecas particulares. El período durante el cual se constituyeron las Cortes españolas no fue perdido del todo; las prensas de Valladolid, y las de otros lugares de España, dieron a la publicidad centenares de obras importantes en castellano; algunas escritas originalmente para la revolución, y otras traducidas del francés y del inglés. Pude observar que las obras del barón de Holbach aparecían sobre el tocador de una encantadora dama, y me aventuré a chancearme con ella sobre los temas tratados en dicho libro; su respuesta fue tan juiciosa como espontánea e ingenua: "La verdad, señor, es como una joven, que aunque se sienta inquieta al ver que su amante trata de averiguar los rasgos íntimos de su personalidad, debe al menos excitar su curiosidad, si no sus dudas".

En todas las regiones del país se hallan libros destinados a la instrucción elemental. Al ser lanzados al destierro muchos naturales de Hispanoamérica y de España, varios se habían refugiado en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos; y como, por lo general, eran gentes de excelente educación, pensamiento liberal y escasos recursos, tuvieron que derivar su subsistencia de la preparación de obras que estuvieran adaptadas a las circunstancias del Nuevo Mundo. Este comercio de libros habrá de incrementarse en unas diez veces durante el próximo decenio. La imprenta se encuentra todavía apenas en su infancia, o sea que su situación es más o menos similar a la que prevalecía en los Estados Unidos para 1764.

Se me informó que sólo había un estudiante de Medicina en la universidad, noticia que no me causó ningún asombro, pues son diversos los factores que concurren a desacreditar la profesión mé-

dica. Los prejuicios generados por las sátiras tan justamente formuladas contra el estado de curanderismo existente en España, se trasladaron naturalmente a regiones donde se habla el mismo idioma y rigen costumbres análogas; por otra parte el clima es, en términos generales, poco propicio al desarrollo de enfermedades, muchas de las cuales son desconocidas; apenas si la *calentura* de los llanos, el bocio en extensas comarcas del interior y la lepra en determinados lugares de Colombia — aparte de los trastornos producidos por cualquier irregularidad del cuerpo — son los únicos males que aquí requieren asistencia médica. En consecuencia, los profesionales de la medicina no perciben, en virtud de ser tan esporádicamente necesarios sus servicios, una remuneración similar a la que obtienen en aquellos países donde sí se les solicita en mayor grado. Las opiniones de une gran masa de la población guardan estrecha semejanza con las que ha expresado cierto ameno novelista sobre su personaje el doctor Sangredo. En algunos sitios del interior, los honorarios médicos alcanzaban antiguamente a un real, o sea la octava parte de un peso; no he sabido que en ninguna parte se paguen más de cuatro reales, o medio peso, por visita. Conocía algunos europeos que poseían una sólida formación en Medicina, ninguno de los cuales servía en el ejército, y sólo a dos criollos; uno de estos me manifestó humorísticamente que en Caracas no había suficientes enfermedades para vivir de la profesión, y que se había visto obligado a convertirse en hacendado de café, posición en la cual prosperó y le permitió dispensar los beneficios de su educación, aunque no con igual provecho, pero obteniendo buena fama y satisfacciones. Al otro haré referencia en mi descripción sobre El Tocuyo.

A pesar de lo dicho, y como ya fue mencionado anteriormente, la universidad de Caracas ha tenido el honor de contar entre sus alumnos a muchas gente importantes. Los que he citado son solo unos cuantos de aquellos cuyos nombres son inseparables del movimiento emancipador; y ellos, después de manejar en la universidad los instrumentos de la ciencia, los aplicaron luego en pro de su país y de sus compatriotas. Uno de los males que obstruyen considerablemente la enseñanza científica en esta universidad, consiste en que la instrución es impartida únicamente por eclesiásticos, quienes aparentando mayor preocupación por las cosas del otro mundo,

a fin de mantener a los hombres en un estado de servidumbre mística, ponen especial empeño en no capacitarlos para este mundo, (o en segregarlos del mismo), donde la sabiduría del Todopoderoso ha puesto a vivir a los mortales. El clero de la Gran Colombia defiende tenazmente su autoridad, y ha conseguido efectivamente el monopolio de la educación. Sin embargo, la revolución prueba que existen convicciones adversas a estas pretensiones exclusivistas, y que la discusión de dogmas y misterios absorbe más tiempo y trabajo del que se considera necesario o razonable. En todas partes los jesuitas se han propuesto conquistar este privilegio, o sea una situación de predominio que les permita regir la sociedad, obteniendo la dirección de los seminarios públicos, la formación de la mente femenina, y que se les prefiera como instructores privados; el éxito logrado sólo ha sido superado por los brahmanes. Ahora bien, huelga decir que ello no es sólo peculiar característica de Caracas o de la Gran Colombia. Después de todo, ¿tal no es el objetivo perseguido, aunque no lo reconozcan expresamente, por todos los que se han retirado de la iglesia romana y manifiestan haberse apartado de sus prácticas? En realidad, ¿es o no cierto que todos los eclesiásticos, sea cual fuere su secta o su doctrina, buscan ejercer la misma influencia sobre la inteligencia humana, a través de la educación? Los jesuitas, al igual que los brahmanes, saben que el hombre debe ser apartado de todo raciocinio, pues de lo contrario sería imposible esclavizarlo; y la diaria experiencia comprueba que en todas las demás sectas y religiones prevalece idéntica predisposición a asumir el control de las inteligencias, valiéndose de una enseñanza parcializada.

Los que han sucedido o reemplazado a los jesuitas también se han atenido, aunque con resultados menos efectivos, al mismo sistema. Los dominicanos y los franciscanos eran hostiles a los jesuitas, con hostilidad igual a la que han revelado entre sí, del mismo modo que la iglesia reformada se ha mostrado adversa a todos ellos. Un arzobispo de la Nueva Granada (Caballero) desterró una vez a Panamá a los dominicos; pero después se les permitió establecerse de nuevo, y ahora son dueños de pingües posesiones. En un tiempo se encomendó a los franciscanos la enseñanza de las doctrinas llamadas calvinistas, en virtud de lo cual fueron detestados por los dominicos. Ambas órdenes se muestran actualmente fervorosas ad

miradoras de la revolución, pero lo que se proponen es alcanzar el monopolio de los institutos docentes, a fin de que la propia revolución quede subordinada a sus fines. En cuanto a los capuchinos, que daban por seguro el triunfo de los realistas, han sido expulsados por su traidor comportamiento, conforme a un decreto dictado el 14 de setiembre de 1819, y sus conventos incautados para la educación popular, dándose el caso de que son eclesiásticos los que continúan siendo los maestros de los hijos de quienes cayeron en defensa de la libertad.

Bajo el régimen español, la opulencia y poderío de los eclesiásticos fueron tan excesivos como en la Europa de los siglos catorce y quince. Los principios de la fe en que basan sus enseñanzas son totalmente incompatibles con las riquezas que han acumulado y con el lujo en que viven. Una sorprendente característica del despotismo fue la de mantener tales establecimientos y aquella multitud de zánganos que consumían, destruían y no producían nada en absoluto. El proceder de esos gobernantes se justificaba, en vista de que los frailes no eran de temer como enemigos; en condición de agentes suyos, cumplían la finalidad de mantener la abyección y sojuzgamiento de los pueblos, mientras éstos vivieran en la ignorancia, de modo más efectivo que a través de un ejército armado de bayonetas; y como estaban divididos en órdenes, se hacía fácil manejarlos, cuando se mostraran un tanto díscolos.

Además de las órdenes monásticas, que siempre estaban disputando entre sí, había el clero secular que se mantenía en posición hostil contra aquellas. Los dominios andaban a la greña con los franciscanos, y ambos con los clérigos seculares; otras órdenes regulares se afiliaban a uno y otro bando; y mientras predicaban "paz en la tierra para los hombres de buena voluntad" se beneficiaban con los resultados de aquella guerra espiritual (como ellos la denominaban) y traficaban con las riquezas terrenales a las que habían declarado renunciar. El odio de los Soonies y Sheas musulmanes no era más vehemente que el de estas órdenes religiosas, que manifestaban ser los intérpretes del cielo, defensores y paradigmas de la humanidad, mientras deliberada y sistemáticamente trataban de despojar al ser humano del uso de aquellas facultades de que había sido dotado por el Creador y, al mantenerlo encade-

nado a la ignorancia, llevarlo a una condición inferior a la de las bestias. La revolución había ejercido un efecto realmente asombroso al imponer sobriedad a esos hombres e instituciones pervertidos, pero si establecemos comparación con lo que eran anteriormente, aprenderemos a apreciar los beneficios que la naturaleza humana deriva de la libertad. Durante tres siglos tuvieron éxito en subyugar a quienes habían impedido que cultivaran su inteligencia; y tanto de los bienes de los más pobres como de los más opulentos, extrajeron por igual contribuciones tan cuantiosas y desmensuradas, que sus establecimientos en todas las regiones de Sur América, ya se trate de iglesias para el culto o de monasterios para la reclusión y la holgazanería, sobrepasan a todos los demás en magnitud, gastos de construcción y ornato interior que llega incluso a un lujo desmedido, el cual no sólo atenta contra la inteligencia y el buen gusto, sino que no revela por ninguna parte la humildad, sencillez o desprendimiento enseñados por su maestro.

Creo que fue Depons quien observó que, a excepción de la Contaduría, el gobierno no tenía ningún edificio propio en Caracas y que todos los demás servicios públicos funcionaban en casas alquiladas. Esta circunstancia causa bastante sorpresa si se compara con la de los establecimientos eclesiásticos, los cuales pertenecen a cinco parroquias dentro de la jurisdicción de Caracas, cuya magnitud e ingresos varían entre unos y otros. El arzobispo de Caracas, en época del gobierno realista, precibía una renta de 60 mil pesos al año. Las parroquias de la ciudad son las de Catedral, San Pablo, Santa Rosalía, Altagracia y La Candelaria, además de las iglesias de otras congregaciones con denominaciones diferentes; la orden de predicadores de San Felipe Neri; y las capillas de San Mauricio, de la Trinidad y de la Divina Pastora, que por encontrarse en territorio no constituído en parroquia, no están adscritas a conventos ni hospitales.

Había varios monasterios para hombres establecidos por los dominicos, los franciscanos y los mercedarios; los sacerdotes del Oratorio de San Felipe Neri tienen también una iglesia. Existían igualmente dos conventos de monjas, el de las Madres Concepciones y el de las del Monte Carmelo, sepulcros vivientes en los que aún permanecen encerradas varias mujeres; se trata, sin embargo,

de personas de edad avanzada, y entre los beneficios de la revolución está la desaparición de esas instituciones inhumanas que permitían a padres desnaturalizados sacrificar a sus hijas más jóvenes para darles una posición respetable, aun cuando fuese contra las imposiciones de la naturaleza y contra la justicia que se debe al resto de la humanidad. En la actualidad está prohibido obligar a las mujeres, antes de llegar a cierta edad, a que se aparten de las leyes naturales ni de sus obligaciones para con la sociedad. Tuve oportunidad de oir de los labios inocentes de una joven su convicción, manifestada con todo el candor de su corazón, de que si bien ella había proyectado en un tiempo terminar sus días en unos de esos lúgubres claustros, separada del resto del mundo, se daba ahora por muy satisfecha con vivir entre las buenas gentes que en gran número había encontrado dentro de él; y agradecía a la revolución haberle permitido proceder en esa forma.

Una asociación que rinde resultados más benéficos es la constituída voluntariamente por un grupo de damas jóvenes, pertenecientes a las más acaudaladas familias de Caracas, quienes no se sienten hastiadas del mundo y que consideran deber suyo promover el bienestar del prójimo. No hacen votos religiosos, pero se dedican a la educación de otras jóvenes y a diversas obras de caridad. Es evidente que, a causa de lo restringida que ha estado hasta ahora la instrucción femenina, la que se esfuerzan en transmitir habrá de ser también muy limitada; y además, que los monjes, tal como hacen los sacerdotes de todas las religiones, procuran mantener predominio sobre esas *educandas*, pues saben perfectamente la influencia que el bello sexo ejerce sobre los intereses humanos y sobre la sociedad en general.

La catedral de Caracas es un edificio de piedra. Por tal motivo, y al igual que una tercera parte de su campanario, también construída del mismo material, no sufrió daño alguno a consecuencia del terremoto. Su fachada no ostenta ninguna característica interesante, pero el interior, cuando se tiende la mirada hacia el altar situado en la parte oriental, ofrece una apariencia respetable, sin los superfluos oropeles que se observan en otras iglesias. Se dice que tiene doscientos cincuenta pies de longitud, de este a oeste; y en su extremo exterior, su anchura parece oscilar alrededor de

ochenta pies. Está dividida en tres naves (una a cada lado de la central) por cuatro hileras de columnas de piedra, seis en cada fila. La nave central es tan ancha como las dos laterales y la altura de los muros puede estimarse en unos treinta y seis pies. Hago constar que no tomé ninguna medida, y que si hay algún error debe atribuirse a inexactitud de mi vista o de mi apreciación. El techo está bien construído, y la iluminación externa, aunque tamizada, es suficiente para un servicio en el cual arde constantemente una gran cantidad de bujías. La luz que se filtra desde fuera basta, sin embargo, para distinguir con claridad algunos cuadros satisfactoriamente pintados y otros de ejecución corriente, cuyo número no es excesivo desde el punto de vista del buen gusto ni de los fines a que se destinan. Se les ha distribuído y colocado con acierto, y varios de ellos son superiores a los que he visto en las demás ciudades de la Gran Colombia. El altar mayor está situado en el extremo oriental de la nave, tal como ocurre en todas las iglesias europeas; no obstante, tanto en territorio colombiano como en otras regiones, existen diversos templos que se apartan de esta norma primigenia, lo que hubiera sido considerado como descomunal herejía en el siglo XV. La decoración del altar no es tan ostentosa como en otras iglesias; y aunque algunos viajeros aprecian como un defecto tal circunstancia, a mí me parece, en cambio, muy acertada. En las naves laterales hay catorce altares en donde se dice misa en días determinados.

La misa mayor, a la cual asistí, se celebró con la pompa y magnificencia usuales del ritual católico en tales ocasiones; la música, que en todas las regiones de la Gran Colombia resulta muy interesante por su excelente calidad, era aquí muy imponente, y lo hubiera sido en mayor grado, a no ser porque la mayor parte de la nave occidental estaba ocupada por un coro pesado, lóbrego y de extraña apariencia, que no dejaba ver a los coristas e interceptaba las resonancias que dan a la música litúrgica una gran parte de su belleza; además, los que asistían al oficio en las naves no tenían oportunidad, a causa de la altura del coro, para intervenir en esa parte del servicio, como se acostumbra en otros países católicos.

La jerarquía de la iglesia en la Gran Colombia adolece actualmente de cierta desorganización. Hay muchas sedes vacantes. La

de Caracas lo está con motivo de la adhesión del arzobispo a la causa real, de su retiro a España y de su posterior nombramiento para una sede episcopal hispana. Los principios, sin embargo, son establecidos por la república, y el Concordato, que solo podrá ser suscrito por aquélla, es el mismo que existía entre el Papa y España. Ningún obispo o arzobispo, ni siquiera un simple párroco, podría ser nombrado por el Pontífice sino de acuerdo con la candidatura presentada por el monarca. La autoridad papal se reducía a ratificar la designación; más aún, el Consejo de Indias debía otorgar su aprobación previa al nombramiento del candidato. La República se propone, ateniéndose a las normas vigentes, transferir simplemente al actual poder soberano el derecho que había ejercido el anterior. La Corte española es opuesta al Concordato, y obstaculiza, mediante intrigas en Roma, que se llegue a un arreglo; en realidad, está prestando un valioso servicio al procurar que se postergue la celebracióa de dicho Concordato, que la experiencia diaria permite apreciar como innecesario y superfluo; ello contribuye, durante la primera etapa de las nuevas instituciones, a apaciguar las agitaciones que podrían promovar las órdenes clericales a causa del crecido número de aspiranles que buscan estas sinecuras eclesiásticas.

Las bulas papales, que otorgaron graciosamente el nuevo mundo a Fernando e Isabel, habían venido perdiendo buena parte de su ostensible santidad, que la revolución se encargó de destruir por entero. Si el Papa tratara de imponerse o de desdeñar a la República, el efecto podría ser el abandono de toda conexión eclesiástica con Europa, y la constitución de un patriarcado que funcionara independientemente, salvo en materia doctrinal, del Pontífice romano. Ya el clero no ejerce ese poder pragmático que le daba jurisdicción, coercitiva o penal, sobre los individuos. En la actualidad sus miembros pueden ser llevados a los tribunales ordinarios, a menos que se trate de casos que pertenezcan específicamente a sus establecimientos eclesiásticos. En consecuencia, como un discreto respeto por las opiniones religiosas, no es irreconciliable con los derechos de la sociedad, y puesto que el clero ha asumido voluntariamente la obligación de atender a las preocupaciones e intereses del otro mundo, disfrutando de toda la seguridad que requiere y de la autoridad que no sea incompatible con el estado social,

hoy se encuentra en mayor libertad para dedicarse a empresas del futuro y a desentenderse del presente. El patronato eclesiástico en la América Española residía íntegramente en el monarca, y ahora en el pueblo soberano. Los dignatarios de la iglesia estaban obligados a rendir anualmente cuenta ante el Rey; y era a través de sus informes como el Consejo de Indias obtenía los datos más seguros sobre la población. Sin embargo no faltaban casos en que dichas cifras se apartaban de la realidad; en efecto, el obispo podía temer que se estimara excesivo el número de almas (es decir, de contribuyentes); y la misma impresión quizás influía en el ánimo de los párrocos. Por consiguiente, y debido a las eliminaciones realizadas por ambas partes con la finalidad de ocultar sus emolumentos, las cifras del censo siempre eran inferiores a las reales.

El derecho a que el monarca español ejerciera el patronato eclesiástico fue reconocido en 1508 por el Papa Julio II. Los detalles acerca de la situación del clero se consignarán con mayor amplitud en un capítulo subsiguiente.

CAPITULO VI

Procesiones del culto religioso. Algunas anécdotas al respecto. "Si a Roma fueres, haz como vieres". Cuestaciones ambulantes. Cánticos callejeros. Teatro. El Intendente entre los espectadores. Categoría del espectáculo. Larga representación dramática. La campiña de los alrededores de Caracas. Visita a la hacienda del Gral. Clemente, restaurada después de su devastación por los españoles. Callejones de naranjos. Cañamelares. Aldeas populosas. La ciudad iluminada a nuestro regreso. El onomástico del Libertador. Enormes muchedumbres en las calles. Alegría. Paradas militares. Diversidad de uniformes marciales. Abiertas las iglesias. Misa mayor. Función musical y odas festivas en honor de Bolívar. Lágrimas y recuerdos en esta celebración. Escenas de las mantanzas realizadas por los españoles. Espléndido sarao.

Aquellos extranjeros que desconozcan las instituciones, modalidades y costumbres de la iglesia católica, tal como se mantienen en los países que pertenecen entero o predominantemente a dicha religión, se sienten proclives a tratar con ligereza o indiscreto desdén los actos del culto que se exhiben ocasionalmente en la vía pública. Es indudable que la formación recibida contribuye a las reacciones que se suscitan con tal motivo, especialmente en quienes pertenezcan a las sectas reformadas, cuya disciplina y doctrina son objeto de reprobación para la madre iglesia. Las prácticas rituales de los católicos en los Estados Unidos y en Inglaterra se reducen

a los servicios religiosos que se cumplen dentro del ámbito de los templos, y hay ciertamente menos pompa — pues tal es la denominación que merecen — y menos ostentación en las principales festividades litúrgicas en los Estados Unidos, como la Navidad, la Semana de Pasión, Pentecostés, Corpus Christi y los días correspondientes a las diversas advocaciones de la Virgen, a pesar de que todas las religiones gozan allí de igual libertad y se practican sin cortapisas. En consecuencia, las personas educadas en los Estados Unidos que viajan por Portugal, España o Italia — aun cuando sean miembros de la propia iglesia católica — no pueden permanecer indiferentes ante las discrepancias tan pronunciadas que se advierten entre las ceremonias y usos de la misma iglesia. Tales diferencias, sobre todo en aquellas naciones que pertenecieron a España, aparecen más resaltantes que en cualquier otro país, salvo en Portugal o en sus colonias de Asia y América, con lo cual me refiero especialmente, en términos generales, a Goa y al Brasil. Ello no tiene en realidad nada de sorprendente, si se considera que todas las otras instituciones y costumbres, públicas y privadas, han continuado desenvolviéndose hasta la revolución dentro del mismo ámbito inmutable y restricto que prevalecía desde los tiempos de la Conquista. Durante mi permanencia en Caracas no tuve oportunidad de presenciar las procesiones religiosas que allí se celebran en ciertas festividades, pero sí pude hacerlo ampliamente en Bogotá, donde la pompa y fausto rivalizaban ciertamente, en su lujo desmensurado, con aquellas a que había asistido en Goa hacía ya muchos años.

Algunas de las prácticas de que fui testigo en Caracas entran dentro de las informaciones sobre las costumbres del país que me he propuesto suministrar. Una de ellas es común a todas las naciones católicas en general, y es posible que las otras también lo sean, aunque no me fue posible observarlas directamente. Al pasar por una de las calles públicas, acababa yo de cruzar una esquina, cuando llegó a mis oídos el tintineo de una campanilla; mi oído ya estaba acostumbrado a escucharla durante el sacrificio de la misa, y por un momento olvidé que éstas no se celebran sino en las mañanas. Sin embargo, mis reflexiones terminaron prontamente al ver aparecer un pequeño grupo de clérigos y acólitos en traje de ceremonia; un chiquillo iba adelante, y era el que hacía resonar, a cier-

tos intervalos, la campanilla que había escuchado. A continuación venía un sacerdote que llevaba los sacramentos y el cáliz, cubierto como de costumbre; otros clérigos lo acompañaban, y seguía un parvo tropel de rapaces y mujeres. Al aproximarse esta procesión, todos los transeúntes, antes de proseguir en una u otra dirección, se detenían, quitándose brevemente el sombrero, y situándose por lo común a ambos lados de la calle, mientras el cortejo avanzaba por el centro. Al pasar frente a ellos, los espectadores se destocaban, algunos doblaban una rodilla, y en cuanto a las mujeres, sin excepción alguna, se ponían de hinojos en el lugar donde se habían quedado al ver acercarse la procesión; y como es una sabia máxima, fundada tanto en la prudencia como en la cortesía, la que aconseja atenerse a los usos que no nos perjudiquen, y cuyo incumplimiento pueda aparecer como injurioso, consideré acertado "hacer en Roma lo que en Roma hacen". La ceremonia tenía por objeto llevar la comunión a alguien que se suponía en trance de muerte, con cuyo motivo se le administran dos sacramentos: la Eucaristía y la Extremaunción. Esta práctica me era familiar, pero no su exhibición en público, lo qua me pareció completamente inusitado, a pesar de haber sido educado en la doctrina de la misma iglesia.

Otro día, al regresar de una visita después de la caída de la noche, oí resonar una música coral; por un momento, miré en torno mío para ver de qué iglesia procedía, aun cuando no recordaba haber visto ninguna en aquel barrio. Como los sonidos eran cada vez más perceptibles, me detuve, y me sentí realmente complacido ante la potencia y armonía del canto, en el cual, aunque se advertían los delicados tonos de muchas voces infantiles, estas quedaban felizmente armonizadas con la de un excelente tenor. Los hombres y mujeres que pasaban se situaron como de costumbre, al hacerse visible esta fuente sinfónica, a uno u otro lado de la rúa, en el centro de la cual se congregaban multitud de fieles que, a esa distancia, sólo podían ser distinguidos a la luz de los cirios encendidos que cada uno llevaba en la mano; otras hujías, suspendidas en una elevada tarima de unos siete pies de longitud por cuatro de ancho, iluminaban un cuadro, cuya figura no pude percibir con claridad, aunque se trataba probablemente de la imagen de algún santo; me pareció, sin embargo, que representaba a la Vírgen. Todo el mundo tenía la cabeza descubierta, pero no vi a ninguno arrodilla-

do; el cuadro era cargado por varias personas que lo mantenían en alto, si bien en posición inclinada; a su frente marchaba una fila de jóvenes provistos de cirios, después venía la imagen, y luego un sacerdote revestido de oscura sotana y estola; siguieron con sus cánticos hasta llegar frente a la residencia de un opulento vecino, donde hicieron alto y cantaron durante algunos momentos. La puerta de la casa se abrió, se asomó una mujer, quien entregó algo al clérigo, y la procesión continuó. En otras diversas oportunidades volvieron a detenerse, y de cada morada salía alguien con su óbolo en la misma forma. Los transeúntes, hombres y mujeres, también daban un paso al frente y se ponían en comunicación con el sacerdote. El acompañamiento estaba formado por más de cien personas, muchas de las cuales, de acuerdo con una antigua costumbre, se unían al coro, usanza similar a la de los trovadores del siglo trece, cuando iban cantando romances por las calles de modo parecido, y de quienes parece originarse esta práctica.

Este recorrido presenta, sin embargo, ciertas características de mendicidad y, en vista de que las iglesias que no pertenecen a ninguna parroquia derivan todos sus recursos de la espontánea bondad de las gentes piadosas, imagino que el objetivo de estas procesiones es el de solicitar la ayuda económica de los feligreses. Los donativos de que tengo noticia son muy pequeños, ya que la mayor suma que se espera recoger individualmente no excede de un real; aunque se dice que el sexo femenino es muy inclinado "a hacer el bien ocultamente", y contribuyen con mucho más de lo que se les pide.

La diferencia de educación, y las costumbres propias de los distintos países, dan a estas procesiones un aspecto de gran novedad; y puede decirse que, salvo en lo que atañe a la interrupción de la circulación callejera, y a que se repiten con excesiva frecuencia, se trata en realidad de una práctica inofensiva. Las reacciones a que da origen la educación recibida entre las numerosas ramas reformadas de la iglesia cristiana son, indudablemente, adversas a estos pomposos ceremoniales, al uso de cuadros e imágenes y, sobre todo, a la adoración que se espera de los fieles, o que se les impone implícitamente, en el sentido de que deben descubrirse la cabeza y doblar la rodilla cuando pasa la Eucaristía. No obstante, y

después de todo, ¿no existen tantos prejuicios de parte de los acusadores como de los acusados? Un examen desapasionado permite apreciar que la pompa de la madre iglesia no es mayor, por ningún respecto, que la de los ritos judíos, ni tampoco más misteriosa, y sin embargo las escrituras hebreas se difunden como artículo de fe. Hay cierta alegoría en el ceremonial de la misa, en que cada acción es emblemática de algún suceso de la pasión y muerte de Cristo; empero, es posible que resultara más apropiada en épocas de extrema ignorancia, cuando no existía el arte de la imprenta para informar a las grandes masas, ya que la finalidad principal de una representación alegórica de esta clase era impresionar los sentidos y producir, mediante la fuerza evocadora del ceremonial ya explicado, una solemne impresión del acontecimiento al cual se refería. Al convertir las formas rituales en obligaciones doctrinarias, y ante el peligro de otro gran cisma que pudiese separar a las personas cultas de las ignorantes, se ha impedido que se produzcan alteraciones de importancia en los aspectos formales del culto; y cuando la mente ha sido encadenada por gobiernos despóticos, y entre el resto de los fieles por la política de la propia iglesia, esta pompa se convierte en una especie de recurso al que se hace necesario apelar, como antídoto contra el desorden que podría surgir por falta de un sistema establecido, o de la debida formación cultural.

Es de desearse que todas las sectas cristianas convengan, en los diversos países, en celebrar a su manera los actos de adoración — tal como ocurre en los Estados Unidos — sin coerción o censura. Puesto que las creencias religiosas son de índole puramente individual, sin que ningún hombre sea responsable de los errores ajenos, y la fe misma se deriva del ambiente en que accidentalmente se haya formado la persona durante sus primeros años, la caridad del precepto cristiano parece exigir, no solamente el derecho a elegir, sino la tolerancia mutua entre quienes profesan la adoración de igual divinidad, ya que el culto, en realidad, sólo difiere en dichos aspectos formales, o en las invenciones pragmáticas de edades místicas o bárbaras. Con frecuencia se me ha interrogado acerca del estado de la religión, y de la influencia del clero en la Gran Colombia, y algunas veces al formular tales preguntas, se ha expresado al mismo tiempo el fervoroso anhelo de que se en-

vían misiones no sólo para adoctrinar a los indios, sino también a los propios habitantes de aquellas regiones. Se observa cierta contradicción entre tales preguntas y deseos, las quejas que algunas veces se manifiestan acerca del dogma doctrinario de la unidad católica o universal de la iglesia, y la inferencia incidental de que nadie puede salvarse fuera de ella. Es incuestionable que en esas premisas basó su teoría la iglesia católica tan pronto como se convirtió en potencia política, y que en algunos países continúa sosteniendo dicho criterio. Ahora bien, ¿tal no es realmente el dogma de todas las sectas? ¿No es cierto que las de las iglesias reformadas insisten en que la salvación sólo depende exclusivamente de ellas? Explícito o implícito, el hecho es el mismo; y cada secta está obligada a defender doctrinas más o menos similares, pues en caso contrario ¿para qué habrían de formar una asociación separada? Si la iglesia católica no está autorizada para conceder la salvación, conforme a opiniones sectarias al respecto, ¿basta sólo eso para justificar los ataques contra ella? Es lamentable que el género humano se vea dividido así entre perpetuos adversarios, y que la doctrina de la paz y de la buena voluntad se convierta en fuente de discordia.

"Que contiendan por sus credos los fanáticos,
privados de la gracia divina.
No puede estar en el error quien vive dentro del bien".

Fui llevado a estas digresiones de modo involuntario, pero no creo que deba suprimirlas, al ver la manera en que se comportaban, en tales ocasiones, algunos jóvenes norteamericanos a quienes conocí durante mis viajes, y la cual me ha producido momentos bastante desagradables. Oí a uno de ellos que relataba la siguiente anécdota, vanagloriándose de ella: al paso del sacramento, nuestro personaje no quiso detener la marcha ni destocarse, como es la costumbre; alguien de la procesión le manifestó que dicho acto de veneración era obligatorio, y agregó, conforme a las creencias que formaban parte de su educación: "¿No quiere quitarse el sombrero en presencia de Dios?" (aludiendo con ello al sacramento, de acuerdo con la doctrina de la transubstanciación). Pues bien, este *liberal*, que de haberse encontrado en Turquía, y atreverse a cualquier irrespeto contra el ceremonial musulmán, quizás le habrían

colocado la cabeza entre las manos, replicó apuntando hacia el cielo: *Dios arriba!* [sic], y celebrabraba con gran regocijo su actitud, pues sabía que no le acarreaba ningún peligro.

En otra oportunidad, cuando se realizaba uno de estos actos en que se recogían donativos piadosos, cierto mozalbete norteamericano venía también acompañando la procesión. Entre los circunstantes, su cabeza era la única que no aparecía descubierta. Ocurrió que las milicias se habían congregado aquel día, y uno de los milicianos que acertó a encontrarse en el acompañamiento llevaba todavía su mosquete. Se le pidió al forastero que accediera a quitarse el sombrero o que se retirara. Sin embargo, al igual que el centinela de Goldsmith, consideró que su religión estaba en peligro, y que su dignidad lo obligaba a negarse. Entonces el miliciano alzó su fusil y le disparó a quemarropa, aunque evidentemente el arma no contenía sino pólvora. Menos mal que, gracias a la revolución, la cual impone el respeto a los extranjeros (aunque estos debieran también, cuando menos, retribuir con la debida circunspección), el asunto no pasó a mayores; si aquello hubiera ocurrido antes de la independencia, posiblemente una bala habría sido la respuesta con toda impunidad. Y después de todo, ¿era que valía realmente la pena, tratándose de un mero acto de cortesía que se le debe a toda persona decente, hombre o mujer, a quien se encuentre en la calle, manifestar semejante repudio, o mejor dicho, semejante insulto, pues el miliciano no procedía erradamente al considerar que un acto como aquel debía tomarse muy en serio? Indudablemente, si se compara lo ocurrido con la causa que lo produjo, una persona de buen juicio habría procurado abstenerse de incurrir en una irreverencia tan palmaria, con solo tener presente que estaba irrespetando las instituciones de todo un pueblo, de cuya hospitalidad recibía a diario palpables pruebas, y de cuyas leyes esperaba protección. Cualquier hombre de recto criterio se diría: "No soy más que un forastero; y las leyes de este país, al proclamar que tal religión es la del Estado, agregan que nadie debe ser molestado por sus creencias y que ninguno está autorizado para hacer menosprecio de la religión establecida. Sería, pues, absurdo, que yo tratara de imponer mis opiniones religiosas que son producto de mi particular educación, adquirida en un país extraño, en contra de una doctrina diferente, que es la recibida en esta tierra, en la cual soy

extranjero; además no voy a correr el riesgo de figurar en el martirologio por el simple regodeo de desafiar las costumbres nacionales. Un acto de respetuosa cortesía no significa que renuncie a mi criterio, ni al derecho de mi libre albedrío, sino que es una simple manifestación de buena crianza, a que no se opondrán siquiera los prejuicios humanos, puesto que ello no implica mal alguno". Durante mi permanencia en Goa, vi que una persona muy honorable fue enviada a las cárceles de la Inquisición, y duramente maltratada, por haber cometido una falta involuntaria en circunstancias similares. En la Gran Colombia, el propio gobierno está dispuesto a respetar los hábitos que se han venido formando durante siglos, al prohibir todas las manifestaciones externas del culto que puedan ser causa de inhibición o violencia; y no le corresponde a un extranjero expresar en tal caso que toda la nación está equivocada, y manifestar desdén por sus creencias; si él considera como idolátricas estas procesiones, ellos pueden contemplarlas como algo sagrado (además, las leyes estatuyen que no deben ser tratadas con menosprecio). Ahora bien, si es que desea ser mártir, no le faltarán ocasiones para poner en práctica sus inclinaciones; pero el comportamiento aconsejable para todo hombre de buen juicio, que no desee someterse al respeto que se debe a la sociedad, sería no visitar un país donde sus escrúpulos puedan chocar con el celo excesivo de un fanático, o con la significativa advertencia de un miliciano.

Por sentir cierta curiosidad en ver el teatro que Humboldt describe tan satisfactoriamente, resolví ir solo, después de pagar un real por la entrada; al decírseme que el patio era un sitio a la intemperie, preferí subir las escaleras, y me encontré en un palco, cuya puerta me fue abierta cortesmente. Mi localidad correspondía a una fila transversal, paralela al escenario y situada enfrente de éste. Otros palcos en serie, que rebosaban de público, especialmente de damas, ocupaban ambos lados del paralelógramo; el piso bajo, es decir, el suelo puro y simple, servía de patio, y en cuanto a la techumbre, sólo se contaba con la serena, azul y estrellada bóveda celeste. El proscenio tendría unos veinticuatro o veinticinco pies de ancho, flanqueado por lo que los actores llaman bambalinas, que formaban los dos lados de un cuadrado. El telón, cuya caída indicaba los diversos actos, representaba una especie de cuadro

pastoral, semejante a los que hace un siglo eran de rigor en las obras de ficción de los escritores sentimentales; y cuando era alzado, mostraba aquellos bastidores oblícuos que suelen verse en los teatros ambulantes de cómicos de la legua, con árboles o columnas pintarrajeados al relieve sobre cartón. Las escenas del telón de fondo, disminuidas para conformarlas a las leyes de perspectiva del escenario, se cambiaban de acuerdo con las exigencias de la obra, representando ya un campamento, la cámara de un palacio, una selva o bien un naufragio, todo lo cual iba apareciendo en progresión dramática.

Mis adelantos en el idioma del país sólo me permitieron percibir una parte del diálogo y del tema, pero pude darme cuenta de que se trataba de una obra con argumento, cuyos *dramatis personae* eran un Aquiles de faldellín, además de Patroclo, Héctor y otros griegos y troyanos; entre ellos aparecían también Andrómaca y Briseida, y por último —sin que por ello su papel fuera menos importante— una figura que siempre interviene en los dramas hispanos: un bufón, una especie de Scapin, quien se encargaba de convertir en serias las escenas hilarantes, y en risibles las trágicas. Por ejemplo, durante el espantoso conflicto armado que, según creo recordar, se produjo entre Héctor y uno de los griegos, este bufón ibero demostraba, con sus manos extendidas, ojos aterrorizados y acción trémula, todas las contorsiones que expresaban el temor clownesco; y cuando los héroes desaparecían, como los gatos de Kelkenny, el asustado payaso exclamaba: "Jesucristo"! Huelga hacer ver el anacronismo; pero había otras contradicciones, como cuando el "airado mar" del telón de fondo, calmo al principio como el lago de Valencia, se veía súbitamente agitado, y aparecía un navío de velas cuadradas en el que naufragaba alguna principal heroína, a quien el Scapin, con solemne gravedad, se apresuraba a prestar ayuda, mientras el intrépido Menelao, o quien fuese, permanecía inmóvil en la playa, admirando las rosas que adornaban sus sandalias. Sin embargo, el bufón era bastante divertido; y sus visajes eran preferibles a la calidad de sus chistes, a pesar de estar tan fuera de lugar y tan inoportunos. Aunque su imitación de la realidad era ciertamente abominable, en un drama más adecuado habría obtenido cuando menos tantos aplausos como los que recibió, a lo que no hubiera podido aspirar para sí Héctor o Andrómaca. Después de

todo, los defectos que haya podido tener la pieza son atribuibles a España, de donde proviene esta especie de drama, formado por no sé cuantos actos; la verdad es que la función comenzó a eso de las seis, y cuando me marché a las doce, todavía no había terminado.

Al poco tiempo de haberme sentado, entró el general Soublette y ocupó el mismo banco. Me hizo varias preguntas acerca del juicio que me merecía el drama, le contesté con toda franqueza y él estuvo de acuerdo con mi opinión. Vestía como un ciudadano corriente, y se presentó sin guardia ni ayudantes, en su condición de magistrado republicano; me fue grato verle y tuve oportunidad de observar, en la manera risueña y cordial con que se dirigía a personas de diferentes categorías, lo adecuadamente que cumplía sus funciones. El teatro mostraba un orden perfecto, aunque todas las localidades estaban llenas; la alegría y el buen humor desbordaban de los palcos; y en los entreactos, tal como ocurre en otras partes, se charlaba en tono ciertamente no muy bajo, algo más fuerte que un cuchicheo y sin embargo bastante agradable, con los amigos que se encontraban en los palcos adyacentes. Tanto aquí como en España dichos palcos son de propiedad privada —como los reclinatorios de nuestras iglesias— y el dueño, al entregar la llave, transfiere el derecho de entrada.

Contemplada a distancia la campiña de los alrededores de Caracas, ofrece un aspecto ininterrumpido de prósperos cultivos; y a excepción de aquellas plantaciones que las vicisitudes de la revolución han hecho venir a menos a causa de la ausencia de los antiguos propietarios, las demás revelan realmente tanta prosperidad como la que aparentan. Efectuamos muchos paseos hacia puntos diferentes del valle, y aunque sería tedioso relatarlos con prolijidad, bien pueden escogerse dos o tres como suficientemente característicos. Por no existir coches de ruedas, las señoras iban a caballo, por cierto que con gran soltura y aplomo. Como el general Clemente estaba ausente de la finca, sus agraciadas esposa e hija organizaron una fiesta campestre para un grupo de veinte damas y caballeros aproximadamente. Su hacienda o plantación de café, ubicada en el valle de Chacao a unas tres millas y media al este de la ciudad, había sido objeto de la violencia de los españoles, mientras estos eran dueños de Caracas, tal como ocurrió con las posesiones de los

demás patriotas; pero la actividad e inteligencia de la señora Clemente dieron tal impulso a la restauración de la finca que, a nuestra llegada, ya los peones estaban dedicados a acondicionar el café cosechado para luego descortezarlo en la trilladora. La señora había hecho reconstruir las casas destruidas por los españoles, aunque las nuevas no eran de tanta altura ni tan espaciosas como las anteriores; resolvió edificar más bien lo que en Bengala denominarían un gran bungalow, o sea, en lenguaje familiar, una casa techada de paja, muy amplia, con todo lo requerido para la comodidad y el buen servicio doméstico. Cuando llegamos, ya la mesa estaba puesta con abundancia de vinos y tertas, sin que faltara lo que constituye el orgullo de las amas de casa caraqueñas: una enorme variedad de deliciosas golosinas. Como el día era apropiado para tomar el aire, y para disfrutar con la vista al mismo tiempo que con la cháchara, salimos a dar un paseo por los callejones de cafetos. Contemplamos las plantas que habían escapado a los estragos de aquellos forajidos, así como los nuevos y vigorosos arbustos, ya en plena carga, que reemplazaban a los destruidos; observamos asimismo las zanjas, que a manera de venganza deliberada fueron cavadas para desviar el agua de los manantiales, sin la cual perece la planta. En las obras de reconstrucción había sido mejorado el sistema de riego, a fin de diseminar sus salutíferos caños por una superficie más extensa, de acuerdo con el ensanchamiento de la plantación. El valle que se prolonga al fondo de ésta, o sea en su parte suroriental, está situado a un nivel inferior en unos 100 pies al de la hacienda, y en él la caña de azúcar alzaba sus tallos dorados en líneas paralelas. Como ya se dijo, estaba en marcha el proceso de secar, limpiar y descortezar el café. Los almacenes u oficinas, que deben ser suficientemente aireados y cómodos para una debida preparación del fruto, mostraban todavía un estado ruinoso, pero se había procedido poco a poco a su reparación. Mientras se reconstruyen totalmente, el proceso sólo puede realizarse mediante procedimientos muy lentos, pero que resultan efectivos si se cumplen con cuidado; vasijas de barro suplen las cisternas de maceración; cueros de res hacen las veces de las plataformas inclinadas para el secado, y artesas de madera y morteros de mano sirven de trilla descascaradora. Mucho me complació advertir la alegría y contento que manifestaba la laboriosa población que allí trabajaba; entre ellos había algunas mujeres que antes fueron esclavas, pero que no quisieron separarse de la hacien-

da de su antiguo dueño, y que se mostraban muy felices de haber vuelto al bondadoso ámbito de tan excelente familia, la cual se comportaba con ellas con la misma amabilidad que si se tratara de unos parientes.

Callejones de naranjos orillaban aquel valle de menor altura, así como los linderos de los cafetales. En la misma sierra que se alzaba a más de un milla de la hacienda, pero que parecía estar a tiro de piedra, se columbraba una de aquellas abras o barrancos, característicos de las regiones montañosas. Estaba formada por la abrupta terminación de los cerros que se extendían por la margen meridional del Guaire, y que desde el oeste llegaban hasta estos parajes; por el abra mencionada se puede ir a otros valles, tan fértiles como el de Chacao, aunque ubicados a gran distancia hacia el sur, el occidente y el levante.

Después de haber pasado un día muy agradable, regresamos a Caracas por un camino diferente. A nuestra salida, habíamos cruzado el hermoso puente de la Candelaria, sobre el Anauco, y al retorno recorrimos la ruta pavimentada que más adelante describiremos. Hasta entonces no tenía noticias de que existiera un suburbio tan populoso; cruzamos varias aldeas en nuestro camino, donde una población llena de actividad estaba entregada a las labores agrícolas; y vimos a muchos arrieros, en cuyas mulas se transportaba al mercado los frutos del valle. Caían ya las primeras sombras de la noche cuando entramos en la ciudad, a la cual encontramos iluminada en sus distintos barrios, por ser la víspera del onomástico de Bolívar; de modo que, no contentos con celebrar el propio día del natalicio, la iluminación comenzaba desde el día anterior y se prolongaba hasta el 29, también festejado por la comunidad. Pasamos una noche tan agradable como el día, con el ánimo muy alegre, y estimulados por aquel delicioso clima.

Por ser el 28 el día natal del Presidente, desde tempranas horas se dejó oír el retumbar de la artillería en todas direcciones; y los tambores resonaron con mayor estruendo que de ordinario. Las calles de Caracas son, por lo común, muy apacibles, y rara vez se ven apiñadas de público; pero en este día aparecían como un hor-

miguero cuyos habitantes se hubieran puesto en movimiento. Los militares lucían sus mejores uniformes, aunque dicha denominación no corresponde precisamente a la realidad, pues no se adaptan a ningún corte, patrón o color de uso general; sin embargo, a los ojos de un espectador forastero, formaban un espectáculo atractivo. Algunos llevaban guerreras cortas de color azul, rojo o amarillo, y los pantalones eran también de los mismos colores, o blancos; los chalecos de color escarlata, amarillo o blanco; y muchos exhibían las tres prendas con distintas tonalidades: la guerrera azul o blanca, el chaleco rojo y los pantalones amarillos. Varios oficiales vestían pantalones *á la Turc*, amarillos, blancos o carmesíes, atacados sobre el tobillo; y se veían "sombreros de abanico", además de una diversidad similar de gorras, algunas de cuero, de paja o de tipo italiano, con penachos de plumas de diferentes matices. Ciertos oficiales del estado mayor, quienes mostraban mayor preocupación por la igualdad de su uniforme militar, lucían guerreras azules, sombreros de abanico, botas, chaleco y calzones blancos, sables, cinturones y espuelas. Tantas variedades de colores no debían atribuirse por entero a capricho u ostentación; existía ciertamente un reglamento sobre el uso del uniforme, pero como ello solo no significaba que se estuviera en capacidad para importar una cantidad suficiente de tela de un solo color, ni para pagar los gastos de confección, las necesidades del momento autorizaban las innovaciones, embellecidas a su vez por el antojo o la vanidad.

El festival hizo salir a la calle a toda la tropa, tanto la formada por soldados de línea como por voluntarios; estos últimos estaban integrados, tal como ocurrió en nuestro país durante la última guerra, por jóvenes meritorios que pertenecían a las familias más opulentas, dotados de excelente educación, y cuyo porte era más gallardo que el de aquellos con quienes se congregaban; entre ellos, la diversidad de uniformes no aparecía tan pronunciada como entre los oficiales del servicio regular. Las armas presentaban, en general, una apariencia óptima, pero algunas sólo resultaban apropiadas para un desfile de gala.

Los soldados de línea llevaban chaquetas de dril, pantalones a la Osnaburg, camisa y zapatos, y en términos globales, su indumentaria se veía en buen estado, limpia y con todas sus prendas. Se to-

caban con gorras de cuero a la francesa, una especie de tronco de un cono invertido, con visera para protección de los ojos, muy bien pulida; en cuanto al cinturón y otros atavíos, eran de gran pulcritud. Cada regimiento ostentaba cierto tipo de galones, de color rojo, azul o amarillo, y el corte de la ropa indicaba que el taller del sastre contaba con todos los elementos necesarios.

Varios oficiales a quienes vi pasar cabalgando durante el día, iban muy bien montados; algunos corceles de buena estampa, con una alzada de dieciseis palmos, desfilaron en la parada, y eran los primeros que veía de tanta altura; los había bayos y negros, pero sobre todo ruanos y zainos. Me causó pena observar que algunos de ellos habían sido objeto de la cruel, perversa y perniciosa práctica de cortarles la cola, lo que contribuye a desfigurar a este hermoso animal, a privarle de un medio de protegerse contra los insectos, y que a menudo va en perjuicio de su salud y de su temperamento. Las sillas utilizadas por los oficiales de caballería eran de pico alto y arzón, que son las únicas adecuadas o seguras para cabalgar en este montañoso país. Las gualdrapas no resultaban agradables para quien está acostumbrado a su uniformidad; eran demasiado llamativas, y muy diferentes entre sí.

Pude contemplar a todo mi talante el paso de las tropas, y en realidad se hubiera requerido que carecieran de oído o de espíritu para que no marcharan como es debido, al compás de aquellos tambores, pífanos e instrumentos de viento de sonido inimitable, de los cuales había diversas bandas; la marcha se hacía a tres tiempos, muy animadamente, y la atención y silencio de los que desfilaban eran ejemplares. Recordé involuntariamente a mis dos pobres centinelas de La Guaira, y me hubiera gustado que se encontraran presentes para que hubieran lucido uniformes nuevos, o al menos un par de alpargatas, además de otras cosillas muy apetecibles que se distribuyeron entre los soldados. Resonaron salvas de artillería, y las tropas realizaron los habituales ejercicios que son de rigor en otros países.

Todos los templos estaban abiertos, y en compañía de mi hija asistí a la misa mayor en la catedral, a la cual concurrieron el Intendente y su séquito; aquél llevaba una guerrera escarlata con

áureos entorchados, que no hubiera desentonado en el cortejo de Napoleón.

Después de la misa, las tropas formaron en la plaza mayor. Se había construido un pabellón en la parte alta de la escalinata situada al norte, y una banda musical completa, integrada por instrumentos y voces, ejecutó varias piezas. También se recitaron y cantaron algunas odas escritas especialmente para el acto. Cada vez que en ellas se pronunciaba el nombre de Bolívar, que constituía el leit-motiv de las mismas, estallaban las aclamaciones, no sólo de parte de los soldados, sino de la enorme concurrencia allí reunida. Desde el sitio en que me había colocado oí muchas expresiones de elogio, así como alusiones a los tiempos ya pasados, y a las despiadadas carnicerías que habían tenido por centro aquella misma plaza, convertida ahora en escenario de triunfo y de agradecido homenaje al héroe cuya constancia había superado todas las dificultades hasta lograr la liberación de su patria. Numerosas damas se hallaban presentes, y otras plenaban las ventanas de las casas vecinas. Abundantes lágrimas de regocijo y, al mismo tiempo, de tristes recuerdos, brotaban de los ojos de ancianas matronas y viudas, cuyos padres, maridos, hermanos o hijos habían perecido víctimas de las represalias de los españoles, agravios que aparecían suavizados por aquel festejo triunfal, al cual se sumaban sinceramente dichas señoras.

Se había programado para esa noche la celebración de un espléndido sarao. Fue elegido un grupo formado por los principales ciudadanos y funcionarios, a quienes se encargó de los preparativos, y los cuales actuaron como comité de recepción. Se me honró con una invitación a este baile, del cual daré una breve descripción en el capítulo siguiente, por considerar que servirá para formarse una idea de las costumbre y maneras del país.

CAPITULO VII

Aniversario de Bolívar el 28 de octubre. Regocijos y baile. Breve descripción de las maneras criollas. Estilo de la danza. La música. Valses. Rezago de hábitos hispanos. Etiqueta. La igualdad es una realidad. Ausentes muchas beldades realistas. La magnanimidad de los republicanos con las familias realistas contrasta noblemente con el trato dado por los españoles a las damas patriotas. Un sabio varón revolucionario expone las causas en que se basa dicho comportamiento. El Dr. Litchfield. Paseo a Chacao. Velada en la hacienda Blandín. Descripción de la finca y de la casa. Excelente procedimiento para macerar y procesar el café. Ensanche de la plantación. Clase de suelo. Las damas de la familia. Concierto doméstico. Generosos sentimientos hacia Bolívar. Reunión social a media noche. Clima delicioso. Novedoso aspecto nocturno de las ruinas.

Todo el día 28 fue de festejos ininterrumpidos. El clima, que es siempre templado, se mostraba en esta ocasión especialmente favorable para el intercambio social y para dar un paseo. Las calles se veían llenas de graciosas damiselas, que dedicaban algunas horas a hacer visitas, engalanadas con trajes de vivos colores, y sin otra preocupación que la de divertirse inocentemente. En todas las casas los aparadores se veían cubiertos de refrescos y ramilletes. Apenas si al caer la tarde, y eso debido a la necesidad de alistarse para el baile, fue cuando las calles quedaron en silencio durante breves horas.

En ninguna de las casas particulares se pudo encontrar un salón suficientemente espacioso para dar cabida a un grupo tan numeroso como el que había sido invitado. Al fin fue elegida, sin embargo, una de las principales moradas de la ciudad, la cual tenía, además de un amplio salón, una sala contigua y corredores; éstos fueron cubiertos y entarimados para el baile, y las cámaras adyacentes se destinaron para un ambigú tan copioso como estimulante.

Los invitados llegaron antes de las ocho. Una doble orquesta, a fin de que pudieran turnarse mutuamente, se instaló en un pasadizo situado entre la sala y el corredor entarimado, de modo que dos grupos podían danzar al mismo tiempo. Poco después comenzó el baile. En la contradanza española, las parejas ocupan una posición similar a la que es de rigor en las nuestras, y la norma es que la pareja principal debe bailar toda la pieza. Sin embargo, tanto el compás como las figuras son considerablemente distintos. Los pasos a base de figuras y de elásticos saltos, y, en una palabra, el ejercicio que supone nuestro estilo de baile, son algo desconocido en la danza española; el compás es, por lo general, más lento que el del valse, y, al igual que éste, consiste más bien en un paseo acompasado que en movimientos vivaces; implica también un mayor número de figuras, pues, aunque los danzantes cambian de sitio a la derecha y a la izquierda, y ejecutan todos los movimientos propios de las contradanzas nuestras, el baile se efectúa a un ritmo gradual, en donde las manos intervienen tanto como los pies, y la inclinación de la cabeza e inflexiones del cuerpo contribuyen a dar más gracia a los movimientos. Al principio la fuerza de la costumbre se opone a que un espectador foráneo encuentre placer en este tipo de baile que en mi opinión no era lo suficientemente animado, pero al poco rato ya uno está habituado, y lo halla en extremo agradable, además de muy atractivo, por ser tan excelente la danza como la música.

Después de la primera contradanza siguió un vals, y así se fueron turnando alternativamente las piezas hasta las doce aproximadamente, cuando un grupo de damas se retiró a tomar refrescos. Luego hicieron lo propio los caballeros, pero en forma alternada, a fin de no interrumpir el baile.

En tan hermosa oportunidad me fue dable contemplar a mis anchas esta novedosa e interesante reunión. Tal como se lo imponía

el cargo que ocupaba, el Intendente asistió a aquel sarao en que se celebraba el natalicio de su amigo. Llevaba su uniforme azul de oficial, y ocupó un puesto en el testero del salón, costumbre que aún prevalecía desde los tiempos de España, y que pude observar también en Bogotá. Al seguir adoptando las leyes españolas, a causa de la imposibilidad de estructurar una nueva legislación en medio de los azares de la guerra, ello hacía que subsistieran también otras costumbres. Es indudablemente inofensivo que un gobernante presida algún festejo; pero si se va a considerarlo como derecho prescriptivo, que es en lo que al fin se torna una costumbre de tradición tan prolongada, hay que convenir en que no resulta compatible con la igualdad de un estado libre el hecho de que la autoridad —la cual ha sido conferida en prenda de confianza pública para servir al bien común— dé lugar a prerrogativas de precedencia, ya que, conforme a los principios de igualdad republicana, la entrada de un magistrado a un domicilio particular no implica ningún privilegio por sobre los demás ciudadanos. No se trataba ciertamente en este caso de que hubiera intención alguna de constituir una autoridad en el círculo de una festividad doméstica, pero un pueblo libre no debe tolerar que un simple hábito, que hoy no se estima perjudicial, llegue a convertirse en algo de mayor gravedad. El ministro español Irujo, durante su misión en los Estados Unidos, trató de imponer privilegios de etiqueta en los agasajos con que el Presidente de la nación obsequiaba a los ministros públicos y a sus familias; tal pretensión no fue tolerada, pues el Presidente, con su habitual discernimiento y firmeza de carácter, se percató de que ello podría ocasionar querellas interminables entre la celosa vanidad del bello sexo y los artificios diplomáticos del sector masculino. En consecuencia, decidió que la primera dama que llegara a la fiesta ocuparía el primer puesto, y que los demás corresponderían sucesivamente a las que vinieran luego; que en una república no había categorías o grados de prioridad o precedencia, y que siempre que ello no afectara el cumplimiento de sus obligaciones de jefe de hogar, le cedería su asiento a cualesquiera de sus invitados, pues en una fiesta él no pasaba de ser un simple ciudadano como los otros. Justo es consignar que el general Soublette no presumía tampoco disfrutar de un privilegio impropio, sino que se limitaba a cumplir con una costumbre ya establecida; y nadie se consideraba ofendido por

ello, ni conjeturaba que en dicha práctica hubiese algo que no cuadrara con un régimen de libertad.

En cada uno de los dos grupos había unas sesenta parejas, y todas danzaban a un mismo tiempo. Como los salones de baile eran espaciosos, los intervalos entre las parejas daban suficiente campo para la observación; y tuve amplia oportunidad para admirar a las bellezas caraqueñas. Puesto que en todas partes del mundo los oficiales del ejército mantienen siempre muy buenas relaciones con el bello sexo, escogí como guía a un militar amigo, y cuando pasaba en su compañía junto a los regocijados grupos de danzantes, me citó nombres y refirió anécdotas de todos ellos, tanto de las damas como de los caballeros. Sólo retengo de tales noticias lo que era honroso y agradable, pues mi memoria no tiene cabida para otra clase de informaciones; y me produjo sincera complacencia, cuyo recuerdo no se ha desvanecido con el tiempo, presenciar escenas donde reinaban la concordia y el espíritu liberal, el buen sentido y la corrección, a pesar de que, según los falsos alegatos de los enemigos de la república, esto era algo de imposible realización. Ahora bien, ya se sabe que dichos adversarios lo son también de la libertad en cualquier parte, aunque se esfuercen en aparentar lo contrario. Las cordiales relaciones entre unos y otros, llenas de alegría y espontaneidad, que caracterizaron aquella fiesta, constituían la mejor refutación de tan agoreras predicciones, así como de las perversas calumnias lanzadas contra los revolucionarios, antes de que el triunfo coronara su causa. Se había vaticinado, en efecto, que las gentes de color nunca llegarían a avenirse con quienes ostentaban blanca la tez. Pues bien, en esta ocasión pude ver a beldades tan rubias como Cintia, o tan rubicundas como Hebe, cuyo color blanco y rosa resplandecía, atravesando graciosamente entre los apiñados grupos de la danza, del brazo de ciudadanos cuya piel presentaba todos los matices, desde el blanco hasta el que es típico de los indios nativos; en cuanto a las mujeres, quienes han recibido muy buena educación dentro de las posibilidades culturales del país, no son menos estimadas por el hecho de que su cutis no era totalmente blanco. Aquí quedaba comprobado que las aprensiones insinuadas por Depons, y que trataron de llevar a la realidad los emisarios españoles, no pasaban de ser una apreciación errónea; las discriminaciones no existían, sino las debidas a los méritos intelectuales y morales para

conquistar el respeto personal o el desempeño de un cargo público. Ya el indio no es un esclavo bajo el pretexto de protegerle, o de situarle para mayor seguridad en una *encomienda;* ya no se le obliga a vivir en compañía de una gran cantidad de sus compatriotas, tan infortunados como él, para cultivar en común una parcela de terreno, y pagar a sus tiranos un canon anual, sólo porque sus antepasados habían sido sometidos a la esclavitud por invasores extranjeros, y porque tal servidumbre se transmitía de padres a hijos. Hoy el nativo es un hombre como los demás, y esta situación la han conquistado con la sangre que han derramado por la emancipación de su país. Todos sienten la obligación de tratarlo en esa forma y, para honor de la naturaleza humana, tal deber se reconoce honradamente.

Quedé muy complacido al observar esta regeneración racional, y no fue menor mi sorpresa cuando, al expresar mi admiración por un grupo de mujeres tan hermosas y elegantes, fui informado de que no *todas* las beldades de Caracas se encontraban presentes; al contrario, mi guía me participó que habían dejado de concurrir damas de muy respetables familias, y que entre ellas se encontraban mujeres bellísimas. Al respecto me dijo, en síntesis, que las ausentes pertenecían a familias adscritas a la causa realista, para quienes el motivo de este sarao era motivo de duelo más bien que de alegría, y que, por consiguiente, no asistían a ningún festival que se celebrara en honor de la revolución. El tema se prestaba singularmente a reflexionar sobre él. Qué gloria significa para la causa de la libertad inspirar y practicar tánta moderación! Qué contraste presenta esta generosa tolerancia de hoy con la brutalidad demostrada por los realistas para con las esposas e hijas de los republicanos! Mi satisfacción se intensificó aun más cuando vi pasar a las bellas esposa e hija de Lino Clemente, quienes habían salvado la vida milagrosamente huyendo hacia el destierro, y que ahora figuraban entre las familias más distinguidas del país, celebrando aquella libertad que se abstenía de vengar en inocentes mujeres —que por fuerza del amor filial se aferraban a una causa perdida— las injusticias que posiblemente aquellos mismos padres habrían cometido antes con quienes ahora manifestaban su triunfo a través de un glorioso regocijo y de sentimientos humanitarios que eran más gloriosos todavía.

Al recapacitar sobre el tema, me acometieron aprensiones de que esta indulgencia, tal como la que se demostró con los antiguos nobles en Francia y en otras naciones, pudiera resultar contraproducente a la postre. Al día siguiente, mientras departía con un venerable patriota, me referí a este asunto y le pregunté si no habría motivo para abrigar temores al respecto. Los sentimientos que me expresó fueron tan nobles y generosos como llenos de cordura; lamento no poder transmitirlos con la chispeante mirada y luminosa satisfacción que animaban su rostro, y me limito a transcribir sus palabras.

"Es cierto —me dijo— que esas hermosas damas se han fijado como norma no concurrir a ninguna celebración patriótica; y por ello es tanto más de lamentarse, por ser ellas quienes figuraban en primer término en todos aquellos festejos que eran de rigor cuando los realistas triunfaban sobre nuestros desastres. Sin embargo, debe tenerse presente que se trata de mujeres, ¿y qué otra cosa pueden hacer? Sus padres las han educado en esos principios, y mal podemos nosotros, que estamos empeñados en inculcar los deberes que tienen los hijos para con sus padres, castigarlas por obedecer justamente las normas que nosotros apreciamos en sumo grado, y que nos sentimos orgullosos de que las cumplan nuestros hijos. Son, sin duda alguna, criaturas inocentes, y más aún, sé que muchas de ellas merecen singular aprecio y admiración. ¿Qué podrían hacer en perjuicio nuestro? Mujeres no nos faltan que sean dignas esposas de nuestros hijos; y si no quieren casarse con republicanos, no les será fácil encontrar marido en esta tierra. No es posible que se mantengan solteras durante los próximos cincuenta años, y si al fin llegan a casarse, tendrán que hacerlo con hombres patriotas, y entonces sus hijos —a quienes tánto habrán de amar— serán ciudadanos de Colombia y no de España". Estas palabras eran propias de un sabio como Franklin, y tales sentimientos honran a un mismo tiempo al país y a la causa de la revolución.

Era ya una hora bastante avanzada cuando me retiré del baile; y debo decir que en ninguna otra fiesta a que haya asistido vi tanta profusión de obsequios: Champaña, Borgoña y Moscatel en abundancia, ni tampoco aquel ambiente de espontánea felicidad y regocijo como el que allí prevalecía.

A medida que se iba extendiendo el círculo de nuestras relaciones crecían igualmente la hospitalidad y bondadosa deferencia de nuestros amigos. El Dr. Franklin Litchfield, de nacionalidad norteamericana, quien residía en el país desde hacía largos años, y se había casado con una dama de mucho valimiento y hermosa inteligencia, nos hizo objeto de incesantes atenciones y servicios. Los viajeros norteamericanos que llegaban a Caracas encontraban en él a un amigo inapreciable y asiduo; su designación para el consulado de Puerto Cabello, si bien enaltece a las autoridades que lo favorecieron con este nombramiento, priva a los visitantes norteamericanos en Caracas de ocurrir con toda seguridad a su ayuda cada vez que así lo requieran. Fue él quien nos presentó al señor Blandín, cuyo apellido es familiar a los viajeros, y cuya hospitalidad es proverbial.

Se organizó un grupo de damas y caballeros para hacer una visita al señor Blandín y a su familia en la residencia que poseen en el Valle de Chacao, a unas cuatro millas al este de la ciudad, y apenas a media milla de la falda meridional de la Silla. La casa está situada a más de una milla del camino que lleva hacia Petare, y la vía se extiende a lo largo de la acequia por la cual corre el arroyo que riega la plantación de café, y que por ella se abre paso hacia el Guaire; el lindero estaba orillado por árboles cargados de limas, muy hermosas, a pesar de que las plantas no se veían muy bien cuidadas. El cafetal se encuentra entre el camino y la residencia, y la graciosa *erithryna*, con sus flores semejantes a las del alhelí y más abundantes que su follaje, interceptaba la vista de la casa hasta que uno se encontraba ya muy cerca. La senda que nos condujo hasta ella pasaba por entre avenidas de cafetos, hermosos, lujuriantes y cargados de fruto. Vimos a muchachas que escogían, con delicados dedos y gran destreza, las bayas pardas que crecían en largos racimos, y que depositaban luego en limpias cestas que llevaban al brazo izquierdo; el fruto aparecía en diversas etapas de desarrollo, a un mismo tiempo, y el árbol nunca dejaba de cargar.

Entramos, por la parte oriental, al patio a través del cual se deslizaba un lindo arroyuelo que se despeñaba entre murmullos por pequeños escalones, dividiéndose en dos canales. Uno de ellos corría por un lecho de guijarros y pasaba por el frente de una plataforma

alzada a unos tres pies de altura sobre el amplio espacio que quedaba frente a la vivienda, mientras que el otro descargaba sus aguas en una gran pila circular de mampostería, construida a un nivel inferior en dos o tres pies a la superficie del suelo.

Acabábamos de cruzar este regato parlotero, dejando atrás el ala izquierda de la casa, cuando el señor Blandín salió a recibirnos a la puerta, dio órdenes a los sirvientes para que cuidaran de nuestras bestias, y después de hacernos sentar en un espacioso salón que daba a la parte sur, nos fue saludando uno por uno, y dispuso que nos sirvieran frutas, sorbetes y otros refrescos. A poco entraron la señora de la casa, su hermana y una hija de unos doce años de edad, y pronto nos sentimos todos a nuestras anchas. Dejé a las damas entregadas a la charla, y me fui a visitar las diversas secciones de este establecimiento realmente espléndido y cuyas instalaciones son perfectas.

La morada en sí presentaba una semejanza bastante exacta con un verdadero bungalow de Bengala, no sólo en su forma, anchura y elevación, sino que también estaba construida con materiales análogos. Convencido del peligro que representaban los muros de *pita* [tapia], luego de la experiencia derivada del terremoto de 1812, el prudente hacendado resolvió edificar una vivienda cuyas paredes fuesen de bambú; y aunque el clima no es lo suficientemente cálido para que se dé esta planta en aquellos terrenos, sí abundaban en los valles situados al sur y al este, de donde pudo traerse en la cantidad requerida. A pesar de no haber tomado directamente las medidas, conjeturo que la fachada de la casa debe sobrepasar los sesenta pies. En cada extremo había un grato aposento de unos veinte pies de frente y otros tantos de fondo; entre ambos se extiende un corredor con pilares de bambú, que sostienen —bajo las vigas maestras— la parte frontera del techo, cuya altura no es inferior a veinte pies y forma parte del techado de una sola pieza que cubre toda la casa. Esta tenía varias habitaciones de muy buen aspecto dentro del *verandah*, como lo llamarían en el Indostán.

En el frente de la vivienda, y de las oficinas situadas al oeste, se observaba un área adoquinada bastante espaciosa, cuyo ancho podía estimarse en unos cuarenta pies o más, y que se prolongaba

al este y al oeste en una extensión aproximada de doscientas yardas; los molinos, pilones, sitios de limpiar el grano y almacenes ocupaban bastante terreno; el arroyo, que tenía su fuente en la Silla, era llevado por medio de ingeniosos artificios para que impulsara una enorme rueda de molino, la cual realizaba las funciones que desempeña la mano de obra en otras plantaciones, como las diversas operaciones relacionadas con la limpieza y descerezo del grano. Había una herrería, una carpintería y otros talleres que sólo trabajaban en períodos estacionales, pero que —donde no abundan los artesanos y las herramientas— resultaban esenciales para un establecimiento de tal magnitud.

El patio construido en alto, y al cual ya se hizo referencia, se extendía al este y al oeste de la parte meridional del área pavimentada, y en todo el frente de la fachada; era de ladrillo, alzado unos tres pies del suelo en la parte que daba hacia el interior y con seis u ocho pulgadas menos en el lado externo, con el objeto de formar un suave declive, quedando plenamente expuesto a los rayos del sol, cuando en él se echaba el grano, antes o después de la maceración o del secado, para pasarlo a los sacos; varias cisternas de maceración, provistas de puertas de golpe, estaban situadas a igual distancia dentro del patio, de modo que en los diferentes procesos de macerar y secar no hubiera necesidad de mano de obra adicional, ni se perdiera tiempo en pasarlo de una operación a la otra. El arroyo que observamos a la entrada, después de dispersarse hacia varios puntos, de hacer girar la rueda del molino, de suplir el agua necesaria para el consumo doméstico, así como para la cocina, lavandería y baños, reunía sus diferentes canales en el pilón circular de piedra construido al sur del patio. En este tazón jugueteaban peces color de plata y oro; y el agua sobrante, que se derramaba a través de varios caños preparados al efecto, se diseminaba una vez por canales todavía más pendientes, por los cuales corría y se regaba en distintas direcciones, a través de acequias construidas en gradual inclinación para llevarla a todo el cafetal.

El número de árboles ya cargados de fruto para aquella época oscilaba alrededor de diez mil, cuyo producto medio individual se estimaba en un peso por año. Estaba en proceso de terminación un ensanchamiento de los cafetales, que por cierto ya estaban dando

fruto en su parte oriental y suroriental. Como el suelo había sido escardado, tuve oportunidad de examinarlo con toda atención, el humus era de composición muy liviana, casi parecido a la ceniza, mezclado con esquisto o pizarra pulverizada, en la cual se advertían chispas de un brillo borroso, semejantes a las del cuarzo, pero no tan grandes ni relucientes. Se trataba de un humus delgado y de poca consistencia. Varios acres de terreno habían sido sometidos a la acción del fuego para librarlo de malezas y de otras parásitas exuberantes; la zona no desmontada aparecía cubierta por la zarza común *(Rubus Coryfolius)*, por una especie de zarmazora *(Rubus Chamaemorus)*, y por otros bejucos propios de estos climas, cuyo equivalente no aparece en nuestros tratados de botánica. Las rocas abundaban en casi toda la superficie cubierta por el tenue humus ya señalado y, en realidad, toda aquella plantación de cafetos lujuriantes y prolíticos mostraba las mismas características, lo que indica que el clima y el riego son requisitos esenciales. No debe confiarse enteramente en las teorías expuestas por autores que no hayan podido observar de cerca el cultivo de esta planta. A pesar de toda su experiencia, el propio Depons advierte que es indispensable que las siembras estén a cierta distancia del mar, cuyo aire hace marchitar el café. Ciertamente los árboles del señor Blandín aparecen resguardados por la cortina del Avila y por el pico de la Silla que se alza entre la hacienda y el mar; pero en Cucucutí, en la parte septentrional del Avila, frente a Maiquetía y el mar Caribe, en zona abierta al norte y al noroeste, donde soplan los vientos más dañinos de esa región, los cafetos florecen con la misma belleza y profusión que en la hacienda del señor Blandín. El padre de éste, que fue el primero en introducir el cultivo del café en Venezuela en 1784, había sido propietario de una plantación en las colonias francesas, y su respetable descendiente, cuando salió a recibirnos, seguía vistiendo la indumentaria típica de las Indias Occidentales, con una bata suelta de mañana y un gastado pañuelo de batista anudado a la cabeza.

Los diversos servicios de la casa eran desempañados por criadas bien vestidas, al parecer no sometidas a instrucciones o dirección específica, sino a cumplir con exactitud sus deberes; en sus rostros se reflejaban la felicidad y la alegría. Abundaban el chocolate y los sorbetes, así como las infaltables y nunca empalagosas golo-

sinas, además de todo lo que podría esperarse en la casa de cualquier opulento hacendado de las Indias Occidentales, lo cual era obsequiado con tanta gentileza que su aceptación parecía implicar un acto de cortesía.

El sol había ya avanzado bastante hacia el ocaso, cuando se nos condujo al salón principal, donde nos encontramos con un arpa de elegante diseño, fabricada en Francia. Después de admirarla y escuchar su excelente tonalidad, nos preguntamos cómo pudo llegar a aquellos parejes, o en que forma habría sido trasladada hasta ellos. Algunos oficiales de nuestro grupo, en unión de varias damas, organizaron prontamente un concierto y tocaron con irreprochable estilo algunas sinfonías de Mozart. Uno de dichos oficiales ocultaba, bajo su modesta apariencia, a un perfecto ejecutante, y acompañó deleitosamente con su violín las piezas que las señoras tocaban en el arpa; la pequeña hija del señor Blandín demostró los buenos resultados obtenidos en el interés que se había puesto para educarle el oído y para ejercitar su voz y sus dedos. El orden y felicidad de esta familia eran envidiables, no ciertamente porque no lo merecieran, sino porque sería deseable que todos los seres humanos pudieran compartir una dicha semejante. El venerable dueño de aquella mansión, aunque no pronunció una palabra mientras los demás cantaban y tocaban, era visiblemente el alma del concierto; lo vigilaba y disfrutaba de él con tanto placer como el que experimentábamos quienes éramos invitados por la primera vez a participar de su hospitalidad y de su grata existencia; en realidad, su complacencia parecía mayor al observar la satisfacción y entusiasmo de algunos de nosotros. No llegó a sentarse durante el concierto; su acervo de partituras era copioso, y parecía conservado en orden tan perfecto, que ni siquiera miraba las que iba sacando de un enorme escritorio y que entregaba por piezas a su esposa, a su hermana o al caballero que hacía de director. No pude sino congratularme con este digno personaje, y le dije que no necesitaba envidiar la posición de ningún otro hombre del mundo. Pues, sí — me contestó — hay alguien a quien envidio, a pesar de amarle — y señaló con el dedo hacia el único cuadro que había en el salón; al acercarme, vi que era un retrato de Bolívar. La expresión del semblante y de la mirada de nuestro anfitrión, cuyos ojos destellaban de júbilo, traducían sentimientos más elocuentes de los que pu-

dieran manifestarse en cualquier idioma. Permanecí en silencio durante algunos momentos, para no perturbar su exquisita emoción ni la mía; pero procuré interpretar lo que pensaba, más o menos en los siguientes términos: Es cierto, soy feliz en medio de mi familia y del afecto de mis amigos; nada me falta en lo que se refiere a comodidad, distracción o placer; ¿pero cómo puede compararse el contento que reina en un solo hogar con la felicidad de espíritu que debe disfrutar el hombre que, después de superar desinteresadamente toda suerte de esfuerzos y peligros, al cabo de tantos años, así como sufrimientos y sacrificios indescriptibles, ha logrado llevar a su país al triunfo contra un gobierno opresor, y no sólo dar libertad a sus contemporáneos, sino asegurarla al mismo tiempo para los millares de generaciones que luego habrán de sucederse?.

El placer que experimentábamos hizo que el tiempo pasara en forma insensible, y ya recelábamos haber interrumpido aquella regularidad doméstica que aparecía tan patente en todos los aspectos; al exponer nuestras aprensiones, se nos aseguró que ellos no eran esclavos del tiempo ni de las ceremonias y que, como el sueño perdido podían recuperarlo en cualquier otra hora, las que dedicaban a fomentar tan gratas relaciones sólo resultaban penosas cuando no eran contínuas. Sin embargo, como ya habíamos decidido retirarnos, al poco rato estuvieron listos nuestros caballos a la puerta de la casa, y después de despedirnos de aquella venturosa familia, a eso de la una de la mañana, comenzamos a desandar nuestro camino a través de las hermosas Erithrynas, que ahora deban una sombra oscura, y de los callejones ntillados por los cafetales.

La noche era serena, como suele estarlo siempre en esta época del año; brillaba la azul bóveda celeste, tachonada con su espléndida hueste de mundos fulgurantes; y la atmósfera estaba tan pura y diáfana, que el *aparente* obelisco de Petare, a unas tres millas al este de nuestra senda, se destacaba con toda claridad, apreciándose también distintamente hacia el oeste uno de los altos templos de Caracas.

En nuestro viaje de regreso pasamos por una finca pertene-

ciente a un caballero caraqueño, quien después de estudiar medicina, tuvo que llegar a la conclusión de que, en una población de 30.000 almas, el escaso número de enfermedades no era suficiente para ganarse la vida; y por tal motivo, para no morirse de hambre como facultativo, había resuelto establecerse en aquella plantación, y era ya un hombre rico.

Mientras nos dirigíamos durante el día a la hacienda del señor Blandín, eran tantos y tan variados los paisajes de la ruta, que pasé sin observar unos escombros que ahora, en el silencio de la noche, atrajeron mi atención; están situados en la falda suroccidental de la Silla, muy cerca de donde empieza la cuesta; en su ruinoso aspecto quedaban vestigios del esplendor que tendría antaño, y conservaba, al igual que un solitario palacio de Persépolis, sus muros sin techumbre y sus pilares aún en pie. Había sido construído por alguno de los anteriores gobernantes, y ocupado luego por un personaje opulento, que se mostró infiel a su patria. Muchas de las edificaciones de esa índole se encuentran en estado similar. No faltaron oportunidades para que esos hombres equivocados, acogiéndose nuevamente a la cuna de sus primeros afectos, hubieran podido reconciliarse con su país; pero aquellos mentecatos no podían persuadirse de que el inculto soldado de Colombia estaba en capacidad de hacer frente a los veteranos españoles. Estos realistas desviados comprenden ahora, aunque demasiado tarde, qué poca gratitud se le debe a un monarca que, al apartarse implacablemente de toda consideración que no fuese su voluntad despótica, sigue haciendo aumentar las penalidades de sus antiguos partidarios.

Las repúblicas, sin embargo, no tienen motivo alguno para lamentar la insensatez real. El venerable Charles Thomson, quien fue Secretario del Congreso revolucionario de los Estados Unidos, me dijo una vez que "La Revolución de 1776 se logró a un costo demasiado bajo, y antes de que sus conquistas fuesen debidamente apreciadas; pero sus peores males provinieron de los propios nativos, que habían desertado de su país e hicieron seguir una ruta equivocada al ministerio británico. Cuando se cumplió la emancipación, esos mismos hombres, que se habían comportado como falsos amigos, y a quienes la generosidad de los republicanos per-

mitió regresar, esperaron lograr por medio de la traición lo que no pudieron conseguir con las armas; es cierto que fracasaron en su empresa, pero el daño que ocasionaron sirve para comprobar el error cometido por aquellos de cuya liberalidad se burlaron". El proceder de Fernando VII ha librado a las repúblicas suramericanas de pasar por una experiencia semejante.

CAPITULO VIII

Preparativos para la partida. Amistoso interés por la seguridad de nuestro viaje. No se exageró en las descripciones. Advertencias y precauciones que consideramos aconsejables en vista de la experiencia posteriormente adquirida. No se debe contar con coches de ruedas, ni tampoco con hoteles, paradores ni camas. Cómo arreglárselas al respecto. Nunca está demás un buen descanso después de una fatigosa jornada. Para un viaje cómodo y seguro, se requiere ir provisto de hamaca, manta y una silla de montar adecuada. Recomendación para precaverse de "huéspedes" ingratos. Utilidad de las capas de hule. En qué consisten los romeros. *Consejos acerca de sillas de montar, riendas y gruperas, así como también sobre la bellaquería de los mozos de mulas. Mapas e itinerarios. Muy inciertas las distancias calculadas en leguas. No se debe prestar mucha confianza a las estimadas por los arrieros. Entre las atribuciones de los alcaldes está la de ordenar el suministro de bestia; ventajas de este procedimiento. Compra de mulas de silla. Prevenciones para las necesidades del camino. Experiencia en materia de provisiones. Carga de las mulas. Contratamos los servicios de un* hombre de provecho *(*) y de un* cocinero, *quienes usaban varios nombres. Todo un fraude su aptitud como guías. Conveniencia de viajar armados. Las mulas son descargadas en los altos del camino. Modo de acampar en bosques y páramos. La realidad hace recordar que*

(*) Probablemente al coronel Duano le aconsejaron que le sería "de provecho" tener a alguien que se encargara de las provisiones, y esto lo llevó a inventar tan pintoresca denominación. Más adelante lo llama "hombre de provecho". (N. del T.)

los dedos y las totumas precedieron a cuchillos, tenedores y cucharas. Utilidad de un machete bien afilado. Yesca y fósforos, artículos baratos y de buena calidad. Listos para el viaje.

Ya llevábamos un mes de residencia en Caracas, donde habíamos formado íntimas amistades; y las atenciones, la bondad y la hospitalidad fueron tan constantes y generosas, que sentíamos cierta desazón al ver acercarse el momento de nuestra partida. Doña Antonia e hija, la señora Clemente y familia, así como otras personas, le habían rogado insistentemente a Isabel que se quedara en Caracas hasta mi regreso (como fue realmente mi primera intención); se aducía que ninguna dama había intentado hasta entonces exponerse a un recorrido tan penoso, y que su delicada contextura no reunía las condiciones necesarias para soportar las fatigas, azares y privaciones que eran inevitables, a causa de la total inexistencia de caminos y de la desolación en que habían dejado los españoles una gran parte del trayecto. En realidad, las amigables admoniciones fueron tan incesantes — acerca de las incomodidades que nos esperaban, con motivo de *las tierras montanoso y seco, los páramos frío, las lluvias ponderosos, las noches peligrosos y las llanos acalarados* [sic] — y resonaban tan continuamente en nuestros oídos que, aun cuando tales descripciones no resultaron en modo alguno exageradas, nos permitieron ciertamente afrontar penalidades, penurias y fatigas con menos desconcierto del que habríamos experimentado si no se nos hubiera prevenido al respecto en forma tan reiterada y con tanta amabilidad como exactitud. Sin embargo, Isabel no había emprendido el viaje para dejarse disuadir por aquellas dificultades acerca de las cuales ya estaba informada por sus lecturas antes de partir, y solía responder que, puesto que no se trataba de viajar sola sino en compañía de su padre y de su hermano, bien podía seguirlo a cualquier parte, compartiendo con ellos los medios asequibles de subsistencia. En verdad, su salud, que venía un tanto afectada — y para cuyo restablecimiento había decidido realizar esta excursión — mostraba ya una pronunciada mejoría; y fuese como fuera, agregaba ella, no debía pensarse siquiera en que iba a convenir en separarse de su padre. En consecuencia, comenzamos a hacer nuestros preparativos.

Quienes se trasladen a países lejanos están en la obligación de suministrar a los que luego hayan de transitar la misma ruta todas aquellas informaciones que les permitan hacer frente a las incomodidades, previsibles, así como indicarles los medios más apropiados para facilitar su recorrido, y evitarles toda suerte de percances. Estas precauciones se tornan especialmente indispensables en una región como la América del Sur, de la cual puede decirse que se encuentra aún en estado similar a aquel en que salió de las manos de la creación. Viajar por Europa o por Asia es harina de otro costal. El continente europeo puede ser atravesado de un extremo a otro, utilizando cualquier tipo de carruaje. En cuanto al Indostán, resulta muy hacedero cruzarlo, dormido o despierto, en un palanquín, sin necesidad de mover un sólo músculo; y si así le place al viandante, puede ir leyendo sentado o reclinado, hacer alto o seguir la marcha, con la seguridad de que siempre hallará centros poblados, así como abundantes provisiones en todas partes, a costo muy reducido. En cambio, en aquellos países donde la política económica de España ha puesto un freno a la actividad del ser humano, paralizando su genio inventivo, no existen coches ni palanquines, y la mula es la única unidad de transporte para toda especie de cargas. Por consiguiente se hace indispensable estar advertido acerca del precio de las mulas y la manera de obtenerlas, tanto en compra como en alquiler; la clase de forraje, víveres o provisiones existentes en uno u otro paraje, e ir debidamente apercibido cuando no haya posibilidad de adquirirlos; la moneda circulante en las distintas regiones del país, y la cantidad que de la misma pueda requerirse. A tal efecto, es absolutamente imprescindible — cuando el viajero no conoce lo bastante el idioma del país, e incluso en caso contrario — contar con una persona que sirva de guía, que entienda ambas lenguas, que posea una real experiencia de la ruta, y que sepa cómo ingeniárselas para conseguir lo necesario.

Por las razones expuestas (es decir, porque no hay hoteles ni camas), conviene ir provisto de una buena hamaca, siendo preferibles las de menor costo. En toda Colombia, son de superior calidad las que se fabrican en La Victoria, en los valles de Aragua, pero siempre es más prudente comprarlas a mayor precio en Caracas, que exponerse a no encontrarlas en la mencionada población aragüeña. Lo mismo ocurre con las mulas; las de mejor condición se

venden en Caracas a muy altos precios, y aunque más baratas en el interior, no siempre resulta fácil su adquisición en las poblaciones pequeñas, de donde son enviadas — para su venta — al mercado de las principales ciudades.

Todos los que recorran esas comarcas y tengan que alejarse aunque sea un solo día de los pueblos o ciudades más importantes, no deben dar un paso sin su hamaca. Abundan quienes pretenden atribuir a femenil molicie del viajero su interés en precaverse contra las incomodidades del camino. Lo cierto es que yo me considero tan capaz como cualquier otro ser humano para sustentarme simple, rudimentaria y parcamente; pero si está a mi alcance poder reparar mis energías, asegurarme un delicioso sueño después de la fatiga y aprovechar cualquier placer natural que sea asequible en medio de dificultades y peligros, confieso que no abrigo la menor intención de someterme a molestias que sean susceptibles de evitarse. Siempre será poco el cuidado que se tenga en lo que respecta a la hamaca, la manta, la silla de montar y la grupera; efectos cuyo uso se impone no sólo por razones de economía y comodidad, sino también por lo que se relaciona con la salud y seguridad del viandante. La hamaca debe tener buenas cabulleras, debidamente ajustadas, y las más baratas — no huelga repetirlo — son las mejores. La manera más práctica de transportar la hamaca es llevándola arrollada como capa de dragón, metida en un saco abierto por ambos extremos, que se adapta a su tamaño cuando se arrolla, procurando que las cabulleras queden en el centro; esta envoltura permite que la hamaca se mantenga limpia e impide que se moje en caso de lluvia. La silla debe ir cubierta con una buena manta doblada, la cual puede utilizarse a modo de *romero* o capa para protegerse de algún aguacero; y si por las noches hace un frío penetrante en exceso, como el que encontramos en San Pedro — a sólo un día de marcha de Caracas — y luego en Mucuchíes y en Pamplona, entonces la manta se convierte en un elemento realmente inapreciable del equipaje del viajero. Este debe fijarse como norma no permitir que su manta ni su hamaca sean trasladadas a las mulas de carga, pues en caso de cualquier accidente inesperado o de un extravío del arriero, éste no dejaría de usarlas, lo que quizás dé motivo a que el dueño tenga que dormir, a la noche siguiente, en compañía de *huéspedes muy desagradables*.

Un viajero prudente no se arrepentirá de llevar una amplia capa de hule, con su respectiva capucha, y al menos dos capotillos que le cubran bien los hombros. En todo el trayecto que recorrimos, constante de 1.274 millas, sólo nos cayeron tres chubascos durante el camino; pero yo estaba apercibido contra esta contingencia, al procurarme una suficiente cantidad de buen hule en la casa M'Cauley, en Filadelfia. El teniente Bache prefirió transformar su hule en un *romero, o poncho*, como lo llaman en Chile y el cual consiste solamente en un trozo cuadrado de tela con una abertura en el centro para que pase la cabeza; sus extremos cuelgan por delante y detrás del cuerpo; y como es suficientemente amplio, tanto los hombros como los brazos y costados quedan mejor protegidos que con simples mangas, y los brazos conservan perfecta libertad de movimiento. Es corriente que los nativos usen las mantas como *romeros*, pero hay telas de lana, algodón y sustancias fibrosas, propias del país, que se utilizan a este efecto; algunos romeros son de muy lindos colores, a rayas y cuadros; y en ciertas regiones los vi fabricados con un tipo especial de tela que guardaba perfecta semejanza con la de crin que nosotros empleamos para el revestimiento de canapés. Aquella era, sin embargo, completamente impermeable. Debe contarse, además, con un sombrero de paja liviano para el buen tiempo, y con otro para el malo; ambos de alas suficientemente anchas para proteger la cabeza y la cara de la lluvia o del sol. La señora Bolívar tuvo la bondad de obsequiarme con uno de cocuiza de manufactura tan excelente que me sirvió en toda circunstancia, no sólo en Bogotá, sino durante el viaje a Cartagena y el regreso a los Estados Unidos, para afrontar intemperies bastante rigurosas; en manos de un hábil indio, podría convertirse en una prenda de vestir muy atractiva.

La silla de montar y las riendas para las mulas no deben ser iguales a las que se utilizan para los caballos; ahora bien, los artículos de talabartería que se exportan desde algunas ciudades norteamericanas, además de estar mal adaptados a los usos del país, como tuve oportunidad de comprobarlo, no le hacían ciertamente mucho crédito a la artesanía ni a la ética de los fabricantes de Estados Unidos. Las sillas eran de un diseño inadecuado, y tan débilmente construídas, precisamente en las partes que debían mostrar mayor solidez, que resultaban invendibles y sólo contribuían a de-

sacreditar nuestro mercado. Los ingleses, procediendo con más juicio, obtienen previamente informaciones y modelos, y procuran que las sillas fabricadas por ellos sean cómodas y se adecúen al uso a que se destinan; y a menos que los manufactureros de los Estados Unidos se resuelvan a suministrar efectos apropiados, serán ellos mismos los culpables de las decepciones que experimenten, las cuales los llevarán — tal como ha ocurrido en muchas otras ocasiones — a cubrir de reproches al país que no lograron engañar. Los precios cobrados son también exorbitantes, y quizás los suramericanos aparezcan clasificados como malos clientes, sólo porque se resisten a pagar cincuenta o sesenta pesos por una silla de montar que en cualquiera de nuestras ciudades podría conseguirse por siete u ocho dólares.

Estas sillas fabricadas para Suzamérica deben ser de pico y arzón alto, como las destinadas a prácticas de equitación en las escuelas prusianas, y que algunas veces se denominan por error sillas de húsar. La naturaleza del país, las escarpadas cuestas y abruptos descensos las hacen no sólo más cómodas sino más seguras que la silla inglesa corriente usada por los cazadores. Conviene que las argollas de la grupa y la grupera tengan una fuerza tres veces mayor que la requerida en terreno llano; y las cinchas, sobrecinchas y petrales o colleras han de ser sólidos y fuertemente adheridos por medio de firmes anillos giratorios a la parte frontera del fuste de la silla. Por cierto que el viajero nunca tendrá motivos para arrepentirse de llevar algunas cinchas de repuesto en el equipaje. Las hebillas de estos aparejos para caballerías, cuando en su fabricación sólo ha privado un interés meramente utilitario, pueden resultar muy caras a la postre, al exponer a eventuales peligros la vida del jinete. El cojín de la silla para un caballo que tiene 16 ó 17 palmos de altura y un lomo ancho y redondo no puede ser adecuado para el lomo de ninguna mula, ni siquiera las de mayor alzada; bastarían dos días de viaje para inutilizar a la mula de mejor calidad si se la apareja con silla de caballo. Los cojines deben ser gruesos y bien rellenos, de manera que no molesten el espinazo del animal. Por la misma causa no debe llevarse el portamantas — si siquiera un simple fardo con una capa — en el arzón trasero, a menos que el jinete vaya montado en el tipo de silla que utiliza la caballería española, cuyo fuste consta de dos ramales en el arzón,

con tres o cuatro pulgadas por encima de la mula; uno de nuestros compañeros de ruta llevaba una de esas sillas, la cual podría servir como modelo incluso para los viajeros de los Estados Unidos, pues dicho artificio permite disponer de espacio para un portamantas liviano sin rozar el lomo de la bestia.

Se hace igualmente necesario que sean fuertes el bocado y las bridas, pues aunque al cabalgar corrientemente por tierra llana quebrada o pendiente, el procedimiento más seguro es mantener las riendas sueltas, hay casos en que la mula requerirá la presión del bocado y la mano del jinete, en forma que solo puede enseñar la experiencia; la utilización de medios ineficientes, en tales circunstancias, implica a menudo peligro de muerte. El bocado grande de tipo español es de uso universal y aunque antes era de opinión contraria, reconozco ahora su importancia, porque en realidad satisface una necesidad imprescindible. Las rodajas de la espuela se usan por lo general con mucha frecuencia y constituyen el timón de la marcha; la mula no obedece sin ellas. Convencido de su necesidad, me calcé un par de espuelas, y pude comprobar que no se requería utilizarlas constantemente, como sucede con nuestras pequeñas espuelas de rueda al conducir caballos demasiado briosos. Los seroncs y cabestros para las mulas de carga son siempre provistos por quienes las alquilan; hay que precaverse contra la sisa de cadenillas de barbada, cabestros, cabezadas, espuelas y otros artículos sueltos, los cuales despiertan la codicia de los mozos de mulas, tal como ocurre con los palafraneros de otros países. El criado o asistente debe hacerse responsable del cuido de estos objetos.

Tiene suma utilidad contar con un buen mapa del país, así como con los itinerarios más confiables sobre la ruta que haya de seguirse. Es cierto que los actualmente disponibles — incluso los mejores — son muy deficientes, y algunos de ellos están plagados de graves errores; sin embargo, siempre servirán para formarse una idea del aspecto general de la comarca, así como de la posición relativa de las principales ciudades, poblaciones o ríos.

Aunque ya había procurado reunir abundante material de esta clase con anterioridad, en Caracas conseguí la copia de un itinerario, que considero el más útil y exacto: me refiero al del ca-

nónigo chileno José Cortés Madariaga (*) en los años 1811-12. Este indica la hora en que se ponía en marcha por la mañana, los altos que hacía para almorzar y cenar, así como los lugares donde dormía y la distancia que estimaba haber recorrido durante la jornada; a pesar de que estas últimas informaciones son las únicas que adolecen de imprecisión, he creído conveniente su transcripción íntegra en el apéndice Nº 1. En el Nº 2 incluiré otro itinerario de un oficial del ejército, el cual permitirá establecer comparaciones con el anterior; y, puesto que de itinerarios se trata, añadiré el correspondiente a la ruta que va desde Bogotá, por el Magdalena (Nº 3), con las demás informaciones conexas de que pueda disponer a medida que vaya haciendo la copia de mi diario, y cualesquiera otras ilustraciones que le den utilidad.

El viajero puede encontrar en la Gran Colombia — lo que ocurre también frecuentemente en naciones de mayor antigüedad — una contradicción constante acerca de la verdadera distancia existente entre unos parajes y otros, pues raras veces estarán acordes al respecto aquellos de quienes solicite información, cuyas conjeturas siempre diferirán en dos o tres millas, e incluso hasta seis. Por cierto que, en esta materia, en quienes menos debe confiarse es en los arrieros en general, ni tampoco en algunos alcaldes, pues habrá muchas ocasiones en que su interés personal los lleve a hacer aumentar o disminuir a su antojo las cifras correctas. En otro lugar de la presente obra se consignarán algunas notas acerca de las diversas maneras de expresar, estimar o apreciar tentativamente las distancias en términos de leguas.

Como hemos nombrado a los alcaldes, resulta oportuno señalar cuál es su relación con los viajeros. El título corresponde al de un magistrado corriente, pero la función específica a que nos referimos se concreta a los alcaldes de pueblos y ciudades, entre cuyas atribuciones está la policía local, una sumaria administración de justicia en las regiones de menor importancia dentro de la esfera civil y, como parte de sus deberes policiales, la protección de los forasteros. Es a los alcaldes (cuando el sitio no está adscrito exclusivamente a una zona militar) a quienes hay que

(*) "Madrigada" trae Duane, con su habitual desenfado al transcribir nombres hispanos.

dirigirse en procura de mulas y de alojamiento, acerca de los cuales su misión se reduce a dictar las órdenes respectivas; me informaron que el alcalde está obligado a llevar un registro de las mulas existentes dentro de su jurisdicción, de las cuales ordena entregar, en forma rotativa, el número requerido, dejando que los interesados ajusten el precio con los dueños. Corrientemente existe una tarifa o precio en vigor de acuerdo con el número de leguas; pero en este caso, si existe entendimiento entre el arriero y el alcalde, el trayecto aparecerá a veces como más o menos largo o corto, de acuerdo con la inexperiencia demostrada por el viajero. En lo que atañe a los mozos de mulas, el *Gil Blas* no es ninguna obra de ficción; los de España tienen sus sosías en la América del Sur, aunque debe decirse, para ajustarnos a lo cierto, que existe menos picardía de esa clase entre los alcaldes de Colombia que en los de España, si bien llegué a toparme con algunos que se hubieran llevado la palma entre los de su ralea. Sin embargo, y en proporción de veinte a uno, casi siempre me he encontrado con gente honrada, honorable y atenta.

Las exigencias de la revolución, que tornaban impracticable la tarea de dar a las instituciones de estos países una nueva organización en todos los detalles requeridos, obligaron a limitarse, en lo concerniente a cambios en las formas municipales y sociales, a aquellos que eran indispensables para el buen orden de la sociedad. Por consiguiente, el poder administrativo conservó las mismas categorías. Las ciudades, pueblos y aldeas, a cuyas jurisdicciones nos interesa referirnos, continuaban siendo gobernadas — como en los tiempos antiguos — algunas por un comandante militar, otras por cabildos o corporaciones municipales de carácter electivo, a los cuales correspondían la designación del alcalde; ciertos pueblos o aldeas tenían alcalde primero, segundo, tercero y hasta cuarto, según lo requería el número de sus habitantes.

Las funciones del alcalde guardan más notable parecido con las de los *Couzé* en Asia que con las de nuestro "mayor"; pues, además de su autoridad en asuntos de policía y en algunas menudas transacciones de índole pecuniaria, que él decide suariamente, le corresponde atender a todos aquellos otros asuntos que no sean ejercidos específicamente por autoridades de mayor categoría, como

los jueces y comandantes militares, en cuya jurisdicción él no interfiere; pero en lo que escapa a las atribuciones de estos últimos, el alcalde está facultado para actuar conforme a las leyes y costumbres establecidas.

Cuando ya estábamos en vísperas de proseguir nuestro viaje, y como seguía siendo de rigor el uso de pasaportes a causa del estado de guerra en que se encontraba el país, hicimos la solicitud del caso ante las autoridades superiores, las cuales nos concedieron el pasaporte. Nos correspondió luego dirigirnos a uno de los alcaldes, pues en Caracas hay un gobernador militar, el alcalde mayor, y otros de menor categoría que dependen de este último, denominados *alcaldes de barrio*.

En la solicitud ante el alcalde se especifica el número de personas que han de viajar, inclusive los criados; y las mulas de silla que se requieren, así como las de carga, pues cada equipaje debe ir en una mula; debe mencionarse igualmente el punto de destino y el día de la partida. El alcalde está en la obligación de pedir las bestias, y de procurar que sean suministradas. Cada alcalde lleva un registro de las mulas disponibles en su jurisdicción, lo cual representa cierta ventaja tanto para el servicio público como para el viajero y el propietario de las mulas. En efecto, y aunque indudablemente el principal interés de dichos propietarios consiste en alquilarlas, es posible que a veces se muestren renuentes por significar en algunos casos un perjuicio para ellos tener que atender a determinadas solicitudes, a pesar de que, cuando se trata de viajeros, el alquiler de tales bestias es por lo general más elevado que cuando se necesitan para el servicio público o para el transporte comercial privado. Bajo el sistema republicano no se cobra derecho alguno por la expedición de pasaportes, al contrario de lo que ocurría con el régimen monárquico, cuando tales trámites se convertían a menudo en fuente de considerables molestias y exacciones. Después que el alcalde expide sus órdenes, se presenta el arriero (o el propietario de las mulas) y ajusta los términos del trato. Si bien se acostumbra cobrar un precio fijo de acuerdo con el número de leguas, en la determinación del mismo influyen también la categoría que aparente tener el viajero, su ignorancia del idioma, o la urgencia o interés especial manifestados en seguir adelan-

te. Los mozos de mulas, dueños de bestias y carreteros son habitualmente tan astutos, y a veces tan bribones, como los guías que se ofrecen a acompañar a los viajeros en otros países.

Compramos cuatro mulas de primera clase, por las cuales pagamos sendos precios de $ 160, 150, 120 y 110, para cada uno de nosotros. La cuarta serviría de bestia de relevo, medida que se nos recomendó prudentemente, y cuya ventaja pecuniaria, así como su comodidad, pudimos comprobar personalmente — al seguir el consejo — cuando nos tocó pasar "las vastas oquedades y páramos desiertos" de los Andes. Contratamos los servicios de una persona que se encargaría de nuestras provisiones y forraje, así como los de un cocinero; y en vista de que el robo de mulas a los viajeros era bastante frecuente en aquellos tiempos de guerra, consideramos preferible llevar un criado que se cuidara exclusivamente de las bestias, antes que arriesgarnos a perder una de ellas en regiones solitarias, alejadas de los sitios donde hubiera sido posible reponerlas, en caso de estar disponibles. Al fin decidimos confiar a dos peones este trabajo.

Como el chocolate es no sólo una bebida nutritiva sino también refrescante, y cuya preparación al estilo del país resulta fácil, el viajero, luego de asegurarse de la distancia que habrá de transitar, deberá abastecerse de la cantidad de chocolate y de otros artículos del uso diario que hayan de requerirse durante el trayecto. El pan se procurará obtener en uno u otro sitio; y en cuanto a las aves de corral y los huevos, pueden comprarse en el camino. Además, y en virtud de que la guerra ha despoblado extensas comarcas, y los bosques y montañas presentan grandes trechos donde no se ve un alma, se torna realmente inapreciable la ayuda de un guía competente. En las primeras cien millas que se recorren entre Caracas y el valle de Aragua, los víveres se consiguen a precios muy moderados, pues son numerosas las poblaciones y aldeas que se encuentran en el tránsito, y las cuales — según pudimos comprobar al atravesarlas — muestran aún señales de prosperidad, a pesar de la guerra, aunque no dejaban de ser evidentes las huellas de la desolación producida por la reciente contienda. Abundan las frutas de muy buena calidad, especialmente naranjas y cambures, que son sanos y baratos; de todos modos, siempre será prudente

proveerse de ellos por anticipado. El vino sólo se consigue en las casas particulares, pero su escasez no fue motivo de ninguna desazón para nosotros; quienes lo consideran indispensable deberán llevarlo consigo, si bien lo elevado de su costo y la probable torcedura a que está expuesto pueden contrarrestar con creces el placer que proporciona su consumo. De camino puede obtenerse leche fresca, pero como las vacas no son ordeñadas sino una vez al día, y como el becerro estará siempre al lado de la madre, además de que las condiciones de lozanía de los pastos hacen que la leche no sea tan suave y gustosa como en nuestros climas templados, conviene hervirla o diluirla con agua; sin embargo, debe consumirse en poca cantidad cuando se viaje por llanos demasiado calurosos, aunque en ellos sea fácil conseguirla recién ordeñada, y tan dulce y agradable como la nuestra. En cuanto a la mantequilla, sólo se vende en las ciudades capitales. Las raíces comestibles del país son sabrosas, diversas y abundantes en todos los centro poblados.

La carga de las mulas constituye un problema que merece atenta consideración; si se recargan demasiado, el viajero se verá obligado a demorar la marcha, y puede correr el peligro de que la bestia se malogre en sitio donde no sea posible reemplazarla; de modo que las consecuencias pueden traducirse no sólo en gastos y retardos, sino también en pérdidas de equipaje. El peso más adecuado que exige corrientemente el arriero fluctúa alrededor de las 250 libras. La mejor manera de transportar el equipaje será en dos baúles de cuero (fabricados totalmente con este material, y provistos de buenas llaves y cerraduras), a fin de que el peso quede distribuído en forma equitativa. Las mulas que se dan en alquiler no son siempre de la mejor calidad, y hay que protegerse contra esta contingencia. Es muy útil tener cierta práctica en el idioma del país, tanto para la obtención de víveres como para seguir en todo momento la vía más apropiada. Hasta San Carlos, el camino es despejado, espacioso y claramente señalado por el paso de las mulas, las cuales abundan en esa comarca, así como entre dicha ciudad y Valencia, a lo largo de la ruta que va a Puerto Cabello, en los valles de Aragua y en Caracas. Después de salir de San Carlos, tanto en dirección suroeste como noroeste, el terreno se torna selvático, y los caminos son muy imprecisos. El conocimiento del idioma le permitirá al viajero obtener informaciones, pero si ig-

nora el español, entonces resulta indispensable un *hombre de provecho* [sic] o proveedor, que se encargue de procurar provisiones y pasto, entenderse con los alcaldes, defenderse de los embaucadores y realizar los servicios domésticos. Lo más probable, e incluso lo más cierto, es que un forastero se extravíe si recorre por su cuenta aunque sea muy breve trecho. Ajustamos trato con un nativo de Caracas, llamado Manuel, quien se recomendó a sí mismo, asegurando que había sido criado del Libertador, que se conocía toda *la ruta* al dedillo, que no había otro hombre en el mundo con mayor experiencia que la suya en el cuido de mulas o caballos, y que sus aspiraciones se reducían a un salario de ocho pesos mensuales, en lo cual convinimos. Un negro de Santo Domingo se presentó en busca de trabajo, bajo el nombre de John: nos dijo que sabía de tudo, que había estado en todas partes, que aderezaba un guisado tan bien como un francés, y que hablaba español, francés e inglés como un nativo. Pronto descubrimos que el verdadero nombre de Manuel era Vicente, que John no se llamaba sino Pedro, y que ninguno de los dos había viajado más allá de Trujillo; pero nos resultaron excelentes cocineros, y no ejecutaban del todo mal sus tareas de servidores. El inglés de Pedro era muy defectuoso, pero su español resultaba inteligible. De modo accidental, como explicaremos al describir nuestra salida de Valencia, su ignorancia del camino no nos causó ningún perjuicio.

Aunque no tuvimos motivo alguno para quejarnos de peligros o amenazas durante el trayecto, se nos aconsejó — y en realidad yo me había anticipado a la advertencia — que fuésemos armados; y que aparentáramos ser militares, lo cual no dejaba de ocasionar, sin embargo, algunos inconvenientes. El estado de guerra había contribuído a que anduvieran realengos muchos vagabundos, pero como tanto el teniente Bache como yo y los criados llevábamos sable, mostrábamos buenas pistolas a simple vista, y contábamos con la ayuda de un asistente cuyos servicios contratamos en el camino, es posible que tales precauciones hubiesen dado los resultados apetecidos.

Las mulas son descargadas cada vez que el viajero hace alto para comer o dormir; cuando ello ocurre, ya sea en pleno bosque, en el páramo, en la llanura o a la orilla de un arroyuelo — y el

país está regado por una enorme profusión de agua corriente — el mozo de mulas las coloca en círculo, a cuyo efecto cada bestia debe tener una cabezada bien fuerte. Se les pone el pasto por delante, y entre tanto se enciende el fuego y se prepara el alimento. Un baúl formaba nuestra mesa, los otros servían de sillas y de esta manera compartíamos desayuno, almuerzo y cena bastante suculentos; algunas veces, en las regiones más cálidas, colgábamos nuestras hamacas de los árboles del bosque y disfrutábamos de buen sueño, respirando aire puro bajo la fronda. Nuestros más opíparos platos, en tales ocasiones, consistían en aves de corral y huevos, aderezados de acuerdo con el juicio arbitrario de nuestro cocinero. Huevos y gallinas son artículos duraderos; a veces comprábamos algún cabrito, que uno de nuestros acompañantes desollaba y tajaba; la parte que no se consumía en el momento se colgaba de una cuerda, expuesta al aire libre y se llevaba de esa manera sin corromperse, por no existir ninguna de aquellas moscas que hacen manir la carne en otros climas. En el país abundan, por ser de uso común, las vasijas con capacidad superior a una pinta para la preparación del chocolate, pero sería aconsejable ir provisto de envases, cuchillos, tenedores y cucharas de estaño, aunque debo consignar que me faltaron varios de dichos objetos en cuya consecución estaba interesado. En efecto, y a pesar de haber comisionado a un amigo para que se encargara de suministrarme estos artículos, aquél — como después me lo confesó ingenuamente — no se ocupó de cuchillos, tenedores ni cucharas por haber llegado a la conclusión de que si se conseguía carne o sopa, esos utensilios podrían ser sustituídos por los medios de que nos dotó la naturaleza. Fuentes de barro nativas, y utensilios de cocina fabricados con una arcilla roja suplían los de índole más refinada. Un árbol semejante a la calabaza nos proporcionó *totumas* de varios tamaños que se utilizaban como vasos, soperas, tazas de leche e incluso como cucharas; nos servían para sorber el chocolate o el café en medio de la selva, la limonada al mediodía y el ponche cuando no había otra bebida que la leche cruda de los páramos. También las usábamos para tomar buen vino las veces que se conseguía, y el cual no perdía nada de su sabor por beberlo en totuma.

En muchas ocasiones el viajero requerirá la ayuda de un machete bien afilado, que puede ir pendiente de una correa del ar-

zón de la silla; si tiene que dormir en los bosques, hacer fuego para la comida o si desea colgar su hamaca en forma que no resulte incómoda para alguno de sus compañeros, o cerca de las mulas, el machete sirve para ahorrar tiempo y para proporcionar comodidades. Asimismo, un pedazo de pedernal, una caja de yesca, un trozo de acero y fósforo son de gran utilidad para la mayor facilidad y conveniencia del viaje; si se carece de ellos, puede ocurrir que el viajero tenga que irse en ayunas a su hamaca y pasar privaciones además de la fatiga.

El 13 de noviembre lo dedicamos a visitar a nuestros amigos y a despedirnos de ellos, así como a completar el equipo y prepararnos para la partida en la mañana siguiente.

CAPITULO IX

Partida de Caracas 14 de noviembre. Cabalgata de amigos. Orillas del Guaire. La venerable familia Toro. Antímano. Paso por La Vieja *(La Vega). Llegada a Las Adjuntas. Confluencia de los ríos San Pedro y Macarao con el Guaire. Alto en una pulpería. Probamos por primera vez la cocina popular criolla. Artículos del campo. Posada para arrieros. Economía social. Vana solicitud de un refresco sin ajos. Precios moderados. Nos despedimos, después de risueños comentarios sobre el refresco. Alturas de Higuerote. Buena Vista. Panorama de Caracas. Camino excavado por el hombre. Un hermoso espécimen de asbesto. El General Páez y su séquito. Encuentro con jóvenes soldados más arriba de las nubes. Aspecto de la tropa. Bolívar era el tema de todas las canciones que escuchamos. Descenso difícil y peligroso. Abandonamos la zona de nubes y comenzamos a contemplar tierras verdeantes. Se destaca la bóveda celeste, de un azul profundo. Atmósfera más cálida. Llegada a San Pedro. Aventuras que allí nos ocurrieron. Noche de frío penetrante. Sacristía de la Iglesia; colgamos en ella nuestras hamacas. Imagen de la Virgen. Noche tranquila. Paso por Las Lajas. Más soldados y sus características. Las Cocuizas. El Consejo. Alto para refrescar. El río Tuy y su curso. El valle de Aragua; aspectos del mismo. Alojamiento. Descripción de nuestro albergue. Hospitalidad. Cómo colgar las hamacas. Partida en las primeras horas del día 16. Apariencia de la comarca: arbustos florecientes, estribaciones montañosas y rasgos peculiares de las mismas. Arroyuelos de límpidas aguas. San Mateo. Finca del Presidente Bolívar: ingenio de azúcar y plantación muy hermosa. Hacemos alto en ella y se nos agasaja.*

Con motivo de nuestra partida en la mañana del día 14, y conforme a los usos del país, se reunió un numeroso grupo de nuestros amigos, quienes se proponían escoltarnos a caballo durante cierto trayecto fuera de la ciudad, tal como lo habían hecho a nuestra llegada. La ruta pasa por el Caroata, a través del ancho puente ya mencionado, y lleva hasta las afueras por una espaciosa calle del barrio San Juan; el camino continuaba empedrado a lo largo de unas tres o cuatro millas más allá de las últimas casas, e iba ascendiendo gradualmente. Las ventajas de contar con una buena pavimentación se hacían aquí manifiestas, al observar los grandes baches abiertos por las lluvias en aquellos sitios donde el pavimento estaba roto. La parte firme del piso quedaba a un pie o dieciocho pulgadas sobre el sector cavado por el agua, y que antes formaba parte de la calzada. A poco andar nos encontramos frente a la rápida corriente del Caroata, en las inmediaciones de Antímano, situado a siete millas de Caracas, recatado entre colinas llenas de verdor, y donde abundaban fértiles sembradíos.

Después de detenernos por breves momentos para presentar nuestros respetos al venerable general Toro y a su familia, quienes residían allí, pronto cruzamos el Guaire, dejando a nuestra derecha la aldehuela de La Vega, al penetrar en el pequeño valle de Antímano. Llegamos luego a Las Adjuntas, donde el riachuelo Macarao y el de San Pedro — este de menor caudal — se unen a las aguas murmuradoras del Guaire, precipitándose por un lecho peñascoso, ahocinado entre rocas de mayor magnitud. Las Adjuntas queda a unas doce millas de Caracas, en posición ligeramente elevada sobre el valle; tiene muy pocas casas, la principal de las cuales es una pulpería en donde se venden artículos de uso corriente, como vinagre, aceite, velas, tocino, semillas y ajos; en ella tuvimos nuestra primera experiencia de la comida, cocina y *guarapo* con que sería regalado nuestro paladar de allí en adelante, pues había una posada contigua, que en realidad era parte integrante de la pulpería. Al pasar frente a ella, nuestros amigos resolvieron echar pie a tierra, a eso de las nueve. Se veían grupos de arrieros y de mulas que tomaban su *refresco*, y me divertía la curiosidad y sorpresa que demostraban mis jóvenes compañeros de viaje. Como las costumbres y clase de comida que encontramos en dicho paraje eran similares a las que habrían luego de prevalecer

en más distantes poblaciones, procuraré describir, una vez por todas, el interior del local, los comestibles y el tipo de instalación que son típicos de una pulpería y de una posada.

El establecimiento consistía en un largo cobertizo, techado parcialmente de paja y de tejas, ubicado a la vera del camino; la mitad estaba destinada a servir de punto de parada a viandantes y bestias, y la otra aparecía ocupada por un largo mostrador sobre el cual se exhibían, como artículos principales, una gran cantidad de ristras de ajo, sartas de morcillas, y enormes pudines, a través de cuyas delgadas y transparentes capas se advertían apetitosas lonjas de tocino y de carne de marrano, así como los dientes de ajo, con el cual estaban condimentados en dosis más o menos similares, presentando un remoto parecido con las columnas del Capitolio, a causa de sus diversos colores; se veían igualmente rollos de Tajo Itasajo], o sean tiras de carne seca de res, a la cual me referiré más adelante. De las paredes colgaban velas de sebo, y los demás artículos estaban expuestos, sin mucha preocupación por su orden y buena presentación, en pesados armatostes. El pulpero se afanaba en atender a aquella gran cantidad de parroquianos que se sucedían rápidamente los unos a los otros, mientras un dependiente, de pie al lado de una ventruda tinaja cuya capacidad podía estimarse en unos veinte galones, servía a sus clientes un líquido que todavía no había tenido ocasión de saborear, o sea el *guarapo*. Cuando relate lo aficionado que me hice a esta bebida fermentada (si no había otra disponible), el futuro viajero podrá irse preparando, por delicado que sea su paladar y por exigente que se muestre en la selección de sus licores, para aquellos casos que le harán ciertamente apetecible esta bebida.

Nuestros amigos, decididos a aprovechar los efectos de aquel aire delicioso y estimulante que nos acompañó durante la subida, pidieron un refresco general para nuestro grupo. En mi deseo de comenzar a saborear los apetitosos manjares del nuevo mundo, solicité muy formalmente que nos sirvieran el mejor plato que tuvieran, siempre que no estuviese sazonado con ajo. Supongo que mi defectuoso español haría ininteligibles dichas instrucciones. En efecto, fuimos introducidos a un local que pudiéramos denominar pieza, porque estaba formado por un espacio aproximado de siete

pies por seis; una especie de puerta ya sin uso, puesta sobre un baúl a unos cuatro pies del suelo, hacía de mesa; y había solamente una silla, que por cierto perdiera media pata, probablemente durante la guerra. Una gran fuente de madera fue colocada sobre lo que hemos llamado mesa; y algunos de nosotros nos las ingeniamos para situarnos en posición que nos permitiera entrar al asalto de las saladas chuletas de puerco, de las cuales emanaban vapores y tufos de ajo, muy suficientes para que la curiosidad se diera por satisfecha. Probé la carne, encontrando que estaba realmente bien sazonada con sal, y de haberse prescindido del ajo, y si la fuente hubiese presentado un aspecto más aseado, mi desayuno habría podido ser bastante suculento. Al comprobar que en la pulpería había chocolate y huevos, así como pan traído desde Caracas — y el cual prefería al casabe, amontonado en tortas sobre la mesa—, limité a ello mi refrigerio, y después de echarnos al coleto algunos vasos de un vino catalán tolerable, dimos por terminado el *refresco*, sin que por nuestra causa se redujera muy considerablemente el contenido de aquella fuente de madera.

Si la mesa no estaba cubierta de platos muy codiciables, el cobro fue, en cambio, bastante moderado. Nos despedimos de nuestros amigos, con quienes cruzamos alegres comentarios sobre los momentos divertidos y el placer que derivamos de aquel banquete. Luego montamos a caballo, y proseguimos nuestro camino a la orilla de un barranco que va haciendo curvas, y el cual lleva a la montaña de Higuerote. Llegamos a Buenavista, lugar que — según se dice — está a cinco mil pies sobre el nivel del mar, y desde donde se disfruta una hermosa vista de Caracas. La mañana era bellísima y sumamente fresca. A menudo volvíamos el rostro para dar una última mirada a aquella ciudad donde habíamos encontrado tantos amigos, y en la cual fuimos objeto de tan amable hospitalidad. Mientras seguíamos avanzando por las vueltas del camino, permanecimos en silencio, el cual revelaba las emociones de los días pasados y las esperanzas que abrigábamos para el futuro.

La mano del hombre había logrado ir graduando la cuesta hasta convertirla en una ruta espaciosa, de unos sesenta pies de ancho, que pasaba por entre altos barrancos. El teniente Bache descubrió algunos especímenes de asbesto, cuyas fibras eran de

considerable longitud, y el cual abundaba por doquier. Al ir descendiendo la montaña, nos alcanzó un grupo de jóvenes armados de mosquetes, seguidos poco después por un oficial de alta graduación y su séquito, quienes bajaron a todo galope por la áspera cuesta. Era el general Páez, quien sin detenerse nos saludó, tocándose el ala del sombrero. Poco después nos encontramos con un numeroso destacamento de soldados, que marchaban en forma desordenada hacia Caracas; uno de los suboficiales, con quien me puse en contacto, me informó la identidad de los que acababan de pasar a nuestro lado, y que la tropa a su cargo estaba formada principalmente por reclutas enviados a su centro de entrenamiento. Además, y poniéndose más comunicativo de lo que era de esperarse, añadió que el hecho de dirigirse el general con tropas hacia Caracas hacía suponer que se trataba de alguna misión importante.

Pronto nos vimos envueltos en espesa niebla, que —según creímos al principio— se había presentado súbitamente. En realidad, se trataba de las nubes suspendidas en una faja horizontal, que dejaba al descubierto el sector por donde veníamos ascendiendo, y a la cual entrábamos ahora; luego volvimos a ser iluminados por un sol brillante, y mientras nuestras cabezas emergían de las nubes, el cuerpo continuaba entre la sombra. Esta inmersión nos permitió admirar un espectáculo ciertamente sublime; teníamos la impresión de encontrarnos sobre una isla en un mar vasto y apacible; no podía distinguirse ningún sector de la comarca, sino la cumbre de la larga serranía por la cual viajábamos. Las vertientes de ese precipicio realmente escarpado semejaban un acantilado marino, en tanto que nuestra ruta sobre el horizonte de aquel océano quedaba envuelta en una luz radiante, pero que no ofendía la vista. Las montañas de Los Teques, que sirven de límite, y que separan esta sierra del Mar Caribe, no eran aún perceptibles, aunque sin duda se elevaban por encima de la capa superior de este horizonte de nubes. De pronto advertimos que pasábamos frente a una posada, donde estaban de holgorio varios mozos de mulas, en cuyas canciones resonaba como motivo principal, según era de rigor, el nombre de Bolívar.

Después de cruzar la cumbre y de iniciar el descenso, pareció que penetrábamos a través de un vaporoso velo, que siguió envol-

viéndonos durante largo trecho cuesta abajo. El camino en la altura era una senda llana y bien trillada, pero ahora atravesaba un escabroso barranco, cubierto parcialmente de angulares cascajos; la tierra, formada por una arcilla grisácea y arenosa, había sido arrastrada por las lluvias, dejando en el centro del camino montones de una tierra amarillenta y más pegadiza que hacían la bajada no sólo fatigante sino peligrosa. Consideré prudente, al pasar por una de esas protuberancias, apearme de la mula en vez de arriesgarme a peores consecuencias, y logré mi objetivo sin molestia adicional alguna.

. . . . . .

Al descender la cuesta habíamos quedado una vez más bajo la capa de nubes, pero podíamos disfrutar, para gran satisfacción nuestra, de una campiña de brillantes verdores, iluminada aquí y allá por los rayos del sol que se filtraban a través del nublado. El vapor se desvaneció repentinamente, y apareció un cielo sin manchas de un azul profundo. La atmósfera, sin embargo, se había caldeado con los rayos del sol, y la sierra surgía a nuestra derecha, en toda su oscura belleza, en dirección oeste-este; las montañas que habíamos cruzado parecían ofrecer su dorso a la luz solar, proyectando oblicuamente una larga sombra sobre el valle.

Mientras marchábamos lentamente por encima de las nubes, no teníamos más pensamientos que para considerar la majestad y hermosura de las escenas que se desplegaban ante nuestra vista; pero luego las dificultades del descenso nos retardaron a tal punto, que sólo fue una hora después de anochecer cuando llegamos a la fila del profundo valle de San Pedro, cuya distancia se estima en unas treinta millas desde Caracas. Aquí pudimos comprobar nuevamente la ventaja que significa contar con servidores experimentados. A Vicente, en su condición de nativo del país, se le ordenó adelantarse para que se pusiera en contacto con el alcalde, así como para procurar alojamiento y refresco. En este valle, que parece orientarse en dirección norte-sur, soplaba — a pesar de su hondura— un aire frío y penetrante, que se nos hacía más perceptible por estar fatigados, con hambre y faltos de reposo. Al descender a la aldea, Pedro encontró una posada, a la cual entramos, y donde ya Vicente había ordenado la cena: sobre la mesa estaban puestos dos platos de madera con algunas salchichas rancias,

dos pollos asados fríos, uno de los cuales había sido despojado de las alas por algún hábil trinchador que nos precediera; además un poco de pan ordinario y dos botellas de turbio vino de Cataluña. La típica fragancia de la cocina española no nos era aún tan familiar para animarnos a engullir tales platos, incluso con nuestro aguzado apetito; tal como en ocasión anterior, nos contentamos con pan, paladeando asimismo aquel vino de ínfima calidad que como sustituto de manjares tan poco apetecibles, obtuvo de nosotros la acogida que hubiera merecido un Borgoña. Conseguimos, sin embargo, una taza de chocolate, y nos sentimos tan satisfechos como si hubiéramos disfrutado de un opíparo festín.

Aunque Vicente no había podido entrevistarse aún con el alcalde, Pedro consiguió algunos haces de caña de azúcar tierna, procedente de tierras cálidas, y la cual es aquí forraje corriente de las mulas, tal como la cebada en regiones más templadas. Sin embargo, también se usa la *molocha* [malojo], es decir, los tallos de maíz cuando aún no han comenzado a cargar. El maíz en grano se utiliza igualmente para las bestias.

Al fin regresó Vicente, provisto de una orden de alojamiento, nada menos que en la propia sacristía de la iglesia aldeana, que habíamos dejado a una media milla detrás de nosotros, en la parte alta del pueblo, cuando bajábamos la cuesta. Los criados encendieron teas, a cuya luz penetramos en el cementerio parroquial de la iglesia, que en las circunstancias de novedad en que nos encontrábamos, presentaba un extraño y cómico aspecto. Las mulas del equipaje, precedidas de una antorcha, abrían el camino; seguíamos en fila india al teniente, luego Isabel, y yo, que cerraba la retaguardia, iluminada por otro de nuestros acompañantes. La piedad de los fieles de la iglesia había colocado sobre los pilares de piedra del cercado varios cráneos humanos; la sacristía estaba situada al norte, o punto extremo, y a ella entramos para ocupar el albergue que se nos había señalado. Tendría unos veinte pies de largo por doce o trece de ancho, con una pequeña habitación contigua; en aquel lugar fue donde colgamos por primera vez nuestras tres hamacas, colocando en medio la de Isabel. Los dos criados, y el arriero que estaba a cargo de las mulas del equipaje, ocuparon un corredor, donde durmieron sobre cueros de res, después de ha-

ber encendido una pequeña hoguera frente a la sacristía, para seguridad de las mulas, a las cuales se había abastecido de forraje para esa noche. El frío que pasamos fue intenso, *a pesar* (7) de una imagen de la Virgen, de tamaño natural, y con vestiduras un tanto ordinarias, que estaba en un extremo de la cámara en donde dormimos.

Aunque nos proponíamos partir antes de las cinco de la mañana del día 15, ocurrió que nuestras mulas no estaban aún cargadas para esa hora, y después de haber conseguido algunas pastillas de chocolate para llevarlas entre nuestras provisiones de camino, sólo pudimos salir alrededor de las siete. Remontando la montaña de Las Cocuizas pasamos a través de la aldea de Las Lajas, sin detenernos en ella; y subimos luego por otro barranco donde la tierra había sido arrastrada en parte por las aguas. En este lugar fuimos alcanzados por un destacamento formado por unos 200 soldados que siguieron de largo hacia Caracas. Marchaban con negligente lentitud y no aparentaban ser —en su casi totalidad— mayores de 14 o 15 años de edad, pero llenos de atolondrada alegría. No dejó de sorprenderme el regocijo y vivacidad que demostraban. Los mosquetes de que iban armados eran modelo London Tower, con un peso que debía aproximarse de 9 o 10 libras; llevaban tahalí, cartuchera y bayoneta; una gorra de cuero al estilo japonés, camisa y pantalones de tela cruda y chaqueta de dril que en un tiempo tuvo galones de color. Aunque en su mayoría iban descalzos, algunos usaban una especie de sandalia llamada *paragata* [alpargata]. A eso de dos millas más hacia el oeste, donde el camino ya era plano, nos encontramos con un cuerpo de tropa más o menos del mismo número; éstos marchaban en buen orden y en doble fila. Tras ellos, a cierta distancia, venían varias mujeres, unas a pie y otras a caballo, que transportaban el equipo militar de cocina y que estaban acompañadas, como de costumbre, por algunos chiquillos. Entramos a Las Cocuizas a las diez y media, donde tomamos un vaso de la rústica bebida denominada *chicha* y almorzamos con las provisiones que llevábamos.

La aldea de Las Cocuizas no tiene más de una docena de ran-

(7) Chiste luterano de no muy buena ley, que hubiera hecho montar en cólera al ortodoxo de Pedro de Répide. (N. del T.)

chos, diseminados en la altura montañosa que ocupa; la cumbre se prolonga en dirección sur-oeste y noreste con una anchura no mayor de cien a ciento cincuenta yardas; las laderas son escabrosas y despeñadizas, en tanto que las llanuras, a ambos lados, presentan un paisaje natural muy hermoso, diversificado por cultivos, y con pequeñas aldeas esparcidas a trechos irregulares. Llegamos a El Consejo, situado en las faldas de Las Cocuizas, a la una y veinticinco, y el calor del día nos indujo a detenernos y tomar un refresco, ya que nos encontrábamos a breve distancia de varias importantes poblaciones. Hicimos alto en una pulpería bien abastecida, en la cual se realizaba un activo comercio de compra y venta. A invitación del hospitalario pulpero, colgué mi hamaca en la trastienda de aquel espacioso establecimiento, que parecía ser punto principal de reunión para los habitantes de la zona circunvecina. Era un hombre muy cortés, y obsequió a mi hija algunos cambures y naranjas de excelente calidad; con eso y unos tragos de vino nos sentimos suficientemente confortados para seguir la marcha más o menos a las tres de la tarde. El pulpero se negó a aceptar la remuneración que le ofrecimos; se mostró franco, atento y comunicativo, y al informarse de que éramos norteamericanos, sus hermosos ojos negros parecieron chispear. Se esforzó, además, en suministrarnos informaciones de diversa índole, demostrando vivo interés por nosotros.

El río Tuy pasa bajo un tosco puente de madera, cerca de la pulpería; una límpida corriente de agua que tiene su fuente en el valle de San Pedro, y cuya anchura puede estimarse en unos treinta pies, viene sinuosamente desde el noreste, murmurando sobre su cauce cubierto de guijarros. Pudimos observar que, frente a nosotros, doblaba a la izquierda hacia el oeste, manteniendo su curso ceñido a las faldas del grupo montañoso de Las Cocuizas (una de cuyas laderas se aleja por la parte meridional del ubérrimo valle que riega dicho río), dando vida, hermosura y vigor a las plantaciones de caña de azúcar que se divisan en sus extremos; cuando el río termina de ondular junto a la falda de aquellas montañas de verdor permanente, toma rumbo al sur, con cierta tendencia hacia el sureste, y serpenteando a través de los valles de Tácata, Cura, Sabana de Ocumare, Santa Lucía y Santa Teresa, une el caudal de sus diferentes aguas con las del Guaire. Entre los de-

más beneficios que proporciona esta hermosa vía fluvial, está el de ser suficientemente caudaloso para permitir la navegación de pequeñas embarcaciones, en las cuales se transporta el excelente cacao, así como el café y el azúcar y otros productos de las tierras que fertiliza, hasta las cercanías del Cabo Codera, de donde se envía en ligeros barquichuelos a lo largo de la costa, tanto hacia el este como al oeste, para ir acumulando los futuros cargamentos. El Tuy, conjuntamente con el Tuycito que cae en el Golfo Triste, al oeste de Puerto Cabello [sic], son los únicos ríos situados entre Borburata al oeste de Puerto Cabello, y el Yaracuy, en Cumaná [sic], que son navegables. La corriente del Tuy podría mejorar considerablemente con sólo utilizar mano de obra para eliminar los obstáculos formados por las acumulaciones de árboles de la selva, que han sido depositados en ella por las inundaciones y que producen crecientes muy dañinas cuando en ciertos meses del invierno las lluvias caen más copiosamente que de ordinario en las montañas, de donde bajan las aguas a concentrarse en su zigzagueante cauce. En 1803 las autoridades españolas encargaron a Pedro Caranga, ingeniero muy competente, de efectuar un levantamiento del terreno e informar sobre la practicabilidad de mejorar el cauce del Tuy a fin de obtener las ventajas económicas que se derivarían al impedir los estragos causados por las inundaciones y que destruían repetidamente muchas fértiles siembras. El informe presentado por aquél permitió apreciar no sólo el mayor provecho que produciría una obra semejante, sino también los pocos gastos o dificultades que suponía llevarlas a la práctica. Sin embargo, varios personajes influyentes de Caracas, temiendo que podría arruinarlos el hecho de que prosperasen los valles adyacentes, lograron que el proyecto fuese archivado hasta que, después de la revolución, la obra fue reconsiderada con criterio más amplio y comprensivo, por estimarse que las mejoras y enriquecimientos logrados en cualquier comarca del mismo país deben —bajo un sistema liberal de gobierno— beneficiar en definitiva a toda la nación. En consecuencia, dicho plan continúa siendo uno de los objetivos hacia los cuales habrá de encaminarse la previsión oficial, ahora que la paz y la independencia permiten que la capacidad de acción de la república se aparte de los fines bélicos y se concrete a la economía. El Tuy forma el lindero entre el valle de Aragua y el camino que pasa por su margen izquierda, hasta que bruscamente se desvía hacia el sur

a unas pocas millas de La Victoria. Conforme a las observaciones hechas personalmente por mí, considero que puede establecerse la comunicación entre el Tuy y el Lago de Valencia, convirtiéndolo en vía navegable.

Nuestras mulas tenían abundancia de forraje, y después de una estimulante ración de malojo, endulzaron su pienso con muy tierna y delicada caña de azúcar. En esta ocasión, como en muchas otras, pudimos comprobar los beneficios que reportaba darles buen pasto a nuestras mulas, pues ello se traducía en celeridad proporcional durante la marcha.

Esta parte del valle de Aragua presentaba un aspecto distinto del valle de Caracas. El terreno no estaba formado aquí por una llanura uniforme y extensa, sino por una especie de terreno quebrado, constituido por colinas y cañadas, en donde la luz y las sombras hacían que presentaran una diversidad infinita los campos y sembradíos. En primer plano la fronda aparecía suavizada por un verdor obscuro y profundo, pero las hojas esmaltadas de numerosas plantas que destellaban con una luz trémula, producían en conjunto un efecto similar al de los cuadros pintados con tinta china brillante, mientras que la tonalidad de las colinas que iban decreciendo en lontananza, al sureste y al sur, daban la impresión de una línea regular, bien definida y continua; sin embargo, no se trataba sino de un espejismo producido por la distancia y por la imprecisión natural de las figuras. No pasaron muchos días sin que pudiéramos apreciar de cerca las enormes alturas y quebrada constitución de estos espolones de la Cordillera, que ahora aparecían tan etéreos y livianos como esos encajes con que suelen adornar las señoras sus sombreros de mañana.

Después de cabalgar durante media hora a la orilla del pedregoso lecho del Tuy, éste desapareció por un abra aparentemente angosta, y nuestra ruta siguió por terreno casi llano. Las plantaciones de caña de azúcar, añil, cacao y maíz, y especialmente las de este último fruto, cubrían toda la extensión que abarcaba nuestra vista; las siembras se veían a un tiempo activas y prósperas, y a no ser porque el brillo del cielo y la presencia de plantas tropicales hacían borrar los efectos de la primera impresión, hubiéra-

mos podido imaginar que nos encontrábamos en Pensilvania en tiempos de cosecha.

Eran las cinco y media, y como un amigo nuestro nos recomendara que pasáramos un día en La Victoria con un funcionario que residía en aquella población, ordenamos a Vicente que se nos adelantara, y no tardó mucho en descubrir la residencia que buscábamos. El funcionario, sin embargo, estaba ausente, en viaje al pueblo de Achaguas, una especie de Montpelier; pero el ama de llaves, al presentarnos nosotros, nos abrió las puertas de la casa, rogándonos que desmontáramos y entráramos; y sin esperar respuesta, dijo a nuestros sirvientes que pasaran al corral, indicándoles dónde habrían de encontrar pienso para las bestias. El corral no es más que un patio o cercado para caballos, mulas u otros animales, y como a todas las casas no se entra o sale sino por una sola puerta, en realidad forma parte del recinto doméstico, y no hay peligro de que los animales se escapen o de que alguien intencionalmente los haga *extraviarse*.

Entramos a La Victoria por la Calle de Colombia, que corre en dirección norte-sur, y la cual es la principal vía urbana. El aspecto externo de las casas es limpio, agradable y hermoso; aunque casi ninguna de ellas tiene más de un piso, son altas y espaciosas, como conviene en los climas cálidos. Es costumbre establecida en esta ciudad la de enjalbegar periódicamente la fachada y el interior de las casas. Se veían numerosos establecimientos en los cuales, tal como ocurre en el interior de los Estados Unidos, se exhibían y vendían toda suerte de artículos, tales como alimentos, prendas de vestir y objetos de adorno.

A pesar de lo reducido de nuestro "cuerpo expedicionario", habíamos considerado conveniente distribuir y asignar las distintas obligaciones, a fin de que no pudiera alegarse artificiosamente ninguna excusa para eludirlas. Vicente estaba encargado, en su condición de nativo —y ello no dejaba de producirle cierta vanidad— de ser nuestro representante ante los alcaldes, en lo concerniente a la obtención de mulas, alojamiento y demás requerimientos conexos. A Pedro se le comisionó para adquirir las provisiones y todo lo referente a la cocina. La primera medida que debía adop-

tarse, en materia de alojamiento, era elegir el puesto para las hamacas, tratando de dar a Isabel la ubicación más adecuada, de modo que las nuestras quedaran tan cerca de ella que no tuviera motivo alguno de recelo. Después de colgar las hamacas se procedía inmediatamente a preparar el chocolate, y como se consigue de diferentes marcas, en pastillas que vienen ya endulzadas, la operación no exige más de cinco minutos, ya que basta con una sola cocción y el correspondiente batido. Siempre procurábamos, en consecuencia, abastecernos en suficiente medida para precavernos de cualquier escasez que pudiera presentarse durante el trayecto. Sin embargo, y ateniéndose quizás a la práctica acostumbrada por su anterior amo, el mayor M'Laughlin, nuestro buen criado nos trajo el chocolate antes de que Pedro pudiera tener lista la comida. A fin de no exigir demasiadas atenciones por parte del ama de llaves en ausencia de su amo, habíamos dado instrucciones a Pedro para que preparara un buen guisado de gallina, plato que preparaba de manera realmente insuperable; pero la criada imaginó sin duda que se trataba de aventajarla, quizás de desdeñar sus servicios y resolvió tomar revancha del cocinero, poniendo sobre la mesa una leche de arroz ya preparada, huevos, pan de trigo y algunas garrafas de excelente vino. Se consignan estos pequeños incidentes, no porque sean especialmente importantes, sino porque revelan el carácter y las costumbres de la sociedad. Huevos y tortillas, espinacas y otras hortalizas constituían la base de nuestra habitual comida de viajeros; pero algunas veces variábamos la dieta recurriendo al cordero, al cabrito y a la carne de puerco salada y bien curada.

Conviene anotar en este sitio un detalle específico que quizás no puede ser previsto por un forastero. Al construirse las casas, en aquellas regiones donde el clima es cálido (y donde las hamacas son el medio ideal para dormir cómodamente), se fijan fuertes anillos de hierro en una correa agujereada o una argolla, a unos diez pies del suelo a ambos lados del dormitorio. De ellos habrá de colgarse la hamaca, la cual —por lo común— se compra corrientemente con sus cabulleras. Pues bien, como en todo comercio siempre hay algo de bellaquería, se requiere cierta experiencia para escoger adecuadamente tales cuerdas, las cuales son objeto de especial codicia por parte de arrieros y otros belitres de su laya, quie-

nes se apoderarían indefectiblemente de ellas si no se tiene la precaución de amarrar firmemente la hamaca en su envoltura, procurando que las cabulleras no sobresalgan. Con el peso del durmiente, la hamaca queda por lo general a unos tres o cuatro pies del suelo; y a veces a mayor altura de acuerdo con la inclinación que se le haya dado. No hay duda de que, en un clima como éste donde se desconocen los rigores de un frío extremo, ningún otro lecho brinda tanta comodidad como una hamaca después que se ha adquirido el hábito de usarla durante varios días.

Antes de las seis de la mañana del día 15 montamos a caballo e iniciamos nuestra marcha a través del espléndido valle de Aragua. Hasta donde alcanzaba la vista el terreno era completamente llano, diversificado aquí y allá por grupos de árboles altísimos, por espesuras que ostentaban fantásticamente flores de brillantes matices, entre las cuales destacaba singularmente la llamada maravilla, cuyos colores variaban también en los distintos parajes. En algunas de las haciendas de café asoladas por los españoles pude ver que los elegantes conos de los cafetos que habían escapado del estrago, aparecían cubiertas por esta hermosa parásita. Había gran profusión de árboles de distintas especies, cuyos colores se diferenciaban también de los del resto; y a lo largo de todo nuestro viaje, siempre que hubiera el mismo clima, seguimos contemplando boscajes y arbustos silvestres de tan seductora apariencia. Los setos seguían la dirección accidental del camino de herradura, y semejaban — con su brillante paramento — setos vivos plantados conforme a las reglas del arte de la jardinería.

La figura y alineación de las montañas del valle de Caracas presentaban un aspecto realmente extraño, como no las había contemplado en ninguna otra parte del mundo; esta disimilitud se hacía más notable en el valle de Aragua y persistía hasta las estribaciones al este de Barquisimeto. Tal peculiaridad no la había visto descrita hasta entonces por ningún autor, y daba la impresión de que se trataba de formas características que mantenían su unidad durante larguísimo trecho. Más adelante consignaré mis opiniones al respecto. Las numerosas quebradas que atravesaban el sendero provenían de la cadena montañosa que a nuestra derecha nos separaba del mar, y sus aguas frescas, límpidas y murmuradoras, se

abrían paso hacia las ubérrimas plantaciones que se extendían a la izquierda, siguiendo casi el mismo rumbo sur-occidental de nuestra ruta.

Una de aquellas quebradas, más caudalosa y parlera que sus congéneres, atrajo nuestra atención, al mantener constante lucha con un pequeño arco de ladrillos, obra de hábil albañilería, pero quizá el constructor no estimó exactamente el caudal del arroyo o éste había crecido luego a mayor altura que el arco y parecía forcejear para abrirse camino. El agua que salía debajo del arco se diseminaba en más de una docena de arroyuelos que circundaban las faldas de un montículo saledizo o espolón de la montaña, el cual interceptaba el paisaje hacia el sur.

Un edificio muy espacioso, aunque algo en ruinas, rodeado por un muro de tapia se alzaba en la ceja del cerro que separaba el camino de la cordillera principal; evidentemente dicho edificio había sido ametrallado durante la guerra, y el ataque había echado al suelo alguna de sus partes. Todavía revelaba, sin embargo, su antigua opulencia; era tan espacioso como nuestros graneros de Pensilvania, y aunque no pude averiguar con los arrieros que pasaban a qué se le destinó en otro tiempo, o a quien perteneció, al seguir avanzando llegamos a un punto que nos permitió contemplar, a una distancia aproximada de un cuarto de milla a nuestros pies, un inmenso cañamelar que parecía cubrir toda la llanura hasta el confín del horizonte; al pie de la colina por la cual bajábamos se veía gran actividad y movimiento de hombres y mulas que en crecido número entraban y salían de un grupo de edificios que revelaban prosperidad y construcción reciente. En el ángulo noreste de aquel extenso cañamelar el valle parecía tener una anchura de dos millas, y por su parte suroriental corría un hermoso río hacia el este. Estimé que la extensión que recorría en aquella parte no podía ser menor de cuatro o cinco millas, y luego se me informó que esta última era la cifra exacta.

Al bajar al valle descubrimos que aquella escena de intensa actividad que se mantuvo a igual ritmo durante las varias horas que allí hicimos alto, correspondía a un ingenio de azúcar de donde los arreos de mulas transportaban panelas de papelón de un

bonito color blanco, y de tamaño mucho mayor que el conocido por nosotros; las panelas se colocaban en sacos y éstos eran atravesados sobre las mulas. El camino en el fondo del valle se alejaba serpenteando hacia el sur en torno a una colina escarpada, pero de poca altura, en cuya cumbre se alzaba un hermoso pabellón, que aún cuando no se encontraba totalmente en escombros, sí se veía desmoronado en ciertas partes y aparentemente deshabitado. Tenía un grato estilo de construcción que revelaba muy buen gusto. La cerca que lo rodeaba por el fondo se hallaba también en ruinas y dejaba un espacio de terreno dondé una vez existió un amplio jardín que ahora está cubierto de matorrales y que aparecía más desolado por quedar al pie de un bosque que revestía la montaña hasta la cima. Era la finca de San Mateo, que pertenecía a Bolívar, conjuntamente con el pabellón. Las celosías batidas por la artillería y los muros perforados con balas que todavía estaban incrustadas anunciaban quiénes habían desfigurado este hermoso paraje. Doña Antonia Bolívar había escrito al señor Martín Durán, mayordomo del Presidente, para que nos recibiera como amigos suyos; aunque era una amabilidad de su parte, es seguro que él hubiera procedido de todos modos en igual forma, pues el espíritu hospitalario del dueño se refleja en todo San Mateo. Allí demoramos hasta las cuatro de la tarde.

CAPITULO X

Breve descripción de la finca de San Mateo. Persona muy capaz el mayordomo de la hacienda. Agasajo que se nos brindó. Escenas de la intrépida autoinmolación de Ricaurte. Economía de los ingenios de azúcar. Fina calidad del producto. Demanda incesante. Anécdota. Comida. El pabellón del ingenio. Barbaridades de Boves. Hechos históricos. Turmero. Maracay. Prevista nuestra llegada a esta última ciudad, se nos había apartado alojamiento. El ejercicio de la industria es tradicional en la región. Previsora conducta del gobierno para con las viudas y huérfanos de los soldados. Salida de Maracay. El Lago de Valencia. El paso de la Cabrera, escenario de varios sucesos históricos. Un niño frustra un atentado para asesinar a Páez.

El placer que nos producía la contemplación de aquel panorama era ciertamente mayor por el hecho mismo de ignorar dónde nos encontrábamos. Si lo hubiésemos sabido de antemano, la reputación del propietario habría influído de modo predominante sobre nuestro ánimo; al conocer que todo aquello era obra de Bolívar, hubieran perdido importancia —en relación con un nombre tan famoso— la pequeña extensión de terreno que había atraído nuestra atención y aquellas quebradas que, luego de brotar de la colina, y de bajar girando en su contorno, formaban en la falda una corriente prolongada y anchurosa, en posición ligeramente ele-

vada por sobre una larga sucesión de cañamelares, y con sus compuertas listas para abrirse y llevar el agua hacia las siembras que ocupaban la parte inferior. Ahora bien, el considerarlo sólo desde el punto de vista de la experiencia y conocimientos que revelaba en el arte de la agricultura, muy raros por cierto en este hermoso país, nuestra satisfacción había sido más espontánea, la cual subió de punto cuando fuimos presentados al señor Durán y nos sentamos ante su hospitalaria mesa.

Un sólido muro de mampostería rodeaba la espaciosa área ocupada por este ingenio, y la entrada daba al camino por el cual debíamos pasar. El señor Durán nos había divisado desde lo alto de la colina y salió a la puerta sin afectación alguna, vestido con la indumentaria propia de quien está entregado a labores muy activas. Era un hombre de pequeña estatura, cuyo semblante rebosaba buen humor. Pregunté el nombre del lugar y, con una sonrisa, me comunicó que se trataba de San Mateo, la hacienda del Presidente de Colombia, y nos rogó que entráramos por el ancho portón que ya tenía abierto de par en par uno de sus criados, agregando que el día era caluroso, que la joven necesitaría tomar algún refresco y que nuestras mulas seguirían la marcha con mayor brío después de reanimar sus fuerzas con un pienso de caña tierna. Pasamos adelante, tal como era ya nuestro propósito, atendiendo a instancia previa de la hermana del Presidente. Se nos condujo a un salón pavimentado, en uno de cuyos extremos estaban los apartamentos de la familia del mayordomo, quien hizo las presentaciones del caso. A manera de refresco nos obsequiaron frutas de exquisito sabor, y luego limonada y chocolate. Fuimos también invitados a presenciar los diversos procesos de refinación del papelón, así como los de la destilería, y a recorrer aquella parte de la finca cuya actividad nos había producido tanto placer y asombro.

Como ya me era familiar el nombre de esta propiedad, y como el valeroso sacrificio del joven patriota Ricaurte le había dado a aquel lugar una celebridad que perdurará junto con la República, manifesté mi deseo de subir al pabellón y visitar el escenario de tales sucesos; se me informó, sin embargo, que el pabellón se encontraba sin refaccionar, y que en sus muros persistían aún las huellas de la violencia militar y de la maldad de los españoles.

En cambio, el mayordomo nos rogó que lo acompañáramos y nos condujo a su residencia personal, adyacente al ingenio. Allí nos acomodamos en un soportal en cuya estructura prevalecía un estilo realmente morisco. Se sirvió luego una gran mesa, cubierta por un hermoso mantel de damasco. Trajeron bandejas con frutas de un sabor exquisito, además de vinos ligeros y un servicio de chocolate con panecillos calientes de tan buena calidad y tan bien hechos y horneados como los que hubiéramos podido saborear en Filadelfia, sin que faltaran huevos, mantequilla, dulces y un hermoso estuche con diversos licores. Poco después se presentó la esposa del señor Durán con sus bulliciosos chiquillos, además de algunos visitantes del vecindario, con los cuales quedó llena la mesa a pesar de su amplitud. Nuestro apetito era excelente, y tanto el mayordomo como su esposa se mostraban muy complacidos de que disfrutáramos del obsequio con espontánea familiaridad, y de que, al expresar nuestra satisfacción, nos refiriéramos a cada instante, por natural asociación de ideas, al lugar, al propietario y al ámbito de alegría, abundancia y actividad que prevalecía en esta atractiva hacienda.

Luego de breve sobremesa, el digno anfitrión se ofreció a enseñarnos el establecimiento, y bajando una media docena de escalones, nos encontramos frente al trapiche: una rueda de impulsión, dotada de excelente mecanismo, con eje de ocho pies, o sea 16 de diámetro, hacía girar un conjunto de tres macizos cilindros verticales de hierro de unos 2 y medio pies de diámetro, que eran alimentados con caña madura por un par de peones, manteniendo en constante movimiento a sucesivos arreos de mulas, cuyas cargas de caña eran depositadas sobre el piso, y que de regreso se llevaban a la destilería el bagazo o caña ya exprimida. El tanque o depósito situado bajo los cilindros, aunque espacioso, estaba continuamente lleno, y era objeto de incesante atención por parte de otros dos peones; uno de ellos espumaba la fécula flotante que en la superficie revelaba tendencia a la fermentación, y que era llevada a la destilería, instalada en un local que formaba ángulo con la parte oriental del trapiche, bajo la cual pasaba el arroyo ya nombrado. Esta corriente suplía el agua necesaria para los diversos usos de la destilería, y era conducida luego, mediante acequias convenientemente dispuestas, a los campos sembrados de

caña, regando así todo aquel vasto plantío que habíamos contemplado desde la cumbre de la colina.

El otro peón hacía caer con una paleta, en una serie de caños, el licor ya espumado proveniente de los tanques; estos caños remataban en los locales donde se hacía la cocción del azúcar en el ángulo occidental, y contiguas a ese local había salas apropiadas para los moldes y para el proceso de filtración.

Al lado este del corral, en la parte frontera y hacia el camino, se alzaba un edificio muy amplio, construido de piedra, al igual que el trapiche y las oficinas. Se trataba de un secadero para las panelas de papelón, formado por una serie de grandes cajones, parecidos en su forma y en el modo de usarlos a las gavetas de una cómoda, colocados bajo las vigas del secadero. Las panelas eran sacadas de los moldes y puestas en rimeros dentro de esos cajones, pero si había amenaza de lluvia, tales cajones, —que se exponían al sol durante el tiempo necesario— eran empujados bajo las vigas, ocupando el espacio entre éstas y un segundo techo, que servía también de alojamiento de algunos peones.

Mientras contemplaba esta excelente maquinaria, las actividades de venta se sucedían en forma constante. Varias personas entraban a caballo en el patio y ataban sus bestias a un pilar; otras se ocupaban en pesar las panelas de blanco y hermoso papelón sobre las cuales vi marcado el peso: 22, 25, 27 libras. Los compradores traían mulas con sacos fabricados ad hoc, y colocando una panela o más en cada extremo del saco, ataban éstos a los serones, y sin pronunciar más que tres o cuatro palabras, pagaban el importe y se marchaban. Algunos jinetes compraban uno o dos papelones y se los llevaban sobre el arzón de la silla.

Tanto en su aspecto general como en cada una de sus dependencias, esta finca revelaba la alegría y la abundancia. Se ordenó a uno de los criados que me acompañara, y recorrimos juntos todo el cañamelar; por una avenida o callejón que se extiende a lo largo de la parte septentrional del valle pasaba a través de una zanja la bullanguera quebrada que habíamos visto cruzar bajo el puente, forcejeando para abrirse paso por el arco construido sobre

ella. Este arroyo prestaba servicios permanentes a la economía de la hacienda: después de impulsar el enorme trapiche y abastecer la destilería, corría ahora alegremente por los surcos de los cañamelares y por medio de acequias bien trazadas a distancia conveniente, descendía por el plano inclinado de las tierras sembradas, de donde era luego conducida a cualquier otro sector de la extensa campiña, cuyo riego se requiriera; esos canales habían sido tan adecuadamente cavados, que todo aquel campo, o cualquiera de sus partes, podían ser regados a discreción, con sólo abrir o cerrar sus pequeñas compuertas.

Como en todos los países se observan con respeto los esfuerzos de un extranjero para hablar el lenguaje nativo, y como era de elemental cortesía —además de mis deseos de familiarizarme con aquella gente y de obtener las informaciones en que estaba interesado— charlé sin reserva alguna con todas las personas a quienes encontré en la plantación. Entre ellas me dirigí a un negro de buen aspecto, de piel lisa y brillante, preguntándole quien era su dueño. Me miró con una sonrisa que reflajaba a un tiempo sorpresa y gravedad, y me replicó vivamente que no había ningún esclavo en las propiedades de Bolívar! La emoción con que se expresó era sencillamente encantadora, y me disculpé manifestándole la satisfacción que me había producido su respuesta; se sintió entonces menos cohibido, y me informó que, si bien él no tenía restricción alguna para marcharse a donde le apeteciera, prefería quedarse en aquel lugar, y acompañar durante toda la vida al Libertador Bolívar.

Aunque nuestro desayuno había sido opíparo y abundante, se nos preparó el almuerzo mientras recorríamos la hacienda en todas direcciones; y el tiempo transcurrió tan rápidamente, que eran ya las dos de la tarde cuando fuimos invitados a sentarnos a la mesa. Al principio, y a causa de la necesidad de seguir la conversación y de corresponder a las atenciones de que éramos objeto, resultaba descortés observar con excesivo detenimiento las diversas características del sitio en que nos hallábamos, lo que fuimos haciendo luego discretamente: el salón donde se nos agasajaba estaba pavimentado de redondos adoquines, y el enlosador se había esforzado, utilizando piezas de diferentes colores, en darle al piso una apa-

riencia de mosaico. La mesa era de madera maciza y, por su aspecto, parecía datar del siglo XVI; las sillas tendrían unos cien años menos, pero el respaldo y el asiento eran de cuero de res, trabajado con destreza no común, mostrando pesadas molduras en el espaldar y en la estructura. El servicio de mesa era de plata, como los tenedores y cucharas, y también de estilo antiguo. Sin embargo, el Claret, el Madeira y el Moscatel revelaban calidad superior, y también resultaron muy buenos —cosa que no esperábamos— la cerveza negra y el *ale* norteamericanos, fabricados en Filadelfia. Se nos agasajó liberal y bondadosamente. No obstante, era necesario que siguiéramos nuestra marcha, a pesar de la renuencia que todos mostraban ante nuestra partida. A eso de las tres, conforme a las instrucciones impartidas, ya las mulas estaban listas para el viaje, aunque nuestro itinerario sufrió un retardo de media hora para corresponder a las cortesías de nuestro digno anfitrión.

No llegué a subir al pabellón de la colina, a donde sí subió el teniente Bache, quien determinó la posición que habían ocupado los españoles, de acuerdo con la dirección de las balas, que aún aparecían incrustadas en las paredes. Las dependencias externas de la finca, durante las vicisitudes presentadas por la guerra a fines de 1813 y comienzos de 1814, habían sido utilizadas como cuartel para los ejércitos patriotas, que derrotaron al monstruo de Boves en La Victoria, y a Rosete en el Tuy; aunque vencidos, estos sanguinarios e implacables oficiales hispanos, pero de gran valentía, habían logrado destruir en medio de su derrota a una tercera parte de las tropas revolucionarias que los combatían. Después de retirarse a las llanuras, Boves regresó con refuerzos formados por nativos del país, a quienes había obligado mediante el terror a alistarse en sus filas, en las cuales los retenía utilizando el mismo sistema de temeroso despotismo, y las amenazas con los tormentos que podían esperarlos en la otra vida, tema de las predicaciones de los monjes realistas que se habían solidarizado con estos ministros de la degollina. Los generales Mariño y Mariano Montilla, mediante la unión de las fuerzas a su mando, rechazaron a los realistas, mientras Bolívar, con otra división que defendía los valles de Aragua, obtuvo otra victoria en una batalla librada en su propia hacienda, en la cual se destacaron muchos actos de fidelidad cumplidos por muchos de estos negros, y de su prole, a quienes él había

emancipado previamente, y cuyo afecto y devoción lo acompañaron en todas sus vicisitudes, contribuyendo a su seguridad personal. Estos triunfos obtenidos en lugares separados entre sí por varias millas, y desconocidos hasta que el éxito permitió eliminar las fuerzas enemigas, obligaron a los generales Calzada y Ceballos a retirarse a Valencia.

Sin embargo, y aunque la revolución colombiana se ha caracterizado por actos de valor y heroísmo, tal como ha ocurrido durante acontecimientos similares en los demás siglos o países, el viajero no puede pasar por alto la heroica audacia demostrada en San Mateo por el joven Ricaurte, nativo de Bogotá. Sólo tenía 18 años de edad y se destacaba por una gran sangre fría y por la consagración a la libertad de su país; durante el ataque él defendía esta posición, por estar a cargo del polvorín, con un grupo de leales. Con mirada vigilante venía siguiendo los movimientos del enemigo, quien había decidido apoderarse del pabellón; la proporción entre realistas y patriotas era de 4 a 1 y Ricaurte determinó convertirse en héroe en aquella jornada. Después de ordenar a los suyos que se retiraran por una senda oculta, la cual llevaba a través de la sierra hasta Turmero, les informó que pronto habría de alcanzarlos, si salía con vida del plan que se proponía ejecutar para frustrar los esfuerzos del enemigo. Los soldados no habían marchado más de una milla hacia la montaña, cuando los españoles resolvieron dar el asalto y, luego de rodear el polvorín, penetraron en éste. Ricaurte estaba solo para recibirlos; y habiendo tomado ya sus medidas para cumplir de modo cabal el objetivo que tenía en mientes, en el momento en que el oficial español estaba a punto de apresarlo, le dio fuego al reguero de pólvora que había dispuesto a tal fin y pereció junto con todo el grupo enemigo que entraba para adueñarse de la posición.

La ruta desde Caracas venía mostrando una acentuada dirección suroeste hasta llegar a El Consejo; al pasar por La Victoria y San Mateo se hacía más occidental, revelando también menor uniformidad; al salir de esta última población, y luego de enderezar directamente hacia el oeste, el camino cruzaba por Turmero, importante sitio comercial de parada y puesto de aduana bajo la monarquía, cuando llegó a tener en cierta época alrededor de diez

mil habitantes; el comercio no lo ha abandonado totalmente, pero el establecimiento de la república ha permitido que todos "fumen su tabaco como les plazca" sin estar agobiados por tantas contribuciones. Como el camino que lleva a la izquierda en dirección sur permite acortar la distancia en varias millas, resolvimos seguirlo con nuestras mulas, evitándonos así la molestia de tener que subir y bajar por escabrosas cuestas; y luego de circunvalar la falda de la montaña, entramos al grato y silencioso pueblo de Maracay, ubicado al noroeste, y el cual estaba gobernado por un comandante militar.

El criado encargado de las provisiones y servicios se nos adelantó en solicitud de alojamiento. Sin embargo, ya el comandante, que acababa de marcharse para Achaguas, había recibido noticias de nuestra llegada; y antes del regreso de Vicente, se acercó a nosotros un oficial subalterno, quien con mucha deferencia nos informó de la ausencia del comandante, pero nos entregó una orden para que nos albergáramos en la casa de la señora Moreno, situada en la calle Bolívar, a la cual nos acompañó muy cortésmente.

La amplia puerta cochera de dicha casa fue abierta de par en par y, caballeros en nuestras mulas, penetramos al patio donde fuimos recibidos por dos o tres señoras vestidas de luto, de aspecto y maneras respetables, quienes nos hicieron objeto de muchas atenciones y nos cedieron los dos mejores aposentos de la casa, cuyas ventanas daban a la plaza principal. Las señoras se mostraron singularmente encantadas con la *señorita americana del Norte*. Ante todo se procedió a la rutina usual de descargar el equipaje, colgar las hamacas, preparar el chocolate, conseguir el pan (y allí lo había de muy buena calidad) y, en resumen, aderezar nuestra comida de viajeros; el pasto de las mulas y demás requerimientos similares fueron atendidos preferentemente, y sólo fue entonces cuando dispusimos de tiempo para entrar en conversación y realizar otros menesteres. Isabel traía consigo un costurero bien surtido para hacer labor de aguja y bordado, y cuando llegábamos temprano a algún sitio y no había oportunidad para dar un paseo ni sitios especialmente interesantes que merecieran ser visitados, ella abría su costurero y comenzaba a trabajar, con gran admiración de las señoras, cuyas costumbres —a pesar de algunas excepcio-

nes— continúan siendo muy hispanas en la mayor parte del país para que les cause placer una labor semejante.

Si bien nos encontramos con una ciudad llena de silencio, donde no se ve gente que ande vagando por las calles, salvo ciertos zánganos vestidos de sotana, Maracay es muy celebrada por su industria; en realidad, la parte habitada en la parte oriental de todo este valle, o sea entre el Tuy y Maracay, produce excelente impresión; el buen orden de sus plantaciones, la limpia fachada de las casas y —algo que me sorprendió especialmente— la total ausencia de esos mendigos que molestan con sus importunidades y que ofenden a veces con tenea impertinencia al forastero que va de paso, en todas las ciudades y en la mayor parte de los pueblos por los cuales cruzamos. Aquí se manufacturan las mejores hamacas con un algodón que crece en árboles de tanta altura, en todas las regiones de Colombia, como nuestros manzanos, y en un clima cuya temperatura fluctúa alrededor de 70 grados F. Es un pueblo perfectamente republicano; sus hamacas, cubrecamas y manteles gozan de mucha demanda y estima desde Cumaná hasta Mérida, solicitándoseles también en Bogotá y en Cartagena; sus habitantes se caracterizan por una peculiar honradez en las transacciones comerciales, y por estar exentos del pomposo señorío y huera vanidad de los españoles, así como por su buen carácter e industriosidad. La buena señora en cuya casa nos alojamos, había perdido en la revolución a su esposo y a otros parientes varones; y, según nos lo manifestó, sus paisanos es esforzaban continuamente en hacer cuanto estuviera a su alcance para contentarlas y ayudarlas. La madre y las hermanas de la dueña de la casa procuraron que nuestra breve estancia allí fuese lo más grata posible, y obsequiaron a mi hija con ramilletes y frutas escogidas, ofrecidos con gran ingenuidad y deseo de agradar.

El gobierno se ha mostrado previsor en muchos casos de esta índole: a dichas señoras se les ha fijado un estipendio anual, con la implícita condición de proporcionar albergue a aquellas personas respetables a quienes las autoridades consideren conveniente cumplimentar en esta forma. Me pareció entender así que nuestra llegada había sido prevista —sin saber exactamente en qué forma— y acondicionado debidamente nuestro alojamiento.

Salimos de Maracay a las cinco y media de la mañana el diecisiete de noviembre. Toda la ruta que va desde las orillas del Tuy hasta esta comarca podría ser recorrida en velocípedo por un niño, y continuó siendo llana hasta que llegamos a las inmediaciones de Valencia. Alrededor de las ocho y media contemplamos por primera vez la deleitosa perspectiva que ofrece el lago de Valencia, el cual quedaba — como dirían los marineros — a babor nuestro; la pureza, serenidad y suave luz de la atmósfera permitían observar el cabrillear de la superficie del lago bajo la brisa; las montañas, que se alejaban desde sus orillas en línea ascendente, iban ofreciendo una curva gradual casi hasta la cima; su declive se asemejaba a una especie de línea parabólica, formada por los bordes de una enorme taza de ponche. Desde este punto, el lago no presentaba absoluta continuidad, como si estuviera constituido por varias lagunas, a causa de la intersección de los promontorios, y de la línea de tierra, aparentemente continua, cuando en realidad, esta última remataba en ciertos parajes en una isla que ya no formaba parte de la costa; esta perspectiva se despejaba, sin embargo, a medida que cambiábamos de posición y avanzábamos a través de la aldehuela de Tapatapa, a lo largo de la orilla ondulante del lago, cubierta de guijarros como una playa marina. Dicha costa forma aquí una ensenada que se cierra por los lados oeste, norte y este; la parte oriental es una selva que desciende gradualmente hacia el lago; su base tiene figura de curva, a lo largo de la cual pasa el camino al salir de la zona de altísimos árboles que lo orillan entre Maracay y Tapatapa, al este. La pendiente se va elevando con rapidez, y cuando ya han sido rebasadas las dos terceras partes del semicírculo de la referida ensenada, se convierte en una imponente serranía, formando unos de esos espolones característicos de toda la cadena montañosa que se extiende desde la Silla de Caracas hasta Barquisimeto, y del cual se darán más detalles al describir la comarca que circunda a Valencia, o cualquier otra posición que merezca alguna nota explicativa.

Esta empinada sierra que se alza a la derecha es sumamente escarpada, aunque cubierta de árboles selváticos de gran corpulencia y altura. La falda de la montaña desaparece bajo arbustos silvestres de brillante follaje. A la izquierda, en la prolongación del semicírculo, el lago presenta un espectáculo encantador: el

verdor de sus márgenes en todo el contorno, la bóveda azul del cielo que rivaliza con el fulgurante espejo del lago, como si cada uno tratara de hacer reflejar en el otro sus peculiares matices; la recíproca mezcla de los colores, y aquella luz que resplandecía y chispeaba, guardaba cierto parecido con el coruscar de una *Aurora Borealis*. Descrito poéticamente, aquel paisaje podría resultar aún de mayor belleza, pues si la poesía se limitara a igualar la hermosura del tema cantado, privaría a las obras de imaginación de un parte considerable del interés que suscitan.

Mientras andábamos al trote por la pedregosa playa, extasiados por la majestuosa y múltiple variedad del panorama que contemplábamos, pudimos observar que la abrupta serranía desaparecía de pronto, dando paso a una perspectiva más dilatada del lago; ante tan brusca terminación de esta parte de la montaña, dejaron ya de interesarnos por un momento su cumbre y sus escabrosas vertientes, para experimentar ahora un conjunto de nuevas sensaciones. El abra que ponía el lago al descubierto era tan angosta que apenas permitía el paso de un solo jinete, mientras que al lado opuesto se alzaba un inmenso cono, que competía en altitud con la montaña, pero desprovisto de todo verdor; era un elevado acantilado de desnuda arcilla, cuya base equivaldría cuando más a una tercera parte de la altura, y que proyectaba su sombra sobre las trémulas aguas; su inclinación es tan pronunciada que incluso una cabra consideraría temerario escalarla, lo que sería totalmente imposible para una mula, a pesar de la seguridad y firmeza de sus cascos. El hombre, sin embargo, ha logrado abrirse paso secretamente hasta su cima, donde ha edificado no sólo una vivienda, sino también una construcción militar. En el frontispicio de esta obra aparece una lámina de dicho paraje, denominado *La Cabrera*.

Durante la revolución, y en varias ocasiones, ocurrieron en este sitio acontecimientos memorables. Después del fatal terremoto de 1812 el país perdió una gran cantidad de sus veteranos luchadores, que perecieron enterrados junto con sus armas; no más de ocho mil plazas —de las cuales 2.000 no eran plenamente aptas para el servicio— componían toda la fuerza armada de la república; y los monjes recibieron instrucciones de predicar e in-

culcar el concepto de que el sismo había sido una demostración de la venganza del Todopoderoso contra los insurrectos. Monteverde, aprovechándose de las aprensiones fanáticas de las turbas, y del pánico que las dominaba, obligó al coronel Carabaño a retirarse de San Carlos; y Miranda —con sólo 2.000 hombres— resolvió evacuar a Valencia y concentrar sus fuerzas en este famoso paso. Ya sea a causa de la dificultad del acceso por el largo y tortuoso camino que va orillando el lago, entre San Joaquín y La Cabrera, y el cual podría ser defendido palmo a palmo por un reducido número de soldados contra un enemigo mucho más numeroso; o por la forma peculiar del cono, que a causa de su escarpada pendiente proporcionaba abrigo seguro contra cualquier ataque, y quedaba fuera del alcance de los tiros en virtud de su altura, este fue el punto seleccionado, con muy buen juicio, como la posición militar más apropiada para rechazar y detener el avance de Monteverde. Sin embargo, ocurrió que algunos traidores a su patria, quienes habían atravesado la montaña como contrabandistas, comunicaron al general español que existía un sendero oculto que permitía eludir el paso de La Cabrera. En consecuencia, Miranda se vio obligado a retirarse hacia La Victoria, a donde llegó antes que su adversario. En el siguiente mes de junio, Monteverde decidió realizar un ataque nocturno, y antes del alba sorprendió a los patriotas en su reducto de La Victoria. Miranda congregó intrépidamente a los suyos, e hizo retroceder al enemigo durante más de una legua, cuando se dio a las tropas orden de replegarse, lo que permitió escapar a los fugitivos españoles. A juicio de gentes de muy buen criterio, se estimaba que si la persecución hubiera continuado con el mismo ímpetu con que se inició la acometida, Monteverde habría tenido que refugiarse en Puerto Cabello; pero lo ocurrido, conjuntamente con otros sucesos, comlujo finalmente a la caída de Caracas.

La Cabrera volvió a ocupar un lugar distinguido en 1816, cuando Bolívar —procedente de las Indias Occidentales— desembarcó en Choroní y en Ocumare. Se confió al general MacGregor el mando de la vanguardia, la cual no excedía de 500 hombres; recurriendo a rápidas marchas desde sitios inesperados, y tomando la precaución de interceptar las comunicaciones con Valencia y con Caracas, logró sorprender —mediante una hábil estratage-

na— al piquete español apostado en La Cabrera. Aprovechando que los soldados se encontraban de holgorio en la Posada, al pie del picacho, MacGregor ocupó la posición, subiendo por el sendero ya conocido, y tomando prisioneros a los españoles; luego prosiguió su marcha y se apoderó de Maracay y de La Victoria, antes de que el general realista Morales pudiera detener su avance.

Después de la proclamación de la guerra a muerte, la situación del país se había tornado muy sombría. Cuando los patriotas caían prisioneros, se disponía oficialmente trasladarlos a una cárcel militar; lo cierto era, sin embargo, que se daba en secreto la orden de ejecutarlos en el camino, a cuyo efecto se escogía siempre a un oficial de confianza, quien tenía instrucciones de hacerlos atravesar de un lanzazo al cruzar por el primer matorral que encontraran. Al coronel Ribas, un amigo de Bolívar que cayó en manos del enemigo, le fue cortada la cabeza por uno de estos monstruos hispanos, la metieron en un saco y —a la usanza otomana— se la enviaron a su agraviado y afligido camarada. Tanto la flor del ejército como la población en general estuvieron sometidas durante dicho período a una exterminación progresiva; la desesperación comenzó a adueñarse de quienes tenían un carácter débil, y otros cuyos principios republicanos eran muy poco sólidos no vacilaron ya en hablar de la conveniencia de una reconciliación con España. José Antonio Páez, nativo de las llanuras que se extienden a las márgenes del Orinoco, se había distinguido por su intrepidez insuperable; y como muchas personas se habían retirado a los llanos, censuró la conducta de aquellos hombres titubeantes, y declaró finalmente que si había miserables tan abyectos que preferían abandonar una causa en la cual se había sacrificado generosamente tanta sangre para darle libertad, tales personas no podrían esperar jamás que él los apoyara en su pérfido comportamiento, ni que se les daría oportunidad para que su cobardía contribuyera a corromper a otros compatriotas; que él por su parte jamás pondría en peligro, para salvar una mísera existencia, la causa independiente por la que había venido luchando hasta entonces. A tal efecto, reuniría a un grupo de patriotas cuyas virtudes permanecían intactas, y después de haberse apoderado de La Cabrera y del lago de Valencia, lucharía sin descanso contra los tiranos iberos y contra todos los que se sometieran a su yugo; y

que las fuerzas de toda España no serían suficientes para desalojarlo de aquella posición.

Cerca de este paraje se libró un combate desesperado, pero decisivo, en el año 1818. Como el general español Morillo se encontraba en los llanos, Bolívar concibió un plan de campaña para atacarlo, nombrando a Páez y Cedeño como tenientes suyos. El 12, 13 y 14 de febrero de dicho año se dieron tres batallas sucesivas, que obligaron a Morillo a retirarse secretamente con unos cuantos jinetes hacia los valles de Aragua. Sin embargo, los fugitivos fueron hostigados y alcanzados, conjuntamente con un cuerpo de tropas frescas que habían marchado a prestarles auxilio; el ataque se produjo en los días 16 y 17; y la carga fue tan fiera, que las tropas realistas quedaron destrozadas en El Sombrero, pueblo situado a orillas de un afluente del Guárico, a unas cincuenta millas al norte de Calabozo. Morillo logró escapar cruzando el Guárico hasta llegar a Ortiz, en su margen derecha, y de ahí prosiguió en su fuga hasta Valencia.

Se estima que el lago tiene cuarenta y cinco millas en su parte más extensa, del este-noreste al oeste-suroeste. Presenta una configuración muy irregular, interrumpida por pequeñas ensenadas y bahías, y su extensión varía en el norte y en el sur de quince a veinticuatro millas. Las islas, que son numerosas y pintorescas, aparecen cubiertas de vegetación, algunas de ellas con árboles cuyas copas se elevan a gran altura. Causa realmente sorpresa que un lago de tanta amplitud carezca de botes. El coronel Todd, quien estuvo allí unos quince días antes que nosotros, consiguió una canoa muy primitiva para recorrer el lago, pero el placer experimentado no compensó las incomodidades que se vio obligado a soportar.

Los geólogos sostienen que el curioso cono de La Cabrera fue, en un período determinado una continuación del promontorio granítico cubierto de selvas, y conocido con el nombre de Portachuelo; agregando, además, que entonces el valle era un recinto cerrado, hasta que este desfiladero lo separó de la montaña contigua. No obstante, existe igualmente otra prolongación todavía más hacia el sur, constituida por una larga estribación, rocosa en

parte, llena de vegetación, no tan alta como La Cabrera, pero separada por un desfiladero todavía mayor en su parte meridional. Por tratarse de un picacho que despierta tanto interés, se consignan aquí tales noticias, si bien las conjeturas expuestas acerca de su formación primitiva no parecen muy convincentes. Lo que sí es cierto es que, si estuviera dotada de un servicio de botes que permitiera la comunicación a través del lago, esta posición sería inexpugnable al mando de un oficial tan competente como Páez.

La persecución constante, y la rudeza de aquel batallar un día tras otro, sin casi disponer de tiempo para el descanso y alimentación del ejército, obligaron a Bolívar a suspender todo acosamiento adicional, a solicitar provisiones y a dar un refresco a sus tropas. Entre tanto, Páez fue destacado con instrucciones de recuperar a San Fernando de Apure. Tan pronto como llegaron a Valencia las noticias acerca de la marcha de Páez, Morillo reanudó sus operaciones y se dirigió hacia Oriente con las tropas acantonadas en dicha ciudad y con el resto de las que habían logrado escapar de los llanos. Bolívar, con un cuerpo de caballería que no llegaba a 1.500 jinetes, y otro de infantería que no sobrepasaba la mitad de ese número —con la circunstancia de que una parte de esta última, así como toda la caballería, sólo estaban armadas de lanzas — acuerteló a sus fuerzas, junto con la vanguardia, en las aldeas de Guacara y San Joaquín, mientras que tropas frescas ocupaban el paso de La Cabrera, y el grueso del ejército era estacionado en Maracay, La Puerta y La Victoria. Morillo decidió no perder tiempo, comprendiendo que cada hora que pasara podría contribuir a aumentar las fuerzas de Bolívar; y ante la probabilidad de que Cedeño y Páez, ausentes para entonces, recibieran la orden de reunirse con el Libertador. Se dispuso que los destacamentos situados en Guacara se retiraran deliberadamente hacia San Joaquín, con instrucciones para defender este paso y, en caso necesario, replegarse y agruparse en La Cabrera. Entre el 13 y el 17 de marzo hubo una serie de acciones bélicas ininterrumpidas; cuando pasé por el terreno que fue escenario de tales encuentros tenía aún fresco el recuerdo de aquellos históricos sucesos, sobre los cuales había obtenido información de fuentes fidedignas. Era evidente que la lucha en estos parajes debió limitarse a acciones de guerrillas, pues la naturaleza del terreno no permitía

el combate de las tropas en un frente muy extendido, y resultaba en cambio muy apropiada para la guerra defensiva y las emboscadas.

En uno de esos conflictos en las llanuras, Morillo recibió un lanzazo que lo derribó a tierra. Llegó a creerse que había perecido, pues el soldado que lo hirió, al relatar su hazaña, explicó que la lanza había quedado incrustada en el cuerpo del jefe realista. Aunque la herida no fue mortal, obligó a Morillo a entregar el mando al general La Torre, soldado valeroso y avezado, y persona de honorable condición.

La reanudación de las hostilidades había llegado hasta los Llanos, y Páez y Cedeño se reunieron con el Libertador. La Torre, que había avanzado hasta Ortiz, en el Guárico, fue atacado en este sitio, que ocuparon los patriotas. Como las vías de comunicación entre Ortiz y Valencia habían sido previamente ocupadas, el general español se retiró llano adentro y tomó a Calabozo. Esta campaña tuvo tan señalada influencia en el curso de la revolución, que no he titubeado en narrar todos aquellos sucesos que estuvieron relacionados con el memorable paso de La Cabrera. Sin embargo, no es únicamente por estas batallas, tan llenas de episodios y de tan trascendentales consecuencias, por lo que aparece tan notable La Cabrera.

Tan pronto como se encontró en condiciones de entrar en campaña, Morillo emprendió marcha hacia el suroeste y cruzó el Aguare con la intención de atacar a Páez, acampado en aquella zona para cubrir los abastecimientos provenientes de los llanos y para interceptar los destinados a las fuerzas realistas.

El general Páez ocupó posiciones en la espaciosa llanura de Cojedes, cerca de la confluencia de los riachuelos Aguyral [sic] y San Pedro con el río Cojedes, a varias millas al sur de San Carlos. Desde ahí se dominaba la vía que comunicaba con los llanos, de los cuales obtenía el ejército español el ganado para su subsistencia; esta posición de los patriotas embarazaba considerablemente a los realistas. Morillo resolvió efectuar una diversión a través de un desfiladero situado a la izquierda del adversario. Al mismo tiempo,

Páez decidía un ataque sobre el ala derecha de Morillo. Las dos operaciones se efectuaron en forma simultánea; y como las disposiciones adoptadas por uno y otro bando condujeron a resultados que ninguno de ambos jefes había previsto, cuando cada uno de ellos se percató inopinadamente de que el otro estaba en movimiento, tal circunstancia desorganizó los planes previamente trazados, y se produjo el encuentro, cuyo desenlace sería determinado por el valor de las tropas, así como por el talento militar y los recursos estratégicos de sus respectivos comandantes. Quizás ninguna otra batalla de la revolución fue más encarnizada y sangrienta; se caracterizó por una serie de maniobras, que obedecían a la posición y a la certera mirada de los jefes. Morillo eligió un puesto de mando que le permitiera dirigir las operaciones. El caudillo patriota dio una orden general a los jefes de división en el sentido de que debían mantener cierta línea de ataque, avanzando simultáneamente, de frente y de flanco, sobre cada una de las columnas enemigas; el propio Páez retuvo dos columnas de lanceros de caballería para prestar ayuda en caso necesario. Soublette, quien era el jefe del estado mayor, adquirió merecidamente singular renombre en esta batalla. El conflicto se prolongó durante varias horas y sus consecuencias fueron tan fatales para ambos bandos, que hubo que suspender la lucha a causa de las cuantiosas pérdidas y de la fatiga de los combatientes. Morillo consideró oportuno retirarse hacia San Carlos, a pesar de lo cual sostuvo que había sido el triunfador. Páez quedó en posesión del campo, y tuvo que enterrar los cadáveres del enemigo. Lo cierto fue que se logró el objetivo fundamental de proteger la fuente de provisiones procedentes de los llanos, y que el ejército español estuvo incapacitado durante algún tiempo para proseguir las operaciones militares. En consecuencia, se estima que la batalla de Cojedes fue una de las más importantes por los resultados obtenidos, al mismo tiempo que la más sangrienta de la revolución.

Como Páez fue el héroe de dicha victoria, la cual se basó principalmente en su intrepidez y sangre fría, no puede considerarse impertinente narrar aquí una anécdota suya que, aunque se refiere a la campaña realizada en las llanuras inmediatas a Calabozo, revela la opinión que tenían los españoles acerca de la descollante personalidad del jefe patriota. En efecto, ya se habían puesto en prác-

tica diversas tentativas para asesinar al Presidente, por parte de agentes secretos hispanos; y luego se tramó otra contra Páez. La naturaleza del terreno, el tórrido clima y la falta de recursos contribuían a que el aspecto e indumentaria de ambos ejércitos fuesen bastante similares, lo que tornaba a veces dificultoso poder distinguir a cuál de ellos pertenecían los soldados. Valiéndose del engaño a que podía conducir tal semejanza, se escogió a un grupo de llaneros realistas, y se les ordenó dirigirse por distintos puntos a la orilla de una quebrada, a corta distancia del campamento de Páez. Ya algunos espías, que en su condición de traidores a la patria consideraban justificado el asesinato, habían logrado determinar el sitio en que se encontraba la tienda o choza del general. Este había colgado su hamaca a la sombra de una cabaña, donde también improvisaron su dormitorio varios amigos suyos; los servidores y ordenanzas pernoctaban en contorno. Pues bien, ocurrió que un chiquillo bastante listo, llamado Antonio, quien también debía dormir junto con el grupo, había estado paseándose por la orilla de la quebrada, y al cerrar la noche se sintió alarmado al escuchar voces extrañas muy cerca de donde estaba; al prestar mayor atención, creyó oír lo suficiente para inducirlo, con instintiva discreción, a regresar precipitadamente y referir lo sucedido. Al punto, Páez decidió cambiar el santo y seña, y eligió a unos cuantos oficiales, dándoles orden de ir avanzando sinuosamente y concentrarse lo más cerca posible del paraje indicado. Se instruyó a la guardia para que dejara pasar a los intrusos. El grupo de españoles cayó fácilmente en la trampa; llegaron hasta la cabaña del general y, después de hallarla vacía, fueron instantáneamente atrapados. Ninguno logró escapar, y algunos de ellos revelaron todo el plan; se comprobó que varios eran desertores y una corte marcial los sentenció a muerte como traidores y asesinos. Antonio, aquel inteligente y discreto rapaz, adoptado como hijo por el general Páez, es hoy el joven que acaba de ingresar, para seguir allí su carrera, en la Academia Militar de los Estados Unidos (West Point).

CAPITULO XI

El Lago de Valencia. El camino va costeando por sus márgenes. El humus invade el lecho del lago y es aprovechado para el cultivo del tabaco. San Joaquín. Desolación de Guacara. Día caluroso. Alto para refrescar. Seto recortado, con limeros cargados de frutas. San Diego. Perspectiva de la llanura y del lago. El pueblo recupera la confianza. Configuración de las montañas. Súbita aparición de Valencia. El Puente de la Glorieta. Oficiales patriotas fueron obligados a trabajar como peones en la construcción de este puente, entre ellos el Cnel. Uslar, actual comandante de armas de la ciudad. En su aspecto, Valencia es distinta de Caracas. Gran número de militares. La plaza mayor. La casa del señor Peñalver. Hospitalaria acogida. Nos sentimos como en nuestro hogar. Curiosidad femenina. Amabilidad. Consejos a los viajeros. El comandante. El general Páez. Buena educación y trato ameno. Visita nocturna a la casa del coronel Uslar. Excelente ejecución del toque de retreta. Anécdotas sobre el coronel Uslar: fue comandante de los Granaderos de la Guardia; Bolívar negoció su canje; con feliz aplomo militar, contrataca estratégicamente a Morales en Naguanagua. Naturaleza del terreno en Valencia y en sus cercanías. Operaciones y estratagemas militares. Evoluciones y acción parcial. Llegada de Páez. Derrota de Morales. Efectos de la batalla de Naguanagua.

Al entrar al paso de La Cabrera, el lago aparecía despejado hacia el levante en una extensión no prevista, divisándose la costa

en su parte meridional, y al fondo la serranía, arrebujada en nubes, proyectando en lontananza su sombra que suavizaba considerablemente el brillo de la atmósfera en la zona intermedia, el cual se reflejaba en todo el lago. Los promontorios, que antes se veían como separados de la tierra, y que ahora cobraban su real apariencia de islas, eran de estupenda hermosura. Después que llegamos a su extremo más occidental, el lago se extendía muy lejos hacia el norte a lo largo de la falta del cerro de Portachuelo, mientras el camino iba orillando la playa durante un trayecto de más de dos millas. Se trataba, sin embargo, de una ensenada relativamente pequeña, que distaría quizás unas tres millas de la margen opuesta, hasta el cono de La Cabrera, y que se iba estrechando a medida que nos acercábamos al extremo septentrional, en cuyo contorno, y en sentido paralelo a la costa, seguía serpenteando el camino. En dicho límite de la ensenada, el humus que se desprendía de las alturas circundantes había invadido el antiguo lecho del lago, y ahora lucían hermosas siembras de tabaco donde antes ondulaban las aguas.

Nuestra ruta fluctuaba en forma pronunciada a partir de Tapatapa, aldea de casas espaciosas por la cual atravesamos al llegar a la orilla del lago; enfilaba primero hacia el suroeste, y luego al occidente, oeste-suroeste y sur. Entramos en el lindo pueblecito de San Joaquín alrededor de las nueve; y no hicimos alto hasta Guacara, a las doce menos cuarto. Hasta este paraje la ruta venía en dirección occidental, y allí nos detuvimos, pues el calor del mediodía era el más intenso que habíamos experimentado hasta entonces. La población se veía muy empobrecida y desolada a consecuencia de la guerra; mientras recorríamos la calle real por la cual habíamos penetrado, no logramos descubrir ninguna casa apropiada que pudiera servirnos de alojamiento para disfrutar aunque solo fuese de pasajero descanso. Al desviarnos por una calle que avanzaba hacia el sur, cruzada por un arroyuelo de diáfanas aguas, encontramos una pulpería donde se exhibían "gallos, gallinas y toda suerte de comestibles" para la venta. Entramos y nos colocamos en el rincón de una sala, cuyo extremo opuesto estaba ocupado en su mayor parte por una mesa de billar. Compramos pollos, huevos, cebollas, arroz, azúcar y algunas frutas, además de unos pequeños canastos. Se nos preparó el chocolate, mientras se cocía una hallaca, con guiso de carne de cochino y papas, sazonada con especias y cebollas.

La pulpera, que se mostró muy comunicativa, procuraba al propio tiempo satisfacer su curiosidad. Se comportó, sin embargo, con gran cortesía, y cuando dijo el importe de las cosillas que habíamos comprado, la suma me pareció tan reducida, que tuve mis recelos de que se hubiera equivocado en la cuenta. A pesar de ello, insistió en que la *hermosa señorita* aceptara unas apetitosas naranjas en retribución de la propina que le dimos.

Aparte de unos cuantos ancianos y de algunas mujeres, no vimos por ninguna parte, si es que acaso existían, a los demás habitantes de Guacara. Hasta que llegamos a este sitio no habíamos contemplado aún, en los parajes por los cuales cruzamos, señal alguna de miseria, aunque sí varias ruinas ocasionadas por la guerra. Aquella misma mañana, unas cuatro millas antes de Guacara, pasamos frente a un hermoso seto recortado que circundaba una floreciente plantación; se asemejaba en su forma a aquellos setos sembrados de tejos que estuvieron tan en boga hace medio siglo, o a los setos vivos, también cuidadosamente podados, que hoy se estilan en el estado de Delaware; pero ni los de tejos ni los de espinos hubieran podido rivalizar en belleza con aquel que entonces contemplamos. Estaba formado por limeros, y sus frutas, que abundaban en diversas etapas de madurez, eran de verde pálido o profundo, y de amarillo suave o azafrán. Un amable sirviente de la propiedad, que nos admiraba con tanta curiosidad como lo hacíamos nosotros con el seto, desgajó hábilmente unas dos docenas de dichas frutas para obsequiarnos con ellas, mostrándose sumamente satisfecho al comprobar que las considerábamos aceptables.

Después de salir de Guacara, y de haber recorrido cierto trecho, cruzamos por un lugarejo —no tan mísero como aquélla— llamado Guaco. Por encontrarnos ya cerca, decidimos seguir lentamente a través de San Diego, dejando que nuestras mulas anduvieran al paso que fuese más de su gusto. A eso de las cinco y media atravesamos la llanura, de la cual parte directamente, en toda su longitud, la calle principal de Valencia. Durante el trayecto, desde que salimos de Tapatapa, teníamos el cerro a nuestra derecha, casi paralelo con el camino, del que sólo nos desviábamos cuando los esporádicos promontorios que sobresalían de aquella barrera montañosa hacían preferible dar un pequeño rodeo antes que decidirse a trepar por

sus flancos. El lago se extendía constantemente a nuestra izquierda, aunque a veces su perspectiva quedaba obstruída por haciendas ya prósperas o en ruinas, condición esta última de que adolecían muchas de ellas. Sin embargo, durante el transcurso de nuestro viaje, pudimos observar que algunas habían sido restauradas y que se las preparaba para el cultivo, o estaban ya en plena producción. Muchas casas, que aún conservaban señales de su antiguo esplendor, permanecían en el mismo estado en que las dejara la guerra; en la vecindad de uno de estos escombros aún intactos, el terreno había sido bellamente cercado de arbustos, de unos seis pies de altura, separados entre sí por unas cuatro o cinco pulgadas, y entrelazados en la copa y en la base por esas cuerdas naturales (bejucos) que crecen con tanta variedad y exuberancia en las sempiternas selvas tropicales. A través de la cerca podía verse distintamente el elegante cuadro que formaba una siembra de añil; las verdes copas de las plantas, ligeramente alzadas sobre la tierra, formaban largas hileras con unas seis pulgadas de separación. No obstante, esta plantación recientemente restaurada aparecía como una isla entre aquella prolongada masa de vegetación silvestre, que la rodeaba por todas partes. Varios senderos o callejones llevaban hacia el lago, situado a tres o cuatro millas a nuestra izquierda. En diversos lugares resultaba muy placentero el panorama que ofrecían los cultivos, tanto por la actividad como por el alegre aspecto de los labradores, quienes, cuando pasábamos cerca de ellos, nos saludaban por lo general con un cortés movimiento de cabeza o con una sonrisa, e incluso con frases que revelaban satisfacción, pero cuyo sentido no podíamos captar distintamente. La confianza del pueblo en sí mismo era visible en todas partes, cosa que ciertamente no esperábamos, ya que Morales se encontraba entonces asolando y pillando las regiones contiguas a Maracaibo, con amenaza de incursiones a Trujillo y Mérida, en tanto que Puerto Cabello, a sólo veintidós millas de Valencia, continuaba ocupado por los españoles. Sin embargo, el pueblo se sentía sumamente confiado, después que Morales había sido derrotado en Naguanagua, población que quedaba a la vista de Valencia.

A medida que nos acercábamos a la capital, el camino se mantenía orillando la falda de la montaña, de la que brotaban muchos ramales en proyección fantástica, aunque presentando cierta especie

de uniformidad, y entre los cuales se formaban recodos o parajes retirados donde aparecían constantemente pueblos y aldeas. Ya próximos a Valencia, dimos de pronto con uno de esos promontorios, que obstruía nuestra línea de marcha; estaba cubierto de espesos árboles selváticos, sus vertientes eran muy escarpadas, y en el extremo que remataba en la llanura mostraba una enorme aglomeración de hermosísimas rocas, que asumían una actitud amenazante contra todo lo que pasara bajo su sombra, unidas entre sí por los gruesos tentáculos de parásitas gigantescos que se retorcían en torno suyo, semejantes a la hiedra en cuanto a tipo de vegetación, pero de mucho mayor magnitud; nos vimos en la necesidad de sortear este áspero promontorio, el cual se encuentra entre dos y tres millas de la ciudad, la cual emergió súbitamente ante nosotros, en impresionante perspectiva. La línea principal de la sierra comenzaba a alejarse más allá de la parte occidental de este selvático declive, que ostentaba una árida superficie, surcada de profundos barrancos. A lo largo de cuatro millas, verdoaba una espaciosa llamira, con inclinación hacia el lago situado a unas tres millas a nuestra izquierda, y hacia las tierras bajas de Naguanagua, a la derecha del camino. En ella se destacaban muchos senderos de herradura y para gente de a pie, que llevaban hasta la ciudad, en cuyo linde se concentraban todos ellos, anunciando la existencia de una población numerosa.

. . . . . .

Habíamos andado más de una milla a través de la llanura, cuando se abrió ante nosotros una anchurosa calle, que se extendía en declive hacia nosotros. De un bullicioso arroyuelo partían diversas acequias, que se internaban ondulando a través del valle situado a nuestra derecha; el riachuelo estaba atravesado por un puente de más graciosa construcción que la usual en estos casos, y casi tan ancho como la calle, de la cual formaba el extremo oriental. A cada lado se alza una anchurosa plataforma semicircular, por encima del arco, dotada de hermosos baneos de mampostería, excelentemente trabajados, cubiertos de un revestimiento de yeso, y que revelan buena ejecución artesanal. Era el Puente de la Glorieta, obra emprendida por Morillo, pero ejecutada por los patriotas; en efecto, Morillo utilizó en ella como obreros a los oficiales del ejército colombiano, a quienes las vicisitudes de la guerra habían puesto en sus viles manos. Los traían aherrojados de las prisiones, con grillos

en las piernas, y se les obligó a realizar este trabajo, bajo la férula de malvados caporales cuyas órdenes no podían calificarse sino de inhumanas. Bajo ese tórrido clima, pues los rayos del sol son más ardientes en esta comarca que en las demás regiones de Aragua o Carabobo, se les compelía a hacer la mezcla, a transportar cargas de ladrillos y piedras sobre los hombros, en pleno calor del mediodía. Cuando contemplamos la ejecución de esta obra, sin estar al tanto de su historia, experimentamos singular deleite, pero este placer quedó contrarrestado cuando oímos referirla en detalle de labios de un coronel, quien fuera uno de los constructores del puente, y al que nos fue grato conocer en casa del Cnel. Uslar. Este ejercía entonces el cargo de comandante de armas de Valencia, y hacía muy poco tiempo que había infligido una grave derrota a los españoles en Naguanagua, a unas tres millas al norte de la capital, desde cuyas calles —e incluso desde la propia Glorieta— se seguía el curso de la batalla. Fue esta la última tentativa efectuada por los realistas contra la ciudad.

Continuamos subiendo por la calle en declive, y como era día domingo, lo inusitado de nuestra indumentaria atrajo el brillo de muchos ojos, que se dirigían especialmente a la femenina acompañante del grupo y a sus rosadas mejillas. También nosotros echamos una ojeada a las beldadas de Valencia, de quienes habíamos oído decir que eran más orgullosas que las de otras ciudades. No nos parecieron tan hermosas como sus compatriotas de Caracas, pero impresionaban por la regularidad de sus facciones. Se veía que se sentían muy segaras del efecto de sus miradas, cuyo brillo les había hecho conquistar al parecer muchas amistades. Ya sea que por tratarse de un día festivo estuviesen más elegantemente ataviadas o que quisieran lucir sus sonrisas y hoyuelos más seductores, lo cierto es que se mostraban muy animadas y atractivas.

El cuartel queda al lado izquierdo de la calle, y los oficiales, quienes venían de una parada, nos contemplaban con curiosidad tan palmaria como las damas. Algunos nos hicieron varias preguntas, análogas a las que suelen formularse en ocasiones parecidas, pero cuya respuesta era aún evidentemente desconocida para ellos. Esta calle se prolonga a través de toda la ciudad, y más o menos a la mitad forma la parte meridional de la plaza mayor. Vicente, quien

nos servía de correo, había logrado ya ubicar la residencia del respetable patriota don Fernando Peñalver, Senador de Colombia, la cual se encontraba en una transversal de la calle principal, al lado oeste de la plaza. La iglesia quedaba al este, en tanto que hacia el norte se alzaban espaciosos edificios. En la parte occidental de la plaza se veían amplias residencias de dos pisos, en una de las cuales se alojaba entonces el estado mayor. Esa casa, llena de tristes recuerdos, tuvo figuración destacada en la historia de la revolución.

Eran las cinco y media cuando llegamos con nuestras cabalgaduras frente al gran portón de la casa, el cual se abrió al instante, dándonos paso, a través de un lindo portal, hacia el patio, donde fuimos cordialmente acogidos por la señorita Peñalver, sobrina del venerable propietario. Tomando del brazo a Isabel, nos invitó a pasar a un holgado salón y ordenó que nos sirvieran refrescos. Los criados de Colombia, en familias como aquella, son diligentes, corteses y puntuales; las órdenes no hay que darlas dos veces y, por otra parte, como están consustanciados con las costumbres hospitalarias de la casa, tales órdenes son prácticamente innecesarias. Nos sentíamos como en nuestro propio hogar, tratados como a viejos conocidos. El señor Peñalver se hallaba en su hacienda, situada a unas diez millas al sur de la ciudad, reparando los daños que sus virtudes habían atraído como venganza de los españoles. Era viudo, y su morada sólo estaba entonces habitada por una sobrina y por una hija de once años. Su sobrino Fernando, noble joven de dieciseis años, se encontraba acompañando a su tío.

Nuestras mulas fueron llevadas al corral, y se ordenó pienso para ellas. Cuando llegó la noche, un grupo de féminas de lindos rostros, algunas de las cuales eran posiblemente las mismas a quienes encontramos en el camino, entraron de pronto en bandadas. Varias de ellas, con toda sencillez de corazón e ingenioso buen humor, preguntaron si la *bonita señorita* había adquirido aquel color de sus mejillas en casa de la *modista*, o si realmente era natural.

Durante toda la velada, las visitas de ambos sexos fueron numerosas. Como nosotros no estábamos aún muy versados en la *lengua castellana*, las jóvenes pusieron en acción su natural bondad, en el deseo de comprender a la *señorita americana* y de animarla

para que hablase con ellas. En ninguna parte he visto gentes más joviales y llenas de más inocente alegría, tan espontáneamente anhelosas de hacerse agradables y útiles, como aquellas damas a quienes tuve el placer de conocer en Valencia, en el seno familiar. En realidad, este mismo carácter prevalece en todo el país, y no habré visto más de una o dos en todo él, de quienes pudiera sospecharse que se comportaban con afectación.

Mi hija se alojó en la propia cámara de la bondadosa señorita, y al teniente Bache y a mí se nos asignaron habitaciones separadas. El reposo de la primera noche, y las relaciones sociales de la mañana siguiente, nos hicieron sentirnos como en nuestra casa, al menos hasta el punto en que ello resulta posible cuando las costumbres y el idioma son distintos. Era lunes diez y nueve, y aunque se advertía un clima sensiblemente más caluroso que el de Caracas, la natural frescura del aire mañanero, después del reparador descanso nocturno, nos hizo levantar temprano y entrar pronto en actividad. La ruta seguida durante el viaje había sido más bien caprichosa y variable, sin imponer celeridad o fatiga, y en buenos caballos hubiera podido recorrerse en un par de días, sin cansancio alguno. Sin embargo, como el equipaje sólo puede ser transportado a lomo de mulas, y tratándose de un país donde no existen posadas ni paradores, ni es fácil conseguir cama durante la ruta, y donde los viajeros de otras latitudes tienen que llevar indispensablemente consigo no sólo la cocina y el lecho, sino también los víveres y la indumentaria, hay que resignarse a viajar con lentitud en una mula, pues es el sistema que mejor se adapta a la situación actual de aquellas regiones. En efecto, y si bien la vía que parte desde la falda de Las Cocuizas no le debe nada en absoluto a la ingeniería de caminos, el terreno llano y uniforme del valle de Aragua podría ser recorrido en un velocípedo. En ninguna parte del país se consiguen coches de rueda, y aunque los hubiera, les sería imposible —sin que se introdujeran previamente las mejoras del caso en el sendero de herradura— circular por el camino que se extiende entre La Victoria y Valencia. Después de cruzar el campo de Carabobo, dicha senda es poco viable para los caballos, y sólo las mulas le proporcionan al jinete confianza y seguridad.

Apenas acababa de hacer mis abluciones y de vestirme para

atender a los deberes sociales del día, cuando llegó el comandante de armas, el coronel Uslar, ofreciéndome amablemente sus buenos oficios, y poniendo en mis manos unas cartas recibidas de Caracas, una de ellas del general Páez, quien manifestaba sus deseos de que demorara algunos días mi estada en Valencia, donde él se proponía estar antes del jueves. El Coronel Newberry, jefe de su estado mayor, me hizo saber el mismo deseo, al cual accedí. Sin embargo, como el general recibió luego órdenes de concentrar tropas en Turmero, y de poner por obra un plan que tenía por objeto lograr la expulsión o la captura de Morales, no tuve el placer de celebrar con él la proyectada entrevista. El lunes se consagró naturalmente a los manes hogareños, y a recibir las visitas relacionadas con la inocente curiosidad que despertó la primera visita de una joven norteamericana a aquella hermosa ciudad. La satisfacción que experimentamos se justificaba tanto por el numeroso grupo de visitantes como por la cortesía y la espontánea familiaridad de las damas a quienes nos fue grato conocer. No se advertía ningún tipo de etiqueta o inhibición, aparte de las atenciones inherentes a toda bienvenida y al obsequioso *adios* con que se despedían; y a pesar de cierta deficiencia revelada por ambas partes al manejar un idioma distinto, y de los tropiezos que ocasionalmente dábamos en el uso de modos y tiempos verbales, géneros y personas, la cordialidad resaltó ser nuestro mejor intérprete, sin que en ningún momento nos sintiéramos desconcertados por esas muecas de sandez o de irremediable tontería, utilizadas a menudo en otros países al tratar a los forasteros con sarcasmo o ironía vulgares y estúpidos, por la única razón de que éstos no conocen el idioma nativo con la misma propiedad que los naturales, cuyo único mérito al respecto consiste en estar habituados a emplearlo desde su infancia!

Entre nuestros visitantes recibimos a varios oficiales, tanto extranjeros como criollos, y tuve la complacencia de merecer la estimación, traducida en servicios de orden práctico, del honorable veterano coronel Uslar, quien ejercía el comando de la plaza durante la ausencia del general Páez. Dediqué el mediodía a la lectura de mi correspondencia, y a escribir varias respuestas para enviarlas por mediación de un amigo que habría de partir al día siguiente hacia Caracas. En la noche, por amable invitación de la digna esposa del coronel Uslar, asistimos a una reunión en casa de éste,

donde nos encontramos con un grupo muy agradable de personas de ambos sexos; nos sentimos especialmente cautivados por la excelente banda militar del digno coronel, y por el estilo con que tocaron la retreta en su cuartel al golpe de nueve. Puedo afirmar que en toda mi vida escuché un conjunto más acoplado de tambores y pífanos. Pasamos muy gratamente la velada; como de costumbre se sirvió chocolate, café, tortas y golosinas, además de licores o clarete para quienes gustaban de ellos; y nos retiramos, conforme a los usos del país, a eso de las diez.

El coronel Uslar es oriundo de la ribera izquierda del Rin, creo que de Alsacia, comarca que ha sido tan fecunda en soldados valerosos y capaces. Al terminar las guerras de la Revolución Francesa, con cuyo motivo se alistó en el servicio militar, sólo había alcanzado el grado de capitán, cuando tenía aproximadamente unos veinticinco años de edad. Las dificultades propias de aquellos tiempos, y de dedicarse a otra carrera, lo hicieron dirigirse al nuevo mundo, que aparecía como campo propicio, para adquirir fama y fortuna, a los desbandados combatientes de Europa. Llegó a Angostura en 1817, y apreciados sus méritos por Bolívar, este le dio entrada en el ejército con el rango de mayor. De entonces en adelante intervino en todas las batallas y marchas que se desarrollaron en los Llanos, Cojedes y La Victoria, en las dos ocasiones en que se combatió en el glorioso campo de Carabobo, y en Boyacá. Se distinguió no solo por la disciplina de su regimiento de Granaderos de la Guardia, a cuyo comando lo elevaron sus talentos, sino también por la capacidad de resistencia y por el buen humor con que soportó las penalidades de aquel guerrear indescriptible, donde durante meses estuvo a veces sin zapatos, reducido frecuentemente a llevar por todo uniforme camisa y pantalones de dril, así como sombrero de paja, al igual que los simples soldados rasos. Raras veces iba a caballo, aunque su rango lo facultaba para hacerlo; y prefirió, mediante su ejemplo, inspirar a su guardia respeto y confianza, garantizando la disciplina, sin exponerse a la imputación de haberle hurtado el cuerpo al cumplimiento de sus obligaciones.

Al cruzar el hermoso puente construido a la entrada de Valencia, di cuenta de los trabajos forzados a que allí se sometió a los oficiales colombianos. Las vicisitudes de la guerra habían hecho

que Uslar fuese prisionero de Morillo, y el coronel me señaló en repetidas ocasiones los sitios y partes de aquella estructura a los cuales había contribuido con su trabajo manual, casi desprovisto de ropa, sin sombrero ni zapatos, esposado y cargando materiales, expuesto a un sol ardiente; pero lo que más le escocía, y consideraba insoportables, eran los constantes vituperios e insolencias de las tropas españolas, aunque, lamentable es decirlo, tales insultos no provenían de los humildes soldados rasos, quienes más bien se compadecían de su infortunio, sin tratar de agravarlo.

La historia de sus campañas es de gran interés para todo espíritu sensible, y podría servir como ejemplo e ilustración de las penalidades sobrellevadas por el ejército patriota, las cuales fueron tantas y de tal magnitud que probablemente no puede encontrárseles parangón en ninguna otra parte del globo. En varias ocasiones, su nombre fue incluido entre los que habrían de ser ejecutados militarmente, pero siempre logró salvarse por motivos fortuitos, que él consideraba como una especie de milagro. Aprovechando una coyuntura propicia, Bolívar —gran apreciador de sus méritos— consiguió su canje por otro prisionero, y lo repuso al frente de sus *compañeros* los *granaderos*. Unos pocos meses antes de nuestra llegada a Valencia, tuvo la satisfacción —a causa de su destreza y valentía, así como de la singular reputación militar de que disfrutaba entre sus enemigos— de expulsar de Naguanagua al general Morales, a cuyos veteranos derrotó con un puñado de tropas bisoñas.

Luego de recibir secretamente desde Valencia el informe de que las tropas acantonadas en dicha ciudad habían quedado reducidas a un pequeño número con motivo de haberse enviado algunos destacamentos hacia Caracas, la cual había sido amenazada con tal fin, Morillo decidió marchar desde Puerto Cabello hasta Valencia, acompañado de 1.200 hombres escogidos de sus tropas. El primer indicio de su llegada fue la aparición de la vanguardia española en las alturas de Naguanagua, población situada a unas cuatro millas de distancia y que se divisaba claramente desde la ciudad.

Valencia fue fundada en una pequeña eminencia que no es lo suficientemente elevada para considerarla como una colina; en las tres cuartas partes del terreno ocupado por la ciudad, o sea en el

sector sur, este y oeste del círculo, las calles van descendiendo gradualmente desde la plaza mayor, que es el sitio de mayor altura. Se excluye la parte occidental, por ser sólo una cuesta que sube desde la plaza mayor hasta una de esas proyecciones montañosas características de la región que semejan promontorios, apenas a pocas yardas de los suburbios, y desde la cual se domina la ciudad y la llanura. Todas las calles, tal como ocurre en los demás pueblos y ciudades que vimos en nuestro viaje, se intersectan recíprocamente en ángulo recto. Hasta el norte se perfilan las altas cumbres montañosas de la serranía; el Lago de Valencia queda al sur; y extendiéndose hacia el suroeste en todo el panorama que se abarcaba a simple vista, la llanura iba descendiendo suavemente desde el horizonte al este hasta el lago, descenso que era más pronunciado desde la propia orilla del camino, hacia el oeste y el suroeste, o sea hacia la sierra. Todo aquel circuito quedaba enmarcado dentro de la perspectiva que se contemplaba desde la plaza mayor.

El cerro de la parte norte prolongaba hacia el sur su vertiente árida y yerma, formando una especie de semicírculo cortado o media luna, de unas dos millas de diámetro de este a oeste, y tres de longitud de sur a norte. Los espolones montañosos, tanto al frente como al fondo de la ciudad, constituían las extremidades o cuernos de una media luna, entre los cuales se eleva la ciudad, y el espacio intermedio está ocupado por una plataforma irregular o valle llano; más allá sobresale y se interpone la masa de la serranía, dentro de la línea de la media luna formada por el cerro principal. Esta masa, que aparece como un desprendimiento montañoso de las vertientes del Páramo, lleva el nombre de Naguanagua, el cual corresponde igualmente a la pequeña aldea situada en su falda.

El camino hacia Puerto Cabello pasa por encima de esta llanura y del espolón serrano ya citado, serpenteando como de costumbre para ir sorteando un declive tan escabroso y empinado. En los sitios donde varía la dirección de la ruta se ven algunas chozas; pero el camino deja de ser visible desde Valencia, tan pronto como se ha cruzado el barranco o abra que queda al noreste de esta parte baja de la montaña.

La aparición de las fuerzas realistas, a sólo cuatro millas de distancia, sembró la consternación en la ciudad. Semejante incur-

sión era totalmente inesperada, y no se contaba sino con escasas tropas. Sin embargo, el comandante supo cumplir con su deber. La primera disposición adoptada fue poner inmediatamente en actividad tambores y clarines. Se ordenaron los toques regulares de disciplina y alarma, que resonaban en forma periódica, como si la guarnición fuera de unos cinco mil hombres. Entre tanto se convocó a la población para que estuviera lista a defender sus hogares y familias. Aprovechando la demora de las tropas realistas al descender la cuesta, y las cuales tenían que detenerse en cada recodo para cubrir el movimiento de sus soldados, ya que en la mayor parte de la ruta era inevitable tener que subir o bajar de uno en fondo, se comenzó a repartir mosquetes a hombres y chiquillos que hasta entonces jamás habían manejado un arma de fuego; a quienes eran dueños de caballos o mulas, el comandante les ordenó presentarse, formar de *inmediato* escuadrones armados de lanzas, en todo el frente de la ciudad y a la vista del enemigo; los enseñó a rearchar en filas y avanzar de frente o de flanco; a dispersarse y a formar nuevamente, de acuerdo con las voces de mando; y como todos eran hábiles jinetes, los hizo desplazarse rápidamente en grupos de ocho y doce al frente, y girar en el mismo orden. Estos ejercicios, con las pocas milicias y soldados de línea de que se disponía, se practicaban constantemente, y mientras las dos terceras partes descansaban, la otra evolucionaba en pequeñas divisiones que se movían por los extremos y el centro de la parte septentrional de la ciudad. Ambas fuerzas se estuvieron divisando en esta forma durante un par de días, separadas entre sí por unas tres millas; al anochecer del tercer día, los realistas bajaron en silencio al vallecito y a la aldea; y cuando amaneció, aparecieron en orden de batalla en la parte inferior de la llanura. Los patriotas se alinearon inmediatamente para el combate; la tropa, que apenas alcanzaba a trescientas hombres, se puso a la vanguardia, ocupando una posición prominente a la izquierda, o sea hacia el flanco derecho del enemigo; y la milicia, organizada en dos columnas, se situó a unas cien yardas a la retaguardia del flanco derecho de la infantería. La caballería quedó en un terreno elevado en dirección oblicua a la izquierda española, formando grupo con aquellos vecinos que sólo se habían congregado como espectadores, y a quienes se persuadió de que debían mantenerse así reunidos, asegurándoseles que lo único que se exigiría de ellos era su simple presencia.

Entre tanto se habían despachado varios correos para alcanzar en su marcha al general Páez, a fin de informarle la crítica situación existente y la presencia del enemigo; se apeló a la estratagema de hacer creer a Morales que el general se encontraba ya en camino, y que era esperado de un momento a otro con una fuerte división y los granaderos de la guardia. Esta exhibición de fuerzas, a la vista del enemigo, logró todos los efectos deseados; y otras contingencias, a que dieron lugar las circunstancias, contribuyeron a hacer más intensa la impresión que se buscaba. En consecuencia, y en vez de marchar directamente contra la ciudad, lo que hubiera sido muy factible, los españoles decidieron hacer alto, y tomaron posesión de un punto estratégico en la falda de la montaña, donde no pudieran ser atacados de frente. Ocurrió además que, por haberse encontrado muy indispuesto el coronel Uslar cuando el General Páez salió de Valencia, le fue imposible acompañarlo, como todos esperaban; por lo tanto, y a pesar de que fueron sus órdenes las que pusieron a todo el mundo en movimiento, y de que hizo llevar a la práctica todas las instrucciones que estimó aconsejables, lo cierto era que el jefe español no tenía la menor idea de que aquel se encontraba todavía en Valencia.

Al día siguiente, antes de rayar el alba, se ordenó a las fuerzas patriotas descender al valle, hasta cuyo límite llegaron, a milla y media del enemigo. Los vecinos, quienes aparentaban ser soldados de línea, continuaron apostados a la derecha, al borde de un barranco, el cual se prolongaba en sentido oblicuo al flanco derecho de la línea republicana, y cerraban el sendero, que se extendía durante un trayecto respetable por el lado izquierdo de los españoles. Cumplían en esa forma la finalidad prevista de aparecer como una eficiente tropa de reserva, logrando impedir realmente cualquier comunicación entre los emisarios realistas. La izquierda de la línea patriota quedaba cubierta por la escarpada e inaccesible vertiente del cuerno occidental de aquella media luna montañosa. Previamente se había recurrido al ardid de hacer llegar al campamento español la noticia de que se esperaba al general Páez; y Uslar, quien había logrado restablecer de sus quebrantos con la actividad desplegada, apareció revestido con su llamativo uniforme usual, montado en su bien conocido caballo ruano, en la llanura que quedaba en todo el frente del enemigo. Un desertor, quien después de

haber sido criado de Uslar, se había fugado para eludir un castigo, y figuraba entonces en la servidumbre de Morillo, fué el primero en informar al jefe español de la presencia de Uslar, lo que dió pié para suponer que éste habría llegado a marchas forzadas, y que Páez no debía estar lejos. Los realistas carecían de caballería, la cual les hubiera resultado más embarazosa que útil en el terreno que ocupaban; pero a fin de aprovecharse de la ausencia de Páez, e intentar la destrucción de las fuerzas que habían salido de la ciudad, destacaron varias guerrillas hacia el valle situado en las cercanías de la aldea. En respuesta, se lanzó a la llanura a un pequeño escuadrón formado por unos noventa voluntarios a caballo, armados de lanzas solamente, acompañados de hábiles tiradores colombianos, y lograron aislar a muchos de estos *cazadores* hispanos, obligando a replegarse hacia la aldea a quienes lograron escapar. Al mismo tiempo que se realizaba felizmente esta evolución, se dió orden a los soldados de que se dispersaran, con instrucciones de formar en un lugar previamente designado, visible desde la posición que antes ocupaban, y prepararse para avanzar en columna bajo el humo de sus descargas. Uslar tomó personalmente el mando de esta columna, los formó conforme a sus planes y dió la orden de fuego, dirigiendo la carga con una escopeta, la cual disparó como señal del ataque a la bayoneta. La milicia actuó bajo las órdenes de diestros oficiales que conocían la táctica de su jefe, y como la acometida principal fué dirigida contra el ala derecha de los españoles, mientras la izquierda quedaba desconcertada a causa del destrozo realizado en su infantería ligera, el enemigo retrocedió, ya fuese por pánico o sorpresa, o por el convencimiento de que las fuerzas patriotas eran superiores en número, y de que ya habían llegado las tropas de Páez. El movimiento rápido y compacto efectuado por el centro fué igualmente afortunado. La parte más recia del combate, sin embargo, se encontraba a la derecha, donde el propio Morales inició las acciones, después de haber congregado y formado sus tropas para atacar al valeroso batallón de Uslar. Este había organizado ya su columna sobre un espolón que sobresalía de la montaña; esta posición era ventajosa para sus tiradores y muy apropiada para fatigar al enemigo, si este trataba de ascender por la ladera. Un avance accidental del escuadrón de caballería, desde la izquierda, dejó al flanco derecho español en tal situación que permitió a los jinetes patrio-

tas, mediante una fácil evolución, cargar contra el ala izquierda del adversario. Se les dió orden de efectuar esta maniobra, mientras la infantería, saliendo del espolón, los atacaba por la derecha. Morales no estaba prevenido para este encuentro cuerpo a cuerpo, y se replegó en orden hasta la cuesta del otro lado de la aldea, donde se les permitió permanecer sin ser hostigados a causa de la noche. Los vecinos de Valencia, cuya mera presencia había prestado tan importante servicio, recibieron orden de retirarse a descansar, cuando un correo trajo la noticia de que Páez llegaría al campamento en las primeras horas de la mañana. En realidad, se apareció a media noche, y sus tropas vivaquearon en la llanura, a unas siete millas de la ciudad. Los vecinos se apresuraron a suministrarles con gran diligencia las cosas que más requerían.

Antes de salir el sol ya los patriotas estaban en movimiento, y un cuerpo de soldados escogido escaló las alturas y ocupó posiciones, sin ser vistos, a la retaguardia de los españoles, separados de éstos por un barranco profundo y escarpado. El ataque se desencadenó en forma simultánea contra la aldea y las alturas situadas a retaguardia del enemigo; la resistencia de este fué, como lo reconoció con nobleza el coronel Uslar, incuestionablemente temeraria e intrépida. Los patriotas, ya fuese por las dificultades del ascenso o de acuerdo con un plan preconcebido, se retiraron al oeste del villorrio, donde formaron filas. Alborozados por esta engañosa apariencia de desconcierto, los realistas bajaron ordenadamente a la llanura, pero apenas habían cruzado el linde occidental de la aldea, cuando Páez — quien tenía apostados sus lanceros al este de la población — cargó al mismo tiempo sobre el flanco izquierdo y la retaguardia española. El combate fué de breve duración, pero sangriento. La batalla de Naguanagua terminó de una victoria republicana que merece admiración. Doscientos realistas, con sus armas, cayeron prisioneros; trescientos quedaron tendidos en el campo, muertos o heridos; y fué considerable la cantidad de municiones de que se adueñó el vencedor. Morales se retiró a la sierra con el resto de sus tropas, y prosiguió aceleradamente la marcha hasta Puerto Cabello, situado a unas veinte millas, por el camino de Las Trincheras. La derrota fué memorable por todos respectos, y las fuerzas españolas no volvieron jamás a aparecerse por aquellos contornos. Valencia había padecido muchísimo con

la guerra y con la brutalidad de los sucesivos comandantes realistas de la plaza; el recuerdo de las matanzas y perfidias de que había sido víctima bajo todos los jefes enemigos — desde Monteverde y Morillo hasta Boves y Morales — hacía que el triunfo alcanzado fuese causa de justificado y general regocijo. También se apreció con toda justicia el valor y buen juicio demostrados para defender la plaza, desconcertar a un militar veterano y mantenerle en jaque con tanta habilidad como buen éxito, sin disponer más que de un puñado reducido de soldados de línea, cuyo número no llegaba a trescientos, pero que fueron dirigidos por un jefe de gran intrepidez y experiencia. Tal como lo merecía, Uslar recibió muestras de agradecimiento de su general, y se ganó la estimación y el afecto de todas las clases sociales. Lo encontramos cubierto de enaltecedoras distinciones y honores, ocupando un lugar muy elevado en el aprecio público y en la devoción de sus valientes granaderos, a quienes llevara tantas veces a la victoria. Poco antes de nuestra llegada, se había casado con una dama que supo valorar todos estos méritos.

CAPITULO XII

Granaderos de la Guardia Colombiana; su comparación con otras tropas. Semejanza con los espahíes de Bengala. Conceptos generales sobre los militares del país. Las tropas extranjeras no están físicamente capacitadas para acttuar en Colombia, ni tampoco podrían hacerlo los soldados colombianos en zonas de frío extremo. Privaciones ocasionadas por la guerra. Los caminos. Precauciones que deben adoptar los viajeros. Se agrega a nuestro grupo, como guía, un sargento de los Granaderos. Su personalidad. Sugerencias acerca de la clase de caminos existentes en el país. Demora en Valencia y sus causas. El Dr. Murphy. El señor Peñalver. Espantosa felonía de Boves y matanza ordenada por éste. El Dr. Peña logra escapar de los asesinos.

Seducido por la idea de presenciar una parada de los granaderos de la guardia, dotados de una banda de instrumentos de viento y de un *corps de tambour* muy superiores a los que había escuchado hasta entonces, tuve el placer de contemplar movimientos y disciplina militares que estaban de acuerdo con mis preferencias al respecto. Se reconoce públicamente que este cuerpo es el de más destacada actuación en el servicio, y se distinguió tanto por su valor en los campos de batalla como por su comportamiento en los cuarteles y su generoso *esprit du corps*. Mientras marchaban durante la parada, advertí en ellos una sorprendente semejanza con algunos cuerpos de espahíes *Patans* del ejército de Bengala. En su

mayoría, eran de una estatura aproximada de cinco pies y diez pulgadas, y varios llegaban fácilmente a los seis pies; ninguno tenía, al parecer, menos de cinco. El color que prevalecía era el blanco, con la piel atezada por la intemperie, y el rostro cubierto de ligero vello; de cada diez, unos dos presentaban tez morena o incluso más oscura; en cada compañía habría uno o dos con el pelo crespo, pero su inclusión obedecía seguramente a su estatura y robusta complexión. Hablando en términos generales, puede afirmarse que en ninguna otra parte del mundo se ven hombres tan atléticos, musculosos y bien formados, como en Colombia; parecían haber sido escogidos adrede para que sirviesen de modelos; en realidad, se trataba de un selecto cuerpo de tropa. El pelo lacio, negro y corto; las facciones generalmente hermosas, y en algunos, sobre todo en los que iban a la vanguardia, los rasgos reciamente pronunciados; se veían muy joviales, y ninguno aparentaba ser mayor de veinticinco años, ni menor de dieciocho. Tal fué la impresión que me formé a primera vista; quizás los hubiera más jóvenes, e incluso que varios llegaran a los treinta; pero lo cierto es que una gran proporción de las tropas colombianas parece no alcanzar, en ninguna de las diversas regiones del territorio, a los veinte años de edad. Los granaderos eran, sin embargo, los de aspecto más notable e imponente, y nunca me ha sido dable contemplar un grupo de hombres como aquellos, tan rebosantes de salud, y que revelaran de modo uniforme tanta robustez y contextura tan atlética.

Es posible que los selectos regimientos de Patans, Uuriahs y Rohillas del Indostán sean de estatura incluso mayor, pero sólo con raras excepciones; sin embargo, no son tan rollizos ni corpulentos, aunque sí de rostros igualmente bien parecidos, y con similar aptitud para someterse a la más rigurosa disciplina. Debe observarse, no obstante, que aquellos no estarían en capacidad de soportar las marchas y privaciones a que se somete con alegría, y sin protestar, el ejército colombiano. Los granaderos hubieran podido servir de modelos excelentes para esculpir un Apolo o un Perseo. Sus características perceptibles son la seguridad en sí mismos y la energía. Debe advertirse igualmente que este cuerpo conservaba en muy buen estado sus uniformes de ligero paño; y de las diversas compañías que vi, fue la única que aparecía bien calzada en su totali-

dad. Su entrenamiento se basaba en una mezcla de los sistemas prusiano y francés, y su marcha elástica a tres tiempos, que les impartía soltura y gracia a sus movimientos, los capacitaba para darles incluso mayor celeridad. Sus armas y equipo se veían muy bien conservados. Corrientemente llevaban una gorra trenzada, de cuero y en forma de cono invertido, con visera para los ojos, una escarapela tricolor y un pequeño penacho; pero en los días de gala usaban altas gorras de piel de oso en forma de mitra, con grandes borlas y cordón plateado, como los granaderos franceses, con galones rojos y dorados en la parte delantera, así como en el cuello de la guerrera y en la pechera de la camisa. Marchaban con un compás perfecto, y giraban con gran precisión en el momento debido

Sus facultades para la guerra, su disciplina y las victorias en que participaron (en Cojedes, Carabobo, Boyacá y otros muchos encuentros de menor importancia), pero sobre todo la constancia y fidelidad demostradas en circunstancias terribles y desastrosas, les habían dado singular reputación; en realidad, si su conducta fuese comparada con el estado en que se encontraba la población de la cual fueron traídos al comienzo del conflicto, debe convenirse en que su disciplina y conducta presentan un ejemplo ciertamente extraordinario, así como la evidencia de los efectos que puedan alcanzarse con un sistema tolerante, además de las producidos por el ejemplo de los oficiales y las familiares relaciones de estos con sus compañeros de armas. En ello consiste precisamente el sistema aplicado en Colombia: están prohibidos los golpes y los azotes, que allí no podrían obtener éxito alguno, y mediante los cuales nunca se ha conseguido formar soldados que merezcan absoluta confianza.

La facilidad con que esos hombres se convirtieron en vencedores y adquirieron tanta veteranía debe constituir un tema grato de reflexión para los amigos de la libertad: hombres que en 1810 temblaban ante el fogonazo de un dedal de pólvora y que miraban un mosquete como si fuese un demonio, se volvieron tan indiferentes ante el fuego de las batallas que frecuentemente se lanzaban al ataque, sin más armas que su bayoneta, contra artilleros situados junto a la boca de sus cañones; a menudo mediante cargas de caballería, armados sólo de lanzas. Conviene consignar aquí algunas

observaciones acerca de ciertos conceptos que generalmente prevalecen ante las terribles consecuencias que puede acarrear el hecho de que todo un pueblo demuestre tanta aptitud para las empresas militares. La verdad es que las tropas europeas no están en capacidad de causar impresión en tales países, ya que perecerían a cuarenta millas de la costa como resultado del clima, y más allá de dicha distancia, de hambre, por lo cual se ven obligadas a retroceder o a morir de inanición. Por su parte, las tropas colombianas no podrían soportar los rigores de un clima frío. Están, en cambio, felizmente adaptadas para la defensa de su patria, y son invencibles ante los ejércitos del mundo entero, siempre que se les dirija como lo han estado hasta el presente. En realidad, toda la población, tanto los hombres como las mujeres, han experimentado profundas transformaciones en su manera de ser, por efecto de la duración y de las salvajes características de la guerra en la forma en que la realizaron los españoles. La frecuencia del peligro les ha enseñado al mismo tiempo cautela y coraje; no muestran ningún recelo si no existe riesgo alguno, pero están listos para hacerle frente cuando llega a presentarse.

Con respecto al desinterés y constancia de las tropas nativas durante la revolución o las vicisitudes de las marchas militares, y ante la escasez de provisiones, cabe observar que no fueron estos los únicos rasgos de fortaleza y fidelidad; ninguno de los ejércitos de Colombia contaba con almacenes de víveres, ni hospitales, ni siquiera con paga o ropa; todo un cuerpo armado carecía a veces de zapatos y de camisa de repuesto. A causa del clima, la falta de tiendas de campaña no representaba una molestia considerable, pero la ropa — de cualquier clase que fuese — era de imprescindible necesidad, y durante muchos meses consecutivos no se pudo atender a dicho requerimiento. A veces se les daba como única paga uno de dos reales por semana, y en muchas ocasiones no alcanzaba siquiera a un real. La llegada ocasional de algún barco de los Estados Unidos permitía conseguir de cuando en cuando alguna ropa; pero el gobierno republicano no gozaba de buen crédito, a lo cual contribuían las intrigas de los emisarios españoles en los Estados Unidos, quienes — no se sabe exactamente por qué medio — lograron adquirir varias imprentas en nuestro país, realizando calumniosa propaganda contra la revolución y sus dirigen-

tes, y haciendo presentar su causa no sólo como desesperada, sino como despreciable. Estos odiosos procedimientos costaron muchas vidas y ejercieron considerable presión — no sólo en cuanto al suministro de víveres, que de otro modo se hubieran facilitado — sino sobre el propio gobierno norteamericano. Las privaciones y padecimientos de estos pueblos se fueron proporcionalmente agravando, y al contemplar su constancia y sus victorias, nuestra admiración va en aumento, a medida que se evidencian hechos específicos. Las tropas, aunque mostraron en algunas oportunidades síntomas de descontento y decepción, no dieron ningún ejemplo de indisciplina, ni se negaron nunca a hacerle frente al enemigo; más aún, parecían olvidarse de sus penalidades en presencia del adversario, cuyas barbaridades constituían quizás un poderoso acicate para la acción, y eran más bien causa de cohesión entre los soldados nativos. Los peligros jamás parecen haberlos atemorizado, cuando contaban con oficiales valerosos que se compartaban bondadosamente con ellos, y cuya capacidad así como su intrepidez ejemplar, eran generalmente reconocidas; bajo sus órdenes, el rugir de la artillería, y los ecos de las montañas andinas, no pasaban de ser una "alegre música". Algunas veces desarrollaban facultades que se adaptaban a determinados servicios de modo extraordinario. Los tiradores del valle del Cauca, según he sido informado, tenían tanta sangre fría y precisión como los nuestros; y su caballería era insuperable, cuando la naturaleza del terreno se adecuaba a sus operaciones. Eran jinetes tan hábiles como los árabes o los persas, y de un valor más revuelto que los tártaros; y en cuanto a audacia y destreza, tanto en el uso de la lanza como en el manejo de los caballos, probablemente no tenía rivales.

Quienes no hayan atravesado considerables extensiones de los Andes, posiblemente no puedan formarse un concepto apropiado acerca de las marchas y operaciones de aquellos ejércitos, ni tampoco de la incapacidad de las tropas europeas para luchar contra tan adverss circunstancias.

Los soldados de la revolución norteamericana se vanagloriaban de que los senderos cruzados por ellos estaban frecuentemente manchados por la sangre de sus pies descalzos; y tal afirmación era evidentemente cierta. Pero en Colombia el ejército carecía de za-

patos y no había caminos en ninguna parte, que pudieran considerarse como obra de ingeniería; el mejor de ellos cuando eventualmente se vislumbraba alguno, no pasaba de ser una vía rudimentaria, sólo perceptible por las huellas que dejaba el paso de las mulas, ya fuese en terreno llano o sobre rocas de amenazante estabilidad; y el ámbito en que se desarrollaron las acciones militares no fué siempre en un descampado, como Carabobo o Boyacá, sino en las vertientes o cimas de desfiladeros y precipicios rocallosos, donde nunca se habían visto vehículos de rueda, y por los cuales jamás hubieran podido circular. La comarca situada al este de San Carlos está formada por tierra relativamente plana; después de pasar el campo de batalla de Carabobo, el terreno es quebrado y presenta muchos aspectos selváticos, menos en aquellas zonas medianamente pobladas; los cultivos y los pastos suavizan en algunos sitios la natural rudeza del paisaje. Todos los ríos nacen en estas enormes montañas, y las vías que tienen que recorrer los ejércitos, así como los propios viajeros, conducen a las cumbres de mayor elevación, pues es sólo en esta forma como puede evitarse la necesidad de cruzar los torrentes. En muchas oportunidades me encontré en situación tal que, de no haber tenido la suerte de contar con un guía hábil y experto, posiblemente me habría extraviado, o quizás quedara aprisionado en barrancos y precipicios, de los cuales no hubiera habido esperanza de salir.

La ruta que necesariamente ha de recorrerse posee ciertas peculiaridades que — aunque aquí se consignan con anticipación a la experiencia personal que nos puso en contacto con ellas — permitirán demostrar las dificultades que tanto el viajero como el soldado se veían obligados a superar. A través de las comarcas habitadas — hablando en términos generales — puede decirse que la ruta aparece trazada por las propias mulas, en virtud de que la naturaleza del terreno deja claramente marcados sus cascos; en las grandes espesuras, o en las sabanas, donde la rapidez con que crece la vegetación, o su exuberante lozanía, cubren el suelo de un césped que se doblega elásticamente bajo el paso de las bestias, o donde las hierbas son tan altas que sobrepasan la cabeza del jinete, raras veces se hace visible el camino que se va siguiendo. En tales casos, el guía presta las funciones de los prácticos costeros, que buscan un promontorio que les sirva de orientación; y las lí-

neas ondulantes y las fantásticas formas de las cumbres de la Cordillera muestran picos que, al igual que los hitos terrestres que se vislumbran en la extensión marina, son los que señalan cuál es el rumbo correcto.

Los prudentes consejos del comandante de la guarnición de Valencia, y la cabal apreciación que ya habíamos hecho de nuestros sirvientes, nos indicaron la necesidad de contar con guías más expertos que cualquiera de ellos. Un sargento de los granaderos de la guardia, que había quedado un tanto inválido de los pies, prestaba servicio como ordenanza del comandante, y éste, luego de haberle consultado, nos lo propuso como guía. Dicho sargento había recorrido ya anteriormente aquella ruta unas cinco veces. Aceptamos gustosamente la recomendación, muy reconocidos del favor que se nos hacía, pero en realidad nuestra gratitud debió ser mayor aún, como lo justificaron acontecimientos posteriores.

Nuestro guía venía sirviendo con el comandante desde 1817, y ostentaba en el ojal la insignia gualda y la medalla de Carabobo. Era un soldado fiel y vigilante, y describiremos más ampliamente sus características a medida que avancemos en nuestro viaje. Basta decir por ahora que era un inglés de Suffolk, y que había combatido como marinero en la batalla del Nilo. Tenía el áspero humor de los irlandeses de su clase, y las mismas características de incensante energía animal, vivacidad y propensión al júbilo desbordante. En algunas ocasiones, como ante la naturaleza aparentemente inexplicable de una sabana, de una selva, del lecho de un río, de un barranco o de algún páramo solitario, tenía yo por costumbre provocar sus chocarrerías a manera de pasatiempo; y como era la única recompensa que estaba autorizado a recibir, me esforzaba siempre en tratar de retribuirle, mediante demostraciones de confianza y de bondad, los excelentes servicios que nos prestó de modo tan alegre y constante hasta el propio momento de nuestra partida.

Cuando surgía una de las circunstancias señaladas, nuestro diálogo era más o menos del tenor siguiente:

—Sargento, ¿no habremos perdido el camino?

—¿Cuál camino? — me respondía. En este país ya no existe camino real, pues todo se ha vuelto republicano.

—Está bien; pero incluso los republicanos tienen que viajar de una parte a otra.

—Entonces, fíjese en aquel picacho que se eleva hacia el suroeste.

—¿Cuál de ellos? ¿El más alto?

—Sí, coronel, precisamente el más alto de todos.

—¿Debo suponer entonces que por allí cerca pasará nuestra ruta?

—Pues sí, coronel, por toda la cresta.

—No es la primera vez que observo que el camino siempre cruza por las cumbres más empinadas.

—Ciertamente debe considerarlo como norma, coronel; cuando durante el viaje se encuentre con varias montañas, puede tener la seguridad de que el camino pasará por la más elevada de todas; esa era la vía seguida por los indios, y luego por los españoles; y aún es la que hoy se sigue, como usted ve.

—Espero que ahora, ya terminada la guerra, se construirán mejores caminos, que permitan acortar las distancias.

—Ese no es asunto mío, coronel; yo pertenezco a los granaderos de Colombia; pero cuando me entreguen las pagas atrasadas y la parcela de tierra que me sea asignada, entonces no tendré inconveniente en charlar con usted sobre este tema.

Conforme a la teoría expuesta por nuestro guía militar, la política de no contar sino con vías intransitables, o virtualmente con ningún camino, correspondía a los aborígenes; como se encontraban en perpetuo conflicto habían elegido — tanto para fines defensivos como ofensivos — los senderos y pasos más elevados y de

más difícil acceso, desde los cuales pudieran divisar la llegada de algún enemigo, caerle encima por sorpresa u hostigar a la fuerza asaltante haciendo desprender enormes masas de rocas a lo largo de las vías de acceso. Por cierto que esta estratagema se utilizó repetidamente contra los españoles, y con terrible éxito, durante la última revolución. Añadió nuestro guía que los españoles habían adoptado igual política, a fin de dificultar la comunicación entre provincias vecinas. La teoría me pareció bastante admisible; en realidad, el único medio de comunicación autorizado entre Bogotá y Caracas era el *correo*, el cual requería unos cuarenta días para cumplir su cometido; se organizaron puestos de parada, en los cuales eran relevados los mensajeros, y como el material transportado era por lo común tan liviano que hubiera podido llevarlo una paloma, el esfuerzo requerido no era muy considerable, ni resultaba aconsejable procurar mayor rapidez. En cuanto a los simples particulares, se les oponían diversos obstáculos para permitirles viajar de una región a otra.

Me ha parecido conveniente consignar los detalles anteriores, porque sirven la doble finalidad de explicar la marcha de las tropas y de prevenir al viajero acerca de las dificultades viales que se verá obligado a afrontar.

Por consideración al general Pácz, habíamos prolongado nuestra estada en Valencia más allá de lo previsto, aunque en realidad no pude entrevistarme con él, porque las necesidades del servicio militar le hicieron tomar otro rumbo. Un accidente contribuyó, sin embargo, a que se prorrogara hasta once días nuestro alto en Valencia. El comandante de la plaza, en su deseo de proporcionarnos toda suerte de satisfacciones, nos informó que el más hermoso panorama del lago era el que se podía disfrutar desde la terraza de una casa contigua, ubicada en una de las esquinas de la plaza, y que ahora servía de cuartel. El día veinte, provistos de nuestros gemelos, subimos al lugar indicado, y encontramos que se trataba de una terraza análoga a las que existen en todas las casas bien construídas de la India. El lago quedaba a unas tres o cuatro millas hacia el sureste, y la perspectiva que desde allí se contemplaba era ciertamente grandiosa; la Serranía de Ortiz, que se extiende aparentemente en dirección este-oeste, frente a la costa meridional del

lago, se veía en la distancia como un manto de seda de cambiantes colores, algo así como un espejismo que a ratos parecía desvanecerse y que luego retornaba con mayor nitidez; mientras el lago, perdiendo su aspecto de chisporroteante mar de azogue, se iba empequeñeciendo hasta quedar convertido en un estrecho golfo, cuya extremidad resultaba imperceptible. La sierra que separa el valle del mar parecía presentar, cuando tendíamos la mirada a lo largo del lago, un matiz ocre, salpicado de verde oscuro; y desde allá ascendía un vapor transparente y brillante, que daba la impresión de transmitir cierta consistencia a la atmósfera.

Satisfecha ya nuestra curiosidad, nos dispusimos a descender. Por desgracia para mí en aquella ocasión, la escalera no consistía en el doble tramo gótico de pesados ladrillos, o sea la más común, sino que era de madera, con cuatro descansillos. Ahora bien, algunos de estos últimos habían sido arrancados, para utilizarlos como leña, por los *cocineros* del cuartel; y más preocupado por la seguridad de Isabel que por la mía, olvidé por un instante que faltaba uno de dichos rellanos, y rodé repentinamente hasta el fin de la escalera, arrastrado por mi propio peso. Lo primero que se me ocurrió fue gritar: "No ha pasado nada"!, aunque en realidad no me era posible ponerme de pie, y tuve que arrastrarme a gatas desde el lugar donde había caído. Me sentía un poco aturdido, y tan magullado que no pude montar a caballo hasta el día veintiocho. El accidente, sin embargo, quedó compensado con creces, en virtud de las amistades a que dio origen, y de la bondad con que fui tratado. Entre dichas ventajas estuvo la intimidad con el señor Peñalver, quien —enterado de mi llegada— había regresado a Valencia la misma noche en que me ocurrió el referido accidente.

El médico de la guarnición acantonada en Valencia, al saber lo que me había sucedido, me fue a visitar por espontánea amabilidad suya; tuve la suerte de contar con la ayuda de su competencia profesional, y el placer de entablar buenas relaciones con él. Se llamaba William Murphy, era nativo de Sligo, en Irlanda, y se educó en el Trinity College de Dublín, donde estudió medicina y se graduó. En su condición de católico, y de hombre de singular talento, su propio país era el lugar menos apropiado para que pudiese mejorar de condición, o para vivir en paz sin ser objeto de bajezas y ruin-

dades; el territorio colombiano, en cambio, se abría ante sus ojos como el sitio indicado donde sus méritos y virtudes le prometían vivir en pie de igualdad con hombres de gran valer e importancia. Un paisano suyo, el doctor French Mullery, quien había sido amigo de juventud y condiscípulo de la universidad, y que se encontraba en circunstancias similares, decidió acompañarlo como emigrante y ambos habían sido ascendidos al rango de cirujanos mayores del ejército. Un tiempo después volví a encontrar a Mullery en Barquisimeto. Los dos facultativos disfrutaban de la más alta estimación, no sólo por sus méritos profesionales, sino también por la ejemplar integridad de su comportamiento social. Si las palabras pudieran expresar debidamente los sentimientos que me inspiraron estos dignos hiberneses, me extendería aún más en mis expresiones de aprecio y gratitud por las generosas y desinteresadas atenciones de que me hicieron objeto, tanto a mi como a los demás miembros de mi familia.

Obligado a permanecer en cama durante cuatro días, tuve amplia oportunidad, a causa de las amables visitas que me dispensó el señor Peñalver, para conversar con él sobre temas muy diversos: la revolución; la barbarie de los jefes españoles y sus ruinosos efectos sobre las familias; las primeras disensiones y banderías que se produjeron como resultado de no haberse consolidado una opinión general sobre el cambio de régimen; la inexperiencia del nuevo gobierno; la fuerza del espíritu parroquial; las ambiciones personales; los celos que muchos experimentaban ante hombres dotados de mayores talentos; los vestigios de adhesión por España, que sólo pudieron ser completamente erradicados por la brutal ferocidad que caracterizó la conducta de todos los gobernantes y funcionarios hispanos, desde los comienzos del conflicto hasta aquellos mismos días en que Morales proseguía extendiendo su obra de devastación, y acumulando una fortuna a base de rapiñas, con el propósito de transferirla a Europa, a donde pensaba retirarse tan pronto como la considerase suficientemente cuantiosa para llevar a la práctica sus planes para el futuro. La personalidad de muchos hombres eminentes, tanto vivos como muertos, fue analizada con mucho acierto y perspicacia, así como la enaltecedora perspectiva que la revolución presentaba a la posteridad, pero que había costado tantas ruinas y padecimientos a la generación que la realizó.

Mi visitante me informó que él era el único sobreviviente de siete hermanos, y que los demás perecieron durante la guerra o habían sido asesinados. De su numerosa familia, sólo le quedaban una sobrina, un sobrino de dieciséis años y una hija de once. Sus haciendas habían sido devastadas, y él tuvo que exilarse voluntariamente de la patria. Su sobrina, luego de padecer todas las penalidades que son inherentes a una fuga por mar, llegó hasta las Indias Occidentales, de donde regresó a su país a través del Orinoco. Esta dama, al brindarnos la hospitalidad de su hogar, nos hizo sentirnos tan satisfechos que hubiéramos deseado no tener que despedirnos jamás.

Entre las diversas historias que me fueron relatadas mientras me encontraba así reducido a la cama, se destacó un horrible acto de perfidia y de matanza cometido deliberadamente por un general español. La campaña de 1814 fue singularmente calamitosa para la república; y las necesidades del ejército sólo podían ser atendidas separándolo en diversas divisiones, a fin de proporcionar un abastecimiento equitativo de provisiones en las distintas regiones del país. Los españoles habían distribuido sus fuerzas en grupos comandados por diferentes jefes; y, en consecuencia, los líderes republicanos llegaron a la conclusión de que la política más acertada consistía en hacerles frente mediante la táctica que ellos mismos habían preferido: una guerra de guerrillas. El resultado, no obstante, fue desastroso para los patriotas: en los llanos, en Coro y en otros lugares salieron derrotados. El feroz Boves entró a Caracas en 1814, y las casamatas de La Guaira se convirtieron en prisión y luego en tumba de muchos generosos varones. El sitio de Puerto Cabello tuvo que ser suspendido. Sólo Valencia continuaba resistiendo con éxito, pero a costa de grandes sacrificios; después de la primera batalla de Carabobo, el 28 de mayo de 1814, todos los factores se conjuraron contra la suerte de la ciudad, y ésta consideró necesario capitular de acuerdo con las aceptables condiciones ofrecidas por Boves.

Como una demostración del completo menosprecio de tratados y promesas que fue característica general de la conducta de los comandantes hispanos, se insertó en el acta de la capitulación un artículo que Valencia esperaba habría de ser el de más solemne

e imperativa obligación al estar santificado por la más sagrada ceremonia católica. En efecto, y conforme a dicho artículo, se convino en que la capitulación se ratificara en plena misa mayor que se celebraría en presencia de ambos ejércitos, y que, ante el sacro emblema de la divinidad, todos jurasen por la hostia observar fielmente los compromisos contraídos. Celebrada la ceremonia y efectuado el juramento, la ciudad se rindió a las autoridades realistas.

La calma que siguió pareció de buen augurio, y comenzó a prevalecer el criterio de que era preferible someterse a insistir en la prosecución de la guerra. Ay! aquella calma sólo era precursora de una espantosa catástrofe. En toda Suramérica existe la costumbre de celebrar los acontecimientos importantes mediante fiestas y saraos. Como la ciudad estaba tranquila y el recuerdo de los anteriores padecimientos había comenzado ya a desvanecerse, Boves manifestó —para testimoniar su satisfacción ante la apacible situación reinante— que daría un grandioso festejo. En consecuencia, se invitó a las principales personas de ambos sexos a un espléndido banquete amenizado con baile; e incluso se hizo saber que la inasistencia sería interpretada como un acto poco amistoso, con lo cual se consiguió el efecto que se deseaba.

En estas celebraciones, cuando el grupo de invitados es muy crecido, hay la costumbre de que las familias se presten entre sí la vajilla y otros utensilios y adornos que puedan requerirse. En aquella oportunidad, era lógico suponer que el general español no dispondría de vajilla suficiente para aderezar convenientemente la mesa que se serviría a tan numerosa concurrencia. Así, todas las familias se mostraron deseosas de contribuir con las piezas de vajilla que se habían salvado de anteriores pillajes; y su afán era tanto mayor por esperar que en esa forma podrían obtenerse favores especiales para quienes cooperaran al respecto. Fue muy escasa la vajilla que quedó en las residencias particulares después de esta contribución; lo que indica el festín resultó suntuoso. Todo el día transcurrió en medio de expresiones de consuelo y condolencia, en tristes recuerdos por las aflicciones pasadas y en congratularse de que ya hubieran terminado. La tarde pareció demasiado larga, y la noche harto presurosa, a los grupos de danzantes. La música alegraba los salones, y las calles estaban animadas por aquel

festivo evento social. En uno de los salones la juventud de ambos sexos se entregaba a los placeres de la danza, y en otro se brindaba copiosamente sin aprensión alguna. Fue tan general aquel rato de momentánea alegría, que todos los invitados varones —con muy pocas excepciones— se pusieron a libar copiosamente, dejando casi solas a las damas en el salón de baile. De pronto las puertas se abrieron de par en par, y mientras unos soldados armados de sables y bayonetas custodiaban la salida, los demás iniciaron al punto una masacre general entre los hombres, en medio de gritos y alaridos de las mujeres que estaban en la sala contigua, quienes sin temor por sus vidas se precipitaron a aquella escena de muerte, buscando vanamente a sus esposos, padres, hijos y hermanos, a los que encontraron bañados en sangre y en los últimos instantes de la agonía.

Sería inútil todo comentario para censurar un acto tan atroz, en el que el delito más insignificante —como es fácil colegirlo— fue el pillaje de toda la vajilla que se había prestado. Varios oficiales subalternos, que no estaban entre los invitados, tuvieron la imprudente honradez de condenar lo ocurrido. Al saberlo el tirano Boves, ordenó ejecutarlos sumariamente, junto con algunos soldados, quienes habían expresado similar indignación, en el propio sitio donde se había celebrado la misa solemne para ratificar la capitulación.

Entre los pocos que tuvieron la suerte de escapar a aquella matanza colectiva estaba el señor Miguel Peña, juez de la Corte Suprema de Bogotá, con cuya intimidad me honré durante mi permanencia en dicha ciudad. Este caballero se encontraba entre los huéspedes, y ya fuese por desafición a los excesos alcohólicos, o por haber advertido algunos movimientos sospechosos que lo indujeron a ponerse sobre aviso, se había retirado a las habitaciones del piso bajo, donde pudo conseguir un hábito de monje, que le permitió circular sin interrupción; por simple intuición, se encaminó hacia al sierra vecina, y llegando a una aldea situada al otro lado de la montaña, esperó a que se confirmaran o disiparan los recelos que abrigaba; cuando tuvo noticia de lo ocurrido, se apresuró a alejarse de la zona de peligro. Toda esta historia me la ratificó él mismo en Bogotá.

Lo aquí relatado se consigna de memoria, de acuerdo con la narración que me hizo eventualmente una persona que residía en la ciudad para aquella época; es posible que se me haya escapado el recuerdo de algunos incidentes también de mucha gravedad; pero prefiero exponer en sustancia lo que entonces escuché antes que arriesgarme a referir en forma equivocada o trunca un episodio que ya es de por sí suficientemente destestable y repugnante.

CAPITULO XIII

Aguas Calientes. preparativos de marcha. Precios cobrados por el alquiler de las mulas. Aumenta el número de nuestros compañeros de viaje. Partida el día veintiocho. Comarca muy hermosa. Vasta extensión sin cultivar. Descripción de nuestro grupo. Costumbre de viajar con armas y su conveniencia. Aspectos de la región. Promontorios que se proyectan hacia la llanura. Bifurbación del camino. Centros poblados a lo largo del trayecto. El campo de Carabobo. Conducto de Morales. Pugna entre los jefes españoles. La Torre se retira. Amenazas de Morales y varonil declaración del capitán Spence. Pueblos a la orilla del camino. Clima cálido. Viajamos de noche. Las Palmas. El río Portuguesa. Alojamiento de Las Palmas. Un alcalde obeso y de buena índole. Observaciones sobre costumbres locales. Estilo de construcción. Reminiscencias y analogías. Hábito de fumar y su decadencia.

Antes de ocurrir el accidente que hizo prolongar mi estada en Carabobo, me había propuesto efectuar una excursión a las fuentes termales llamadas Aguas Calientes, situadas en las cercanías de Puerto Cabello, y que se encuentran a unas veintidos millas de Valencia. Tal proyecto, sin embargo, hubiera sido de todos modos impracticable, pues como los españoles continuaban ocupando a Puerto Cabello, se había destacado desde Valencia un piquete de tropas a fin de que se apostara en el paso principal de la montaña, con ordenes estrictas de no permitir la circulación de personas entre un

lugar y otro. No obstante, el teniente Bache se las ingenió para conseguir un pasaporte, sólo con el fin de visitar dichas fuentes termales, que tenía curiosidad de conocer después de leer la descripción hecha por Humboldt. A pesar de ello, el piquete no lo dejó pasar y tuvo que volver a Valencia, sintiéndose compensado por haber podido contemplar el campo de batalla en Naguanagua y las escarpadas estribaciones de la cordillera, por la cual pasa el camino hacia Puerto Cabello.

Como ya me había restablecido lo suficiente para montar a caballo, aun cuando se hizo necesario acondicionar convenientemente el pellón de la silla, se procedió a gestionar la adquisición de mulas para el equipaje y los servidores. Por una distancia como la de Caracas a Valencia, que es de unas 107 millas, se cobran cinco pesos por el alquiler de cada bestia; sin embargo, por un trayecto más o menos parecido, entre Valencia y Trujillo, me pidieron diez pesos por mula. Aunque a primera vista, una diferencia tan considerable parecía a extorsión, el coronel Gómez —quien había sido edecán del Presidente Bolívar— me explicó que la naturaleza del terreno justificaba dicho aumento. Al igual que todos los oficiales que estaban al servicio del ejército colombiano, y que fueron siempre muy amables y bondadosos conmigo, el coronel Gómez se comportó muy gentilmente, encargándose de conseguirnos un arriero. Aunque la conducta de este último fue relativamente aceptable en comparación con la del peón que lo acompañaba, no por ello dejó de hacernos víctima de algunas trácalas, pero ninguna de ellas llegó a ser suficientemente grave como para elevar una queja ante el coronel. Además, y tal como este nos había informado, pudimos comprobar que las condiciones de la ruta justificaban realmente el doble precio que se nos pidió, en relación con el que regía entre Caracas y Valencia.

Nuestro buen amigo el comandante de armas, estimulado por su deseo de sernos útil, y basado en su propia experiencia, tal como se dejó constancia en el capítulo anterior, había logrado descubrir que, si bien nuestros sirvientes Vicente y Pedro se jactaban de ser excelentes baqueanos en todas las rutas del país, y de que ello los capacitaba para convertirse en nuestros guías, ninguno de los dos había viajado más allá de Trujillo, y desconocían por lo tanto todo

el territorio que se extendía al sur y al oeste de dicha zona. En consecuencia nos ofreció como acompañante a un sargento que le servía de ordenanza y ya había recorrido unas cinco veces en toda su extensión la ruta que nos proponíamos seguir. El sargento, de quien también hice ya referencia anteriormente —y que a causa de su pasión por los viajes estaba connaturalizado perfectamente con el clima, la clase de alimentación y las gentes de la cordillera— era tan conocido en todas las regiones del camino, que la sola idea de este pequeño recorrido de 1.300 millas le producía tanta satisfacción como si se tratase de una excursión de placer. Por otra parte el único gasto que su compañía significaba para nosotros era el alquiler de una mula adicional, pues el comandante estableció como condición que no se le debía pagar retribución alguna, aunque tal recomendación era ciertamente innecesaria, pues él consideraba como un favor especial la licencia que se le daba para viajar con nosotros. Este nuevo acompañante nos fue sumamente útil por diversos motivos; en efecto, conocía a todo el mundo en los diversos lugares por donde pasábamos y sabía cómo conseguir lo que necesitábamos, siempre al más bajo precio posible. Debo reconocer honradamente que, sin su ayuda, habríamos requerido más de tres meses para llegar al fin de nuestro viaje, y tampoco hubiéramos sabido cómo precavernos debidamente contra las bellaquerías de nuestros dos mercenarios asistentes. Un sargento o caporal se siente tan orgulloso de su rango y se muestra tan firme en sus atribuciones de mando, como si fuese un general. Por consiguiente, lo encargamos de dirigir el personal de transporte. Como al alquilar las bestias es indispensable que tres o cuatro de éstas vayan cuidadas por un mozo de mulas para atender a las necesidades de forraje, carga y descarga, y para responsabilizarse del regreso de las mismas, llevábamos en nuestra comitiva a un arriero, montado en su propia mula, y al respectivo peón, que marchaba a pie, de modo que el sargento se sentía en su elemento y ejercía sus funciones como si estuviera cumpliendo un servicio militar. Cuando se ajusta el alquiler de las mulas, la alimentación de éstas, así como la de los arrieros y peones que las cuidan, queda comprendida en el precio pagado.

Ya llevábamos once días en Valencia y nos habíamos ganado la estimación y buena voluntad de muchas apreciables personas

de ambos sexos. Nos despedimos de ellas el 27 de noviembre, especialmente del intrépido comandante de la plaza, de varios oficiales de los Granaderos de la Guardia y de nuestro amable amigo el Dr. Murphy. Como nuestras mulas llegaron puntualmente (caso bastante raro), el alba del día veintiocho nos encontró ya montados en en ellas, acompañados — conforme a lo acostumbrado al respecto — por un grupo de nuestros amigos, listos para escoltarnos hasta las afueras de la ciudad. El venerable y digno don Fernando Peñalver fue el último en separarse de nosotros, después de haber recorrido un trayecto de casi diez millas, dejándonos tan profunda impresión de su inteligencia liberal y cultivada, así como de las virtudes y principios que ponía en práctica, que sólo podrá borrársenos de la mente cuando ya no estemos en posesión de nuestras facultades.

Solo fue después que hubo aquella amistosa plática y quedamos en libertad de mirar a todo nuestro talante en torno nuestro, cuando pude examinar en mejor detalle la llanura y comarca llenas de belleza que estábamos atravesando, así como el aspecto de quienes formaban parte de la *caravana*. El sargento abría la marcha, seguido por el teniente Bache y su hermana, detrás de los cuales iba yo; en la retaguardia venían las tres mulas con el equipaje, la de relevo, el arriero y su peón, y por último los dos criados. El grupo constaba de seis viajeros, además de los arrieros, y de once mulas. El sargento había enjaezado la suya, y cuidado de su atavío personal, al estilo militar del país. La mula llevaba una buena brida, con enorme bocado y filete, y algunos paramentos, que aunque ya descoloridos, revelaban que en otro tiempo lucieron en algún vistoso cuerpo de tropa. La silla de montar de nuestro guía era de arzón español y borrén alto, provista de sólido fuste, del cual sobresalían, por encima de las ancas de la mula, dos fuertes ramales, que evitaban todo roce con el lomo del animal; llevaba consigo su maleta, que contenía una buena provisión de pólvora, balas y pedernales; una caja de yesca, trozos de acero y fósforos; y lo que él llamaba su *equipo*, formado por una serie de diversas herramientas mecánicas, como pinzas, alicates, barrenos, cinceles, limas, martillos, tornillo de carpintero, destornillador, tirabuzón, leznas, cuchillos, agujas —desde las que usan los marineros para el remiendo de velas, con dedales de palma, hasta las que se emplean en tejidos

más finos, como la batista, y de las cuales llevaba varios surtidos—; dedales para señoras, destinados a obsequios galantes; además de cintas, carreteles, tijeras y botones y hebillas de distintas clases. Vestía una corta guerrera militar, de color azul, con el cuello de rigor y botones amarillos, de uno de los cuales colgaba, a la izquierda del pecho, la cinta guelda y la medalla de plata de Carabobo; pantalones de dril, corbatín negro, botas de servicio con una sola espuela, cuyas rodajas mostraban enormes aguijones, suficientes para poner en movimiento a un elefante; en el negro cinturón tenía una fuerte *cuchilla* o espada corta, ancha y afilada, de unas veintisiete pulgadas; en las fundas de la silla guardaba un par de pistolas; y portaba a su derecha un corto rifle prusiano, colgado de un aro corredizo adherido a la silla. A veces se tocaba la cabeza con una gorra de infantería, ornada por un largo penacho de plumas, bellamente teñidas con la cochinilla, el índigo y la cúrcuma del país, así como una escarapela con los mismos tres colores. En otras ocasiones, cuando nos encontrábamos en ciudades como Mérida o Tunja, sacaba a relucir su gorra de granadero; y cuando iba a caballo lo acompañaba una lanza de unos diez pies de largo, de la cual pendía un fuerte cordel arrollado en torno al asta, mientras que el otro extremo estaba atado a un nudo corredizo en el brazo; el cuento de la lanza descansaba sobre una muesca de hierro abierta en el estribo. Sobre la silla llevaba, convenientemente plegada, una manta de buena calidad que le servía de cubrecama durante la noche y de "roiicro" cuando llovía.

He consignado extensamente los detalles relacionados con el celo previsor de nuestro sargento, pues lo cierto fue que, durante el transcurso del viaje, casi todos los artículos llevados por él resultaron de alguna utilidad, y algunos lo eran en grado especial en un país donde no existen artes y oficios de ninguna clase (salvo con lo que respecta a la agricultura), si se exceptúa a las poblaciones importantes, e incluso en ellas no siempre abundaban ni eran de muy buena calidad. Por mi parte, yo también me había provisto de algunos objetos que consideré neccaarios, tales como un martillo, un pequeño tornillo de carpintero, varias limas, etc.; y aconsejo no olvidar una hacha pequeña o un machete bien afilados, colgados del arzón de la silla, pues en los valles donde la vegetación es exuberante o al atravesar espesos bambuales, una u otra herramien-

ta prestarán siempre útiles servicios. Aunque en realidad no teníamos ninguna razón para recelar que pudiéramos ser víctimas de asechanzas o ataques, nos atuvimos a la práctica usual en el país de viajar con armas, y cada uno de nosotros llevaba un buen sable, además de un par de pistolas; los nativos a quienes encontramos en la ruta iban también armados, algunos con fusiles y otros con escopetas; ello se debe posiblemente a una costumbre ya establecida, o puede obedecer a circunstancias de la guerra, que ha dejado sueltos por los caminos a varios vagabundos.

Es de todo punto imprescindible el conocimiento del idioma nacional. Nuestro sargento lo hablaba con más fluidez que corrección, y con mayor vivacidad de la que podría esperarse de un inglés. Lo cierto es que nunca dejó de hacerse entender, y de aparecer, en casi todos los casos, como una persona agradable. Sin embargo, cuando se tropezaba con un alcalde altanero o bellaco, o con un arriero rapaz, entonces se comportaba más ásperamente, y procuraba no sólo destacar su propia importancia —conjuntamente con su cinta y su medalla de Carabobo— sino la del *coronel de los Estados Unidos*, a cuyo servicio había sido asignado por el comandante de armas de Valencia.

En fila india comenzamos a recorrer una cadena montañosa de rumbo zigzagueante, a cuyos pies quedaba la llanura de Valencia. Al dejar la ciudad, el camino sigue en línea recta al sur, descendiendo suavemente hasta el lago, en dirección oblicua a su extremo más occidental. A medida que dejábamos atrás el lago, el terreno se iba elevando, sobre todo cuando la ruta torcía hacia occidente y se dirigía, tanto a la derecha como a la izquierda, hacia las montañas que lo circundaban por ambos lados. Cuando entramos a Valencia ya habíamos podido observar, en la extremidad occidental de la ciudad, uno de aquellos promontorios que surgen como grandes ramales de la larga sierra costera; por el lado oeste de este ramal saledizo, una cadena de montañas bajas, cuya altura no alcanza a una tercera parte de la cordillera de la costa, se prolonga en dirección sur-suroeste y se extiende hasta más allá de Barinas; de la vertiente frontera de estas estribaciones menores brotan multitud de ríos de caudal variable que atraviesan la llanura, siguiendo por lo general un rumbo suroriental y oriental, y los cuales hacen

impracticable el paso a la cordillera principal de los Andes durante la mitad del año, mientras que en la otra su vado siempre resulta dificultoso. En un trayecto considerable, la ruta seguida por los viajeros se mantiene constantemente sobre la fila de la montaña, cruzando el lecho de muchos de estos ríos y quebradas. El sector más elevado de la cordillera, que surge del ramal que pasa por la parte oriental de Mérida, por lo cual se le denomina el Páramo de Mérida, se divisa claramente desde el camino, y su oscura masa separa el verdeante horizonte de las sombrías nubes que ocultan sus más altas cimas durante la mayor parte del día. Para dar una idea comprensible de su posición, puede considerarse que el promontorio que queda más allá de la parte occidental de Valencia representa el punto extremo de la letra A, cuya línea vertical derecha está formada por la estribación menor de donde nacen los ríos hacia el suroeste; el ramal principal de los Andes que se dirige hacia Barinas estaría representado por la línea de la izquierda o sea la continuación del Páramo de Mérida. Ahora bien, el camino que parte desde Valencia, en vez de seguir la línea de la derecha hacia San Felipe, o la de la izquierda que llevaría hasta Barinas, tuerce bruscamente hacia el noroeste, en un punto que correspondería a la línea transversal de la A, donde una serranía, un tanto más elevada, la atraviesa hasta desaparecer en las inmediaciones de Barquisimeto.

Las aldeas y pueblos qué se encuentran después de Valencia, en orden consecutivo, son: Tocuyito, Carabobo, Chirgua, Las Hermanas, Tinaquillo, Las Palmas, La Plemera, San Carlos; y de aquí en adelante, San José, La Ceiba, Quebrada de Camoruco, Tinaco, donde el camino se enrumba abruptamente hacia el noroeste, a través de Camarocate [sic], Caiesita [sic] El Altar, Baladera [sic], Gamelotal, La Morita, Los Rastrojos y Cabudare, hasta Barquisimeto.

Aunque el primer pueblo que se encuentra es Tocuyito, no es éste el primer centro poblado; la aldea queda en la margen izquierda del río Guataparo, que tiene su fuente en la sierra occidental de Valencia y en cuyos contornos se extiende un hermoso valle sembrado de prósperas plantaciones. Después de cruzar el Guataparo, el terreno va ascendiendo suavemente durante cierto trayecto.

hasta que llega a una parte llana, flanqueada de espesos bosques. Un oscuro barranco se divisa borrosamente a través del sombrío follaje, que luce un verdor constante; es actualmente el lecho seco de una quebrada, cuyas aguas se derraman en la estación lluviosa. Al dejar este barranco, la cuesta se torna más escabrosa que la bajada; y cuando se sale de él, el viajero pasa súbitamente de la oscuridad a la plena luz del día. Al momento el sargento se alejó al galope por una altiplanicie que se abría ante nuestros ojos llena de belleza y majestad; y luego se detuvo, con la lanza en ristre, esperando que nos acercáramos, y mirando en torno suyo, para fijar claramente los sitios que deseaba mostrarnos. Se trataba, en efecto, del campo de Carabobo, y su actitud me hizo recordar *El Edecán de mi Tío Toby*, cuando este personaje daba la impresión de que se proponía lanzarse nuevamente al asedio de unas chozas de bambú que estaban a la salida de la espesura por la cual acabábamos de entrar; esas cabañas sirvieron, según nos dijo, de tiendas de campaña a la avanzada de los españoles la noche antes de la batalla. No refirió luego dónde se formó la línea de combate, el paraje en que fueron situadas las tropas de reserva; las posiciones ocupadas por Bolívar, por Páez, por la Legión Británica, y por los Granaderos de Colombia, de los cuales formó parte; dónde ocurrió tal o cual evolución y el sitio del cual partió la carga que puso punto final a la contienda.

Volví al vivac de cabañas de bambú, donde aún permanecían las piedras del fogón, e incluso las cenizas de la lumbre que muchos de ellos encendieron para aderezar su última cena; los campesinos de la comarca —a diferencia de los de otras regiones, donde las hubieran destruido por simple diversión— han respetado estas ruinas de caña. Allí estaban aún los fragmentos de la rústica loza de barro y la leña chamuscada, sólo tocada por el paso del tiempo, que no ha respetado a Palmira ni a Persépolis. Quizás podía advertirse cierto orgullo en esta indulgencia de los hijos de Colombia; pensarían además que en esa forma podían sentirse consolados hasta cierto punto los amigos de quienes habían caído en el campo de batalla, o los huérfanos, viudas o parientes que habían asistido al sangriento sarao de Boves en Valencia; en efecto, la contemplación de tales escombros, llenos de desolación, no dejaría de producirles algún alivio, como emblema del extinto poderío hispa-

no. Reconozco, al recapacitar sobre el hecho, que no fue el simple aspecto de las ruinas lo que me indujo a visitarlas por segunda vez, sino la solidaridad con los infortunados que acaso derivaban consuelo del símbolo que aquellos representaban.

Si un estratega se propusiera buscar un campo de batalla, con cabida para menos de diez mil hombres, no encontraría en el mundo entero un terreno más apropiado. Al salir del barranco, en toda la entrada del campo, después de haber atravesado aquella densa espesura, el brillo de la luz solar obliga a hacer un breve alto, mientras se extiende ante los ojos una campiña pintoresca y anchurosa, que va ascendiendo en un trayecto aproximado de un cuarto de milla, altura en la cual se había detenido el sargento, con el rostro vuelto hacia el sur, y desde donde nos mostró los diferentes sitios del campo de batalla. Hacia el frente, y a partir del puesto donde aquél se encontraba, el terreno se inclina suavemente hasta el punto de entrada en donde observamos el vivac, y la planicie mantiene un nivel uniforme a lo largo de unas tres o cuatrocientas yardas, hasta que se eleva bruscamente, al parecer como resultado de una serie de pequeñas altiplanicies, cubiertas de espeso boscaje y matorrales silvestres; a lo lejos se ven claros entre los árboles, y aun más allá aquella selva interminable, densa y sombría que trepa hasta la propia cima de la montaña. A la derecha, o sea hacia la parte occidental, se divisaba una larga cuesta, de inclinación más pronunciada; y más o menos a un cuarto de milla del lugar donde estaba el sargento, partía bruscamente una cuesta perpendicular desde el curioso lecho seco de una quebrada de unos cincuenta pies de ancho por cuarenta de profundidad, con laderas cavadas por las aguas y constituidas por una masa de piedras angulares. A espaldas de nuestro guía, a una distancia de alrededor de ochocientas yardas, se extendía una cadena montañosa formada por diversas colinas cubiertas de vegetación que semejaban enormes gavillas de heno; en los intervalos destacaban otros cerros cónicos; y, en lontananza un bosque profundo y umbroso. Nada escapaba a nuestra vista desde aquel paraje, mientras escuchábamos la narración del sargento, quien hablaba con elocuencia y —no tengo por qué dudarlo— con exactitud.

El general español La Torre, quien había sucedido a Morillo,

comandaba en esta acción las tropas hispanas. Morales era su lugarteniente. Este último, a pesar de no ser más que un monstruo, desplegó en aquella ocasión la firmeza de un soldado y el talento de un buen conductor de tropas; al producirse la derrota, logró reunir a tantos españoles fugitivos como pudo, y formándolos en cuatro gruesos pelotones, en cuyo centro marchaba él, se retiró combatiendo hasta más allá de Tocuyito; algunos de los soldados de la caballería de Páez persiguieron lanza en ristre a los prófugos hasta las cercanías de Valencia.

Esta victoria ejerció una influencia decisiva sobre el curso de la revolución y condujo a una ruptura entre ambos jefes españoles, la cual se venía gestando desde hacía algún tiempo. Los emisarios de Morales habían hecho difundir, a fin de desacreditar a La Torre, la especie de que éste se había confabulado con el enemigo para salir derrotado; que por el hecho de estar casado con una dama de Caracas, deseaba permanecer en Colombia; y que, en el fondo, abrigaba convicciones democráticas. En realidad, Morales aspiraba a apoderarse del mando; y en tanto que La Torre se mostraba inclinado a respaldar el humanitario pacto sobre regularización de la guerra, convenido entre Bolívar y Morillo, Morales era opuesto a este plan, y favorecía una guerra de exterminación. Su índole feroz, y su desenfrenada inclinación para cometer toda suerte de saqueos y pillajes, contribuían a hacerlo favorito de los españoles y de aquellos traidores hijos de Colombia que trataban de persuadirse a sí mismos de que, siempre que se procediera con la necesaria energía, los republicanos se verían obligados a deponer las armas o a dejarse aniquilar. La Torre era un oficial generoso y culto, y trataba de llegar a una reconciliación a través de una política magnánima. Morales, en cambio, era tan sin conciencia como Morillo y tan sanguinario como Boves; y, además, estaba resuelto a acumular una fortuna a base de rapiñas, contra viento y marea. Los ataques contra el honor y la reputación de La Torre llegaron a conocimiento de éste, así como la manera en que se perpetraron y pusieron en circulación, no dejándole otra alternativa que enviar preso a Morales a España, cargado de cadenas, o renunciar. Su generosidad le impedía adoptar el primer procedimiento; y cuando dimitió, y las causas de su renuncia fueron conocidas a ciencia cierta en España, se le trasladó a Puerto Rico. Entre las estratagemas empleadas por

Morales, hizo que uno de sus agentes —quien había residido anteriormente en Caracas— publicara imputaciones como las ya mencionadas en algunos periódicos de los Estados Unidos, los cuales fueron enviados a Madrid como prueba de sus acusaciones!. Después del retiro de La Torre a Puerto Rico, Morales infringió el tratado en vigor sobre la conducción de la guerra, y convirtió en escena de estragos y depredaciones a todos los pueblos de la costa, haciendo cundir la alarma desde el Golfo de Paria hasta Cartagena y llevando la devastación hasta las fronteras de Mérida y Trujillo. Cuando llegamos a Bailadores, sus habitantes habían huido a la sierra con ganados y bienes; y las tropas españolas se encontraban a diez millas de nosotros —en Los Puentes— mientras estábamos en La Grita. En 1822, Morales expidió una descomedida proclama llena de sangrientas amenazas; y como estaba dirigida contra todos los extranjeros que se propusieran viajar a Colombia, el Capitán Spence— de la marina norteamericana— respondió prontamente con una declaración en la cual manifestaba que los Estados Unidos no estaban dispuestos a someterse a tales coacciones contra sus ciudadanos que visitaran aquellos países; y sus términos fueron tan valerosos y magnánimos, que indujeron al tirano a abstenerse de poner por obra sus amenazas.

Pasamos por Chirgua el 29 de noviembre, y seguimos luego a Los Hermanos y a Tinaquillo. En aquella zona, los rayos del sol del mediodía eran los más ardientes que habíamos experimentado desde nuestra salida de Valncia; y por lo tanto, decidimos partir a las cuatro y media de la mañana. Llegamos a Tinaquillo sobre las siete, donde desayunamos con el chocolate que llevábamos, y conseguimos en abundancia hermosas naranjas, aguacates y deliciosos cambures. Aún a las cuatro de la tarde, el ardor del sol no había disminuido sobre aquellas cuestas desnudas y rocosas; sin embargo, decidimos seguir la marcha y bajamos por pasos abruptos, zigzagueantes y pedregosos, hasta el engranzonado lecho del riachuelo Tinapon [sic], afluente del Tinaco, donde reinaba tal oscuridad a causa de la densa vegetación, que tuvimos la impresión de que nos había alcanzado la noche, dando a nuestro sendero la temperatura de una bóveda subterránea. Al salir de este barranco, comenzamos a subir por barrancos irregulares y riscos empinados, y ya casi anochecía cuando llegamos al río a cuya orilla se encuentra la aldea

de Las Palmas. La corriente que atravesamos desemboca en el Tinaco, el cual es tributario a su vez del anchuroso río Portuguesa.

El alcalde de Las Palmas, un hombrecillo dinámico, obeso y grasiento, tenía una actividad que desmentía su apariencia, y la cual no hubiéramos imaginado de no haber sido testigos presenciales. No requería ayudante alguno, y a pesar de que eran las ocho de la noche, y estaba más oscuro que de costumbre para aquel clima, se apoderó de las bridas de mi mula tan pronto como hice alto; y contestado a sus propias preguntas, pues no se detenía ni un momento para escuchar lo que decíamos, me informó: "El señor puede contar con alojamiento, el mejor del pueblo, y con todo lo que estime necesario". Era totalmente inútil responderle pues según él ya tenía previsto todo lo que pudiera requerir un viajero. Marchando tras este bonachón sosiás del gobernador de la ínsula Barataria, llegamos a una cabaña de reducida amplitud, donde ya los gallos y gallinas dormían en las vigas maestras del techo de paja, las cuales aparentban haber sido barnizadas de betún, o ser las de esos recintos donde se ahuman o accinan las carnes. Después de espantar a las gallinas para instalar nuestras hamacas, las cuales habrían de quedar en ángulos irregulares, y no en forma paralela como de costumbre, pues en el espacio disponible no cabían tres en fila, dejamos al sargento, quien había asumido la responsabilidad, con gran satisfacción para sí y para ventaja nuestra, de suspender la hamaca de Isabel en el sitio más adecuado, procurando que la del coronel quedase lo más contigua posible. El piso del aposento era bastante desigual, pues se veía que nadie se había preocupado en barrerlo durante los últimos seis meses o quizás años, ni en tratar de nivelarlo; en varios huecos se veían pozos de agua, no muy diáfana ni fragante, que allí había permanecido estancada durante algún tiempo. Nos refugiamos, por lo tanto, en el corredor, donde la gris neblina, tornándose un tanto más transparente, permitía divisar varios árboles de hermosa figura que habían crecido al capricho de la naturaleza en el declive de la vivienda, y cuyo brillo parecían reprochar la indolencia de aquellos futuros durmientes, que preferían quedarse entre cuatro paredes, en el mefítico ambiente de la casucha.

La práctica seguida para la construcción de cabañas expuestas

a la lluvia o a las inundaciones, guarda gran semejanza en todos los climas cálidos. Después de haber medido con un cordel, o calculado a simple vista, el sitio y dimensiones del terreno, se prepara un terraplén, elevado unos dos pies sobre el nivel del suelo, con mayor o menor habilidad, acierto o negligencia; en las regiones más calurosas, el inapreciable bambú proporciona los soportes en las esquinas de la construcción en proyecto, así como las jambas de las puertas. La temperatura hace determinar instintivamente la elevación de la cabaña; en aquellos lugares donde la atmósfera es proclive a fríos húmedos, lluvias o ventiscas, los techos son bajos; y cuando el calor es uniforme, y a veces tórrido, la altura de la vivienda sirve a manera de termómetro comparativo. En consecuencia, y en las comarcas de calor constante, tanto los delgados tabiques internos como los externos son revestidos con palma y con otros materiales semejantes que existen en abundancia; pero en todas partes el techo, ya sea de paja o de tejas, protege lo que en la lengua del país llaman un corredor, que se extiende al frente o alrededor de la casa, y el cual es más o menos espacioso, de acuerdo con los recursos económicos del dueño y con sus deseos de proporcionarse un cómodo albergue. Este corredor sólo está formado, en realidad, por el agua del techado que sobresale más acá de los rústicos muros, cuyos extremos descansan sobre la hilera de horcones, clavados frente a la pared o tabique de la morada; en otras ocasiones el corredor ha sido acondicionado después de la construcción. Como esta descripción de la arquitectura típica de una cabaña rige igualmente para las demás comarcas del país, teniendo presentes las circunstancias ya indicadas, nos hemos detenido un tanto en los detalles, aunque a decir verdad la que utilizamos como ejemplo era una de las peores que tuve ocasión de ver. El lugar que ocupamos afuera era parte del terraplén interior de la vivienda; y nos sirvió de asiento sobre el cual, con su infatigable atención y en previsión de nuestra comodidad, el sargento colocó algunos cueros secos que se interpusieron entre los trajes y el piso. Allí paladeamos un excelente guisado de pollo, con buenas papas, apio y yuca, así como gran abundancia de huevos y arepas, o pan de maíz. Nuestro aguzado apetito encontró en todo aquello un sabor delicioso e insuperable; y como disponíamos de cierta cantidad de vino, en la reducida medida en que lo permitían los medios de transporte, reanimamos con él nuestras fuerzas y lo degustamos placenteramente.

El menudo y rollizo alcalde se mostraba encantado del buen humor, risas y contento que demostrábamos, lo que era habitual en nosotros al comentar las cosas que surgían ante nuestra vista o de nuestra imaginación.

No pude evitar la comparación, al reflexionar sobre el particular, del contraste que ofrecían las viviendas de Las Palmas con los livianos, aireados y siempre limpios bungalows del Indostán, donde, como nunca se permite el desaseo dentro de casa, no hay temor de que se nos ensucie el vestido; donde un lindo e inmaculado tapete cubre incluso los pisos más humildes; y donde nadie usa un traje que no sea de nívea pureza. El placer y el lujo de fumar presentaban un contraste no menos sorprendente. En el Indostán, al igual que en Suramérica, todo el mundo fuma, trátese de hombres, mujeres y niños; en estas comarcas, el lujo consiste en el fuerte aroma del tabaco, acentuado por el perfume de la vainilla. En la India, sólo los más indigentes fuman el *cherut* (o tabaco) crudo. El aguador, que transporta todo el día su saco de cuero de cabra lleno de agua, a centavo el saco; y el andero, que viaja soportando sobre los hombros un palanquín con su carga humana, desde la mañana hasta la noche, e incluso durante ésta, cobrando sólo doscientos centavos por mes, se dan el lujo de fumar, y embalsaman su tabaco con sustancias aromáticas o con asafétida, tornándolo menos picante al hacer pasar previamente el vapor que se inhala a través de agua pura y, cuando ello es posible, de agua de rosas. A ninguna mujer, aun de la más modesta categoría, se le ocurriría utilizar un coco vacío como recipiente de tabaco; la artesanía y la ingeniosidad de los nativos han logrado que el hábito de fumar no sólo sea inofensivo sino incluso saludable, al utilizar el artefacto que llaman *hooka* (*), el cual habrá de llegar indudablemente algún día, junto con las corrientes del comercio, a las altiplanicies y ciudades de los Andes, y entonces, en vez de absorber el humo del cigarro a escondidas del *consejo* [sic, ¿cónyuge?], las mujeres se sentirán más bien orgullosas de la elegancia de dicho artificio, y lo acompañarán a fumar —*con amore*— de la misma pipa. Sin embargo, no debemos olvidar que nos encontramos en un mundo que ha estado encerrado dentro

(*) Especie de narguile del Indostán.

de sí mismo durante trescientos años. Es posible que, antes de que los colombianos lleguen a alcanzar igual antigüedad nacional que los hijos de Brahma, hayan decidido abandonar el tabaco y adoptar el *hooka*. No obstante, y para ser justos con ellas, debemos decir que las bellas mujeres de Colombia elogian a las de Estados Unidos por no haber imitado semejante hábito de los hombres. En la América del Sur se continúa acostumbrando la práctica de ofrecer cigarros al visitante, tal como hacen en la India al obsequiarle *beetil* o un ramillete, o perfumar sus manos con agua de rosas. En las reuniones públicas y privadas, así como en los banquetes a que fui invitado, tanto en Caracas como en Bogotá, sin olvidar el teatro, y donde antes era general la costumbre de fumar, pude observar que ya se ha abandonado tal hábito. Empero, aún persiste en algunas casas particulares, en las que a veces me he visto tan densamente envuelto en una nube de humo, que requería muy poco esfuerzo imaginativo para creer que me encontraba en camino hacia el séptimo cielo de Mahoma, donde lo único visible eran los negros ojos de los ángeles, atisbando y pestañeando como estrellas a través del nublado.

CAPITULO XIV

Salida de Las Palmas. El Tinaco. Constumbres hospitalarias y bondadosas. Abundancia de pescado. Amables visitantes. Partimos antes del amanecer. Vivac. Marcha durante la noche. Amenazas de tormenta. Buscamos refugio. Hábitos orientales. Alojamiento inseguro. Las capas de hule resultan inapreciables. Hombres y mulas apiñados en un reducido espacio. Copioso aguacero. Delicioso sueño. San Carlos. Ciudad muy parecida a las de Asia. Iglesias con apariencia de mezquitas. Las mujeres atisban tras las romanillas de las ventanas. El comandante de la plaza, su esposa y su hermana. Cordial y franca acogida. Nos obsequian con excelente chocolate, buena crema, tortas de trigo y golosinas. Sus advertencias acerca del mal estado de los caminos. Pasamos por San José. La Ceiba. Sabrosa leche de vaca. Una viuda venerable. Cayecita. El Altar, un paso de notable aspecto. Nos vemos obligados a trepar por él. La ficus gigantica *de Humboldt, o el higuerón. Bejucos. El río Cojedes, llamado aquí Río Claro. Algunas noticias sobre las higueras.*

Después del reposo nocturno, para cuyo disfrute tuvimos que desechar todo temor de que pudiera caer sobre nosotros un chubasco desde las perchas del gallinero bajo las cuales nos cobijámos, y mostrarnos indiferentes ante las fragancias no muy gratas que ascendían de los pequeños charcos empozados bajo las hamacas, subimos al lomo de nuestras mulas antes de que el alba nos permitiera contemplar cualquier otra característica de aquel paraje, además de las ya anotadas. El mofletudo y bonachón alcalde, tra-

jeado con pantalones de reluciente cuero, evidenció tanta puntualidad como la que nos había prometido (lo que no suele ser ciertamente ocurrencia muy usual entre los de su especie). Nos entregó algunas botellas de buena leche de vaca, una cesta de huevos y varias naranjas de mediana calidad, disculpándose de que no fueran más apetitosas, pero agregando jocosamente que no habían sido hechas por él. La cuenta por el alojamiento, la leche, los huevos, etc., no llegó en total a un peso, aunque es de dudarse que, aun desembolsando mil, hubiera podido conseguirse en Las Palmas algo más aceptable.

Era la mañana del día 13, y tuvimos que recorrer durante largo trecho, bajo un caluroso clima, el elevado cerro de Palmería. Como los alcaldes de buen natural son un tanto escasos en esta parte del país, apuramos el paso de nuestras bestias para llegar a la hermosa y alegre aldehuela de El Tinaco —o Tanac [sic] como la llaman algunos de sus habitantes— situada a la margen del coruscante río del mismo nombre, el cual es tributario del Portuguesa y del Apure. Mientras atravesábamos la calle que servía de entrada al pueblo, un oficial del ejército, que acababa de asomarse a la puerta de una casa, y advirtió que estábamos un tanto cubiertos de polvo y quizás algo molidos, nos invitó cortésmente a que pasáramos adelante; se abrió de par en par la puerta de campo, y nuestro granadero, sin detenerse a preguntarnos siquiera la decisión que habíamos adoptado al respecto, hizo el saludo de ordenanza y se entró de rondón por el patio. Por nuestra parte, ni cortos ni perezosos, nos demontamos a toda prisa, mientras las mulas eran llevadas al corral, donde las esperaba un abundante pienso de tierna caña de azúcar. Nuestro cocinero nos sirvió el chocolate, tan pronto como estuvieron colgadas las hamacas, y tomamos el desayuno, mientras un jubiloso *cantarista* [sic], en una pieza vecina, punteaba la guitarra y entonaba una canción muy animada, sin sospechar que tenía como auditorio a un numeroso grupo de forasteros. Este pueblo era de grata apariencia, y limpio y espacioso el alojamiento que se nos ofrecía; aunque el sol resplandecía con una luz tórrida, el aire corría fresco y liviano. El lecho del río, que quedaba antes nuestra vista, lucía casi tan blanco como la nieve, lleno de guijarros, contra los cuales parecía lanzar chispas la bulliciosa corriente. El sargento, que conocía las pecu-

liaridades de los distintos sitios de la ruta, consiguió una cesta y, ausentándose durante menos de cinco minutos, la trajo casi llena de pescado, de una especie muy parecida a la perca invernal del río Delaware, lo cual nos permitió dar variedad al almuerzo de ese día. Las frutas eran abundantes y de buena calidad. Raras veces, salvo para el consumo de criados y muleteros, solicitábamos carne de res o de puerco; con la de las aves de corral, que era muy gustosa en las diversas regiones, y con huevos y chocolate, siempre podíamos contar con una cena pronta y agradable, ya nos encontrásemos en un albergue, en un bosque o en el frío páramo.

Varios ciudadanos de ambos sexos, de condición muy respetable, nos honraron con una visita de cortesía, y pude observar que se esforzaban en no demostrar excesiva curiosidad; los jóvenes, con la natural ingenuidad de sus cortos años, nos instaron para que nos quedáramos al menos durante una semana, asegurándonos que tratarían de hacer agradable nuestra estancia. Algunos de ellos nos obsequiaron con hermosos plátanos y piñas, y otros con pequeñas naranjas, pero de sabor excelente, en prueba de sus interés por nuestra permanencia en la población. Procuramos corresponder a tantas atenciones con muestras de gratitud y respeto, pero nos negamos a acceder a sus ruegos, manifestándoles que no nos faltaban deseos de complacerlos, pero que se nos hacía imposible detenernos por más tiempo. Aprovechamos la ocasión para llenar varias cestas con arepas, arroz, cambures, raspadura, algunas botellas de leche fresca, limas, una gran cantidad de cebollas tiernas y una docena de pollos y gallinas vivos. Al cerrar la noche, tomamos chocolate con arepas, y antes de las nueve ya estábamos instalados en nuestras hamacas, con el propósito de levantarnos antes de la salida del sol.

En efecto, a las 3 a.m. del primero de diciembre nos pusimos en marcha, y ya para las ocho habíamos avanzado buen trecho, cuando hicimos alto a la sombra de un bosque de árboles altísimos, a la orilla de un río de límpida corriente. Colgamos las hamacas, y resolvimos descansar y tomar un refresco durante las horas más calurosas del día. Con la ayuda del pedernal, acero y fósforos que el sargento guardaba en su equipo, encendimos prontamente una hoguera frente a nosotros, y el chocolate comenzó a hervir. Las deliciosas limas que llevábamos nos permitieron ha-

cer limonada mientras nos duraron, utilizando al efecto raspadura y totumas, las cuales no deben faltar en el equipaje del viajero, pues son muy útiles para beber durante el camino. Disfrutamos de una placentera siesta a la sombra, mientras afuera el calor era más tórrido que de ordinario. Las mulas se alimentaron con buen pasto del campo vecino; y considerando ya suficiente aquellas horas de reposo, seguimos viaje a eso de las 3 p. m.

A poco andar ya habíamos salido del bosque a una llanura abierta de pronunciado sesgo; los cerros situados a nuestra derecha quedaban considerablemente desminuídos por la distancia, mientras que los de la izquierda aparecían ocultos por las nubes. En aquella extensión cubierta por una verde hierba de grato aspecto, se veían dispersos grupos de matas de escasa altura, conjuntamente con algunos árboles de diversa figura y elevación. La vegetación estaba ornamentada por flores silvestres y arbustos en flor, algunos de los cuales nos eran familiares y otros —en su mayor parte— desconocidos. La atmósfera, sin embargo, comenzó a humedecerse rápidamente, y el aire se puso caldeado y sofocante, mientras que —hacia el sureste— las nubes parecían prontas a estallar. Como a la orilla del camino divisamos una cabaña abierta, o caravanserrallo, que en otro tiempo estuvo habitada, pero que entonces se hallaba solitaria, resolví buscar en ella abrigo contra la tormenta, cuya inminencia era evidente, y pese a la opinión adversa del arriego, que por cierto no habíamos solicitado. En consecuencia, nos cobijamos allí montados en nuestras mulas, seguidas por las de carga.

En lo que atañe a los viajeros y a las facilidades de alojamiento durante el camino, las costumbres de la república de Colombia, así como las de toda la América del Sur, se asemejan notablemente a las de Asia. Los deberes y funciones de los alcaldes son exactamente iguales a los de los *cauzis* del Idostán. No he averiguado si se trata de una costumbre o de una institución, pero en las aldeas —y a menudo a la orilla del propio camino, sin que haya población alguna, pero donde exista alguna pulpería— el viajero puede encontrar un cobertizo, es decir, un techo recubierto de paja, sin paredes laterales, sostenido sobre horcones. En la península de la India, lugares semejantes se denominan *choultries*,

y en su parte occidental, *serais*, de donde se deriva el vocablo persa *caravanserais*. En este sitio hubo antiguamente una pulpería, de la cual solo quedaban entonces los escombros. Hacía tanto tiempo que aquel cobertizo estaba abandonado, que por el techo de palma penetraban la luz y la lluvia con más desembarazo que por entre los horcones que lo apuntalaban. Como de costumbres, procedimos de inmediato a colgar las hamacas, procurando quedar al abrigo —en cuanto ello fuera posible— de los efectos de la tormenta. Bípedos y cuadrúpedos tuvieron que apiñarse bajo la frágil techumbre. "A sotavento", uno tras otro, fueron colocados los baúles y sobre ellos se instaló el sargento, utilizando como almohada la silla de montar, y poniendo a un lado su maleta, a manera de biombo protector. Los otros se acomodaron entre dos cueros de res, uno de los cuales servía para separar el cuerpo del suelo, y el otro, a manera del techo de una casa, para resguardarse de la lluvia; como cada quien iba provisto de su manta, todos se tendieron sin mostrar excesiva preocupación por el inminente aguacero, ya que anunciaban los primeros goterones. Mulas y muleteros se agruparon al otro extremo del cobertizo, y sus cestos, rollos de mecate y haces de forraje formaban el lindero que los separaba de nuestras hamacas. Las capas de hule que llevábamos nos fueron de gran utilidad en aquella ocasión; y habiéndolas extendido a cierta altura sobre las hamacas, quedamos perfectamente a salvo cuando la lluvia comenzó a azotar fuertemente, a pesar de la abundancia con que se derramaba a través del techo. Como al anochecer, la lluvia todavía no pasaba de una simple garúa, procedimos a hacer rápidamente nuestra refacción, a fin de dejar guardados útiles y comestibles para partir a hora temprana al día siguiente. Sin embargo, al poco rato el cielo se puso turbulento, el estrépito del trueno repercutió entre las montañas, y las nubes rompieron con violencia en tropicales torrentes. No obstante, pudimos dormir a pierna suelta, como si estuviéramos confortablemente alojados en nuestro hogar de Filadelfia. Por cierto que nuestro sueño se prolongó por mayor tiempo del que habíamos previsto, a causa de la grata frescura de la atmósfera, y no despertamos sino después de las seis de la mañana de aquel dos de diciembre. En vista de que cerca de nuestro *hopedaje* verdeaba un hermoso macizo de árboles y de odoríferas plantas silvestres, hicimos trasladar allí los baúles y paladeamos un suculento desayuno, sazonado por muy

buen apetito, a base de chocolate, huevos y pan de arepa. Subimos luego a nuestras cabalgaduras, y aún a buena hora cruzamos el Orope, desde cuyas márgenes contemplamos ante nosotros a la ciudad de San Carlos, sombreada por árboles altísimos y por espesos arbustos. Las cúpulas y campanarios de sus iglesias ofrecían un aspecto tan oriental y pintoresco, que no podía dejar de pensarse en una pagoda oriental; todo aquel conjunto presentaba en efecto tal semejanza con el paisaje de Futtyghur en el Indostán, que por un instante vacilé en convencerme de si se trataba de ilusión o realidad; y a ello contribuían de tal modo las estrechas calles y los intervalos entre unas casas y otras, conjuntamente con la exuberante vegetación, formada en su mayoría por plátanos y otras plantas tropicales, que se me hacía cuesta arriba persuadirme de que era la primera vez que visitaba aquellos parajes. Luego las casas ofrecieron mayor continuidad, aunque las calles seguían siendo cuando más de diez a doce pies de ancho. Mientras recorríamos lentamente las empedradas rúas, admirábamos el sorprendente estilo asiático de templos y moradas, así como las celosías de figura rombal que encubrían las pequeñas ventanas, pero que no lograban ocultar del todo los ojos llenos de curiosidad que atisbaban a través de ellas. También en esta ciudad el comandante de la plaza se adelantó a nuestros deseos, y fuimos conducidos a un ámplio patio, rodeado de hermosos y espaciosos corredores, cuyas baldosas, de unas quince pulgadas, se veían más pulidas y mejor ensambladas que de ordinario. La molestia producida por mi caída accidental en Valencia me obligó a hacer alto aquel día, pues aunque yo procuraba no quejarme, en realidad venía sufriendo mucho por tal motivo antes de llegar a Barquisimeto.

La esposa y la cuñada del comandante de la plaza —quien aquí tenía el rango de mayor— hicieron ellas mismas su presentación con amable espontáneidad, y pronto nos sentimos como en familia. Si bien se mostraron muy discretas en lo referente a nuestros asuntos, nos expresaron su complacencia por haber sabido —supongo que por noticias suministradas por el sargento— que nuestra joven acompañante ya estaba plenamente restablecida de las dolencias que la aquejaban al salir de su patria, y gozaba ahora de robusta lozanía, bajo la benéfica influencia de los aires de Colombia. Nos agasajaron con un delicioso chocolate, de calidad superior a la ordinaria, así como también con una crema excelente,

tostadas de pan de trigo y dulces, que hacía ya algún tiempo no habíamos probado, sin que faltaran frutas muy gustosas. Al manifestar sus deseos de que nos detuviéramos allí durante una semana, nos informaron acerca de las dificultades de la ruta, especialmente las del paso de El Altar, y las del ondulante valle que a través de las llanuras conducía hasta Barquisimeto.

El día 3 pasamos por la aldea de San José, situada a tres millas de San Carlos, y por la de La Ceiba, después de la cual, en Camarukata, (Caramacate), el camino se desvía hacia el noreste; solicitamos inútilmente refresco en la posada situada en Camaracata o Camarukata [sic], pues tanto nuestros muleteros como el guía pronunciaban el nombre de distinta manera. Tuvimos al menos la suerte de conseguir leche de vaca, que una venerable anciana, vestida de riguroso luto, ordeñó en totumas para nosotros. A pesar de que eran más de tres o cuatro litros, sólo nos cobró *medio*, o sea la dieciseisava parte de un peso. Aquella leche era tan abundante y de tan excelente calidad, que tuve mis temores de que se hubiera equivocado en la cuenta. Inferí de su enlutado atavío, del abatimiento de su mirada y de su melancoólico aspecto que la adversidad la habría tratado duramente, que sería una de las víctimas de la guerra y que posiblemente guardaba duelo por el compañero de su juventud. Parecía experimentar singular complacencia en servir a los forasteros, y daba la impresión de que este solo placer significaba todo para ella, y nada el valor de lo vendido, pues cuando preguntamos el precio, advertimos que ni siquiera buscaba nuestra gratitud, sinó asegurarse de si estábamos o no satisfechos; y cuando nos dijo el importe, y recibió lo que pedía, pareció hacerlo con cierta renuencia, como si quisiera negarse a aceptarlo, pero sin atreverse a hacerlo por temor de que nos ofendiéramos ante lo que podía aparecer como manifestación de falso orgullo. Le dimos las gracias de todo corazón y cuando le dijimos que no considerábamos suficiente lo pagado, se limitó a contestarnos con un movimiento negativo de cabeza, mirándonos largamente con silenciosa bondad. Entre tanto las lágrimas asomaron a sus ojos, como si hubiera perdido a algún ser amado —marido hijo o hija—, y no pudiera contener su emoción al despedirnos de ella. Se mantuvo en la misma posición, siguiéndonos con la vista durante largo trecho, mientras nos alejábamos;

varias veces me di vuelta, y pude observar que aún permanecía en su inmutable actitud. Cuando cruzamos el último recodo, que había de separarnos definitivamente, retrocedí algunos pasos y advertí que conservaba su inmovilidad, meditando en las penas que la agobiaban, y cuyo origen no le preguntamos, aunque hubiéramos deseado averiguarlo. Más adelante supe que era viuda de un francés, quien había muerto en el campo de batalla, y que también perdió durante la guerra a un hijo de cortos años.

Llegados a Cayesita (sic) el día 3, donde sólo hicimos un breve alto a fin de conseguir guarapo para nuestra servidumbre, antes de cruzar el paso de El Altar. Después de seguir las vueltas de un largo sendero, laberíntico y sombreado por exuberante vegetación y tupidos árboles silvestres, cuyo suelo de grava aparecía lavado por un somero y límpido arroyuelo, con las extensas márgenes guarnecidas por un abundante y hermosísimo berro (del que nos llevamos algunos mazos), seguimos lenta y dificultosamente la marcha sobre lindos guijarros redondos, que presentaban distintos y brillantes matices: amarillo, blanco, pardo y rojo. Al fin comenzamos el ascenso por una vereda que se abría a nuestra izquierda, y por la cual sólo podíamos ir en fila india. De súbito, al salir de la espesura, divisamos al arriero y a su peón, quienes desde la cumbre de una escarpada roca, izaban con mecates el último baúl de nuestro equipaje. Antes de salir, habíamos despachado al equipaje con una hora de anticipación, esperando que llegaran al valle antes que nosotros; comprendimos ahora el motivo de haberlos alcanzado tan pronto, pues a los pocos minutos vimos que el camino estaba obstruído totalmente por una elevada roca vertical, que parecía decirnos: "hasta aquí llegáreis, pero no más allá".

Ante aquel osbtáculo, los mozos de mulas se habían visto en la necesidad de proceder a descargar las bestias, y nosotros tuvimos naturalmente que imitarlos. Al principio creímos habernos extraviado, pero en realidad no había ninguna otra ruta. Parecía inexplicable que a nadie se le hubiera ocurrido la idea de abrir un camino a uno u otro lado de esta roca, lo que podía hacerse fácilmente sin requerir más herramientas que una hacha y una pala, pero lo cierto es que se hacía imprescindible subir por aquel difícil paso. El sargento, quien conocía perfectamente el paraje,

echó pie a tierra y condujo a su mula hasta el pie de la roca, por lo cual trepó si vacilación. También nosotros nos desmontamos, y las mulas subieron con igual desembarazo. Tras ellas fuimos nosotros, procurando seguir exactamente la huella de sus cascos; en cuanto a mí, cuando llegué a la cumbre, no pude sino mirar con estupefacción hacia el pie de la roca desde donde habíamos trepado. Pasó casi una hora antes de que pudiéramos ganar el descenso hacia el valle, el cual, tan pronto como se abrió antes nuestros ojos, ofreció una perspectiva totalmente diferente de las que habíamos contemplado hasta entonces.

Antes de salir de Caracas, había leído en la *Narración personal de Humboldt* (vol. IV, p. 75), que éste habla de un árbol, considerado por él como una nueva especie de higuera, a la que llama "*ficus gigantea*", por alcanzar una altura de cien pies; y que en las montañas de Buena Vista y de Los Teques existe la *ficus nymphaefolia*". La descripción hecha por Humboldt de esta nueva *ficus*, me indujo a tratar de localizarla al cruzar por las montañas en las cuales, según dicho autor, crece con sus estupendos contrafuertes, paro supongo que debió escapárseme, oculta entre las nubes que envolvían la montaña en los momentos en que yo pasaba.

En las llanuras y declives que antes habíamos atravesado, el ardor del sol era templado por numerosos ríos y arroyos, y si se trataba de bosques donde circulaba escasa cantidad de aire, pero que retenían la humedad, la temperatura era mucho más agradable en relación con la atmósfera abrasada y sofocante de este valle, donde la corpulencia de los árboles era muy superior a la de los que había visto en las demás partes del trayecto. Los dos inmensos árboles que vimos en Maracay, a los que Humboldt denomina samanes, son objeto de gran curiosidad, y despertaron la admiración de mis jóvenes compañeros de viaje; en cuanto a mí, sin embargo, no me produjeron igual asombro, ya que —debido a que la magnitud se relaciona siempre con cierta unidad de comparación— los samanes me parecieron diminutos al recordar la impresión que me dejara el baniano o higuera del Indostán.

Aunque al cruzar por Las Cocuizas me decepcioné al no ver el higuerón, esta vez dicho árbol fue lo primero que atrajo mi

atención en el valle de El Altar. En la soledad bochornosa y profunda de este valle, ceñido de murallas perpendiculares formadas por rocas montañosas, *la ficus gigantea* de Humboldt se eleva a gran altura, con follaje exuberante y poderosos contrafuentes, cuya fortaleza parecía desafiar a todos los elementos contrarios y que sólo podría desaparecer al extinguirse el árbol por muerte natural. La altura de muchos de ellos sobrepasa los 150 pies, y el tronco, que adoptaba fantásticas formas, tendría un diámetro de ocho a diez pies; sin embargo, si se trazara una línea horizontal a tres o cuatro pies del suelo, entre los puntos extremos de los contrafuentes, el diámetro obtenido alcanzaría fácilmente al doble de la cifra indicada. El suelo del camino, o del barranco, entre las raíces de dichos árboles, era arrastrado por contínuas avenidas de agua, y las propias raíces, mucho mayores que las de los árboles corrientes, se extendían en todas direcciones, visibles a veces a dos pies sobre la tierra, y de las cuales partían otras raíces también numerosas, pero de menor corpulencia. Esto obligaba al viajero a dar vuelta a los árboles en diversos sentidos, a causa de lo difícil que resultaba pasar por encima de ellas. Todo aquel calle se veía cubierto por una red monstruosa de tan imponentes raíces. Los contrafuentes están muy bien descritos por Humboldt y se asemejan en su forma a grandes masas de leña; su base externa queda a cinco, seis o siete pies del tronco vertical del árbol, el cual se divisa por entre los claros de uno y otro contrafuerte. Es una madera compacta que forma parte del árbol, sin separación de éste, aunque presentando una línea inclinada que se eleva entre cinco y ocho pies del suelo y extendiéndose alrededor en un espacio aproximado de cinco, seis o siete pies.

Las ramas de este árbol se prolongan desde el tronco en dirección horizontal, a veinte o treinta pies de la tierra, y con mucha frecuencia a no menos de cincuenta o sesenta. En este valle, sin embargo, existe una especie de parásita gigantesca, denominada *bejuco*, que lanza sus elásticos miembros de rama en rama, y de un árbol a otro. Su grosor va desde el de un cordel hasta tres o cuatro pulgadas de diámetro. Bajan caprichosamente por el tronco del árbol y en algunas ocasiones resultan muy molestos para el viajero. A veces forman una curva colgante a guisa de cuerda floja, a sesenta o cien pies de altura, y se les encuentra de nuevo

ciñendo firmemente a dos árboles contíguos, distendiéndose entre uno y otro a dos, tres, cinco u ocho pies sobre la tierra, de modo que pueden hacer caer al caminante o sacar de la silla del caballo o de la mula al jinete que en ellos se enreda. En tales casos, un machete afilado permitiría abrirse paso por la parte en que el terreno esté seco, pues de no atenerse a esta circunstancia, quizás sea necesario atravesar alguna charca, cuya profundidad o peligro no se advierten. Los árboles de otras especies, como algunos robles o fresnos [?] que crecen también en el mismo valle, parecen simples arbustos al lado de la *ficus gigantea*.

El río Cojedes o Río Claro corre por el costado derecho de la hondonada y nace en la cordillera principal, que es una continuación de la de Mérida. Su curso superior comienza a unas veinte millas al oeste de Barquisimeto y prosigue casi siempre en dirección nororiental hasta cerca de El Altar, donde repentinamente se desvía hacia el sur, presentando una ligera ondulación oeste-suroeste, hasta que, en la latitud de Araure, fluye claramente en dirección este-sureste y se une con el Tinaco, así como también con el Portuguesa, el cual desemboca en el Apure. Al río Cojedes le dio gran celebridad la sangrienta batalla librada en sus márgenes, donde quedaron *hors combat* más de quinientos hombres de cada bando.

Sin más pretensiones al conocimiento de las ciencias naturales que aquél a que puede aspirar un lector corriente y observador eventual de la naturaleza (la índole de mis trabajos me ha obligado a tener mayor versación en los libros de botánica que en el estudio directo de la flora), debo anotar que el nombre dado por Humboldt (*ficus gigantea*) a este árbol de grandes contrafuentes, ha hecho aumentar las dificultades e incongruencias para identificar las diversas especies, y tan circunstancia —entre otras— ha contribuído a disminuir el placer que se experimenta al realizar estas investigaciones con fines culturales.

El fruto, sobradamente conocido en todos los climas templados, recibe de los botánicos el nombre de *Ficus Carica*, por alusión al del país de donde se supone originario el árbol. Ahora bien, la significación ordinaria de la voz "higuera" es la de "árbol que produce higos". El sistema usual de clasificación, de acuerdo con

las flores, no permitiría extender una denominación similar a otros árboles, y lo contradictorio del procedimiento no conduce ciertamente a obtener informaciones correctas, ni a inspirar respeto por la ciencia. Es considerable el número de árboles llamados *ficus*, y las diferencias son notables. Entre los que recuerdo, y aquellos sobre los que he podido consultar referencias por el momento, están los siguientes:

1.—Ficus	Ficus Carica	Higuera
2.—Ficus Indicus	La higuera de la India; la higuera abovedada; el árbol de	El baniano del Indostán.
3.—Ficus Indica	Musa paradisiaca Musa sapientum	Plátano. Cambur o banano.
4.—Ficus infernalis	Palma Christi	Ricino o higuera infernal.
5.—Ficus Indicae Granis	Cactus Cochinillifer	La cochinilla.
6.—Ficus Cactus Opuntia	Cactus opuntia	Nopal.
7.—Ficus Gigantica de Humboldt		Higuerón
8.—Higuera de Tana	De las Nuevas Hébridas, mencionada en los *Viajes de Cook por Foster* (vol. II, p. 334-392).	

Hay algunas otras, como la *Ficus Sativa*, la *Ficus arida*, etc., pero ninguna de ellas ofrece la menor semejanza con la *Ficus Carica* en lo que se refiere a magnitud, follaje, flor, fruto o aspecto. La que hemos citado en segundo término, o sea el baniano, tiene una pequeña baya roja, más o menos del tamaño de una grosella. Este árbol está descrito con feliz acierto en el libro noveno de *El Paraiso Perdido*, aunque me inclino a pensar —a causa de un sorprendente error en la descripción hecha por Milton— que éste confundió el *baniano* con el *banano*; y si bien retrata exactamente la magnificiencia y amplitud de las ramas del *baniano*, le atribuye las hermosas hojas del *banano*, en vez de las pequeñas que corresponden a aquel árbol, similares a la del laurel. El pasaje aludido dice así:

...Allí se decidieron por la higuera,
no aquella por sus frutos celebrada,
sino de la especie que hoy conocen,
en Malabar o Decan, los hindúes.
Tan amplio y extendido es su follaje
que, al doblegar sus ramas hasta el suelo,
echa nuevas raíces, y otros vástagos
crecen en torno al árbol primigenio.
Bajo su fresca sombra el pastor indio
busca refugio en horas de bochorno,
y por los claros del ramaje denso
vigila atento al pacedor rebaño.
De aquellas hojas desprendieron varias,
anchas como un escudo de amazona,
y con cierta destreza las tejieron. (*)

La descripción del árbol es feliz y exacta en todos respectos, menos en decir que sus hojas "son anchas como un escudo de amazona" y en que Milton parece suponer que no da fruto. ¿Cómo pudo equivocarse en esta forma? En realidad su error no se limitó a los anotados, sino también a la distinción geográfica que establece en su elegante descripción, pues Malabar formaba parte del

(*) En la cita de Duane se omite un verso que, naturalmente, no aparece en la traducción. (N. del T.)

territorio de Decan para la época en que Milton escribió su poema. Quizás el error obedeció a que el *banano* se denomina asimismo *ficus indica*, cuyas hojas sí pueden compararse con el escudo de las amazonas. Es cierto que, en tiempos de Milton, la botánica estaba aún en pañales, y tanto la India como sus productos naturales eran poco conocidos en la literatura; ello quizás contribuyó a que confudiera a las dos plantas, atribuyéndole a una de ellas las amplias hojas de la otra. Aquí radica con toda probabilidad la fuente del error cometido por casi todos los naturalistas, quienes han sido víctimas de igual confusión, por haberse atenido a la autoridad de Milton.

El banano y el plátano no son más que especies del mismo género, y solo difieren en el tamaño y sabor de su fruto. El del banano es dulce y sabroso, y en estado de madurez resulta más gustoso que el higo; su consistencia es igual a la de una pera blanda, pero sin ácido; el fruto no se produce aisladamente como el higo común, o la manzana, que se desarrollan y maduran en ramas separadas o en tallos individuales, sino en racimos uno al lado del otro, los cuales brotan de una fuerte membrana correosa, gruesa y elástica, que desciende desde la parte superior de la planta. En efecto, no puede llamársele árbol en la aplicación usual que se da a este vocablo en botánica, pues aunque crece hasta una altura de diez a quince pies, su tallo no es leñoso, y tampoco es de madera ninguna otra parte de la planta. Las raíces, cuando se las despoja de los numerosos retoños que le van naciendo, se ven como un ñame; se plantan en hileras con diez pies de separación, y de cada una brotan varios retoños, cuyo crecimiento es atrofiado adrede para obtener el tallo que se prefiera. Del botón o yema del vástago que va creciendo surge un pequeño bulbo parecido al arrollado de un papel de china fino y verde en una varilla redonda; cuando alcanza tres o cuatro pies de elevación, nace otro bulbo a través del primero, y así continúa produciendo nuevos bulbos hasta que llega a su altura natural. A medida que la planta se desarrolla a partir del primer bulbo, luego del segundo y así hasta que brotan de diez a cincuenta, van saliéndole hermosas hojas de ocho a diez pies de longitud, con un ancho de tres o cuatro, que presentan una línea curva, dándole a la planta su típica configuración. La base del tallo está formada por una sustancia vegetal, verde, medulosa y fibrosa, de la que se nutren todas las hojas. Es

una planta anual de la que existen más de veinte especies, que solo difieren en la dulzura o insipidez de su fruto. El plátano, llamado algunas veces *musa sapientum*, produce un fruto de gran tamaño, insípido en estado natural; se usa como alimento en diversas formas: tostado al rescoldo del fuego adquiere un sabor muy agradable, semejante al de la batata; también se le corta en menudos trozos y se le hierve junto con la carne. Se cuece como una patata y es preferible a la yuca. Del ligamento nutricio de esta surgen con frecuencia de cincuenta a sesenta plátanos entre diez y dieciséis pulgadas de largo y dos de grueso, cada uno de los cuales pesa de una a cuatro libras. El fruto de esta planta constituye, en todas las regiones donde se cultiva, el elemento básico para las siete décimas partes de la población que carece de recursos económicos en la América del Sur.

En términos generales, puede decirse que es el artículo de mayor transporte y venta en este país. En todos los caminos se ven mulas cargadas de plátanos. He llegado a contar hasta cincuenta en una recua, sin más carga que dicho fruto. Todas las pulperías comercian en plátanos, los cuales son siempre el artículo de venta más contínuo en el establecimiento. El nombre de *musa paradisiaca* se deriva probablemente de ciertos prejuicios tradicionales, entre los cuales está el uso dado a las hojas, conforme a la descripción de Milton, para cubrir la desnudez de la madre Eva en el Paraíso. Otra tradición refiere que el cambur fue realmente la fruta prohibida, pero sería superfluo ponerse a investigar si esta tradición obedece a que se le consideraba emblemático por su forma, o por cualquier otro concepto. También es un error opinar que el árbol tiene que ser derribado para coger su fruto; ello sería innecesario, aunque la planta solo dura un año. Estas observaciones rebasan ya el espacio que me había propuesto destinarles; indicaciones similares a las consignadas sobre la errada denominación de *ficus* regirán también para los otros árboles con nombre semejante a los que se acaba de describir.

Proseguimos nuestra marcha através de este valle enmarañado, fatigoso y sofocante, siguiendo durante varias millas por la margen del río Cojedes, que corría a nuestra derecha. Silvestres matorrales, que no dejaban ver el río, mostraban la lujuriante lozanía

de cañas y palmas; y entre estas últimas, pude observar varios datileros. En este paraje ví por vez primera una planta de cuyo tallo brotan individualmente las hojas, casi tan grandes como las del banano (por lo cual se llama plátano silvestre), y se usan para empacar café, cacao y otros artículos.

La anterior digresión, aunque bien hubiera podido omitirse, sirve sin embargo para que se tenga un conocimiento más preciso de algunos productos naturales de la república de Colombia.

CAPITULO XV

Atravesamos una fértil comarca. Baladera (sic). Gamelotal. Santa Rosa. Prosperidad y cambio de costumbres. Barquisimeto. Vado del río. Cuesta escarpada. Un alcalde muy devoto. Obligados a permanecer en la calle, expuestos a la curiosidad de los transeúntes, durante dos horas. Socorridos por un militar que pasa junto a nosotros. El Dr. F. Mullery. Alojados en la residencia del comandante, quien se encuentra ausente. Obsequiados con frutas enviadas desde la aldea frontera. El señor Lara. Al fin el alcalde pone término a sus oraciones y se manifiesta agraviado por causas muy poco cristianas. Mi indisposición continúa. Noticias sobre Barquisimeto. Cuartel de reclutas en Santa Rosa. La zona circundante revela gran riqueza en productos naturales. El comandante. Mala fe del piadoso alcalde. Nos entrevistamos con el comandante, quien se comporta como un excelente amigo. El enojo del alcalde. Anécdotas. Sacudidas sísmicas. Partimos el 10 de diciembre. Lúgubre planicie, muy apropiada para servir de escena a las imaginaciones de Milton, Virgilio o John Bunyyan. Quíbor: encontramos un aire puro, pájaros de bello canto y plumaje (entre ellos el jilguero europeo), y percibimos el típico aroma de la flor de la retama, aun sin haberla visto. Pericos y cacao. El Tocuyo: su río y su fértil valle; alto en las afueras donde nos brinda sus hospitalidad un sombrerero; entramos a la ciudad y nos albergamos en casa del comandante de la plaza, cuya esposa nos trata bondadosamente, nos agasaja con horchata y me aplica un tratamiento médico; recibimos la visita del Dr. Leonardo, amigo del Dr. Mullery, quien aprueba la receta de la buena señora y nos explica el por qué. Otros visitantes. Sigo viaje en hamaca, transportada por peones.

El primer lugar a donde llegamos, después de pasar la Boca de la Montaña, fue Baladera, pequeña aldea cuyos habitantes se dedicaban a labores agrícolas. De allí proseguimos hacia Gamelotal, el cual revelaba claramente mayor actividad y movimiento comercial que los observados por mí después de salir de los valles de Aragua; la vía que enlazaba el valle con la ruta principal era una cuesta continua pero suave, y pronto nos deleitamos con una brisa blanda y refrescante. El sendero comenzó luego a bajar a través de La Morita, por los Rastrojos, hasta Cabudare, desde donde el descenso se hace más pronunciado hasta llegar al lecho del río Cojedes, al cual se da aquí el nombre de Santa Rosa. Era día festivo, y la gente moza aparecía en atavío de gala, con telas de legítima calidad que, aunque de muy vivos colores, podrían parangonarse con las que están de moda en otros países. Aquel sitio evidenciaba, en su conjunto, mayor industria, actividad y opulencia que la perceptible habitualmente en otras regiones. A medida que nos acercábamos, advertíamos que todos los niños, incluso los de menor edad, iban vestidos con lindos trajes que revelaban muy buen gusto. Muchas *señoritas*, acompañadas de sus galanes, lucían ropas de brillante seda y excelente confección. Si bien en todas las regiones de Colombia las mujeres se distinguen por la pequeñez de sus pies, de los cuales tienen mucha razón para envanecerse, supongo que se debe a la misma franqueza de su carácter el hecho de no mostrarse por ello tan coquetas como otras jóvenes, quienes —a pesar de sentirse igualmente inclinadas a lucir sus encantos— fingen no darse cuenta de que los poseen. Sin embargo, esta vez sus elegantes zapatillas, atadas con trenzas a guisa de sandalias, y las osadías de la brisa (que soplando del río vecino hacía mostrar las medias de seda en mayor medida de la que hubieran deseado sus dueñas), atraían involuntariamente las miradas del viajero que cruzaba por la calle, quien hubiera tenido que ser un estoico para contener la sonrisa ante el grato desorden en que, por tal motivo, aparecía el atuendo de tan atractivas beldades. Habría sido también una especie de milagro que aquellas damiselas pudieran disimular la risa al darse cuenta, por la mirada intencionada del forastero, que no era ningún secreto la confusión que las embargaba. En realidad se hacía imposible dejar de admirar su andar elástico y gracioso, y tampoco aparentar enojo porque ellas, a fin de desquitarse, acentuaran su hilaridad ante

aquellos pasajeros llenos de polvo y de fatiga que se sonreían de las travesuras de la brisa.

Teníamos intenciones de conocer mejor esta alegre aldehuela, pero al preguntarle a un cortés transeúnte, quien me había saludado llevándose la mano al sombrero, la distancia que nos separaba de Barquisimeto, aquél señaló hacia una altiplanicie situada no muy lejos de la margen opuesta del río. No contentándose, sin embargo, con la mera cortesía verbal, nos invitó a detenernos y a descansar en su casa, donde seríamos bien atendidos, manifestándonos que encontraríamos aquel lugar mucho más acogedor y grato que el ubicado en la otra orilla. Aunque declinamos su invitación, nos sentimos muy agradecidos y así se lo expresamos; entonces nos acompañó hasta el vado que se usa allí corrientemente, y nos explicó cómo debíamos pasarlo, si bien nuestro sargento ya tenía suficiente experiencia al respecto. Nos despedimos de este hijo de Colombia, de disposición tan generosa, quien sólo sabía de nosotros que éramos unos simples forasteros.

En este pasaje, la anchura del Cojedes puede estimarse aproximadamente en una milla, aunque quizás la fatiga de la jornada la hacía aparecer mayor. El agua corría por un lecho lleno de pedruscos de figura redonda, todos de buen tamaño, y algunos de considerable grosor; en aquella estación del año, el caudal no era profundo, dividido en varias corrientes estrechas. Como de costumbre, el sargento iba a la cabeza del grupo; en algunos sitios, la corriente era fuerte y nos mojaba los estribos. Al ganar la orilla izquierda, teníamos aún que remontar una cuesta escarpada, abierta por el reciente terremoto, y cuya extensión, según la apreciación de todos nosotros, no podía ser menor de media milla hasta la altiplanicie. Al llegar a ésta, contemplamos a Nueva Barquisimeto, situada a cierta distancia a la derecha. Mientras recorríamos la calle real, el sargento se nos adelantó al galope en solicitud del alcalde y de alojamiento. Al localizar la alcaldía, fue informado de que el alcalde se había marchado a rezar a la iglesia. Por consiguiente, tuvimos que resignarnos a aguardar, y la espera se prolongó más o menos durante dos horas, caballeros en nuestras mulas, mientras pasábamos el tiempo en chistes y recíprocas bromas, divertidos ante los conceptos que se formaba de nosotros el nú-

meroso público que se fue congregando alrededor. Era aquella la segunda vez que nos fallaba la proverbial cortesía y hospitalidad que en todos los demás sitios se nos había brindado con tan espontánea bondad; en esta ocasión brilló totalmente por su ausencia. Además, el ritmo acelerado de nuestra jornada durante los últimos tres días, y las molestias que me incomodaban a causa de la caída que sufrí en Valencia, hacían que deseara cambiar de posición, y no permanecer montado en la mula. Aunque mis jóvenes compañeros tampoco se mostraban indiferentes ante la posibilidad de un buen descanso, ya se burlaban por anticipado del recibimiento que habríamos de obtener en Barquisimeto. En efecto, preguntamos por una posada, y se nos dijo que no había ninguna; inquirimos luego por el comandante militar de la plaza, y este se hallaba ausente. No nos quedaba, pues, otro recurso que entregarnos a jocosos comentarios ante la perspectiva de pasar esa noche a la intemperie.

Si se considerara apropiado que incidentes como los que allí nos ocurrieron deben ser conocidos de los viajeros que algún día tengan que recorrer la misma ruta, hubiera omitido hacer alusión a la insensata conducta que, en desdoro del prestigio de su país, y de su propia ciudad, mostró el alcalde de Barquisimeto. Nuestro sargento decidió ir hasta el templo donde oraba aquel devoto magistrado, y le expuso las condiciones que juzgó más convenientes para influir en su ánimo, a pesar de lo cual insistió en responder: "tienen que esperar". No había otra alternativa; y como la paciencia lo vence todo, o como lo asegura Sancho Panza, es la cataplasma que alivia todos los dolores, tuvimos que aplicar la panacea, con gran regocijo de algunas damas, asomadas a ventanas vecinas, protegidas por balaustres de hierro. Aún cuando no podía distinguirlas claramente, di por sentado que no eran tan hermosas ni estaban tan bien vestidas, ni lucían tan graciosas zapatillas ni —sobre todo— tan lindas medias de seda como las féminas de la margen opuestas del río. Por otra parte, y como resultado del mal humor que sufría en aquel momento, agregué que sólo estaban envidiosas de las rosadas mejillas de Isabel, quien al quitarse el sombrero de paja y limpiarse un poco el polvo del camino, parecía haberlo hecho adrede para exhibirlas y humillar a aquellas vecinas. Después de todo, era más ridículo mostrar mo-

lestia o enfado que limitarse a mirar con asombro, en su condición de gente extraña, a unos forasteros que provenían de un país lejano, especialmente a la dama de nuestro grupo, la cual correspondía riéndose, en compañía de su no menos divertido hermano, de aquellas desconocidas tan curiosas.

Aunque parecía faltar todavía mucho para que el alcalde diera por concluídas sus devociones, a nosotros se nos iba agotando toda estoica filosofía al ver que la noche ya se avecinaba. Algunos magistrados tratan de compensar muchos de sus defectos entregándose a prácticas piadosas, las cuales, como la caridad, sirven para encubrir multitud de pecados; no era, pues, de admirar que aquél se resistiera a ser perturbado en sus *oraciones*, aun cuando así quedaran desatendidas las obligaciones de su cargo. Mientras nos sometíamos a aquella situación con ejemplar paciencia, acertó a pasar por el lado frontero de la calle un caballero trajeado con uniforme militar, quien se acercó a nosotros y nos preguntó, en inglés, si requeríamos su ayuda. Su uniforme me hizo salir de mis reflexiones y le pregunté si conocía al Dr. Mullery. "Yo soy el Dr. Mullery", me dijo, "y usted debe ser el coronel Duane". Trabamos amistad en el acto, pese a que aquellas eran las primeras palabras que que cruzábamos, y nos invitó a seguirle.

El sargento, quien acabada de asediar vanamente al alcalde por tercera o cuarta vez , se atuvo con tal prontitud a las instrucciones del médico como si éste le hubiese ordenado batir una brecha, y comenzó a pisarle los talones; le acompañamos calle abajo, y la puerta de una de las casas fue abierta de par en par ante nosotros para que pasáramos a un espacioso patio. Después de dejar las mulas al cuidado de los sirvientes, y de confiar nuestras armas al sargento, el médico nos condujo a una cámara de gran amplitud, en la que estaba escribiendo un joven oficial, sentado ante una larga mesa cubierta por un paño verde. Bastó una breve orden del doctor para que el oficial desocupara el aposento, y nos enseñaron dos dormitorios adjuntos, en los cuales procedimos de inmediato a colgar las hamacas. Entre tanto, ya Pedro había localizado la cocina, y a los pocos momentos nos sirvió una taza de chocolate que recibió calurosa acogida.

Esta casa era propiedad del gobierno, y servía de despacho al

estado mayor de la guarnición. El comandante de la plaza, el coronel Manrique, se hallaba ausente y era esperado de un momento a otro. Allí se había alojado el coronel Todd cuando pasó por la ciudad en viaje hacia Bogotá, y en ella encontramos varias cartas que nos enviara su secretario el señor R. Adams.

El médico se despidió de nosotros, dando instrucciones al sargento de que lo solicitara en caso de que requiriéramos algo. El sargento aprovechó la oportunidad para enseñarle su condecoración, recordándole que habían hecho juntos el servicio militar, y aclarando que él era "el sargento Marcus Proctor, de los Granaderos de la Guardia de Colombia, y que había sido designado ordenanza del coronel Duane, de la América del Norte, por el comandante de Valencia y coronel de los Granaderos".

Antes de media hora ya estábamos instalados, y nos sentamos a la mesa ante un excelente guisado, acompañado de un pan de buena calidad, y de frutas recibidas desde la otra margen del río, como obsequio del señor Lara, residente en la aldea frontera, quien se apareció poco después. Lo reconocí al instante: era el mismo cortés caballero que nos invitara a hospedarnos en su morada. Presentó excusas por entrometerse en esa forma, pero como ya tenía noticias del coronel Duane, y además uno de nuestros criados, quien había hecho alto en la aldea, le informara quiénes éramos, había decidido enviarnos algunas frutas y presentarse personalmente, pues hacía varios años que estaba familiarizado con la trayectoria del viajero a quien venía a visitar. Aunque español de nacimiento, el señor Lara era hombre educado y de principios liberales, habiéndose distinguido al servicio de la causa colombiana. No esperaba yo ciertamente que en tan remoto paraje ultramarino hubiese alguien que conociera mi nombre y me sorprendió realmente no sólo que estuviera enterado al dedillo de mis anteriores actuaciones en el campo político y militar, sino que estas informaciones dataran de muchos años atrás. Me visitó constantemente mientras permanecí en aquella ciudad, obligado por mis dolencias, aunque con la suerte de haber encontrado en ella a un médico competente y cordial, bajo cuyos cuidados llegué a restablecerme del todo.

Luego que el alcalde dio por suficiente el tiempo que había de-

dicado a las cosas del otro mundo, consideró que su dignidad de magistrado había sido ofendida por el hecho de que aceptáramos alojamiento por mediación de otra persona, y no por la suya, y nos manifestó que debíamos mudar de albergue inmediatamente. Como aquel hombre tenía trazas de ser un necio o un pillo, resolví ponerme a la defensiva como un soldado veterano, y le argumenté (lo que era realmente cierto) que me sería imposible dejar la hamaca antes de que transcurrieran tres o cuatro días. Esto pareció enfurecerle, y como hubiera sido una lucha muy desigual, pues mi facilidad de expresión en su idioma no me permitía una polémica verbal, me limité simplemente a significarle que aun cuando tal fuera mi intención, no estaba en capacidad para moverme de sitio y que, por lo tanto, allí me quedaría hasta el regreso del coronel Manrique. El señor Lara se había esforzado por su cuenta, sin consultarme para ello, en hacer disminuir el enojo del alcalde, y aunque este se apaciguó un tanto, no por eso se dio por satisfecho. Entre tanto, mi indisposición exigió perentoriamente la atención inmediata del Dr. Mullery, quien me manifestó que al ofrecerme aquel alojamiento lo había hecho por contar con la absoluta confianza del comandante. A los pocos días mi recuperación había avanzado a tal punto que ya pude pensar en proseguir la marcha, y fijamos el día 11 para nuestra partida.

Durante aquellos días tuve oportunidad para observar de cerca la ciudad de Barquisimeto, y para oír diversas noticias acerca de ella. Cuando llegamos, vimos que las calles mostraban gran actividad, llenas de recuas y mozos de mulas, así como de una multitud de chiquillos desharrapados. Las calles tendrían alrededor de veinte pies de anchura, bien adoquinadas, y aun cuando la fundación y edificación de la ciudad sólo databa desde la época del terremeto de 1812, ya presentaba, sin embargo, un aspecto de mayor antigüedad. Contemplada desde el río, la planicie sobre la cual está construída la población tiene en uno de sus lados una áspera pendiente en línea perpendicular con la orilla del Cojedes, mientras que por el lado derecho el declive es mucho más suave. Al subir a la planicie, la tierra se veía desprovista de todo verdor, salvo algunas híspidas plantas silvestres que formaban varios macizos, y cardos solitarios diseminados aquí y allá. Si se tendía la mirada hacia occidente, sur y suroeste, se advertía una falta absoluta de

vegetación en toda aquella superficie, cubierta por una tierra descolorida, grisácea y fuliginosa, que aparecía más desolada con la sombra de diversos montículos que alzaban en diversos parajes sus moles abruptas. Tal aspecto de desolación resultaba aún más acentuado al compararlo con el paisaje que se contemplaba hacia el este donde una vegetación perpetua y exuberante constituía un regalo para los ojos. Al entrar a Barquisimeto, el sargento nos llamó la atención hacia el antiguo asiento de la ciudad — a la izquierda, y en línea oblícua con el borde de la planicie — que fue destruída totalmente en 1812. Nada queda en la actualidad de los antiguos muros de las casas, y lo único que sobresale a cierta altura son los montones de tierra formados por las ruinas de las tapias, con las cuales estaban construídas todas las residencias. Hoy solo eran verdaderas tumbas que habían adquirido su actual posición inclinada a causa de la forma irregular en que se amontonaron los escombros de los edificios derrumbados, y entre los cuales quedaron sepultados no sólo los habitantes de la ciudad sino también un batallón de casi setecientos hombres. Aquel montón de ruinas aparecía intacto, a excepción de algunos sitios por los cuales se había tratado de penetrar a las sepulturas de las personas que tenían reputación de gente opulenta. Los únicos vestigios perceptibles de aquella ciudad (que contaba, según se dice, unos ocho mil habitantes), y que se advierten a simple vista, son las alturas de sus ruinas, a las que la lluvia ha venido dando una configuración redondeada. Sólo escaparon quienes se encontraban ausentes en viajes de negocios o estaban en sus haciendas situadas hacia la parte del valle, pues tanto en Barquisimeto como en la llanura que desde allí va hasta Quíbor, cerca de El Tocuyo, la única vegetación existente es el cactus, del cual hay alrededor de veinte especies. Estos escombros quedan a unas dos millas entre el oeste y el suroeste de la nueva ciudad. Las montañas situadas al noroeste y al oeste presentaban a primera vista un aspecto calizo, dando también la impresión de que fuese nieve, aunque esta última conjetura se desvanecía al contemplarlas más de cerca, y advertir que el color era demasiado mate y abigarrado: se trataba en efecto de cerros de cal natural. Alrededor de tres millas al norte de la ciudad, casi al borde la planicie, está el pueblo de Santa Rosa, que no llegué a visitar; desde la época del terremoto se estableció allí un cuartel para reclutas y almacén militar, que aún continuaba en actividad.

Vista a cierta distancia, la población tenía atractiva apariencia, con su albeante limpieza, a la que contribuía quizás el uso liberal que hacían sus habitantes del material que abundaba tan manifiestamente en las colinas cercanas. Hay allí un monasterio, del cual me dieron noticias no muy honrosas, y no quise hacer más averiguaciones, pues las informaciones ya suministradas — que provenían por cierto de fuente insospechable — no hubieran podido ponerse en letra impresa.

En el valle que se extiende a la margen oriental del río Cojedes (aquí llamado Santa Rosa), existe una abundancia poco común de plantaciones de caña de azúcar, cacao, café y otras producciones.

El cacao de Barquisimeto tiene fama de ser igual a cualquiera de los otros tipos que el país produce, y — según opinión de algunas personas — es superior en densidad y sabor a todos los demás. Aunque el valle no tiene acceso directo a la costa, en razón de estar limitado por aquella elevada cordillera que lo separa del puerto de Maracaibo, y por las áridas llanuras de Coro, este producto agrícola de Barquisimeto lega al mercado bajo alguna otra denominación. San Felipe y Puerto Cabello hacían en otra época un activo comercio con dicho cacao, así como los puertecitos del Golfo Triste. El cruce de los páramos tornaba su acarreo demasiado costoso, y la guerra había dado otro rumbo al comercio de la parte occidental del valle; ahora que está restablecida la paz, esta región no quedará rezagada en relación con ninguna otra en lo que se refiere a actividades agrícolas o comerciales; y, a pesar de todos los adversos resultados de la guerra, sus dichosos habitantes parecen haberse soprepuesto a los estragos experimentados por el país, en forma más efectiva de la que pude observar en otras partes. La enorme ignorancia que todavía prevalece en el exterior acerca de la república de Colombia, es especialmente acentuada en lo que respecta a la región que estamos describiendo; y ello es tanto más sorprendente cuanto que en sus maneras y espíritu industrioso parece haber influído provechosamente, según se nos dijo, la presencia de cierto número de extranjeros, a quienes el destino arrojó allí accidentalmente hace algunos años, y que habiéndola preferido a causa de lo apartada que se encuentra de la costa, fijaron en ella su residencia. La experiencia que trajeron consigo,

y la emulación que despertaron con el ejemplo de los éxitos obtenidos por ellos, han contribuído a la singular capacidad que hoy muestran sus pósteros, y a darles el prestigio y la estimación de que tan merecidamente disfrutan.

En la noche del día 8 llegó el comandante de la plaza. Aun cuando no había sido informado previamente de que su residencia había sido ocupada por nosotros, no quiso molestarnos en esos momentos a causa de lo avanzado de la hora. Sin embargo, el alcalde fue a visitarlo en las primeras horas de la mañana siguiente y le presentó sus quejas por el hecho de que nosotros nos hubiéramos albergado allí sin su autorización; además, no vaciló en aderezar sus noticias con varias patrañas de su cosecha, mezcladas con ásperos dicterios contra aquellos insolentes *Inglesias* [sic].

Con el ánimo influído por dichas protestas, el coronel vino a visitarnos cuando estábamos tomando el matutino chocolate el Dr. Mullery, el teniente Bache, Isabel y yo. El médico se dio cuenta al instante de que el comandante se sentía molino por alguna causa, y sospechando que el alcalde habría tratado de arrimar el ascua a su sardina, hizo de inmediato las presentaciones de rigor. Después de breves frases de cortesía, el comandante me volvió a preguntar mi nombre, como si quisiera estar bien seguro al respecto, y cuando se lo repetí, me sentí un tanto sorprendido al decirme: "Entonces, ¿es usted el coronel Duane, a quien el Congreso de Cúcuta dio un voto de gracias en 1821?". Al contestarle afirmativamente, me manifestó que el alcalde había armado un lío sin motivo alguno, que esperaba que no le diera importancia a lo ocurrido, y me rogó que siguiéramos instalados allí como en nuestra casa, donde se nos proveería de todo lo que deseáramos y que pudiera conseguirse en la ciudad. Agregó luego que vendría a visitarnos al día siguiente; en realidad, se presentó esa misma noche. La arbitraria descortesía de que fuimos objeto por parte del alcalde quedó suficientemente compensada por el placer que me produjo el conocimiento y amabilidad de aquel soldado. Lo encontré franco y comunicativo, explayándose especialmente en temas tales como historia antigua y moderna, cuestiones militares, las revoluciones de aquel siglo y la superioridad de la forma representativa de gobierno. Aunque era partidario de la constitución entonces en vigor, y la consideraba como la mejor adaptada a las circunstancias del país du-

rante la guerra, expresó su preferencia —y me dijo que ésa era también la opinión de Bolívar — por el sistema federal para la época de paz, exponiendo algunas ideas que, si bien me parecieron novedosas y audaces, no por ello dejaban de ser incuestionablemente ciertas. Me dijo asimismo que él me debía cierto reconocimiento, no solo a causa de mi amistad por Colombia en el terreno político, sino también en el militar, y que él poseía varios de los estudios de esta índole que yo había publicado; hizo especial referencia a una memoria (traducida al español por mi amigo M. Torres) a la que se dio circulación en Colombia. Entre las personas que llegué a conocer, aquella era la única que tenía un ejemplar de dicho trabajo, el cual estaba yo interesado en obtener, pues no había reservado ninguno para mí.

Nos volvimos a reunir durante varias horas el día 9, y acordamos mantener correspondencia en lo sucesivo, pero el destino se encargó de privarme de tal satisfacción. Le manifesté que, encontrándome ya totalmente restablecido en virtud de la competencia profesional y de las bondadosas atenciones del Dr. Mullery, había decidido partir a la mañana siguiente (día 10) en vez de hacerlo el 11 como estaba previsto. Su personalidad se mostró entonces bajo un nuevo y afectuoso aspecto, al expresarme sus aprensiones de que en aquel cambio de planes hubiese influído la incorrecta conducta del alcalde, y me suplicó que no la interpretara sino como una simple manifestación de egotismo de dicho funcionario. Le aseguré que tanto su comportamiento como la estimación que me demostraba habían bastado para hacer desaparecer cualquier clase de resentimiento que por tal motivo hubiera podido quedarme. Antes de mi partida, me entregó una carta para el comandante militar de El Tocuyo, que era nuestro próximo sitio de parada; y el Dr. Mullery escribió otra para el Dr. Leonardo, también médico, quien había asistido a cursos en París, Londres y Edinburgo, y visitado sus hospitales. Estas cartas nos fueron de mucha utilidad posteriormente.

El coronel Manrique, considerado entre los oficiales de mayor relieve en el ejército colombiano, tenía menos de treinta años de edad para aquella época. Con motivo de haber sido sorprendida

Maracaibo por Morales con fuerzas superiores, le tocó al coronel Manrique la misión de reconquistarla y de expulsar de allí a los españoles, por lo cual fue promovido al rango de general de brigada, ascenso que, según opinaban muchas personas, le debía haber sido otorgado con anterioridad. Poco después de haberme separado de él, la constitución de aquel gallardo oficial sucumbió ante la severidad de las obligaciones que pesaban sobre sus hombros, y las cuales lo exponían inevitablemente a toda suerte de intemperies y rigores. Colombia se vio así privada de una de sus cabezas mejor dotadas y de uno de sus corazones más liberales.

Las atenciones recibidas del Dr. Mullery, con preferencia a todas las demás; la bondad del señor Lara, quien diariamente nos abastecía de piñas y cambures, naranjas y nísperos; y la cortesía de aquel digno comandante contribuyeron a que fuese muy grata nuestra estancia en Barquisimeto, pese a que esta ciudad presentaba características muy poco interesantes. Nuestro amable amigo el Dr. French Mullery, además de compañero y paisano del Dr. Murphy — a quien conocimos en Valencia — había sido también su condiscípulo. Su inteligencia le había conquistado la estimación general, y a causa de su reconocida competencia, mereció que se le designara médico del ejército que cruzó el istmo de Panamá para hacer la campaña del Perú. El cumplimiento de sus deberes profesionales, que salvaron de la tumba a centenares de pacientes, hizo que su salud quedara mortalmente afectada durante el paso del Chagres, perdiendo así Colombia a un hombre de singulares méritos, y sus amigos a una persona a quien era imprescindible estimar después de haberlo conocido.

El día 5 de diciembre, a las cuatro menos veinticinco a. m. [?] sentimos la fuerte sacudida de un temblor de tierra. Me encontraba reclinado en la hamaca con un libro en las manos, e Isabel estaba también entregada a la lectura. La sensación que experimenté fue como si una persona hubiera pasado por debajo de la hamaca, dándole dos rápidos tirones. El teniente Bache, quien se hallaba en el corredor, también lo sintió en el mismo instante. No debió de haber durado más de cuatro segundos y no se repitió.

El martes 10 de diciembre salimos de Barquisimeto y comenzamos a recorrer su árida e inhóspita planicie. Al principio subimos

por una cuesta y atravesamos una aldea, que hubiera podido servir a la imaginación de John Bunyan para situar en ella el asiento de la desesperación y la desolación. De ahí en adelante la ruta siguió en línea recta hacia el oeste. No hay palabras que permitan transmitir una impresión suficientemente clara y expresiva de esta llanura, de la vegetación que la cubre, ni de las montañas que surgen primero al noroeste, aparentemente calizas y mostrando aquí y allá algunos macizos o fajas rastreras de espinoso cactus; aunque en ciertos sitios de sus laderas parecía crecer alguna hierba, ésta presentaba el color de la cal por donde reptaba ralamente. Enormes barrancos se abrían en los costados de estos cerros calizos, una de cuyas vertientes reverberaba con el brillo de los rayos del sol, mientras la otra permanecía en la sombra proyectada desde la altura, y era lo único que interrumpía aquel panorama monótono y lúgubre. El camino que seguíamos quedaba a unas quince millas de dichas montañas, pero se iba estrechando hasta llegar a un valle, cuya parte suroriental se veía al comienzo revestida de un tenue boscaje, pero que a medida que avanzábamos se tornaba tan caliza en su lado izquierdo como en el derecho. La llanura continuó angostándose hasta no alcanzar más de seis o siete millas. Todo aquel territorio que se extendía a ambos lados del sendero estaba constituido por una densa espesura de cactus, impenetrable para hombres o animales. Incluso la tierra que pisaban nuestras bestias estaba cubierta de una especie enana de dichos cactus, creo que la llamada *cerus* rastrero, sobre los cuales una caída hubiera significado tanto daño como sobre un dentado rastrillo. En la sierra que corre al frente de La Guaira proliferan tres o cuatro clases de cactus, así como en otros parajes donde la tierra no puede producir ningún otro tipo de vegetación; pero en esta llanura observé algunas variedades que hasta entonces eran desconocidas para mí. Creo que es Humboldt quien parangona una de las especies del cactus a un gran candelabro; aunque en realidad existe cierta semejanza, el símil es imperfecto. Se trata de una planta con un tallo o cepa de doce a veinte pulgadas de diámetro; a unos cuatro o cinco pies del suelo, extiende sus pencas cubiertas de estrellas de cinco puntas, en cuyo centro una larga espina se proyecta hasta cierto punto del borde de la anterior. Las pencas siguen brotando en figuras caprichosas y achatadas, que no presentan hojas ni ramas, sino una especie de pastilla espinosa llena de sustancia vegetal, como las de la cochinilla, el nopal o la tuna; estas pencas de

extraña apariencia brotan del tallo a una altura de diez a veinte pies, y debido a la ausencia de follaje, semejan los restos de árboles chamuscados por el fuego. Otras especies de este mismo género espinoso se extienden en largas fajas de unas dos pulgadas de ancho y media pulgada de espesor, cubiertas también por iguales espinas y estrellas de cinco puntas. Al seguir con la vista algunas de dichas fajas, estimé que tendrían más de sesenta yardas, pero no pude determinar dónde brotaban ni dónde terminaban. El cactus rastrero común *(opuntia)* abundaba a la orilla de aquella compacta vegetación, por donde al parecer se abrió en otro tiempo un camino a través de esta lóbrega planicie, la cual hubiera podido ahorrar a los poetas todo esfuerzo de inventiva — a causa de lo apropiadamente que refleja la más solitaria desolación — para describir las fronteras del infierno y el valle del pecado o de la muerte.

> Cual si del rayo heridas las encinas
> del bosque, o los pinos del collado,
> alzan aún sus troncos altaneros,
> sin hojas ya, y la tostada copa,
> en el marchito erial...
> ...La ruta hasta las puertas del infierno
> lindaba en sus orillas con el caos. (*).

El calor era ardiente mientras andábamos al trote por aquella vía de temerosa uniformidad, donde no se veían hombres, animales, ni pájaros, ni tampoco arroyuelo alguno que mitigara nuestra sed. La tierra que desprendían las mulas con sus cascos estaba formada por una mezcla de cal y de grisáseas cenizas; y después de haber avanzado cierto trecho, advertimos que en varios sitios se había hundido una masa compacta del suelo a unos diez o doce pies de profundidad. La superficie de la parte que se había ido al fondo estaba en línea perpendicular con el quebrado borde del camino y tenía una extensión aproximada de trescientas yardas por cincuenta, bajo el antiguo nivel.

Preguntándonos si al fin podríamos ver la morada de algún ser humano (luego de haber marchado unas doce millas por esta

(*) Verso del Paraíso Perdido (libro primero), de Milton. (N. del T.)

desolada ruta), y renovar la existencia de agua que acostumbrábamos llevar en los recipientes de totuma que cada quien transportaba en el pico de la silla, el polvo, el calor y la impresión que dejaban aquellos desérticos parajes nos indujeron a torcer camino hacia el sitio llamado Los Horcones (nombre derivado probablemente de *horcone*, ristra de cebolla (sic), aunque ciertamente no se veía ningún sitio apropiado para el cultivo de dicha planta. Encontramos, sin embargo, que en aquel lugar había tan poca agua como en nuestras cantimploras, y tuvimos que contentarnos con un vaso de guarapo recién fermentado, que nos sirvió de refresco. Se nos informó además que todavía tendríamos que andar otras diez millas para hallar una quebrada.

Como aquel alto nos hizo sentir un tanto aliviados, y en vista del largo recorrido que aún nos esperaba, seguimos marcha hacia Quíbor, adonde llegamos casi al atardecer. En cualquier otro momento, aquella aldea nos hubiera parecido de ingrato aspecto, pero después de viajar a caballo durante todo el día, resultó alegre y acogedora. El villorrio estaba cruzado por un bonito arroyuelo, y el apetito que nos aquejaba hizo que no encontráramos desdeñable un trozo de *tasajo*, a pesar de estar condimentado con ajo. A causa de la fatiga que experimentábamos, no sentimos mayor curiosidad por ver otras partes de Quíbor que las que podían observarse desde la calle que servía de camino. Por lo tanto, y luego de paladear la última botella de vino, nos retiramos a nuestras hamacas cuando aún no había anochecido, y antes de que saliera el sol, dejamos a Quíbor a la espalda.

Después de andar unas cuantas millas, desapareció del todo la vegetación de cactus. La ruta por la cual ascendíamos nos llevó a una cordillera no muy alta, formada por verdeantes montañas. Cruzamos a través de setos muy hermosos, en los que volvimos a ver pájaros de bello canto y plumaje, como los que abundaban con tal profusión en nuestro camino antes de llegar a Barquisimeto, que ya habían dejado de parecernos interesantes. Aquí nos produjeron mayor agrado todavía al escuchar los chillidos de los pericos, y otras aves de la especie de los loros, de los que existen verdaderos enjambres en las regiones donde se cultiva el cacao. Entre aquellos pájaros descubrí al jilguero europeo, cuyas notas reconocí antes de ver al cantor. Subíamos por un sendero sombreado, al que re-

frescaban riachuelos de agua pura. Tanto la lujuriante hierba, cubierta de gotas de rocío, como los densos arbustos y la temperatura hacían pensar en algunas regiones de Europa; y el aroma de la lozana flor de la retama regalaba con frecuencia, e inesperadamente, nuestro olfato.

Al llegar a la cumbre, nos vimos envueltos repentinamente por los rayos del sol, como por obra del truco de una pantomima; las sombras habían desaparecido con igual brusquedad, y el campo de nuestra visión se ensanchó a tal punto que pudimos observar un extenso valle, a través del cual, desde el suroeste, corría un espacioso río. Un sol brillante derramaba su luz con tal fuerza sobre aquella comarca, que no consideramos conveniente demorarnos mucho tiempo en ella. La enorme cordillera que la separa del valle de Mérida servía de límite a la margen occidental del río, a una distancia aproximada de siete u ocho millas. Aquel río era el Tocuyo, que se dirigía hacia el norte; por su margen oriental, y bajo nuestros pies, quedaba la ciudad del mismo nombre. Haciendas de cacao, caña de azúcar y café se extendían a lo largo de las márgenes del río en dirección septentrional, y se veía muy transitado el camino desde la cuesta por la cual bajábamos hacia El Tocuyo. Si se tendía la mirada hacia la derecha, al norte, o a lo largo de ambas márgenes del río, se observaba un paisaje lleno de fertilidad, vegetación exuberante, densos cultivos de gran extensión y espléndidos cañamerales. Los azahares de los naranjos, los euforbios [¿bucares? ¿guamos?] y los platanales de suave verde delataban la existencia de ricas plantaciones de cacao y de café, para cuya sombra y protección habían sido sembrados. También lucía su flor de nieve el algodonero, que se destacaba en macizos o hileras y también aisladamente.

En medio de aquel panorama de tan variados aspectos, y un tanto sesgada hacia la izquierda desde nuestro punto de vista, se alzaba la próspera y hermosa ciudad de El Tocuyo. Como todavía nos faltaban unas tres millas para llegar hasta ella, y el calor era ya intenso, decidí colgar mi hamaca en el corredor de la casa de pn industrioso sombrerero, quien estaba ocupado en fabricar un sombrero con fibra de cocuiza, lo que hacía con gran paciencia, gracia y constancia, mientras entonaba una *canta* patriótica, en cuyo tema

y estribillo se exaltaba el nombre de Bolívar. Esta circunstancia fue la que me llamó la atención, y quizás la expresión de mi semblante, que además de fatiga revelaba la satisfacción que me producían tanto la canción como el motivo en que estaba inspirada, lo indujo a abandonar su trabajo, y con una cortesía que no hubiera podido pagarse con millares de dólares, y con una gentileza y hospitalidad que corrían parejas con aquella, me indicó con breves palabras y gestos que procediera a hacer lo que, a su juicio, habría de servirme de alivio. En consecuencia, y a los pocos instantes, ya estaba columpiándome en mi liamaca, colgaba por el sargento. Entre tanto, el sencillo sombrerero había vuelto a su trabajo, como si nada hubiese sucedido, y les comunicaba a su esposa y a sus dos pequeños hijos —unos chiquillos vivarachos y ciertamente hermosos— la opinión que le merecía aquel señor, quien por estar acompañado de un granadero, y traer comitiva armada de espadas, debía ser algún general; que el joven oficial sería su edecán, y en cuanto a la *señorita*, que parecía *una angela de la guardia* [sic]. La buena señora, animada del mismo espíritu benévolo de su marido, desprendió algunas frutas de los árboles vecinos, y nos las ofreció como si estuviera rindiendo un homenaje; luego, con una sonrisa llena de benignidad y de hospitalaria emoción, le trajo a mi hija una totuma casi llena de excelente limonada, dándole a entender con miradas significativas, y "con gestos y sonrisas que constituían todo un argumento", que su único anhelo era que aquella bebida la refrescara suficientemente.

Pasamos dos horas en aquel lugar, muy agradados con la inocencia de los niños y con la natural elegancia de maneras y contento de ánimo que eran manifiestos en aquella humilde cabaña. Nos consiguieron leche y huevos, así como frutas en abundancia, y nos costó trabajo que aceptaran más de lo que, a nuestro juicio, apenas si representaba una tercera parte de su valor. Con un millar de pesos no hubiéramos podido pagar ni la mitad del placer y satisfacción que nos producía su bondad, y sin embargo sólo desembolsamos menos de la cuarta parte de un peso. A fin de dejar a los niños algún recuerdo, les obsequié unas baratijas de que venía provisto para tales casos. Al despedirnos, tanto el digno sombrerero como su esposa parecían sorprendidos de que nos marcháramos tan pronto.

Como el calor del sol se había mitigado, comenzamos a bajar lentamente por la cuesta, y entramos en la calle principal, donde residía el comandante de la plaza. El sargento entregó la carta que le enviaba el coronel Manrique, las puertas se abrieron, y al momento nos encontramos en el patio.

Al desmontarnos, salió a recibirnos, en traje de casa, la esposa del comandante. Era una dama de aspecto y maneras agradables y bondadosos, pero de inusitada corpulencia y rotundidad, simétricamente repartidas. Pocas veces he visto a una mujer de igual tamaño y grosor. Sin embargo, cuando luego la vimos trajeada elegantemente, con lindas zapatillas de raso azul que lucían más vistosas a causa de las medias de brillantes seda, nos sorprendió la pequeñez de sus pies, que contrastaban desproporcionadamente con aquella superestructura que, de no haber sido por su magnitud, podría considerarse gruesa y bien formada. Tal desproporción solo se hacía perceptible en esta ocasión a causa de la distinta indumentaria, pero aquellos pies eran el ornamento de su persona y, al igual que todas sus compatriotas, tenía derecho a sentirse orgullosa de ellos.

En el salón al cual fuimos introducidos había un largo banco, en forma de canapé, cubierto de por una tapicería de color carmesí, y el cual se extendía a lo largo de la pared. A la izquierda de la puerta de entrada estaba la alcoba de la respetable señora; a la derecha quedaba la *camarita* que se me había asignado, y contigua a la misma, las de Isabel y Ricardo. En cuanto a nuestro equipaje y servidores, también fueron adecuadamente instalados como si todo lo hubiéramos previsto nosotros mismos para alcanzar mayor comodidad.

Como me sentía muy indispuesto, apenas estuvo colgada mi hamaca —y ello se efectuó a los pocos momentos de llegar, según lo acostumbrado— me retiré a descansar, dejando que los jóvenes se divirtieran y fuesen agasajados por la bondadosa señora y por varias amigas suyas, quienes se precipitaron a visitarla tan pronto como se corrió el rumor de que habían llegado unos extranjeros que despertaban su curiosidad. Se sirvió horchata, dulces y vino moscatel, y mientras la buena señora entretenía así a sus huéspedes y amigas, decidió hacer de Lady Bountiful con el *viejo coronel*,

y me trajo, con sus propias manos, una taza que contenía un específico de uso universal en aquellas comarcas, o sea una infusión de naranja agria cortada en pequeños trozos, aderezada con azúcar y sustancias aromáticas. Como la bebida era no solo innocua sino muy de mi gusto, no quise mostrar ninguna incredulidad cuando *me aseguró* que dicha infusión era, "como el aceite de ballena, lo mejor que había en el mundo para aliviar magulladuras internas". La tomé en la forma indicada, y mi benévola anfitriona, mostrando tanto interés como si se tratara de su padre, me cubrió con una *manta*, ajustó la *hamaca* y dio a ésta un pequeño empujón, supongo que para que me durmiera mientras me mecía. Fuese cual fuera su intención, el efecto obtenido se tradujo en un delicioso sueño; desperté transpirando copiosamente, y luego de haberme cambiado enteramente de ropa, de afeitarme y de lavarme, y antes de que sospecharan que ya estaba despierto, volví a presentarme con tan excelente ánimo, que la servicial dama adquirió mayor fe todavía en la eficacia de aquel específico. Sus conclusiones no podían ser rebatidas por mí, sobre todo al quedar confirmadas por mi evidente cambio de aspecto, después de la fatiga, laxitud y traje sucio y polvoriento con que aparecí al llegar. El comandante era un hombre robusto y de buena presencia, si bien un tanto reservado, y parecía pensar que su bondadosa cónyuge era demasiado voluminosa para que la consideraran como un ángel; ella, sin embargo, no sólo estaba persuadida de ser una criatura angelical, sino que se preocupaba muy poco en ocultar las turgencias de su cuerpo, que lucían en toda la plenitud de la naturaleza, realzadas por un traje cuyos adornos revelaban ciertamente muy buen gusto.

En vista de que tanto el pulso como el calor de mi piel acusaban esa noche cierta tendencia febril, resolví quedarme un día más. El teniente Bache había salido en busca del Dr. Leonardo, para entregarle la carta del Dr. Mullery. Al saber que se encontraba en su hacienda, situada a unas dos millas de distancia, decidió ir hasta ella y hacer observaciones geológicas y botánicas por el camino. En efecto, halló al médico en su finca, y después de pasar un rato juntos, y de examinar su colección de libros, curiosidades naturales y algunos bosquejos originales, muy bien concebidos y ejecutados por el propio doctor, regresaron juntos a la ciudad. Tuve la satisfacción de verle precisamente en el momento en que má

ansiaba conocer su opinión sobre el estado de mi salud. Me dijo que me tranquilizara y me recomendó que repitiera la medicina preparada por la esposa del comandante, aclarando que la única razón por la cual le parecía apropiada era por sus virtudes sudoríficas, que era todo lo que se requería en mi casa. Me aconsejó, además, que viajara durante algunos días en posición reclinada. Aunque tal receta no hubiera sido difícil de poner por obra en la India, el doctor se anticipó a los obstáculos que yo preveía para cumplirla en aquellas parajes, y me aseguró que el comandante dictaría sus órdenes para que una docena de peones transportaran sobre sus hombros la hamaca en que yo viajaría, colgada de una sólida vara de bambú.

El comandante pareció satisfecho de que se le presentara una oportunidad para demostrarme su buena voluntad, y ordenó que el número de peones requerido estuviese en su residencia a las siete de la mañana. La víspera de nuestra partida se nos obsequió con una comida excelente a base de gallina, piezas de caza, buenas salchichas, ensalada, frutas y deleitable vino de Cataluña, además de un pan tan tierno como el nuestro de Filadelfia. Varias damas y caballeros fueron invitados para que compartieran esa cena con nosotros. El grupo nos resultó muy agradable, y se mostraron solícitos en hacer todavía más satisfactorio y placentero el agasajo de que éramos objeto. Después de tomar la acostumbrada taza de chocolate, me fui a acostar a hma temprana.

CAPITULO XVI

Benevolencia y hospitalidad. Partida. Dirección de la ruta. Intersección y aspecto de las montañas. Humano caro Baxo [*i.e. Humocaro Bajo*]. *Un alcalde pícaro; sus trácalas contra los viajeros. Obtuvo de mi parte un enérgico rechazo. Singular ubicación de esta aldea y condiciones del camino que se recorre al salir de ella. Peligrosa elevación de una vereda sobre la vertiende del profundo valle.* un hato. *Declives de mucho cuidado. Seguridad que ofrecen las mulas y manera de conducirlas. Los charcos y las cabalgaduras.* Escaleras para mulas. *Aguacero; las capas de hule nos sirven de excelente protección. Viaje durante la noche, azotados por la lluvia. Descubrimos alojamiento. Encuentro con algunos oficiales del ejército. Albergue para viajeros. Retardo en la llegada del equipaje. Nos despedimos de nuestros nuevos amigos militares y nos enteramos de varias noticias.*

Las órdenes del comandante militar de El Tocuyo fueron puntualmente obedecidas. Se nos sirvió el desayuno a primera hora, y nos obsequiaron un pan de calidad excelente, envuelto en tiernas hojas de plátano, a fin de que no perdiera su suavidad durante el camino. Los peones trajeron un bambú apropiado al efecto, de unas cuatro pulgadas de diámetro y doce pies de longitud; mi hamaca fue colgada de ambos extremos, y acomodándome en ella, después de despedirnos de nuestros amables anfitriones, dejamos El Tocuyo a eso de las ocho y media. Un considerable número de viajeros se agregó a nuestro grupo, práctica que, según pude observar, era muy frecuente. Aunque la remuneración que se acostum-

bra dar a los cargadores es un real diario, decidí pagarles el doble, Las mulas con el equipaje habían salido con una hora de anticipación, y las alcanzamos a unas seis millaa de El Tocuyo.

Nuestro camino ascendía por la margen derecha del río, teniendo a la ciudad a nuestros pies, en un trayecto aproximado de dos millas, al cabo de las cuales se hace el vado. Aunque el paso era de gran amplitud, el agua no tenía mucha profundidad y el lecho estaba formado por pequeños guijarros. La cordillera, por cuya falda cruzábamos, estaba revestida por una selva estupenda que ascendía desde la orilla izquierda del río hasta la cumbre de la montaña. Después de vadear la corriente, penetramos de inmediato en una zona boscosa y pudimos comprobar que, aunque la cadena de la cordillera que se extiende desde Mérida hasta la parte septentrional de El Tocuyo parece ininterrumpida, aquí en realidad se producía un corte o depresión que llegaba hasta la propia base, pareciendo anunciar su término o el comienzo de otras varias montañas que surgían de la planicie. El abra daba paso hacia un área muy extensa, donde aparentaba desaparecer la serranía y en donde las aguas de sus vertientes se unían con las del Tocuyo. Cruzamos varias de estas corrientes y, hacia la parte de occidente, seguimos un sendero que subía por la ladera de una loma, con rumbo entre oeste y suroeste, a una altura que podía estimarse en unos treinta pies sobre la llanura. Aunque el camino era muy quebrado, mis pobres cargadores manifestaban bastante buen humor y satisfacción. La luz del sol era brillante y cálida, pero la dirección que llevábamos y los árboles del bosque situados a la izquierda nos permitían gozar de benéfica sombra.

En este sector la comarca presentaba una mezcla de selvas altísimas, rocallosos barrancos y parleros arroyos que entrecruzaban mutuamente sus aguas; así como diversas lomas, ligeramente elevadas en los puntos de intersección del camino, cubiertas por un tapiz de aterciopelado verdor, matizado por brillantes flores. En cuanto a mí, confieso que no hubiera podido aspirar realmente a un recorrido más agradable, ya que disfrutaba de todo el sosiego y comodidad de una litera, sin sufrir la menor fatiga; y como no tenía que preocuparme por mi seguridad de viajero, podía contemplar a mis anchas el paisaje que parecía deslizarse al lado de la hamaca: las figuras y direcciones caprichosas que ofrecían valles

y montañas, la novedad de las plantas y las flores, y las innumerables bandadas de pájaros, de los cuales admiraba el pintado plumaje y la algarabía que formaban ocasionalmente con la diversidad de sus cantos. Debo reconocer, sin embargo, que en ese trayecto revivi las impresiones experimentadas cuando *viajé* por primera vez en palanquín por el Indostán, también a hombros de anderos. El palanquín es una unidad de transporte bien equilibrada, liviana y de fácil manejo. Ha sido diseñada de forma que su peso se distribuya por igual sobre los hombros de los cuatro cargadores, quienes pueden ser relevados sin que se altere la celeridad de la marcha, la cual se efectúa por tierra siempre llana, a lo largo de centenares de millas, en la que no se ve una sola piedra, ni siquiera del tamaño de un grano de pólvora. Aquí, *en cambio*, la faena resultaba mucho más pesada, por todos respectos, para los cargadores: no había ningún camino construído, era imposible que dos hombres anduvieran de frente por aquellas veredas, llenas de rocas y pedruscos angulares; ni aun en el lecho del arroyo que atravesamos, se veía un solo guijarro redondo. La carga también se hacía más molesta, porque como la hamaca estaba suspendida a lo largo, descendía a tal punto con el peso del cuerpo que en algunos sitios rozaba con los peñascos que sobresalían en el camino. Tomando en cuenta estas circunstancias, hacíamos alto cada vez que aparecía un lugar umbroso apropiado al efecto, y si era en las cercanías de algún arroyo, tomábamos un parco refrigerio. Al fin llegamos al pie de la cuesta, vadeamos un anchuroso río y cruzamos por un valle extenso y quebrado; luego de remontar un declive muy pendiente y de recorrer una llanura cubierta de verde césped, entramos a la aldea llamada *Humano caro Baxo* (i.e. Humocaro Bajo) a eso de las tres de la tarde, después de haber andado más de veintisiete millas.

El alcalde del lugar nos hizo saber que se encontraba "ausente"; pero como el sargento estaba bien enterado de sus trácalas, por haber ya recorrido varias veces la misma ruta, fue en su busca y le hizo saber que eran *antiguos* conocidos. En cuanto a mí, la verdad es que experimentaba más bien alivio que cansancio al cabo de aquella jornada, e hice que se solicitara, y se repartiera entre los peones en la medida que a éstos les apeteciera, la bebida usual del país. Luego de colocar el equipaje en un lugar adecuado, se soltó a las bestias para que corretearan y pastaran en la llanura.

El alcalde no quiso hacer ninguna gestión en favor del sargento, quien le había expuesto sus deseos de conseguir alojamiento para nosotros y forraje para las mulas, mediante el pago respectivo. Resolví visitarle personalmente y, en términos respetuosos pero firmes, le pedí albergue. El mal humor y la arrogancia de aquel funcionario de tan insignificante categoría me resultaban inexplicables. Reuní a los peones a fin de entregarles su paga que en este país acostumbra ser de un real diario. Aunque dicha suma se consideraría ciertamente ínfima en los Estados Unidos, ya antes de estar enterado de la tarifa les había hecho saber que yo les pagaría el doble de lo que habitualmente cobraban. Quizás porque esta promesa voluntaria daría a entender que yo debía ser muy tonto o muy rico, ya que en épocas todavía recientes era algo insólito que se hicieran pagos de ninguna clase, y con mucha frecuencia llovían más azotes que "reales", parece que el alcalde pensó que yo era un hombre débil, y que aparecía muy remota la posibilidad de que se le hiciera responsable de nada. En consecuencia, se negó a responder y también a conseguir el albergue solicitado, a pesar de que ello estaba entre los deberes de su cargo, y de que había muchas casas desocupadas, de las cuales podía disponer. En efecto, tanto las leyes como las costumbres establecidas obligan a estos funcionarios a hacer gestiones para que se suministre a los viajeros el forraje o los víveres que requieran, y a precios equitativos.

Sin embargo, como la noche ya se nos venía encima, le ordené al sargento que buscase una casa vacía, la que estuviera en mejores condiciones. Tan pronto como la encontró, procedimos a ocuparla de inmediato. Como íbamos provistos de todo lo necesario, nos instalamos sin más demora y colgamos las hamacas. Después volví a visitar al alcalde, ofreciendo el dinero necesario para que se nos proveyese de pienso, leche y huevos, así como de pan, en caso de que pudiera obtenerse. El alcalde siguió inmutable, se abstuvo de toda diligencia y no dictó orden alguna mientras estuvimos presentes. No obstante, como su conducta no era desconocida por nuestro guía, y como éste sabía ingeniárselas para congraciarse con los habitantes del lugar, averiguó prontamente que había abundancia de pasto, huevos, gallinas y pan, y adquirió cuanto se requería, pese a que el alcalde había amenazado con su enojo a todo el que se atreviera a efectuar tales ventas. A fin de lograr su objetivo, el sar-

gento insistió en pagar por adelantado, y en que le entregaran luego lo pedido. Conseguimos así guarapo para los peones, pan, chocolate en pastillas y un poco de *manteca* para los guisos. En cuanto a la mantequilla, no llegamos a verla sino después que salimos de *Susacon* [sic]. El cocinero pudo así entregarse a su trabajo, y Vicente fue a buscar leche a cierta distancia del pueblo.

Entre tanto, se llamó a los peones para que recibiesen su salario. Por motivos no explicados, parecían haber surgido algunas diferencias entre ellos, y uno se adelantó para percibir la suma total. Entre los demás era visible cierto descontento, y yo expresé mi decisión de pagarles más bien uno a uno, en su propia mano. El sargento se lo hizo saber, y aunque muchos se regocijaron con la noticia, fueron amenazados por el que hacía de representante, quien dirigiéndose a mí, con un garrote en la mano, me significó que el alcalde les había dicho que no recibieran lo que yo ofrecía, a menos que fuese el cuádruple de la tarifa usual. Visité de nuevo al alcalde, quien ratificó dicha declaración. Resuelto a no permitir este intento de estafa, amparada por un magistrado, me dispuse a hacer frente a aquel funcionario indigno, y a rechazar todo ultraje, como el implícito en las amenazas proferidas tan sin reservas por algunos de los peones. En consecuencia, hice varios disparos al aire, cargué nuevamente las pistolas con balas y municiones en presencia de todos ellos, y ordenó a los míos que tomaran sus armas. Me presenté luego ante el alcalde, le comuniqué que estaba bien al tanto de sus procederes, y le manifesté que era amigo personal del Intendente del Departamento, a quien vería dentro de pocos días, y le haría saber su comportamiento. Le expresé, además, que le entregaría en sus propias manos, si así lo consideraba necesario, la paga correspondiente a cada cargador, o sea el doble de la tarifa ordinaria; que era obligación suya reprimir los desmanes de los peones y sus amenazas de rapiña y que, si llegaba a intentarse alguna violencia en contra mía, no vacilaría en darle un tiro a él como cómplice de todo aquello. Mis palabras tuvieron un efecto eléctrico, y entonces sí rompió a hablar verbosamente, dando muestras del más bajo servilismo. Se llamó a los peones, a quienes pagué individualmente, y me retiré a mi alojamiento, seguido por el alcalde, quien insistió en obsequiarnos dos docenas de huevos. Había recobrado a tal punto mis energías, que decidí seguir camino en las primeras

horas de la mañana siguiente. Disfrutamos de una abundante cena y, como suele ocurrir con frecuencia en este benigno clima, de un reposo reparador.

Lo anteriormente narrado se consigna meramente a objeto de poner de relieve las dificultades a que puede verse expuesto un extranjero cuando tenga que tratar con un funcionario de carácter perverso; la necesidad de estar preparado y dispuesto para repeler cualquier descomedimiento, así como de comportarse con ánimo decidido, sin infringir por ello, de palabra *ni* de hecho, los lindes de la circunspección. En más de una ocasión similar a ésta pude comprobar que no sólo es indispensable adoptar dicha conducta, sino que es el único modo seguro de mantener a raya la insolencia y malignidad de tales gentes.

Es notable la peculiar desolación del paraje en que se encuentra ubicada esta aldea. Al cruzar el valle para encaminarnos hacia ella, la sierra aparecía a muy escasas yardas, pero a medida que nos acercábamos, la roca en que se asentaba el pueblo surgía como un solo bloque, altísimo, desnudo, y de vertiente perpendicular, que parecía estar a tiro de piedra. Como era tan elevada, daba la impresión de que se inclinara más bien hacia nosotros que alejarse *en dirección contraria*; en realidad su rumbo era norte-sur. Al continuar camino al día siguiente, atravesamos la prolongación de este cerro por su lado opuesto, de sur a norte, desde donde las rocas dentadas que se contemplaban desde *Humano caro Baxo* se asemejaban ahora los escombros de una enorme muralla artificial, que se hubieran amontonado al lado externo, o sea el oriental, de aquel acantilado.

El sábado 14 de diciembre, a las seis de la mañana, y descendiendo nuevamente a la hondonada por la que habíamos entrado, nos enrumbamos en dirección sur durante un trayecto aproximado de dos millas, donde esta inmensa mole aparecía cortada por un valle que iba de este a oeste, y del cual formaba uno de sus costados. En la parte baja de la ondulante serranía que se alzaba al lado opuesto, diversos arroyos afluían hasta formar una sola corriente, y se veían numerosos senderos que divergían desde el valle hacia tres de los puntos cardinales. Nuestro sendero iba orillando

el cerro de *Humano caro Baxo*, y se extendía hacia el noroeste. La cuesta, en un trecho de más de tres millas, pasaba por sobre rocas enormes. Para facilitar este recorrido se habían realizado algunos esfuerzos, construyendo burdos puentes de madera de un peñasco a otro, que salvaban profundas grietas por las que aún no se habían abierto paso las aguas de la montaña. Aquella subida era no solo tediosa y difícil, sino peligrosa y molesta. Los altos que hacíamos repetidamente para dar descanso a nuestras mulas, que demostraban en grado inapreciable tanta paciencia, nos permitían admirar las ingentes masas de roca que formaban el costado de aquella sierra, cuya ladera suroriental semejaba un muro que, surgiendo de una dehesa verdeante, se elevara perpendicularmente hacia el cielo.

Al fin llegó a su término la rocallosa cuesta, y luego seguimos por otro fuerte declive de la montaña, también muy quebrada y cubierta de hermosa vegetación. Pasamos por un hato en el que había una gran cantidad de mulas y caballos de cría, y donde pudimos contemplar igualmente un ganado de bella estampa. La subida se hacía muy penosa, y la única vía era un sendero abierto como un reborde alrededor de la serranía. Aunque todavía faltaban varias millas para llegar a la cumbre, era ya tan elevada esta pedregosa senda por la cual cabalgábamos en fila india, que las reses que pastaban allá lejos a nuestros pies parecían moscas adheridas a un tapiz, y los altos macizos de árboles de la selva quedaban disminuidos al tamaño de simples ramilletes.

Aquel sendero, no más ancho que un volumen *in quarto*, por el cual había que atravesar parajes tan escarpados y de tanta altura, era el peor que habíamos recorrido hasta entonces. Aunque originalmente había sido trazado en forma que le diera cierta nivelación al terreno, este presentaba ahora, como resultado del desgaste y desprendimiento de tierra en la vertiente de la montaña, una acentuada inclinación hacia el abismo. El solo intento de subir por un vericueto como aquél, incluso a pie, se consideraría en los Estados Unidos como una peligrosa barrabasada llena de positivos riesgos. No sola la cabeza está expuesta a darnos vueltas, sino también los ojos a sufrir de vértigos, con solo mirar hacia abajo desde alturas que no representan ni siquira una tercera parte de aquellas por las cuales viajábamos sin vacilación, aunque no sin aprensiones. Ahora

bien, lo cierto es que mientras nos preguntábamos cómo podríamos cruzar por semejantes precipicios, ya habíamos avanzado un trecho considerable, con toda decisión y sin experimentar mareo alguno. Para explicarnos aquello, el único razonamiento apropiado era atribuirlo a la confianza que gradualmente habíamos ido adquiriendo en el paso firme y seguro, así como en la sagacidad de las mulas, las cuales pisan sobre las más ásperas rocas con tanta fuerza, y con mucha más cautela que las cabras. Algunas veces se adiestra en los Andes a los caballos para dotarlos de igual seguridad y firmeza en el paso; pero esta propiedad solo la adquieren generalmente cuando se crían en compañía de mulas. El caballo de silla no está acostumbrado a buscar ni a elegir la vía adecuada, sino que es orientado por la mano del jinete, quien no siempre tendrá tanta prudencia como la mula. A este animal se le perjudica, o mejor dicho, se le anula por completo, si se apela constantemente al bocado para conducirlo; el procedimiento que ofrece mayor seguridad es mantener la rienda libre o floja, y si se quiere que la cabalgadura apure la marcha, recurrir a la espuela, pero no lastimarle el hocico. La norma más prudente al efecto consiste, por lo tanto, en utilizar la mano sólo para indicar la dirección deseada, dejando que sea la mula la que escoja no sólo el lugar más apropiado, sino el más confiable, por donde ha de pasar.

Cuando llegamos a vía de mayor amplitud, y volvimos a encontrar bosques y ríos de agua pura, decidimos hacer alto y comer. Escogimos un lugar umbrío, vecino a un límpido arroyo montañero, y colgamos las hamacas a la sombra de los árboles. Disfrutamos de una agradable siesta, luego de rociar nuestra comida con vino, del cual, conforme a nuestra costumbre de proveernos del mismo cuando lo encontrábamos a la venta, habíamos adquirido suficiente cantidad en El Tocuyo para que nos alcanzara hasta la noche.

A las tres ya estábamos nuevamente a lomo de nuestras mulas. El recorrido de aquella tarde resultó el más desagradable efectuado hasta entonces. Había llovido un poco hacia el oeste y el norte, y el camino cruzaba a través de profundas selvas con árboles de gran altura, producto de una riquísima tierra vegetal y del cálido clima. El suelo de la vereda estaba formado por una greda negra y jabonosa; la blandura de la tierra y los distintos baches

habían hecho formar charcos y algo así como "escaleras para mulas", pues no conozco otra expresión más apropiada para designarlas. En efecto, cada mula va pisando exactamente en el espacio donde la bestia que la precede ha dejado visible la huella de sus cascos; el lodo se acumula, volviéndose pastoso y pegadizo, pero la mula prefiere siempre pisar en el espacio donde sea perceptible la huella de otros cascos, antes que pisar en otro sitio, o hacerlo sobre terreno aparentemente más firme; en consecuencia, y como las mulas que pasan sucesivamente asientan el paso de modo invariable en un mismo lugar, el terreno va adquiriendo la forma de una escalera, cuyos peldaños atraviesan el camino, elevándose entre espacios consecutivos, en los cuales se forman charcos más o menos profundos y de difícil cruce, según que el tiempo esté lluvioso o seco. El ascenso por aquellos parajes solitarios resultaba a un tiempo arriesgado e ingrato, sobre todo en la vía ya descrita. En varias ocasiones Ricardo y yo nos salimos de la silla, o consideramos prudente desmontarnos, cuando veíamos que las mulas, como ocurría a menudo, encontraban dficultad para sacar las patas de los baches, y nos parecían completamente inseguras aquellas trasversales de tierra que daban la semejanza de una escalera, pues si por un descuido la mula pone el casco sobre la encharcada superficie intermedia, lo más probable es que se hunda a mayor profundidad al seguir avanzando.

Habríamos subido alrededor de media milla, desde el lugar donde hicimos alto, cuando nos cayó una ligera lluvia. Todos recurrimos a las capas para protegernos del aguacero que las nubes amenazaban derramar sobre nosotros. Lo resbaladizo del suelo sólo nos permitía caminar en fila india, y como la recua estaba formada por diez mulas, la marcha se hacía muy lenta y tediosa. Puesto que las mulas de carga mostraban menor resistencia que las de silla, y como deseábamos vivamente llegar a nuestro próximo sitio de parada, decidimos adelantarnos, con el sargento a la vanguardia, dejando que los dos sirvientes y los arrieros se encargaron de hacer subir las bestias con el equipaje. A poco andar, ya la lluvia nos separaba totalmente, aunque todavía no había oscurecido. El agua nos daba en la cara, mientras las capas de hule, de las cuales íbamos provistos, cumplían satisfactoriamente su cometido. Al fin comenzamos a descender, llevando en mientes hacer un alto en Agua

(de) Obispo. Pasamos frente a un cobertizo espacioso y vacío que había servido de puesto de guardia a los españoles durante la guerra; y si bien estuvimos tentados a detenernos allí, preferimos continuar la marcha, pese al persistente chubasco y a que ya caía la noche, pues la oscuridad era mayor de la que hubiera podido atribuirse simplemente a la lluvia. De haber surgido algún sendero cuya vía fuera necesario seguir, nos habría sido imposible divisarlo. Lo más sensato ahora era tratar de no quedar desunidos, evitar despeñaderos o zanjas procurando avanzar sólo en forma gradual, y confiar en las mulas como guías del terreno, y en el cabal conocimiento que el sargento tenía de aquellos parajes. La mula negra de Isabel había recorrido ya la misma ruta y, con singular precisión, no se desvió de la senda correcta. La mía en cambio, me llevó en otra dirección, aunque ciertamente a prudente distancia de todo precipicio, como pude comprobarlo al reconocer el terreno a la mañana siguiente. Sin embargo, si no hubiese advertido a tiempo el error, me habría apartado considerablemente de nuestro rumbo. Dando grandes voces pude desandar el trayecto y reunirme con mis compañeros, renovando el compromiso de no separarnos. El sargento había desaparecido totalmente de nuestra vista, y en cuanto al equipaje y los arrieros, quién sabe a qué distancia vendrían a nuestra zaga. A lo lejos se proyectaba la sombra de una sierra, cuyo perfil se destacaba claramente, y de la cual partían ráfagas que atravesaban ocasionalmente nuestra senda; pudimos darnos cuenta de que las mulas nos habían conducido a través de grandes peñascos, entre los cuales crecía abundantemente la hierba, junto con matorrales de hojas aromáticas y espinosas que nos rozaban las piernas. Seguimos descendiendo en zigzag por estas laderas riscosas y de estrecho paso, aunque no de inclinación muy pronunciada, cuando los gritos del sargento, acogidos alegremente por nosotros, nos anunciaron que había encontrado un albergue.

La noticia nos alegró tanto como si se tratara de un palacio, aunque en realidad el solo anuncio de una casa ya era suficiente, dadas las condiciones en que todos nos encontrábamos. Si bien la casa no aparecía aún ante nuestros ojos, lo cierto era que, incluso en pleno día, habríamos tenido algunas dificultades para divisarla, pues los ojos nos dolían por efecto de la lluvia, que nos azotaba de frente, y contra esta circunstancia no podían protegernos to-

talmente nuestras capas de hule. Por fortuna, yo llevaba cubierto el sombrero con una especie de esclavina que había hecho coser a la capa, y en esa forma me abrigaba el cuello y los hombros. El sargento, que conducía mi mula con una mano, y con la otra la de Isabel, me hizo detener al costado de una roca, sobre la cual afirmé el pie y me desmonté, sintiéndome más débil de lo que creía, aunque en realidad habíamos recorrido unas cuarenta millas, sometidos a incesante lluvia durante cuatro horas. Fue necesario que me prestaran ayuda para entrar en aquel cobertizo, en donde una alcuza de barro llena de aceite, con una mecha que daba una luz mortecina, al fin me permitía "ver tierra".

El sargento e Isabel, quienes — al igual que yo — estaban empapados de pies a cabeza, sólo tenían atenciones para mí, sin preocuparse por sus personas. Penetramos por una abertura que hacía las veces de puerta, y encontramos que todo aquel recinto estaba ocupado por hamacas, sobre las cuales colgaban armas y prendas militares, como guerreras, espadas y gorras de cuero, dando a entender que los yacentes debían ser oficiales del ejército. Del interior salió una mujer, a cuyos cuidados se confió Isabel. El sargento tenía únicamente que ocuparse de poner en lugar seguro mulas y aparejos, pues habíamos cometido la imprudencia de trasladar las mantas a las bestias de carga cuando atravesábamos aquellos valles tan calurosos, y el equipaje no llegó sino a hora muy retardada del día siguiente, por haber hecho alto el arriero y demás servidores en el campamento español. Luego el sargento trajo mi hamaca y, sin más preámbulos, se dispuso a colgarla cerca de la que estaba en último término, cuyo ocupante — adoptando el tono propio de las voces de mando en una revista — le prohibió al sargento, con diapasón de bajo, que suspendiera mi hamaca en aquel sitio. Aunque yo me sentía muy débil, las circunstancias requerían prontitud de acción, y también en tono de parada, le ordené al sargento con voz perentoria que la colgara en el lugar indicado. No pretendo afirmar que el espsñol empleado por mí en aquella ocasión fuese perfectamente castizo, pero lo cierto fue que el sargento me replicó en estilo marinero: "*Aye, aye,* (*si, si*), *Coronel*" y a los pocos segundos, después de gatear bajo las cabulleras de cinco hamacas, me encontré instalado en el sexto lugar de la fila, donde disponía de suficiente espacio, con gran satisfacción mía, pues ya

era excesiva la fatiga que me abrumaba. La palabra "Coronel" produjo el efecto buscado por el sargento, y mi colgante vecino, cambiando el tono de su voz por otro que revelaba complacencia y sentido de igualdad jerárquica, se dirigió a mí sucesivamente en español y en francés. Al reprochar anteriormente su oposición a mi alojamiento en el cobertizo, expresé que el mundo no había sido hecho para un solo hombre, y que la casa que recibía cinco huéspedes en una noche inclemente como aquella, bien podía *alojar* a otros tantos, siempre que hubiese cabida para ellos. Sin embargo, pronto nos hicimos tan amigos que, después de deplorar las penalidades sufridas por mí al viajar con un tiempo tan desfavorable, llamó a un teniente que se columpiaba a su lado, y le hizo sacar de su mochila de soldado una botella de *aguardiente*, o sea whiskey puro y simple, pero aun cuando hubiese sido champaña, no habría sido mejor acogido. En un gran vaso de diáfano vidrio, roto en uno de sus lados por efecto de algún golpe, derramó el licor hasta donde no pudiera escurrirse, y me lo ofreció, asegurándome que aquello equivalía a una buena manta en una noche como aquella, y en tales circunstancias. El líquido era claro como un cristal de roca, y su sabor no debió ser desagradable, pues me lo bebí todo, dándole las gracias al donante por tan inapreciable servicio.

Entre tanto, con la discreción propia de un soldado, Ricardo había permanecido en silencio, y colgando su hamaca en un extremo, en sentido transversal al de las demás, se echó a dormir sosegadamente. Isabel había sido llevada a un angosto rincón, de unos ocho pies por seis, donde también estaban otras cuatro mujeres. Como aquella era una comarca productora de cañas, y donde crecen ésta y el bambú, se encuentran raras veces tablas o madera escuadrada, Isabel tuvo que resignarse a un zarzo de cañas que se extendían a lo largo de una de las paredes, a unos cuatro pies del frío piso de tierra. Ese fue su lecho, después de ingerir un frugal bocado que le trajo espontáneamente el sargento. Ninguno de nosotros pudo mudarse de ropa.

A través de la conversación sostenida con mi afable compañero de hamaca, supe que éste era un coronel al mando de un cuerpo de tropas ligeras *(cazadores)*, y que los otros durmientes eran oficiales de su regimiento. Mostrándose bastante locuaz en su amis-

tosa charla, me preguntó mi nombre, el rango que había ocupado en el ejército de los Estados Unidos, así como los nombres y el parentesco del oficial y de la joven que viajaban conmigo. Al inquirir por aquel sargento de los granaderos que figuraba en mi comitiva, le dije que cumplía una misión del servicio, en señal de la deferencia de sus superiores para conmigo. Además, y como ello no podía atribuirse a jactancia, ni tampoco a segunda intención, ya que nada me proponía esperar de él, le informé también que había sido honrado con un voto de gracias por el Congreso de Cúcuta. Con gran sorpresa de mi parte, se manifestó sabedor de esta circunstancia, así como de varios hechos de mi vida, los que conocía con mayor precisión de la que yo hubiera podido imaginar, de no haber sido testigo presencial de la misma.

La tormenta arreció a media noche, pero quizás por efecto del cansancio y del aguardiente, no supe más de mí hasta que ví brillar la clara luz del alba a través del no muy compacto tabique de cañas y barro que formaba el muro exterior de la casa, por donde también habían tenido libre acceso todos los vientos nocturnos. Sin embargo, como nuestras hamacas estaban colgadas por encima de aquellas descalabradas aberturas, y a pesar de que el piso amaneció inundado por el agua, ésta no llegó a mojarnos, y pudimos disfrutar de relativo descanso, dadas las condiciones reinantes.

Nuestro equipaje estaba aún sin llegar, y el viejo coronel fue el primero que se puso en movimiento. Sus compañeros de armas se equiparon a toda prisa, y aun cuando ya nos conocíamos a causa de nuestra conversación a media noche, solo fue entonces cuando pudimos al fin tener la satisfacción de vernos cara a cara. Pronto estuvieron todos a caballo. El coronel me comunicó que él viajaba a la vanguardia del general Urdaneta, quien había recibido órdenes de desplazarse en unión de las divisiones de Páez y del coronel Manrique, con el objetivo de apoderarse de Morales mediante cualquier estratagema, o, cuando menos, expulsarlo de la costa. Agregó que su cuerpo de tropa tenía instrucciones de adelantarse y obtener informaciones; y que ya nos encontraríamos en el camino con el general Urdaneta, como sucedió efectivamente.

CAPITULO XVII

Separados de nuestro equipaje. Gran afición por el baile en los naturales del país. Salimos de Obispos, donde observamos muchas residencias abandonadas, pero no a consecuencia de ninguna masacre general. Pillaje y conscripciones militares. Destreza de las mulas. Carache y su lúgubre ubicación. Santa Ana, aldea en la cual se celebraron las negociaciones de Bolívar y Morillo. Singular aspecto de la aparente calzada a cuya orilla se alza la población. Trilla y aventamiento de granos. La política gubernamental y las leyes colombianas prohiben la matanza de terneros. Nos alojamos en la casa donde Bolívar y Morillo negociaron el armisticio y pasaron la noche. Anécdota sobre este acontecimiento. Inexplicable influencia de los agentes secretos españoles sobre la prensa norteamericana. Las proposiciones de Bolívar en favor de la humanización de la guerra. Ambos ejércitos se encontraban en situación desesperada, aunque esta circunstancia era ignorada recíprocamente. Primera actuación pública de Sucre como negociador confidencial. Política de Bolívar: recluta y reorganiza el ejército, y con asombrosa celeridad aparece de pronto en Cartagena, donde dicta las disposiciones para el asedio y ocupación de la plaza. Envío de comisiones a España. Proseguimos la marcha. Precipicios. Abrumados de fatiga, hacemos alto al pie de una escabrosa bajada. Maneras y costumbres del campesinado. Jovialidad general. Nos desviamos de la ruta para dirigirnos a Trujillo.

Era domingo, y nuestro equipaje continuaba aún sin llegar. Nos hicieron mucha falta las mantas, pues aquí las noches son bas-

tante frescas, aun cuando en los climas septentrionales hubieran sido calificadas simplemente como templadas. Por fin llegó el equipaje a Obispos a eso de las dos de la tarde, y no tuvimos inconveniente en aceptar las disculpas presentadas por el arriero y por Vicente, por considerarlas razonables en vista del mal tiempo reinante durante el día y la noche anteriores. Sin embargo, posteriormente averiguamos que habían resuelto, durante el camino, detenerse en el campamento español, y no precisamente para dormir, sino que tal determinación fue motivada tanto en este caso como en otros de análogas demoras, por la afición del arriero y de nuestro criado Vicente por el baile de fandangos. En efecto, el arriero había enviado a su acompañante durante el día a aquel vecindario, y aprovechándose de la inclemencia del tiempo, organizaron allí un alegre fandango. El arriero era hombre de posibles, tendría unos treinta años, y gustaba de aparecer entre los de su clase como un peripuesto figurín; en cuanto a nuestro criado, se sentía más engreído con su arte coreográfico que el propio Vestris (*), si es que cabe la comparación, y tuvimos varias oportunidades para presenciar sus habilidades de danzante. Los habitantes de Caracas, tanto los de la clase baja como los de la alta sociedad, y los de uno y otro sexo, se destacan entre todos los demás de la república como consumados bailarines. Por consiguiente, para Vicente constituía una cuestión de honor demostrar su superioridad sobre todos los demás naturales del país.

El lunes 16 de diciembre, a las siete, dejamos la mísera casucha donde nos habíamos alojado en Agua [de] Obispo. Es posible que aquí hubiera existido en otros tiempos una aldea, o una villa de mayor importancia, pero cuando la visitamos no se veían trazas de centro poblado alguno. Apenas si pude divisar otras dos viviendas, que mostraban igualmente el mismo ínfimo estilo de construcción. Es también probable que el nombre se derive de algún río o pozo cercanos, pero quizás la denominación proviene en realidad de la lluvia que cae casi incesantemente sobre el lugar y sus contornos, haciendo crecer pastos de gran lozanía en las llanuras y montañas rociadas por ella.

(*) Cayetano Vestris, famoso bailarín de la Opera de París, fallecido a comienzos del siglo XIX. (N. del T.)

El camino, después de cruzar el valle, seguía paralelo a la próxima cuesta, y en la misma dirección de la suya, a lo largo de unas dos millas. Durante el trayecto se veían hermosas siembras de trigo, cebada, maíz, frijoles y otras legumbres, en parcelas bastante extensas, con muestras de estar bien cultivadas. También era muy numeroso el ganado que pastaba en la llanura, siendo evidente, a causa de la posición de aquel paraje, que no podía tratarse de animales realengos. Ahora bien, y en el caso de que sus dueños llegaran a una docena, no era exagerado suponer que debían de ser gente muy rica.

Cabe anotar un hecho que no ha sido señalado aún por ninguno de los otros viajeros que han recorrido la república de Colombia, y del cual me acuerdo especialmente al comparar la aparente cifra de población con el escaso número de viviendas habitadas y la riqueza que revela la agricultura. Fueron varias las ocasiones en que deploramos el abandono en que se encontraban los pueblos y aldeas que el camino atravesaba; y, de primera intención, llegamos a conjeturar que sus habitantes habrían perecido en su totalidad, víctimas de la guerra. Aunque es indudable la gran destrucción ocasionada por el reciente conflicto, averiguaciones efectuadas ulteriormente nos permitieron determinar que la soledad de las poblaciones se manifestaba siempre en los aledaños de las vías principales, donde los campos mostraban considerable variedad y riqueza de cultivos. Esta circunstancia nos fue explicada por algunos hombres de despejado criterio, con quienes nos tropezamos por azar en nuestra ruta, o que moraban en los lugares donde eventualmente nos deteníamos. Pues bien, en las áreas donde las sementeras no eran muy feraces, las aldeas aparecían habitadas, aunque solo por mujeres, personas de edad avanzada y niños. En cambio, en las zonas agrícolas más prósperas, toda la población había emigrado *en masse*, junto con sus ganados, a algunos valles distantes, donde pudieran estar a salvo del pillaje o del paso de los ejércitos, y también de las conscripciones militares. Estas aldeas y casas solitarias son las que acentúan engañosamente el aspecto de ruina producido por las pérdidas acarreadas efectivamente por la guerra; pero no se trataba sino de mera apariencia, porque lo sucedido en realidad era — como acaba de indicarse — que los habitantes se habían trasladado a otros sitios, fuera del alcance de las tropas.

En efecto, y cuando aquellas personas de quienes solicitábamos víveres o provisiones nos contestaban lastimeramente: "No hay nada", se nos daba a menudo como disculpa que las exacciones provenían por igual de las tropas de la república y de las de los godos. Ahora bien, como nuestro grupo ofrecía un aspecto enteramente militar, al ir acompañados de un sargento uniformado y lanza en ristre, quien era habitualmente el que se encargaba de buscar forraje y provisiones, las gentes del camino nos trataban como a personajes castrenses, que solían hacer las mismas gestiones, pero sin pagar nunca el precio de lo adquirido. También reconocían, ciertamente, que las tropas nativas de Colombia se limitaban a llevarse los víveres, y a veces el guarapo; pero que los godos no sólo se apoderaban de los alimentos, sino de todos los objetos que caían bajo su vista, además de que a veces violentaban las cajas fuertes, abusaban de las mujeres y destruían por simple maldad lo que consideraban inútil para ellos. Las tres casas de Agua [de] Obispo distaban entre sí más de una milla. En la que nos sirvió de albergue había más de veinte mujeres de todas las edades, y apenas dos o tres hombres, pero ya muy ancianos.

Eran las seis cuando comenzamos a subir por la sierra. Tanto las llanuras que se extendían ante nuestros ojos como las verdeantes laderas a ambos lados de la cuesta se veían animadas por una gran cantidad de caballos de linda estampa, ganado vacuno y rebaños de ovejas que lucían un vellón hermoso y limpio. Como hubiera sido imposible comer a gusto en el lugar donde pasamos la noche, desayunamos luego alrededor de las ocho, y muy abundantemente, a la orilla de un gracioso arroyuelo. La lluvia había cesado, trasladándose a las distantes alturas del páramo, donde parecía esperarnos para el momento en que saliéramos de la abrigada ruta que íbamos recorriendo. A causa de la fertilidad de la tierra vegetal, y que el suelo estaba aún empapado por la lluvia de la semana anterior, el camino de la sierra se tornaba, en algunos parajes, resbaladizo y peligroso cuando surgía un abrupto descenso. Reconozco que, al leer las referencias que hacían diversos viajeros a la destreza mostrada por las mulas en situaciones semejantes, llegué a sospechar que solo se trataba de exageraciones, pero en aquella ocasión mi incredulidad desapareció del todo. La mula negra de Isabel ya había hecho el viaje de ida y vuelta a Bogotá, y como ade-

más era un animal confiable y de fácil conducción, cuya carga era ligera, su amazona pasaba con gran vivacidad por aquellos pasos tan dificultosos, incluso antes que el sargento, lo cual la divertía extremadamente. Cuando nos tocó descender por la Sierra de Obispos, fue ella quien llegó primero a lo alto de la pendiente. Su mula bajó por aquella escarpada cuesta en forma bastante notable, cruzando las patas muy pegada al cerro, prácticamente deslizándose y comprimiendo ligeramente las ancas, mientras que Isabel, al pasar por trechos muy quebrados que no dejaban de tener catorce o quince yardas de longitud, iba tan erguida y desembarazada como si anduviera por tierra llana, haciendo un descenso totalmente tranquilo y seguro. El vigor de mi mula no era apropiado para repetir semejante hazaña, y como el peso del jinete acrecentaba considerablemente el de la cabalgadura, muchas veces se le quedaban adheridos los cascos en la tierra, y era necesario bajar en línea sinuosa por aquel escabroso zigzag.

Llegamos a Carache a eso de las tres, después de una marcha no muy placentera por el Páramo de las Rosas. Allí tuvimos la satisfacción de encontrar alojamiento en la casa del alcalde, donde pasamos la noche. Como ya habíamos comprobado la ventaja que representaba contar con un buen estimulante, como vino o cualquier clase de licor, en los parajes fríos y húmedos que habíamos atravesado donde no nos fue posible conseguirlo, adquirimos aquí una botella de *aguardiente* de excelente calidad, o sea un alcohol refinado que se destila del maíz, puro e incoloro como el agua cristalina de un manantial, y lo apartamos para cuando se nos presentaran situaciones de similar apremio en lo sucesivo.

El asiento de esta aldea parece haber sido escogido por simple capricho. Para llegar hasta ella, tuvimos que recorrer laberínticos senderos, atravesando colinas y cañadas, vallecitos y arroyuelos; las bases de la montaña se acercaban estrechamente entre sí, mientras que sus vertientes se veían escarpadas y de enorme altura. Después de andar por un largo sendero ondulante, cubierto de denso boscaje, salimos repentinamente de la umbría a la achatada cumbre de una loma que, como si fuese alzada por la mano del hombre, dividía en dos un valle, cada una de cuyas mitades ostentaba a simple vista, en una extensión de muchas millas, un verdor esplén-

dido. Allí, sobre el extremo sur del cerro, está ubicada la aldea de Santa Ana, la cual tiene una longitud aproximada de una milla. El cerro en sí abarcará unas dos millas, y la parte llana de la cima alrededor de doscientas yardas. La única calle del pueblo es de unos cincuenta pies de ancho, y las fachadas de las casas aparecen en alineación uniforme, aunque separadas unas de otras. En el punto en que el extremo sur de la calzada toca con la sierra, comienza la subida, y el camino lleva a través de un páramo de vegetación achaparrada, cuyo suelo ofrece el aspecto de un césped renegrido, donde asoman algunos helechos y unas dos especies de arándano. Dicha calzada, pues da la impresión de ser obra del trabajo humano, es la única vía de tránsito; en ella remata un enorme puente tendido para salvar el espacio entre dos cerros de gran altura, y que, de no existir, haría muy dificultoso el viaje, obligando a dar muchos rodeos.

Los habitantes de la aldea comercian en mulas, trigo, maíz, cebada y otros productos, además de dedicarse al transporte de mercancías. Los sectores oriental y occidental del valle, separados por la calzada, presentan el atractivo panorama de una comarca bien poblada, con abundantes cultivos. La iglesia es de construcción muy superior a las de otras poblaciones de mayor importancia. Por no haber otro camino, tal circunstancia contribuyó a que el pueblo se viera expuesto a contínuas depredaciones durante la guerra, y con frecuencia sus calles se inundaron de sangre. Aunque muchos habitantes habían trasladado sus familias a valles más apartados, algunas estaban ya de regreso, según nos informó el alcalde.

El aventamiento de los granos a la orilla de una cuesta muy quebrada, y el espacio circular destinado para quebrantarlos, son aquí muy semejantes a los de Egipto, Indostán, Persia y Bután. Las piedras se ponen en círculo a un extremo, a unos tres pies sobre el piso; en el centro se alza un poste, al cual va adherida una viga liviana, de longitud equivalente al semidiámetro de la circunferencia, y cuyo centro tiene un agujero por el cual entra en un perno o eje incrustrado en dicho poste. Caballos, mulas o bueyes son uncidos a la viga, y al dar vueltas en torno al círculo donde han sido colocadas las gavillas, van pisando el grano, cuya abundancia queda probada inequívocamente por la gran cantidad de estas instala-

ciones, y por el hecho de utilizarlas también comercialmente para trillar el grano de otros propietarios. El ganado era muy numeroso en la parte septentrional del valle y, al solicitar informaciones sobre el particular, me dijeron que había varios hatos, los cuales desarrollaban una intensa actividad en la cría de reses para el mercado. Aquí supe por primera vez que el gobierno de Colombia, al comprobar que los españoles estaban resueltos a exterminar el ganado, conjuntamente con los habitantes, y que ya se había producido una escasez parcial de reses, dictó un decreto por el cual se prohibía la matanza de becerros y de vacas. A ello se debe que no se pueda obtener carne de ternera en todo el territorio colombiano, ya que la sensatez de semejante política ha sido respaldada espontáneamente por la población.

El alcalde aprovechó la oportunidad para enterarnos de que habíamos dormido en el propio aposento ocupado por Bolívar en varias ocasiones, y me refirió algunos episodios de los cuales, por una u otra circunstancia, olvidé tomar nota. La casa tenía tres habitaciones y se nos asignó la del centro. Desde dicha aldea envió Morillo a Bolívar, en 1820, sus proposiciones para celebrar un armisticio; y fue en nuestra misma habitación donde se reunieron y durmieron después de convenir en las fórmulas preliminares de negociación. Aunque Morillo sugirió que él y Bolívar podían ocupar los aposentos situados a ambos extremos, Bolívar manifestó su preferencia por el del centro, proponiendo que allí se colgaran las respectivas hamacas, lo que les permitiría la ventaja de conversar con mayor detenimiento. Así quedó acordado, y la mayor parte de la noche la pasaron en extensa plática.

Tanto el texto de las negociaciones, como el del armisticio que siguió a las mismas, que corresponde a un solo evento y fueron sancionados respectivamente en Santa Ana y en Trujillo, nunca llegaron a ser publicados entre nosotros con toda fidelidad. Aunque parezca extraño, lo cierto es que los periódicos de Estados Unidos mostraron en aquella época, con sólo dos o tres excepciones, una actitud generalmente pasiva o inexplicablemente hostil hacia la América del Sur; esta predisposición adquirió tales proporciones que los agentes secretos españoles tuvieron libre acceso para dar a la publicidad los infundios más groseros, los que repercutie-

ron a su vez, de modo considerable y desventajoso, sobre las grandes posibilidades comerciales de aquellos países. Por otra parte, no se permitía la inserción de las refutaciones a tales calumnias, y en los casos en que algún diario se decidía a incluir en sus columnas una versión correcta de los acontecimientos, la prensa contraria se mantenía sistemáticamente en silencio, a menos que las noticias fueran adversas a la causa republicana. En consecuencia, estas célebres negociaciones fueron también objeto de superación y exclusión; más aún, lo que de ellas se publicó fueron informaciones totalmente ajenas a la realidad de los hechos, sin prestar atención alguna a las aclaratorias. Sin embargo, quizás no sea posible señalar, en la historia de los tratados mundioles, una negociación como aquella, de estilo tan singular y novedoso, tan audaz y tan magnánima, y que revele mayor sabiduría y sentido humanitario. También contenía características muy poco habituales en las farsas de la diplomacia. Por desgracia, tanto el engaño premeditado, como la astucia y el artificio personal de los negociadores son rasgos comunes a todas las actuaciones diplomáticas. Ahora bien, y aunque este convenio había sido concebido con el propósito de disfrazar las verdaderas intenciones, a fin de que sus cláusulas resultaran a la postre nugatorias, y a pesar de que había absoluto convencimiento, por ambas partes, de que existía esta calculada perfidia, las negociaciones continuaron como si se ignorara tal circunstancia. No obstante, el tratado permitió establecer principios generosos para la condución de la guerra y para eliminar aquel bárbaro sistema de matanzas a sangre fría, practicado por el propio Morillo.

. . . . . .

Como ya era del conocimiento de Bolívar, Morillo había solicitado y obtenido permiso para regresar a España, manifestando que no veía posibilidades para el sojuzgamiento de Colombia; al propio tiempo, demandó poderes para presentar, antes de su partida, proposiciones tendientes a un armisticio, en la forma que juzgara conveniente, y mediante el cual pudiera llegarse a avenimientos ulteriores e incluso, si ello era posible, a una reconciliación. Se le autorizó para dirigirse a Bolívar con el título de General de los ejércitos de Colombia, reconociendo así, por lo tanto, el ya otorgado por la nación; y se le impartieron instrucciones para que, en caso de que las circunstancias no fuesen favo-

rables para lograr un avance satisfactorio, limitase el período de negociaciones a un lapso que diera oportunidad a España para hacer uso de refuerzos, si se fracasaba en el empeño. Las proporciones partieron de Morillo, y hasta el texto de las mismas fue sugerido por él. Morillo se encontraba ciertamente en situación desesperada cuando recibió tales facultades; de haber sido acometido por un ejército de cuatro mil hombres, no hubiera tenido otro remedio que embarcase con sus tropas; y una retirada en tales condiciones, después de haber sido denominado *pacificador* y de tantos ultrajes cometidos contra la humanidad, lo habría cubierto de indeleble oprobio. Ahora bien, si le era posible negociar siquiera una tregua, ello le brindaba la oportunidad para alejarse de la lucha sin notorio desprestigio, descargando en su sucesor todos los azares y responsabilidades que él deseaba eludir. Lo más curioso de todo es que ni Bolívar ni Morillo conocían exactamente la verdadera posición en que se encontraba el adversario, a lo que quizás contribuía el hecho de estar cada uno de ellos fundamentalmente preocupado por la debilidad de sus fuerzas respectivas.

Las tropas colombianas estaban reducidas a un estado deplorable, a lconfrontar un aparente agotamiento de toda clase de recursos; los diferentes cuerpos, que habían sido organizados en divisiones, carecían de lo más esencial, y se hizo necesario segmentarlos en destacamentos, acantonándolos en diversas guarniciones, a fin de obtener lo sabastecimientos locales asequibles en las distintas regiones del país, y que no era posible encauzar coordinadamente hacia los más importantes centros militares. Se temía, además, una desbandada general del ejército, aun cuando se le dispersara en esa forma. Ambos generales, de acuerdo con sus propios conceptos, tenían que hacer frente a circunstancias muy apremiantes; y ello explica la rapidez con que se aceptaron las proposiciones de armisticio formuladas por Morillo. Este aseguraba así la oportunidad para desembarazarse de una guerra que ya no ofrecía esperanza alguna; y Bolívar, que veía en el armisticio la salvación de la república, en cuya causa nunca había dejado de confiar, comprendía que, aun después de la evacuación de Cartagena, la crisis por la que atravesaba el país era la más grave soportada hasta entonces.

Bolívar organizó su plan inmediatamente, y envió circulares a los comandantes de divisiones y guarniciones, advirtiéndoles que el triunfo de la república dependía de que se atuvieran fiel y estrictamente a las instrucciones recibidas; que el plan a seguir había sido cuidadosamente meditado; y que todo lo que se requería para llevarlo a cabo era que cada jefe actuase dentro de su jurisdicción específica como si el destino de la nación dependiese de la actuación individual de cada uno de ellos.

Se establecieron por anticipado los detalles de la negociación, la correspondencia que debía cruzarse mutuamente, el nombramiento de comisionados en representación de cada jefe, a fin de estudiar las proposiciones que, en su sentido más nato, deberían servir de fundamento a la pacificación. Se convino desde el principio en fijar una línea divisoria, que no podría ser traspasada por ninguno de los beligerantes. Sin embargo, un examen más atento permitió apreciar que la línea proyectada daría a los españoles la posesión exclusiva de lo que constituía la principal fuente de aprovisionamiento, o sea el ganado de los llanos. En consecuencia, Bolívar propuso otra demarcación, y así fue aceptado. Mientras se realizaban estas transacciones, se puso especial cuidado en hacer conocer al país que la proposición de armisticio había partido de los españoles, que en ella se hacía un virtual reconocimiento de la independencia nacional, y que lo más importante en aquellos momentos era presentar un ejército numeroso y de suficiente poderío para demostrar que, aunque deseoso de establecer la paz, estaba listo para asegurar la independencia mediante la acción armada. Aquella ocasión sirvió asimismo para obtener recursos que permitieran abastecer el ejército y aumentar sus efectivos, por cierto que con resultados muy satisfactorios, aunque algunas semanas antes hubiera aprensiones de que todos los recursos estaban exhaustos. Tan pronto como fueron perceptibles los efectos del primer impulso dado a las negociaciones, y a objeto de que éstas avanzaran más desembarazadamente sin su presencia, Bolívar se hizo representar por los coroneles Sucre y J. Briceño Méndez, manifestando que, durante el proceso, se retiraría a las llanuras. Realizó entonces una marcha que puede considerarse sin precedentes: después de fechar una carta en San Cristóbal, las primeras noticias que se

supieron de él fue su aparición en el campamento de su amigo Montilla frente a Cartagena; y luego de haber activado los preparativos para el sitio de plaza, y como si estuviese dotado de alas, volvió a presentarse en Trujillo, a breve distancia del ejército.

A Morillo se le hacía difícil creer que Bolívar hubiera estado en Cartagena, pero pronto tuvo que convencerse al saber que la ciudad se había rendido. Habiendo ya reorganizado su ejército, Bolívar instó a Morillo para que acelerara el curso de las negociaciones, pues comprendía que la demora daba ventajas a España, que se tornaban adversas para Colombia. Hizo entonces una propuesta de diferente índole, y la cual consistió en establecer los principios que regirían en el futuro la conducción de la guerra, en caso de que, por desgracia, fuese necesario reanudarla. Sus proposiciones estaban destinadas específicamente a evitar la repetición de masacres, a asegurar un buen trato a los prisioneros de guerra, (estableciendo carteles para su canje) y a eliminar todos aquellos actos de crueldad que pudiesen dar lugar a represalias, como encadenar a los cautivos o someter a oficiales de alta graduación a trabajos serviles, es decir, todas las medidas inhumanas que habían sido puestas en práctica por el propio Morillo. Este comprendió que un proyecto de semejante naturaleza sólo podía provenir de una mentalidad poderosa y segura de sí misma; que ya no estaba a su alcance imponer condiciones en materia de relaciones políticas; y, por lo tanto, convino en celebrar un tratado que regularizara en lo venidero la conducción de la guerra.

Una de las proposiciones de Morillo, en la cual hacían hincapié sus negociadores, radicaba en enviar dos comisionados a España para que allí ratificasen los tratados. Al principio, Bolívar pensó que aquello era sólo una estratagema para postergar el procedimiento, y que, por estar ya próximo el vencimiento de la tregua acordada, ello podría interpretarse como un ardid para justificar la demora, o como una nube de humo bajo la cual Morillo deseaba efectuar su retirada, descargando su responsabilidad en quien hubiera de sucederle. Sin embargo, el simple hecho de enviar una misión a España no podía considerarse como perjudicial, y era posible que cualquier negativa al respecto diese más bien origen a equívocos pretextos. En consecuencia, y en la en-

trevista de Santa Ana donde Morillo solicitó como un favor el envío de dicha misión, se convino en nombrar como comisionados a los señores Echeverría y Revenga, si bien con estrictas instrucciones de no entablar ninguna negociación que no aceptase como paso previo el reconocimiento de la independencia, de acuerdo con la ley fundamental que había sido promulgada en Angostura en 1819.

Aunque los detalles de esta negociación formarían todo un volumen, hemos preferido consignar el extracto anterior, aun a sabiendas de que es incompleto, pues hasta ahora no ha sido dado a la publicidad. Además, y como los acontecimientos ocurridos en la América del Sur no han obtenido aún, incluso en los Estados Unidos, la atención que ellos merecen intrísecamente, la publicación *in extenso* de tales transacciones solo tendría sentido después que haya transcurrido cierto período, al cabo del cual comiencen a apreciarse los sucesos suramericanos en forma más racional que hasta el presente.

Salimos de Santa Ana el 18 de diciembre, y pasamos frente a la roca que se ha hecho célebre por haber ocurrido allí el primer encuentro entre Bolívar y Morillo. Lo único notable que pudimos observar en ella fueron los puestos de guardia que habían ocupado las avanzadas. La marcha de aquel día resultó muy fatigosa e ingrata, pues tuvimos que atravesar, tanto en sentido ascendente como descendente, enormes y escarpados precipicios. Por primera vez, las mulas dieron señales de evidente cansancio a causa de las desigualdades del terreno y de las penosas ondulaciones y bajadas por caminos de grava, así como a través de profundas veredas en declive, bajo goteantes arbustos, y en las cuales, por no penetrar la luz ni el calor, se experimentaba una frialdad extrema. Tan pronto como salimos de esta atmósfera llena de humedad, quedamos sometidos al desapacible bochorno que despedían aquellas montañas rocallosas, y estos cambios de temperatura ocurrieron varias veces durante un lapso de tres horas. Nos encontrábamos a una distancia aproximada de cuatro millas de Trujillo al iniciar el descenso de la montaña, por cuya falda se va desovillando el camino. A nuestra izquierda se veía un valle refrescado por una amplia quebrada que relucía como un trémulo hilo de

plata, y que parecía hallarse casi a tiro de piedra. Al asomarnos al borde del barranco, nos sentimos sobrecogidos ante aquel sendero escarpado, dificultoso y en zigzag, que nos faltaba aún por bajar, y que serpenteando por entre pendientes de rocas saledizas y derrumbadas, dejaba ver los estratos de una arcilla rojiza, macerada por los cascos de las bestias y por la lluvia del día anterior. Sin embargo, nuestras perseverantes y pacientes mulas comenzaron a recorrerlo, con seguridad y constancia asombrosas. Aunque en todos los demás países es proverbial la obstinación de las mulas, en el largo viaje que entonces efectué no llegué a ver un solo caso de tal índole. Además, sin ellas no sería concebible que pudiera establecerse comunicación a través de los temibles y desolados riscos, barrancos y ríos de la América del Sur. En efecto, las mulas son en estas regiones lo que el camello para el Asia septentrional y occidental, y lo que el buque de vapor para la América del Norte. En lo que respecta a sus acompañantes, los muleteros ya no son tan apreciables; hablando en términos generales, puede afirmarse que han conservado las mañas y verbosas marrullerías de sus prototipos en España.

Al fin llegamos a lo más profundo del valle, después de hacer un descenso que se hizo aún más peligroso a causa de haberse roto algunas gruperas de las sillas y hebillas de las cinchas. Estábamos tan molidos, que al ver unas cuantas chozas diseminadas al margen del barranco, entre algodoneros y naranjos, y vacas que pastaban en las riberas del arroyo (y como sabíamos, además, que aún faltaban más de tres millas de marcha hasta Trujillo, para lo cual teníamos que desviarnos del camino principal), resolví descansar una o dos horas en aquel paraje. En consecuencia, crucé hacia la derecha en vez de seguir la ruta de la izquierda que va remontando por la orilla de uno de los numerosos ríos que aquí afluyen y se congregan, provenientes de centenares de valles y torrenteras.

Varias mujeres estaban ocupadas en sacar el algodón de la cápsula y en quitar a las semillas su vellón brillante y terso; otras hacían girar la rueca con aquella gracia y destreza que el poeta describe como uno de los más hermosos atributos de Penépole. Nuestra aparición debió parecerles muy grata, pues al instante

quedaron suspendidas las diversas labores, y todas se pusieron de pie, con los ojos dilatados por la curiosidad y los labios agraciados por sonrisas de satisfacción. Una rolliza fémina, sin afectación ni atropellamiento, se adelantó a las demás, ofreciéndose para ayudar a Isabel a que se desmontara, y otra de ellas me prestó cortésmente igual servicio, sustituyendo así al sargento. Aquel recinto, que como el taller del remendón servía de "salón, cocina y otras dependencias", era de escasa amplitud, y el suelo desigual y de tierra; sin embargo estaba cuidadosamente barrido, y las paredes lucían tan blancas como si hubiesen sido desprendidas de las vertientes calizas de las montañas de Barquisimeto. En este espacio no cabía sino una sola hamaca, tendida de uno a otro extremo. Una hora de descanso, y unos sorbos de buen chocolate y de leche fresca ordeñada de las vacas que pastaban en las cercanías, restablecieron a tal punto mi economía vital que decidí pasar otra hora al aire libre; y haciendo uso de una familiaridad que se sentía estimulada por el carácter alegre y la afabilidad de aquellas mujeres, gasté algunas bromas a jóvenes y viejas, y procuré averiguar las inclinaciones de sus simpatías políticas. La verdad es que tanto aquí como en otros lugares visitados por mí —con una sola excepción— el nombre de Bolívar sólo era comparable con el de la *Madre de Dios*, y en cuanto a los *godos*, se les consideraba como congéneres del Diablo y sus acólitos.

A las dos y media nos despedimos con efusiva cortesía de aquellas gentes ingenuas y joviales; y apartándonos del camino real, que seguía en dirección oeste, avanzamos por la orilla de la rápida corriente del Motatán, el cual fuimos remontando desde el sur, entre plantaciones de cacao, cañamerales y una vegetación exuberante. El suelo de las márgenes del río estaba formado por montones irregulares de piedras de desigual tamaño, cuyos cortantes ángulos casi no habían experimentado aún ningún desgaste. En el lecho del río se veían pedruscos de menor dimensión, pero al parecer de formación análoga y reciente. A las cuatro de la tarde era ya evidente el adelanto que habíamos logrado en relación con el sitio donde hicimos alto anteriormente. La montaña que se extendía por la siniestra del río, y que hasta entonces estaba oculta por el boscaje, apareció ahora erguida y verdeante, aunque desprovista de árboles y un tanto quebrada; en cuanto a la que co-

rría a nuestra izquierda, o sea a la margen derecha del agua, iba disminuyendo de altura en suave declive, atractivamente iluminada por los rayos del sol. El camino atravesaba este río por un burdo puente de muy rudimentaria estructura que constituía una aceptable vía de paso, y que estaba formado por algunos árboles despojados de sus ramas, puestos de modo que ensamblaran alternativamente la copa y el remate del tronco, unidos entre sí por bejucos y malezas, sobre los cuales se había apisonado tierra y arena para darles consistencia.

Llegamos al fin a un paraje donde se alzaban varias cabañas, pero la ciudad no aparecía aún ante nuestra vista, pues solo nos encontrábamos en sus inmediaciones, a cierta distancia de la parte inferior del declive en que se halla enclavada. Después de dar un rodeo en torno a un montículo y un barranco, alcanzamos una breve cuesta cuyo suelo estaba recubierto de toscas piedras achatadas; y, conducidos por el *sargento*, quien daba la impresión de estar escalando una muralla, pronto estuvimos en la cima, de donde partía la empedrada calle real de la famosa —aunque también muy desfigurada en las descripciones que se han hecho de ella— ciudad de Trujillo.

CAPITULO XVIII

Desfigurada la imagen que se ha dado de Trujillo. Descripción más exacta. Cortesía de un oficial subalterno. Nos albergamos en una espaciosa residencia. Estilo de la instalación doméstica. Lindos tobillos y zapatillas de raso. El sombrero de Isabel. La caja de Pandora. Afición a ser admiradas. Buen gusto en la indumentaria femenina. Influencia del clero al respecto. Topografía de Trujillo. El bocio; sitos donde prevalece. Dificultades para continuar la marcha. Nuestro arriero nos presta útiles servicios durante el viaje; sus ideas acerca de la revolución, y características de su personalidad. Por carecer de mulas, depachamos al sargento a Betijoque, donde estaba el cuartel general del Intendente, el general Clemente. Recibimos una amistosa respuesta y consecuencias de la misma. Partimos de Trujillo el día 20 de diciembre. La viuda guayanesa del soldado. Seguimos el curso del Motatán. Sabana Larga. Hacienda de la Planta. Valera. Alcalde truhanesco. Inconvenientes para la consecución de mulas y decisión adoptada para obtenerlas. Esperada esa noche en Valera la llegada de los españoles. Continuamos la marcha hacia el páramo, bajo un torrencial aguacero, a las tres de la tarde. Sublime panorama por encima de las nubes. Aspecto desolado y majestuoso. El valle de Mendoza al pie del páramo. Nos alojamos en la casa de un párroco hospitalario. Ejercicios catequísticos. Vísperas de Navidad y Nochebuena. Cohetes, buscapiés y fuegos artificiales durante toda la noche. Un oboe nativo o tubo musical. Día de Navidad. Un alcalde muy cortés. El reloj del sol.

Como ya lo dejé consignado en el *capítulo anterior*, la imagen que suele darse de Trujillo no corresponde a la realidad. En efecto, no creo que haya otro sitio en el mundo que se asemeje tan escasamente a las descripciones publicadas en los libros que han llegado a mi conocimiento, como esta antigua ciudad. Sospecho que la historia de sus primeras vicisitudes y la fertilidad de la comarca circundante deben de haber influido en las exageraciones que abundan acerca de esta ciudad y de su asiento. La fecha de su primera fundación por García de Paredes fue en 1556, pero dos años después los indios hicieron huir a sus pobladores. Hubo luego otras tres tentativas, todavía menos exitosas, hasta que en 1570 quedó definitivamente establecida en el rincón que ocupa actualmente. La característica más notable que presenta la ubicación de esta vieja ciudad es la de encontrarse a más de tres millas de las vías de mayor tránsito, sin que nunca se pensara en fundarla a orillas del camino real.

Desde la falda de la escarpada montaña donde hicimos alto, el camino sigue en dirección occidental a lo largo de la margen del Motatán, el cual viene desde el sur, y luego de atravesar un penumbroso pasaje, a la izquierda del camino tuerce hacia el oeste. Si hubiéramos seguido el curso del *río*, que es la *vía directa*, no habríamos podido visitar a Trujillo. Para ir hasta ella se requiere descender unas tres millas hacia el sur, orillando el Motatán, y es sólo después de haber cruzado un puente o andamio de construcción muy primitiva y de trepar por una senda sombreada por altos árboles del bosque, cuando se divisan unas cuantas chozas que, construídas sobre lomas separadas unas de otras, no permiten conjeturar siquiera que nos encontremos en las inmediaciones de una ciudad que cuenta ya tan largos años de existencia.

El sargento, quien poseía un mapa del país, espoleó a su mula y se lanzó al galope por un barranco, donde lo perdimos de vista hasta que lo columbramos subiendo *cap á pie* por una enlajada cuesta —*análoga* al declive de los caminos cubiertos en las fortificaciones— hasta situarse en lo alto de una muralla, donde nos esperó. Allí lo alcanzamos, confiando en la seguridad que nos brindaban nuestras mulas para ascender por aquellas piedras resbaladizas. Como eran tiempos de guerra, y se trataba de una

zona militar, el sargento nos condujo de inmediato a casa del comandante de la plaza, a través de una empedrada vía que mostraba, como de costumbre, un excelente estado de conservación. Aunque su jefe estaba ausente, un oficial subalterno se ofreció cortésmente a atendernos al ver que iba una dama con nosotros, y nos condujo a una calle contigua. Después de abrir la puerta de una casa, entramos a caballo junto con él, y señalándonos un amplio aposento del corredor, cuya ventana daba a la calle principal, nos dijo: "Esta es su casa", hizo una reverencia y se marchó.

Aunque la residencia era espaciosa y bien construída, no denotaba el estado de limpieza requerido por la higiene doméstica. Pertenecía a una señora viuda, quien se encontraba en el campo en una hacienda de su propiedad. Según las costumbres establecidas, en estas casas deshabitadas se propercionaba albergue a personas de respetable condición. De inmediato se presentó una pobre mujer, también viuda, a quien la propietaria tenía alojada en un cuarto trasero. Solicitó permiso para barrer el aposento, y como venía provista de una escoba y unió la acción a la palabra, accedimos gustosamente a su amable petición. Como no había mueble alguno que estorbase, ya que sólo estaban a la vista las paredes mondas y lirondas, todo quedó listo en breve rato. Ya nuestra mulas habían sido descargadas y devoraban su ración de caña de azúcar. Acomodamos los baúles de modo que nos sirvieron de mesas y sillas, colgamos las hamacas, y comenzamos a saborear un espumoso chocolate que humeaba en tres o cuatro tazas de té de antigüedad y nacionalidad muy distintas que Vicente colocó frente a nosotros, junto con pan de buena calidad, en uno de los blancos manteles que llevábamos. Un guisado de pollo, aderezado con excelente arroz, completó una comida abundante y gustosa. Terminada ésta, Isabel se sentó en uno de los poyos de la ventana, sin quitarse el sombrero de viaje (*), con su costurero y sus bordados, y se puso a trabajar con tanta despreocupación como si ya estuviera de vuelta en nuestro hogar. Como la ventana daba hacia la calle real, que constituye el único paseo de esta vetusta ciudad,

(*) Aunque Duane usa constantemente la expresión ""night-cap"" (gorro de dormir), cuya significación no sería adecuada en este caso, aclara en la página 266 del original que se trataba en realidad de un ""mob-cap"" (sombrero de casa usado por las señoras a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX). — (N. del T.)

podía contemplar a todo su talante lo que ocurría en aquella vía, como si lo hiciera desde la azotea de la casa más alta de Trujillo.

En mi concepto, no sólo es propio de las aldeas sino también de algunas ciudades, especialmente cuando éstas —como Trujillo— no son tan populosas como algunos villorrios e incluso tienen menor número de habitantes, el hecho de que en ellas sean proverbiales la afición al chismorreo y la curiosidad por cualquier novedad que ocurra. Pues bien, quizás la aparición de un elefante o de una ballena no hubiera intrigado tanto a las lindas trujillanas como la noticia de que había llegado a la ciudad una joven y rubia forastera, de mejillas tan sonrosadas como las de la Virgen de Chiquinquirá, que se alojaba en la casa de la señora Cardiña [sic] en la *Calle Grande*. Sin embargo, el empedrado de la calle, aunque muy adecuado para caballos, mulas o asnos, no lo era para aquellos pies tan delicados, calzados por zapatillas de raso o de seda, además de que, cuando muestra tantas asperezas, se hace necesario levantar con una mano el ruedo del vestido para impedir que se ensucie al pasar por lugares que hayan sido transitados anteriormente por las bestias. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias? ¿Y cabía acaso esperar que su afán inquisitivo fuera a sentirse desanimado ante las desiguales piedras del arroyo? Por otra parte, las damas de Trujillo no podían recurrir al expediente de los *trottoirs*, (allí desconocidos), como los que tenemos en Filadelfia, y como los que, por cierto, tampoco existen en París, aunque Mollien le enrostre a Bogotá que carezca de ellos. Sin arredrarse por tales inconvenientes, las paseantes decidieron situarse al lado frontero de la calle, y desde allí se pusieron a atisbar, pero los buenos modales no les permitía hacerlo con toda la insistencia que deseaban. Además, el sombrero de Isabel, atado bajo la barbilla con una cinta, ostentaba no sé cuantas franjas, orilladas por estrecho encaje, e incluso había otra en la parte superior, enlazada a la copa; ahora bien, estas bandas de tanta amplitud, que tenían por objeto defenderse de los rigores del sol, contribuían ahora a que el fisgoneo de aquellas señoritas no quedara plenamente satisfecho, pues no podían examinar la prenda a su antojo. Echándole ojeadas, paseaban calle arriba y calle abajo, deteniéndose a uno y otro lado de la misma, como si, al igual que Miranda en *La Tempestad*,

No pudiesen recordar facciones femeninas,
Salvo las suyas, en el espejo reflejadas,
admirando a aquellas divinas criaturas
y al buen mundo que tales seres contenía.

Al fin la curiosidad femenina se sobrepuso a todos los escrúpulos. Varias de ellas entraron al corredor, y por mediación de la pobre viuda del soldado, quien ya parecía considerarse parte integrante de nuestro grupo, solicitaron ser recibidas y pasaron de inmediato. Todavía no me habían visto, pues me encontraba descansando: y en cuanto a Ricardo, andaba de alpinista por las escabrosas laderas de la montaña que se alzaba sobre la calle, ocultando la luz del sol durante las tres cuartas partes del día.

A los pocos instantes ya se trataban como íntimas amigas, e hicieron mil preguntas, con toda naturalidad, que fueron contestadas de igual talante. Su propósito era contemplar detenidamente el sombrero, pero como se avecinaba la noche, y se advertía que ya era hora de cenar, se vieron obligadas a despedirse, aunque no sin invitarnos a que las visitáramos en sus casas, rogándonos que prolongáramos nuestra estancia en Trujillo. Lo cierto es que las visitas habían venido menudeando sucesivamente, hasta que la llegada de la noche les hizo comprender que debían retirarse. Como Isabel no pensaba quedarse, pues las mulas estaban pedidas para el día siguiente, se había limitado a quitarse el traje de montar, cambiándolo por un vestido ligero, y dejándose puesto el sombrero de marras.

En vista de que las mulas no pudieron conseguirse oportunamente para seguir la marcha, aquellas damas volvieron en la mañana y expusieron esta vez sin ambages su deseo de que les permitiera tomar un patrón del sombrero. Para complacerlas, Isabel se dirigió a su baúl para buscar uno que estuviese perfectamente limpio, y tuvo que sacar otros objetos hasta encontrarlo. Aquello fue como si se abriera la caja de Pandora. El sombrero no fue prestado en vano, pues antes de que nos marcháramos, pudimos observar que se había generalizado su uso como atractivo del sexo femenino. Al parecer, queriendo lucir más hermosas, cada una de ellas había copiado el modelo. Al observar que el baúl conte-

nia otras curiosidades, le dijeron a mi hija: "*Señorita mía, vamos —andar por las calles y tragear sus gran vestidos— vamos mi señorita bonita— mi amiga*" (*). No les cabía en la cabeza que una joven tuviese tan lindos vestidos y no saliera a pasear para exhibirlos. Escudriñaron cuanto había en el baúl, lo admiraron todo, y si con solo tomar un patrón hubieran podido conseguir lo que tanto asombro les causaba, no habrían dejado nada sin copiar.

Por lo general, y si se les permitiera dejarse llevar por sus inclinaciones particulares, las damas criollas saben vestir con mucha gracia; y aunque en las reuniones utilizan una excesiva profusión de joyas en el pelo, en el cuello y en los dedos, la verdad es que resultan muy elegantes su modo de ataviarse y el arreglo de su negra cabellera, larga y hermosa. La familiaridad de su trato es, para mi gusto, muy preferible a la rígida gazmoñería existente en otros países. Si bien nunca afectan frialdad ni reserva, tampoco observé en ellas ningún ejemplo de falta de circunspección, aun dentro de su vehemente jovialidad. El estilo de su indumentaria, según me informaron algunas, ha experimentado un cambio sensible desde la revolución. Todavía se conserva la costumbre, impuesta por el clero, de que las mujeres usen un tipo determinado de vestido, igual para todas las clases sociales, que ciertamente no las desfavorece, pero que difiere en Caracas y Valencia del que prevalece en Tunja y Bogotá. Sin embargo, su afición a vestir bien se encuentra actualmente limitada por su incapacidad económica para satisfacerla. La revolución dio al traste con las fortunas que existían en uno y otro bando, tanto las de los realistas que fueron desterrados, como las de los republicanos que alcanzaron el triunfo. No obstante, las fuentes de la riqueza se encuentran en manos de los vencedores, y su aprovechamiento, aunque se produzca con lentitud, habrá de ocurrir inevitablemente. Entre tanto, las que figuraban anteriormente en las clases más distinguidas de la sociedad, se esfuerzan en conservar las apariencias de su antiguo bienestar, y esto no se consigna como reproche, pues mal puede ser censurable el infortunio que se deriva de causas virtuosas. Se señala únicamente como evidencia de una pasión imperante en aquellas regiones, y que si llama la atención del observador co-

(*) En español, muy de Duane, en el original. (N. del T.)

rriente, tiene que interesar por igual a quien viaja por el mundo, tratando de descubrir posibilidades comerciales. Ello prueba, en efecto, que el mercado habrá de ir aumentando progresivamente a medida que se incremente la prosperidad pública y privada. Según he sabido, cuando algunas respetables familias no encontraban en las tiendas un número suficiente de medias de seda para que todas las damas de la casa asistiesen a un baile, se las arreglaban para irlas comprando en forma rotativa: sólo concurrían las que habían podido adquirirlas, y las que se quedaban en casa aguardaban su oportunidad para la próxima reunión social.

Es realmente notable el asiento ocupado por la ciudad de Trujillo. Imagínese una loma cuyo frente tiene aproximadamente un cuarto de milla, mirando hacia el este, y de donde baja un abrupto declive hasta la orilla del Motatán, que arrastra sus aguas murmuradoras rumbo al norte. La parte meridional de la loma sirve de falda a una escarpada y enhiesta montaña, que continúa elevándose rectamente hacia el oeste en un trayecto de unas seiscientas yardas, o sea algo más de un cuarto de milla, cuando se desvía bruscamente y forma un rincón que no tendrá más de cuarenta pies de ancho. Luego la montaña sigue prolongándose un tanto al este-noreste, durante menos de media milla. Pues bien, es en el extremo occidental de este valle, cuya amplitud no es nunca superior a la cuarta parte de una milla, y algunas veces se reduce a cuarenta pies, encerrado por la ondulante cadena de esas caprichosas montañas, donde se encuentra el angosto reducto en que se alza Trujillo. La descripción que hace Alcedo de dicha ciudad adolece de errores monumentales, y en cuanto a Bonnycastle (*), cuyo libro puede considerarse, en términos generales, como la fuente de referencias más exactas sobre la América del Sur, incurre también en numerosos dislates, al dejarse guiar falsamente por las autoridades que consultara. Como ya se dijo, es muy poca la confianza que debe otorgársele a Alcedo. Nunca he leído un tratado geográfico más plagado de errores o que falle tan a las claras precisamente en lo que él se manifiesta interesado en proporcionar: una información correcta.

(*) R. H. Bonnycastle, Spanish America, or a descriptive, historial and geographical account of the dominions of Spain in the Western Hemisphere, continental and insular... London, Longman, 1818. Hubo una 2ª edición en Filadelfia, 1819. (N. del T.)

Además de la calle real, que es la mayor longitud, existe otra paralela, al sur de aquella, y un fragmento de rúa en la parte septentrional. Estas calles son atravesadas, a su vez, por otras tres o cuatro, en dirección este y oeste. Aunque la comarca circunvecina es fértil y exuberante, y fuesen cuales fueran las causas que influyeron para fundar a Trujillo en este rincón, así como el hecho de que continúe siendo una población importante, es fácil colegir que sus habitantes, al vivir ahora en un régimen de libertad que les permite una más amplia facultad de decisión, quizás resuelvan trasladarse a otra ubicación más apropiada, y menos lúgubre, que ese apartado escondrijo que sirve actualmente de asiento a la ciudad.

. . . . . .

En las cercanías prevalece abundantemente la enfermedad llamada *bocio*, aunque no es ciertamente característica de esta parte del mundo. Sin embargo, no llegué a ver un solo caso en Trujillo, y el primero que advertí en la república de Colombia fue en el camino de Santa Ana a Trujillo, donde me informaron que no me asombrara si observaba que todas las gargantas estaban afectadas por dicha dolencia. No obstante, quizás uno de los motivos que me proporcionaron mayor placer al admirar a nuestras lindas visitantes, fue comprobar que ninguna de ellas padecía de tal deformidad. El segundo caso se presentó durante el viaje hacia Mendoza. En la medida en que resulten valederas las observaciones eventuales de un forastero que va de paso, sólo puedo decir que el bocio no existe sino en determinadas comarcas; y que después de salir de ellas, se recorren trayectos considerables sin que aparezca de nuevo. En Mérida, por ejemplo, no ví ningún caso, ni tampoco entre dicha ciudad y La Grita; pero el digno sacerdote que vino a recibirnos, y que nos condujo a Sátiva, sí adolencía de bocio, y pasó algún tiempo antes de que yo lo descubriera, pues lo tenía hábilmente oculto bajo una bufanda verde. El lindo pueblecito de Susacon estaba totalmente exento de esa enfermedad, y me fue grato saber, de labios de la señora Calderón, la bella esposa del alcalde, que era desconocida en la parroquia y en varias millas a la redonda. Tampoco era visible en el hermoso pueblo de Santa Rosa, habitado por gentes bondadosas y bien parecidas, ni es frecuente en Tunja o Bogotá, aunque sí hay unos cuantos pacientes en ambas ciudades. No estoy en capacidad de determinar hasta qué punto puede contribuir a esta enfermedad la habitual

desafición por la sal, resaltante en todas las regiones de la república de Colombia, pero lo cierto es que el uso de ese condimento es tan escaso, que las veces que fuimos invitados a comer con amigos, el salero sólo se ponía en la mesa en señal de deferencia hacia nosotros, sin que nadie más lo requiriese para la carne de res, de pescado o de ave. El gobierno, interesado en hallar la curación de dolencia tan repulsiva, ha prometido una generosa recompensa a quienes puedan suministrar un remedio que la cure y la prevenga.

Aunque las comodidas de que disfrutámos nos permitían demorar allí por mayor tiempo si tal era nuestro gusto, nos sentíamos realmente ansiosos por reanudar la marcha. Sin embargo, la mente del comandante de la plaza estaba al parecer demasiado absorbida por los españoles, quienes ya se encontraban a una distancia aproximada de veinticinco millas, para preocuparse por nosotros. Nos habíamos esforzado en instar a nuestros arriero Valentín para que nos acompañara hasta Mérida, diciéndole que de su aceptación dependía que partiéramos a la mañana siguiente, pero nos manifestó que ya se había comprometido, desde el primer momento, a regresar con una carga de mercancías. No nos quedaba, pues, otro remedio, que aguardar a que las altas autoridades pudieran dedicarnos alguna hora libre.

En consideración a los servicios prestados por Valentín, y luego de entregarle su paga, le dimos una carta para el coronel Gómez, quien lo había recomendado, y en la cual reconocíamos la fidelidad con que nos atendiera. Al observar que mi carta no contenía reproche alguno contra sus farras y fandangos, se mostró especialmente locuaz, en realidad, y durante todo aquel trayecto, nos había divertido frecuentemeinte con su carácter vivaz y vanidoso, así como con su incesante facundia. En términos generales, puede decirse que este curioso personaje del mundillo de los arrieros procedía siempre con honradez en los asuntos pecuniarios, aunque se apartara un tanto de la veracidad cuando ésta interfería sus intenciones, mostrándose dispuesto a suministrar datos errados sobre las distancias efectivas y a afirmar que determinado paraje se encontraba a unas diez o doce millas. más allá o más acá de su ubicación real, cuando la demora o la marcha forzada consiguien-

tes lo dejaban en un vecindario donde pudiese pasar la noche en fandangos, pero no hay duda de que la aptitud para mentir en esta forma debe considerarse tan inseparable de los arrieros como la falta de honor e integridad está siempre implícita en chalanes y tahures. A causa de sus constantes recorridos entre Caracas y Trujillo, que constituían para él algo así como las regiones polares, conocía a todo el mundo y se sabía el dedillo los asuntos ajenos. Cuando pasábamos frente a algunas haciendas, nos informaba cuáles habían pertenecido a los godos, y agregaba (bajando la voz) que algunos de ellos todavía permanecían en el país, por insensata autorización del Congreso. Podía referir los hechos y proezas de todos los eminentes hijos de la nación que moraban a cien millas de cualquier sitio de la ruta y, al terminar su relato, nunca dejaba de vincular todos aquellos episodios con Bolívar y el *Congreso de Colombia*.

Valentín era un empedernido patriota, y explicaba sus ideas acerca de la revolución observando que, antes de ella, había muchos personajes en todas partes ante quienes no se podía levantar siquiera la vista, pero que actualmente un hombre de su condición, *una paisano libre* (sic) estaba en libertad para mirar de frente a cualquiera, tal como estoy hablando y haciéndolo con usted, *Señor, por favor* [sic]. Opinaba que los abogados ya no tenían la misma influencia que antes, pero que aún seguían importunando a la gente en grado excesivo, y también que en cierto modo (y miraba en torno suyo, como si temiese ser oído por alguien cuya imagen tuviese en el magín, aun cuando el personaje se encontrara a muchas leguas de distancia) los curas de mala índole "parecen haberse marchado junto con los godos, pues los que quedan ya nos tratan como a seres humanos". Nos refería con cierto engreimiento sus proezas en dos campañas, y que, entre los arrieros, se le apreciaba como una personalidad de cierta importancia. Agregaba que él no dejaba de poseer algunos méritos para la posición que ocupaba, y que en Valencia y en San Carlos se le tenía por el más consumado bailarín entre el numeroso círculo de sus amistades, aunque reconocía que "Vicente, ese caraqueño que es asistente de usted, me deja tamañito". Cuando le reprochaba el abandono de nuestro equipaje, por irse a bailar él y Vicente durante la noche, no negaba su culpabilidad, pero

me recordaba que siempre había un peón dedicado especialmente a la vigilancia de sus mulas y, naturalmente, de nuestro equipaje.

Las ausencias nocturnas de Valentín no nos perjudicaban ciertamente, pero el mal estaba en que se llevaba a Vicente como compañero, y los servicios de éste se requerían algunas veces; además, ocurrió frecuentemente que, durante la marcha, lo sorprendimos profundamente dormido sobre su mula, confiándole a ésta implícitamente el cuidado de su persona y de sus bienes. En todo el resto de nuestro viaje no volvimos a tener un arriero tan listo, y también tan enfadoso como Valentín, y cuando recibió su paga y estaba a punto de despedirse, se disculpó espontánea e ingenuamente de sus errores, admitiendo que en algunas ocasiones nos había proporcionado más molestias que las que hubiera querido, especialmente cuando demoró la llegada de nuestro equipaje por detenerse en el campamento de los españoles, y cuando nos dejó sin mantas en la ruta hacia Obispos. Añadió que nunca había viajado con gente que fuese más de su gusto, y que, de ser posible, le agradaría recorrer el mundo entero en nuestra compañía. En cuanto al pobre Vicente, se sentía muy afligido al separarse de un hombre que había tenido la sinceridad de reconocerse inferior a él en el baile de fandangos.

La falta de amabilidad, o quizás las muy graves preocupaciones que abrumaban al comandante de armas de Trujillo, nos había obligado a detenernos cinco días en aquel lóbrego rincón. Como la distancia hasta Betijoque, en el lago de Maracaibo —donde se encontraba entonces el general Lino Clemente con fuerzas reducidas, vigilando los movimientos de Morales— sólo equivalía a unas doce horas de marcha, le envié una carta por la tarde, cuya bondadosa respuesta me llegó a la mañana siguiente, antes de mediodía. Luego recibí la visita del comandante, en uniforme de gala, junto con varios oficiales de su séquito. Me manifestó que lamentaba no haber sido informado previamente de quién era yo, y después de invitarme a cenar con él y a quedarme otro día más, me comunicó que las mulas estarían a mi disposición en las primeras horas de la mañana siguiente. Evidentemente yo no tenía más derecho que el establecido por el uso para esperar atenciones del comandante, pero la prontitud con que ahora se prestaba a ser-

virme, señalaba bien a las claras la probabilidad que tiene cualquier extranjero de verse desatendido si ocurre que algún funcionario no estima como igualmente imperativos los deberes de su nación, en lo que respecta a un trato hospitalario. Me excusé de corresponder a aquella visita.

Cuando el general Clemente era agente ministerial de la república en Filadelfia, tuve el honor de conocerle allí personalmente. En su carta deploraba no poder llegarse hasta el camino para saludarme cuando pasara, pero que se lo impedía la presencia de Morales, cuyas fuerzas duplicaban en número a las suyas, por lo cual tenía que limitarse a tratar de contrarrestar su avance, y de reducir el área de sus depredaciones. Me aconsejaba, además, que no retardara ni por un instante más mi partida, sino que procurara alejarme a toda prisa, pues la ruta que yo seguía era, según sus conjeturas, la misma de Morales.

Durante el tiempo que paramos en Trujillo, no dejamos de pasar ratos amenos. La pobre viuda del soldado, a fin de congraciarse con mi hija desde la propia noche de nuestra llegada, se había esforzado en ser útil, resultándonos también muy interesante. Era nacida en Angostura, desde cuya remota comarca viniera a reclamar ciertas acreencias de la república para con su marido, quien había perecido en el campo de batalla. Junto con ella vivían cuatro hijas suyas, una de las cuales cantaba de modo muy atractivo, con acompañamiento de la madre. Nos parecieron realmente deliciosos los divertidos relatos de la viuda, y sus lindas canciones, tanto más cuanto que ella lo hacía sin afectación alguna, con el único propósito de contribuir a nuestra distracción y placer. En cuanto a la pequeña cantante, que tendría unos diez años de edad y cuya voz era tan agradable, no se apartaba de nosotros, lo que nos permitió escuchar muchas canciones de tema popular, patriótico, romántico y sentimental. La madre tenía, además, ingenio improvisador, y de cuando en cuando agregaba alguna estrofa de sus cosecha, con cumplidos para nosotros. Isabel le dio, para sus hijas, algunas de las cosillas que llevaba, y la más trivial baratija le producía tanta gratitud como si se tratara de un generoso presente. A pesar de ser yo un ardiente enamorado de la música, no recuerdo haber derivado tanta satisfación de las melodías

y canciones antes escuchadas como la que experimenté ante los espontáneos conciertos de esta viuda infeliz pero amable, y de sus huérfanas.

Partimos de Trujillo el día 23 de diciembre, a las once de la mañana, y al descender el escabroso barranco por el cual habíamos entrado a la ciudad, nos sorprendió encontrar a la viuda a la orilla del camino, en compañía de sus hijas, donde se había situado para echarnos una última ojeada y expresarnos su gratitud y sus votos por nuestra dicha. Mientras bajábamos por la quebrada margen del Motatán, la seguimos viendo con el velo en alto, ondeándolo en el aire, hasta que nos la ocultó un recodo del valle. Nos había causado, en realidad, más conmiseración que curiosidad el relato de las aflicciones sobrellevadas por esta pobre viuda y sus huérfanas a consecuencia de los rigores de la guerra. Esta pena, sin embargo, se nos mitigaba un tanto al reflexionar que vivían en un país donde los pobres nunca pueden morirse de hambre; donde la caridad se ejerce tan naturalmente que sus favores nunca aparecen teñidos de arrogancia o menosprecio; y donde una perpetua primavera salva a los seres infortunados de aquellos extremos de miseria que prevalecen en otras naciones, en que el *frío* y la *avaricia* suscitan insensibilidad y dureza de corazón.

Para llegar a Trujillo, y a causa de su gran alejamiento del camino real, habíamos tenido que desviarnos de éste hacia el sur durante un trayecto de tres millas, que ahora desandábamos, siguiendo la corriente del Motatán, en dirección occidental. Esta vez no se trataba, en realidad, de ningún sendero claramente perceptible, sino que tuvimos que vadear el río en varias ocasiones, y atravesar bambuales, siembras de caña de azúcar, y haciendas de café y de cacao. A las dos y media pasamos por la aldea de Pampanito sin hacer alto, y luego entramos a Sabana Larga, donde, a eso de las cinco, nos salimos de la vía para detenernos en una casa vecina de regular tamaño, en la que resolvimos dormir. Entramos en ella sin llamar a la puerta, y a las nueve ya todos estábamos acostados en nuestras hamacas. Llovió fuertemente durante toda la noche y continuamos la marcha a las siete de la mañana del día 24. Esta llanura no era completamente uniforme, sino que presentaba en su parte septentrional una escarpada loma, por la que había que descen-

der más de cincuenta pies hasta la extensa planicie que quedaba hacia aquel lado; en su sector meridional, el verdeante terreno se veía interrumpido por varias colinas, que impedían percibir claramente su línea de declive. Además, grupos de árboles y algunos bosques que se divisaban en lontananza le daban una apariencia muy pintoresca. Aquel llano tendría unas doce millas de longitud, y a medida que avanzábamos, el rumbo se orientaba más o menos en dirección noroeste. En el extremo occidental, el terreno formaba una especie de altiplanicie, cuya elevación se acentuaba al adelantar hacia el poniente. En términos generales, se podía estimar en cuatro o cinco millas la anchura de este llano. En el sector occidental y en el nororiental se extendían a nuestros pies numerosas plantaciones, que debieron ser muy prósperas recientemente. Entonces todas las actividades estaban estancadas, debido a la proximidad de las tropas españolas, cuyo número equivalía al doble de las colombianas.

Durante el camino conseguimos leche de muy buena calidad. Al descender a la llanura, pasamos por la Hacienda de la Plata, que había pertenecido en otro tiempo a un opulento propietario realista. He visto muy pocas plantaciones que mostraran tan clara evidencia de la riqueza de su antiguo dueño como esta finca; y aunque se advierte que va camino de una ruina total, todavía despierta admiración dentro de su actual decadencia. Después de placentera marcha, llegamos a una aldea llamada Valera, que tendría unas treinta casas diseminadas en terreno llano. Los habitantes que aún no habían huído se encontraban llenos de alarma; y la conducta del alcalde me hizo conjeturar que estaba vacilando entre cumplir sus obligaciones o pasarse al enemigo. No manifestó ningún interés en atender a los deberes de su cargo, y al reiterarle la necesidad en que estábamos de conseguir unas mulas, se limitaba a respondernos: "*ahora! ahora sí!*, pero parecía que, al decir *ahora*, lo que daba a entender era *nunca*. Le mostré la carta que había recibido del Intendente, y le advertí que daría cuenta de la manera en que se comportaba con nosotros. Al cabo de un rato, comisioné al sargento para informarle que yo estaba al tanto de la existencia de una gran cantidad de mulas, ocultas por disposición suya en una casa cuya ubicación conocíamos; que yo sospechaba se destinaban para el enemigo; y que, si dentro de diez minutos no me proporcionaba las

que requería, las tomaría por mi cuenta, haciendo el pago debido, y destacaría al sargento para que llevase mis quejas al general Clemente, quien sólo se encontraba a unas quince millas de distancia.

Nos faltaba todavía por cruzar un largo y sombrío páramo; la cumbre por donde debía pasar nuestra ruta se veía ya cubierta de nubes que amenazaban lluvia, y era evidente que en aquel pueblo no íbamos a conseguir víveres ni forraje, a lo que contribuía el estado de total estupor que mostraba el alcalde. En todas las casas donde solicitamos huevos, gallinas o cualquier tipo de provisiones, la respuesta que nos daban era: "No hay nada", "no hay nada en esta casa", o simplemente: "no hay". El aspecto de terror de aquellas gentes obedecía a la aproximación de los españoles. Al fin el alcalde, atemorizado ante nuestra amenaza de acusarlo por su conducta, accedió a que el sargento escogiera algunos caballos entre los ya acostumbrados a viajar por el páramo, y después de un gustoso refrigerio, a cuyo efecto tuvimos que recurrir a nuestras propias provisiones, adquiridas por mediación de la pobre viuda de Trujillo, resolvimos seguir camino alrededor de las tres, pese al fuerte aguacero que estaba cayendo en esos momentos. Sin embargo, ya habíamos alistado capas y vestidos para hacerle frente a la tormenta, prefiriendo que se nos empapara la ropa a tener que celebrar una "entrevista" con Morales. En consecuencia iniciamos la marcha hacia el páramo, a través de una llanura que ya estaba convertida en una charca, y antes de una hora nuestras cabezas sobresalían por entre las nubes. El terreno por el cual marchábamos semejaba una gran isla en medio de un mar ilimite. Como la atmósfera era relativamente templada, nos quitamos las capas para continuar la subida por otro páramo de mayor altura. Atravesamos una loma y nos encontramos con una vegetación propia de climas septentrionales, que nos permitió saborear las deleitosas bayas de la zarzamora.

Tuvimos luego que subir por un sendero todavía más empinado y cruzar un enorme páramo frío y escabroso, del cual no podrían nunca ofrecer una fiel imagen ni las palabras ni la pintura. Era una extensión enorme, temerosa y desolada. Cuando por fin comenzamos a descender por aquel inextricable laberinto, formado por largos senderos que reptaban y se entrecruzaban diagonalmente barranco abajo — donde no quedaban trazas de vegetación al-

guna, y solo se veían, en salvaje desorden, rocas y pedruscos, que en caso de perder el equilibrio se hubieran despeñado violentamente hacia el valle situado a unas dos o tres millas a nuestros pies — me resultó tan fatigoso el recorrido, que preferí desmontarme, tanto para alivio propio como del pobre animal que me transportaba. No transcurrió mucho tiempo sin que me diera cuenta del error en que había incurrido al suponer que andar a pie era menos penoso que a lomo de mula, y pude apreciar cabalmente los méritos de mi cabalgadura, que después de tan larga jornada, aparecía tan fresca y tan ágil como en el momento de la partida.

Al fin surgió ante nuestra vista uno de los extremos del alongado valle de Mendoza, aunque sin sospechar siquiera que nos faltaban todavía unas cinco millas para llegar a dicha población. Como la bajada se había tornado menos penosa, me puse a contemplar con interés la configuración que presentaba la montaña situada al frente de nosotros. Un valle que se extendía hacia el levante la separaba del páramo en que nos encontrábamos. En un curso que abarcaba muchas millas, el río Motatán venía avanzando desde el sur, y justamente a nuestros pies se abría paso por entre la falda de la sierra frontera, formada allí por un escabroso acantilado, totalmente perpendicular, en cuya cumbre se alzaba una bonita aldea. Desde esa loma, que constituía el remate septentrional del páramo, este seguía prolongándose en una distancia inmensa. Aunque desde nuestro punto de vista el valle parecía muy estrecho, con una anchura que aparentaba no ser superior a media milla, en realidad sobrepasaba las dos millas. Las montañas situadas hacia la parte occidental, si bien corrían paralelas a las del este, eran menos escarpadas, cubiertas de vegetación y con diversas abras que le daban un aspecto muy hermoso. Se me hacía difícil imaginar cómo podría tenerse acceso a la población que se columbraba en la áspera cima, y hasta la cual debía haber una media milla desde las márgenes del río que corría al pie de la montaña.

Al fin llegamos a la falda del páramo, y nos hallamos en un valle risueño, bañado por un limpio arroyo que discurría serenamente a nuestro lado. Tuvimos que cruzar por una graciosa plataforma que pasaba a través de un saetín de molino. El rechinar de los dientes de la rueda y el movimiento irregular de la tolva sona-

ron alegremente en nuestros oídos, y nos introdujimos en el patio de la primera casa que encontramos para descansar y tomar un refrigerio. Allí conseguimos leche, huevos y excelente pan de trigo. Seguimos luego hacia Mendoza, creyendo que podríamos llegar antes de anochecer, pero solo fue a eso de las siete y media cuando por fin entramos en la aldea. Enderezamos rectamente hacia la iglesia, como el sitio más apropiado para que nos informaran dónde estaba la residencia del alcalde. Al saber que éste vivía a unas tres millas al sur de la población, y puesto que la iglesia es el último recurso en horas de adversidad, preguntamos por el párroco. Era víspera de Navidad, y en la planicie se hacían los preparativos para los fuegos artificiales. Un vecino de buena índole, al ver que éramos forasteros, salió espontáneamente en busca del señor cura, quien se apareció a los pocos momentos, y con gran amabilidad nos condujo a un amplio salón contiguo al templo. En él vimos a una media docena de chiquillos, a cargo de un coadjutor, quien les ensayaba una especie de diálogo o ejercicio catequístico, uno de cuyos interlocutores era el rey de las tinieblas disputando con no sé qué ángeles o santos. En este debate el *pobre diablo* había caído nuevamente en manos más poderosas que las suyas, y, como era de esperarse, salía con el rabo entre las piernas.

El sacerdote, quien ignoraba que íbamos provistos de comestibles, dispuso que nos prepararan la cena, sin que nosotros lo supiéramos hasta el momento en que ambos servicios llegaron simultáneamente a la mesa. Expresamos nuestra gratitud, que era tan amplia como nuestro apetito; y quizás porque el párroco conjeturaba que éramos herejes, judíos o ateos, lo que en síntesis equivaldría a una misma cosa, puso empeño en reanudar los ejercicios, probablemente para bien de nuestras almas, mientras nosotros nos ocupábamos del cuerpo. El ritmo del diálogo presentaba ahora un énfasis más pronunciado, cada vez que se aludía a las fazañas del "embozado monarca". Aunque al principio no habíamos captado debidamente la significación de los ejercicios, pronto advertimos que el representante de la majestad caída aparecía en situación más deplorable a cada nueva repetición, y que al final se veía totalmente acorralado. Imagino que en esa forma, el buen cura consideraba que

estaba prestando a nuestras almas un servicio más provechoso que el ya dispensado a nuestros cuerpos.

Pronto comenzaron a convertirse en audible realidad los festivos aprestos que observamos a nuestra llegada a Mendoza, y con tanta sonoridad y estrépito como si en ello interviniese Lucifer en persona. Buscapiés, triquitraques, cohetes, escopetazos, acompañados del clamor de pitos y trompetas, algunos desapacibles y otros totalmente desacordados armaron tal alboroto, que si no hubiésemos presenciado en otras partes manifestaciones igualmente ruidosas, quizás las habríamos considerado como una muestra del escaso gusto que tenían aquellas gentes para divertirse. Sin embargo, y aunque probablemente la existencia de combustible era limitada, no hay duda de que el sermón del día y el diálogo catequístico de la noche habían inyectado suficiente azufre para poner en estado de excitación a todas las legiones del pandemónium. A guisa de *requiem*, las diversiones variaron de índole a la media noche: las notas de instrumentos musicales, algunos de los cuales eran nuevos para nosotros, y que no tuvimos oportunidad de examinar con detenimiento hasta que llegamos a Timotes, eran notables por su penetrante sonido y por la originalidad de la cadencia. En un cuarto adyacente a aquel en que habíamos colgado las hamacas, se veía un instrumento muy parecido a los de cuerda que existen en el Asia; estaba formado por una calabaza de unas dieciocho pulgadas de diámetro. La caja, bien barnizada, revelaba un trabajo de buena artesanía; el mango y el diapasón tenían cuando menos cuatro pies de largo; las tres cuerdas eran de tripa con tamaño análogo a las del violoncelo; y los trastes habían sido debidamente afinados. En realidad, su música no era ingrata, y estaba muy bien adaptada para acompañar una buena voz, pues los ejecutantes, según pude apreciarlo — ya que no me era posible dormir, y decidí levantarme para disfrutar del espectáculo, no solo de oídas, sino también *de visu* — actuaban con tanta conciencia de su virtuosismo, como la desplegada por Gilles en su inimitable violoncelo, o por Willis en su *Vox Humana*. Huelga decir que, si ese concierto no nos produjo tanto placer como los de los artistas nombrados en último término, no fue por falta de empeño de aquellos aficionados, y no puede ser sino un infeliz quien se muestre insatisfecho ante esfuerzos tan vehementes por agradar al auditorio.

A medida que la noche avanzaba, y antes de amanecer, el festival fue perdiendo su ímpetu. Nos retiramos a descansar, al igual que los juerguistas, y probablemente hubiéramos dormido hasta las ocho o las nueve de la mañana, de no haber sido porque las campanas de la iglesia repicaron muy temprano en nuestros oídos con clamor tan discordante que, a pesar de la fatiga, tuvimos que darnos por vencidos. Era la mañana de Navidad, y a seis ya estábamos levantados y listos para partir, pero las mulas no habían llegado aún. Mientras regalábamos el paladar con el chocolate de costumbre, hizo su aparición el alcalde, quien estaba dotado de maneras no usuales en los magistrados de aldea. Se trataba de una persona respetable y sensata y, según fuimos informados, solo lo guiaba en el desempeño de su cargo el propósito de servir a sus conciudadanos y no el de obtener ventajas de índole privada. Era un hacendado que, indignado por los abusos cometidos por sus predecesores, había aceptado aquella posición para acabar con las corrupciones que venían desprestigiando la autoridad. Su llegada pareció despertar especial agrado entre el numeroso concurso formado por personas de ambos sexos, y este júbilo debió producirle más satisfacción que todo el deleite que hubiera podido pagar con millones. Pronto estuvimos listos, y mientras terminaba la carga del equipaje, presentamos nuestras gracias y respetos al párroco, quien nos manifestó sus deseos de que nos quedáramos aquel día, en lo cual mostraba análoga insistencia el alcalde.

Mendoza no es propiamente una población trazada de modo regular, sino un conjunto de casas diseminadas en la parte alta del valle. Tampoco se divisa cultivo alguno en el radio de cinco o seis millas que abarca la vista desde la aldea. Es en los valles adyacentes, situados a la derecha del camino por el cual entramos, donde los habitantes de Mendoza cultivan fértiles y extensos sembradíos. La iglesia, que se encontraba entonces en proceso de reconstrucción, daba indicios de la opulencia circundante, pues al parecer no se habían escatimado esfuerzos ni dinero para que fuese un edificio de sempiterna estructura: grandes bloques de piedra, algunos de los cuales estaban destinados a servir como arcos, o a cubrir las naves laterales a guisa de terrazas; y en cuanto al fuste de las columnas, todavía informes, eran de tanta magnitud como si hubiesen de sos-

tener el templo de Palmira. El diseño revelaba buen gusto, menos en el excesivo espesor de los muros.

Gran parte del desolado aspecto que presenta Mendoza debe atribuirse a causas como las ya anotadas, o sea la fuga de familias enteras a los valles vecinos a fin de escapar a los insultos, violencias y ultrajes del enemigo, a que estaban expuestos en las poblaciones ubicadas al borde del camino real, por donde pasaban los ejércitos. Sin embargo, lo más probable es que este valle de naturaleza risueña y exuberante, regado por hermosos ríos, haga volver prontamente a muchos de los que emigraron a consecuencia de la guerra; y en cuanto a nuevos colonos, sería ciertemente difícil que puedan establecerse en paraje de ubicación más favorable, sobre todo cuando no estén interesados en la comunicación con el mar.

El buen cura era una persona cortés, cordial y desinteresada, a pesar de su derroche de azufre y de la enconada persecución a que sometió al héroe de Milton en la ya citada representación, que por cierto estaba destinada al auditorio del día de Navidad, ya que no eran sino simples ensayos de la misma los que habíamos presenciado nosotros. Abrigaba sus pretensiones de hombre culto, como lo demostraba su biblioteca atestada de libros de Derecho Canónico, de leyes de Indias, de tratados de Tomás de Aquino y de las biografías de más de un millar de santos. Era también experto en la fabricación de relojes de sol, de cuya manufactura teníamos un ejemplo a la vista, pues todo el que llegaba a caballo al altozano de la iglesia, ataba su cabalgadura a un gancho clavado en un alto poste, en tres de cuyas caras estaba pegada con engrudo una esfera de reloj, donde las rayas y las horas aparecían trazadas con elegante caligrafía. Como se veía que estas esferas llevaban ya algún tiempo de instaladas, sin mostrar deterioros ocasionados por la intemperie, ello evidenciaba de modo palmario la benignidad de aquel clima. No hay motivos para dudar de que el reloj hubiera podido indicar correctamente las horas, si no fuese porque el poste se utilizaba también para el arriendo de las bestias; en efecto, y mientras yo estaba examinándolo, un caballo — que al parecer tenía ciertos resabios propios de las mulas — hizo perder al poste dos o tres grados con respecto a su posición perpendicular.

CAPITULO XIX

El alcalde de Mendoza, persona muy estimada. Partida a las siete el día de Navidad. Volvemos a toparnos con el río Motatán. El Momboy. Noche oscura. Afortunada escapatoria. Observamos el curioso fenómeno de ribazos verticales y escarpados. El río Timotes, lindero entre Trujillo y Mérida. Entramos a media noche en la población de Timotes. El alcalde andaba de farra en otra aldea. Nos dirigimos a la iglesia y nos alojamos en la sala de la casa parroquial. Sorprendido el señor cura, quien también estaba ausente, al ver a su regreso un sombrero femenino. Era un hombre digno, muy hospitalario, apreciado por sus feligreses y de amplia cultura; sus atenciones para con nosotros. Ubicación de Timotes; la fiesta de Navidad y su celebración; listas las mulas a las cuatro, salimos para Chachopo, adonde llegamos alrededor de las siete. Noche fría y desapacible. Notable cambio en el estilo de indumentaria. La erica, o el brezo; aunque Humboldt afirma que no existe en América, encontramos hermosos especímenes de dicha planta. Drummond y otros botánicos incurren en el mismo error. Mucuchíes: gran número de cruces; la Virgen de Chiquinquirá; diferentes modos de vestir; inteligencia, trato hospitalario y amabilidad de un joven alcalde.

Fue ejemplar, y nos produjo singular agrado, la cortesía demostrada por el alcalde de Mendoza. Era un agricultor de provincia, llano y sin presunciones, cuyo buen criterio se manifestaba tanto en su conducta como en su conversación. Resultaba cierta-

mente placentero presenciar la satisfacción con que era acogida su persona por los habitantes del lugar, y el empeño que ponía en procurar que no se le creyera envanecido por el cargo que ocupaba. Nos acompañó durante varias millas, y nos expresó su deseo de que hubiésemos visitado su hacienda, la cual estaba situada, y nos la señaló con la mano, a corta distancia.

Como ya teníamos todo listo para la partida, continuamos viaje a las siete y nos encontramos de nuevo, a pesar del vasto páramo que nos había separado, con el río Motatán, al cual dejamos a nuestra derecha en Sabana Larga. Seguimos su curso durante un trayecto aproximado de diez millas; y, en una etapa posterior de nuestro viaje, nos volvimos a tupar con su corriente al entrar a Capitanejo. Pasamos por La Puerta y llegamos al pie de La Cuesta, de declive bastante pronunciado.

Pronto nos vimos envueltos en una niebla densa y desagradable, que nos acompañó durante largo trecho al descender las escabrosas vertientes del páramo, cuya falda ganamos alrededor de las cinco. Allí nos detuvimos a tomar un refresco, compuesto de pan, queso y guarapo, este último en sustitución de la leche, que no pudimos conseguir.

Proseguimos la jornada a las seis, con un clima benigno y a través de una hermosa comarca, hasta que penetramos en el amplio lecho del Momboy, cuyas aguas —aunque alcanzaban un nivel mínimo en aquella estación— formaban un impetuoso torrente. Para ese momento no nos habían alcanzado todavía las mulas con el equipaje. El cauce de este río presenta en muchos sitios una anchura de dos millas, pero en varios puntos se ahocinan las aguas, y no puede seguirse una línea uniforme hacia la orilla; por lo tanto, y cuando la corriente va ondulando por entre grandes peñascos redondos hacia la margen derecha, en cuya dirección se extienden tales rocas, el viajero se ve obligado a trepar por quebrados ribazos, siguiendo una vía tortuosa que cambia a cada momento hasta que, al producirse una caprichosa transición del torrente hacia el lado opuesto, resulta preferible seguir orillando el cauce del río. La noche se nos había venido encima, a causa de las dificultades que ofrecía la marcha por esos selváticos parajes. Cada vez que surgían

situaciones análogas, acostumbrábamos seguir al sargento en fila india, mientras Vicente, uno de los servidores, se encargaba del equipaje, y Pedro cerraba la retaguardia. Desviándonos de uno de los meandros del torrente, subíamos por un sendero que había servido de vía de tránsito durante muchos años. El sargento iba a la vanguardia, y nosotros le seguíamos en orden sucesivo por la orilla de ribazo perpendicular, de más de doscientos cincuenta pies de altura sobre el lecho del río, cuando el sargento exclamó con voz apagada: "Coronel ¡Alto!". Frené de inmediato la mula y le dije a Isabel, quien venía a mis espaldas, que hiciera lo mismo. La posición en que se encontraba el sargento era de sumo peligro: la parte en que continuaba el sendero, más allá de donde él estaba situado, había desaparecido totalmente, y un paso más lo hubiera hecho precipitarse por un temeroso abismo. Con gran presencia de ánimo, hizo retroceder lentamente a su mula con la rienda, y le gritó en tono jubiloso al teniente Bache: "Vamos, teniente, emprenda la retirada, y gire hacia la derecha". Seguimos sus instrucciones y ascendimos a la cumbre de la loma, donde celebramos una especie de consejo de guerra, felicitando al sargento por su sangre fría y por su afortuna escapatoria.

El río Momboy está sujeto a súbitas crecidas, y lo escarpado de sus ribazos señala que el caudal de las aguas debe alcanzar entonces un nivel realmente extraordinario. La elevación y magnitud de los páramos, por cuyas torrenteras bajan violentamente las aguas, son las causas de tales avenidas, así como también de la repentina disminución de la corriente cuando la atmósfera se serena en las alturas. Las características de este río son similares a las de las numerosas vías acuáticas, de volumen considerable, que corren al sur del Cojedes. Sin embargo, como la parte escabrosa de la loma que da a la planicie de Barquisimeto no es perpendicular, por presentar salientes inclinadas de rocas y de tierra, eso influye en que, pese a la breve distancia entre las fuentes del río y la zona fronteriza de dicha ciudad, las aguas no sean allí tan abundantes como las que provienen de los páramos de Santa Rosa, de los cuales constituye una estribación inferior la sierra de Trujillo.

Tanto el cauce del Motatán, como los del Momboy y del Chama, tienen frecuentemente de dos a tres millas de anchura, y apa-

recen cubiertos de redondos guijarros cuyo diámetro fluctúa entre seis y sesenta pulgadas. En la estación seca, la corriente se divide en varios canales dispersos, mientras que en la lluviosa todo el lecho se convierte en un torrente rápido y profundo, que algunas veces se acerca, y en otros sitios va ondulando a distancia en su contorno, a los promontorios y salientes que su impetuoso curso ha venido formando desde tiempos inmemoriales. Lo que resulta más sorprendente son las laderas verticales que estos ribazos presentan frente a las márgenes del río. En algunos sitios se ven como una masa uniforme de tierra grisácea, y a veces he llegado a pensar que la absoluta verticalidad de dichos ribazos puede haber inspirado la construcción de tapias como paredes de las casas. Algunas de estas lomas ribereñas, como las del Momboy, tienen laderas cuyo frente alcanza de sesenta a doscientos pies de altura, sin ningún verdor, ni siquiera una planta rastrera o colgadiza. Otras presentan murallas de igual elevación, donde aparecen incrustados pedruscos redondos que oscilan entre un décimo de pulgada y cuatro o cinco pulgadas de diámetro, parecidos por lo común a un riñón, o achatados y de forma oval. Estas vertientes perpendiculares y desnudas no muestran grieta alguna, ni señales de desmoronamiento o desintegración, como ocurriría con tales lomas de tierra en climas donde la fuerza expansiva del frío, en forma de escarcha o de nieve, hace rajar la tierra en aquellos sitios que han retenido la humedad. Aquí, en cambio, el calor actúa como agente extractor de la humedad contenida en estos muros construídos por la naturaleza, sin afectar los átomos de que están compuestos.

Ahora bien, según fuimos luego informados, el Momboy había experimentado durante el segundo trimestre del año una creciente de volumen inusitado a través de uno de esos quebrados ribazos, por donde venía pasando el camino desde tiempos muy remotos. A causa de algún cambio registrado en la constitución del lecho del río, un grupo de rocas había desviado la corriente hacia este promontorio, el cual había cedido hacía muy pocos días, pero sin ocasionar ningún daño. Si hubiéramos llevado caballos en vez de mulas, quizás no habríamos podido escapar sanos y salvos. Tuvimos, pues, que desandar camino hasta el sitio donde iniciamos el ascenso del ribazo. Al llegar allí, y al observar el sargento huellas de mulas en otra dirección, en un sitio donde un simple foras-

tero no hubiera pensado en buscarlas, y aun advirtiéndolas, quizás, no habría podido reconocerlas, subimos por un atajo hasta que ganamos de nuevo el camino, a una milla más allá de la parte que se había desplomado.

Viajábamos ahora por la margen izquierda, teniendo ante nuestros ojos las turbulentas aguas del Timotes. Serían más o menos las once cuando entramos en la aldea del mismo nombre, donde pudimos comprobar que aquellos vecinos ribereños se encontraban tan alborotados como las aguas del río, el cual sirve de línea de demarcación entre las jurisdicciones de Trujillo y de Mérida. Como de las fiestas nocturnas quedaban aún algunos rezagados, estos nos informaron las señas de la casa del alcalde. Sin embargo, dicho funcionario se encontraba ausente en un baile que se celebraba en un villorrio vecino y su esposa se opuso enérgicamente a permitir la entrada de hombre alguno. Nos esforzamos en tranquilizarla, haciéndola ver que con nosotros iba una dama que requería sus atenciones, y que le agradeceríamos nos indicara dónde podríamos encontrar alojamiento. Como insistió en no dejarnos entrar, salimos en busca de la iglesia, situada en una de las esquinas de la plaza, y encontramos que había una espaciosa casa parroquial a un lado del templo.

Las pisadas de nuestra mulas hicieron salir a un indio de *buena índole*, que entre sonreído y soñoliento, nos abrió la puerta y nos dejó entrar, sin que fuese necesario hacer preguntas de una u otra parte. Ocupamos de inmediato la amplia sala frontera, y a ver unas mujeres del servicio que venía una dama con nosotros nos prestaron espontáneamente su ayuda. Era día de Navidad, y no habíamos probocado bocado ni tomado bebida alguna después de pan y la leche que ingerimos al pie de La Cuesta. Pronto, sin embargo, comenzó a prepararse el chocolate con la colaboración de Pedro y de varias jóvenes de la casa, y se nos sirvió mientras aún no habían sido colgadas las hamacas. Las mulas fueron instaladas en el corral, adonde les llevó malojo el indio, quien ya estaba despierto del todo. El señor cura se encotraba también en los festejos del pueblo adyacente, y cuando regresó se sorprendió al ver la sala ocupada por forasteros, y que en su hermosa mesa cubierta de un paño azul aparecía, junto con un chal, un sombrero femenino co

cintas de vistosos colores. Nadie le pudo decir quiénes éramos, de dónde veníamos y adónde nos dirigíamos; y aunque yo escuchaba las preguntas que hacía el párroco, me sentía con demasiado sueño para confesarme a hora tan temprana.

Apenas amaneció, sin embargo, el sacerdote estaba ya de pie para celebrar sus ceremonias religiosas. Aunque sin conocernos todavía personalmente, dispuso que se nos aderezara un opíparo desayuno. Por su parte, nuestro cocinero —gracias a la actividad desplegada por el sargento— había sido ya abastecido de pollos, gallinas y huevos comprados en la aldea, y luego de descolgar las hamacas nos encontrabamos en pleno desayuno, cuando el sacerdote hizo su entrada y nos dio una calurosa bienvenida, expresándonos su pesar al ver que no estaba servido lo ordenado por él. Sin embargo, Isabel y yo no hicimos reparos para sorber otra taza de chocolate, acompañado de una deliciosa limonada, con canela y agua de rosas, los cuales nos fueron obsequiados, para sorpresa nuestra, con "votos por una alegre Navidad". Al hacerse presente la necesidad en que estábamos de conseguir unas mulas, al párroco nos prometió que haría cuantos esfuerzos estuviesen a su alcance, pero nos manifestó sus temores de que no pudiéramos lograr aquél día nuestros deseos, por estar todo el mundo entregado a las celebraciones navideñas. Ocurrió también que, con motivo de las fiestas, acababan de recibirse en Timotes, si bien con destino a otras personas, varias frutas de excelente calidad, las cuales llegaron oportunamente para que el buen cura nos ofreciera un nuevo testimonio de su hospitalidad y cortesía; y al darnos por satisfechos con algunas de ellas, agregó que debíamos quedarnos con las restantes ante la posibilidad de que nos fuese difícil conseguirlas en otros parajes. Luego nos presentó sus excusas por tener que abandonarnos, ya que aquel día era una de las fiestas patrióticas nacionales; y confiándonos el cuidado de la casa, nos dijo que podíamos llamar a los sirvientes para que nos atendiesen en todo lo que necesitáramos. Como ya nos habíamos acostumbrado a la nueva situación, el encargo no nos resultaba del todo ingrato, sobre todo con tan buen apetito como el nuestro y con frutas tan abundantes y deleitosas como las que estaban disponibles.

El amable sacerdote puso la llave en la cerradura de su her-

mosa biblioteca, y nos invitó a que hiciéramos uso de ella. Aun cuando no era muy numerosa, contenía sin embargo muchas obras que yo no esperaba encontrar en aquella aldea aborígen; en efecto, y aparte de algunos libros canónicos sobre temas de abstracta teología, observé que la mayor parte de las obras eran de historia y de autores clásicos, además de varios tratados de matemáticas.

Como la casa cural daba hacia la plaza, todo lo que en esta ocurría podía ser contemplado por nosotros. Debido a que los tres días de fiesta consagrados a la Navidad, San Esteban y San Juan, incluían también festivales patrióticos (el 26, destinado a conmemorar la unión y la constitución; y el 27, en recuerdo del triunfo de la república y para honrar la memoria de los caídos en defensa de la libertad), la iglesia estaba decorada con guirnaldas y ramilletes, así como con ramas de palma y de laurel. De las cuatro cuadras de la plaza, la cual carecía de verja, tres estaban rodeadas por hileras de casas, menos la paralela a la iglesia, donde había una ligera empalizada de bambú, que servía como línea de demarcación de la plaza.

Desde muy temprano comenzó a escucharse a lo lejos el estruendo del tambor, junto con un instrumento nativo parecido al oboe, cuya melancólica cadencia se estuvo oyendo casi contínuamente durante todo el día, si bien con frecuentes pausas y con trozos musicales que no mostraban hilación entre sí. Los tambores eran también aborígenes, muy similares a los timbales en su forma y en el tono; varios de ellos producían un sonido desigual, exactamente como los que se usan en todo el Idostán. Estos instrumentos era tocados por indígenas, y pudimos darnos cuenta de que el concurso parecía derivar mayor placer de la audición que el experimentado por nosotros.

Al manifestarnos el señor cura que sus compromisos lo privaban del placer de nuestra compañía, añadió jocosamente, señalando hacia la iglesia—, que era deber suyo atender a su esposa, y rendirle los honores matinales. En efecto, y acto seguido procedió a oficiar la misa. Antes, sin embargo, y a petición nuestra, intervino amablemente ante el alcalde para que nos proveyese de mulas, lo que quizás sólo podía lograrse en Timotes por mediación suya, ya

que ello implicaba que los arrieros tendrían que abstenerse de participar en las fiestas.

Según creímos entender, los festejos del día 25 se limitaron al interior del templo. El 26, sin embargo, y después de la misa, las celebraciones eran a la intemperie, y como aún no estábamos listos para la partida, nos dispusimos a presenciar el espectáculo. Para las nueve de la mañana, ya la gente se apiñaba en torno a la plaza, y grupos de jinetes recorrían en diversas direcciones los alrededores de la población. A eso de la once, toda la cabalgata hizo su entrada en la plaza, y se situaron en una sola fila, en la cuadra que queda frente a nosotros, y con el rostro vuelto hacia el interior de la plaza. Flameaban estandartes de diversos colores, y el buen cura, en compañía del alcalde, activaba los preparativos para el torneo, pues así me veo obligado a denominarlo, por no encontrar término más expresivo. La caballería se dividió entonces en dos grupos. A la cabeza de uno de ellos se puso el párroco, mientras el otro estaba dirigido por el alcalde, un hombre rudo, robusto, de unos sesenta años de edad y con aspecto de soldado, quien manejaba con admirable destreza un brioso caballo. La función se prolongó hasta la una, pero en realidad sólo consistía en una mera repetición de dos maniobras siguientes: los líderes conducían sus divisiones en fila india a lo largo de los costados de la plaza, y el primero que llevaba a una de sus esquinas giraba rápidamente, no siguiendo la línea formada por la cuadra, sino en sentido oblicuo a la última esquina; el segundo grupo ejecutaba idéntica evolución en el extremo opuesto, de modo que, al pasar, cada uno de ellos cruzaba la línea de marcha del otro. La emulación parecía consistir en quién ejecutaba la maniobra con mayor celeridad y, evitando el costado de la plaza, lanzarse en dirección contraria a la seguida por el grupo rival. La velocidad con que galopaban hubiera podido resultar fatal en caso de que tropezaran dos jinetes; pero no ocurrió ningún accidente, ni en realidad aparecía tan considerable la posibilidad de peligro, al hacerse manifiesta la pericia de los caballeros. Los tambores y el pífano aborígen resonaban estrepitosamente durante todo el ejercicio, y tan notable me parecía aquella persistencia como inexpresiva su discordancia.

Almorzamos alrededor de las dos, y habiendo llegado las mu-

las, seguimos viaje a las cuatro menos cuarto. Entramos a las siete de la noche en un sombrío lugarejo llamado Chachopo, situado a una legua de La Venta. La bajada por el sendero de la montaña fue penosa y arriesgada; durante ella tuvimos un testimonio positivo de la presencia de ánimo de nuestro Vicente. En efecto, mientras su mula trotaba por la enmalezada orilla de un precipicio, dio repentinamente un traspié y resbaló hacia el barranco; Vicente tuvo suficiente sangre fría para saltar de la silla, sin dejar por ello de mantener asidas fuertemente las riendas. Como estas eran de sólido cuero, pudo sostenerlas con firmeza mientras la mula, después de rodar, logró recuperar el equilibrio. Vicente tiró de ella hasta que logró sacarla sin daño alguno, y volvió a montarse. Para demostrar que no sentía temor alguno, se lanzó a trote acelerado cuesta abajo, por terreno que continuaba siendo ta nescarpado como el ya recorrido. La altura a que habíamos ascendido durante la jornada diurna nos la reveló más perceptiblemente el intenso frío de la noche. Sin embargo, la incomodidad con que dormimos se debió principalmente al reducido espacio y sofocante atmósfera del albergue en que nos cobijamos.

El día 27, sobre las siete de la mañana, salimos para Mucuchíes, dejando a nuestra izquierda la ruta de La Venta, que obligaba a mayores rodeos. A las ocho comenzamos a ascender por otra montaña, y a la una estábamos ya en el primer páramo. No se veía una sola casa ni vestigio de trabajo humano, ni tampoco más seres vivientes que los de nuestro grupo. El frío era muy agudo y, para calentarnos, recurrimos a nuestras mantes, que nos pusimos como los ponchos o ruanas de Chile, o sea esas capas cuadradas con un agujero en el centro, por donde pasa la cabeza. A medida que continuaba nuesto ascenso, pude observar varias plantas que sólo se dan habitualmente en regiones septentrionales. El *vaccinium* o arándano ostentaba sus frutas color de púrpura y su follaje semejante al del mirto. Con respecto al brezo, perteneciente a la familia de la *Erica*, tenía noticias de que Humboldt sostiene en uno de sus valiosos estudios que dicha planta, de la cual hay alrededor de trescientas especies en el Africa, no se encontraba en ninguna región de América. He tratado de localizar semejante afirmación en las obras de dicho autor, asequibles en Filadelfia; pero, aunque parezca extraño, no existe una colección completa de

las mismas en la biblioteca pública municipal ni tampoco en la de la Philosophical Society. No obstante, he podido comprobar que el mismo concepto se sustenta en dos obras de reciente data, basado posiblemente en la autoridad de Humboldt. En efecto, en una obra anónima titulada *Conversations on Botany* (Longman and Co., Londres, 1823) se anota lo siguiente: "...en cuanto a la octava clase *Octandria*, incluye un género muy numeroso de plantas de gran belleza, la de los brezos *(Erica)*, la cual se da únicamente en Europa y en las zonas meridionales de Africa. Es singular que no se haya descubierto ninguna especie de este género en Nueva Holanda, Asia, ni en el continente americano, así como tampoco entre los trópicos".

El otro libro a que me refiero es *First Steps to Botany*, por el Dr. Drummond, publicado también en 1823 por los mismos editores, y en cuya página 278 se asienta: "Como ya fue mencionado, hasta la fecha no se ha comprobado la existencia de ninguna especie de brezo *(Erica)* en el nuevo mundo".

Ahora bien, ambos autores (si es que no se trata de un solo) están equivocados. El brezo es para mí una planta sumamente conocida, que me ha servido muchas veces de placentero lecho, y puedo reconocerla al instante sin vacilación alguna. No la he visto en Norteamérica ni en el Asia, aunque según me comunicó el capitán Turner, abunda en Bután; y si no recuerdo mal, hay también otro autor que habla de la existencia de brezos en las regiones inferiores del Himalaya. Lo que sí puedo afirma, como resultado de observación personal y directa, es que prolifera naturalmente en la república de Colombia y, por supuesto, entre los trópicos. Es la misma planta que recibe el nombre de "hounslow" y otras denominaciones, derivadas de los sitios donde predomina, y de sus varias especies. También se la llama *ling* en algunas regiones de Inglaterra; *hether* en Escocia, *brosnach* en Irlanda, y corresponde a la *bruyere* de Francia. Al pasar por el páramo de Mucuchíes, mientras pensaba en otra cosa, mi olfato fue atraído por una fragancia que le era muy familiar, pero cuyo nombre se me escapaba; guiado por aquel aroma, di con la diminuta flor de purpúreo penacho. Me produjo, sin embargo, viva sorpresa que no se tratara del arbusto corriente de dos a tres pies de altura, sino de un verdadero

árbol. Como llevaba una regla de bolsillo, me desmonté de la mula y comprobé que el tallo tenía un diámetro de 4-3/10 pulgadas a tres pies del suelo, y que la altura de la planta podía estimarse en unos diez u once pies. No es, como las de Devonshire o del Cabo de Buena Esperanza, una planta de la que brotan muchos tallos de una sola raíz, con ramas de forma irregular. El árbol era de un solo tallo, pero el color externo de la corteza y la figura entrelazada de las ramas eran iguales a los de la planta que se conoce en Europa y en Africa, las cuales resultan enanas en comparación con ésta. Vi también otra variedad con *flores amarillas;* aunque difería en altura, era idéntica en todos los demás respectos, como en figura y follaje; además, tenía un perfume distinto y delicado, en el que se combinaban los de la rosa y el jazmín. Hallé igualmente en este páramo el romero silvestre, pero cuya fragancia es menos intensa que la del romero doméstico y el toronjil montañero, de aroma también inferior al del hortenso. En las zonas centrales de este frío páramo hay también muchas variedades de zarzas con arándanos y moras; y algunas que no dan fruto, en las regiones más elevadas. En comarcas más templadas, como en la altiplanicie de Mérida, había visto ya la zarzamora, con bayas de sabor delicioso.

Al cruzar este páramo, llegué a un paraje acerca del cual he oído referir lúgubres historias, como aquella en que se refiere que allí pereció un ejército de dos mil españoles, víctimas del frío; y otras en que se alude a la frecuencia con que solían morir quienes osaban afrontar las inclemencias de esta región inhóspita. Las alarmantes noticias recibidas al respecto decían que el lugar se caracterizaba por la existencia de centenares de cruces de diminuto tamaño, formadas con ramas o trozos de madera, que los viandantes piadosos iban plantando, mientras rezaban una oración por el alma de quienes allí encontraron la muerte. En realidad, observamos que el número de cruces era quizás superior al que se nos había previamente advertido. El montículo conservaba la misma forma en que saliera de manos de la naturaleza, y al comprobar que no existía factor alguno que convalidase la especie de haber ocurrido realmente una mortandad tan crecida como la de esos dos mil hombres (quienes podían apelar al menos al recurso de avanzar o retroceder diez o doce millas), tuve que considerar como exage-

rada aquella anécdota. Es posible que algunos infelices, cuya salud estuviese en mal estado, hayan sucumbido en ese sitio; también debe recordarse que a no más de una milla de distancia hubo un reñido combate en el que perecieron centenares de personas. Sin embargo, no concibo que el frío haya podido llegar a ser tan intenso en ese lugar como para lograr la destrucción de un grupo tan numeroso en una sola noche. En lo que respecta a las cruces, me inclino más bien a pensar que se trata de piadosos tributos depositados por devotos de la Virgen de Chichinquirá, a uno de cuyos humilladeros conduce la vía principal.

La costumbre de señalar algunos parajes de los caminos públicos con ceremonias o símbolos religiosos, ha prevalecido en todas las antiguas regiones de Europa y de Asia. Los parsis encendían hogueras en las encrucijadas, y en ellas los hindúes alzan altares consagrados a la energía creadora. Los romanos procedían de igual forma, aunque con otras características, utilizando figuras más artificiales; y se sabe que los germanos y sajones tenían costumbres similares. La piedad de los mahometanos se traduce en métodos más prácticos, a cuyo efecto instalan, en los puntos más apropiados, albergues para el viajero. En ciertos países, el caminante que pasa por un sitio donde alguien ha sido asesinado, deposita un guijarro en señal de respeto, y como lo mismo hacen los demás, pronto se forma un montón de piedras. Tal es el origen de los *cairns* que abundan en las Islas Británicas, en los cuales se exige una oración por las almas de los difuntos. En Colombia, en aquellos casos en que aparecen indicadas las distancias, usan una cruz en vez de piedras miliares, y dichos jalones alcanzan a veces tales dimensiones que podrían servir para crucificar a un ser humano. Después de salir de Tinaco, y a lo largo de muchas leguas, contemplamos estas grandes cruces, como señales del trayecto recorrido.

Sin embargo, debe también tenerse presente que, como los asesinatos eran cosa corriente y moliente bajo el régimen, se acostumbraba que el viajero rezara una oración y plantara una pequeña cruz en el sitio donde había ocurrido la muerte violenta de alguna persona. Incluso aquellos cuya educación los ha liberado de prejuicios que no pueden reprocharse a quienes carezcan de ella o

que la hayan recibido dentro de circunstancias muy particulares, no tienen inconveniente en redir su homenaje a la fragilidad de las instituciones humanas, pues ello no obsta en realidad para que sigan sustentando incólumes las ideas y opiniones de su personal filosofía. Si yo hubiese sido previamente informado acerca de este rito, quizás me habría sentido inclinado a suponer que provenía de la misma fuente que la arquitectura morisca y los caravanserrallos. Sin embargo, y fuese cual fuera la forma en que llegó a introducirse, es evidente que constituía una práctica inseparable de las oraciones por los difuntos, y fue adoptada por los primeros cristianos, quienes procedieron de igual modo con muchas otras fórmulas paganas, ajustándolas a su ritual disciplinario. Sospecho, empero —y es una conjetura muy personal— que tan numerosa cantidad de cruces es obra de los devotos que, todos los años, se dirigen en tropel hacia uno de los altares de la Virgen de Chiquinquirá, cuya efigie se multiplica y extiende en los templos que poseen los dominicos en dichas regiones. Consignaré algunas noticias sobre este particular al referir nuestra llegada a *Nimocon* o *Enimacon* [sic], donde tan principal señora nos detuvo toda una noche, obligándonos a ver su procesión y una coleada de toros.

En las laderas de este páramo, y en las de otros que se encuentran más hacia el sur, existe una planta cuya exuberancia es tal que le transmite su color cremoso al terreno donde florece. Aunque se me ha extraviado el espécimen que recogí, así como las notas que tomé mientras lo examinaba, y tampoco recuerdo el nombre que se le da popularmente, puedo afirmar que su estructura es de peculiar belleza. El tallo es corto y las hojas se inclinan hacia fuera, mostrando un anverso revestido por una larga capa amarillenta, que al tacto parece de fino terciopelo. Dichas hojas son de siete a diez pulgadas de longitud y dos de ancho, y rematan bruscamente en forma redondeada. Su uso está muy extendido para rellenar cojines y sofaes, así como las camas, que abundan únicamente en las regiones frías. En esas camas, cuando carecíamos de jergones o mantas, reposamos a menudo gratamente, a pesar de nuestra preferencia por las hamacas.

El frío se tornó tan desapacible mientras descendíamos por este interminable páramo, que hice una nueva tentativa para ba-

jarme de la mula y seguir a pie. Azotado por el frío, avancé largo trecho y me adelanté más de un milla a mis compañeros. Habiéndolos perdido de vista, me detuve, ya bajo los rayos de un sol tibio, hasta que comenzó a inquietarme su demora. A fin, sin embargo, aparecieron. Había ocurrido (y fue el único inconveniente que sufrió durante todo el viaje), que Isabel se sintió de pronto tan agobiada por la fatiga, que se desmayó. Afortunadamente, su hermano se encontraba junto a ella, y el vino que llevábamos en nuestro equipo de viaje, y la energía natural de Isabel, le permitieron reponerse en breves momentos. Fue aquella la última vez que trató de bajar a pie por un frío páramo, y en adelante prefirió siempre atenerse a la seguridad y comodidad que le brindaba su mula. Aunque estábamos realmente ansiosos por llegar a Mucuchíes, todavía nos quedaba a dos leguas de distancia, y como la noche era muy oscura, resolvimos parar en Chachopo, situado cerca del camino. Allí conseguimos una casa, donde encendimos un alegre fuego. Comimos unas papas pequeñas pero excelentes, servidas de diversas formas: hervidas, asadas y fritas, conjuntamente con un buen trozo de lengua accinada, en la que no habíamos reparado al principio hasta que nuestro aguzado apetito nos hizo advertir su presencia. Con una botella de buen vino español completamos aquella parva, pero gustosa cena. El frío de la noche era muy intenso, y para aliviar sus efectos preparamos en nuestras totumas una especie de sabrosa mistela con aguardiente y papelón, que, hasta cierto punto, nos sirvió de protectora manta. El albergue, sin embargo, nos resultó tan incómodo que a las tres de la mañana decidimos partir de Chachopo y llegamos a las seis a Mucuchíes, donde encontramos, con gran sorpresa nuestra, que nos estaba aguardando un representante del alcalde. Como este se había visto obligado a ausentarse momentáneamente del pueblo, dio instrucciones al teniente alcalde para que nos dispensara toda suerte de atenciones, y nos hiciera suministrar cuanto requiriésemos. Tanto la bondad de dicho funcionario como el hospitalario alojamiento que nos proporcionó en una residencia bastante cómoda, compensaron ampliamente las penalidades que habíamos padecido al cruzar el páramo y durante la noche precedente.

Cuando aún estábamos a varias leguas de Mucuchíes, nos sentimos sorprendidos ante el cambio de colores que se advertía en la

indumentaria de la población, jóvenes o viejos, pertenecientes a distintas clases sociales. Hasta aquel momento habíamos venido observando que la ropa usada por ambos sexos era de colores claros, blanco, o de llamativos matices; de algodón o lino burdo en los hombres, y de muselina, zaraza o seda en las mujeres. Ahora, por el contrario, los colores claros habían desaparecido completamente, dando la impresión de que se llevaba luto general por alguna gran calamidad. Las mujeres vestían todas de negro, salvo algunas pocas que llevaban faldas de un azul oscuro; las que no iban de negro, usaban un amplio pañolón de este color. Además, tenían cubierta la cabeza y los hombros con una *mantilla* de tela negra o azul. Al expresar al teniente alcalde mi sorpresa ante semejante cambio quedé aún más sorprendido por no haber parado mientes en lo que debía ser la verdadera causa, y que él me explicó con muy buen sentido. Me dijo, en efecto, que los trajes y tejidos usados en los valles de tierras cálidas no resisten los efectos del frío, y que los colores oscuros eran los más convenientes para vestidos cuyo lavado no es fácil, ni puede efectuarse todos los días; y que por tanto, eran razones de comodidad y economía las que imponían aquellos tintes que tanto nos asombraban, sólo porque aparecían repentinamente ante nuestros ojos después de estar acostumbrados durante largo tiempo a ver los trajes claros de otras comarcas. En realidad, la experiencia personal de los últimos dos días nos hizo ver la necesidad, no sólo de usar mayor cantidad de ropa mientras estuviésemos en las regiones frías, sino de renunciar a nuestras hamacas favoritas, y habituarnos al uso de camas de rudimentaria artesanía, en las cuales, por lo general, servía de jergón un amplio cuero de res, extendido a todo lo largo y claveteado en los bordes.

El segundo alcalde, de acuerdo con los deseos de su superior, nos rogó que no hiciéramos cocinar indistintamente la comida por nuestros diversos acompañantes, sino la dispuesta por nuestro sirviente Pedro, quien conocía mejor los platos que preferíamos. Como ello revelaba evidente amabilidad y deseo de complacernos, accedimos a su petición. Por cierto que se nos sirvió una cena a pedir de boca. No podía aspirarse a un asado de lechón mejor curado y aderezado con lechuga y gustosas papas; pollo asado y guisado, bollos de excelente pan de trigo y vino de Canarias en mayor cantidad de la que hubiéramos podido consumir. La calidad del vino era

tan aceptable, que no había necesidad de "forjarse la ilusión de que se trataba de un Borgoña", y aunque su costo era casi de doce chelines el litro, valía mucho más, pues lo que hace el valor de las cosas es el uso que de ellas se haga o la satisfacción que produzcan.

La mesa de nuestros servidores estuvo tan bien atendida como la nuestra, y se dio a las mulas una copiosa ración de cebada verde y de maíz. El reposo de aquella noche fue reparador, ya que dispusimos de mantas en abundancia. Nos levantamos a las siete de la mañana del día 28 de diciembre, y apenas estábamos de pie cuando se nos sirvió un suculento desayuno con café y chocolate, tortas recién hechas y bien horneadas, salchichas de Boloña, sin ajos, y frutas muy gustosas que el alcalde había mandado buscar durante la noche a las *tierras bajas*. El gallardo joven nos felicitó por la evidente recuperación que mostrábamos en relación con el fatigado aspecto del día anterior, y lo hizo con tan sociable amabilidad, que bien merece recordarse con gratitud. Yo, al menos, no la olvidaré durante mucho tiempo.

CAPITULO XX

Nuevas muestras de hospitalidad. Salimos de Mucuchíes y nos encontramos con el primer alcalde, quien nos trata con amable deferencia. La aldea de Mucabichí (sic). Montaña sembrada de trigo; modo de segarlo. Clima más templado. Algodoneros; breve descripción de los mismos. Tabay. El turbulento Chama. Altiplanicie de Mérida. El gobernador Paredes. Albergue y agasajo muy espléndidos. Sorprendidos por gritos de "¡Fire! fire!". Falsa y risible alarma. Sus causas. La Sierra Nevada de Mérida. El hielo de la cordillera, servido en la mesa, hace más gustoso nuestro vino. Oficiales del ejército. Por seguir los españoles nuestra misma ruta, se nos asigna una escolta. Diversos visitantes, a cuyas preguntas respondemos ampliamente. Temperatura. Efectos del terremoto. Población de la ciudad y origen de las erradas estimaciones publicadas al respecto. El arzobispo Góngora. Gobierno representativo. Bastardeo de la democracia. Ríos que corren cerca de Mérida. Vicente sometido a prisión forzosa por su actuación en un fandango. Un refresco de despedida, el día 30 de diciembre demora nuestra partida hasta la una de la tarde. Resueltos a pasar la noche en Ejido.

Fue muy grato nuestro reposo en Mucuchíes, donde se nos suministró ropa de cama en mayor cantidad de la que requeríamos. No sin cierta renuncia, me puse en pie a las siete de la mañana, y me hubiera quedado en el lecho una hora más, de no haber sido porque la amabilidad de nuestro anfitrión nos imponía la elemental cortesía de hacerle una visita para presentarle nuestros respe-

tos. Por cierto que no sólo había dispuesto que se nos sirviera un desayuno tan suculento como los de Filadelfia, sino que ya el chocolate y el café humeaban aromáticamente cuando nos sentamos a la mesa. Saboreamos aquellos platos con placentera gratitud, y supimos luego que el alcalde había hecho colocar en nuestras mulas cierta cantidad de huevos, junto con un par de pollos asados y lonjas de deliciosa carne de puerco salado, todo muy bien envuelto, con especial ciudado y limpieza.

Salimos de Mucuchíes a las ocho, y apenas habríamos andado unan cuantas millas cuando nos encontramos con el primer alcalde, quien regresaba a todo galope. Nos saludó muy amablemente, rogándonos que volviésemos junto con él a pasar un día en su casa, donde nos presentaría a diversas personas, cuya amistad encontraríamos tan grata como ellas la nuestra. Nos disculpamos de no poder complacerle, y le manifestamos nuestro reconocimiento por la bondad con que nos atendiera su digno lugarteniente. Como insistió en su súplica de que lo acompañáramos duranru varios días, tuve que explicarle que ya llevábamos veinte de demora en relación con el tiempo de que disponía para resolver los asuntos de que estaba encargado. Puede decirse que, entre los buenos alcaldes con quienes tratamos en la ruta, aquel fue prácticamente el último de ellos, y sin lugar a dudas, el mejor de todos. De allí en adelante, con muy pocas excepciones, y hasta que pasamos por Tunja, los demás solo ocuparon un lugar muy secundario entre los que nos acogieron de modo especialmente hospitalario.

Cruzamos luego por aldea de Mucabichi (*sic*), en cuyas inmediaciones, al atravesar por un angosto paso entre dos montañas de escabrosas laderas, vi algunos segadores en plena labor, en forma que, además de inusitada, era totalmente nueva para mí. Las cabañas, en número muy reducido, se alzaban en la parte más baja del paso. Entramos en una de ellas en busca de papas y leche, y para satisfacer la curiosidad que nos producía aquel sistema de cosechar. Desde la puerta de la cabaña una mujer dijo algo a su marido, quien de espaldas hacia ella, segaba un trigo muy hermoso en la escarpada ladera de la montaña, en la cual estaban abiertos diversos peldaños que se extendían en línea uniforme y contínua por todo el frente. Comenzando por el escalón más bajo, el segador iba

cortando las cañas del trigo allí sembrado, y que un muchacho o una chiquilla ataban en haces; luego de terminar con ese peldaño, subía al siguiente, donde procedía de igual forma, y así sucesivamente hasta llegar a la cima. Las vertientes de las montañas de Mérida son famosas por el fino trigo que producen, del cual se dice que sería suficiente para abastecer a toda la república, si hubiese caminos para transportarlo. Sin embargo, los puertos quedan demasiado distantes, y las vías que conducen hasta ellos son intransitables, peligrosas y de difícil acceso, cuando no faltan del todo.

En la ruta que seguíamos, de suave declive, la presencia del trigo era ya un indicio de clima templado; sin embargo, a medida que bajábamos, el calor se hacía más intenso. Las montañas que teníamos a la izquierda torcían hacia el sureste, y eran más elevadas que las situadas a nuestra derecha, cuya base guardaba cierta semejanza con las de los valles de Aragua, al proyectarse en promontorios de breve extensión, que sobresalían en mayor o menor grado de la cordillera principal. Mientras dábamos vueltas en torno a uno de aquellos riscos protuberantes, observamos que el terreno a la izquierda se iba poniendo más llano y uniforme, y aunque cubierto de grandes fragmentos de rocas diseminadas aquí y allá, estaba sembrado de árboles con gran profusión de flores, que les daban el aspecto de los denominados corrientemente "bola de nieve" (*Hydrangea hortensis*). El paso entre las rocas que se alzaban a la izquierda del camino y el farallón a la derecha, se había tornado muy angosto, y al salir de él, vimos varias pequeñas chozas de grato aspecto, bañadas por el sol, y a cuyo frente crecían floridos algodoneros. Una chiquilla de ocho a diez años de edad cruzó saltando el camino al acercarnos nosotros, y comenzó a subir, con la agilidad de una cabra, por las rocas al pie de aquellos árboles, sembrados en los estrechos intervalos entre una y otra. La planta tenía aproximadamente la altura de un manzano común, pero de tallo muy erguido; entre el suelo y las ramas inferiores habría unos cinco pies. Eran variables tanto la extensión como la altura de las ramas, cuya figura remataba más bien en forma oval, que en cono agudo. Al ver que la chiquilla llevaba dos pequeños cestos en el brazo donde iba colocando aparte las flores que cogía, hice alto hasta que hubo concluído su tarea, y la seguí a través del

camino. Las flores recogidas hasta llenar los cestos eran de dos clases: uno de ellos contenía las cápsulas de algodón, ya maduras, que solo requerían exponerse al sol para desprenderlo y limpiarlo; en el otro habían sido separadas las que estaban menos hechas, y que luego habrían de ponerse sobre una capa de algodón limpio, blanco como la nieve, hasta que se completara su proceso de maduración bajo la luz solar. La muchacha, acompañada de otras mujeres, se sentó sobre una estera y continuó sus labores con gran despreocupación. Con los pulgares abría dos cápsulas al mismo tiempo, mientras con el índice hacía caer las semillas en un cesto colocado al efecto. Luego formaba, con el producto de cada cápsula, una capa larga y delgada, sobre la cual iba acumulando otras en orden sucesivo; cuando la pila alcanzaba el tamaño deseado, la retorcía en forma de nudo, la colocaba al lado de otras, y la tapaba.

Aun cuando estos no eran los primeros algodoneros que contemplaba durante la ruta, hasta entonces no los había observado con tanto detenimiento. Debo anotar que los tratados de botánica son muy deficientes en lo que respecta a las informaciones que traen sobre dicha planta. En algunos de ellos se expresan ciertas dudas de que el algodón sea producido por árboles de altura igual a la del manzano corriente, por ser anual la planta que lo produce en Macedonia y en los Estados Unidos, Es evidente que el algodonero se beneficiaría con procedimientos agrícolas más cuidadosos, pero actualmente no es objeto de cultivo alguno: el árbol nace de la semilla, y al alcanzar la madurez, se convierte en productor perpetuo, además de las dos cosechas anuales, la de la primavera y la del otoño.

La etapa siguiente de nuestro viaje era la aldea de Tabay, situada en una planicie en declive que se extendía a nuestros pies, mientras a lo lejos, y la la izquierda, el turbulento Chama saltaba por sobre rocas, lleno de estrépito y espuma al precipitarse hacia el suroeste. Llegamos a Tabay a las dos, y allí almorzamos con las provisiones que llevábamos. Como la atmósfera era cálida, decidimos no seguir viaje hasta las cuatro, de modo que casi anochecía cuando llegamos al seco cauce del río Mucujún, cuyas fuentes están hacia el poniente, y que, en la estación lluviosa, descarga sus crecidas aguas en el Chama. La altiplanicie que sirve de asiento a

Mérida, tiene como límite oriental este río, y para llegar hasta la ciudad, se hace necesario remontar durante cierto trecho el valle del Mucujún, a fin de ganar el amplio sendero abierto en una loma perpendicular, por donde se va ascendiendo gradualmente hasta la parte superior de la planicie, que se encuentra, según fuimos informados, a más de doscientos cuarenta pies sobre la llanura desde la cual subimos.

El sargento se encaminó hacia la ciudad, que se divisaba a una distancia aproximada de una milla, y nosotros le seguimos, ya sabedores de que en Mérida residían el gobernador y el estado mayor de la guarnición. El gobernador Paredes ordenó que se nos albergara en una espléndida morada, en cuyos iluminados aposentos nos aguardaban cómodos lechos para todos nosotros. Una hora después de llegar, se nos sirvió una cena exquisita en una ancha mesa cubierta por fino mantel de damasco. Nos atendieron los propios criados del gobernador, y el mayordomo nos dijo que complaceríamos al general pidiendo la marca de vino que fuese de nuestra preferencia. Uno de sus edecanes, quien nos acompañó en la mesa, pasó la velada con nosotros, y al presentarnos a nombre del gobernador sus felicitaciones por el feliz viaje que habíamos efectuado, nos comunicó que dicho funcionario vendría a visitarnos al día siguiente. A eso de la diez nos retiramos a descansar.

La casa que ocupamos en Mérida pertenecía al Estado, y era la mejor conservada que habíamos visto después de nuestra salida de Valencia. Como el lecho era confortable, y yo sentía gran necesidad de reposo, no tenía la menor intención de levantarme temprano, pero apenas habría amanecido cuando me despertaron súbitamente gritos de *"Fire!, fire!, fire!"* (*incendio! o fuego!*), voceados con tanta claridad como los que suelen oírse en Filadelfia. Me puse en pie precipitadamente, sin acertar por el momento a precisar el lugar donde me hallaba, y sólo después de asomarme a la ventana que daba a un patizuelo, recordé que me encontraba en Mérida. Ya volvía la espalda, todavía medio adormilado, cuando la misma voz chilló: "Coronel Todd!, Coronel Todd!". Como yo sabía que el coronel estaba para entonces en Bogotá, mi semblante debió reflejar de pronto lo corrido que me sentí al caer en la cuenta de que me había dejado sorprender por un loro. En efecto, y

cuando pasó por Mérida hacia Bogotá, el coronel Todd se había alojado en la misma residencia; durante los días en que tuvo que demorarse allí (a causa de una indisposición de Mr. Adams) su secretario el coronel Lyster, oficial del ejército de Colombia, enseñó traviesamente al loro a pronunciar esas palabras. Había un par de dichas aves, ciertamente muy divertidas; sus diálogos, en los que imitaban la colérica discusión de dos mujeres, tenían un efecto muy cómico por lo apropiado de las palabras y del tono. Aquel reposo dominical me sentó admirablemente, y después de cambiar por completo de indumentaria —pues aquí el clima es tan templado como en Caracas— me distraje en escribir algunas cartas para gentes de mi país, así como para amigos en Caracas y otras regiones. En el desayuno se nos sirvió café y chocolate, buena crema, pan de excelente calidad y frutas abundantes y exquisitas, que yo prefería a todo lo demás. A las dos de la tarde recibimos la visita del gobernador, acompañado de su séquito, y nos dispensó el honor de almorzar con nosotros.

Desde la ventana del comedor, y directamente hacia el sur, se alzaba ante nuestros ojos la Sierra Nevada de Mérida, con tanta nitidez que daba la impresión de estar a menos de dos millas de distancia. Aunque la nieve nunca está ausente de sus altísimos picachos, para aquel momento había quedado al descubierto, en mayor medida que de ordinario, la cara suroccidental de la serranía, y se distinguía su negra superficie. En el límite de la nieve se destacaban claramente enormes peñascos, cuyo perfil era acentuado por la sombra de sus bordes verticales. Parecía que hubiera ocurrido un desprendimiento en aquellos enormes precipicios, y que las rocas que cedieron se habían despeñado más abajo, donde también eran visibles. En la tarde anterior el gobernador había enviado arrieros y mulas para traer nieve de aquellas alturas. El hielo, puesto en bandejas sobre la mesa, hizo más gustoso el excelente vino que paladeamos, el cual resultaba singularmente apetecible y delicioso a causa de la templada temperatura de la ciudad. Se estima que las blanquecadas cumbres de la sierra quedan a unas cinco millas en línea recta; pero la distancia efectiva del recorrido hasta la línea de congelación es de siete.

El alcalde era un caballero inglés, el mayor Hodgkinson, quien

había servido en varias campañas, tenía un carácter comunicativo y nos favoreció con toda suerte de atenciones. El comandante militar de la provincia, el coronel Carlos Castelli, nativo de Saboya, había venido a Mérida para cruzar ideas con el general acerca de los movimientos de tropas de Morales. Nos hizo una visita, manifestándonos que el gobernador temía que pudieran presentársenos algunas dificultades en el camino, pues se suponía que el general español había ocupado posiciones en la única ruta que podíamos utilizar para nuestro viaje; que si preferíamos demorarnos algún tiempo en Mérida ,ello significaría un placer para el gobernador, pero que en caso contrario se nos asignaría una escolta, a cuyo efecto me daría una orden para el commdante de San Juan de Lagunillas a fin de que suministrase los soldados requeridos, y que ella sería igualmente valedera para los comandantes de las sucesivas plazas hasta que llegásemos a Pamplona. Dicha orden nos fue entregada amablemente, en vísperas de nuestra partida, por el propio coronel Castelli, quien se vio obligado a salir antes que nosotros con el objeto de allegar tropas que se unieran con las emplazadas más al sur, para expulsar de la provincia al enemigo.

Fuimos honrados con la visita de varias distinguidas personalidades, entre ellas mmhas del clero secular, quienes se mostraron ardientes partidarios de la revolución y muy interesados en obtener informaciones acerca de los Estados Unidos. Se manifestaron un tanto sorprendidos cuando les dijimos, en contestación a sus preguntas, que a pesar de existir allí tantas sectas religiosas, todas vivían en perfecta armonía, y que el clero no llevaba ningún traje especial que lo distinguiera de los legos; que los sacerdotes católicos vestían en forma análoga a los de otras sectas; y que el Congreso, el cual tenía capellanes a su servicio, los elegía sin discriminación alguna: católicos y calvinistas, luteranos y unitarios. Esto último les produjo gran asombro, y especialmente el hecho de que las discusiones doctrinarias no provocaran graves disensiones, intervención de las autoridades públicas ni animosidad entre los contendientes, al menos en mayor grado que cualesquiera otros debates de índole civil o política. Añadí que, por no haber otra explicación más convincente, ello debía atribuirse a efectos del sistema representativo que, fundado en la igualdad de los hombres

dentro de la sociedad, establecía separación entre los asuntos del otro mundo y los de aquél en que vivíamos; y así, al dejar que cada quien sólo tuviese que rendir cuentas ante el cielo de sus opiniones religiosas, los hombres se tornaban más tolerantes y liberales, ya que sus convicciones de tipo sectario no ejercían ninguna influencia para darle mayor o menor valimiento, en relación con las de los demás conciudadanos, a su capacidad efectiva de sufragio. También revelaron singular admiración cuando les referí que el Dr. Franklin había sido propuesto como candidato para primer obispo católico de los Estados Unidos, y que ya había recibido del Papa el respectivo nombramiento. Varios de los ciudadanos presentes aplaudieron con entusiasmo aquellas instituciones que propiciaban una concordia tan general, y fueron apoyados por algunos de los clérigos. Uno de estos le dijo a otro de sus colegas: "¿Qué pensaría Fulano de Tal, si escuchara semejante cosa?".

Algunas damas de la ciudad vinieron a visitar a mi hija, y la invitaron a que pasara cierto tiempo en Mérida. Para tratar de convencerla, le aseguraron que no hallaría ninguna otra comarca de la república de Colombia que fuese tan hermosa como la de Mérida, ni que disfrutara de clima tan benigno. En efecto, el termómetro marcaba en esos días 70º Fahrenheit, o sea una temperatura inferior a la de Caracas, donde la media es 78, la cual registraba 68 en Bogotá cuando estuvimos en dicha ciudad.

Al consignar el curioso aspecto que ofrecían los ribazos del Motatán, hice alusión a la altiplanicie de Mérida y a sus escarpadas laderas. La ciudad está construída más o menos a milla y media del extremo meridional de la planicie, enfrente de la cual el impetuoso Chama corre por su quebrado cauce, en dirección al surocste, al pie de la sierra cubierta de nieve. Si bien las calles de Mérida, que se cruzan en ángulo recto, son muy estrechas, por su centro corre un arroyo de límpidas aguas, para cuya conducción existen canales muy bien trazados de dos o más pies de ancho, recubiertos por baldosas en los distintos cruces, que le dan a la ciudad gran frescura y limpieza. No vi ninguna casa que tuviera más de un piso, y todavía estaban intactas las ruinas producidas por el terremoto de 1812, las cuales sólo habían sido removidas de las calles. Unas cuantas semanas antes de nuestra llegada habían sido

exhumados, para darles religiosa sepultura a los restos del obispo, quien quedó enterrado entre los escombros, junto con todo el cabildo eclesistico, al derrumbarse los muros de tierra de su templo. Las paredes de las casas, al igual que en las demás regiones del país, son de tapia, o sea de tierra apisonada hasta darle forma de muros. Las cifras sobre la mortandad producida por el sismo han sido aquí tan abultadas como las referentes a Caracas; y la diferencia entre la cifra actual de población y la existente antes del movimiento revolucionario no puede atribuirse exclusivamente al terremoto, aunque los fanáticos enemigos de la emancipación se hayan esforzado en llevar a los ánimos la impresión de que aquél fue una señal de la venganza divina contra la revuelta de las colonias. Lo cierto es que esta ciudad ha padecido considerablemente a consecuencia de las depredaciones cometidas por los españoles, y que una gran parte de los vecinos ya se habían trasladado a los valles surorientales, meridionales y occidentales antes de ocurrir el terremoto. Ahora bien, se ha insistido en achacar a las muertes ocasionadas por este último la disminución de la población, lo que sólo obedece en realidad a dichas migraciones internas. Debo hacer constar que siempre he tratado de determinar cifras demográficas aproximadas en los parajes recorridos por mí, pero es evidente que, en materia de información tan importante, no puede prestarse entera confianza a los resultados obtenidos de investigaciones efectuadas necesariamente en forma transitoria y eventual.

Las cifras de población han sido durante la revolución, y aún continúan siéndolo, fluctuantes; y durante algún tiempo habrán de seguir revistiendo esta característica. Bajo la monarquía se aplicó el mismo sistema empleado por los ingleses en Irlanda hasta fines del siglo pasado, o sea procurar cautelosamente que los habitantes desconocieran su número de exacto, haciéndoles creer que no llegaban ni a la tercera parte de la población efectiva. Por su lado, el gobierno de España era también víctima de engaño a este respecto, por existir intereses locales que no le permitían obtener una apreciación correcta. Por ejemplo, bajo el régimen hispano existió siempre una especie de organización de milicias, a cuyo efecto se destacaban capitanes en diversas zonas con la misión de elaborar una nómina de todos los súbditos varones cuya edad estuviese comprendida entre los catorce y los cincuenta años; estas nó-

minas servían de base para proceder a los reclutamientos que pudieran requerirse con urgencia. Pues bien, como nadie quería aparecer en tales listas, los capitanes de zona percibían muy lucrativas ventajas con motivo de tan extrema renuencia, cobrando determinadas sumas por no registrar los nombres de aquellas personas que estaban en capacidad económica para pagar la omisión, y este abuso se habían generalizado considerablemente.

Otras informaciones utilizadas eran las provenientes del clero distribuido en parroquias o misiones: como las rentas de los obispos se derivaban de los ingresos del clero sometido a su autoridad, los párrocos encargados de la cura de almas en las diversas jurisdicciones eclesiásticas estaban en la obligación de suministrar listas con el nombre de sus comulgantes y de quienes no habían cumplido con el sacramento de la Eucaristía; si estos informes hubiesen sido correctamente elaborados, habrían constituido probablemente las estadísticas más confiables, ya que el sistema de comprobantes de confesión mantenía constantemente a la feligresía bajo la temible autoridad de su pastor. A todo aquel que iba a confesarse y recibía el sacramento, se le entregaba una constancia, la cual estaba en el deber de conservar, so pena de perder el favor espiritual. En dicha constancia, debidamente fechada, se consignaba que la persona había asistido a la mesa de comunión, "al menos por Pascua Florida", como reza la disposición disciplinaria. El pastor visitaba también a la grey en sus hogares para administrar confortamientos espirituales, y nunca dejaba de exigir que se le presentaran los comprobantes de sus moradores, imponiendo penitencias en caso de incumplimiento. En el acto de la confesión se cambiaba el comprobante de aquel año por otro para el año siguiente. Sin embargo, solía ocurrir que, quizs por pensar que ellos tenían derecho a una mayor proporción de la renta que la asginada a su superior, los párrocos eludían las dificultades y descontentos que hubiera podido ocasionar una reclamación de tal índole omitiendo simplemente, en sus informes, una gran cantidad de fieles por la salvación de cuyas almas luchaban tan empeñosamente; y por las mismas causas aparecían reducidas las cifras contenidas en los informes que los obispos debían rendir ante el arzobispo de quien eran sufragáneos. Se refiere asimismo que las prácticas usadas por algunas damas muy devotas, en lo atañadero a los comprobantes de

confesión, hacían que en las relaciones apareciera un número superior al efectivo, pues varias de esas provectas señoras, después de haberse confesado ante el párroco de su jurisdicción con su propio nombre, aprovechaban la circunstancia de que una media docena de confesores recorrían las comarcas más extensas, y volvían a confesarse con estos sacerdotes viajeros, bajo el nombre de otras, con quienes se habían concertado previamente para que les vendieran sus comprobantes, lo que les permitía utilizar una constancia extra. Como este exceso de celo se limitaba a las mujeres, no siempre era descubierto, aunque ciertamente lo reducido del número debe haber afectado solo en muy escasa medida la exactitud de las estadísticas.

La otra fuente de errores radicaba en los propios cabildos, cuyos miembros, electos por sufragio popular, comprometían *la gratitud* de sus amigos eliminando sus nombres de las listas respectivas, en los casos de contribuciones o servicios; y cuando se les pedían informaciones demográficas relacionadas con las comarcas de su jurisdicción, presentaban, en interés propio, cifras inferiores a las reales. De modo que, y aun cuando en esta forma el gobierno español resultaba embaucado, su política tendiente a no revelar cifras correctas resultaba favorecida incluso por los fraudes cometidos por los diversos funcionarios que estaban en capacidad de suministrar informaciones exactas. Humboldt, quien reconoce con toda franqueza que sus estadísticas de población estaban fundamentadas en documentos oficiales, tuvo que elaborar sus propias estimaciones a base de datos que ya eran erróneos desde su origen. Sin embargo, no se le debe censurar por tal motivo, pues no había otro medio para obtener siquiera una aproximación.

El arzobispo y virrey Antonio Caballero y Góngora, de muy merecida fama, quien fue designado para gobernar el virreinato en 1783, se propuso eliminar todos esos abusos, logrando que se levantaran un censo y un mapa completos de aquel territorio, y que los párrocos le transmitieran cifras ajustadas a la realidad estadística de la población. Hace varios años vino a parar a mis manos por casualidad, un ejemplar de dicho mapa. Como me ví obligado a prestarlo, tuve que cortarlo en varios trozos a fin de poder despacharlo por correo; hoy sólo queda en mi poder la parte que com

prende Guayana y Cumaná. Las prestadas no me fueron nunca devueltas, y probablemente se perdieron. La población era para esa época mucho mayor que la cifra admitida por Humboldt, incluso con las correcciones introducidas por él recientemente, en las que reconoce que en sus anteriores estimaciones no había tomado en cuenta el territorio ocupado por las tribus aborígenes. Antes de la revolución, sólo en muy pocas provincias llegaron a elaborarse y publicarse cálculos más ajustados.

La nueva forma de gobierno permitirá obtener informaciones más fidedignas. Todo ciudadano, donde tiene derecho al sufragio, lo hará valer; si bien es incuestionablemente cierto que, a este respecto, existe el peligro representado por el principio de filtración (?), que resultó tan fatal para la revolución francesa, y al cual debe atribuirse de modo fundamental, en mi concepto, el fracaso de la república en Francia. En efecto, no había responsabilidad directa ante el pueblo, el cual votaba únicamente por una nueva especie de *aristocracia*, quienes se desentendían de las aspiraciones de sus votantes: y los cuerpos deliberantes así integrados no eran sino meros instrumentos de cábalas contrapuestas, que se multiplicaban en todos los departamentos, y que convertían a la propia asamblea constituyente en una gran máquina de intrigas. Sin embargo, los adversarios del gobierno representativo desestiman a tal punto los hechos, y son de tan mala fe o tan mentecatos que se empeñan en achacar a la democracia el derrumbamiento de la república francesa, cuando lo cierto es que el genuino principio democrático, o sea la representación basada en la igualdad y libertad de sufragio, fue desechado totalmente en todas las asambleas públicas, desde el comienzo hasta las postrimerías de la revolución. Se produjo así la ruina de las instituciones como una consecuencia inevitable, y lo propio habrá de ocurrir en todas aquellas naciones donde la libertad del sufragio universal sea injustificable o pérfidamente abrogada o rechazada. Al referirme a la constitución de Colombia, quizás me extienda en mayores consideraciones sobre el tema, las cuales sólo han surgido aquí de modo incidental al exponer mis ideas acerca de la cifra de población de estas comarcas.

Cuatro ríos enmarcan la planicie donde está fundada la ciudad de Mérida; dicha planicie forma un paralelógramo cuadrilá-

tero, o losanje, por cada uno de cuyos lados corren el Mucujún, el Chama, el Albarregas y el Montalbán. Hacia la parte sur, que queda frente al Chama, el lecho del río tiene una anchura superior a milla y media, pero en la estación seca la corriente se precipita por el costado izquierdo del valle en dirección suroeste, al pie de la Sierra, y sólo ocupa alrededor de una sexta parte del cauce que se llena y derrama durante el invierno. La vertiente del escarpado ribazo del río que da hacia Mérida constituye un plano perpendicular, formado por una tierra de color grisáceo, y se estima que tiene una altura de doscientos cuarenta pies sobre la parte seca del cauce del río. Desde la ciudad, un suave declive de milla y media aproximadamente conduce hasta el margen del barranco, cubierto de exuberante vegetación hasta su afilada cresta. La planicie ofrece, en términos generales, una inclinación gradual hacia la corriente del Chama. Uno de los fenómenos producidos por el terramoto de 1812 fue la grieta que se abrió en la superficie de esta áspera vertiente frente al Chama; es una simple abertura en el borde de aquella muralla natural, y a lo largo de milla y media hacia adentro, presenta la figura de una amplia cuña en la parte superior, rematando en forma puntiaguda. La hendidura fue producida por una sola sacudida y el resto de la planicie conservó la misma configuración actual. Es inexplicable que, tomando en cuenta los materiales de que está está constituida esta ladera, la tierra no haya modificado su aspecto vertical.

La noche que llegamos a Mérida todavía no se había recibido nuestro equipaje, el cual sólo llegó a la mañana siguiente, pero con la noticia de que Vicente estaba preso por orden del alcalde de Tabay. Despaché al sargento para que averiguara lo ocurrido, y me informó que Vicente había resuelto detenerse allí con el equipaje para exhibir sus dotes de bailarín al estilo caraqueño; y que habiéndose excedido en el consumo de guarapo, sus galantes devaneos provocaron el enojo de algunos *paisanos* de Tabay, quienes lo amenazaron con propinarle una buena tunda. Entonces Vicente sacó a relucir su sable como el Caballero de la Mancha, y estaba a punto de vindicar sus galanterías en presencia de cierta *señorita del Toboso,* cuando el alcalde consideró oportuno meterle una zancadilla y tratarle como al hidalgo de la Triste Figura. Fue desarmado y sometido a prisión forzosa. Si bien yo no dudaba en absolu-

to de que Vicente merecía incluso una pena mayor que la impuesta, no me producía ningún agrado el hecho de que se hubieran apoderado de mi espada, quedándose con ella, aun cuando fuese mi sirviente a quien se la quitaran. Expliqué el asunto al gobernador, quien con toda cortesía me prometió que, aun cuando no podía evitarse que Vicente purgara su falta con unos días más de cárcel, la espada me sería enviada posteriormente.

Si yo me hubiese sentido inclinado a demorar durante un mes mi estada en Mérida, habría dejado complacida en esa forma a aquella gente tan hospitalaria, especialmente al digno veterano Paredes. No obstante, tampoco pudimos salir en el momento previsto, pues por haberse prolongado nuestra charla en la mañana del 30 de diciembre, nuestros amables anfitriones se valieron de aquella circunstancia para obsequiarnos un *refresco*, con frutas muy deliciosas y vino clarete. Esto retardó nuestra partida hasta la una de la tarde, cuando al fin nos despedimos. Había decidido llegar ese mismo día a Ejido, situado a unas catorce millas de distancia, y proseguir viaje en las primeras horas de la mañana siguiente.

CAPITULO XXI

Antigüedad de Ejido. Fértil comarca. Cortesía del alcalde. Partida el 1º de enero. Aprensiones y falsas nuevas. Lagunillas. Sucintas noticias sobre el lago de natrón. El urao, *el* mo *y el* chimó, *artículos de lujo. Renta fiscal que producían. Aguas crecidas provenientes de la Cordillera. Proseguimos viaje. Bullicioso río. Sendero de temeroso tránsito. La tarabita. Estánquez. Rumores sobre Morales. Llegamos a Bailadores, donde reinaba un silencio de muerte.*

Entramos en Ejido a las cinco de la tarde, y nos sorprendió observar que se trataba de un pueblo de cierta antigüedad, con muy pocas calles. Pasamos por la plaza que, aunque empedrada y espaciosa, estaba casi toda cubierta de vegetación y no revelaba el mismo laborioso espíritu que allí prevaleció anteriormente, como luego supimos. Las casas eran en su mayoría de dos pisos, y todos los habitantes se dedicaban a la agricultura. Aunque el pueblo parecía encontrarse en estado de gradual decadencia, lo ocurrido en realidad era que, al igual que otras villas, fue abandonado por una proporción considerable de sus habitantes, muchos de los cuales, habiendo emigrado al principio con el propósito de no alejarse sino en forma transitoria, terminaron por establecerse definitivamente en otras regiones. El alcalde, hombre avisado y de experiencia, nos hizo observar que aquella comarca era demasiado hermosa y fértil para que permaneciera deshabitada durante largo tiempo. Nos alojó en su casa, obsequiándonos excelentes frutas para nuestro consumo inmediato, además de una cesta llena para

que la lleváramos durante la jornada. El 1º de enero de 1823 partimos a hora temprana, después que el alcalde nos dio la noticia, a manera de advertencia que revelaba su buen natural y sus aprensiones al respecto, de que Morales había entrado a Bailadores, pueblo situado apenas a cuatro jornadas de allí. La noticia resultó ser cierta, pero como dicha población estaba ubicada a suficiente distancia para que desecháramos todo temor por el momento; y como, además portabamos una orden para que se nos suministrara una escolta en la próxima guarnición, apuramos a nuestras bestias a través de la llanura, y alrededor de las dos llegamos a San Juan de Lagunillas, a orillas del Río González, tributario del Zulia. Había un piquete de guardia a la entrada del pueblo a cargo de un teniente. Nos presentamos y preguntamos por el comandante, pero éste se hallaba ausente. Después de esperar más de una hora, y viendo que aún no regresaba dicho oficial, salimos en busca del alcalde, quien nos facilitó un mísero alojamiento en su pulpería, donde colgamos las hamacas. El pueblo estaba invadido por fugitivos que procedían de Maracaibo y otros parajes contiguos. Un señor Linares, que tenía algunas noticias de quiénes éramos nosotros, insistió en que compartiéramos con él su cena, la cual fue bastante satisfactoria (al menos para aquel sitio), y rociada con excelente vino tinto. En la aldea había también varias señoras que venían huyendo junto con sus hijos.

Aunque hubiera deseado visitar el celebrado lago de natrón, ubicado en las inmediaciones de este villorrio, no me fue posible hacerlo a causa de las restricciones de orden militar que regían en aquella zona. Instamos al alcalde, quien al parecer requería la ayuda de "algún espíritu que lo hiciera entrar en acción", para que nos consiguiese algunas mulas; y nos aseguró que estarían a nuestra disposición *a la mañana /sic/*, lo que no podía interpretarse en su sentido estricto, pues a veces significa "la próxima semana", y muy a menudo "nunca". Por fin logramos ponernos en comunicación con el comandante, quien no nos dio largas como el alcalde; y el oficial que se iba a encargar de nuestra escolta vino a visitarnos para que le informáramos a qué hora nos proponíamos partir. Se convino en que saldríamos a las cuatro de la madrugada, y en que la escolta lo haría con una hora de antelación, a fin de esperarnos en un punto previamente designado.

San Juan de *la /sic/* Lagunillas deriva su nombre del pequeño y curioso lago, situado a corta distancia del pueblo. Desde hacía bastante tiempo yo estaba familiarizado con la historia de este lago, donde se producía un singular artículo de lujo que se consumía en diversas regiones de Venezuela, y el cual, junto con el tabaco, estuvo sometido a monopolio bajo el régimen español, convirtiéndolo en fuente de ingresos para la corona. La especial situación en que se encontraba entonces la comarca con motivo de la vecindad de los españoles, y la circunstancia de llevar aquella guardia que se nos había asignado generosamente como escolta, hacían impracticable un examen *sur place*. Sin embargo, logré efectuar algunas averiguaciones en el propio pueblo con varios exilados de buen criterio, procedentes de Maracaibo, y también con el oficial de nuestra escolta. Con base en tales informaciones, y en la relación que trae Palacios (*), puede reunir las noticias que consignaré de seguidas.

El lago es de forma oval, con más de cuatrocientas yardas de longitud y doscientas cincuenta de anchura. Su profundidad hacia la margen oriental es de tres a cuatro brazas cuando recibe las aguas crecidas de las montañas adyacentes; y pese a que la evaporación es considerable durante el verano, el lago nunca queda seco ni su caudal tan disminuído como sería conjeturable. En la parte occidental sus aguas son someras, pero allí el lecho tiene un declive que se va internando gradualmente en un trayecto de cien cincuenta yardas. Es en esta pendiente donde se efectúa la operación de recoger el *urao*, natrón o carbonato de soda. El análisis químico permite apreciar que esta sustancia se asemeja, en su composición, al natrón de Egipto y de Fezzan. Los informes que me dieron verbalmente no concuerdan de modo exacto con los de Palacios; pero, tal como en el caso de las lavaduras de oro, a las que haré referencia más adelante, bien puede ocurrir que diferentes personas apliquen sistemas también distintos en la recolección del urao. Detallaré luego, sin embargo, ambos procedimientos, y que los productos naturales de estos países son objeto continu

(*) Se refiere a Manuel Palacio Fajardo, y a un trabajo suyo — citado en el capítulo XXIV — publicado en el British Journal of Sciences, que probablemente debió a algún capítulo o extracto de su obra OUTLINE OF THE REVOLUTION IN SPANISH AMERICA... editada en 1817 en Londres y Nueva York. (N. del T.)

mente de un interés cada vez mayor, que no decaerá durante mucho tiempo.

De acuerdo con las informaciones orales, el urao se encuentra en forma de cristales prismáticos de menos de una pulgada de longitud, pero de grosor y peso desiguales. No pude determinar si los cristales tenían un mismo número de lados, ni cuántos eran estos; sólo me dijeron que tenían forma angular, y que su grosor presentaba una superficie más bien plana que uniforme. La recolección es efectuada por miembros de cierta tribu aborigen, varios de los cuales estaba entonces en la posada del alcalde. Eran hombres musculosos y corpulentos, y así son descritos todos los de su raza. Los que trabajan en el lago se llaman *Huragueras* /piragüeros/, y sus labores las realizan utilizando algunas herramientas muy rudimentarias, como una estaca con puntiaguda contera de hierro, una especie de palas, varios picos de mango largo, y un botecito típico (denominado *piragüita*), que ponen a flote cuando salen a trabajar, y cuyo uso se verá luego. Según lo que me informaron, y ya sea como resultado de un conocimiento real o supuesto del oficio, cada grupo de recolectores, con la ayuda de amigos suyos, elige un espacio determinado, el cual se demarca mediante estacas hundidas en el fondo del lago, y que es respetado por los otros grupos. La primera operación consiste en desprender una capa de lodo, que luego de extraida se transporta en las piragüitas hasta la playa, donde se va amontonando. Al remover luego el lodo, el natrón cristalizado aparece dentro de una corteza tan dura que requiere fuerza para quebrantarla, a cuyo efecto se utilizan las estacas con punta de hierro ya mencionadas. Las masas así trituradas se separan del resto y se dejan en la orilla, donde quedan expuestas al sol hasta el fin de la jornada, cuando se las traslada a cobertizos acondicionados para su conservación.

Bajo el régimen monárquico, había un funcionario encargado de dirigir estas operaciones. De acuerdo con sus instrucciones, el urao se depositaba en almacenes especialmente destinados para tal fin, de donde se distribuía a los centros comerciales, oficialmente controlados, situados en las provincias donde había demanda del producto. En aquella época, la recolección se efectuaba cada dos años, y el período de explotación sólo duraba dos meses. Después

de la revolución, al desaparecer los funcionarios realistas, algunos particulares han posesionado del producto en beneficio propio, y lo explotan anualmente durante el período adecuado.

El otro informe sobre el urao se aviene en general con los datos que acaban de anotarse, pero se reduce al período del gobierno español. Los piragüeros se dividían entonces en grupos de ocho o diez, delimitaban las respectivas parcelas en la forma indicada anteriormente. En dicha descripción, sin embargo, se emite toda referencia a la primera remoción del lodo, y se dice que los piragüeros se sumergían en el agua para desprender los trozos de natrón; se observa, además, que esta operación era muy perniciosa para la salud, y que el pelo de los piragüeros adquiría un tinte rojizo. En aquel período el volumen correspondiente a la explotación bimestral alcanzaba cada dos años un peso promedio de mil quinientas libras; desde la revolución dicho volumen se ha triplicado, con la circunstancia de que la recolección se efectúa anualmente. Bajo la monarquía el producto se consumía totalmente en Venezuela, y luego de secarse al sol se le ponía en el comercio al precio de un real la libra (doce centavos y medio).

El urao está relacionado con otro artículo de lujo denominado *mo*, el cual se prepara a base de tabaco. Se exponía a la fermentación un montón de hojas de tabaco maduro, mezcladas con las de otras plantas tiernas, que mediante la compresión producían un líquido oscuro y rojizo, de emanaciones deletéreas y de sabor muy picante. Este líquido, llamado *anvir*, era reducido a una especie de jarabe, con el nombre de *mo*. Al añadirle, en proporción de una onza por cada libra, urao seco, tostado o pulverizado, se obtenía el *mo* dulce; cuando la proporción urao-mo era de dos onzas o más por libra, el producto se llamaba *chimó*.

En las provincias de Maracaibo, Barinas y Caracas, las diferentes clases ya señaladas (urao, mo, mo dulce y chimó) eran artículos que gozaban de intensa demanda, y se les vendía en cajas de cuerno. No averigüé la manera en que se usaban los distintos tipos del producto, pero sí que varios de sus aficionados tomaban una pequeña cantidad de la caja y la masticaban como hacen algunos con el tabaco, o los orientales con el betel; y que, tal como

este último, es un poderoso estimulante del sistema nervioso, que produce una salivación copiosa y un delirio pasajero de sensación muy agradable. No tuve oportunidad de verificar estas propiedades del *mo*, ni de ninguno de los otros miembros de su parentela, pero debo confesar que abrigo cierto escepticismo al respecto.

El monopolio de dichos artículos, conjuntamente con el del tabaco, rendía para 1804 (o sea seis años antes de la revolución) unos 700.000 pesos *netos* de *renta* fiscal, aunque no pude determinar la proporción que representaba el naipón dentro de este ingreso. La república no ha encauzado todavía el rendimiento de este producto hacia el fisco nacional, pero se encuentra entre los *renglones financieros* estudiados actualmente por la Tesorería y por un comité del Congreso. Tanto en el presente caso, como en otros análogos, el gobierno de Colombia revela su tacto y su moderación. Las personas que han reclamado el derecho a la propiedad de este producto y de otros similares, con base en meros supuestos de índole pragmática, parecen creer que la revolución sólo significa una oportunidad de enriquecimiento particular, preocupándose muy poco, o nada en absoluto, por los derechos o principios sociales del Estado. Y si bien el gobierno está perfectamente enterado de todo ello, prefiere magnánimamente ir actuando con prudencia, aun cuando se encuentre plenamente facultado para poner fin a tales transgresiones.

Palacios afirma que las inmediaciones de esta población y de los caminos que cruzan cerca de Mérida y del Albarregas, así como las montañas vecinas, se caracterizan por una peculiar fertilidad de la vegetación; que en ella abundan ciertas plantas como la *rosa de muerto;* y que el mismo panorama y similares productos son propios de los alrededores de las salinas de Zipaquirá y Enimacon. Aun cuando es incuestionable la ubérrima belleza de las despejadas llanuras que se extienden cerca de Mérida y Lagunillas, pude observar que no está limitada a determinados parajes de esa zona, ni tampoco a Enimacon. En cuanto a Zipaquirá debo confesar que, pese al intenso verdor de las llanuras circundantes, me pareció de lóbrego aspecto, al menos contemplada a distancia.

La cordillera, que ostenta sus nieves eternas en todo el frente de Mérida, continúa siendo visible desde Lagunillas, donde sus ra-

males aparecen como desprendidos y separados en grupos de riscosas alturas. Desde esas cumbres majestuosas, las aguas se precipitan por ambas vertientes a las tierras bajas; las del lado septentrional, por donde pasaba nuestra ruta, caían al turbulento Chama, cuyo caudal aparecía ya aumentado en las cercanías de Lagunillas, por la afluencia del río González. El estruendo del Chama, parecido al torrente de una catarata, resonaba constantemente en nuestros oídos, hasta que más adelante pudimos contemplarlo forzando el paso de sus rugientes aguas a través de rocas enormes, que su furor parecía haber arrancado de las montañas situadas en el valle que conducía hacia Estánquez. Es todavía mayor el número de ríos que se despeñan por la vertiente meridional de la cordillera, abriendo en su superficie grandes zanjas verticales, que se entrecruzan en muchos sitios a breves intervalos unos de otros, y que obligan así al viajero a subir por parajes más elevados, porque la ruta a través de estas quiebras se torna de todo punto intransitable, al menos en la dirección que llevan las aguas para unirse con el Apure y el Casiquiare.

Conforme a lo ya previsto, estábamos a lomo de nuestras mulas a las cuatro de la mañana, y como hacía una luna espléndida, cabalgábamos deleitosamente por los laberintos de esta región hermosa y selvática, cuando al salir del recodo formado por una roca gigantesca, fuimos sorprendidos por el *¿Quién vive?* pronunciado por uno de los soldados que marchaban a la retaguardia de nuestra escolta. Respondimos: "*Colombianos*", que es la contestación usual, aunque es igualmente bien acogida la de "Paisanos". Breve trecho después nos encontramos con la escolta, constituída en su totalidad por soldados de infantería. Aunque nuestro aspecto, en cualquier otro lugar, hubiera servido de excelente tema para la pluma de un humorista, la verdad es que todos nos sentíamos muy animados, pese a la amenaza del encuentro con los españoles y sin darnos cuenta de que ya estábamos acercándonos al sitio más peligroso de la ruta. El oficial que mandaba aquel pequeño destacamento nos dio instrucciones acerca de la manera en que debíamos proceder, y nos advirtió que, por haber un paso muy largo en la montaña a través del cual sólo podríamos avanzar en fila india, su gente tendría que adelantársenos a fin de evitar que el camino quedara interrumpido por personas que vinieran en dirección opuesta.

El sol iluminaba ya las cumbres de la sierra cuando llegamos a la entrada del valle que conducía hacia Estánquez. Hasta aquel momento sólo habíamos escuchado a lo lejos el ronco estrépito del Chama, que al salir de Mérida se asemejaba al gruñido de un oso, pero que aquí resonaba con un estruendo que nos llenó de asombro. Por un abra, que daba la impresión de que la montaña hubiera sido hendida de arriba abajo, separándose en la cumbre mientras su base permanecía inconmovible, se habían desprendido rocas descomunales hacia el barranco, por debajo de las cuales, y por encima de ellas, el río se despeñaba con temeroso fragor, formando una cascada que derramaba su caudaloso torrente en una enorme cavidad abierta por el impulso de las aguas.

La altiplanicie por la cual marchábamos cruza abruptamente la hondonada. La altísima montaña que se elevaba a nuestra derecha le daba un aspecto salvaje a la parte oriental; y llenos de frescura, como si acabaran de ser arrancados de las laderas, se veían esparcidos abajo, en una extensión aproximada de diez acres, los gigantescos fragmentos de roca que se habían precipitado hacia el valle. Desde aquella altiplanicie, el descenso aparecía como algo impracticable, pero las mulas, que conocían bien el camino, enderezaron sus pasos hacia una abertura que parecía cavada en el hondo costado del precipicio, y la cual estaba formada por trozos y cascotes de una especie de piedra franca, por la cual iba descendiendo el camino en línea tortuosa, interrumpida a trechos por angostas mesetas o descansos. Al fin logramos llegar al pie de la cuesta con toda felicidad. En el fondo se veía una enorme roca que abarcaba una extensión de muchas yardas, cuya superficie plana se prolongaba hacia la izquierda, y bajo cuyo borde quedaba la cavidad donde el Chama descargaba su torrentosa corriente, formando un caudal amplio y profundo de aguas transparentes que se despeñaban por un zanjón entre cuarenta y cincuenta pies de anchura. A través de esta majestuosa corriente, y a unos treinta pies por encima de ella, se habían tendido cuatro troncos de árboles, de setenta a ochenta pies de longitud, puestos alternadamente en forma inversa; por sobre los troncos habían sido colocados transversalmente varios haces de apretada maleza, cubierta de grava y de tierra arcillosa, apisonadas hasta darle un nivel uniforme a aquella vía de paso. Era la única existente para cruzar el río,

desprovista de barandas y de cualquier otra protección lateral. Isabel, cuya confianza en su mula estaba justificadamente fundada, fue la primera que avanzó hacia el puente y lo cruzó con la mayor despreocupación, seguida por todos nosotros, aunque debo confesar que no sin aprensiones. En efecto, aquel paso resultaba realmente temeroso, a causa del rugido de las aguas, de la velocidad de la corriente (a través de la cual, a pesar de su profundidad y rapidez, se veían guijas de distintos colores), de la altura y desguarnecimiento de aquella especie de puente, y del hecho de que los árboles que servían de piso le daban un impulso elástico al paso de las mulas. No ocurrió, sin embargo, accidente alguno; y cuando ganamos la margen izquierda, renovamos nuestra provisión de agua dulce, y nos detuvimos a descansar. El oficial de la escolta dio un silbido, que fue contestado de inmediato por algunos de los soldados que había enviado a la delantera, los cuales regresaron para informarnos que el paso estaba despejado, y que los encontraríamos al otro extremo.

Comenzamos nuestra subida a la sierra por un sendero de tolerable tránsito, que atravesaba un soto o bosquecillo de árboles achaparrados. El Chama, después de haberse escapado del desfiladero, extendía sus aguas a la derecha y a la izquierda, abriendo un profundo cauce al pie del barranco, por cuyas laderas íbamos ascendiendo gradualmente, hasta que salimos de aquella espesura. Pudimos contemplar entonces el amplio lecho que el Chama ocupa en tiempos de crecida, y que ahora quedaba al desnudo, cubierto por varias capas de rocas y pedruscos sueltos de figura redondeada. La vereda por donde habíamos subido lindaba, a la izquierda, con el declive de la montaña, en el cual estaba excavada; y, a la derecha, con árboles enanos. Pronto estuvimos en el extremo superior, y a partir de allí la única vía de acceso era una especie de trazo abierto en el costado arcilloso de la sierra, por el que sólo podía pasar una mula de frente. La tierra de la vertiente había sido arrastrada aquí y allá por las aguas, formando grandes barrancos, y como las laderas subsiguientes habían ido adquiriendo por igual motivo una configuración semicircular, y remataban también en los mismos despeñaderos, la senda se convertía en una sucesión de ondulantes curvas, cada una de las cuales terminaba en el propio borde del abismo, desde donde comenzaba a serpentear de nuevo.

Las escarpas que cruzaban por aquellos redondos montículos, y por toda esa parte de la serranía, quedan a unos setecientos u ochocientos pies sobre la corriente del Chama. Mientras cabalgábamos, tomé un puñado de tierra de la loma situada a mi izquierda, y pasándolo a la mano derecha, lo dejé caer directamente sobre las aguas del río. Aunque el solo hecho de asomarse a una ventana que estuviera a tanta altura puede ser causa de mareo, la verdad es que entonces no sentimos la menor sensación de inquietud o de vértigo, y eso que la mula se inclinaba a veces sobre el borde mismo del barranco para mordisquear alguna planta silvestre de las que allí crecían. Este desembarazo y serenidad los atribuí enteramente a la *confianza* y *seguridad* que nos inspiraban nuestras mulas, como lógico resultado de la experiencia adquirida al cabo de varios días de viaje.

Como el recorrido había que hacerlo por fuerza en fila india, y con mucha lentitud, nos llevó bastante tiempo este paso de la montaña, sin que por eso lo hubiéramos atravesado del todo. En efecto, cuando cruzamos la última y encorvada saliente de la sierra, había que bajar a lo largo de unas cuarenta yardas hasta ganar una roca que quedaba a unos veinte pies del escabroso sendero. El enlace consistía en un angosto pasadizo formado por una enorme piedra lisa de veintitrés o veinticuatro pies de longitud y de once a doce pulgadas de ancho; esta especie de losa partía de la propia *orilla* del sendero, formando un ángulo de casi 45º con la ladera de la montaña, y remataba en la roca a la cual debíamos llegar. Del costado de la serranía que quedaba justamente al lado opuesto de esta achatada losa, y en un frente de mayor tamaño que la roca situada al extremo, un torrente se precipitaba desde las alturas. La constante acción de sus aguas había abierto una perforación en dicha roca, de dimensión un tanto mayor que la de un tonel, por la cual proyectaba un chorro que caía en hermosa cascada sobre la parte norte del peñasco, mientras el resto de la Chiquita /sic/ que bajaba de la montaña, se abría paso hacia el Chama por el lado sur. No había otro remedio que avanzar hacia el peñasco, atravesando dicho estrecho pasadizo rocoso, por encima de aquella temible esclusa natural y su inmediata cascada. El oficial encargado de la escolta se colocó en posición que le permitía seguir atentamente nuestro acceso a la roca, y si bien no llegó

a traslucir ninguna emoción, reconoció luego que no dejó de temblar ante el peligro que corríamos.

Al salir de aquel difícil paso, me desmonté de la mula y, midiendo el extremo de la losa que empalmaban con la roca, comprobé que solo tenía once pulgadas; aunque no toda era tan angosta, tampoco aparecía sensiblemente mayor en ninguno de sus demás puntos. Después de recibir las congratulaciones de nuestro castrense compañero de viaje, seguimos hacia Estánquez, y de pronto divisamos uno de esos arbitrios construídos para pasar el río mediante un sistema de suspensión, denominado *tarabita*, y el cual tiene diversidad de formas. El que servía para atravesar el Chama estaba a una milla al noreste de Estánquez, justamente sobre el sitio en que el río tuerce bruscamente en ángulo recto con el curso que venía siguiendo, y toma una dirección norte hacia el lago de Maracaibo. Una sólida cuerda de cuero de res, atada a un corpulento árbol de la margen derecha, aparecía tendida hasta la de la izquierda, donde se arrollaba fuertemente en torno a un gran poste de madera clavado en el suelo, protegido por un montón de rocas amontonadas a manera de contrafuerte; en la cuerda había dos aros corredizos de bejuco, del tamaño de una collera de caballo. De ambos lados partía un corto mecate que se enlazaba a cada uno de dichos anillos, y un aparato en forma de cesta pendía del aro correspondiente a la margen desde la cual se iba a hacer el paso. El viajero se sentaba o se tendía en esta cesta colgante, y a una señal de la otra orilla, el aro era arrastrado por la cuerda hacia aquel sitio. En la margen izquierda estaba instalado un torno a manera de cabrestante, cuya función era poner tensa la cuerda, la cual es suficientemente fuerte para soportar el transporte de un hombre y de una bestia, y de dos o tres personas a un tiempo. Bolívar hizo pasar por esta tarabita una división entera, y el puente de cuatro árboles, tendido sobre el barranco por donde el Chama penetra en el valle, fue construído bajo su dirección cuando los españoles destruyeron la tarabita instalada allí anteriormente, y donde aún permanece ese puente rústico y transitorio.

A menudo me he preguntado con sorpresa por qué no llegaría a instalarse un puesto defensivo durante la guerra, por cualquiera de ambos bandos, en este paraje de tan singular importancia es-

tratégica. Como el Chama no puede ser vadeado directamente, a causa de la hondura e impetuosidad de su corriente, unos cuantos hombres apostados en uno u otro extremo del paso habrían estado en capacidad para contener el avance de un enemigo veinte veces mayor. Llegamos a Estánquez antes del mediodía, y decidimos dormir allí. Estánquez no es ningún pueblo, sino una hacienda de cacao de propiedad privada; y el mayordomo encargado de la finca nos alojó en el mejor aposento de una hermosa casa de ladrillo, de dos pisos. Aunque había una serie de chozas, algunas de ellas diseminadas en frente de la casa, nos llamó la atención el hecho de que, a pesar del crecido número de mujeres negras que las habitaban, no se veía un solo hombre, ni tampoco más moradores. Aquellas pobres gentes eran esclavas, y no estaban comprendidas en la ley que había establecido la emancipación inmediata; en cuanto a los varones, se alistaban como soldados al llegar a la edad reglamentaria. Una chica bastante despierta, quien ofreció sus servicios, además de obsequiarnos varias frutas, nos informó que todos los hombres las habían abandonado para ingresar en el ejército, y en sus palabras trascendía cierto dejo de resentimiento por tal motivo. Si bien nos confesó que la situación en que allí vivían no tenía nada de cruel ni de injusta, es natural — agregó ella — que uno quiera ver a su padre, a su hermano, o a... Y sin concluir sus palabras, volvió la espalda y desapareció, dándonos a entender que se refería a su novio. ¿Y es *que acaso* la Naturaleza no hablaba por ella?

Tuvimos entonces la oportunidad de hacer mesa común con el oficial que nos acompañaba, lo que antes no había sido posible. Las provisiones adquiridas en Ejido eran abundantes y de buena calidad; además, en Estánquez conseguimos *carne seca* para el consumo de los soldados; y a nuestros comestibles agregamos yuca, apio y papas. Estas últimas eran, por cierto, las de mejor calidad que hasta entonces habíamos visto en Colombia. Entre las compras hechas en Ejido, estaba un arroz excelente, del cual tuvimos la suerte de llevarnos un saco entero, cosido en una tela muy limpia, aunque quizás nos hubiera resultado más útil durante el trayecto entre El Tocuyo y Mérida. En esta hacienda, donde comimos y dormimos placenteramente, las empalizadas estaban formadas por naranjos, abrumados por el peso de su deliciosa fruta.

El día 3 de enero, a las cinco y media de la mañana, proseguimos viaje. Nuestra escolta partió con una hora de anticipación, por habernos demorado para tomar café y chocolate, con arroz y frutas. Además, queríamos llevarnos cierta porción de arroz ya aderezado con azúcar y nuez moscada, con el cual podíamos calmar nuestro apetito durante el camino, sin necesidad de hacer alto en ningún sitio. La ruta pasaba a través de algunos bambuales y de arroyuelos de arenoso lecho, cuyas caprichosas ondulaciones hubieran hecho difícil para un extranjero acertar con la vía correcta. Estas numerosas quebradas, que tienen sus fuentes en las montañas que íbamos orillando, son afluentes del riachuelo Estánquez, que corre por un extremo de la hacienda, y el cual, después de un curso de una milla, desemboca en el Chama. Durante más de tres horas anduvimos por este laberinto vegetal; primero, durante breve trecho, siguiendo las márgenes del Estánquez, el que luego cruzamos por una alta y bien construída plataforma de tablas, que servía de puente, provista de una buena y firme barandilla de hierro a cada lado; y, posteriormente, remontando varios bosques, donde aparecían derribados algunos árboles, que hacían dificultoso nuestro avance y nos obligaban a dar un rodeo. A las cuatro de la tarde, y a consecuencia de aquel caprichoso subir y bajar por diversas lomas, así como del aire fresco y húmedo, que luego se tornó cálido y sofocante, nos provocó tomar un refrigerio y un breve descanso. El sargento, quien había sido un tanto supeditado en sus funciones de guía, desde que contábamos con escolta; y el oficial, acompañado de un sargento de su confianza y de dos hombres a quienes hizo subir a caballo en una hacienda vecina, se adelantaron para practicar un reconocimiento.

No tomé nota de las diferentes nuevas que nos comunicaban los pasajeros que encontrábamos en el camino, sobre lo que Morales había hecho, estaba haciendo o se proponía hacer; pero lo cierto era que, si se comparaban las noticias recibidas de una docena de personas, el enemigo se hallaba en un mismo día en doce sitios distintos. Sin embargo, y aun cuando todas esas informaciones se contradecían, era de presumirse que alguna bien podía ser verídica; y como entre ellas, al citarse diversas poblaciones, se anunciaba la ocupación de Bailadores, que era nuestro inmediato punto de parada, el oficial de la escolta determinó juiciosamente reco-

nocer primero el terreno. El sargento nos condujo por una áspera cuesta, donde nadie hubiera podido imaginarse que habitarían seres humanos. No obstante, por esta vía llegamos al trapiche de una plantación de caña de azúcar. Allí tomamos un refresco y, entre otras frutas, paladeamos la *guayaba* (que no había vuelto a comer desde que estuve en el Indostán), gustosas y abundantes naranjas, y las más hermosas piñas que había visto en mi vida.

Habiendo recuperado las energías después de una hora de descanso, seguimos la marcha — con el río Bailadores a la izquierda— a las doce y media, muy satisfechos de las atenciones de que fuimos objeto. Aquella buena gente, sin embargo, no contenta al parecer con los favores dispensados, puso a disposición del sargento varios haces de caña de azúcar para pienso de las mulas. A las tres y media apareció ante nuestra vista el pueblo de Bailadores, situado en la falda de la ladera por la cual bajábamos, y al que encontramos totalmente desierto.

CAPITULO XXII

El antiguo Bailadores. Descripción del pueblo, abandonado por sus habitantes. No hay rastros del alcalde. Los arrieros y sus temores de los godos. Por fin aparece el alcalde. Un mensajero del coronel Gómez. Informaciones sobre la posición de los españoles. Nos separamos de nuestra escolta y del experto oficial que la comandaba. Cebada. Hermosa comarca y excelentes cultivos. El nuevo Bailadores. Aceptamos la invitación de un venerable hacendado y entramos en su plantación. Era un francés en quien se unían la cortesía de su patria y la hospitalidad colombiana. Cultivo permanente de la tierra. Observamos el sistema de labranza. Seguimos viaje. Noticias durante el camino. Noche fría. Ascenso al páramo. Fatigosa jornada. Nos alcanza un destacamento de caballería enviado para escoltarnos. El coronel Gómez y su comitiva. Hermosos caballos. Llegamos a La Grita. Nos albergamos en la casa del gobernador, quien nos trata con bondad y nos manifiesta sus temores. Aspecto de La Grita. Interés del coronel Gómez por nosotros; protección efectiva. Nos previene amablemente que no debemos alarmarnos ante una estratagema que se propone llevar a cabo, y que obtuvo completo éxito. Partimos dando un rodeo. Escolta de caballería e infantería. Entramos al camino real. Los españoles abandonan sus puestos de avanzada. Viajamos con toda seguridad. Un tiempo después me encontré con el coronel Gómez, quien me refirió el feliz resultado de su ardid. Su divertida vivacidad al hacer el relato. Anécdotas acerca de este oficial. La casa de postas de El Cobre. Su funcionamiento. Nos alojamos en ella. Otra vez las semejanzas con el Oriente. Peones. Sistema empleado para hacer circular informaciones. Entre ellas se da noticia de los viajeros que han de recorrer la misma ruta.

Bailadores no constituye un conglomerado de casas, con calles de regular trazado que se intersectan mutuamente, como ocurre en casi todos los centros poblados de la república de Colombia. Desde la colina por donde va el camino, parte hacia el sur una espaciosa y verdeante llanura en declive, con ancho de más de una milla, y que en algunos sitios presenta una amplitud todavía mayor. El río del mismo nombre va serpenteando por un profundo cauce, con un escarpado ribazo en su parte norte, a la falda de la sierra, ceñida por la margen meridional de aquella caudalosa corriente. La montaña que mira hacia el norte es muy elevada y de lúgubre apariencia, y los bosques de que está revestida dan la impresión, durante la mayor parte del día, de que se tratara de una capa cenagosa y plana, y no de árboles de cien a ciento cincuenta pies de altura. No ofrece un frente uniforme, y se advierten en ella hondas depresiones que corresponden en realidad a numerosas abras o grietas. Fue en esta dirección, y a través de tales riscos y abras, hacia donde se habían retirado los habitantes, llevándose consigo todo el ganado, las provisiones y cuantos bienes muebles pudieron transportar.

El pueblo ocupa la parte norte y más empinada del ribazo septentrional del río Bailadores; y aunque las casas están separadas unas de otras, aparecen formando una especie de semicírculo en relación con la llanura. Al bajar hacia ésta, comenzamos a divisar varias de las casas, en las cuales debía imperar un silencio propio de las tumbas, pues no se veía una sola vaca, cabra, cerdo, caballo, mula o asno; y lo mismo ocurría con gallos y gallinas, pavos y patos, que en otras partes abundaban en gran número con su bulliciosa algarabía, y que aquí parecían haber sido víctimas de total exterminio o que ya se habían recogido a dormir al gallinero. Al pasar frente a las casas, observamos que estaban resguardadas por vallas construídas en excelente estilo militar; las estacas remataban en punta angular y afilada, sólidamente amarradas y ajustadas entre sí. Aprovechando que las paredes eran de tapias, éstas fueron fácilmente perforadas, y en todos sus lados se advertían las troneras para los fusiles. Sin embargo, quienes fabricaron las cercas y abrieron aquellas aspilleras habían desaparecido; se encontrarían, sabe Dios, en las montañas, mirando quizás hacia la llanura para descubrir la presencia del enemigo, al que — por ser los

fugitivos suficientemente numerosos — habían podido devorar si quisieran y... si hubiesen sido caníbales.

Tomamos posesión del ayuntamiento, después de solicitar en vano al alcalde, quien probablemente había considerado más prudente marcharse con los vecinos antes que caer en manos de los españoles. Los arrieros cuyos servicios habíamos contratado, y quienes estuvieron charloteando con las gentes del trapiche donde nos detuvimos anteriormente, revelaban cierta alarma ante las exageradas noticias que recibíamos frecuentemente. Estas gentes demuestran una gran dosis de orientalismo en los episodios que suelen referir con locuacidad favorecida por la flexibilidad de su idioma, y también es posible que el clima contribuya a aguijonear su fantasía. Lo cierto es que manifestaron sus deseos de echar inmediatamente marcha atrás junto con sus recuas. Sin embargo, y aunque nuestra intuición del peligro no era tan aguda como la de ellos, no estábamos dispuestos a quedar desprovistos de todo medio de transporte. En consecuencia, el oficial de la escolta les hizo saber — por indicación mía — que no podían separarse mientras no se nos hubieran suministrado mulas de refresco; y les aconsejó que fuesen en busca del alcalde, o de bestias de alquiler que pudieran sustituir a las suyas. Entraron inmediatamente en actividad, y al día siguiente descubrieron el paradero del alcalde. El oficial de la escolta, quien tenía suficiente experiencia y práctica en el servicio, dio instrucciones a varios soldados de su confianza para que se despojaran de toda indumentaria militar y practicaran un reconocimiento. La misión fue fielmente cumplida, y también regresaron con sus informaciones al otro día.

El alcalde vino a visitarnos, con un aspecto lastimero que resultaba muy impropio para las funciones que ejercía. Incluso mientras hablaba con nosotros, parecía mirar atemorizado en torno suyo, como si ya hubiese adquirido el hábido de hacerlo; y si bien se esforzaba en ocultar sus recelos, saltaba a la vista su extremada cobardía. Se hubiera requerido la explosión de una bomba para sacarlo de su embotamiento; lo primero que nos dijo fue que no sabía dónde podrían conseguirse las mulas, aunque nos había estado esperando durante toda una semana. Nosotros insistimos, sin embargo, en que debía acatar las órdenes recibidas, que fueron ratifi-

cadas por el oficial de la escolta. El alcalde nos comunicó igualmente que, a su juicio, los españoles no tardarían en volver, según las informaciones de que disponía; y que también era esperado el coronel Gómez, comandante de La Grita, quien estaba allegando refuerzos militares. Sin embargo, las noticias recibidas por el oficial eran *diferentes y más correctas: los españoles*, al mando del coronel Valdez, habían ocupado posiciones en Los Puentes, más allá de La Grita, ciudad esta donde se encontraba el coronel Gómez con un cuerpo de observación.

Nos vimos, pues, obligados a permanecer en Bailadores hasta que llegaran las mulas. El sargento, quien ya conocía la comarca, se dedicó a buscar provisiones y las obtuvo en abundancia. Entre tanto, nosotros aprovechamos la demora para mudarnos de ropa blanca y arreglar en forma distinta el equipaje que llevaban las mulas, dejándolo listo para partir en cualquer momento. Como el sargento *había conseguido frutas, gallinas* y otros artículos, comimos aceptablemente, y nos sentíamos bastante descansados, cuando se presentó el alcalde, acompañado de su colega de Nuevo Bailadores, quien sí era un hombre de energía y personalidad; tras ellos venía una recua de mulas. Ya nosotros, sin embargo, y conforme a la nueva disposición dada a nuestro equipaje, teníamos previstos los sitios en que pudiéramos ocultar los baúles en caso de que se acercara el enemigo, y yo había cruzado el río para familiarizarme con los senderos que conducían a la montaña, en un trayecto superior a dos millas más allá de la margen opuesta del Bailadores. Las cosas, por fortuna, salieron mejor de lo que esperábamos. El camino estaba despejado, y un mensajero enviado por el coronel Gómez nos participó que podíamos viajar con toda seguridad hasta la Selva de los Báquiros, así como por la ruta que llevaba hasta La Grita; y que en un sitio determinado nos esperaría un destacamento de caballería para conducirnos a través del páramo.

Había llegado el momento de separarnos de la escolta y del simpático oficial que hasta entonces nos acompañara, quien nos aseguró que gustosamente habría seguido con nosotros hasta Bogotá si las órdenes que tenía se lo hubieran permitido. Se despidió muy amablemente, dejando en nuestro ánimo sentimientos de gratitud y de estimación muy merecida. Su conducta fue siempre la

de un cumplido hombre de armas: caballeroso, afable y sereno. Tenía una inteligencia bien cultivada, y amaba y conocía perfectamente su profesión de soldado; no obstante, anhelaba que llegaran días de paz que le permitieran entregarse al cultivo de una pequeña finca de su propiedad, en lo cual influían también, según creí conjeturar, motivos de orden más sentimental.

Hasta aquel instante no habíamos podido explicarnos a cabalidad el inesperado cambio que se produjo en la conducta y manera del alcalde, pero el oficial nos informó que el mensajero del coronel Gómez lo había reprendido por la demora que nos impuso, y que a ello obedecía la súbita actividad que luego desplegara. En efecto, las mulas estuvieron listas antes de la hora de salida; y el alcalde nos proveyó abundantemente de huevos, gallinas, frutas y pasto, negándose a percibir por ello ninguna compensación. La satisfacción que nos causaba el hecho de poder seguir viaje con toda seguridad, y de haber conseguido ya todo lo que necesitábamos, hizo que olvidáramos prontamente al alcalde del viejo Bailadores. A las diez de la mañan emprendimos la marcha, y en el camino encontramos al alcalde de Cebada, /sic/ quien también venía a encontrarnos. Subimos por la montaña a la derecha del valle, gozando de un día espléndido y de atractivos paisajes a lo largo de muchas leguas.

La comarca a través de la cual pasábamos me trajo a la imaginación, a causa de la semejanza de la vegetación y de los cultivos, la campiña de los condados de Chester, Lancaster y Montgomery, en Pensilvania, durante el mes de julio, especialmente aquellos suaves declives y los ubérrimos campos sembrados de cereales; y aunque faltaban nuestros setos o cercados para completar el parecido, el trigo y la cebada ondulaban con igual animación y lozanía, y los maizales lucían también abundantes y hermosos. A causa de la distancia, los objetos no se distinguían con toda claridad; era sólo una perspectiva general cuyos detalles no resultaban perceptibles, salvo los vivos matices de la fronda, agitada ocasionalmente por una suave brisa que llegaba gratamente hasta nosotros.

Entramos en Nuevo Bailadores antes de mediodía. Su apariencia era la de una linda población recientemente fundada, cuya pros-

peridad era evidente. Todas las casas estaban enjalbegadas, y las tejas se veían tan nuevas como si el techo acabara de ser construído. Aquel aire de bienestar producía singular sorpresa, sobre todo si se le comparaba con el antiguo Bailadores y se tenía en cuenta el hecho de que últimamente habían pasado por allí los españoles, quienes raras veces dejaban de destruir todo lo significase prosperidad. Al observar dicho contraste al alcalde, este se limitó a contestarme con un gesto que en el mundo entero se utiliza como sustituto de todo un discurso, o sea con un silencioso movimiento de cabeza. Aunque no pude precisar si debía interpretarlo en el sentido que le daba *Sir Christopher Hatton*, con intención crítica, o asimilarlo al usado por nuestros indios, llegué a la conclusión de que él quería dar a entender era que la bonanza y el grato aspecto de las poblaciones son el resultado de la juiciosa diligencia de sus ciudadanos y de una buena administración. Es también posible que se propusiera decir algo más de lo que habría sido prudente traducir en palabras, pues se despidió de nosotros con un expresivo apretón de manos cuando partimos, llevando de nuevo a nuestra vanguardia al sargento, tocado con su gorra de granadero y armado de su lanza.

Alrededor del mediodía pasamos frente a una hermosa casa de piedra, de dos pisos, con galerías en lo alto, que llamó nuestra atención. Su venerable propietario, un caballero de pelo gris, nos invitó con un gesto a que entráramos con nuestras mulas; y, como el sol calentaba ya en exceso, accedimos a su insinuación, y a los pocos minutos las mulas estaban revolcándose en un apetecible pasto. El anciano nos condujo a la galería frontera, donde colgué mi hamaca de modo que pudiera contemplar el valle y las montañas hasta considerable distancia, pues la ubicación de la casa había sido felizmente escogida. Nuestro anfitrión era un francés de más de setenta años, quien al entrar en conversación con nosotros, hizo gala de la cortasía propia de su país, acompañada en esta ocasión del buen gusto y obsequiosa hospitalidad de Colombia. En efecto, circularon repetidamente deliciosos bizcochuelos, como no los harían mejores en París; queso de nata, fresco y bien hecho, semejante al de Filadelfia; un hidromiel que no habría podido ser superado en ninguna otra parte, burbujeante como el champán; y, en gran copia, frutas y golosinas. Aunque ya habíamos dado instrucciones para

que se nos aderezara un guisado de gallina, el cocinero perdió gran rato en chácharas y comentarios; y como a nosotros, por nuestra parte, se nos había ido insensiblemente el tiempo en admirar aquel atractivo paisaje que nos circundaba, se hizo demasiado tarde para esperar a que estuviese listo el guisado. La culpa era de nuestros servidores, quienes habían desatendido sus obligaciones culinarias por estar también disfrutando — cosa, por otra parte, muy natural— del grato ambiente de aquel paraje; sin embargo, como ya resultaba evidentemente innecesario ese plato adicional, seguí viaje sin ellos, para que luego nos alcanzaran.

El viejo caballero se había establecido en aquella finca desde hacía más de cuarenta años. Tanto su comportamiento como el ejemplo que daba a los demás agricultores, y la neutralidad demostrada por él en todas las vicisitudes, lo salvaron de quedar arruinado totalmente. La tierra y el clima, que permitían un cultivo incesante, le habían dado una holgada posición, además de que sus gastos eran relativamente reducidos en comparación con sus ingresos.

Mientras descansaba en la hamaca, pude apreciar mejor el progreso de los cultivos, por estar ahora más cercanos que cuando los divisé al principio. Al hacer las preguntas del caso fui informado de que los diferentes procesos agrícolas se cumplían a un mismo tiempo. En efecto, al extremo oriental del campo las mulas transportaban la cosecha a los almacenes situados detrás de la casa; en un espacio adyacente de diez o veinte acres se alzaban grandes pajares; otro mostraba hileras de gavillas, que iban siendo atadas por varios chiquillos, mientras los segadores estaban en plena labor; algo más lejos, las áureas espigas incitaban la hoz del labrador; un tanto más hacia occidente, la ondulante gramínea lucía su color verde pálido, y luego el tinte era más profundo, indicando que ya el grano estaba en hierba. En ciertos sitios la tierra se veía como una gran pastilla de chocolate cruzada de verdes hilos; y a continuación aparecía un campesino esparciendo el grano, seguido por varias mulas uncidas de frente, que tiraban de un rústico rastrillo para cuya fabricación se había acudido instintivamente a las espinosas zarzas de los matorrales. En el fondo, un labriego manejaba un arado rudimentario, aunque a demasiada distancia para describirlo en detalle. Es decir, que allí existía una típica

rotación de cultivos. Todas estas operaciones se cumplían sobre un suelo que nunca había tenido más abono que las lluvias y el rocío del cielo, o los elementos nutricios naturales de que estaba constituído, y que permitía un progreso agrícola incesante e ininterrumpido, a menos que la mano del hombre echara en olvido o desatendiera sus tareas. Sin embargo, la falta de caminos para el transporte hacía que fuese muy bajo el valor de tan abundantes cosechas: el trigo se podía comprar allí a real y medio, o quince centavos, la fanega; la cebada por diez; y los frijoles, arvejas y caraotas por unos pocos centavos.

Las gentes a quienes encontrábamos en la ruta, a medida que avanzábamos, ignoraban aún que los españoles se habían movido hacia las inmediaciones de La Ciénaga; y estábamos tan seguros de obtener noticias contradictorias, tanto de los propios viandantes como en las viviendas situadas a la orilla del camino, que nos divertíamos encargando al sargento y a Vicente de que hicieran averiguaciones; así aquietábamos sus recelos al contrastar aquellas especies con los informes más fidedignos de que disponíamos directamente. Entre las distintas informaciones que recibimos, se aseguraba en una de ellas que estaba prohibido el paso hacia La Grita, cuya población se había pronunciado por la causa real, izando la bandera monárquica y entregando a su gobernador, quien se hallaba preso en el campamento español. Aunque esta última noticia era verídica en parte, no se trataba ciertamente de ningún movimiento subversivo. Lo ocurrido en plata era que un cuñado del gobernador civil de La Grita, realista acérrimo, fraguó una estratagema y logró echar el guante y secuestrar a su pariente el jefe republicano. Al parecer, estaba en marcha un litigio familiar por concepto de partición de bienes a causa del matrimonio, y el partidario de la monarquía decidió zanjar el pleito por su cuenta, exigiendo cuarenta mil pesos por el rescate de su prisionero, suma que el gobernador tuvo que desembolsar, según nos confesó cuando nos alojamos en su residencia al llegar a La Grita.

A las cinco y media pasamos por la casa de una granja, donde fuimos cortésmente recibidos, aunque no sin ciertas aprensiones, que se disiparon al explicarles quiénes éramos. Aquel sitio quedaba al pie del páramo, y como el aire era frío y penetrante, y agu-

do nuestro apetito, conseguimos algunas papas, y después de saborear un guisado de pollo, ingerimos un deleitoso chocolate. Si bien procuramos cerrar puertas y ventanas tan herméticamente como nos fue posible, el frío nos hizo pasar una mala noche, pese a todas las mantas a que recurrimos. Este valle, aunque bastante hondo en relación con el páramo a cuya falda se extiende, tiene alrededor de cuarenta leguas entre el norte y el sur-suroeste, más ancho en la parte septentrional y angostándose a la orilla del páramo, para llegar al cual nos faltaban unos veinte minutos de recorrido. A causa de la incomodidad con que dormimos aquella noche, nos levantamos tarde y no seguimos viaje sino a las diez de la mañana.

El 4 de enero, que era día domingo, subimos al páramo, donde por primera vez, después que dejamos los valles de Aragua, encontramos una vía que podía considerarse de fácil tránsito. Ganamos la cumbre a mediodía, pero de ahí en adelante nos tocó un descenso penoso y arriesgado, a causa de las quiebras de la montaña y del mal estado de la cuesta, que serpenteaba a través de aquellas soledades, y adonde no llegaba el sol, interceptado por el espesor y altura de los árboles selváticos que crecían en la estribación inferior de la sierra. Charcas y cenagales dificultaban y demoraban constantemente nuestro avance, fatigando por igual a mulas y jinetes.

A poco andar nos topamos con un pequeño destacamento de caballería, al mando de un teniente, enviado por el coronel Gómez para que nos alcanzara. Unas millas más adelante, encontramos al propio coronel, de quien tanto habíamos oído hablar, acompañado por un séquito de seis jóvenes oficiales, trajeados con caprichosa indumentoria militar, de colores vivos y brillantes, y cuya única uniformidad consistía en que todos ellos llevaban chaquetas de mangas, pantalones holgados y gorras a la italiana. En cuanto a los colores, aquello parecía un arco iris: chaquetas azules con pantalones amarillos, chaquetas amarillas con pantalones rojos, y otras verdes, blancas, encarnadas o amarillas; las gorras eran graciosas y de caprichosa fantasía, pero distintas unas de otras, ofreciendo también evidente contraste los penachos que las adornaban. Jineteaban los más hermosos corceles que había visto hasta entonces: alrededor de seis palmos de alzada; cabeza primorosa y

pequeña; orejas airosas, breves y turgentes; ojos grandes, prominentes y brillantes; cuello arqueado, robusto, pleno y bien formado; pecho amplio; piernas finas y cañas delgadas; limpias crines; grises y lindos cascos; rotundos cuartos traseros; y una cola que brotaba en forma de manojo, prolongándose casi hasta el suelo como el chorro de una fuente, que les permitía una protección efectiva contra toda suerte de alados y eventuales insectos, y que, por no estar mutilada como ocurre con otras caballerías, conservaba intactas las fuerzas y el fogoso temperamento del animal.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando La Grita apareció ante nuestros ojos. No entramos al pueblo, ubicado en el fondo del valle, y cruzando a la izquierda hacia el costado de la serranía, echamos pie a tierra en el patio de la casa del gobernador civil, quien salió personalmente a recibirnos y nos dispensó toda clase de atenciones. Era el mismo caballero a quien acababan de rescatar dos días atrás. Nos relató aquellos sucesos, todavía justificablemente impresionado, añadiendo muy cuerdamente que no por ello se sentía del todo seguro; y que su familia había huido al interior de la montaña, llevándose el ganado y todo lo que pudieron transportar. En el patio había constantemente dos caballos ya ensillados, listos para impedir que su españolizante cuñado intentara una segunda partición de bienes.

Se nos sirvió una comida sencilla y gustosa, con carne superior al tasajo común, aderezada con papas, cebollas y especias, lo que equivalía a un excelente estofado irlandés; blanco pan de trigo, tiernas hortalizas, ensaladas y frutas, junto con un vaso de guarapo que los criados habían preparado para su uso particular, y que era muy superior al que suele encontrarse en las posadas. Aunque los españoles se habían incautado de todo el vino del gobernador, éste logró poner a salvo, con ayuda de sus fieles sirvientes, algunos hermosos estuches con licores, de los cuales nos trajo su *garde-devin* /?/ de aguardiente. Tomé unos sorbos, suavizados por agua fresca de manantial.

Si bien no estábamos propiamente dentro de la población de La Grita, hubiéramos podido, como dicen los marineros, "remojar un bizcocho en ella", desde el fondo de la casa del gobernador. El

pueblo quedaba directamente a nuestros pies, a una distancia aproximada de trescientas yardas; la posición que ocupábamos correspondía a su ángulo suroriental; las calles que bajaban en dirección norte serían unas diez o doce, cruzándose con otras ocho hacia el este y el oeste, con una espaciosa plaza en el centro. Las casas lucían hermosas techumbres de tejas y eran de un solo piso; como de costumbre, un bello templo se destacaba entre todas las demás edificaciones. Sin embargo, se advertía un silencio de muerte en el pueblo, por cuyas calles no circulaba ni un solo ser viviente. Toda la población, que se estimaba en unas nueve mil almas, había huído hacia los páramos meridionales que, desde nuestro punto de vista, aparecían amontonados a nuestra izquierda, uno sobre otro, hasta perderse en las nubes, o iban disminuyendo de tamaño hasta convertirse en una angosta faja gris, borrosamente iluminada.

El coronel, cuya vitalidad le daba un temperamente muy distinto del que caracterizaba al pobre gobernador, estuvo riendo y charlando con nosotros durante el camino. Al llegar, me "dejó en manos" de la autoridad civil, mientras él y sus apuestos camaradas dedicaban sus atenciones al teniente Bache y a su hermana. A poco, y luego de hablar en tono festivo con el gobernador, el coronel logró separarme del grupo, y me explicó que me había llamado aparte para no sobresaltar a la *señorita*, pero que consideraba conveniente enterarme de nuestra verdadera situación, y del plan que pensaba llevar a cabo. Me informó que los españoles, a las órdenes de Valdez, tenían una fuerza aproximada de setecientos hombres, apostados en El Puente, sitio de la carretera por el cual pasaba nuestra ruta; y que como su intención era protegernos, e impedir que los merodeadores españoles nos dieran ninguna molestia, había planeado una estratagema al efecto, que nos permitiera descansar con toda seguridad esa noche. Si nembargo, como la *señorita* podría sentirse alarmada ante el bélico alboroto que él estaba ideando organizar, deseaba prevenirme acerca de lo que habría de ocurrir; o sea, que unas dos horas antes de la media noche pondría todas sus fuerzas en movimiento, y que no debíamos confundir sus clarines con los del enemigo; que un oficial de cierto rango, a quien después me presentó confidencialmente con las debidas explicaciones, era el encargado de acompañarnos con una escolta de infantería y caballería; que daríamos un rodeo, por una ruta bas-

tante alejada de la carretera principal, y que en esa forma viajaríamos completamente a salvo de los piquetes del adversario y de cualquier otro peligro. Después de un rato de amable charla, el coronel se despidió, acompañado de su séquito; y llevándose consigo al sargento, puso seis mulas de refresco a su disposición, junto con dos muleteros, a quienes dio instrucciones de que debían obedecer estrictamente nuestras órdenes. Las mulas fueron instaladas en el corral, donde se les suministró una abundante ración de malojo; nosotros alistamos el equipaje, y dejando todo preparado para partir a las dos de la mañana, nos retiramos tranquilamente a descansar.

En efecto, a eso de las dos [¿diez?] se oyó el sonar de los clarines, no reunidos en un solo punto, sino como si estuvieran distribuídos en diversos sitios, algunos inmediatos y otros más distantes. Parecían toques de llamada, a los cuales se respondía desde distintos lugares, de modo sucesivo y constante. Aunque había demasiada oscuridad para poder observar lo que ocurría, el cese de los movimientos en la parte baja del valle, y la gradual disminución del sonido de las cornetas indicaron que estas eran trasladas rápidamente hacia el norte. De acuerdo con la impresión que nos dejaba el toque de los clarines, los cuales no dejaron de resonar mientras permanecimos dentro del radio en que repercutían, aquéllos se mantuvieron en la parte septentrional de la montaña durante todo el tiempo que precedió a nuestra partida en dirección suroeste.

El gobernador, quien nos había dejado su residencia para mayor comodidad nuestra, alojándose en una casa contigua, se apareció con algunos cestos de frutas para que las lleváramos en el equipaje; y despidiéndose muy amablemente, formuló votos por que viajáramos a salvo de aquellos bárbaros *godos*. El comandante de la escolta nos estaba ya esperando, y después de recorrer juntos alrededor de una milla, nos encontramos con un destacamento de infantería. Luego, y en el valle al cual bajamos en dirección sureste y este, a través de enormes precipicios y barrancos, vimos a la caballería, a la cual se dio orden de avanzar a nuestra derecha. De ahí en adelante, cruzamos una cañada profunda y estrecha, torcimos luego hacia el sur, y al fin enderezamos rumbo al suroeste por

un terreno en pendiente. El comandante, quien se conocía al dedillo todos aquellos valles, me informó tener noticias de que había algunos godos en la ruta que seguíamos, y se adelantó cierto trecho. Lo acompañaron dos jóvenes de gallarda apariencia, que no vestían uniforme; cada uno de ellos llevaba una escopeta cargada en el arzón de la silla. Subieron a todo galope por la cuesta de un escarpado montículo, y nosotros proseguimos algo más atrás. Luego de atravesar una espesura, se presentó ante nuestros ojos una casa de gracioso aspecto, rodeada por setos de lindos arbustos. El oficial se dirigió hacia la puerta y yo le seguí. Los dos jóvenes se prepararon, con la escopeta montada, para hacer frente a cualquier eventualidad o castigar algún desmán. La casa, sin embargo, estaba cerrada, y sus moradores habían huído. Nos apoderamos de unas hermosas gallinas, pero no sin pagar su precio, a cuyo efecto lanzamos el dinero al interior de la vivienda por una de las ventanas.

Después de recorrer una ondulante vereda, atravesamos breñales, densos bosques y algunos intrincados laberintos de silvestre vegetación. Alrededor de la una salimos del bosque a la cumbre de un bonito collado, cubierto por un aterciopelado césped a ras del suelo, como hubiera sido "esquilado" por las ovejas. La caballería había avanzado por otra senda, a fin de poder transmitir cualquier información al acercarnos a aquella altura, desde donde se dominaba el camino real. La encontramos frente a la posición que había sido ocupada por las primeras avanzadas españolas la noche precedente. Mientras la infantería descansaba brevemente en la ladera de esta colina, la caballería siguió adelante y pronto la vimos aparecer en el camino que quedaba a nuestros pies, por donde habría de continuar nuestra ruta. Procedimos inmediatamente al descenso, y en el propio lugar donde los cocineros españoles habían encendido sus hogueras, las cuales humeaban todavía, nos despedimos del cumplido teniente y de su escolta, quienes desandaron camino hacia La Grita, mientras nosotros proseguíamos la marcha en dirección opuesta.

Algún tiempo después, cuando ya llevaba varios días en Bogotá, y me encontraba escuchando un debate que se desarrollaba en la Cámara del Senado, el dinámico comandante de La Grita, el coronel Gómez, se detuvo un momento a mi lado, y me dio un apre-

tón de manos. Por espontáneo acuerdo, ambos nos retiramos a un pasillo; yo, para darle las gracias por sus bondades, y él, para explicarme los resultados de su feliz estratagema. Su plan, como ya me lo había indicado, era promover gran alarma en el campamento español de El Puente, obligando así a Valdez a concentrar sus piquetes, lo que haría nuestro viaje doblemente seguro. Para ello organizó aquel estridente clamor de clarines durante la noche, a objeto de que los espías que estuviesen por aquellos contornos llevaran al campo enemigo la noticia de que se movían fuerzas patriotas hacia el norte, lo que induciría a Valdez a creer que estas se proponían atacar por la retaguardia, amenazando sus posiciones, para cuya defensa llamaría a las avanzadas que estaban apostadas en los sitios por donde nosotros debíamos pasar. El efecto fue tal como se había previsto. Ahora bien, como el coronel Gómez no contaba sino con cuatrocientos hombres frente a una fuerza que oscilaba entre seis y setecientos, no tenía en realidad ninguna intención de entablar combate, por lo cual sólo dejó llegar a la infantería hasta un determinado paso de la montaña, desde donde podía retirarse y defenderse. "Debo reconocer — añadió—, que ustedes nos han prestado un importante servicio, y los habitantes de La Grita consideran a su hija como una especie de ángel de la guarda; en efecto, antes de que ustedes llegaran, La Grita era constantemente importunada por el enemigo, sin que hasta entonces dispusiéramos de suficientes fuerzas para echarlos de allí. Sin embargo, las numerosas clarinadas que hicimos resonar esa noche en todas direcciones alarmaron a tal punto a los españoles que al día siguiente resolvieron abandonar su campamento de El Puente, y nuestras buenas gentes atribuyen todo ello a la benéfica influencia de la *Señorita*, es decir, de la hija de usted, sin concederles mérito alguno a mis clarines".

El coronel Gómez era un gallardo mulato, de pelo crespo, buena estatura y elegante porte, pero su piel era más bien blanca o color crema que amarilla; su despejado semblante reflejaba continuo buen humor. Cuando lo vi por primera vez, hicimos alto a la sombra durante un rato, mientras él esperaba el regreso de uno de sus jinetes a quien había hecho adelantarse. Estaba montado en una hermosa mula, muy bien enjaezada, y comenzó a charlar y a bromear con la gracia y vivacidad de un francés. Hizo mil pregun-

las, todas muy divertidas, y ninguna de ellas impertinentes. Habló de mi país y del suyo; de las dos revoluciones; de las batallas libradas, y de los beneficios que de ellas habrían de derivarse, agregando que Colombia nunca habría llegado a conquistar su libertad si no hubiese sido por el ejemplo de la América del Norte. Me refirió los episodios que le dieron señalada actuación durante un período en que ejerció transitoriamente el mando de fuerzas en Coro, donde a pesar de estar aislado, según me dijo, se esforzó en salvar a sus tropas. Aunque sabía que no contaba con recursos suficientes para resistir con éxito, logró aparentar que estaba en capacidad de hacerlo, y ello le permitió celebrar una capitulación en forma que de otra manera no hubiera sido concedida. Sin embargo, como en el tratado de rendición impuesto por el enemigo se estipulaban condiciones que escapaban a sus facultades, y sobre las cuales sólo tenía jurisdicción el Congreso, hizo saber tal impedimento al jefe español, quien se negó a modificarlas. Ante aquella alternativa, determinó firmar el acta, logrando así salvarse junto con sus tropas. Explicó luego las circunstancias y los puntos de vista que lo habían inducido a convenir en las cláusulas impuestas por los españoles; y todas las que estaban ajustadas al derecho de gentes fueron ratificadas y cumplidas, declarándose írritas las demás. Aunque ya Gómez disfrutaba de firme reputación como oficial de guerrillas, la inteligencia demostrada en aquel trance lo destacó para misiones de mayor importancia. Me aseguró que sólo requería disponer de fuerzas iguales a las de Valdez, o sólo inferiores en unos cien hombres, para derrotarlo ampliamente, y yo le creí con toda sinceridad.

A las cuatro y media llegamos a la *casa de postas* de El Cobre, cuyo nombre parece derivarse de una mina de cobre que existe en la sierra vecina. Esta casa de postas no pasaba de ser una simple cabaña de unos doce pies de largo por nueve de ancho; en el interior se había hecho una separación con un tabique, formando una habitación de siete pies de ancho, y otra de cinco. En esta última, igual en todo lo demás a la adyacente, estaba la oficina del *administrador de las postas*. Las vigas de la techumbre de paja sobresalían algo más de una yarda en relación con las paredes exteriores de adobe. La cabaña había sido construída en dirección nor-

te-sur; la puerta de entrada, hacia la parte occidental, daba al aposento más amplio; y una ventana, o mejor dicho, un hueco de dos pies en cuadro, abierto en la pared oriental, servía para tramitar los asuntos de esta oficina pública. En todo el país existen cabañas similares cuando las poblaciones están muy alejadas unas de otras, y a distancias que, teniendo en cuenta lo llano o escarpado del camino, y su fácil o difícil acceso, permitan a los correos cumplir una jornada, en un período adecuado a la celeridad del transporte y a la capacidad de recorrido de los mensajeros. En todos respectos es el mismo prototipo del *dawk* hindú, y por singular coincidencia de los términos empleados, el hombre que lleva la valija de correspondencia se llama *peón*, tanto en Colombia como en el Indostán. También hay una exacta semejanza en la manera de transportar la carga, cuando esta es del mismo tamaño; y ambos hacen igualmente su recorrido sin preocuparse de las condiciones del tiempo, haga lluvia o sol, y sea de día o de noche. Cuando llega al final de la etapa que le toca cubrir, el posta se quita el polvo o el sudor, o pone a secar su ropa empapada por la lluvia; luego se va a dormir, despierta al día siguiente, se viste, come y sigue durmiendo hasta que está listo para ser despachado el correo que debe transportar a su regreso al sitio de donde salió el día anterior.

A pesar de las dimensiones de la cabaña, ya anotadas, y de las de su *camera de occupacion* [sic], la de El Cobre es una estafeta principal de distribución de correspondencia, a causa de las diversas rutas que allí convergen; sin embargo, raras veces llegué a observar que los paquetes fuesen de mayor bulto que un libro de bolsillo. No obstante, desde el establecimiento de la república, ha venido en aumento constante y frecuente el número de remesas oficiales, así como el peso de las mismas, por enviarse también libros y leyes editados por la imprenta nacional, así como un creciente número de periódicos. En consecuencia, se ha hecho necesario utilizar los servicios de más de un peón, para recorrer igual ruta, y los cuales parten a distintas horas. Se despachan en primer término los documentos oficiales; luego, y en virtud de la habitual distinción entre jefes y funcionarios de alta y de menor categoría, se da prioridad al despacho de los paquetes destinados a aquéllos; después se envían los periódicos; y la correspondencia del público

en general sólo viene en último término. Tan pronto como está lista una valija o paquete, se despacha a los peones en diferentes direcciones, provistos de una hoja de ruta, cuyo duplicado se archiva. Llevan, además, una guía en sobre abierto para la inspección de los funcionarios civiles y militares del tránsito, quienes las van firmando en orden sucesivo, lo que sirve a un tiempo como constancia de las órdenes recibidas, y para autenticar la guía ante el magistrado que haya de firmarla en la próxima etapa. El gobierno ha empleado con innumerables ventajas estos correos volantes durante la revolución, a fin de comunicar al pueblo diferentes noticias, ya fuese de las victorias obtenidas o de otros asuntos de interés. En muchas ocasiones se emitían duplicados y triplicados, y los intendentes, comandantes y alcaldes estaban en la obligación de multiplicar el número de copias y de hacerlas circular, además de fijarlas en las iglesias y otros sitios públicos. Los magistrados provinciales usan el mismo sistema dentro de su jurisdicción: el gobernador informa que han ocurrido tales y cuáles sucesos, y quiénes son los viajeros que vienen por aquella ruta. Esto último me hizo conjeturar que tal era el motivo de que se conociera con tan constante anticipación nuestra llegada, y de que siempre se nos acogiera con especial atención y hospitalidad, de modo tan uniforme como inesperado.

El clima de El Cobre no es muy caluroso. Como la oficina del administrador apenas era suficiente para el despacho de sus asuntos, los baules de mis jóvenes compañeros fueron colocados en el aposento mayor, convertido en dormitorio mediante el uso de mantas y de capas. En cuanto a mí, tomé la resolución, como decía Sancho Panza, de *hacer rosca del galgo* [sic] (acomodarme lo mejor que pudiera) y colgué la hamaca bajo las vigas de la cabaña. El sargento, convencido de que su hamaca podría servirme de benéfica cortina contra la intemperie, la suspendió amablemente frente a la mía. Las mulas fueron atadas con sus ronzales; y, en torno a estacas clavadas en círculo, se tendió un largo mecate —artículo este que no debe faltar nunca en el equipaje del viajero— lo que permitía a las bestias pastar allí mismo, e impedía que se escaparan. Los muleteros y sirvientes durmieron frente a nosotros, cada uno en un cuero de res. Si el caso lo requería, usaban otro cuero a manera de protección, pero siempre a la vista de las mulas, en pre-

visión de que alguien intentara robárselas, lo que algunas veces suele acontecer.

Isabel y el teniente comprobaron que, a causa del piso, aquel dormitorio les brindaba menos comodidad que sus hamacas, pues aunque no había moscas ni zancudos, las hormigas abundan en muchas partes de la comarca, y en tales circunstancias resultan muy molestas. Yo, sin embargo, logré dormir tan apaciblemente como deseaba, aunque debo reconocer que el biombo representado por la interposición de la hamaca del sargento contribuyó, en no escasa medida, a que sintiera menos intensa la frialdad de la noche.

CAPITULO XXIII

Almacenes semovientes. Comisario de abastecimiento. Un ejército en vivac. Trato cortés de las tropas. Comida y diversiones en el campamento. La casa de postas de Challomar [*sic*]. *El oficial inglés El general Urdaneta y sus atenciones para con nosotros. Aventura inesperada. Un nuevo tipo de alumbrado. Hospitalidad. Advertencias a los viajeros. Seguimos hacia Táriba. Sublime desorden natural de las montañas de la cordillera. Evitamos pasar por San Cristóbal. Refresco en Táriba. Llegada a Capacho: su población; peculiar ubicación de esta aldea; hormigas. Salida de Capacho. Condiciones geológicas. Majestuosa figura de la serranía. Distintas perspectivas columbradas desde las alturas. Atmósfera estimulante: sus efectos sobre la vista y la imaginación. Me quedo rezagado. Fatigoso descenso hasta el río Táchira: semeja una corriente de leche y servía de lindero antes de la revolución. San Antonio de Cúcuta. Buena construcción del pueblo; sus industriosos habitantes. Cambio de moneda; los viajeros deben estar bien enterados al respecto; el sistema que se utiliza actualmente resulta perjudicial para las clases trabajadoras y sólo favorece a los más listos; se requieren medidas que impongan un correctivo. El Rosario de Cúcuta; buen alojamiento; fértiles valles alrededor de la población; salvaje y desolado aspecto de las montañas.*

Aunque no fue posible partir antes de las nueve de la mañana, ya a eso de las diez estábamos en la cumbre más elevada del páramo. La vía era de aceptable tránsito, pero nos azotaba un cortante

viento que soplaba desde el sureste. Habíambos dejado atrás muchos hatajos de ganado vacuno, por cierto el de más hermosa estampa que hasta entonces contemplara en las demás partes del mundo; pastaban en dehesas naturales de gran extensión, que ocupaban claros del bosque no invadidos por la vegetación silvestre. Dormimos a la intemperie cerca de uno de ellos, a tanta proximidad que podíamos percibir claramente las risas y cantos a que se entregaban de cuando en cuando los pastores, mientras vigilaban sus reses. Aquel día nos encontramos con un rebaño todavía más numeroso, junto con el cual viajaba un caballero europeo, trajeado de negro, bien montado y equipado. Se produjo el natural intercambio de saludos entre quienes se topan en medio de una selva inmensa al cruzar los empinados riscos de la cordillera. Los que no hayan tenido experiencia alguna de estos encuentros fortuitos, no pueden apreciar debidamente el placer que suscitan; los desconocidos traban amistad en el acto, y charlan como si se conocieran desde muchos años atrás. Aquel caballero era el comisario de abastecimientos del ejército del general Urdaneta, a quien, según nos informó, hallaríamos al pie del páramo. El se había adelantado, y me observó jocosamente: "Esos son mis almacenes que se transportan por sí solos", agregando que esta clase de comisariato permitía ahorrar los enormes gastos que suponían las grandes series de carreras de los ejércitos europeos. En efecto, el ejército no contaba con más bagaje que las mulas que transportaban las municiones, resguardadas en barriles impermeables, cubiertos por cueros de res. El sistema era, en efecto, excelente. Se estimaba primeramente el consumo promedio de carne que se requería de acuerdo con las fuerzas que habían de suplirse al ejército, y con el número de acompañantes; y con base en dichos cálculos, se traía ganado de los llanos y se le soltaba para que pastase en los yerbazales existentes en las inmediaciones del camino que habría de seguirse, en donde el ganado engordaba y adquiría peso antes de que se necesitara su carne para alimento de las tropas.

Alrededor de las dos, y al bajar por aquel sector de la montaña que se denomina la Selva de los Báquiros, divisamos el humo de varias hogueras, que sobresalía por sobre la copa de los árboles del bosque; y escuchamos el monótono matraqueo o cadencia de las *maracas*, una especie de instrumento para llevar el compás, a cuyo

son bailan los *paisanos*, y acerca del cual daremos algunas noticias al describir la llegada a Cúcuta. A poco apareció ante nuestros ojos el *corps d'armée* del general Urdaneta, vivaqueando a ambas orillas del camino y en los bosques contiguos. Tuvimos que pasar cerca de varias de las fogatas, y al observar la bondad y cortesía que demostraban los soldados en sus hábitos y modales, no pudimos sino compararlos, y ventajosamente para ellos, con los de aquellas tropas de otras partes del mundo, cuya rudeza y vulgar impertinencia no tienen aquí imitadores. Tres o cuatro arbolillos, atados con cuerdas que se tendían bajo las ramas a unos cuatro o cinco pies del suelo, formaban el área de la cocina, donde ardía un alegre fuego para hervir los alimentos y tostar o asar la carne. Las compañías se organizaban en el número de ranchos requeridos, cuyo servicio se distribuían mutuamente. Conforme a la cantidad ya prevista, se sacrificaba a las reses en los sitios adecuados, y apartándose la porción de carne para cada rancho, se la llevaba al fuego. Como los utensilios de cocina son escasos y rudimentarios, la comida se prepara y reparte rápidamente; aunque aquí, al igual que en todos los lugares donde las verduras y frutas son abundantes, se aderezaban sopas y otros platos con yucas, arracachas, apios y el siempre gustoso plátano, que muchas veces hubieran podido dejar satisfecho a un epicúreo. Los que terminaban primero de comer, formaban grupos para cantar y divertirse. Eran ellos los que tocaban las *maracas*, y vimos a hombres y mujeres que bailaban al son de un *galerón* o un *bolero*. En otros sitios, bajo los enormes árboles del bosque, se oía, aunque apenas perceptible, el rasgueo de las guitarras, así como diversas canciones cuyo tema principal giraba siempre en torno a los nombres de Colombia y de Bolívar.

El espectáculo era sumamente interesante, y como muchas de las hogueras estaban encendidas en pleno camino, nos vimos obligados por cortesía a marchar en forma sinuosa, que por imponer mayor lentitud que si la vía hubiese estado completamente desembarazada, nos daba la oportunidad para observarlo, todo con mayor detenimiento que si fuésemos en línea recta. Los árboles de la selva tenían una altura inmensa; y ya fuese porque su crecimiento natural lo permitiera, o porque los soldados hubiesen cortado las ramas inferiores para combustibles, los troncos aparecían

en toda su magnitud. Al pie de los árboles, la tierra estaba libre de malezas, pero sobre ella se proyectaba una luz borrosa, como si se filtrara a través de un biombo situado en las alturas. en todo aquel trayecto los soldados se mostraban alegres, corteses y de buen natural, y a menudo despejaban de obstáculos la vía para que pudiéramos pasar, intercambiando chistes y bromas con nuestro infatigable sargento.

A una media milla al pie del vivac estaba la *casa de las postas* de Challomar [sic], cuyo frente principal daba al valle, y uno de cuyos extremos miraba hacia el camino. Era una cabaña exactamente igual a la de El Cobre, en cuyo torno se agrupaban tumultuosamente soldados y oficiales de todas las categorías, pertenecientes a la caballería, la infantería y la artillería. Nos pareció un conjunto muy pintoresco y pasamos a través de sus desordenadas filas. Un oficial inglés —el mayor Frazer, del estado mayor del general Urdaneta, como luego supimos—, nos abordó y saludó cortésmente, hizo varias preguntas y nos suministró las más recientes nuevas. Fui a visitar al general para presentarle mis respetos, así como los pasaportes, los cuales se negó amablemente a revisar, por estar ya enterado de quiénes éramos. Nos invitó a desmontarnos y a compartir con él su rancho de soldado. Se mostró interesado en averiguar las noticias que hubiéramos escuchado en Mérida, en La Grita, o por el camino, y le transmití todas las informaciones de que disponía. Luego nos despedimos, apurando el paso de nuestras mulas para recuperar el tiempo perdido. La vía era ahora más intrincada y laberíntica, el bosque más profundo, penumbroso y húmedo, y la tierra llana quedaba aún a gran distancia. El sargento, que se conocía el terreno palmo a palmo, se adelantó de pronto a nuestro grupo. Entre tanto, las mulas mostraban evidentes señales de fatiga por aquel largo descenso, que hacían gravitar todo el peso de la carga sobre sus patas delanteras. Andábamos a través de un sendero ondulante y arenoso, humedecido por un parvo arroyuelo, cuando el sargento dio una gran voz, y se internó súbitamente por el boquete de un matorral, que resultó ser una rústica empalizada, tras de la cual un simple forastero no hubierda imaginado que existía la habitación de un ser humano. Lo seguimos por aquel soto, y nos encontramos frente a una amplia casa de campo, que se alzaba en el espacio frontero. Ante la puerta se exten-

dían cueros secos de res, y en ellos se exponía al sol el café en grano para el secado. En torno se extendía un bello, amplio y profundo cafetal, ornamentado por abundantes matas de plátano. Otra casita más pequeña estaba separada por cierto espacio del frente de la vivienda principal; y una deleitosa quebrada, que se utilizaba para regar la plantación y el huerto vecino, pasaba murmurando sobre un lecho de guijarros verduscos y grisáceos.

Fuimos invitados a entrar por la hondadosa dueña de la casa, quien había reconocido en el acto al festivo sargento como a antiguo conocido suyo, e hizo también prontamente amistad con todos los de nuestro grupo. El sargento compró huevos, una gallina y un pavipollo, ordenando que fuese asado este último para que pudiéramos disfrutar de un suculento festín en los solitarios parajes que habríamos de atravesar al día siguiente. Cuando llegó la noche, paladeábamos los últimos sorbos de chocolate. Conforme a la práctica usual, las hamacas estaban ya debidamente colgadas, pero era tanta la oscuridad que nadie podía precisar el sitio exacto de la suya. La buena señora logró salvar la dificultad, divirtiéndonos extremadamente con el novedoso estilo del alumbrado que utilizaba. Con una fibra vegetal más o menos del tamaño de un tallo de heno, tenía enhebradas, como un sartal de abalorios, varias semillas de palmacristi o ricino, las cuales, perfectamente secas, estaban perforadas con un punzón para que la fibra pasara de una a otra. La sarta de semillas pendía de su mano, y habiendo encendido la última, ésta despedía una llama tan pura y brillante como la de un quinqué. Aunque habría unas cuarenta semillas dentro del cordel, la llama no se extendía hasta la inmediata superior hasta que se desprendía convertida en carbón la que estaba alumbrando, pero no sin dejar prendida la anterior, y así sucesivamente.

Fuimos tratados muy amablemente, y nuestra anfitriona parecía experimentar tanta satisfacción en hacernos objeto de sus atenciones como nosotros en recibirlas. Se negó a admitir ninguna remuneración por las hermosas naranjas y dulces cambures con que nos obsequió, e incluso insistió aquella buena señora en que el café que nos sirvió en la mañana debíamos aceptarlo como una nueva muestra de su hospitalidad. Además, le dio efusivas gracias a *Santa María* con gran vehemencia y placer cuando el sargento le

anunció que estaríamos de regreso por la misma vía dentro de tres o cuatro meses, lo cual era realmente mi intención, aunque ello dependía, sin embargo, del curso que tomaran los asuntos de cuya tramitación estaba encargado.

La larga experiencia adquirida por mí en los viajes efectuados por diversas partes del mundo me había hecho apreciar la utilidad y ventaja que significa el hecho de disponer de pequeñas baratijas, cuchillos y tijeras corrientes, agujas, dedales, cintas, carreteles, hilo de coser, alamares y algunos cartones de botones de nácar, para obsequiarlos como presentes, de acuerdo con la persona a quien se desea cumplimentar. En esta ocasión, al igual que en otras anteriores y posteriores, comprobé con agrado la satisfacción que proporcionaban los menudos artículos ya descritos. Para agasajar a los chiquillos de la casa, debía pensarse primero, como era natural, más en el placer que en la utilidad que pudieran derivar de los regalos; en cuanto a la señora, se mostró singularmente complacida con unas tijeras de gran tamaño y un dedal de plata. No había previsto, en realidad, que se mostrara tan agradecida con aquellas cosillas; y he querido consignar prolijamente estos detalles para que tomen nota los futuros viajeros, quienes en forma similar pueden dejar un grato recuerdo suyo y de las personas que lo acompañen. Lo que lamenté sinceramente fue que aquellos objetos no fuesen de mayor valor, en vista del desinterés con que se nos brindaron tantos favores, en paraje que parecía totalmente apartado del resto del mundo, pues nunca hubiera esperado encontrar una residencia habitada, y mucho menos un cafetal tan hermoso y tan próspero, en medio de aquellas soledades. Aunque nos acostamos temprano, nos levantamos ciertamente tarde, y sólo fue a las nueve de la mañana cuando emprendimos marcha hacia Táriba.

Las regiones montañosas de la cordillera presentan, a los ojos del viajero, aspectos muy distintos de los que aparecen en las descripciones que se han publicado sobre ellas. En efecto, casi siempre se describe a esta cordillera como si formara una sola cadena de ininterrumpida longitud y de empinadas alturas. Ello no permite formarse una cabal concepción de la realidad. Yo diría más bien que, aunque en cierto sentido puede considerársela continua, también debe admitirse que presenta constantes interrupciones, o sea

que, a pesar de saberse que las alturas de la cordillera se inician en Patagonia, o mejor dicho, que la Tierra del Fuego constituye originalmente parte de la misma, tal como la Sierra de Santa Marta o de Bergantín, no por ello debe pensarse en una estructura montañosa unitaria y consecutiva. Aun en el supuesto de que fuese una sola cadena, especialmente bajo la línea del ecuador, se trata de cordilleras que, formadas por grupos diferentes y numerosos, aparecen cortadas en todas direcciones por valles y llanuras; y su verdadera constitución parece corresponder a la de una inmensa altiplanicie o meseta, sobre la que se hubieran amontonado millares de montículos, en cuyo centro se elevara una nueva mesa, a través de la cual y en sus bordes aparecen diseminadas y apiladas otras lomas y montañas, dando paso a su vez a distintos y sucesivos altiplanos, hasta rematar en sabanas como las de Bogotá o de Quito. Si no fuese porque ello haría rebasar la extensión de este trabajo más allá de los límites que me propongo darle, abundaría en observaciones más detalladas sobre el tema, que por cierto ya estaban consignadas por escrito antes de mi partida de Colombia.

El valle hacia el cual habíamos descendido presentaba características muy notables. Sus aguas parecen vacilar para escoger cuál ha de ser en definitiva su desembocadura marítima. La prolongación de la sierra de Mérida, de la cual formaban parte las que acabábamos de trasponer, semejaba torcer aquí el rumbo hacia el sur y el sureste, hasta desaparecer en esta dirección. Sin embargo, ello no pasaba de ser simple apariencia; aunque demasiado remotas para que fuesen perceptibles con suficiente claridad, su presencia era real; y montañas, colinas y llanuras, disminuidas por la distancia y por los términos de comparación, seguían extendiéndose por aquel inmenso espacio, orillado por las altísimas barreras del Chisga y del Albarracín. Nos encontrábamos aquí en la parte norte de la serranía, y el *río Táriba*, que vadeamos como un somero arroyuelo, y que al parecer debería buscar salida hacia el mar Caribe, sigue en realidad un curso diferente hasta que, en unión de otros afluentes, contribuye a engrosar el caudal del río Apure.

Si bien la vía usual es la que pasa por San Cristóbal, preferimos ganar leguas cruzando el río Táriba, dejando aquella ciudad a la izquierda y enderezando rumbo al noroeste, por la ruta de Ca-

pacho. Descansamos y tomamos un refresco en Táriba, donde nos encontramos con un médico francés que prestaba servicio en el ejército, y quien, al igual que otros colegas suyos, se quejaba de la salubridad del clima, donde —según nos manifestó— el ejercicio de su profesión podía hacerlos morir de hambre en medio de tanta abundancia. Hechos como este son más elocuentes que toda una disertación. Táriba había sido una linda población, aunque ahora mostraba los "rasguños de la guerra"; pero la comarca circundante, en la vasta extensión hasta donde alcanza la vista, hacia el sureste, sur y poniente, está cubierta por una vegetación exuberante, y su temperatura es tan agradable como la de Caracas.

Después de reposar unas dos horas, y de hacer vanas gestiones ante el alcalde para que nos consiguiera bestias, determinamos —aunque fuese necesario un pago extra por tal concepto – seguir en las mulas que llevábamos, ya que Capacho, según las informaciones recibidas, sólo se hallaba a una distancia de tres leguas, lo que no exigiría más de tres horas de recorrido, aun cuando las calculáramos a tres o cuatro millas la legua. El desembolso de unos pocos reales, y el reparto de guarapo entre los muleteros, los puso a todos de acuerdo, y llegamos a Capacho alrededor de las cinco.

Este lugar se encuentra ubicado en lo alto de una colina, formada en su totalidad por una arenisca ferruginosa. Es una roca desnuda, en la cual sólo brota la vegetación en pequeños huecos o grietas; aunque la zona circundante aparece despejada, la montaña se muestra muy escarpada hacia el norte y el oeste, en cuya dirección la perspectiva es salvaje e ingrata. Sin embargo, el pueblo tiene una iglesia espaciosa, de estructura rudimentaria pero sólida. Similar construcción revelan algunas viviendas medianamente aceptables; y muchas otras se ven esparcidas por las laderas del cerro, aprovechando cualquier pequeño espacio que, por asemejarse remotamente a un terreno llano, invitara a residir allí, si es que alguien puede sentir atracción para hacerlo en paraje tan desolado. Todos los moradores de Capacho, al menos los que estuvieron visibles para nosotros, son de pura descendencia africana; salvo en Estánquez, no había visto ninguna otra aldea cuyos habitantes fuesen exclusivamente de esa procedencia, y en todo el país no encontré tampoco una población negra tan numerosa. Eran gente ya

emancipada, y sus costumbres no diferían de las de los demás habitantes de la región. Se mostraban muy corteses, sin la menor inhibición ante la presencia de forasteros, y se complacían en prestar cualquier servicio. Aunque se veían mejor vestidos que la roca de la que parecían derivar satisfactoriamente sus medios de subsistencia, nos indicaron, por medio de gestos, que su prosperidad se basaba en las plantaciones y campos circunvecinos.

Por esta rocallosa eminencia vagaba una piara de cerdos, de inusitada robustez; y no encontramos dificultad alguna para conseguir leche, huevos y frutas, gracias a la espontánea mediación de aquellos sencillos aldeanos. Sin embargo, para mí resultaba inexplicable que hubieran escogido, para vivir, un paraje como aquel, en vez de hacerlo en cualquier otro sitio de tan hermosa comarca. Aunque no había alcalde, en realidad no requerimos su ayuda. Una joven muy cortés nos señaló una casa vacía, que era la de mejor aspecto, y en ella colgamos las hamacas y tomamos nuestro habitual refrigerio compuesto de guisado y chocolate. La única conjetura que consideré racional para justificar el hecho de que aquellas gentes hubieran resuelto fijar allí su residencia permanente, se basaba en la existencia de una enorme cantidad de rojas hormigas, las cuales abundan de modo no común en la comarca adyacente, donde su extrema laboriosidad queda evidenciada por elevados y numerosos montículos de tierra que, en proporción a su tamaño, deben considerarse mayores que las pirámides de Egipto con relación a la estatura de los seres humanos que las edificaron. Ahora bien, como esta roca carecía en absoluto de humus y de vegetación, ello parecía ponerla a salvo de las hormigas; y quizá sus moradores, cuya piel lisa y brillante revelaba prosperidad y salud, la eligieron justamente porque les prometía un refugio seguro contra tales insectos. Además, y mostrando igual lozanía que los otros habitantes, se veían también abundantes rebaños de cabras.

En la mañana del 10 de enero descendimos por la estéril vertiente de Capacho, y entramos en un barranco de caliza arcillosa la cual se disolvía, descolorándola, en el agua que rezumaba de la tierra esponjosa que, cubierta de una yerba negra y pardusca, se extendía por las laderas. Las características de aquella zona rocallosa que pudimos observar durante esta jornada hubieran bastado

para satisfacer ampliamente, durante un mes o acaso por mayor tiempo, la curiosidad del geólogo más acucioso. Era, en efecto, infinita la diversidad de los estratos que presentaban las vertientes de los barrancos y declives de las montañas. Bajábamos por altísimas laderas o estribaciones de formación trapeana, constituídas por una arenisca calcárea, teñida de óxido de hierro, como por obra del artificio humano. Se veían peldaños semicirculares que semejaban conducir a algún enorme edificio. En efecto, los rellanos de uniforme regularidad y los bordes verticales tenían toda la apariencia de una escalera, y las interrupciones que ofrecían en su prolongación, o en los extremos de esta serie de tramos, parecían corresponder a los escombros de monumentos construidos por el hombre. En otros sitios, donde la corriente de un arroyo serrano había socavado la haz de una torrentera, haciendo desprender parte de la loma, quedaba al descubierto un sector vertical de la misma, en cuya superficie se entrecruzaban una veintena de diferentes estratos en líneas horizontales, pero variables. Eran evidentemente estratos de una antracita de brillantes fisuras; de un carbón mate; y de una tierra blanca como un vellón, o de un ocre amarillento. Se advertían asimismo capas de grava silícea, junto con enormes masas rubias de cuarzo. Estas presunciones sólo se refieren a lo que podíamos observar a nuestro paso, sin desmontarnos ni realizar ningún esfuerzo para recoger especímenes, que hubiera sido muy difícil transportar y conservar.

En este punto la comarca había cambiado totalmente de aspecto. Ingentes promontorios, barrancos, rocas descoloridas, y lúgubres quiebras, de los cuales estaba excluido todo vestigio de campiña o de bosque. Parecía ser el sitio de convergencia de los grandes ramales y picachos desprendidos de la confederación montañosa de los Andes, que aquí se hubieran congregado para poner en libertad sus aguas acumuladas, y distribuir hacia los cuatro puntos cardinales sus desbordamientos periódicos, que fomentan y difunden la vegetación y la salubridad, templando el clima de los parajes que se extendían en su contorno y a su falda, aun cuando, en su inmediata presencia, lo que parecía prevalecer era la sempiterna esterilidad y el desconcierto geológico. Al tender la vista hacia el oeste-noroeste, se columbra la gran cadena montañosa de Perijá que abre sus enormes ramales, suavizando, al proyectar sus sombras

majestuosas, la temperatura de los numerosos valles de la tierra baja, cuya riqueza y fertilidad propicia y encierra. Más lejos, hacia el nor-noroeste aparecen al sierra del Socorro y la altiplanicie intermedia de Girón, separada por su típico páramo, y por cuyo borde oriental corre la ondulante y perezosa corriente del Gallinazo. Más al norte surge Ocaña; y de su parte oriental se va alejando un páramo altísimo en forma de larga curva, cuyos extremos se prolongan hacia el este, a manera de cuernos. En la parte septentrional de esta enorme curvatura, que es la más elevada de la región, se alza por sobre las nubes la nevada Sierra de Santa Marta, en dirección casi al norte, dejando caer su inmensa sombra —cuando al mediodía queda aún distante al avanzar o alejarse en su marcha el astrota diurno— sobre selvas y riscos, así como sobre los innumerables ríos que por el este se dirigen hacia el lago de Maracaibo o el mar, y que por el oeste desembocan en el Magdalena, templando el clima del exuberante y hermoso valle Dupar y de aquellas fértiles llanuras que habrán de convertirse, antes de que transcurra mucho tiempo, en el asiento de un emporio agrícola y de una población numerosísima.

Volviendo a nuestro punto de vista, desde allí divisamos también, a un lado, el curso del río Táchira; y al otro, el del Zulia, que sirven de característico lindero nororiental a aquellos espléndidos grupos montuosos, a los que se conoce con los nombres de Sierra de La Grita, de Pedraza, de Mérida y de Trujillo, cuyas cumbres y laderas acabábamos de recorrer; mientras que al sur las alturas tienen las denominaciones de Almorzadero, Pamplona, Chita, Zoraca, Chisga, Guachenuque y Chingasa (*), llamada también significativamente la Sierra de los Vientos, además de muchas otras cuyo nombre se deriva del que tienen los pueblos o ciudades adyacentes.

Cuando ganamos esta orgullosa eminencia, la perspectiva continúa ofreciendo nuevos aspectos aun de mayor sublimidad. Las

(*) Se transcriben textualmente los nombres que trae Duane, aunque bien puede conjeturarse que, tanto en este pasaje como en otros de los capítulos subsiguientes, la grafía de muchos de ellos haya sido desfigurada por la habitual negligencia ortográfica del autor, al citar nombres de lugares, ríos, montañas, etc. (N. del T.)

selvas volvían a aparecer, abriéndose paso por entre las rocas o cubriendo sus ásperas deformaciones con un velo de verdura. Luces y sombras armonizaban fortuita y gratamente, y los brillantes riscos, que resaltaban entre una vegetación de apagados tintes, contribuían a que el paisaje fuese a un tiempo bello y majestuoso. En algunos casos, por cierto bastante frecuentes, donde la vasta superficie de aquellas rocas abruptas quedaba expuesta directamente a los cuatro vientos del horizonte, producía a veces —como resultado de los trazos eventuales de denudación ocasionados por la acción atmosférica— formas y siluetas que semejaban enormes conjuntos de feéricos palacios o estructuras similares a aquellas que en los orígenes del mundo, según los poetas y los mitólogos, amontonaron los Titanes y los Gigantes en su empeño de escalar el cielo. No era ésta, sin embargo, la única impresión que dejaban en la fantasía. En efecto, y desde cumbres más elevadas, cuando la atmósfera estaba clara y los rayos solares se proyectaban oblicuamente sobre el horizonte, el panorama parecía presentar ciertas llanuras o depresiones salpicadas de sombras con líneas más caprichosas que las del sombreado de un buen mapa. Aquel fingido espacio era de tanta amplitud y extensión que la cabeza experimentaba una sensación de vértigo, como si uno estuviera asomado a los bordes de un precipicio, mientras el pulso del espectador se aceleraba de admiración y de placer. Esta visión, no obstante, era asaz efímera; los cambios de luz echaban prontamente abajo toda fantasmagoría, revelando el verdadero aspecto de aquel panorama quebrado y selvático, como pudimos luego apreciarlo a medida que nos acercábamos.

Inconscientemente me había ido quedando rezagado, lo que raras veces ocurría, y cuando desperté de aquel arrobamiento de los sentidos, tuve que apurar el paso de mi cabalgadura por barrancos empinados y escabrosos, formados por el capricho de la naturaleza, y a través de los cuales el hombre, no menos caprichoso que aquella, había abierto una senda para descender al valle de Cúcuta. Desde allí, como si alguno de esos genios a que han dado vida las fábulas hubiese resuelto seguir jugueteando con la sensibilidad ya excitada, se divisaba —entre varios arroyos de límpidas aguas que parecían forcejear con los guijarros del valle— una corriente caudalosa y de manso curso, cuyo matiz la hacía asemejarse exactamente a un río de leche. Al cruzarla posteriormente, advertimos

que la similitud obedecía al color calizo de sus aguas. La temperatura del valle estaba ya demasiado cálida para continuar siendo víctima de los sortilegios de la imaginación; y, a poco andar, entramos en el pedregoso lecho del Táchira, que diseminaba sus aguas a través de una gran cantidad de quebradas, en aquel extenso espacio. Aquí estuvo antiguamente la frontera, y el Táchira servía de lindero entre las jurisdicciones del virreinato de la Nueva Granada y de la Capitanía General de Caracas. Hoy ya no existe políticamente dicha marca fronteriza, la cual ha sido modificad en virtud de la nueva distribución en departamentos, provincias y cantones. San Antonio y El Rosario de Cúcuta, antes separados por el río Táchira, no pertenecen actualmente a distintas jurisdicciones, sino a la intendencia de Boyacá, provincia de Pamplona, y ambos forman parte del mismo cantón.

Llegamos a San Antonio de Cúcuta sobre las cuatro, y el descenso fue tan fatigoso que nos vimos obligados a hacer alto en una pulpería de buen aspecto, donde descansamos durante una hora. Tuvimos así la oportunidad de observar que ya se evidenciaba un cambio visible de modales, señales de industriosa actividad, y casas más altas y mejor construidas. Sólo para justificar nuestra intrusión, juzgamos conveniente adquirir algunos artículos, pero la dueña del negocio, quien estaba laboriosamente ocupada en arrollar tabacos, nos dijo —y ni su charla ni sus preguntas la hacían interrumpir su tarea, ni aminorar su cortesía— que no era necesario que compráramos nada, pues ya se sentía suficientemente cumplimentada con que hubiéramos preferido su casa para reposar; y le ordenó a una chiquilla que nos trajese lo que deseábamos, o sea unas frutas de buena calidad y un poco de azúcar.

Cuando salimos de Caracas, ya habíamos sido previamente informados de que la moneda de plata venezolana llamada *macuquina* (*), sólo sería aceptada hasta la comarca oriental del Táchira, pero no en el sector occidental. En consecuencia, y de acuerdo con nuestras estimaciones, apartamos la cantidad de plata macuquina que consideramos indispensable para el viaje, por cierto que con bastante precisión, pues ya no nos quedaba gran cosa. La

(*) *Maquilina*, escribe Duane.

señora, sin embargo, la admitió en esta ocasión, pero con la advertencia de que sería rechazada al otro lado del río, y que aunque tampoco gozaba de mucha aceptación en esta margen, ella convenía en recibirla, tomando en cuenta nuestra condición de forasteros. Si bien las prácticas comerciales de esta sociedad son todavía un tanto primitivas, en comparación con las de países altamente desarrollados, sus ideas acerca del dinero tienen una base más racional que en otros lugares. En efecto, el tipo de cambio del *doblón* varía, en Caracas, al canjearlo por plata, de diecisiete a dieciocho pesos y medio. Existe, sin embargo, cierta estafa en la variable relación establecida entre ambas clases de moneda, pues la efectiva es de dieciseis de plata por una de oro fino standard de veintidos quilates. La causa principal estriba en el abuso instituido y propiciado por esta malhadada moneda macuquina. Su forma corresponde a la de las diversas piezas angulares en que puede dividirse una moneda de valor inferior a un cuarto de peso; una de ellas con un borde redondo, en tanto que los otros dos tienen los lados en ángulo agudo; de ello se deriva el nombre de *bit* (*) que se le da en las Indias Occidentales. La plata macuquina consiste, pues, en dichas monedas fraccionarias que toman la denominación de las respectivas subdivisiones del peso, o sea el *real* (un octavo de peso, o doce centavos y medio); el *medio*, o la mitad de un *real;* y el *cuartillo*, o la cuarta parte de un *real*. Esta moneda tan imperfecta es, además, muy impura. Cuando se trata de transacciones distintas de las simples operaciones comerciales al detal, se la usa en menudos talegos de diez o veinte pesos, o de cualquier otra cifra redonda hasta ciento. La suma total se calcula de acuerdo con la denominación corriente, pero como un real puede dividirse en cinco piezas pequeñas en vez de cuatro, y cada una pesa como un cuarto de peso en vez de un quinto, resulta que el valor total, si se contrasta con el del peso genuino de la moneda, puede significar, en promedio, la pérdida de una quinta parte, o sea entre un quince y un veinte por ciento. Por lo tanto, al recibir o entregar doblones, esta moneda viciada establece un sobreprecio; y el hecho de que la diferencia sea algunas veces inferior al veinte por ciento obedece a la circunstancia de que no todas las monedas fraccionarias tienen

(*) Parte o porción pequeña; y, en este caso, "moneda fraccionaria". (N. del T.)

fallas en el peso, aunque según las observaciones efectuadas personalmente por mí, el número de piezas deficientes es realmente mayor del que se supone. Por lo general, al cambiar cien pesos fuertes por plata macuquina, conforme a la estimación corriente, se convierten en menos de setenta y cinco si se atiende al peso y a la pureza efectivos. Quizás llegue a pensarse que, por tratarse de un uso ya tradicional, y de que nadie muestra renuencia a ser estafado en esa forma, dicho fraude se torna inocuo. Así, al menos, trató de justificarme esta práctica *uno de los interesados* en que se mantenga. Es evidente, sin embargo, que al ser sancionada o tolerada por el gobierno, y cuando las instituciones establecidas y respaldadas por éste amparan esa moneda fraudulenta, ello trasciende a complicidad en favor de los ricos para que esquilmen a los pobres, y equivale al privilegio que se otorga al tahur experto para embelecar al ignorante y al ingenuo.

Al referirme específicamente al dinero circulante y a la casa de moneda de Colombia, abundaré probablemente en mayores detalles sobre esta defectuosa práctica monetaria, la cual exige que el gobierno, en defensa de su propio prestigio y de los intereses que en su condición de autoridad representativa está obligado a proteger, aplique al efecto un correctivo eficaz que, fortalecido por el sistema bancario tan impropia e infelizmente introducido, pueda evitar males no menos dañinos para el público y las familias que el estado de servidumbre destruido por la revolución.

Después de descansar en San Antonio de Cúcuta, y de charlar con los simpáticos moradores de la casa donde nos hospedamos, y con las personas que vinieron a visitarnos, impulsadas por una curiosidad que no tenía nada de impertinente ni de ingrata, cruzamos la corriente principal del Táchira y llegamos al Rosario de Cúcuta el día 10 de enero, alrededor de las cinco y media de la tarde.

Como no fue posible localizar al alcalde, despaché al sargento para San José, donde reside el comandante militar, a quien le envié la carta que le dirigía el general Clemente. El sargento regresó antes de anochecer, portando una orden para que se nos consiguiera el mejor alojamiento asequible en la ciudad, y todo lo demás que pudiéramos necesitar. Fuimos conducidos, por lo tanto, a una ex-

celente casa de Cúcuta, situada frente a la plaza, y provista de amplios y cómodos oposentos. Había sido en otro tiempo la morada de Pedro Sopo, un caballero francés que residió allí largo tiempo, pero que por haberse sumado a la causa de los Borbones, tuvo que emprender la fuga, después de la cual fueron confiscados todos sus bienes. La casa presentaba el estilo oriental de costumbre, con un patio de gran amplitud, buenas habitaciones, y cuartos adicionales para huéspedes, además de un corredor interior y de un comedor muy holgados, así como de una cámara privada que recibía luz de la calle. La cocina quedaba en un sitio apartado, pero dotada también de suficiente espacio, y si bien había sido afectada por las confiscación, todavía conservaba vestigios de que su antiguo dueño le rendía debido homenaje al *art de viver (sic)*, aunque los fogones estaban ahora un tanto descalabrados y poco limpios. En un anchuroso corral al fondo de la casa crecía un tamarindo que era por cierto el de mayor tamaño que había visto en toda mi vida. En Bengala raras veces tiene una altura superior a quince pies, y su tallo no pasa de cuatro a cinco pulgadas de diámetro. En cambio, este hermoso árbol se alzaba a unos cuarenta o cincuenta pies, con un tronco que medía veintidós pulgadas de diámetro a cuatro pies de la tierra. Ostentaba copiosos racimos de su apetecible fruta, pero que todavía no estaba en sazón.

Este valle rivaliza con el de Barquisimeto en la riqueza de su suelo y en el número de sus plantaciones de cacao, café y caña de azúcar. En cuanto a las frutas que se dan habitualmente en los climas templados, como naranjas, limones, limas y piñas, además de las muy numerosas que son tipicas de estas comarcas, se producen aquí con extrema perfección y abundancia, a pesar del aspecto salvaje y desolado de las montañas.

INDICE

Pág.

Prefacio I

La personalidad de William Duane XI

La Visita a la Gran Colombia XIX

El círculo de Filadelfia XXVII

Prefacio 1

CAPITULO I.—Embarco. Recibimiento a bordo. Una hermana de Bolívar ocupa el mismo camarote. Variado, y muy jovial y afable, el grupo de comensales. Paso por Sandy Hook, el 3 de octubre. Alcanzados por el Vencedor, nuestro buque escolta. Rumbo al sureste. Características y potencia de ambas naves. La "latitud de los caballos". Conjeturas acerca de las mismas. Preparativos de combate. Actitud de la señora Bolívar. Avistada la isla del Sombrero en la tarde del 14. Cruzamos cerca de la Orchila. Se vislumbra el Cabo Codera. Surge la costa al aproximarse a Caraballeda. Anécdota histórica sobre sus animosos habitantes. Fundación de La Guaira. Columbramos el Monte Avila y la Silla. Aspecto frontero de las montañas. Palmeras en Maiquetía. El pueblo. Las casamatas de La Guaira batidas costantemente por la marea. Prisión y tumba de los patriotas. Anclaje el día 18, después de largar catorce brazas de cable. Salvas desde nuestra nave y su contestación. La corbeta norteamericana *Cyane* y su capitán Spence. Varonil conducta de este último. Desembarco el 18. Factible construcción de un puerto seguro, al abrigo de todas las tormentas. Encuentro inesperado con viejos conocidos. Amabilidad del cónsul norteamericano y del comodoro Daniels. Presentados al comandante de La Guaira. Su residencia. Edificios y modo de vida al estilo oriental. Cortesía de un amigo. Exento nuestro equipaje de la inspección aduanera. Sistema empleado para llevar a tierra bultos y maletas. Pago a los cargadores 5

CAPITULO II.—Grata demora en La Guaira. En Venezuela las mulas prestan los servicios que están a cargo de caballos, carretas, coches y diligencias en otros países. Se entra en la ciudad por una estrecha callejuela que

conduce a la calle principal. Descripción. Estilo asiático de los almacenes y otros edificios. Escombros del terremoto de 1812. Obras de defensa. El alojamiento en los hoteles. Los precios. Albergue más confortable que en las posadas del interior. Ausencia de mosquitos y moscas. Mobiliario con mezcla de lo antiguo y lo moderno. No hay coches de ruedas. Falta de caminos. Proyecto de una carretera y de una vía ferroviaria a través del valle de Tipe. El ferrocarril no es una ruta adecuada en los países de gran extensión. Utilizadas por primera vez las carretas en Petare. Las casas de piedra no fueron afectadas por el terremoto. Abundancia de fuentes públicas. Agua de buena calidad. Exageración de Humboldt; el calor no es excesivo en octubre. Los termómetros no siempre merecen desmedida confianza. Madrás, Calcuta y Batavia son mucho más calurosas que La Guaira. Exageradas también las noticias sobre enfermedades endémicas: en las inmediaciones no existen pantanos ni manglares. Ocurrencia incidental en Borburata. Poblaciones rivales que denigran una de la otra. Efectos de la política española. La prosperidad de todo un país se basa en la de sus diversas regiones. Advertencias a los viajeros en las regiones tropicales. Opiniones discrepantes acerca de la alta cifra de mortalidad que produjo el terremoto. Aspecto de los oficiales del ejército. Anécdota sobre dos centinelas. Soldados semejantes a los espahíes de la India. La Guaira puede llegar a ser un puerto espacioso y seguro. Caracas y los hacendados deberían estar interesados en que se construya dicho puerto. 21

CAPITULO III.—La calzada que conduce a Maiquetía. Puesto de guardia y cuartel a la mitad del camino. La parte oriental de Maiquetía forma una caleta, apropiada para servir de malecón occidental de un puerto artificial. Plano de la población. Delicioso paraje. Aventura nocturna en Maiquetía. Función musical con la lira del país. Novedoso estilo de baile. Cortesía de los habitantes. Todas las clases sociales revelan buen oído y donaire en la danza. *Refresco* de frutas obsequiado por estas hospitalarias *paisanas*. Se niegan a aceptar retribución alguna. Deleitados con la música. Cabo Blanco; efectos del terremoto de 1812. Mora fantasía la existencia de una bahía formada por Cabo Codera y Cabo Blanco. Llegada de las mulas desde Caracas. Nuestro previsor cónsul nos proporciona los servicios de un arriero. Advertencias a los viajeros acerca de mulas, arrieros y alcaldes. Paciencia a la fuerza. Para largos recorridos, es preferible comprar una mula, de silla de buena calidad, ahorrando así dinero y tiempo. Preparativos para a partida. Nos despedimos del comandante. Costumbres ingenuas. Fijada la hora para el encuentro en Maiquetía. Partida. Camino en zig zag por el Avila. Humboldt lo compara con el que lleva hasta Honda, aunque ambos son diferentes. Ascenso hasta Torrequemada, el Salto y Venta Grande, donde nos encontramos con la señora Bolívar y demás amigos. Una amable broma soluciona nuestro difícil acceso al parador. Plantaciones de café en la sierra. Descripción de los cafetos y de su cultivo. Reflexiones acerca del pequeño fuerte en La Cuchilla. El descenso por las Vueltas. La Silla se quita el velo. Vista de Caracas y primeras impresiones. Manantial en el camino. Entrada por la barrera de La Pastora. Ruina y desolación en torno nuestro. La calle Carabobo. Interesante reunión en casa de doña Antonia. Isabel se aloja en ella. Aceptamos la invitación del Dr. Forsyth. Presentados al Cnel. Todd 35

CAPITULO IV. — Música militar, excelente en todo el país. El Intendente Soublette. Desconocido el cargo de Intendente hasta que fue creado por

Pág.

Gálvez en 1777 a imitación de Francia; sus funciones actuales más amplias que bajo la monarquía. No hubo Intendentes en Nueva Granada ni en Chile y causa de ello. Conveniencia del cargo durante la guerra. Anécdotas del general Soublette; sus ascensos por méritos; figuró en el estado mayor de Bolívar y se distinguió en Cojedes, donde derrotó al general español La Torre. Dificultades del cargo de Intendente durante la revolución. Los éxitos obtenidos y su capacidad para actuar rápidamente. Fue nombrado Ministro de Guerra en 1824. Familias patriotas distinguidas: Clemente, Tovar, Toro, etc. Primera impresión de la ciudad: calles, un plano inclinado del nor-oeste al sudoeste; Plaza Mayor; valle de Chacao y llanura de Petare. Ríos y quebradas. Acueducto destruido por el terremoto de 1812. Excelentes fuentes públicas. Costumbre de sacar el agua. Puentes. La Iglesia de la Candelaria convertida en un montón de escombros. Puente de la Candelaria. Limpieza urbana. Pavimento de calles, portales y patios. Buen sistema de pavimentación. En Caracas no hay aceras. Todo el empedrado es de guijarros redondos, al igual que el de los caminos. Ingenioso modo para facilitar el paso de un barranco sin necesidad de puente. Estilo oriental en todos los edificios públicos y casas particulares. Interior de las viviendas —tipo y materiales de construcción—. Mortandad en 1812, debida principalmente al material llamado "pita". (4) Proceso de la edificación.. 51

CAPITULO V. — La plaza mayor. Descripción. Mercado abundante. Raíces comestibles. Frutas. Cambures y plátanos. Forraje para el ganado. Precauciones que deben tomarse en cuanto a pasto, víveres y provisiones de boca para el camino. La plaza es el sitio utilizado para el desfile de las milicias y para todos los festejos públicos. Breve descripción de una coleada de toros. En otro tiempo se ejecutó en esta plaza a los patriotas y hoy a convictos criminales. El bandido Cisneros. Otras plazas. La Universidad. Su biblioteca. Ciencia inactual. El salón de la clase de Matemáticas. Diagramas recién trazados en el pizarrón. Retrato de Sir Isaac Newton sobre la cátedra del profesor. Grotesca vestimenta de los estudiantes. Circulación de obras impresas. Estado de la profesión médica. El clero tiende a monopolizar la educación en el mundo entero. Su opulencia y poderío. Conventos. La catedral de Caracas. El arzobispo y la jerarquía eclesiástica. Patronato de la Iglesia. Los obispos, designados por el rey desde 1508, ahora son nombrados por la República 68

CAPITULO VI. — Procesiones del culto religioso. Algunas anécdotas al respecto. "Si a Roma fueres, haz como vieres". Cuestaciones ambulantes. Cánticos callejeros. Teatro. El Intendente entre los espectadores. Categoría del espectáculo. Larga representación dramática. La campiña de los alrededores de Caracas. Visita a la hacienda del Gral. Clemente, restaurada después de su devastación por los españoles. Callejones de naranjos. Cañamelares. Aldeas populosas. La ciudad iluminada a nuestro regreso. El onomástico del Libertador. Enormes muchedumbres en las calles. Alegría. Paradas militares. Diversidad de uniformes marciales. Abiertas las iglesias. Misa mayor. Función musical y odas festivas en honor de Bolívar. Lágrimas y recuerdos en esta celebración. Escenas de las matanzas realizadas por los españoles. Espléndido sarao 86

CAPITULO VII. — Aniversario de Bolívar el 28 de octubre. Regocijos y baile. Breve descripción de las maneras criollas. Estilo de la danza. La música. Valses. Rezago de hábitos hispanos. Etiqueta. La igualdad es

una realidad. Ausentes muchas beldades realistas. La magnanimidad de los republicanos con las familias realistas contrasta noblemente con el trato dado por los españoles a las damas patriotas. Un sabio varón revolucionario expone las causas en que se basa dicho comportamiento. El Dr. Litchfield. Paseo a Chacao. Velada en la hacienda Blandín. Descripción de la finca y de la casa. Excelente procedimiento para macerar y procesar el café. Ensanche de la plantación. Clase de suelo. Las damas de la familia. Concierto doméstico. Generosos sentimientos hacia Bolívar. Reunión social a media noche. Clima delicioso. Novedoso aspecto nocturno de las ruinas 101

CAPITULO VIII. — Preparativos para la partida. Amistoso interés por la seguridad de nuestro viaje. No se exageró en las descripciones. Advertencias y precauciones que consideramos aconsejables en vista de la experiencia posteriormente adquirida. No se debe contar con coches de ruedas, ni tampoco con hoteles, paradores ni camas. Cómo arreglárselas al respecto. Nunca está demás un buen descanso después de una fatigosa jornada. Para un viaje cómodo y seguro, se requiere ir provisto de hamaca, manta y una silla de montar adecuada. Recomendación para precaverse de "huéspedes" ingratos. Utilidad de las capas de hule. En qué consisten los *romeros*. Consejos acerca de sillas de montar, riendas y gruperas, así como también sobre la bellaquería de los mozos de mulas. Mapas e itinerarios. Muy inciertas las distancias calculadas en leguas. No se debe prestar mucha confianza a las estimadas por los arrieros. Entre las atribuciones de los alcaldes está la de ordenar el suministro de bestia; ventajas de este procedimiento. Compra de mulas de silla. Prevenciones para las necesidades del camino. Experiencia en materia de provisiones. Carga de las mulas. Contratamos los servicios de un *hombre de provecho* y de un *cocinero*, quienes usaban varios nombres. Todo un fraude su aptitud como guías. Conveniencia de viajar armados. Las mulas son descargadas en los altos del camino. Modo de acampar en bosques y páramos. La realidad hace recordar que los dedos y las totumas precedieron a cuchillos, tenedores y cucharas. Utilidad de un machete bien afilado. Yesca y fósforos, artículos baratos y de buena calidad. Listos para el viaje 115

CAPITULO IX. — Partida de Caracas 14 de noviembre. Cabalgata de amigos. Orillas del Guaire. La venerable familia Toro. Antímano. Paso por *La Vieja* [La Vega]. Llegada a Las Adjuntas. Confluencia de los ríos San Pedro y Macarao con el Guaire. Alto en una pulpería. Probamos por primera vez al cocina popular criolla. Artículos del campo. Posada para arrieros. Economía social. Vana solicitud de un refresco sin ajos. Precios moderados. Nos despedimos, después de risueños comentarios sobre el refresco. Alturas de Higuarote, Buena Vista. Panorama de Caracas. Camino excavado por el hombre. Un hermoso espécimen de asbesto. El General Páez y su séquito. Encuentro con jóvenes soldados más arriba de las nubes. Aspecto de la tropa. Bolívar era el tema de todas las canciones que escuchamos. Descenso difícil y peligroso. Abandonamos la zona de nubes y comenzamos a contemplar tierras verdeantes. Se destaca la bóveda celeste, de un azul profundo. Atmósfera más cálida. Llegada a San Pedro. Aventuras que allí nos ocurrieron. Noche de frío penetrante. Sacristía de la Iglesia; colgamos en ella nuestras hamacas. Imagen de la Virgen. Noche tranquila. Paso por Las Lajas. Más soldados y sus características. Las Cocuizas. El Consejo. Alto para refrescar. El río Tuy y su curso. El valle

de Aragua, aspectos del mismo. Alojamiento. Descripción de nuestro albergue. Hospitalidad. Cómo colgar las hamacas. Partida en las primeras horas del día 16. Apariencia de la comarca: arbustos florecientes, estribaciones montañosas y rasgos peculiares de las mismas. Arroyuelos de límpidas aguas. San Mateo. Finca del Presidente Bolívar: ingenio de azúcar y plantación muy hermosa. Hacemos alto en ella y se nos agasaja 130

CAPITULO X. — Breve descripción de la finca de San Mateo. Persona muy capaz el mayordomo de la hacienda. Agasajo que se nos brindó. Escenas de la intrépida autoinmolación de Ricaurte. Economía de los ingenios de azúcar. Fina calidad del producto. Demanda incesante. Anécdota. Comida. El pabellón del ingenio. Barbaridades de Boves. Hechos históricos. Turmero. Maracay. Prevista nuestra llegada a esta última ciudad, se nos había apartado alojamiento. El ejercicio de la industria es tradicional en la región. Previsora conducta del gobierno para con las viudas y huérfanos de los soldados. Salida de Maracay. El Lago de Valencia. El paso de la Cabrera, escenario de varios sucesos históricos. Un niño frustra un atentado para asesinar a Páez 146

CAPITULO XI. — El Lago de Valencia. El camino va costeando por sus márgenes. El humus invade el lecho del lago y es aprovechado para el cultivo del tabaco. San Joaquín. Desolación de Guacara. Día caluroso. Alto para refrescar. Seto recortado, con limeros cargados de frutas. San Diego. Perspectiva de la llanura y del lago. El pueblo recupera la confianza. Configuración de las montañas. Súbita aparición de Valencia. El Puente de la Glorieta. Oficiales patriotas fueron obligados a trabajar como peones en la construcción de este puente, entre ellos el Cnel. Uslar, actual comandante de armas de la ciudad. En su aspecto, Valencia es distinta de Caracas. Gran número de militares. La plaza mayor. La casa del señor Peñalver. Hospitalaria acogida. Nos sentimos como en nuestro hogar. Curiosidad femenina. Amabilidad. Consejos a los viajeros. El comandante. El general Páez. Buena educación y trato ameno. Visita nocturna a la casa del coronel Uslar. Excelente ejecución del toque de retreta. Anécditas sobre el coronel Uslar: fue comandante de los Granaderos de la Guardia; Bolívar negoció su canje; con feliz aplomo militar, contrataca estratégicamente a Morales en Naguanagua. Naturaleza del terreno en Valencia y en sus cercanías. Operaciones y estratagemas militares. Evoluciones y acción parcial. Llegada de Páez. Derrota de Morales. Efectos de la batalla de Naguanagua 164

CAPITULO XII. — Granaderos de la Guardia Colombiana; su comparación con otras tropas. Semejanza con los espahíes de Bengala. Conceptos generales sobre los militares del país. Las tropas extranjeras no están físicamente capacitadas para actuar en Colombia, ni tampoco podrían hacerlo los soldados colombianos en zonas de frío extremo. Privaciones ocasionadas por la guerra. Los caminos. Precauciones que deben adoptar los viajeros. Se agrega a nuestro grupo, como guía, un sargento de los Granaderos. Su personalidad. Sugerencias acerca de la clase de caminos existentes en el país. Demora en Valencia y sus causas. El Dr. Murphy. El señor Peñalver. Espantosa felonía de Boves y matanza ordenada por éste. El Dr. Peña logra escapar de los asesinos 181

CAPITULO XII. — Aguas Calientes. Preparativos de marcha. Precios cobrados por el alquiler de las mulas. Aumenta el número de nuestros com-

Pág.

pañeros de viaje. Partida el día veintiocho. Comarca muy hermosa. Vasta extensión sin cultivar. Descripción de nuestro grupo. Costumbre de viajar con armas y su conveniencia. Aspectos de la región. Promontorios que se proyectan hacia la llanura. Bifurcación del camino. Centros poblados a lo largo del trayecto. El campo de Carabobo. Conducta de Morales. Pugna entre los jefes españoles. La Torre se retira. Amenaza de Morales y varonil declaración del capitán Spence. Pueblos a la orilla del camino. Clima cálido. Viajamos de noche. Las Palmas. El río Portuguesa. Alojamiento de Las Palmas. Un alcalde obeso y de buena índole. Observaciones sobre costumbres locales. Estilo de construcción. Reminiscencias y analogías. Hábito de fumar y su decadencia 196

CAPITULO XIV. — Salida de Las Palmas. El Tinaco. Costumbres hospitalarias y bondadosas. Abundancia de pescado. Amables visitantes. Partimos antes del amanecer. Vivac. Marcha durante la noche. Amenazas de tormenta. Buscamos refugio. Hábitos orientales. Alojamiento inseguro. Las capas de hule resultan inapreciables. Hombres y mulas apiñados en un reducido espacio. Copioso aguacero. Delicioso sueño. San Carlos. Ciudad muy parecida a las de Asia. Iglesias con apariencia de mezquitas. Las mujeres atisban tras las romanillas de las ventanas. El comandante de la plaza, su esposa y su hermana. Cordial y franca acogida. Nos obsequian con excelente chocolate, buena crema, tortas de trigo y golosinas. Sus advertencias acerca del mal estado de los caminos. Pasamos por San José. La Ceiba. Sabrosa leche de vaca. Una viuda venerable. Cayecita. El Altar, un paso de notable aspecto. Nos vemos obligados a trepar por él. La *ficus gigantica* de Humboldt, o el higuerón. Bejucos. El río Cojedes, llamado aquí Río Claro. Algunas noticias sobre las higueras 211

CAPITULO XV. — Atravesamos una fértil comarca. Baladera (sic). Gamelotal. Santa Rosa. Prosperidad y cambio de costumbres. Barquisimeto. Vado del río. Cuesta escarpada. Un alcalde muy devoto. Obligados a permanecer en la calle, expuestos a la curiosidad de los transeúntes, durante dos horas. Socorridos por un militar que pasa junto a nosotros. El Dr. F. Mullery. Alojados en la residencia del comandante, quien se encuentra ausente. Obsequiados con frutas enviadas desde la aldea frontera. El señor Lara. Al fin el alcalde pone término a sus *oraciones* y se manifiesta agraviado por causas muy poco cristianas. Mi indisposición continúa. Noticias sobre Barquisimeto. Cuartel de reclutas en Santa Rosa. La zona circundante revela gran riqueza en productos naturales. El comandante. Mala fe del piadoso alcalde. Nos entrevistamos con el comandante, quien se comporta como un excelente amigo. El enojo del alcalde. Anécdotas. Sacudidas sísmicas. Partimos el 10 de diciembre. Lúgubre planicie, muy apropiada para servir de escena a las imaginaciones de Milton, Virgilio o John Bunyyan. Quibor: encontramos un aire puro, pájaros de bello canto y plumaje (entre ellos el jilguero europeo), y percibimos el típico aroma de la flor de la retama, aun sin haberla visto. Pericos y cacao. El Tocuyo: su río y su fértil valle; alto en las afueras donde nos brinda su hospitalidad un sombrerero; entramos a la ciudad y nos albergamos en casa del comandante de la plaza, cuya esposa nos trata bondadosamente, nos agasaja con horchata y me aplica un tratamiento médico; recibimos la visita del Dr. Leonardo, amigo del Dr. Mullery, quien aprueba la receta de la buena señora y nos explica el por qué. Otros visitantes. Sigo viaje en hamaca, transportada por peones 227

Pág.

CAPITULO XVI. — Benovolencia y hospitalidad. Partida. Dirección de la ruta. Intersección y aspecto de las montañas. *Humano caro Baxo* [i.e. Humocaro Bajo]. Un alcalde pícaro; sus trácalas contra los viajeros. Obtuvo de mi parte un enérgico rechazo. Singular ubicación de esta aldea y condiciones del camino que se recorre al salir de ella. Peligrosa elevación de una vereda sobre la vertiente del profundo valle, *un hato*. Declives de mucho cuidado. Seguridad que ofrecen las mulas y manera de conducirlas. Los charcos y las cabalgaduras. *Escalerras para mulos*. Aguacero; las capas de hule nos sirven de excelente protección. Viaje durante la noche, azotados por la lluvia. Descubrimos alojamiento. Encuentro con algunos oficiales del ejército. Albergue para viajeros. Retardo en la llegada del equipaje. Nos despedimos de nuestros nuevos amigos militares y nos enteramos de varias noticias 247

CAPITULO XVIII. — Desfigurada la imagen que se ha dado de Trujillo. Descripción más exacta. Cortesía de un oficial subalterno. Nos albergamos en una espaciosa residencia. Estilo de la instalación doméstica. Lindos tobillos y zapatillas de raso. El sombrero de Isabel. La caja de Pandora. Afición a ser admiradas. Buen gusto en al indumentaria femenina. Influencia del clero al respecto. Topografía de Trujillo. El bocio; sitios donde prevalece. Dificultades para continuar la marcha. Nuestro arriero nos presta útiles servicios durante el viaje; sus ideas acerca de al revolución, y características de su personalidad. Por carecer de mulas, despachamos al sargento a Betijoque, donde estaba el cuartel general del Intendente, el general Clemente. Recibimos una amistosa respuesta y consecuencias de la misma. Partimos de Trujillo el día 20 de diciembre. La viuda guayanesa del soldado. Seguimos el curso del Motatán. Sabana Larga. Hacienda de la Planta. Valera. Alcalde truhanesco. Inconvenientes para la consecución de mulas y decisión adoptada para obtenerlas. Esperada esa noche en Vlera la llegada de los españoles. Continuamos la marcha hacia el páramo, bajo un torrencial aguacero, a las tres de la tarde. Sublime panorama por encima de las nubes. Aspecto desolado y majestuoso. El valle de Mendoza al pie del páramo. Nos alojamos en la casa de un párroco hospitalario. Ejercicios catequísticos. Vísperas de Navidad y Nochebuena. Cohetes, buscapiés y fuegos artificiales durante toda la noche. Un oboe nativo o tubo musical. Día de Navidad. Un alcalde muy cortés. El reloj del sol 275

CAPITULO XIX.—El alcalde de Mendoza, persona muy estimada. Partida a las siete el día de Navidad. Volvemos a toparnos con el río Motatán. El Momboy. Noche oscura. Afortunada escapatoria. Observamos el curioso fenómeno de ribazos verticales y escarpados. El río Timotes, lindero entre Trujillo y Mérida. Entramos a media noche en la población de Timotes. El alcalde andaba de farra en otra aldea. Nos dirigimos a la iglesia y nos alojamos en la sala de la casa parroquial. Sorprendido el señor cura, quien también estaba ausente, al ver a su regreso un sombrero femenino. Era un hombre digno, muy hospitalario, apreciado por sus feligreses y de amplia cultura; sus atenciones para con nosotros. Ubicación de Timotes; la fiesta de Navidad y su celebración; listas las mulas a las cuatro, salimos para Chachopo, adonde llegamos alrededor de las siete. Noche fría y desapacible. Notable cambio en el estilo de indumentaria. La erica, o el brezo; aunque Humboldt afirma que no existe en América, encontramos hermosos especímenes de dicha planta. Drummond y otros botánicos incurren en el mismo error. Mucuchíes; gran número de cruces; la Virgen de Chiquinquirá;

Pág.

diferentes modos de vestir; inteligencia, trato hospitalario y amabilidad de un joven alcalde 295

CAPITULO XX. — Nuevas muestras de hospitalidad. Salimos de Mucuchíes y nos encontramos con el primer alcalde, quien nos trata con amable deferencia. La aldea de Mucubichí (sic). Montaña sembrada de trigo; modo de segarlo. Clima más templado. Algodoneros; breve descripción de los mismos. Tabay. El turbulento Chama. Altiplanicie de Mérida. El gobernador Paredes. Albergue y agasajo muy espléndidos. Sorprendidos por gritos de "¡Fire! ¡fire!", falsa y risible alarma. Sus causas. La Sierra Nevada de Mérida. El hielo de la cordillera, servido en la mesa, hace más gustoso nuestro vino. Oficiales del ejército. Por seguir los españoles nuestra misma ruta, se nos asigna una escolta. Diversos visitantes, a cuyas preguntas respondemos ampliamente. Temperatura. Efectos del terremoto. Población de la ciudad y origen de las erradas estimaciones publicadas al respecto. El arzobispo Góngora. Gobierno representativo. Bastardeo de la democracia. Ríos que corren cerca de Mérida. Vicente sometido a prisión forzosa por su actuación en un fandango. Un refresco de despedida, el día 30 de diciembre demora nuestra partida hasta la una de la tarde. Resueltos a pasar la noche en Ejido 311

CAPITULO XXI. — Antigüedad de Ejido. Fértil comarca. Cortesía del alcalde. Partida el 1º de enero. Aprensiones y falsas nuevas. Lagunillas. Sucintas noticias sobre el lago de Maracaibo. El *urao*, el *mo* y el *chimó*, artículos de lujo. Renta fiscal que producían. Aguas crecidas provenientes de la Cordillera. Proseguimos viaje. Bullicioso río. Sendero de temeroso tránsito. La tarabita. Estánquez. Rumores sobre Morales. Llegamos a Bailadores, donde reinaba un silencio de muerte 325

CAPITULO XXII. — El antiguo Bailadores. Descripción del pueblo, abandonado por sus habitantes. No hay rastros del alcalde. Los arrieros y sus temores de los godos. Por fin aparece el alcalde. Un mensajero del coronel Gómez. Informaciones sobre la posición de los españoles. Nos separamos de nuestra escolta y del experto oficial que la comandaba. Cebada. Hermosa comarca y excelentes cultivos. El nuevo Bailadores. Aceptamos la invitación de un venerable hacendado y entramos en su plantación. Era un francés en quien se unían la cortesía de su patria y la hospitalidad colombiana. Cultivo permanente de la tierra. Observamos el sistema de labranza. Seguimos viaje. Noticias durante el camino. Noche fría. Ascenso al páramo. Fatigosa jornada. Nos alcanza un destacamento de caballería enviado para escoltarnos. El coronel Gómez y su comitiva. Hermosos caballos. Llegamos a La Grita. Nos albergamos en al casa del gobernador, quien nos trata con bondad y nos manifiesta sus temores. Aspecto de La Grita. Interés del coronel Gómez por nosotros; protección efectiva. Nos previene amablemente que no debemos alarmarnos ante una estratagema que se propone llevar a cabo, y que obtuvo completo éxito. Partimos dando un rodeo. Escolta de caballería e infantería. Entramos al camino real. Los españoles abandonan sus puestos de avanzada. Viajamos con toda seguridad. Un tiempo después me encontré con el coronel Gmez, quien me refirió el feliz resultado de su ardid. Su divertida vivacidad al hacer el relato. Anécdotas acerca de este oficial. La casa de postas de El Cobre. Su funcionamiento. Nos alojamos en ella. Otra vez las semejanzas con el Oriente. Peones. Sistema empleado

Pag.

para hacer circular informaciones. Entre ellas se da noticia de los viajeros que han de recorrer la misma ruta 339

CAPITULO XXIII. — Almacenes semovientes. Comisario de abastecimiento. Un ejército en vivac. Trato cortés de las tropas. Comida y diversiones en el campamento. La casa de postas de *Challomar* [sic]. El oficial inglés. El general Urdaneta y sus atenciones para con nosotros. Aventura inesperada. Un nuevo tipo de alumbrado. Hospitalidad. Advertencias a los viajeros. Seguimos hacia Táriba. Sublime desorden natural de las montañas de la cordillera. Evitamos pasar por San Cristóbal. Refresco en Táriba. Llegada a Capacho: su población; peculiar ubicación de esta aldea; hormigas. Salida de Capacho. Condiciones geológicas. Majestuosa figura de la serranía. Distintas perspectivas columbradas desde las alturas. Atmósfera estimulante; sus efectos sobre la vista y la imaginación. Me quedo rezagado. Fatigoso descenso hasta el río Táchira: semeja una corriente de leche y servía de lindero antes de la revolución. San Antonio de Cúcuta. Buena construcción del pueblo; sus industriosos habitantes. Cambio de moneda; los viajeros deben estar bien enterados al respecto; el sistema que se utiliza actualmente resulta perjudicial para las clases trabajadoras y sólo favorece a los más listos; se requieren medidas que impongan un correctivo. El Rosario de Cúcuta; buen alojamiento; fértiles valles alrededor de la población; salvaje y desolado aspecto de las montañas 357